



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### **Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### **About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

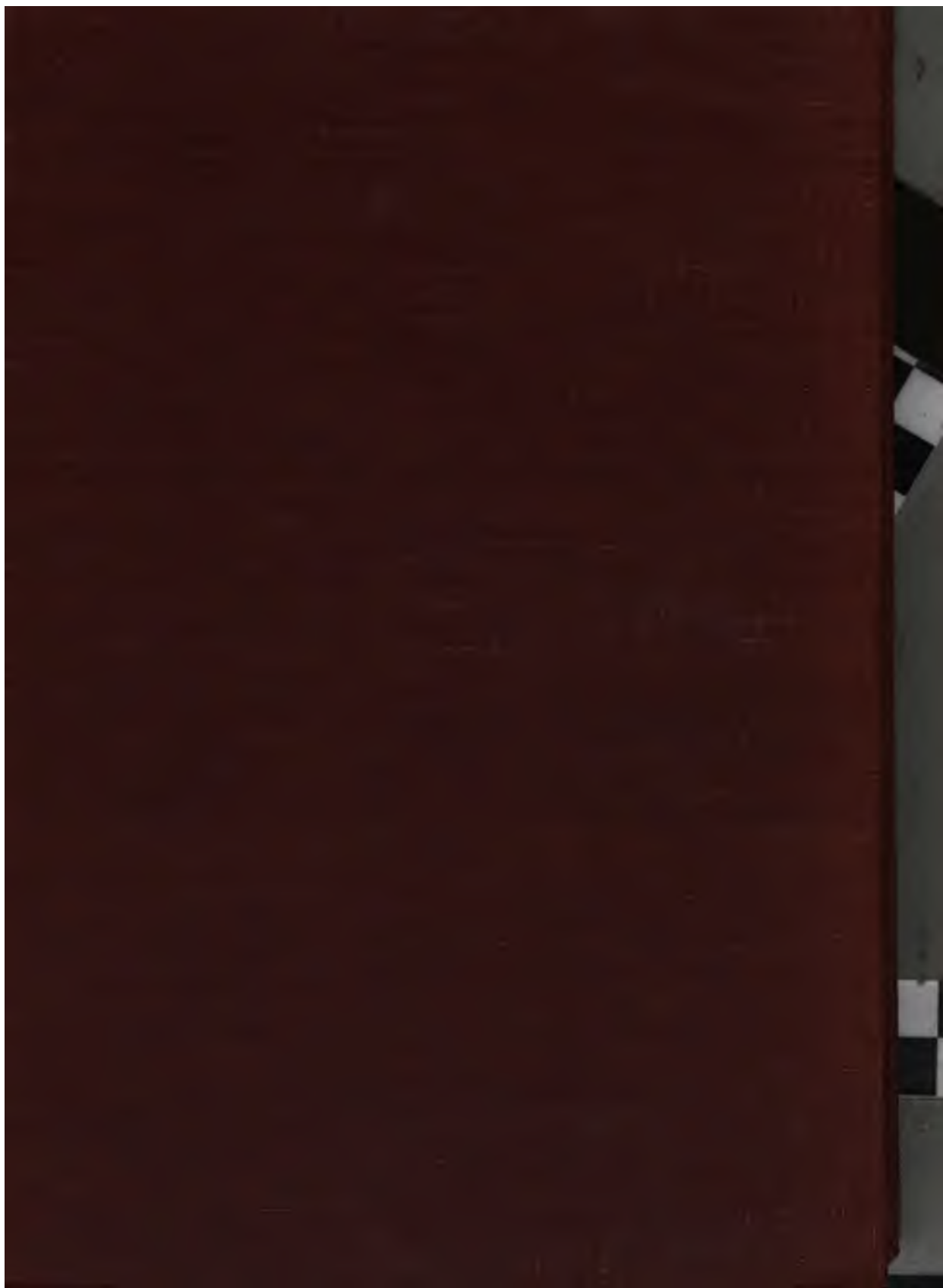
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>









V  
JULIO  
1933

# CURSOS y CONFERENCIAS

## SUMARIO:

Carlos VEGA — ESCALA CON SEMITONOS EN LA MÚSICA DE LOS ANTIGUOS PERUANOS.

José GONZALEZ GALE — LAS LEYES DE LA MORTALIDAD: *Capítulo VII. La revolución industrial y el urbanismo. — La lucha contra la enfermedad en el siglo XIX. — Su influencia sobre la mortalidad. — Aumento de la vida media. — Mortalidad infantil. — La edad límite. — Conclusiones.*

Augusto BUNGE — EL PETRÓLEO ARGENTINO Y LOS TRUSTS MUNDIALES. *II. El Imperialismo del petróleo en la Argentina.*

Luis REISSIG — ANATOLE FRANCE: *"Vie de Jeanne d'Arc"*.

AÑO III  
NUM. 1

Aníbal PONCE — DIARIO INTIMO DE UNA ADOLESCENTE: *III. Narcisismo y coquetería.*

Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores

Secretaría: BELGRANO 1732

BUENOS AIRES

JUL 19 1953  
**ESPASA-CALPE S. A.**

ACABA DE PUBLICAR:

**López de Vega y su tiempo**

Por KARL VOSSLER

La más moderna y completa biografía del Fénix de los ingenios españoles.

Precio ..... \$ 8.—

**El conflicto del Chaco  
a la luz de la historia**

Por XESUS NIETO PENA y RAMIRO de las MURIAS

Historia documentada, desde los orígenes coloniales, del grave conflicto que preocupa a la América entera

Precio ..... \$ 2.50

**Mahoma**

Por T. ANDRAE

La vida y la fe del profeta del Islam a la luz de los nuevos conocimientos históricos.

Precio ..... \$ 4.50

**Historia de Europa en el  
siglo XIX**

Por BENEDETTO CROCE

Magnífica síntesis de la historia contemporánea, que es a la vez un profundo estudio filosófico-político de los hombres actuales.

Precio ..... \$ 5.—

De venta en todas las buenas librerías o en

**ESPASA-CALPE S. A.**

TACUARI 328

BUENOS AIRES





**Biblioteca del Colegio Libre  
de Estudios Superiores**

- Volumen I:  
**PROBLEMAS DE PSICOLOGIA INFANTIL**  
por ANIBAL PONCE
- Volumen II:  
**ENSAYOS DE FILOSOFIA BIOLOGICA**  
por NARCISO C. LACLAU
- Volumen III:  
**LA CONSTITUCION DE LOS POLISACARIDOS**  
por VENANCIO DEULOFEU
- Volumen IV:  
**ARQUEOLOGIA Y ESTETICA DE LA  
ARQUITECTURA CRIOLLA**  
por ANGEL GUIDO
- Volumen V:  
**BIOLOGIA DE LA GUERRA**  
por JORGE F. NICOLAI
- Volumen VI:  
**EL CONTINENTE ROJO**  
por AUGUSTO BUNGE
- Volumen VII:  
**LECCIONES SOBRE COOPERACION**  
por NICOLAS REPETTO
- Volumen VIII:  
**INTRODUCCION A LA SOCIOLOGIA**  
por RAUL A. ORGAZ
- Volumen IX:  
**EDUCACION Y PLENITUD HUMANA**  
por JUAN MANTOVANI
- Volumen X:  
**ANATOLE FRANCE**  
por LUIS BEISSIG

**EN VENTA:**

**BELGRANO 1732 — U. T. 38-2432**

Pida ejemplares a la Secretaría del Colegio

SIN  
ABANDONAR  
SUS TAREAS

Vd. puede comprar en los  
remates del

Banco Municipal  
de Préstamos

mediante el práctico sistema  
de

OFERTAS  
BAJO SOBRE

=====  
AVENIDA DE MAYO 1073

<p><i>Dr. Jaime Iacobacci</i> ABOGADO Reconquista 165 U. T. 31 - 1759</p>	<p><i>Benito S. Campos</i> PROCURADOR Calle 50 N° 905 — La Plata Rivadavia 532 4° piso - Bs. As.</p>
<p><i>Luis Fernández Beyro</i> ESCRIBANO Reconquista 165 U. T. 31 - 1095</p>	<p><i>Dr. Pedro Abercastury</i> ABOGADO Reconquista 165 7° piso U. T. 31 - Av. 1095</p>
<p><i>Dr. Juan José Díaz Arana</i> ABOGADO Cangallo 439 U. T. 31 - 0288</p>	<p><i>Dr. Carlos E. Repetto</i> ABOGADO Reconquista 165 - Piso 7o. U. T. 31-1759</p>
<p><i>Florentino V. Sanguinetti</i> ABOGADO Lavalle 1268 U. T. 35 - 2938</p>	<p><i>Dr. Angel Vassallo</i> ABOGADO Uruguay 435. Piso 5° U. T. 38 - 2495</p>
<p><i>Dr. Hugo Caballero</i> ABOGADO San José 15 U. T. 38 - 1593</p>	<p><i>Dr. Juan A. Massa</i> MEDICO Cangallo 2499 U. T. 47 - 2730</p>
<p><i>Dr. Jorge Robirosa</i> ABOGADO Avda. R. Sáenz Peña 530 U. T. 33 - 2769</p>	<p><i>Dr. Raúl A. Orgaz</i> ABOGADO 27 de Abril, 894. Córdoba</p>
<p><i>Dr. Federico Pineda</i> ABOGADO Reconquista 336 U. T. 31 - 1709</p>	<p><i>Dr. Alejandro E. Shaw</i> ABOGADO Reconquista 336 U. T. 31 - 5300</p>
<p><i>Dr. A. Rodríguez Larreta</i> ABOGADO Sarmiento 643 U. T. 31 - 1720</p>	<p><i>Angel Guido</i> ARQUITECTO Montevideo 2122 ROSARIO</p>
<p><i>Dr. Angel Baiocchi</i> ABOGADO Reconquista 165 U. T. 31 - 1095</p>	<p><i>Dr. Emilio Ravignani</i> ABOGADO Paraná 473 - 1er Piso U. T. 37 - 0740</p>

## LIBRERIA DE TOMAS PARDO

MAIPU 620 U. T. 31, Retiro 0496 BUENOS AIRES

Esta casa posee un gran surtido en obras científicas y literarias que renueva constantemente pues se reciben novedades por todos los correos y publica mensualmente una bibliografía que envía gratuitamente a quien la solicite.

TAMBIEN TIENE A LA VENTA NUMEROS SUELTOS Y RECIBE INSCRIPCIONES A

### **CURSOS Y CONFERENCIAS**

(REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES)

## Colegio Internacional de Olivos

(Premiado con medalla de oro en la Exposición Universal de San Francisco de California)

DIRECTOR: FRANCISCO CHELIA

Alumnos Pupilos, Medio Pupilos y Externos. Enseñanza Secundaria y Primaria - Incorporado al Colegio Nacional. Se preparan Alumnos durante las vacaciones

Este Colegio, considerado uno de los más perfectos internados de Sud América, está admirablemente ubicado sobre las haciendas de Olivos, en una extensión de cuatro manzanas, con vista al río. Amplios jardines, campo de FOOTBALL, cancha de pelota, etc. Dormitorios cómodos y clases construidas según las más modernas y mejores disposiciones al respecto. Gabinete de física, química e historia natural.

A DOS CUADRAS DE LAS ESTACIONES DE OLIVOS (F.C.C.A.) Y BORGES (F.C.C.B.A. y R.)

Número del teléfono: 90, OLIVOS

## **ESCALAS CON SEMITONOS**

**EN LA MUSICA DE LOS ANTIGUOS PERUANOS**

Por **CARLOS VEGA**

*He desarrollado en estas páginas el contenido de las tres últimas clases de mi curso de 1933. Las clases fueron, a su vez, explicación de la memoria que presenté al XXV Congreso Internacional de Americanistas — La Plata, 1932 — cuyas actas acaban de publicarse.*

En el primer cuarto de este siglo, al intentarse establecer práctica y especulativamente la escala de que se sirvieron los antiguos peruanos, se produjo una cuestión rica en incidencias. Apoyándose en la gama de numerosos instrumentos y en el análisis de las melodías conservadas por tradición oral, sosteníase por una parte, que los Incas usaron la escala de cinco notas; y por la otra, al mismo tiempo, y con igual apoyo de no menor número de instrumentos antiguos, negábase el empleo de esta escala, o por lo menos su exclusividad, en la música de los Incas. Yo creo — y parecen confirmarlo mis estudios — que siempre se partió de la base falsa de considerar a los Incas como el único pueblo andino al cual podían atribuirse los instrumentos prehispánicos y la música tradicional. No se tuvo en cuenta, como era preciso, que los Incas

fueron conquistadores de otros pueblos de alta cultura y que alguno de éstos pudo tener sus instrumentos y música sujetos a un sistema extraño al pentatónico. El no haber sido estimada convenientemente esta posibilidad ha sido causa de que los incaistas sostuvieran con vehemencia excluyente el uso de la escala pentatónica por los Incas, y desestimaran los hechos contradictorios, malamente valorizados por los adversarios. Los argumentos acumulados por los pentatonistas eliminaron por fin la resistencia de los opositores, y este es el momento en que los americanistas tienen por verdad definitivamente adquirida que los Incas usaron la escala pentatónica y que no existieron otros sistemas indígenas en el Perú antiguo.

En el campo científico, los numerosos instrumentos no pentatónicos — a pesar de su formidable poder documental — no se tienen hoy en cuenta. Los campeones del pentatonismo y sus adversarios, en trabajos prolijos, registran esas otras extrañas escalas, que subsisten así, inexplicadas e incomprensibles. Sólo algunos folkloristas sin ilustración técnica permanecen en la duda, y esto porque los estimula en tal posición cierto antiguo trabajo de autor erudito (Ch. Mead), que depuso las armas en posteriores escritos. En el estado actual de las cosas, los investigadores de segunda mano sólo pueden oponerse a la evidencia del culto de la escala pentatónica por falta de información.

Hay, en el Perú antiguo, a pesar de la conformidad de los musicólogos, un recio enigma; y a mí me parece que el presente trabajo puede correr la fortuna de esclarecerlo en parte, gracias a una nueva interpretación de hechos conocidos y a la presentación de hechos no considerados hasta hoy.

Nuestra colaboración establece que, además de una música y su instrumental pentatónico posiblemente incaico, existe en el Perú otro instrumental ni pentatónico ni europeo, perteneciente posiblemente a pueblos anteriores al de los Incas. Y que hay orden en el caos de los instrumentos precolombinos inexplicados.

\* \* \*

Las noticias de una gama sin semitonos cultivada en el Perú, empiezan en el primer siglo de la conquista andina. Creo ser el primero en interpretar como indicio en tal sentido

un pasaje del Inca Garcilaso de la Vega que, como se sabe, escribió hacia 1602 sobre recuerdos de su infancia transcurrida en el Perú hasta 1560, y sobre documentos posteriores. Este pasaje fué visto y reproducido por varios autores, pero no comprendido a causa de la presencia de vocablos antiguos de difícil lectura para los que no tenían el castellano por lengua materna, y para los que, teniéndolo, no estaban familiarizados con ellos.

En sus *Comentarios reales* (10, pág. 66), dice el Inca claramente refiriéndose a los Incas: "No supieron echar glosa con puntos diminuidos, todos eran enteros de vn compás." Y Garcilaso no era un profano en música; en la página siguiente escribe a propósito de una canción cuyos versos reproduce: "Holgàra poner también la Tonada en puntos de Canto de Organo, para que se viera lo vno, y lo otro; mas la impertinencia me escusa del trabajo." Y así, porque con tan escaso sentido histórico le pareció al Inca que no pertenecía, quedamos sin tan antiguo y valioso documento. Tenían los musicólogos por primera y más antigua alusión al sistema sin semitonos, la que en 1843 da Lacroix en *Univers Pittoresque*: "Añadamos que los Peruanos no conocieron los medios tonos" (v. Mme. d'Harcourt, 11 pág. 131).

La existencia de la escala pentatónica era conocida en el siglo XIX. Había sido extraída de las descripciones de los teóricos antiguos, se había localizado viva en diversos pueblos africanos, europeos, asiáticos y oceanidas, y los tratadistas daban ejemplos de sus cinco mados. En 1893 Confort Fillmore (8) la reconoce en la música de los indios norteamericanos y, según Ch. Mead, "se cree comunmente" que existe en el Perú.

Dejando de lado las alusiones indirectas de Rivero-Tschudi, 1851 (18, pág. 188) y las del traductor inglés de Marcoy, 1875 (15, I. pág. 252), que encuentran la incaica semejante a la música escocesa (pentatónica); prescindiendo de Mead (16, pág. 31) que en 1903 alude a la creencia en el pentatonismo incaico para negarlo, tenemos que llegar al año 1908 para encontrar en *La Música Incaica* de Leandro Alviña (21), la escala precisa de cinco tonos, propia de los peruanos.

En el mismo año de 1908, el argentino Juan Alvarez

(1, pág. 47), manifiesta que en el libro *Antigüedades Peruanas* de Rivero-Tschudi se dice que la música peruana debió pertenecer al mismo tipo que ciertas músicas asiáticas a base de escalas pentatónicas. Esta sería una concreta referencia, anterior al trabajo de Alviña; pero yo debo confesar que no he tenido la suerte de encontrar esa afirmación en la obra de Rivero-Tschudi... Alvarez buscó y halló cantos e instrumentos pentatónicos.

En 1910 el fraile agustino Alberto Villalba Muñoz (20), publica la conferencia que dió en la Universidad Mayor de San Marcos (Lima) exponiendo el sistema pentatónico, bien que reducido a sus dos primeros modos. Animó al padre Villalba la idea de relacionar este sistema con el asiático y afirmó que la escala de los peruanos "fué heredada o importada principalmente del Asia". En su trabajo reconoce el autor a Daniel Alomia Robles, el mérito de haber sido el primer descubridor del sistema pentatónico en la música incaica, Sin perjuicio de lo cual cita un párrafo de Charles Mead en que éste dice refiriéndose a los antiguos peruanos: "Se ha creído comúnmente que ellos tenían la escala de cinco tonos..." De lo que resulta que ya en 1903, fecha en que escribe Mead, era cosa muy sabida lo del pentatonismo incaico. Mead, sin embargo, no alude a las publicaciones en que se afirma tal cosa, y yo las ignoro.

El padre Villalba expresa que Robles había reconocido dicha escala ya en 1897; pero tengo para mí que dicho folklorista jamás publicó ni pronunció, antes de 1910, palabra alguna sobre el particular. Lo propio puede decirse de José Castro, quien, según él, y con el mismo misterio que el señor Robles, habría descubierto la escala pentatónica poco antes de ese año. Esta menuda discusión de prioridad es ociosa por indocumentada.

Con todo, la conferencia del agustino tuvo gran resonancia en Sudamerica y sus conclusiones fueron reproducidas por Jorge Cabral, en 1915, por Cortijo Alahija (5), Arturo Capdevila (4) y otros, más tarde. Friedenthal (9), por su cuenta, estableció también esta escala en 1911.

Pero una visión amplia y clara de la cuestión no se da hasta 1920 en que Mme. d'Harcourt inicia la publicación de



sus trabajos (1920-1928). Cesa entonces casi totalmente la resistencia. Charles Mead, campeón de la negativa fundada, abandona su posición absoluta en 1924 con estas palabras: "Los Incas usaron la escala pentatónica (17, pág. 347).

\* \* \*

Pero, la oposición al uso exclusivo de la escala pentatónica ¿estaba seriamente fundada? A mí me parece que sí. La fuerza de la negativa reposaba en la observación de que los instrumentos coloniales y precolombinos no daban la serie de cinco notas sino como excepción. De los 26 instrumentos cuya escala aproximada publicó Ch. Mead, la casi totalidad, 22, dan gamas contradictorias e inexplicables, con semitonos, pero prehispánicas, y sólo los cuatro restantes responden a la escala pentatónica (uno defectuoso).

El abandono de la fuerte posición de Ch. Mead sólo puede explicarse por la obscuridad que reina en el planteo de la cuestión. Daniel A. Robles, durante su estada en Nueva York, ejecutó privadamente para Ch. Mead varias obras seguramente pentatónicas, y esto, unido a las publicaciones de Villalba Muñoz y, en definitiva, a las primeras claras exposiciones de Mme. d'Harcourt, le indujo a reconocer con justicia en 1924 la presencia de la escala pentatónica entre los antiguos peruanos, con olvido de la formidable constancia de los instrumentos descritos por él mismo. La posición lógica, a mi ver, no consistía en negar la escala pentatónica sino en admitir que, además de ella, pudo existir otra escala con semitonos que no ha podido precisarse hasta hoy.

Todo hacía presumir que las expresiones finales de Ch. Mead: "I think we may consider the scale problem solved. The Inca used the pentatonic scale", darían por terminada la cuestión. Pero, no. Quienquiera que se ocupó, así fuera esporádicamente del asunto, tuvo que insistir en el desacuerdo.

Algunos escritores, en particular los peruanos, ignorando el cambio de frente de Ch. Mead, persistieron en la resistencia invocando las mismas razones, que eran ni más ni menos que sus instrumentos. Un ingénuo afán reivindicatorio de la grandeza incaica se vinculaba a la cuestión, puesto que para

ellos la ausencia de semitonos propio de la escala pentatónica denunciaba primitivismo y rudeza sensorial (1); cosa inadmisibles, según los peruanos, para un pueblo como el de los Incas.

Esa desconformidad con el uso exclusivo de la escala pentatónica por los peruanos, tiene su más reciente y clara representación en el artículo. *¿Fue exclusivamente de cinco sonidos la escala musical de los Incas?*, que publica Tehodoro Valcárcel (19) en la Revista del Museo Nacional, de Lima (Nº 1, 1932). Naturalmente, Valcárcel no resuelve la cuestión; ni siquiera se la plantea en sus términos verdaderos.

Ante el estado actual de las investigaciones etnológicas, sólo cabe preguntar *si todos los pueblos de alta cultura que prosperaron en América precolombina usaron únicamente la escala de cinco notas*. Los hechos parecen indicar que los Incas, pueblo aristocrático y guerrero que sojuzgó a los otros pueblos andinos, difundieron por todo el imperio una música que respondía a la escala de cinco notas; pero ignoramos si los Incas importaron esa escala o si la adoptaron de alguno de los pueblos conquistados oficializando su empleo. Admitiendo que la escala pentatónica es la escala incaica, no hay que olvidar a los pueblos preincaicos, alguno de los cuales pudo tener un sistema no pentatónico de que resultan los instrumentos peruanos con semitonos. No pensar así equivale a pretender que toda la antigüedad peruana es incaica.

\* \* \*

Es conocida la propiedad que los tubos abiertos en un extremo y sin lengüeta, tienen de producir por aumento de la presión del soplo los armónicos superiores impares. El primero es el tercer sonido, la duodécima, esto es, la quinta de la octava superior del sonido fundamental (*do<sup>4</sup>-sol<sup>5</sup>*). Para afinar un segundo tubo a la altura de la quinta que se obtiene del primero, basta con cortar el segundo a  $2\frac{1}{3}$  del largo del

(1) Lo curioso del caso es que, para el musicólogo moderno, resulta casi lo contrario: las series con semitonos se encuentran entre pueblos de cultura rudimentaria, mientras que las escalas producidas por selección de tonos son conquista erudita de las más altas culturas prehistóricas.

primero. Repitiendo la operación con el segundo se obtiene un tercer tubo a una quinta del segundo, y así se forma una serie de quintas *perfectas* o *sopladas* según cierre la marcha a las 12 o a las 23 quintas (1).

Estos círculos de quintas engendran varios sistemas muy difundidos en Indochina, Indonesia, China antigua, etc. De tal principio se derivan numerosos procedimientos para realizar la afinación de los instrumentos, cuyas extrañas escalas resultan del transporte de varios sonidos a intervalos de quinta, de modo que queden dentro de los límites de una octava. Son también conocidas las curiosas afinaciones que se obtienen repartiendo la serie obtenida entre dos instrumentos, de modo que para ejecutar una melodía es necesario que se intercalen rápida y oportunamente los sonidos de uno y otro.

Un teórico chino del siglo III antes de Jesucristo, *Liù Poúwēi* (2) explicaba así el procedimiento por el cual obtenían sus series de sonidos. "Fa engendra do. Do engendra sol. Sol engendra re. Re engendra la. La engendra mi. Mi engendra fa\$. Fa\$ engendra do\$. Do\$ engendra sol\$. Sol\$ engendra re\$. Re\$ engendra la\$." Y es natural que esta última engendra el primer *fa*, con lo que cierra el círculo de 12 quintas, difundido por Pitágoras.

Los grandes imperios americanos precolombinos, descubiertos al finalizar el medioevo, son al fin de cuentas, contemporáneos de los medioevales europeos. Y aunque la imaginación popular de algunos sabios haya rodeado a estos pueblos americanos del prestigio de antigüedades fabulosas, ningún investigador sereno se asombra hoy de hallar en América invenciones de existencia reconocida entre los pueblos de la antigüedad clásica.

El reparto de una gama de sonidos entre dos instrumentos (flautas de Pan), es tan conocido en Indonesia, por ejemplo, como en América. Más curiosa e importante, en cambio,

(1) Empezando por *fa*, por ejemplo: *fa-do-sol-re-la-mi-si-fa\$-do\$*, etc., al llegar a la doce quinta hallamos de nuevo el *fa*; pero ateniéndonos al número de vibraciones, este último difiere del primero en 24 cents, una coma pitagórica; ahora prolongando el círculo hasta 23 volvemos a hallar de nuevo la nota inicial, pero tampoco exacta, sino con seis cents de diferencia. Teóricamente se establece el promedio de 702 para el de 12, y 678 para el de 23 quintas y entonces los círculos cierran matemáticamente.

(2) Según Chavannes que tradujo las *Memorias históricas de Se-ma Tsién*. Laloy (14, pág. 45), de quien tomo la referencia, reemplazó los nombres chinos de las notas por los nuestros.

ha resultado la comprobación de que también en América se hallan las afinaciones asiáticas y oceánidas que resultan del círculo de quintas o su inversión.

El examen y la medición de las alturas absolutas de algunas flautas de Pan de indígenas del noroeste del Brasil, reveló al eminente musicólogo alemán doctor Erich M. von Hornbostel la existencia en América de un sistema obtenido de un encadenamiento de cuartas (inversión de quintas). La afinación de los tubos se consigue aparejando la altura del primer tubo con la altura de la quinta que se obtiene soplando el segundo, o mejor, cortando el segundo tubo de modo que su quinta sea igual al sonido del primero, prescindiendo de la diferencia de octavas. Pero como el intervalo de cuarta es demasiado amplio, los indios parten exactamente en dos la distancia interponiendo un nuevo tubo entre las cuartas. Así, pues, las cuartas se producen tocando tubo por medio (12).

E. von Hornbostel fué más lejos. Midió una flauta de Pan de arcilla exhumada en Ica (Perú), otra de piedra procedente del Cuzco y una flauta vertical de San Ramón, y comprobó que la serie y además las alturas absolutas de los sonidos coincidían con las del noroeste del Brasil. Dedujo, en consecuencia, que "existe una cohesión estrecha entre los modernos instrumentos de sopro del noroeste brasileño y los instrumentos antiguos peruanos" (12, pág. 390).

Yo creo que el presente trabajo, precisamente realizado sobre los instrumentos del Perú antiguo, no confirma de una manera franca esta última conclusión de E. von Hornbostel, a menos que los hechos que yo presento puedan ser interpretados de otro modo una vez realizada la medición de las alturas absolutas de los instrumentos que yo he utilizado. A mi modo de ver, la infinita variedad de tamaño de los instrumentos y en consecuencia de sus alturas absolutas, es buen argumento en favor del criterio propuesto por von Hornbostel (13), pero su enemigo, en cuanto exige para la comprobación la concordancia de un gran número de instrumentos. Y este no es el caso del Perú. Además la coincidencia de la altura absoluta fundamental puede conducir a la coincidencia de la serie, si ésta deriva de cualquier sistema a base de quintas.

Sin embargo, esas investigaciones de E von Hornbostel y

las relaciones que al año siguiente estableció entre las flautas de Pan americanas y las de las islas de Salomón (13), me merecen la mayor consideración y respeto. Estoy muy lejos de acompañar a Charles Mead en la sintética opinión que le merecen tan notables y sólidos trabajos: "I can only see in these figures a very remarkable coincidence" (17, pág. 334).

Pero si las correlaciones de E. von Hornbostel no han sido incondicionalmente aceptadas, en cambio, la realidad de un sistema de alta especulación acústica conservando empíricamente por los indios del noroeste del Brasil, ha sido reconocida y es inobjetable. Hay, pues, en América, afinaciones que resultan de la relación de quintas, tal como en algunos pueblos del antiguo Oriente, además de las pentatónicas.

\* \* \*

En 1931 y 1932, el Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires me encomendó la realización de sendos viajes de estudios etnográficos al norte argentino, durante los cuales llegué hasta la parte occidental de la frontera argentino-boliviana. En tales oportunidades adquirí para las colecciones del Museo numerosos instrumentos musicales, entre ellos un juego completo de flautas de Pan introducidas por Bolivia a la provincia argentina de Jujuy. Estas flautas, al ser sometidas a estudio, me revelaron una gama aparentemente diatónica europea, pero inexplicable en cuanto se considerara la construcción aislada de los dos instrumentos que, como es sabido y he dicho, necesitan unirse para formar la escala completa.

Aun cuando no tenemos en nuestro gabinete los instrumentos de medición necesarios, notamos, al primer examen, que en estas flautas de Pan, los tubos daban bajo la presión del soplo una quinta armónica que coincidía con la afinación, no del tubo inmediato, sino del siguiente. Este sugestivo hecho me llevó a estudiar con toda detención el problema de la afinación de estas flautas bolivianas.

Las alturas absolutas aproximadas fijadas por mí — a falta de aparatos adecuados — por medio de un instrumento temperado, pueden tomarse con toda la reserva que se quiera,

pero estoy seguro que de esa reserva no invalidará mi razonamiento.

Las dos siringas M. B. A. 31-7 y 31-8 (1), que constituyen el par, tienen respectivamente ocho y siete tubos que intercalados dan esta gama:

**SOL<sup>1</sup>, LAM<sup>1</sup>, SIB<sup>1</sup>, DO<sup>2</sup>, RE<sup>2</sup>, MIB<sup>2</sup>, FA<sup>2</sup>, SOL<sup>2</sup>, LAM<sup>2</sup>, SIB<sup>2</sup>, DO<sup>3</sup>, RE<sup>3</sup>, MIB<sup>3</sup>, FA<sup>3</sup>, SOL<sup>3</sup>**

Como es de práctica en estos trabajos, señalo con el signo — las notas cuya altura no llega exactamente a la altura escrita y con el signo + las que la sobrepasan; pero en ambos casos la diferencia es inferior a un cuarto de tono, de modo que el sonido real está más cerca de la nota escrita que del semitono vecino. Como esta escritura es tipográficamente engorrosa, en adelante suprimiré esos signos y el número de octava, pues debe entenderse que, de izquierda a derecha, las notas van del grave al agudo sin saltos de octava.

Para la determinación de estas alturas me he servido de un teclado muy aproximadamente afinado a la altura normal (435).

Las dos flautas de Pan del juego cuya serie hemos dado, se llaman popularmente en el norte argentino "primera" y "segunda". Tomemos ahora la "segunda", M. B. A. 31-8, y veamos la relación de sus sonidos:

LA<sup>b</sup>, DO, MIB, SOL, SIB, RE, FA

Dijimos que la quinta armónica de un tubo coincidía con la afinación, no del vecino sino del siguiente, esto es, que tubo por medio se daban intervalos de quinta. Esto resulta más claro entresacando las notas así:

LA<sup>b</sup> ————— MI<sup>b</sup> ————— SI<sup>b</sup> ————— FA  
 ←—————  
 DO ————— SOL ————— RE

Y queda en evidencia una cadena de quintas (sin fallas) que empieza a intercalarse después del cuarto sonido. Véase

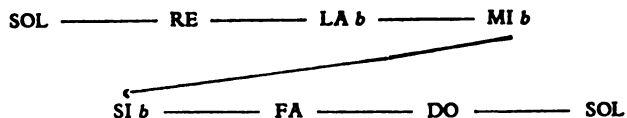
(1) Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires, año 1931, números 7 y 8.

el salto *fa-do*. Yo me inclino a creer, hasta tanto se proceda a la medición de las alturas absolutas, que estas siringas se afinan cortando el tubo inmediato agudo a la altura de la quinta del inmediato grave, y no éste a la cuarta de aquél.

Vamos ahora a la flauta compañera M. B. A. 31-7, llamada "primera", cuya gama es:

SOL, SI $\flat$ , RE, FA, LA $\flat$ , DO, MI $\flat$ , SOL

Si entresacamos las quintas, como en el caso anterior, de este modo,



y pretendemos explicar la afinación por una cadena regular de quintas, tropezamos con un serio inconveniente: todos los intervalos son de quinta, menos el segundo, pues *re* debe dar su quinta *la* y no *la b* (1). Verdad es que la diferencia es inferior a un medio tono, pero estamos acostumbrados a ver que las oscilaciones de la construcción rara vez alcanzan a tal intervalo. Además, la supuesta falla no se corrije, pues a partir del *la b* la cadena de quintas prosigue regularmente sobre esta nota.

La claridad de nuestra explicación exige que anticipemos aquí comprobaciones que más adelante, en este mismo ensayo, tendrán buen número de hechos en su abono.

La afinación de las siringas resulta de un sistema de siete notas que se obtienen de seis quintas seguidas del círculo pitagórico:

FA — DO — SOL — RE — LA — MI — SI

esto es, las mismas siete notas de la siringa M. B. A. 31-8, si procedemos al transporte.

Ahora bien; este fragmento de círculo completo de 12 ó

(1) Un hecho análogo ha sido observado en instrumentos malayos. La explicación que se da consiste en la deficiencia de nuestra solmisación para representar las quintas sopladas, que son más estrechas; las pequeñas diferencias, acumuladas, obligan a escribir una de ellas medio tono más bajo. Sin perjuicio de aceptar el resultado de la medición de las alturas absolutas, me inclino a explicar el detalle de otro modo.

23 quintas, elevado a la categoría de sistema es, a su vez, conclusivo, como demostraremos en seguida. Las quintas interpoladas dentro de los límites de una octava cierran el sistema, y si el instrumento sale de los términos de esa octava, no toma una nueva quinta sino que repite notas de una serie igual yuxtapuesta. Por ejemplo, si la flauta M. B. A. 31-8 necesitara añadir un tubo a su gama, después del *sol* agudo, no afinaría la quinta del *re* anterior, sino *la b* nota inicial de la octava, que así, se repite como en nuestro piano.

El lector nos dispensará la confianza de creer que no se trata de abstractas especulaciones de gabinete sino de leyes extraídas de los hechos, como se verá.

Volvamos a la siringa M. B. A. 31-7 y digamos de ella que, si tiene ocho tubos, fatalmente tiene que repetir una nota de la octava normal que sólo tiene siete sonidos:

|| SOL. Sib. RE. FA. LA<sub>b</sub>. DO. MI<sub>b</sub> || SOL

Y efectivamente, la nota 8ª, *sol*, es duplicación de la primera.

Ahora, si la concepción del sistema intercala quintas en los límites de una octava, es porque necesita reducir los intervalos de quinta, que empleados sucesivamente son antimusicales por sabidas razones; pero es evidente que estas quintas, divididas por otras quintas intercaladas, están espaciadas por cuatro y tres semitonos, distancia que también resulta excesiva, como lo demuestra prácticamente la nueva intercalación de los dos instrumentos, de que en definitiva resulta la gama.

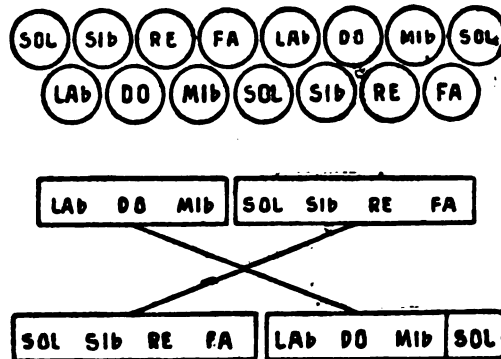
Pero, ¿cómo hacer una nueva intercalación sin acudir a otras notas que las siete de la octava-norma? En efecto, las dos flautas compañeras, 31-7 y 31-8, nos dan siete notas del mismo nombre y sonido, prescindiendo de la diferencia de octavas. Dispongámoslas aquí, una serie sobre otra, en el mismo orden de sucesión que llevan en los instrumentos:

M. B. A. 31-8 = LA<sub>b</sub>. DO. MI<sub>b</sub>. || SOL. Sib. RE. FA. ||  
 M. B. A. 31-7 = ..... || SOL. Sib. RE. FA. || LA<sub>b</sub>. DO. MI<sub>b</sub> || SOL

Y apartando la última nota *sol*, que es inicial de nueva serie, veremos que las tres primeras notas de 31-7 y las tres últimas de 31-8 son iguales.



Y ya podemos decir, en fin, que la afinación de la siringa "primera" 31-7 resulta de una transposición de secciones de la siringa 31-8. En el diagrama siguiente vemos, en primer lugar, los ocho tubos de la siringa "primera" y enseguida los siete de la "segunda"; abajo, los siete de ésta en dos secciones que, al invertir su posición, forman la escala de la "primera", tal como aparece en último término:



Esta inversión de secciones permite obtener una gama con intervalos pequeños, pero rigurosamente fiel al sistema de siete notas seguidas del círculo de quintas. Y explica bien la anomalía de que en la flauta M. B. A. 31-7, la 3ª nota (re) y la 5ª (la b) no estén a intervalo de quinta.

\* \* \*

Si el sistema teórico que propongo y la afinación basada en él fueran producto de azarosas coincidencias y acomodamiento arbitrario de intervalos en mi exposición, las dificultades para explicar otros instrumentos descritos por autores diversos resultarían insalvables. Es preciso, entonces, que sometamos nuestra escala a pruebas más serias.

En la importante obra *La musique des Incas et ses survivances*, la autora, Mme. d'Harcourt, hace un buen estudio sobre las flautas de Pan de la sierra peruana del sur y Bolivia, y nos ofrece el registro de sus sonidos y distribución de éstos entre las dos siringas del par.

Estas flautas son semejantes a las de Jujuy que he estudiado, pero tienen un tubo menos: siete la "primera" y seis la

“segunda”. La prestigiosa autora francesa da la afinación de los tubos mediante el nombre de las notas con número de octava, y al explicar la gama resultante dice brevemente: “Les deux rangées de tubes donnent la gamme diatonique majeure” (11, pág. 50).

Esto es relativamente cierto. Juntando dos escalas y empezando por la nota *sol*, se ve que la alternativa de tonos y semitonos coincide con la gama que, por excelencia, llamamos “diatónica mayor”: la europea. Sin embargo la autora no afirma que tal ordenamiento de sonidos resulte de un préstamo europeo, y esto nos evita formular los reparos de orden especulativo que sugiere la idea de tal préstamo. La misma división de la escala en dos instrumentos, sistema prehispánico, es harto sugestiva. Vamos mejor directamente a los hechos.

La gama de dos flautas compañeras que da Mme. d’Harcourt, es la siguiente:

FA—SOL—LA—SI *b*—DO—RE—MI *b*—FA—SOL—LA—SI *b*—DO—RE

Extraigamos de esa gama completa los seis sonidos que corresponden a la siringa “segunda” de Mme. d’arcourt:

SOL — SI *b* — RE — FA — LA — DO.

Y procedamos a entresacar las quintas,

(MI *b*) ——— SI *b* ——— FA ——— DO  
 ↙  
 SOL ——— RE ——— LA

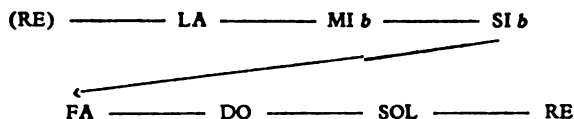
Son seis quintas seguidas que vuelven para intercalarse después de la cuarta nota. Pero el lector advierte con sorpresa la misteriosa aparición de un *mi b* entre paréntesis, que no está en el texto de Mme. d’Harcourt. Esto se explica, comprendiendo que para representar un sistema de siete notas hacen falta siete tubos y esta flauta tiene seis. Comparando esta “segunda” con la “segunda” de Jujuy, M. B. A. 31-8, que tiene un tubo más, se ve que la nota del tubo que falta es la de la quinta inferior (*mi b*). Su presencia en este cuadro es indispensable por lo que se verá al hacer con la flauta “primera” de Mme.

d'Harcourt exactamente lo mismo que hicimos con la "primera" M. B. A. 31-7.

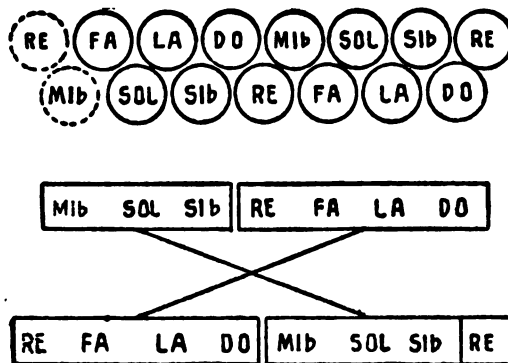
La serie de la "primera" de Mme. d'Harcourt es:

FA — LA — DO — MI $\flat$  — SOL — SI $\flat$  — RE.

Pero esta siringa de Mme. d'Harcourt tiene siete tubos y la del M. B. A. ocho; le falta pues un tubo, que es el inferior. Entresaquemos las quintas poniendo entre paréntesis la nota del tubo que falta (re) :



Notaremos que el segundo salto no es de quinta (*la-mi $\flat$* ) exactamente como en la del M. B. A. y, como en el caso de ésta, podemos afirmar que la afinación de la siringa "primera" de Mme. d'Harcourt resulta de una transposición de secciones de la "segunda" compañera:



Y ahora, en la inversión, vemos claramente el papel que desempeña el sonido *mi $\flat$*  del primer tubo, con línea de puntos añadido a la "segunda", puesto que aparece activo en la segunda sección de la "primera" flauta. Lo propio podemos decir del *re* punteado en la "primera", pues lo explica su pre-

sencia en la segunda sección de la "segunda". Esto quiere decir que las siringas que Mme. d'Harcourt ha estudiado como típicas de la sierra del Perú y Bolivia, responden al mismo sistema de afinación que las del Sur de Bolivia y norte argentino que he estudiado yo, pero que ambas compañeras han perdido el tubo inferior con fecha más reciente; por eso tienen 7 y 6 tubos en lugar de 8 y 7 como las del norte argentino.

Sólo falta recordar aquí que Mme. d'Harcourt ha visto también muchas siringas de 8 y 7, pero considerando más usadas las de 7 y 6 hizo su estudio sobre éstas. La falta de los tubos graves le impidió descubrir el sistema de afinación a que, según creo, obedecen.

\* \* \*

Tengo la certeza de que mi tesis puede sobrellevar una nueva prueba más difícil: la de explicar otra descripción de las mismas siringas bolivianas, dada por Chervin. Por otra parte, estoy en la obligación moral de considerarla.

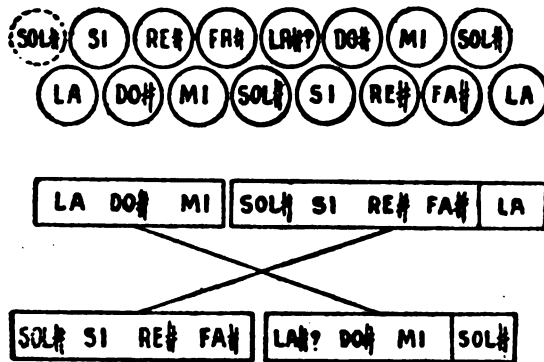
Chervin (6, pág. 176), efectivamente, en un cuestionario que no inspira mayor confianza, ofrecido exclusivamente "pour l'étendue des tons musicaux", da cierta escala de "flute fermée" (!) que coincide exactamente con las flautas panidas de Jujuy y de Mme. d'Harcourt, aunque tiene dos notas más graves. En seguida presenta la notación de las gamas de dos siringas (sicuris), "primera" y "segunda" en pentagramas separados, y luego ambas en uno solo.

La disposición de la gama resultante, en un *trait d'union* entre las siringas de Jujuy y las de Mme. d'Harcourt; pero se opone a un éxito elegante la nota central, evidentemente falsa por desafinación del tubo, defectuosa medida o errada copia. Esta nota que, según mi tesis, debe ser *la natural* y no *la sostenido*, tiene su octava grave y su octava aguda en *la natural*. La escala-norma se repite íntegra en el mismo instrumento: una vez se presenta de acuerdo a mis proposiciones teóricas; la segunda vez acusa esa diferencia de medio tono, en desacuerdo consigo y conmigo. *La sostenido*, pues, resulta una nota extraña al sistema y a la flauta.

Por otra parte, la flauta defectuosa de Chervin tiene exactamente el mismo número y la misma disposición de tubos que la de Mme. d'Harcourt, con la cual discrepa, naturalmente, en el medio tono de la nota central. La compañera no tiene defecto alguno.

La flauta que nosotros llamamos "primera", en el juego de Chervin ha perdido, con respecto a la de Jujuy, el tubo inferior del mismo modo que la de Mme. d'Harcourt; a la inversa, la "segunda" conserva duplicada la octava en la región aguda. Por eso la nomenclatura aparece trastrocada: la "primera" de Chervin es nuestra "segunda"; la otra nuestra "primera".

Véase la característica constelación de las flautas de Chervin en nuestro diagrama teórico:



A consecuencia de la nota falsa, el salto imperfecto de quinta se produce en la quinta siguiente. No puedo detenerme en lo mucho que sugiere este detalle, si se admite que esa nota fué engendrada por la quinta grave.

Son siete notas a intervalos de quinta. Cuando la siringa tiene seis tubos le falta una nota, según prueba el hecho de que la nota faltante aparezca en la inversión; cuando tiene siete tubos, ni falta ni sobra sonido, y cuando tiene ocho tubos hay, fatalmente, un sonido duplicado, como lo prueban la "primera" del norte argentino y la "segunda" de Chervin.

Las siete notas del sistema que pretendemos hallar en los instrumentos peruanobolivianos, luego de la triple intercala-



Este cuadro reserva una columna a cada semitono dejando en blanco los extraños al sistema para facilitar la comparación. La nota de Chervín que yo creo desafinada se indica con un punto cuadrado.

La gama teórica, obtenida de siete notas a intervalos de quinta, se escribiría así, sobre la altura relativa de *do*:

DO — RE — MI — FA\$ — SOL — LA — SI

Y, a mi parecer, esta escala resulta de los instrumentos afinados mediante un proceso de quintas.

\* \* \*

En la colección de instrumentos que traje de Jujuy (norte argentino) para el Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires, figuran varias kenas de fabricación moderna, cuya afinación conduce a resultados análogos. Es sabido que los musicólogos han renunciado a obtener las alturas absolutas por el número de vibraciones en los instrumentos de tubos con agujeros, debido a que la presión del soplo influye en la altura del sonido. Sin embargo, es usual la descripción de las flautas, mediante el nombre de las notas, con lo que se da una idea muy aproximada de las afinaciones.

Las siete notas de las kenas de Jujuy coinciden con las siete aisladas por mí en las flautas de Pan M. B. A. y en las de Mme. d'Harcourt; pero esta vez la nota inicial es francamente la inferior de la primera quinta (que nombraremos *do*) de modo que la última quinta (*fa\$*) está a distancia de cuarta aumentada de la inicial. Este detalle, el semitono en el cuarto intervalo, la distingue netamente de la europea, que lo lleva en el tercer intervalo, como queda dicho.

La kena M. B. A. 31-1 es típica. Se fabrican en Bolivia por millares y figuran en varias colecciones considerada su gama como diatónica mayor europea. Tengo muchas razones para creer que no se ha reparado en que su cuarta nota se inclina francamente hacia el *fa\$*, supuesta la básica *do*.

A pesar de la concordancia que pretendo hallar entre las kenas y las flautas de Pan, no es tan claro en aquéllas como en éstas el procedimiento que se sigue para obtener la afinación. Más que al proceso de *quintas sopladas*, las kenas mo-

dernas parecen obedecer al principio de la *división por secciones*, igualmente precolombino y conocido en el antiguo Oriente. Ignoro si estas flautas, que aparentemente obedecen al concepto de *distancia*, presentan tal apariencia como resultado indirecto de la afinación por quintas; y aunque este punto merece especial estudio, el hecho es que coinciden con las flautas de Pan en una gama mayor con *fa*§.

\* \* \*

Ahora bien; si los principales instrumentos peruanos actuales presentan esa escala, ¿no es claro que, por consecuencia fatal, debe existir una música que automáticamente responda al mismo sistema de intervalos, aunque sus tópicos melódicos pertenezcan a escuelas posteriores?

El análisis de las melodías tiene que conducir necesariamente al mismo resultado, pero esta vez nos dará la tónica claramente, y esta será la primer nota del círculo de quintas, tal como previmos en capítulos anteriores.

El examinar y clasificar tonalmente las melodías que recogió en el altiplano, Mme. d'Harcourt descubre una escala que llama "mestiza". Según la autora francesa, los indios, al conocer los cantos litúrgicos, habrían sido sorprendidos y seducidos por el nuevo lenguaje musical que se les revelaba. La escala pentatónica "que resumía hasta entonces sus conocimientos musicales" (11, pág. 142), se habría completado de una manera al parecer curiosa, según la autora, pero que reflexionando, parece natural y lógica. Los grados añadidos serían los que los indios encontraron en los modos eclesiásticos, pero los utilizarían de una manera muy especial. Mme. d'Harcourt añade que la gama pentatónica conserva su privilegio, pero a su lado vive la nueva gama nacida de ella "inconscientemente" (11, pág. 142).

¿Y cuál es la gama mestiza? Mme. d'Harcourt la da así:



En opinión de la investigadora francesa, esta escala sería



“el viejo *fa*” (11, pág. 143) y la otra, su “relativa” diremos,



sería el “viejo *re*”, ambas adoptadas por los indios (11, pág. 144).

Esta fuerte y concreta influencia de dos de los ocho modos eclesiásticos en la música “de los Incas” provoca inmediatamente algunos reparos de orden lógico.

En primer término, llama la atención que el canto gregoriano, ya en plena decadencia, con ritmo, armonía y aun tonalidad, tomados en préstamo de la otra música, a la sazón popular e invasora de los dominios eruditos, se manifestara pura entre los indios con la persistencia indispensable para quebrar una tradición milenaria. Sorprende en seguida que, de los ocho modos gregorianos puros, sólo dos, el de *fa* y el de *re*, tuvieran la exclusividad de la influencia; pero eso es más sorprendente cuando se considera que esos mismos modos eclesiásticos, vivos con el pueblo español por espacio de tantos siglos, no dejaron en España restos mayormente visibles de su influencia.

No veo tampoco en qué consiste el “mestizaje”, puesto que las escalas mestizas ofrecidas por Mme. d’Harcourt, son sin añadiduras ni extracciones los modos eclesiásticos de *fa* y *re*.

Se opone, además, a la tesis de Mme. d’Harcourt el hecho indudable de que, a juzgar por todos los indicios, fueron las tonalidades y modos llamados “modernos” los que importó el pueblo español conjuntamente con la poesía popular, y que esa música española del pueblo tuvo, y tiene hasta nuestros días, vida activa al lado de la música pentatónica, con intercambio visible de influencias que no se concretan en tipo alguno de escala.

En mi opinión las dos gamas que Mme. d’Harcourt llama mestizas no parecen resultado de una mezcla de los dos modos pentatónicos principales con el *fa* y el *re* eclesiásticos. Por otra parte, no alcanzo a ver dos gamas, una con cuarta

aumentada y otra con sexta mayor, sino una escala única mayor con *fa* sostenido, la que he hallado en los instrumentos. Al analizar las melodías que la erudita autora francesa ofrece como prueba de los modos híbridos *Aa* y *Bb*, yo encuentro un solo y mismo fenómeno tonal en todas ellas: las melodías parece que se producen oscilando entre dos tetracordos que dan sucesivamente la sensación de mayor y menor; cuando esta sensación es de menor la gama es europea, híbrida o B pentatónica, pero cuando impresionan como mayor aparece la cuarta aumentada característica de la escala de siete notas, diatónica americana. Algunas melodías, sin embargo, merecen una explicación que me llevaría muy lejos de mi objeto principal. La escala del *re* eclesiástico que ve Mme. d'Harcourt resultaría, a mi ver, de haberse contado las dos notas inferiores de la escala menor. Confieso, sin embargo, que es muy dudoso este punto.

Hé dicho "cuarta aumentada" aludiendo al *fa* sobre la tónica *do*. En realidad, ella es perfectamente natural en esa escala mayor, y para los indígenas suena tan bien como para nosotros el *fa* natural, huelga decirlo.

La escala con *fa* tiene una extraordinaria dispersión y se encuentra hoy con perfecta nitidez en las canciones de corte europeo que han debido pasar por el tamiz de los instrumentos indios, hasta cuando la ejecución es puramente vocal.

Si es cierta nuestra tesis, debemos reconocer que Mme. d'Harcourt la presintió al preguntar: "¿Se pueden atribuir estos mestizajes al gusto criollo o a una influencia antigua?" (11, pág. 146).

\* \* \*

Existe, como es sabido, viva actualmente en Perú y Bolivia, una música que obedece a la gama pentatónica; a esa música corresponden los instrumentos en que se ejecuta, también pentatónicos, y una cantidad de instrumentos coloniales y precolombinos dan esa misma escala.

Por otra parte, junto a la música e instrumental pentatónicos vivos, existe otra música (adaptada) y sus instrumen-

tos de fabricación moderna que obedecen a una serie de quintas pero que no son pentatónicos. Esta música coincide en número de grados con la europea y sus intervalos se comparan unas veces con el diatónico mayor (*do*), otras veces con el *fa* o el *re* eclesiásticos. Aunque hay elementos técnicos y lógicos para rechazar esa influencia europea, nada más preciso para tratar de ver si — como en el caso pentatónico — existen instrumentos coloniales y aun precolombinos que correspondan a esta escala viva.

Si todos los instrumentos prehispánicos conocidos fueran pentatónicos, la cuestión de la escala sería "problema resuelto", como dijo Ch. Mead. No nos preguntemos una vez más aquí si entre el instrumental museológico antiguo, hay instrumentos que no son pentatónicos, Sabemos que los hay. Ya dijimos en el párrafo 2º que la oposición a la exclusividad de la escala de cinco notas se fundaba, precisamente, en la existencia de otros instrumentos prehispánicos no pentatónicos. Hay un vacío — excúsenos la insistencia — hay un vacío lógico que hace, no sólo posible, sino necesaria una nueva interpretación de los hechos. Porque la verdad es que, tomando en conjunto los instrumentos descritos por varios autores, resulta que son pentatónicos menos de la mitad, y que los demás producen numerosas escalas entre las cuales no han podido hallar orden y coherencia los musicólogos de Europa y América.

El investigador moderno tiene a su disposición las escalas de los instrumentos mejicanos, centroamericanos y peruanos antiguos, principalmente en dos publicaciones de este siglo: la de Charles Mead, 1903 (16, págs. 18-19), reimpresa en 1924 (17, págs. 338-339), sobre los ya mencionados 26 instrumentos, y la de Mme. d'Harcourt en su obra capital sobre música peruana (11, *Atlas*, págs. 7-22) de 1925 sobre cerca de un centenar de piezas, modernas inclusive.

Hay además en diversas publicaciones pocos instrumentos más cuya escala ha sido descrita: Wilson, (21, págs. 558-663), Chervin (21, I, 176), Engel, (17, VI) etc.

¿Y qué dicen los musicólogos con respecto a la escala de estos instrumentos?

Charles Mead, en 1903, se expresa así:

“Venimos ahora a la muy vejada cuestión, ¿qué escala musical conocieron los antiguos peruanos? En ausencia de alguna música auténtica, nosotros debemos ver sus instrumentos como única fuente de información. Se ha creído comúnmente que ellos emplearon la escala de cinco tonos o pentatónica, tan usada en la música primitiva de varios pueblos...”

Y concluye Ch. Mead:

“Algunas de las escalas dadas en esta publicación parecen indicar el uso de esta escala de cinco tonos. Hasta aquí, pocas escalas de instrumentos peruanos han sido publicadas. Cuando un número suficiente haya sido coleccionado, puede ser posible determinar los intervalos de la escala peruana” (16, pág. 31).

Ch. Mead nos dice que algunos, sólo algunos instrumentos parecen pentatónicos. ¿Y de los demás? Nada nos dice de los otros. Son pocos, y además busca “la” escala, esto es, una sola y única escala de los peruanos, equivocado criterio inicial que ha privado de mejor fortuna a muchos investigadores.

Cuando el mismo autor retoma la cuestión en 1924, dice que en el tiempo transcurrido nada se ha prosperado en el conocimiento de la música de los antiguos peruanos, aunque se han coleccionado nuevos instrumentos y melodías “un número de las cuales están precisamente en la escala pentatónica” (17, pág. 315). Luego repite, como en 1903, que “Perú es un enigma”, según se dice comúnmente, y que lo mismo se puede afirmar de su música (17, pág. 319).

Insiste, por fin, en que “algunas de las escalas dadas... parecen indicar el uso de la escala de cinco tonos” y añade: “pero éstas son embarazosas excepciones” (17, pág. 346). Luego, menospreciando estos hechos, cree que debe considerarse resuelto el problema de la escala y afirma, como hemos dicho, que los Incas usaron la escala pentatónica.

Mme. d'Harcourt, por su parte, al referirse a esta cuestión en su importante obra *La musique des Incas et ses survivances*, empieza preguntándose:

“¿Se puede, por los instrumentos antiguos, conocer las gamas en uso en la costa o en la sierra peruanas antes de la llegada de los españoles? Sin vacilar, nosotros respondemos, sí. Hemos hecho sonar un *très grand nombre* de flautas derechas o de siringas salidas de las tumbas en buen estado de conservación, y nos hemos podido convencer de que ellas dan en gran proporción una escala de cinco sonidos *a lo sumo* por octava, sin semitonos. Esto no quiere decir que ciertos instrumentos no suministren otros intervalos, sea musicales, sea incoherentes para nuestros oídos europeos; pero poco importa, pues en la gran mayoría de casos, el deseo de establecer una escala pentatónica es manifiesto. Ello hace insistir sobre este punto, pues los autores, analizando en las colecciones de museo las escalas de los instrumentos que se encuentran reunidos, han llegado a conclusiones, si no opuestas, al menos bastante alejadas de las nuestras. Así, sobre las veintiseis flautas derechas de las que Ch. Mead da las gamas, apenas existen cinco o seis instrumentos de escala pentatónica bien neta” (11. pág. 46).

Si leemos con atención las partes de la obra que Mme. d'Harcourt dedica al problema de las escalas, notaremos una insistente y única preocupación en demostrar que la escala de cinco notas se empleó y emplea en el Perú. Su tesis, sostenida con gran erudición y vehemencia, ha triunfado ampliamente; pero también Mme. d'Harcourt, apegada a la idea dominante de reconocer una escala única entre los antiguos peruanos, ha restado importancia a los hechos que se le oponían. Así nos dirá luego:

“Entre los Kechua, la escala pentatónica parece haber sido la única, al menos en nuestro dominio de observación” (11, pág. 132).

Las ya célebres veintiseis flautas de Ch. Mead, entre las cuales sólo hay cuatro pentatónicas, preocuparán sin embargo a Mme. d'Harcourt y la obligarán a decir algo para restar eficacia a su imponente y frío testimonio:

“De las veintiseis flautas estudiadas por Ch. Mead, vein-

tidós son de hueso y parecen de las más rudimentarias, y nosotros nos adscribimos a la opinión de von Hornbostel para decir que es entre ellas donde se encuentran las escalas más incoherentes y que deben a menudo no responder a las intenciones del constructor. No hay, pues, lugar a sorprenderse desmedidamente de lo que revela el análisis de sus escalas”.

Otras consideraciones agrega la distinguida autora, siempre tratando de afianzar la existencia de la escala pentatónica y de excluir otras posibilidades. Luego añade:

“Nosotros nos contentaremos con oponer al cuadro de Ch. Mead las escalas de los instrumentos reproducidos en el curso de este estudio y que no han sido en absoluto seleccionadas con el fin de hacer aparecer los intervalos de la escala pentatónica” (11, pág. 47).

Después de estudiar las flautas verticales Mme. d’Harcourt insistirá en que la mayoría de las que ha hecho sonar dan la escala de cinco notas, y nos dirá concretamente en la página 132 que:

“La escala empleada por los indios antes de la llegada de Pizarro, y que corresponde, como hemos dicho, a la extraída de un gran número de siringas y flautas derechas antiguas, se compone de una serie de cinco sonidos por octava . . .”.

Aparte de Ch. Mead y de Mme. d’Harcourt, los autores que han considerado la cuestión música o instrumentos más o menos rápidamente, se han limitado a dar sonidos de éstos sin abrir opinión sobre la gama normal.

Erich von Hornbostel (12, pús. 378-391), en el estudio que ya hemos mencionado al hablar de la existencia en América de afinaciones instrumentales resultantes de altas especulaciones acústicas, intenta extender hasta el Perú antiguo el sistema del ciclo de cuartas que halló entre los indígenas del Brasil. En este trabajo opera solamente sobre tres instrumentos peruanos antiguos y eso es un inconveniente. Ensayo tan precioso y admirable me merece todo respeto, pero no puedo sino repetir aquí que mis conclusiones parecen no confirmar.

por ahora, las del musicólogo alemán en cuanto a los instrumentos peruanos en general.

En resumen, los investigadores, están de acuerdo en que hay cierta cantidad de instrumentos del Perú prehispánico que no producen sonidos correspondientes a la escala de cinco notas. Han intentado descubrir el sistema a que obedece la afinación de estos misteriosos instrumentos y al no hallar coherencia entre ellos los han abandonado alegando, principalmente defectuosa construcción.

Sin embargo, una vez admitido el uso de la escala pentatónica, de acuerdo con Mme. d'Harcourt, el investigador se resiste a creer que pueblos de Perú y Méjico antiguos hayan construído tal cantidad de hermosos instrumentos sin sujeción a orden alguno. En las descripciones dícese con frecuencia que el estado de conservación de muchos es excelente; y así, causa extrañeza que los investigadores atribuyan a defectos de construcción tan gran cantidad de instrumentos no pentatónicos.

Hay pues un enigma en la música de los antiguos peruanos. Y el musicólogo puede preguntarse con razón, si esos instrumentos cuya escala nadie ha sabido explicar sino como errores, no tendrán alguna analogía con los que sobreviven hasta nuestros días afinados por quintas intercaladas y con más de cinco notas. En todo caso está obligado a ver si no existe orden en el caos.

\* \* \*

Nuestro ensayo tiene efecto sobre 76 instrumentos de todas las regiones andinas americanas de alta cultura, prehispánicos, coloniales y modernos. Son casi los únicos que hemos podido reunir para esta noticia y sus escalas han sido descritas por varios autores en la siguiente proporción:

	Instrumentos
Mme. d'Harcourt (11, II, págs. 7-22) .....	42
Mme. d'Harcourt (11, I, pág. 50) .....	1
Charles Mead (17, págs. 338-339) .....	26
Charles Mead (17, pág. 342) .....	1
Th. Wilson (21, págs. 577, 614, 623) .....	4
Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires, Cat. 31-7, 31-8 (par) y 31-1 .....	2

Mme. d'Harcourt ha descrito cerca de un centenar de instrumentos. De éstos no he podido utilizar: 40 que dan sólo uno, dos o tres notas; 2 seringas con agujeros laterales y 9 que la autora describe con las palabras "escala diatónica", insuficientes para este caso. Excluyo, además, el XVII-3, por dudoso. De los 42 útiles restantes no he seleccionado; figuran en mis cuadros inclusive los que van contra mi tesis. Lo mismo puedo decir de los 26 de Mead; todos están en los cuadros.

Con el objeto de reforzar mis conclusiones y de explicar su alcance, he considerado cuatro instrumentos de los pocos utilizables cuya escala da Th. Wilson. Algunos de los que no he aprovechado producen todos los semitonos y otros se oponen al orden propuesto aquí. Los he excluido con el propósito de volver sobre ellos y sobre otros con más detención.

Las piezas M. B. A. han sido adquiridas por mi en el norte argentino. Ellas constituyen la base y punto de partida de este ensayo. A quien desee hacer deducciones sobre la proporción de instrumentos que figuran en mis cuadros, debo recordarle que tanto las piezas M. B. A. como la siringa D'H. (pág. 50), son instrumentos "tipo"; hoy se fabrican en Perú y Bolivia por millares.

\* \* \*

Antes de intentar la explicación de los instrumentos americanos antiguos no pentatónicos, es necesario que veamos cómo responden a la serie teórica de cinco notas los instrumentos pentatónicos mismos.

Interesa recordar, no al musicólogo sino al lector, que la escala pentatónica resulta de una serie de quintas sucesivas, proyectadas partiendo de una nota que los teóricos llaman convencionalmente unas veces *fa* y otras *sol*, con idéntico resultado

FA DO SOL RE LA = DO—RE— — FA—SOL—LA  
SOL RE LA MI SI = RE—MI— — SOL—LA—SI

esto es, con la tercera menor en el segundo intervalo.

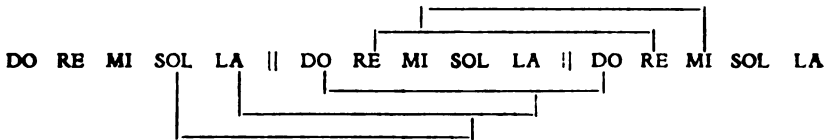
Esta escala es empleada en sus diversas modalidades, según la nota que la melodía tenga por tónica. En América la



serie se emplea, en la mayoría de los casos, sobre el modo que tiene la tercera menor en el primer salto, o sobre el que la tiene en el tercero. Este último nos da la relación más cómoda y lógica para el estudio de los instrumentos americanos. Llamando convencionalmente *do* a la nota inicial, tenemos la siguiente serie pentatónica:

DO RE MI SOL LA

*Toda nota de melodía o instrumento que exceda de sus términos cae en los grados de una nueva serie idéntica yuxtapuesta bajo la nota grave o sobre la nota aguda. Así, cada una de las notas puede iniciar un modo, como he dicho, contando con la extensión que resulta de la yuxtaposición de series idénticas:*



Si hacemos un cuadro encabezado por tres iguales, destinando una columna vertical a cada semitono temperado y dejando en blanco tantas columnas como semitonos haya entre uno y otro sonido, tendremos una expresiva representación gráfica de la forma en que responden a la serie pentatónica teórica los instrumentos descritos por Mme. d'Harcourt y Ch. Mead. Para esto prescindiremos de las alturas absolutas, y señalaremos con un punto en las columnas los sonidos que da el instrumento indicado al margen. (Véase la lámina I).

Observando el cuadro A, notamos que de los 43 instrumentos de Mme. d'Harcourt, sólo 26 caben en él como pentatónicos perfectos. Tres más, en el cuadro Aa, dan completa la serie de cinco notas pero no concuerdan en algunos sonidos del registro grave o agudo; y los dos últimos, números 34 y 35, son dudosos pues se ajustan en cuatro o cinco notas y fallan en una o dos.

Vemos también que de los 27 de Ch. Mead, sólo 3 son pentatónicos netos.

Las conclusiones que nos proponemos formular, y que constituyen el único objeto de este cuadro, son:

a) No existe la altura básica absoluta. El nombre de las notas, o su número de vibraciones, es indiferente; la serie es relativa y cualquier nota de las cinco puede iniciar la gama.

b) Los instrumentos no siempre dan la serie continuada y completa de la gama teórica. Los números 7, 10 y 20 (1) carecen de una nota intermedia. Si bien los cinco grados de la escala central se encuentran en casi todos los casos, apenas toca el instrumento la serie inmediata, grave o aguda, faltan grados frecuentemente.

c) El número de sonidos que dan los instrumentos es variable. No hemos considerado aquí los de uno, dos, tres y cuatro sonidos, porque carecen de eficacia para nuestra demostración. Las flautas utilizadas dan de 5 a 8 notas y las siringas hasta 13. (Una, la N° 20, da 4).

Debe notarse, además, que en mis cuadros no he hecho cuestión de procedencia. Aunque mi intención es la de esclarecer los sistemas de los antiguos peruanos he incluido piezas mejicanas, centroamericanas, etc. Mme. d'Harcourt (11, pág. 64) ha notado ya que cierto instrumento mejicano descrito por Engel da la gama pentatónica, y aunque presume que en Méjico se empleó esta escala, se abstiene con justa cautela de afirmarlo en espera de nuevos hechos. Yo debo llamar la atención sobre la circunstancia de que otros instrumentos de Mme. d'Harcourt, procedentes de Méjico, dan esta misma gama: los números 19 y 20 (de mi cuadro A) este último dudoso. Obsérvese el defectuoso número Aa 35 y compárese con el número 34. Se hallarán también cómodos en mi cuadro de pentatónicos, varios instrumentos de Centro América y Colombia. Cobra fuerzas, pues la idea de que la escala de cinco notas fué conocida en toda la zona de las altas culturas.

Hablar de "modos" de una escala, tratándose de instrumentos, sólo puede admitirse en ciertos casos y de una manera relativa. Sin embargo, cuando la práctica de los pueblos limita el uso a uno o dos principalmente, la agrupación de los in-

---

(1) Lo mismo que éste se porta el número 22, pero es de Ch. Mead y no sabemos si falta el agujero en el instrumento o falta la nota en la descripción.

Nº	Instrumento	DO	RE	MI	SOL	LA	DO	RE	MI	SOL	LA	DO	RE	MI	SOL	Espece . Region
1	D'H. XX. 2						●	●	●		●	●	●	●	●	Siringa, Pachacamac.
2	D'H. XXIII, 6						●	●	●	●	●	●	●	●	●	Flauta, Huarmey.
3	D'H. XXIII, 7						●	●	●	●	●	●	●	●	●	Flauta, Cajamarquilla.
4	-D'H. XXIII, 10						●	●	●	●	●	●	●	●	●	Flauta, Chancay.
5	* D'H. XXIV, 5						●	●	●	●	●	●	●	●	●	Flauta, Cajamarquilla.
6	D'H. XXIV, 9						●	●	●	●	●	●	●	●	●	Flauta, Ica.
7	D'H. XXIV, 13						●	●	●	●	●	●	●	●	●	Flauta, Huacho.
8	D'H. XXIV, 14						●	●	●	●	●	●	●	●	●	Flauta, Huacho.
9	Ch. M. 618						●	●	●	●	●	●	●	●	●	Flauta, Perú.
10	D'H. XVII, 4						●	●	●	●	●	●	●	●	●	Siringa, Nazca.
11	D'H. XXIII, 2					●	●	●	●	●	●	●	●	●	●	Flauta, Ica.
12	D'H. XXIII, 2					●	●	●	●	●	●	●	●	●	●	Flauta, Huacho.
13	D'H. XXIII, 5					●	●	●	●	●	●	●	●	●	●	Flauta, Jauja?
14	D'H. XXIII, 11					●	●	●	●	●	●	●	●	●	●	Flauta, Chancay
15	D'H. XXIV, 13					●	●	●	●	●	●	●	●	●	●	Flauta, Nazca.
16	D'H. XXVII, 6					●	●	●	●	●	●	●	●	●	●	Flauta, Lago Titicaca.
17	D'H. XXIII, 14					●	●	●	●	●	●	●	●	●	●	Flauta, Nazca.
18	D'H. XXII, 2					●	●	●	●	●	●	●	●	●	●	Siringa, Titicaca.
19	D'H. XXVI, 4					●	●	●	●	●	●	●	●	●	●	Flauta, México.
20	D'H. XXVI, 5					●	●	●	●	●	●	●	●	●	●	Flauta, México.
21	Ch. M. 7949					●	●	●	●	●	●	●	●	●	●	Flauta, Perú.
22	Ch. M. 7948					●	●	●	●	●	●	●	●	●	●	Flauta, Perú.
23	D'H. XXIII, 12					●	●	●	●	●	●	●	●	●	●	Flauta, Perú.
24	D'H. XXXI, 6					●	●	●	●	●	●	●	●	●	●	Ocarina, Colombia.
25	D'H. XXXI, 7					●	●	●	●	●	●	●	●	●	●	Ocarina, Costa Rica.
26	D'H. XXXI, 5					●	●	●	●	●	●	●	●	●	●	Ocarina, Costa Rica.
27	D'H. XXIII, 15					●	●	●	●	●	●	●	●	●	●	Flauta, Nazca
28	D'H. XVI, 2					●	●	●	●	●	●	●	●	●	●	Siringa, Nazca.
29	D'H. XX, 1		●			●	●	●	●	●	●	●	●	●	●	Siringa, Ancón.

tervalos de una cantidad de instrumentos permite sospechar que se construyen de acuerdo al uso.

En el cuadro que ofrecemos se nota el predominio de los instrumentos que sirven para los modos A y B (clasificación d'Harcourt), en concordancia con lo que revela el análisis de las melodías peruanas modernas. El modo C cuenta con algunos representantes, y al modo D corresponden con precisión tres ocarinas de Costa Rica y Colombia. Como curiosidad, señalo el hecho de que, en general, las melodías del modo D descienden a su tónica sin tocar el segundo grado, y coincidiendo, los únicos dos instrumentos peruanos de ese modo, carecen de segundo grado. El modo E, que según el análisis de las melodías, no se usa en el Perú, no tiene más que un representante, el A 29, y es dudoso por defectivo.

Insisto en que no es propio hablar de modos de los instrumentos. Me limito a señalar su coincidencia con las melodías, pues los instrumentos son amplificadas mediante el salto de octava, muy en uso.

Retengamos las normas que hemos dado en este párrafo sobre la conducta de los instrumentos ante la gama teórica que informa su indiscutido sistema, y sin olvidar las consideraciones precedentes, veamos si es posible sujetar los otros instrumentos antiguos no explicados hasta hoy a un nuevo sistema teórico.

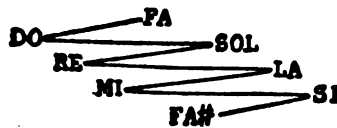
\* \* \*

Los resultados que he obtenido al analizar las escalas de los instrumentos coloniales y precolombinos inexplicados, pertenecientes a las altas culturas andinas, se deben a que he admitido en principio la idea de que sus aparentemente caprichosas afinaciones responden al proceso generador de quintas que tantos sistemas ha originado y distribuido por la tierra. No puedo yo precisar, por falta de elementos, la naturaleza de esas quintas; me sirvo de los nombres de notas de nuestro sistema temperado, a los cuales se aproximan los sonidos de los instrumentos estudiados por diversos autores y por mí.

El orden que yo pretendo ver en el conjunto de instrumentos con semitonos, no es sin embargo constante. En otros términos, no hallo en todos una sola y única escala, sino por lo menos dos series regulares y una tercera que participa de los

caracteres de ambas. Para explicar estos diversos "modos" por un solo amplio principio, tenemos que recurrir a una hipótesis teórica cuya función única es la de facilitar nuestra explicación.

Si en lugar de las cuatro marchas de quinta con que se satisface la escala pentatónica, proyectamos siete, obtendremos, una vez ordenadas las notas en el espacio de una octava, la siguiente escala que llamaremos "octofónica":



La gama resultante será, pues:

DO. RE. MI. FA. FA#. SOL. LA. SI

Tomemos ahora el instrumento B. 3852 de Ch. Mead y dispongamos sus notas en un cuadro dividido en doce columnas correspondientes a igual número de semitonos, así:

	DO	RE	MI	FA	FA#	SOL	LA	SI
Cb. Mead B 3852	●		●	●	●	●	●	●

Como los puntos negros representan las notas que da esta flauta, parece claro que la afinación obedece a una sucesión de siete quintas.

Ahora se me preguntará por qué llamo yo "teórica" a esa escala octofónica, siendo que este instrumento la representa de manera "real". A eso contesto que la sencillez y elegancia con que B. 3852 ha respondido — tan satisfactoria y convincente como se quiera — es excepcional. Es única, y por eso mismo despierta dudas.

Si los demás instrumentos presentaran sucesiones tan claras y perfectas como la de B. 3852, hace muchos años que se hubiese descubierto el secreto de su afinación. Pero las cosas

estaban dispuestas de modo que el enigma no podía develarse sino al cabo de pausadas y laboriosas tentativas.

Al detallar el comportamiento de los pentatónicos, hemos visto que los instrumentos tienen diverso número de agujeros, es decir de sonidos. En los que estudiamos ahora ocurre lo mismo. Aquí es necesario recordar que Ch. Mead nos advierte que, a veces, las escalas no son completas, aunque no nos dice cuáles son los sonidos que faltan. También en los de Mme. d'Harcourt hay algunas notas que no suenan, pero sabemos cuáles son en el orden de la gama. Tenemos, así, en las descripciones, instrumentos de 4 a 9 sonidos, y las flautas de Pan modernas tienen 13 y 15 (juntas las dos del juego).

Estamos, pues, en presencia de un material descrito en forma no del todo precisa, a pesar de lo cual me atrevo a proseguir la explicación, convencido de que mis conclusiones no pueden ser seriamente modificadas por las alteraciones que resulten de una revisión más prolija.

Reanudemos nuestra labor con este razonamiento: si mi escala hipotética tiene ocho sonidos, los instrumentos que sólo producen 4 ó 5 notas no podrán dar sino una parte de esa escala. Y esta parte puede no ser la misma en todos los casos, puesto que en el cuadro de las pentatónicas hemos visto que la nota inicial suele ser cualquiera de la gama. Además, como la altura absoluta de los instrumentos depende de las dimensiones y los hay de muy diversos tamaños, estamos autorizados para transportar las gamas, naturalmente sin alterar la relación de los intervalos. Y llamaremos *Do* a la nota inicial, existente o presunta.

Veamos, pues, el instrumento B. 2648 A de Ch. Mead y apliquemos sus cuatro notas a nuestra serie básica octofónica:

	DO	RE	MI	FA	FA#	SOL	LA	SI
Ch. Mead B 2648 A	●			●		○		
		●		●		○		
			●			○		
						○		

Las líneas cortadas marcan el enlace de las notas existentes con las que faltan en el instrumento (o en la descripción); así, por las líneas firmes y puntos negros podemos ver que el instrumento en cuestión nos da media escala perfecta de la gama octofónica.

Y si, a la inversa, queremos ver exacta la mitad superior de la misma escala, recurramos al Ch. Mead 505 B, de eficaz presencia:

	DO	RE	MI	FA	FA#	SOL	LA	SI	DO	RE	MI
Ch. Mead B 505 B.	○	○	○	○	○	●	●	●		●	●

Pero este ejemplar nos da, además, dos notas agudas aisladas, de la misma gama. Tal anomalía aparente ha sido una de las causas de la incoherencia denunciada. Sin embargo, por ilógico que sea, el hecho no es raro y ha sido bien observado por Hornbostel, (13, pág. 605) en otros instrumentos. Estas dos notas pertenecen a la serie yuxtapuesta aguda, y no son continuas, como suele verse en el cuadro de las pentatónicas y se verá en el de las octofónicas. Otro instrumento, el Ch. Mead B. 3846 es oportunamente ilustrativo en este punto: da las cinco notas superiores de la gama y luego, aisladas en la serie aguda, *mi* y *sol*.

Al formar el cuadro de las pentatónicas pudimos observar que, a veces, los grados de la escala no se presentan continuos, es decir, que faltan notas intermedias.

En un trabajo prolijo e inteligente, como es el de Mme. d'Harcourt, el estudioso puede saber las notas que faltan y por qué faltan. Los sonidos extremos no figuran, en general, porque los tubos no suenan o suenan indeterminadamente; dentro de la gama faltan por la misma razón de mal estado, o porque el instrumento no tiene el tubo o agujero correspondiente. Esto es lo que importa recordar.

En la colección de Ch. Mead ocurre lo mismo pero no puede conocerse el detalle por ser deficiente la descripción. Al-

go podemos aproximarnos contando los agujeros del grabado que aparece en la lámina IX, pero unas veces el instrumento presenta el reverso con un solo agujero; otras no se pueden distinguir los agujeros que han sido obturados, o de tres agujeros que la flauta tiene a la vista resultan seis sonidos, caso de la número 11. Tenemos, pues, que conformarnos con la expresa declaración del autor: "Considerando la edad y las condiciones de estas flautas, excusado es decir que en algunos casos las escalas dadas aquí son incompletas" (17, pág. 337).

Concluiremos, pues, en que, ya porque naturalmente no existen en el instrumento, ya porque no pudieron anotarse, faltan grados intermedios y extremos en las colecciones que estudio.

Con estos antecedentes no debe sorprendernos la ilustrativa conducta del instrumento D'H. XIX, 4:



El diagrama precedente nos muestra la ausencia de nota intermedia del tetracordo inferior; veamos, a la inversa, en el Ch. Mead B. 505 C cómo falta nota intermedia del superior:



Si realmente estas notas no existen en los instrumentos como lo demuestran las cuidadosas descripciones de Mme. d'Harcourt, tenemos que convencernos, aunque nos cueste, de que la ley es esa. Ignoramos con qué elementos sonoros quedaba satisfecha la necesidad de los indígenas; pero si remotí-



simamente uno o más sistemas fundados en el principio generador de las quintas influyó en la afinación de sus instrumentos, parece claro que la práctica posterior no insistió en las escalas completas.

A veces, dos o más instrumentos coinciden en una misma serie defectiva, pero el escaso número de piezas, no permite la ratificación de los casos individuales que hemos presentado en este capítulo. Mayor fuerza demostrativa tiene el cuadro general B. El musicólogo atento puede observar cómo unos instrumentos incompletos explican el defecto de otros y cómo del apoyo y correspondencia recíprocos se desprende una clara sensación de orden.

Con los 76 instrumentos de las altas culturas andinas hemos formado dos cuadros principales y tres complementarios:

A. Instrumentos pentatónicos, lámina I.

Aa. Instrumentos pentatónicos defectuosos, lámina III, primer cuadro.

B. Instrumentos con semitonos, lámina II.

Bb. Instrumentos con semitonos, al parecer pertenecientes al sistema B, pero defectuosos, lámina III, 2º.

C. Instrumentos sin semitonos, extraños al orden de los pentatónicos, lámina III, 3º.

Los del primer grupo, pentatónicos, han sido reconocidos por varios autores y especialmente por Mme. d'Harcourt; los del segundo grupo no habían sido ordenados y explicados hasta ahora; los del cuadro C son seis instrumentos sin semitonos que he arreglado de manera imprecisa y cuya explicación sería aventurada tratándose de tan corto número de piezas; los del cuadro Aa. y Bb. presentan varios instrumentos cuya ubicación en los cuadros A. y B. no puede hacerse con franqueza debido a que tienen una o dos notas extrañas a los respectivos órdenes teóricos.

Estas notas se indican en los cuadros con puntos cuadrados.

Naturalmente, el cuadro B. concentra el interés del autor y constituye uno de los objetivos de este ensayo.

Hasta hoy se atribuía a los instrumentos de las altas culturas andinas un orden único: el pentatónico. La insistencia en que la mayor parte de los instrumentos andinos responde a

este sistema no tiene confirmación en la estadística, por lo menos cuando se trata de instrumentos precolombianos (1); la afirmación complementaria de que la gran cantidad de instrumentos no pentatónicos resulta de una construcción defectuosa, es ilógica.

Nuestra tesis, al admitir la existencia de una escala con semitonos en la música de las altas culturas andinas, armoniza mejor con los hechos y con la lógica. Ahora, de 76 instrumentos tenemos 29 pentatónicos y 28 "octofónicos"; 6 inclasificables y un margen de fallas muy proporcionado apreciable en 6 pentatónicos y 7 "octofónicos" defectuosos.

Es verdad que en estos cómputos entran algunos instrumentos modernos, una trompeta de cañacol (!) y hasta uno de los indios Kiowa (cuyas notas "forzadas" no he tenido en cuenta) como elemento comparativo; pero esto no modifica las proporciones en el conjunto.

Yo creo que la simple vista del cuadro B, integrado por instrumentos con semitonos, basta para alejar la idea de incoherencia dominante hasta hoy. Si en lugar de fundar mi base teórica en siete quintas hubiera tomado las doce del círculo pitagórico, tendría a mi disposición todos los semitonos, y el acomodo de los sonidos instrumentales a tal gama cromática no tendría más valor que el de un pasatiempo infantil. Pero al tomar sólo ocho sonidos del círculo me faltan cuatro, que son (relativamente) *do*♯, *re*♯, *sol*♯, y *la*♯. Pues bien; por sobre la falta de una completa correspondencia de las diversas gamas en el cuadro B, debe impresionar el hecho de que los instrumentos dan relaciones de intervalos que evitan sistemáticamente esos cuatro sonidos que no pertenecen a nuestra fórmula teórica. Las excepciones, en número discreto y concorde con el de las pentatónicas, muy lejos de oponerse, demuestran que el nuevo sistema no es complaciente con toda clase de relaciones de intervalos. Es fácil calcular matemáticamente el número de las que no pueden ser admitidas en el cuadro.

(1) Mme. d'Harcourt tiene razón al hablar de una mayoría de pentatónicos si se atiende a los instrumentos descritos por ella; entre sus instrumentos precolombinos sólo hay seis "octofónicos". En cambio la colección de Ch. Mead establece lo contrario: sobre un número semejante de precolombinos sólo 4 son pentatónicos. Uniendo las dos colecciones, la proporción se nivela. Conviene, sin embargo, no olvidar los nueve que Mme. d'Harcourt describe con las palabras "escala diatónica".



Comprendo muy bien que entre las series de los instrumentos B, puede haber algunas que se encuentran en esa categoría, precisamente a causa de un sonido defectuoso. Una medición más prolija puede restar alguno, pero no la mayoría.

Admitido, como sugestiva norma, que los instrumentos "octofónicos" eluden los cuatro semitonos extraños, detengámonos ahora a ver la forma en que frecuentan los ocho sonidos de la escala tipo.

Ocho notas del círculo de quintas producen, el intercarse, cuatro sonidos a distancia de semitono en la región central: *mi-fa-fa\$-sol*. Hemos visto que hay un solo instrumento que presenta los cuatro, el B. 3852. Esto no debe desalentarnos del todo; la observación atenta de los otros instrumentos nos hará pensar en que no está tan solo.

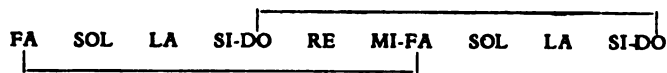
Dijimos que el orden que pretendemos hallar no es constante o único. El nudo de la cuestión está, precisamente en esos semitonos centrales. Si ellos, todos juntos en una gama, eran o no apetecibles para los indígenas es cosa que no podemos decir; el hecho es que los demás instrumentos se agrupan y ordenan según escojan tres de las cuatro notas centrales, las dos superiores, o las dos inferiores. El cuadro B aparece, pues, dividido en tres grupos. Nada sé decir en cuanto al tercer grupo; con respecto a los que conservan el semitono *mi-fa* o el semitono *fa\$-sol*, se me ocurre pensar en la pérdida de la última nota del último salto (*si-fa\$*) y en la pérdida de la primer nota del primer salto (*fa-do*) respectivamente. Falta así, en unos el *fa\$* y en otros el *fa*.

El diagrama del instrumento Ch. Mead B. 2648 que hemos presentado antes ilustra sobre la ausencia de la nota del último salto; y el del B. 505 B, que también hemos visto, muestra la falta del primero. Pero éstos dan sólo media gama completa lo cual atenúa su energía de ejemplo. Mejor es ver la gama, con ausencia de *fa* natural, en las seringas modernas M. B. A. 31-7 y 31-8 y en las de Mme. d'Harcourt p. 50; y aún más eficaz en la flauta precolombina Ch. Mead B. 8138 a pesar de su leve defecto.

Y en cuanto a las gamas sin *fa\$*, sirven varios precolombinos, por ejemplo el d'H. XIX,4, cuyo diagrama dimos.

Esto dicen los hechos, verdad que con bastante timidez. Por eso omito un capítulo de correlaciones con el antiguo Oriente.

Es claro que la existencia de una gama igual que la diatónica mayor europea independiente de otra que presenta la cuarta aumentada (*fa*§) puede discutirse acudiendo al expediente teórico de que ambas son modos de una misma serie, así:



en que la segunda sería una especie de plagal de la primera. Sin embargo, sea escala autónoma, sea simple "modo", hay instrumentos que se deciden francamente por una o por otra y aunque llamemos *fa* en vez de *do* a la nota inicial, siempre tendremos el semitono entre las notas cuarta y quinta, como en la música tradicional llamada mestiza. Véase el instrumento Ch. M. 8138 B número 17 del cuadro B.

Además, el hecho de que algunos instrumentos presenten las cuatro o tres de las notas centrales, no se aviene con la teoría de dos modos. Se me puede objetar que hay desafinación en una de las tres notas (*fa*§ en vez de *sol* en los instrumentos B. 23, 24 y 25); no tengo espacio para comentar las infinitas posibilidades que resultarían de presuntas desafinaciones, pero contesto que, aun en el caso, quedaría la escala con semitonos. En cambio, si se me adujera una desafinación de semitono en las notas centrales de los números 27 y 28, aceptaría de muy buen grado que, por su extraña posición en mi cuadro (con su *fa* y *fa*§), se trata de pentatónicos defectuosos. Y estos sí serían los que no habrían respondido a la intención del constructor; para eso es necesario que el semitono se halle entre terceras seguidas de segundas mayores, como en esos dos únicos casos.

Los instrumentos con semitonos del cuadro Bb. (defectuosos), por su parte, no dan de ningún modo sensación de caos; muy al contrario, se vé, a pesar de la nota discordante, que concuerdan perfectamente con algunos del cuadro B. El ejemplo más típico lo da el Bb. 35; reproduce gran parte de

la gama del B. 22 y sólo desafina en las notas agudas. Bb. 30 y 31 concuerdan con B. 23 y 25, y hasta el mismo Bb. 34 que parece tan arbitrario, con sólo corregir su nota inferior medio tono coincidiría acabadamente con B. 23.

Es que una cosa es tomar las alturas cuando se conoce el sistema, y otra hacerlo cuando se ignora. Mme. d'Harcourt resuelve toda pequeña diferencia inclinándose hacia la próxima nota del orden pentatónico, y está bien hecho. Con 5 ó 6 notas de ese orden hay derecho a presumir un nuevo intervalo pentatónico. Basta con dejar constancia, como lo hace Mme. d'Harcourt en los instrumentos XXIV 5, XXIV 9, XXIV 13, etc., añadiendo "alto", "bajo", "dudoso". Ahora en un sistema con semitonos y desconocido, la decisión por uno u otro semitono puede falsear la gama verdadera. Ch. Mead confiesa que en ciertos casos hay diferencias de un cuarto de tono entre la altura notada y la que dió el instrumento.

Estaría en América, pues, antes del descubrimiento, la escala que llamamos diatónica mayor europea, y habría venido del viejo mundo, como la pentatónica. Por razones obvias no puede asegurarse la existencia de vestigios tradicionales de la correspondiente música. Al lado de esa escala con cuarta justa, parece definirse otra escala o modo con cuarta aumentada; con esta coinciden — dependientes o no — los instrumentos indígenas modernos y una música tradicional que obligatoriamente les responde. Indudablemente, el vínculo es débil. Espero que los musicólogos europeos y americanos, reuniendo mayor número de ejemplares, permitan que nos cerciorem con mayor certeza.

No deseo sugerir la unidad sistemática de estas escalas. Debemos creer, hasta nuevo aviso, que antes de los Incas llegaron al Perú varias olas de pueblos y que cada uno de ellos pudo usar una "manera" del fecundo círculo de quintas, sin que esto impida admitir que un solo pueblo haya usado más de un sistema. Los mismos Incas pudieron haber continuado una tradición anterior en la fabricación de instrumentos con semitonos, aunque prácticamente no utilizaran sino los cinco sonidos de la pentatónica. En los "octofónicos" modernos se ejecutan corrientemente las melodías pentatónicas. Pero esto es un simple examen de posibilidades.

Nº	Instrumento	DO	RE	MI	FA	SOL	LA	SI	DO	RE	MI	FA	SOL	LA	SI	DO	RE	MI	FA	SOL	Clase. Region. Material.	
30	D'H. XVI, 1		●			●			●	●	●		●	●		●	●	●				Siringa, Nazca, Arcilla.
31	D'H. XVII, 1		■			■			●	●	●		●	●		●	●	●				Siringa, Nazca, Arcilla.
32	D'H. XVII, 2		■			■			●	●	●		●	●		●	●	●				Siringa, Nazca, Arcilla.
33	Ch. M. 7956																					Flauta, Perú, Caña.
34	D'H. XXIII, 1																					Flauta, Ica, Caña.
35	D'H. XXVI, 3																					Flauta, México, Arcilla.

**Aa. Instrumentos pentatónicos defectuosos**

Nº	Instrumento	DO	RE	MI	FA	SOL	LA	SI	DO	RE	MI	FA	SOL	LA	SI	DO	RE	MI	FA	SOL	Clase. Region. Material.	
29	D'H. XXVI, 1																					Flauta, México, Arcilla.
30	Ch. M. 8139		●						●	●												Flauta, Perú, Caña.
31	Ch. M. 7931		●						●	●												Flauta, Perú, Hueso.
32	Ch. M. 7943		●						●	●												Flauta, Perú, Hueso.
33	Ch. M. 8013		●						●	●												Flauta, Perú, Calabaza.
34	Ch. M. 382																					Flauta, Perú, Hueso.
35	Ch. M. 3847																					Flauta, Perú, Hueso.

**Bb. Instrumentos con semitonos defectuosos?**

Nº	Instrumento	LA	DO	RE	MI	FA	SOL	LA	SI	DO	RE	MI	FA	SOL	LA	SI	DO	RE	MI	FA	SOL	Clase. Region. Material.	
1	Ch. M. 7944			●	●	●																	Flauta, Perú, Hueso.
2	Ch. M. 7946			●	●	●																	Flauta, Perú, Hueso.
3	D'H. XIX, 1			●	●	●																	Siringa, Perú, Arcilla.
4	D'H. XIX, 2			●	●	●																	Siringa, Perú, Arcilla.
5	D'H. XXIV, 8			●	●	●																	Flauta, Perú, Arcilla.
6	D'H. XX, 3			●	●	●																	Siringa, Perú, Caña.

**C. Instrumentos sin semitonos**

Si aceptamos que los Incas importaron o adoptaron la escala de cinco notas, debemos creer que las escalas indígenas con semitonos pertenecieron a pueblos anteriores al de los Incas. Para más exactas inferencias habría que conocer la procedencia precisa de los instrumentos y esto no es posible por falta del dato en la colección de Ch. Mead.

Dijimos antes que en el cuadro de las pentatónicas se ubican seguramente instrumentos que proceden de México y Centro América. Pues bien, interesa mucho observar que en el de los instrumentos "octofónicos" ocurre lo mismo. Sea cual sea la procedencia, tratándose de las zonas de alta cultura, todos los instrumentos responden a mi clasificación. Y aunque los mexicanos y centroamericanos no son tantos que consientan una afirmación seria, creo que debe pensarse formalmente en la identidad de los sistemas musicales americanos en toda la región de las altas culturas, desde México hasta Bolivia, aunque en los diversos puntos el florecimiento pueda no haber sido simultáneo.

\* \* \*

Nuestro trabajo, en conclusión, propone a la crítica cuestiones que concurren, estrechamente vinculadas, a robustecer la tesis capital de que, además del sistema pentatónico, existió en América, antes de los Incas, otro sistema musical con semitonos. Esas cuestiones son:

1° La explicación de la afinación de las flautas de Pan de Jujuy (norte argentino) por el ciclo de quintas, de que resulta una escala de siete grados con la cuarta aumentada. El reconocimiento de esa afinación en las flautas de Pan y verticales de la sierra peruana y Bolivia.

2° El rechazo de la influencia eclesiástica con sus tonos de *fa* y *re*, en la música indígena, y la atribución de la gama con cuarta aumentada obtenida del análisis de las melodías, a la influencia automática de los instrumentos de afinación prehispánica conservada tradicionalmente.

3° Examen de los instrumentos precolombinos inexplicados; establecimiento de un orden que los agrupa de tres "maneras", una de las cuales coincidiría con la gama viva de las



melodías y con los instrumentos modernos, y otra con la diatónica mayor europea.

Nada me queda sino esperar que los musicólogos recojan esta contribución y que con mayor número de instrumentos confirmen — si es el caso — la tesis presentada y avancen en la explicación cuanto no he podido hacer yo con un material tan escaso y (por varias explicables razones) descrito deficientemente.

Tengo la certeza de que la cuestión de las escalas aborígenes de la región andina ha quedado abierta de nuevo.

PUBLICACIONES CITADAS

1. ALVAREZ, JUAN. *Orígenes de la música Argentina*. Rosario, 1908.
2. ALVIÑA, LEANDO. *La Música Incaica*, Cuzco, 1908.
3. CABRAL, JORGE. *La Música Incaica*. Conferencia leída en el Colegio Nacional de la Universidad, en *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, V, 3ª parte, 581. Buenos Aires, 1915.
4. CAPDEVILA, ARTURO. *Los Hijos del Sol*, Buenos Aires, 1924.
5. CORTIJO ALAHIJA. *La Música popular y los músicos célebres de la América Latina*. Barcelona, 1918?
6. CHERVIN, Dr. ARTHUR. *Anthropologie Bolivienne*, Paris, 1908.
7. ENGEL, CARL. *Musical Instruments*, in *South Kensington Museum Art Handbooks* Nº 5, 1875.
8. FILLMORE COMFORT, JOHN. *Structural peculiarities of the music* (Complemento de *A study of Omaha indian Music*, by Alice C. Fletcher), en *Archaeological and Ethnological papers of the Peabody Museum*, I, Nº 5, Cambridge, Mass., June, 1893.
9. FRIEDENTHAL, ALBERT. *Stimmen der Völker in Liedern, Tänzen un Charakterstücken*, Cuaderno Nº 3, Berlín, 1911.
10. GARCILASO, DE LA VEGA, *Primera parte de los Comentarios Reales*, Ed., Madrid, 1723.
11. HARCOURT, R. et M. d'. *La Musique des Incas et ses survivances*. Texto y láminas (2 vol.), Paris, 1925.
12. HORNBOSTEL, Dr. ERICH M. von. *Ueber einige Papppfeifen aus Nordwestbrasilien*, en Dr. THEODOR KOCH-GRÜNBERG. *Zwei Jahre unter den Indianern*. II, 379-391. Berlín, 1910.
13. HORNBOSTEL, Dr. ERICH M. von. *Ueber ein akustisches Kriterium für Kulturzusammenhänge*, in *Zeitschrift für Ethnologie*, XXXXIII, 601-615, Berlín, 1911.
14. LALOY, LOUIS. *La Musique Chinoise*. Colec. Les musiciens célèbres. Paris, s. f.
15. MARCOY, PAUL. *Travels in South America*. Versión inglesa de Elihu Rich. London 1875.
16. MEAD, CHARLES W.. *The musical instruments of the Incas*, in *Supplement to the American Museum Journal*, III, Nº 4, July, 1903 New York, 1903.
17. MEAD, CHARLES W.. *The musical instruments of the Incas*, in *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, XV, par. III, New York, 1924.
18. RIVERO (MARIANO EDUARDO DE) y TSCHUDI (JUAN DIEGO DE), *Antigüedades Peruanas*, Viena, 1851.
19. VALCARCEL, THEODORO. *¿Fue exclusivamente de 5 sonidos la escala musical de los Incas?*, en *Revista del Museo Nacional*, Lima-Perú, Nº 1, 1932.
20. VILLALBA, MUÑOZ (A.) y BARREDA y LAOS (F.) Conferencia Literario-Musical, Lima, 1910.
21. WILSON, THOMAS, *Prehistoric Art; or the origin of art as manifested in works prehistoric man*, in *Annual report of the Smithsonian Institution for the year ending June 30, de 1896*, Washington, 1898.



# Las leyes de la mortalidad

Por JOSÉ GONZALEZ GALE

## CAPITULO VII

*La revolución industrial y el urbanismo. — La lucha contra la enfermedad en el siglo XIX. — Su influencia sobre la mortalidad. — Aumento de la vida media. — Mortalidad infantil. — La edad límite. — Conclusiones.*

### I

La revolución industrial, iniciada en el siglo XVIII, tuvo, como primera consecuencia, la formación de fuertes núcleos de población. Existían ya, en aquel tiempo, grandes ciudades, pero el advenimiento de la gran industria aumentó enormemente la extensión y el número de esas concentraciones de seres humanos y provocó el fenómeno que se conoce con el nombre de *urbanismo*. Considerables masas de población rural, atraídas por las perspectivas de una vida en apariencia más cómoda, y de una labor mejor remunerada, emigraron del campo a las ciudades.

El fenómeno es mundial: ocurre lo mismo en Inglaterra que en los Estados Unidos o en la Argentina, y, año tras año, crece en intensidad. Esta intensidad es difícil de medir, con

precisión, *numéricamente* por que, en todos los países, se tropieza con las mismas dificultades. Por una parte, las grandes ciudades *crecen*, de vez en cuando, violentamente: es que se han anexado los distritos rurales circunvecinos. Por otra parte, los nuevos distritos rurales, que se van formando alrededor de la ciudad, pierden, poco a poco, su carácter rural y se convierten en *tentáculos* que la ciudad desprende de su seno, para ir ensanchando su área más y más cada vez.

En el Censo de los Estados Unidos, de 1920, se dan algunas cifras que son muy expresivas. Se compara, con el total de la población en cada época censal, la población llamada *urbana*, es decir, la que vive en localidades de más de ocho mil habitantes, y se establecen las proporciones respectivas que damos a continuación:

Año	Población	
	Urbana	Rural
1790	3,3 %	96,7 %
1800	4. "	96
1810	4,9 "	95,1
1820	4,9 "	95,1
1830	6,7 "	93,3
1840	8,5 "	91,5
1850	12,5 "	87,5
1860	16,1 "	83,9
1870	20,9 "	79,1
1880	22,7 "	77,3
1890	29. "	71,
1900	32,9 "	67,1
1910	38,7 "	61,3
1920	43,8 "	56,2

Un movimiento paralelo sigue, como es lógico, el desarrollo de las grandes ciudades.

#### *Ciudades cuya población excede de:*

Años	25.000	50.000	100.000	500.000	1.000.000
1860	32	15	8	2	—
1870	50	24	13	2	—
1880	77	35	20	4	1

1890	125	58	28	4	3
1900	161	79	38	6	3
1910	229	109	50	8	3
1920	287	144	68	12	3

En Inglaterra ocurre lo mismo. Según los censos, levantados desde 1851 hasta 1921, la proporción entre la población urbana y la rural no ha cesado de crecer.

Año Censal	Distribución de la población	
	Urbana %	Rural %
1851	50,2	49,8
1861	54,6	45,4
1871	61,8	38,2
1881	67,9	32,1
1891	72.—	28.—
1901	77.—	23.—
1911	78,1	21,9
1921	79,3	20,7

En cuanto a Alemania, las cifras son igualmente expresivas.

*Por ciento de la población en ciudades de:*

Año	Más de 100.000	20.000 a 100.000	5.000 a 20.000	2.000 a 5.000	En el campo y en las aldeas	Total
1871	4,8	7,7	11,2	12,4	63,9	100
1875	6,2	8,2	12	12,6	61.—	100
1885	9,5	8,9	12,9	12,4	56,3	100
1895	13,5	10,1	13,6	12,2	50,6	100
1905	19.—	12,9	13,7	11,8	42,6	100
1925	26,7	13,4	13,4	10,9	35,6	100

Entre nosotros — fácil es comprobarlo — ocurre el mismo fenómeno.

Año Censal	Población	
	Urbana %	Rural %
1869	28,28	71,72
1895	37,39	62,61
1914	52,74	47,26

Y, a pesar de la falta de estadísticas depuradas y de un censo reciente, podemos afirmar, sin vacilaciones, que el movimiento en los últimos veinte años ha seguido su curso, y que, cerca de las *dos terceras partes* de los habitantes de la República, viven concentrados en los grandes núcleos de población.

## II

Tal concentración es un factor, evidentemente, desfavorable para la salud y debe contribuir, por lo tanto, al aumento de la mortalidad. Y eso ocurrió, en efecto, en los primeros tiempos, hasta que los progresos de la medicina y de la higiene lograron neutralizar, y aún sobrepujar, su influencia. Sin embargo, aún queda mucho por hacer.

Describiendo lo que eran las ciudades en el siglo XVIII, dice un autor inglés — Sir George Newman — en su reciente libro "Health and Social Revolution".

"El crecimiento de Londres, que de una ciudad medioeval murada se transformó durante el siglo XVIII en un enorme *quiste*, produjo sus naturales efectos: una inacabable masa de callejuelas, calles y plazoletas, sobrecargadas de casas y de gentes, y donde rondaban las fiebres y las enfermedades, con insalubres charcos, rebosantes de toda clase de *detritús*, atmósfera densa y mala ventilación, y en donde la inícuca tasa a las ventanas — que duró hasta 1803 — ensombrecía los hogares. Agreguemos a ésto las inmundas y malsanas prisiones, donde se engendraba la llamada *fiebre carcelaria* — *gaol fever* — y de la que, al decir de Creighton, nació la *fiebre naval*, introducida en los barcos y hospitales navales por hombres que pasaron de la cárcel a la flota real".

Ciudades de ese tipo eran todas las de aquel siglo. Falta-ban, en absoluto, obras sanitarias: no había aguas corrientes, ni cloacas, y los residuos de toda clase daban origen a mil enfermedades que los médicos de aquel tiempo combatían por medio de sangrías.

Por lo demás, durante mucho tiempo las epidemias, las pestes fueron consideradas como un *castigo del Señor*: un azote descargado sobre la mísera humanidad para que expiara debidamente sus culpas.

Fué una suerte que, paralelamente al nacimiento de la gran industria y al desarrollo de las grandes ciudades, se produjese una evolución en las ciencias médicas, que se apoyaban, cada vez más, en la observación.

¿Qué hubiera sido, sino, de la humanidad, condenada — por las nuevas condiciones de vida — a trabajar durante largas horas inhumanamente amontonada, y a reposar, luego, de mala manera, en la más abyecta promiscuidad?

No bastando los hombres, las mujeres y los niños fueron, también, llevados a las fábricas, a los talleres y a las usinas, con el subsiguiente deterioro de su salud.

El Dr. Aikin, uno de los más reputados médicos de Manchester, se creyó obligado a levantar su voz — antes que ningún otro — para clamar contra tal estado de cosas.

“En los batanes — escribía — trabajan niños de muy tierna edad. Se los recluta en los barrios humildes de Londres y, formando *rebaños*, se los transporta en calidad de aprendices a muchas millas de distancia de sus hogares, y se los entrega a sus *maestros*, a quienes sirven desconocidos, sin protección y olvidados por aquellos bajo cuya salvaguardia han sido puestos por la naturaleza y por la ley”.

“Esos niños permanecen, por lo común, encerrados demasiado tiempo en los talleres, y, a menudo, hasta durante las horas de la noche; respiran aire dañino; no se presta atención a la limpieza, ni se atiende a las causas que favorecen el desarrollo de las enfermedades, especialmente la fiebre epidémica que, con tanta frecuencia, se halla en esas factorías”.

Algunos de esos niños habían sido *colocados* por los párrocos; otros eran *vendidos por sus propios padres*, quienes recibían un precio tanto mayor cuanto menor era el niño. Otros, en fin, eran *plagiados* (raptados).

Durante muchos años no hubo, para el empleo de niños y niñas, la menor restricción, y, criaturas de cinco a catorce años de edad, llegaban a trabajar hasta doce y aún quince horas diarias.

Y un informe de la comisión de minas, en 1842, señaló que, en varios distritos mineros el número de niños empleados representaba del quince al veinticuatro por ciento de los hombres adultos, y que había aún un número de niñas — de

iguales edades — que oscilaba entre el dos y el cuatro por ciento del de hombres adultos.

### III

No hay necesidad de ir a considerar los casos extremos para darse cuenta de que la vida de las clases humildes se había modificado en un sentido harto desfavorable. A cambio de una esperanza de mayor lucro y de mayores facilidades para lograr determinados goces, habían perdido el contacto con la naturaleza y se habían confinado en esas cárceles para gentes honradas que se llaman minas, fábricas, usinas y casas de vecindad.

Entre nosotros, y en una época en que el desarrollo industrial no estaba aún ni siquiera esbozado, ya la urbanización, de tipo europeo, hacía sus estragos.

En sus conferencias sobre *higiene pública*, dictadas en 1877, en el Colegio Nacional de Buenos Aires, Eduardo Wilde, refiriéndose al *conventillo* — que es, en última instancia, la casa de vecindad de todas las grandes ciudades — decía, y en sus palabras hay, todavía, mucho de verdad.

“Un cuarto de conventillo, como se llaman esas casas ómnibus que albergan desde el pordiosero hasta el pequeño industrial, tiene una puerta al patio y una ventana, cuando más, en una pieza cuadrada de cuatro varas por costado y sirve para todo lo siguiente: es la alcoba del marido, de la mujer y de la cría, como dicen ellos en su lenguaje expresivo — la cría son cinco o seis chicos debidamente sucios —; es comedor, cocina y despensa; patio para que jueguen los niños; sitio donde se depositan todos los residuos, a lo menos, temporalmente; depósito de basura; almacén de ropa sucia y limpia, si la hay; morada del perro y del gato; depósito de agua; almacén de combustibles; sitio donde arde, de noche, un candil, una vela o una lámpara; en fin, cada cuarto de estos es un *pandemonium* donde respiran, contra todas las prescripciones higiénicas, contra las leyes del sentido común y del buen gusto y hasta



contra las exigencias del organismo mismo, cuatro, cinco o más personas". (1)

## IV

¿Cómo se explica, entonces, que a pesar de esa modificación de las condiciones de vida — desfavorable, a todas luces, para la salud — se haya obtenido, durante el siglo XIX, una notable ventaja sobre la mortalidad?

Porque — ya lo dijimos antes — a la par que la industria, progresaban la higiene y la medicina y, además, porque las clases obreras, dirigidas por hombres inteligentes y desinteresados, iniciaron pronto una lucha tenaz por su bienestar.

No es esta la ocasión de estudiar esa lucha, que, por lo demás, no ha terminado todavía, ni se sabe cuándo ni como llegará a terminar. Sin embargo, tal lucha no dejó de pesar en el ánimo de las clases directoras, inclinándolas a adoptar ciertas medidas de previsión y de vigilancia que, por otra parte, los incesantes progresos de la medicina y de la higiene reclamaban, también, con la mayor urgencia.

Si el hacinamiento de las gentes en grandes edificios incómodos es cosa que aún perdura, muchos de los inconvenientes que ofrecían esos edificios han sido obviados. Y se ha ido llevando a ellos servicios sanitarios: primero, agua potable; después, cloacas; por fin, agua en cantidad suficiente para el aseo personal. Disposiciones de carácter municipal han ido teniendo, con constructores y propietarios de casas de vecindad, exigencias cada vez mayores, respecto a patios, baños, puertas y ventanas.

El trabajo de las mujeres y los niños ha sido reglamentado. En todos los países civilizados, una copiosa legislación, de carácter social, tiende a proteger la salud de sus habitantes.

La medicina, entre tanto, ha realizado enormes progresos. Los descubrimientos de Pasteur abrieron horizontes insospechados, y, desde entonces acá, el avance no se ha detenido ni

---

(1) Cuando Wilde escribía, para edificar una casa bastaba pedir a la municipalidad la "línea" de la calle sobre la cual se levantaba el frente. No se adjuntaban planos, ni se describía la obra. Materiales, traza, pozos, aljibes... todo quedaba al arbitrio del constructor. Poco a poco se fueron dictando disposiciones parciales, hasta que, en 1887, se dictó la primera ordenanza referente a construcciones.

un solo instante. Hoy la lucha contra la enfermedad y contra la muerte prosigue sin tregua ni descanso.

“*El objeto de la higiene* — decía el doctor Guillermo Rawson, en 1874, hace *sesenta años*, al inaugurar sus conferencias en la Facultad de Medicina — *no es otro que el de prolongar con comodidad la vida media de los hombres*”. Por su parte el doctor Eduardo Wilde, en sus clases del Colegio Nacional — en 1877 — definía la higiene pública como “*el arte de conservar y recuperar la salud de los pueblos*”.

Esa es la labor que, en todas partes, llevan a cabo las organizaciones oficiales que — con uno o con otro nombre — tienen a su cargo la supervisión de la salud pública.

La famosa Real Comisión inglesa, de 1869, condensó en las once conclusiones que siguen lo que era, a su juicio, indispensable para que un pueblo civilizado pudiera vivir en condiciones *aceptables*.

- 1º Provisión de agua *sana*, en cantidad suficiente para la bebida y el aseo.
- 2º Mantenimiento de esa agua *libre* de contaminaciones.
- 3º Construcción y utilización de desagües.
- 4º Regulación de calles, caminos y edificios.
- 5º Salubridad de las casas.
- 6º Eliminación de los desechos y destrucción del humo.
- 7º Inspección de los alimentos.
- 8º Supresión de las causas de enfermedad, y reglamentaciones para el caso de epidemias.
- 9º Organización de los entierros, sin daños para los vivos.
- 10º Reglamentación de los mercados, del alumbrado público y de los otros servicios que deban usarse en común.
- 11º Anotación sistemática de los casos de muerte y enfermedad.

Hoy, transcurridos algo más de sesenta años, el programa de la Real Comisión inglesa de 1869 está ya completamente incluido en el del Servicio Nacional de Salud Pública, que lo ha ampliado agregando estos otros once ítems.

- 1º Alojamiento del pueblo y regulación de la planta de las ciudades.
- 2º Bienestar (comodidad) industrial del obrero y vigilancia de talleres y usinas.

- 3° Cuidado y supervisión de la maternidad.
- 4° Salud de jóvenes y niños, incluyendo el servicio médico escolar.
- 5° Tratamiento de las enfermedades contagiosas corrientes.
- 6° Tratamiento de las enfermedades constitucionales: tuberculosis, específicas, cáncer, reumatismo, ceguera, mentales . . .
- 7° Facilitación de los medios de obtener esos tratamientos: hospitales, clínicas, sanatorios, escuelas especiales.
- 8° Un sistema nacional de seguro sanitario.
- 9° Convenciones sanitarias internacionales.
- 10° Investigaciones médicas acerca de las causas y medios de curar las enfermedades.
- 11° Educación popular en materia de salud.

## V

Y es, realmente, consolador poder comprobar que el esfuerzo realizado no ha sido estéril.

Empecemos por nuestra ciudad.

El doctor Alberto Martínez publicó, en el tercer censo municipal de 1910, un cuadro en que da las cifras correspondientes a la mortalidad por cada mil habitantes en Buenos Aires — la llamada *tasa cruda* de mortalidad — desde 1664 hasta 1909. Advierte el autor, honradamente, que trabajó con datos *insuficientes*. Sin embargo, los resultados a que él llega no difieren mucho de los obtenidos, en 1930, por la oficina de estadística municipal que *recalcó* dichas tasas en base a *estimaciones*, hechas por la misma oficina, de la población de la ciudad. La irregularidad que ofrecen esas tasas durante el siglo XVIII, donde, junto a una tasa de apenas un *veinte* por mil, hallamos otra que excede de *treinta y cuatro*, nos induce — dada la forma un tanto *conjetural* en que han sido establecidas — a no tomar en cuenta sino las que proceden de años posteriores a la organización nacional.

Partiremos, pues, del año 1869, en que se levantó el primer censo nacional. Y veremos, de paso, al llegar al año 1871, el tremendo azote que fué, para la capital de la República, la epidemia de fiebre amarilla.

*Ciudad de Buenos Aires**Tasas crudas de mortalidad*

<i>Año</i>	<i>Tasa</i>	<i>Año</i>	<i>Tasa</i>	<i>Año</i>	<i>Tasa</i>
1869	35,2	1880	24,3	1915	15,1
1870	33,1	1885	25,4	1920	14,5
1871	111,4	1890	31,4	1925	13,5
1872	29.—	1895	24,8	1930	12,8
1873	28,8	1900	20,8	1932	12.—
1874	33,5	1905	16,3		
1875	30,7	1910	16,8		

Las cifras que anteceden son las dadas actualmente por la Oficina Estadística Municipal. Las que figuran en el Censo Municipal del año *díez* difieren levemente, en más o en menos. Pero las diferencias no tienen mayor significación y, tanto unas como otras, revelan claramente la marcha, la *tendencia*, decreciente de la mortalidad, que es lo que nos interesa poner de manifiesto. Sería, por otra parte, absurdo pretender dar a las cifras un alcance mayor del que realmente tienen.

Son *tasas crudas*, es decir, *referentes a una población cuya composición se ignora*. Y, de la composición de esa población, depende que la tasa, aparentemente alta, sea baja o viceversa. En una población compuesta en su mayor parte por viejos y niños, la mortalidad *debe forzosamente* ser mucho más elevada que en otra población, en la que predominen, sobre todo, personas que están en la fuerza de la vida. Además, la población *total* — sin atender ya a su composición — que ha servido de base a esos cálculos, es meramente *conjetural*: tan aproximada como se quiera, pero *conjetural*, al fin y al cabo. Y, el grado de aproximación de esa cifra, no se conocerá mientras no se tenga un censo de población.

## VI

El fenómeno se estudia mucho mejor a la luz de estadísticas más perfectas que las de nuestro país. En Inglaterra, don-

de desde principios del siglo pasado se levanta un *censo de población* cada diez años — en los años terminados en uno —, se han construido, en base a esos censos, *tablas de mortalidad* que permiten seguir, con precisión, las ganancias obtenidas año tras año.

De esas tablas entresacamos los valores de la *vida media* que siguen para distintas edades.

*La vida media en Inglaterra*

*Varones*

<i>Tabla y fecha</i>	<i>E d a d e s</i>				
	0	5	10	45	80
E <sup>3</sup> ; (1838-54)	39,91	49,71	47,05	22,76	4,93
E <sup>4</sup> ; (1871-80)	41,35	50,87	47,60	22,07	4,79
E <sup>5</sup> ; (1881-90)	43,66	52,75	49,—	22,06	4,52
E <sup>6</sup> ; (1891-900)	44,13	53,50	49,63	22,20	4,62
E <sup>7</sup> ; (1901-10)	48,53	55,90	51,81	23,27	4,86
E <sup>8</sup> ; (1910-12)	51,50	57,14	53,08	23,92	4,90
E <sup>9</sup> ; (1920-22)	55,62	58,81	54,64	25,22	4,93

*Mujeres*

*E d a d e s*

<i>Tabla y fecha</i>	0	5	10	45	80
E <sup>3</sup> ; (1838-54)	41,85	50,33	47,67	24,06	5,26
E <sup>4</sup> ; (1871-80)	44,62	53,08	49,76	24,06	5,20
E <sup>5</sup> ; (1881-90)	47,18	54,92	51,10	24,05	5,—
E <sup>6</sup> ; (1891-900)	47,77	55,79	51,97	24,20	5,05
E <sup>7</sup> ; (1901-10)	52,38	58,53	54,53	25,53	5,36
E <sup>8</sup> ; (1910-12)	55,35	59,94	55,91	26,34	5,49
E <sup>9</sup> ; (1920-22)	59,58	61,67	57,53	27,73	5,56

La letra que sirve de característica a las tablas es la inicial de la palabra *english* (inglesa); el subíndice que la acompaña

indica el número de orden de la tabla; los años entre paréntesis el período que abarcan las observaciones.

En el cuadro anterior se advierten claramente:

a) el aumento constante de la vida media, para todas las edades.  
b) la mayor vitalidad — también constante — de la mujer.

c) la — comparativamente — mayor ganancia de mortalidad en los primeros años de la vida. A la edad *ceró*, — a la hora de nacer — la vida media de los varones pasa de 39,91 — en 1838-54 — a 55,62 — en 1920-22 —. Lo que representa más del *treinta y nueve* por ciento de ganancia. A los cinco años de edad, esa ganancia se reduce al *diez y ocho* por ciento. A los cuarenta y cinco años, a menos del *once* por ciento. Y, a los ochenta años, la variación sufrida es prácticamente nula. Eso prueba que, a pesar de haberse eliminado numerosas causas de muerte, la duración *normal* de la vida no se ha alterado. Muchas muertes *prematúras* han sido llevadas a su verdadero lugar. Eso es todo.

Ello se ve con no menos claridad si, en vez de comparar la *vida media*, comparamos las *tasas de mortalidad* que, para diversas edades, se obtienen de esas mismas tablas.

### *Inglaterra*

*Tasas de mortalidad por cada mil sobrevivientes a la edad indicada*

	<i>V a r o n e s</i>			<i>M u j e r e s</i>		
	<i>T a b l a</i>			<i>T a b l a</i>		
<i>Edad</i>	E <sup>7</sup> (1901-10)	E <sup>8</sup> (1910-12)	E <sup>9</sup> (1920-22)	E <sup>7</sup> (1901-10)	E <sup>8</sup> (1910-12)	E <sup>9</sup> (1920-22)
0	144,34	120,44	89,96	117,43	97,67	69,42
10	1,82	1,93	1,81	1,99	1,96	1,80
20	3,78	3,48	3,49	3,25	2,95	3,06
30	5,66	4,78	4,34	4,84	4,11	3,92
40	9,31	8,11	6,88	7,66	6,60	5,32
50	16,57	14,82	11,79	12,67	11,40	9,15

60	32,62	30,42	25,61	25,39	23,10	18,97
70	67,08	64,70	59,97	56,43	52,59	46,46
80	141,63	142,99	140,02	124,29	124,19	117,66
90	295,66	273,95	267,52	257,81	238,26	238,52

Y en cualquier país que consideremos ocurre lo propio.

El Instituto Central de Estadística de Italia, que dirige Corrado Gini, acaba de publicar un volumen de tablas de mortalidad construidas todas por un mismo procedimiento — lo que es una ventaja a efectos de su comparación — y que se refieren a cuatro periodos diferentes. De entre ellas sacamos los siguientes resultados:

*Tablas de Mortalidad Italiana para ambos sexos*

*V i d a M e d i a*

*Periodo de observación*

<i>Edad</i>	1881-82	1899-902	1910-12	1920-22
0	35,42	42,78	46,94	49,99
5	50,02	54,42	56,22	57,73
10	47,92	51,10	52,58	53,85
20	40,48	43,07	44,40	45,55
45	23,08	24,53	25,44	26,07
60	13,05	13,53	14,24	14,67
70	7,98	7,70	8,16	8,43
80	4,95	3,99	4,18	4,36
90	3,17	2,17	2,33	2,46

*Mortalidad por mil sobrevivientes a la edad indicada*

*Periodo de observación*

<i>Edad</i>	1881-82	1899-902	1910-12	1920-22
0	202,12	169,56	141,83	128,66
5	18,28	9,46	7,42	5,58
10	6,18	4,03	3,13	2,67
20	8,07	6,23	5,76	5,42
45	12,65	9,70	8,82	7,91
60	30,86	26,14	23,12	21,35
70	76,79	68,10	61,70	58,05

80	148,—	175,94	165,35	159,37
90	246,87	347,66	337,69	311,30

## VII

La mejor parte de la ganancia obtenida en la lucha empeñada contra la muerte es, pues, la que deja la reducción de la mortalidad infantil.

Y entre nosotros — no podía ser de otro modo — ocurre exactamente lo mismo.

En el tercer censo municipal — a que antes nos referimos — hallamos algunas cifras interesantes que lo demuestran.

*Ciudad de Buenos Aires*

*Mortalidad infantil (de cero a un año de edad)*  
*Número de muertes por cada cien nacidos con vida.*

<i>Año</i>	<i>Tasa de Mortalidad</i>	<i>Año</i>	<i>Tasa de Mortalidad</i>	<i>Año</i>	<i>Tasa de Mortalidad</i>	<i>Año</i>	<i>Tasa de Mortalidad</i>
1875	21.7	1884	18,—	1893	14.5	1902	9.2
1876	16.3	1885	18.6	1894	14.1	1903	8.7
1877	18.8	1886	19.6	1895	13.2	1904	8.3
1878	17.1	1887	18.8	1896	12.1	1905	9.9
1879	16.5	1888	17.2	1897	12.4	1906	10.4
1880	16.8	1889	19.3	1898	10.6	1907	9.6
1881	16.2	1890	17.7	1899	10.3	1908	8.6
1882	16.—	1891	15.7	1900	12.3	1909	8.8
1883	18.4	1892	15.6	1901	9.9	1932	6.4

La última cifra del cuadro procede de una publicación reciente hecha por la Oficina de Estadística de la Municipalidad.

La Sociedad de las Naciones decidió, en 1926, realizar una investigación acerca de la marcha de la mortalidad infantil en los distintos países.

El informe preparado en Inglaterra, con tal motivo, es sobremanera instructivo.

Entresacamos de él algunas cifras que son por sí solas har-  
to elocuentes.



*Inglaterra y Gales**Mortalidad infantil**Número de muertes por cada mil nacidos con vida*

<i>Año</i>	<i>Legítimos</i>	<i>Ilegítimos</i>	<i>Total</i>
1918	91	186	97
1919	84	173	89
1920	76	156	80
1921	79	158	83
1922	74	139	77
1923	67	132	69
1924	73	133	75
1925	72	136	75
1926	68	130	70
1927	67	120	70

A pesar de que la tasa de la mortalidad baja continuamente, se mantiene inalterada la proporción entre la mortalidad de los hijos legítimos y los ilegítimos. Grave falla de nuestra pretendida civilización que debería estar ya en vías de ser subsanada. Sin embargo, no es así

*Inglaterra y Gales (1927)**La mortalidad infantil, según la edad de la madre.**Muertes durante el primer año — excluyendo el primer día — por cada mil nacidos con vida.*

<i>Causa de Muerte</i>	<i>E d a d d e l a M a d r e</i>				
	15 - 25	25 - 30	30 - 35	35 - 40	40 ó más
Gastroenteritis . . . . .	6.32	3.44	4.75	8.10	8.44
Sífilis . . . . .	2.53	3.44	0.73	4.86	3.54
Bronquitis y Pnenmonia . . . . .	16.86	17.20	17.55	22.68	18.86
Mala conformación . . . . .	5.06	5.85	2.93	4.32	3.54
Nacimientos Prematuros . . . . .	7.17	9.29	5.49	8.64	10.61
Todas las causas . . . . .	49.32	51.25	41.69	56.70	57.75

Más interesante, aún, es el resultado de una investigación, realizada recientemente en Australia por el supervisor del censo

Mr. H. J. Exley, en la que se da la *marcha* de la mortalidad infantil en Australia y en Nueva Zelandia desde 1871 hasta la fecha, es decir, desde hace más de *sesenta años*. Y son interesantes, sobre todo, los resultados obtenidos porque Nueva Zelandia y Australia son, actualmente, los países en que se registra menor mortalidad.

*Mortalidad infantil en Australia y Nueva Zelandia*

*Muertes entre las edades cero y uno por cada mil nacidos con vida.*

<i>Años</i>	<i>Australia</i>	<i>Nueva Zelandia</i>
1871 — 75	119,28	111,72
1876 — 80	121,41	95,60
1881 — 85	125,07	90,60
1886 — 90	117,51	84,09
1891 — 95	107,96	87,60
1896 — 900	112,32	80,06
1901 — 05	96,91	74,77
1906 — 10	77,60	69,62
1911 — 15	70,32	53,63
1916 — 20	64,67	48,62
1921 — 25	57,88	42,75
1926 — 30	51,99	36,70

Clasificando las muertes infantiles ocurridas en Australia, desde 1906 hasta la fecha, de acuerdo con la edad del niño — dentro, naturalmente, del primer año — se tienen los siguientes resultados.

*A u s t r a l i a*

*Mortalidad infantil de acuerdo a la edad del niño  
(Número de muertes por cada mil nacidos con vida)*

<i>Período</i>	<i>Menos de una semana</i>	<i>De una semana a un mes</i>	<i>Hasta un mes de edad</i>	<i>Más de un mes y menos de un año</i>	<i>Total</i>
1906-10	21,19	10,16	31,35	46,25	77,60
1911-15	22,18	9,51	31,69	38,63	70,32
1916-20	23,10	8,59	31,69	32,98	64,67
1921-25	22,04	7,87	29,91	27,97	57,88
1926-30	22,39	6,56	28,95	23,04	51,99

También compara, el estudio que nos ocupa, la mortalidad infantil de los hijos legítimos y de los ilegítimos. Igualmente resulta, en Australia, mayor la mortalidad de los ilegítimos, y en proporciones análogas a las halladas en Inglaterra.

Durante el período 1925-30, la mortalidad de los hijos ilegítimos, comparada con la de los legítimos, fué, según edades:

Hasta menos de una semana, 145 %.

De una a dos semanas, 130 %.

De dos semanas a un mes 167 %.

En conjunto: de menos de un mes 146 %.

De menos de un año (en total) 184 %.

Como las muertes durante la primera y aún la segunda semana se deben, sobre todo, a mala conformación o a lesiones sufridas durante el parto, se ve en el acto que en el exceso de la mortalidad de los ilegítimos pesan, sobre todo, las causas debidas a falta de atenciones.

Es decir, que ese desequilibrio podría y debería remediarse.

### VIII

Si estudiamos, ahora, como influyen sobre la mortalidad las condiciones económicas, veremos — y no es preciso ser zahorí para preverlo — que las clases más pobres son las que tienen mayor mortalidad.

Uno de los estudios más interesantes al respecto es el realizado, en 1920, por el estadígrafo suizo L. Hersch, tomando como base las estadísticas de la ciudad de París, y al que nos referimos ya en páginas anteriores.

Agrupando los diversos barrios (*arrondissements*) parisienses en cuatro categorías, de acuerdo con la contribución personal *media* pagada durante los años 1911 a 1913, llegó a los siguientes resultados.

<i>Clases por orden de bienestar económico</i>	<i>Mortalidad general por mil habitantes</i>	<i>Mortalidad infantil, por mil nacidos vivos</i>	<i>Mortalidad por tuberculosis, por cada diez mil habitantes</i>
I	11,—	51,—	14,8
II	13,—	69,—	26,8
III	16,9	107,—	43,1
IV	22,4	151,—	58,6
<i>Promedio general</i>	16,5	107,—	39,4

## IX

En resumen, podemos afirmar que, contra viento y marea, venciendo todos los obstáculos que la pobreza, el exceso de fatiga, el hacinamiento y los prejuicios humanos le oponen, más o menos francamente, la ciencia moderna va acorralando a la muerte. No la vencerá: de éso no hay duda. La muerte no es, al fin, más que una consecuencia de la vida. Pero lo esencial no es *eliminarla*, sino *recluírla, confinarla* en su verdadero lugar.

Había llegado a regiones que hubieran debido estarle vedadas, y es en esas regiones donde se lucha denodadamente. Hay que transportar las muertes tan lejos como sea posible. Si no para desplazar la edad límite de la vida, al menos, para hacer que esa edad límite sea accesible, cada día, a un número mayor de personas.

Y que — cuando llegue la muerte — el hombre esté *saciado* de vivir — como los patriarcas bíblicos —. No cansado de la vida, sino satisfecho de haberla vivido; no harto de sufrir, sino saturado de bienestar; no esperando la muerte como una liberación, sino aceptándola como el fin natural de una existencia bella y noblemente cumplida.

La lucha es, pues, más contra la *enfermedad* que contra la *muerte*.

El ideal sería que — de esa curva de las muertes que vimos en uno de los primeros capítulos — sólo quedara subsistente la *última* de las curvas parciales que contribuyen a formarla. Naturalmente, tendría que elevar más su cima; acaso ensanchara algo su base, pero ¡cuánto dolor y cuánta miseria se ahorrarían! ¡cómo mejoraría — incluso moralmente — la humanidad!

Para colaborar en esa espléndida tarea se ha creado — hace relativamente poco tiempo — una nueva ciencia: la *eugenesia*. Los que la aplican, es decir, los que, al lado de la *ciencia*, cultivan el *arte* que de ella ha nacido, se proponen hacer de modo que, en pocos años, no queden sobre la tierra seres *tarados*. Y no vacilan en apelar, para ello, a las medidas más expeditivas, sin excluir la *esterilización* de los hombres

a quienes no se juzga dignos de tener descendencia. Es una operación, al parecer, *incruenta*, que se ha llevado a cabo ya, con éxito, en algunos estados de la república norteamericana, y que empieza a ser preconizada en otros muchos países. Actualmente se prepara en Alemania la esterilización de *cuatrocientas mil personas*, la mayor parte de las cuales son, o se dice que son, *deficientes mentales*. *¡Todo por una más grande Alemania!*

Cuesta trabajo, sin embargo, pronunciarse decididamente en pro de la esterilización. De cualquier modo, es una medida que habrá que dejar para casos extremos.

Antes de eso hay una larga ruta que recorrer; hay mucho hambre que aplacar, mucha ignorancia que desvanecer, muchos dolores que mitigar, muchas injusticias que destruir. Cuando todo eso esté realizado, habrá, tal vez, llegado el momento de hacer un *balance*, y ver si las ganancias esperadas justifican la adopción de ciertas medidas. Es muy probable que el número de inferiores, de indeseables y de tarados decrezca, rápidamente, a medida que aumente la justicia social.



## Anatole France: "Vie de Jeanne d'Arc"

Por LUIS REISSIG

Más de 20 años transcurrieron desde que Anatole France comenzó su "Vie de Jeanne d'Arc" hasta darle término. El 15 de Octubre de 1876 publicaba en la "République des lettres" el primer fragmento, titulado "La mission de Jeanne d'Arc". Es el mismo año en que se edita su poema "Les noces Corinthiennes", en cuyo prefacio podemos leer lo siguiente: "Toco en este libro las cosas grandes y delicadas, las cosas religiosas".

Durante ese largo período France no estuvo absorbido por su reconstrucción histórica. El resto de su obra, casi toda ella más celebrada que su "Vie de Jeanne d'Arc", íbase cumpliendo. De cuando en cuando, France tomaba notas, escribía un artículo sobre Juana. Y los apuntes y borradores íbanse amontonando hasta formar prácticamente aquella bolsa de que nos habla su secretario Brousson en su chispeante libro "Anatole France en Pantoufles". Abrámoslo en la página 22. Es el momento en que France entrega a su flamante secretario la histórica bolsa:

—"Déjelo en la alfombra — ordena France a su criada Josefina — ¿Sabe Vd. lo que es eso, amigo mío? El manuscrito de Juana de Arco. Ya ve Vd. que tiene tela cortada para rato: hay ahí a lo menos sesenta kilos. Todo este farrago le

pertenece. Queme Vd., rompa, tache. Yo no quiero ya meter las narices en eso. Esa Doncella me hastía. Llevo más de veinte años rondándola. No hay por dónde tomarla. Es una beata, pero guasona. Hágase la que se haga, al contar su historia enojará uno a todos. Las gentes devotas clamarán que es un sacrilegio, y los ateos me llamarán un santurrón. Mandé subir todos esos papelotes a la buhardilla, con los ratones. Madame (se refiere a Madame de Caillavet) no quiere oír hablar más de ello. Quiere historias contemporáneas. No comprende que la "Vie de Jeanne d'Arc" podría ser la "Vie de Jesús". ¿No hablan, acaso, de canonizar a esa santa muchacha? Se trata de ver quien llega primero. Convendría terminar nuestro monumento liberal-republicano antes de que los curas la coloquen en sus altares. No hay tiempo que perder".

En efecto, la "Vie de Jeanne d'Arc" apareció en 1908, doce años antes de la canonización de la doncella. Pero no fué por adelantarse a la canonización, sino porque France deseaba terminar una obra que era para él casi una pesadilla. Para adelantarla fué que empleó a Brousson como secretario. Brousson era el erudito laborioso que France necesitaba. Hagámosle justicia en eso a Brousson.

En otro párrafo del mismo libro de Brousson hay esta otra declaración de France: "¡Llevo tanto tiempo rondando a esa Doncella. ¡Y he tenido tantos contratiempos! He sufrido mudanzas, divorcios. . . Han repartido mis libros, saqueado mis papeles. Una vez me encontré uno de mis manuscritos — el de "Thaïs" — en la cocina. Iban a cubrir con él los tarros de dulce. Amigo mío, no se case nunca. El matrimonio hace raras veces la dicha del hombre, y es funesto para el escritor". (1)

La composición de la "Vie de Jeanne d'Arc" íbase realizando, con escrupulosidad a la vez que con tardanza. Y se siente algo así como una sonrisa indulgente cuando se sabe que France escribió su Vida de Juana hasta con la seriedad de un historiador. En la primer página del fragmento de manuscrito con el que obsequió a su amigo Eugène Richtenberger se lee lo siguiente: "Ofrezco afectuosamente a mi muy querido amigo Eugène Richtenberger lo que me queda del manuscrito

---

(1) P. 118.



de la historia de Juana de Arco. Podrá verse en él que he escrito esta obra con todo el cuidado de que soy capaz, y completamente consciente de mis deberes de historiador. Si este libro hubiera sido escrito más ligeramente, hubiera agradado más".

(2)

En efecto, su "Vie de Jeanne d'Arc" ha agradado poco. Los lectores habituales de France la encuentra poco franciana, y hasta pesada a fuerza de ser prolija y minuciosa. Casi no hay asomo de ironía en ella. Pero France no podía haber procedido de otra manera. Tenía que obrar como rapsoda, no tanto para la poesía de la leyenda como para reconstruir con ojos laicos el drama histórico de Juana, y de la sociedad de entonces. El no podía tratar a Juana de Arco con la misma ingenuidad de espíritu que al Fray Giovanni de su "Humaine Tragedie", ni "hundir la mano en la pila de agua bendita" (3) como Brousson al escribir su libro "Les Fioretti de Jeanne d'Arc". Dice Brousson en este libro que "no hay más bello cuento de hadas que la historia de la doncella". (4) Es posible. La doncella tenía un hermoso corazón. Era franca, ingenua, valiente, terrible. Sus éxtasis tenían a la vez la simplicidad de las almas rústicas y la dulzura de los sueños que conmueven. No había en ella ese tufo de incienso que envuelve a las poseídas que la iglesia ampara desde la revelación hasta la muerte. Juana tenía un bello corazón. Recibía mensajes de Dios por boca de Santa Margarita y Santa Catalina. Esos mensajes le indicaban arrojar de Francia a los ingleses, comenzando por la liberación de Orleans y coronar al Delfin Carlos en Reims como rey de Francia. Así, la historia de Juana de Arco no es una historia edificante puesta al servicio de la iglesia: es un fragmento de la historia de Francia. Todo es allí vivo, claro; y la pasión de Juana remueve los espíritus. No hay en toda la historia de Francia una figura tan simple y grande a la vez como Juana. Su grandeza consistió en su entrega total a la empresa a la que se sentía destinada. Y ésto es lo maravilloso en la historia de Juana. De ahí nace el milagro del triunfo del Delfin Carlos. Arruinado, débil, desorientado, se deja empujar

(2) "Vie de Jeanne d'Arc". T. II. Calmann-Lévy, editeurs. Paris. 1929. Apéndice, pág. 474.

(3) Jean Jacques Brousson. "Les Fioretti de Jeanne d'Arc", p. 11.

(4) Ib. p. 36.

por la doncella y libra a Orleans. Después de Orleans, comienza una nueva época para Francia. ¿Acaso la Doncella es el Napoleón del siglo XV? En parte: ella termina con las pequeñas escaramuzas y con los combates singulares. Son las masas populares las que deciden las victorias. Juana no es un general como Napoleón. Ella no entendía nada de estrategia, no conocía las rutas, no sabía ni dirigir un ataque ni convenir un tratado. Su arte mayor consistía en hacer confesar a sus soldados antes de conducirlos a la victoria. He dicho "sus soldados"; y es exacto: ellos le pertenecían por derecho de corazón, la obedecían ciegamente. Nunca tuvo en realidad el mando de un ejército. Pero los soldados y el pueblo creían en ella. ¿Por qué? Porque era muy superior a todos los generales, que iban a la guerra no para matar o morir, sino para pagar o cobrar, como muy bien hace notar Bernard Shaw en su "Santa Juana".

Juana había sabido levantar el espíritu del pueblo anunciándole la próxima victoria. Es verdad que los ingleses, cuando Juana se dirigía a Orleans, estaban mal provistos de armas, de caballos, de hombres y de víveres, y en condiciones de inferioridad con respecto a los franceses; pero ningún señor feudal adicto al Delfín Carlos se atrevía a una lucha decisiva, ni tenía la confianza del pueblo.

Fué esta entrega del pueblo a Juana la que aprovecharon el Delfín y los "señores de la guerra" que le rodeaban, para recuperar las tierras perdidas, y la iglesia armagnac para recobrar su dominio y restaurar su patrimonio. Cuando, después del triunfo, Juana mantuvo su misma rectitud de espíritu, su misma franqueza, su misma valentía, comenzó a molestar. Este aspecto es el que Bernard Shaw trata, con toda la pimienta conque sazona cualquiera de sus obras, en su "Santa Juana". En ella, Juana se destaca como inaguantable, soberbia, desobediente, cismática.

Sí: Juana era una muchacha terrible. Mas convengamos en que debía serlo. Piénsese que Juana había recibido un mandato divino y que para cumplirlo encontraba, por lo general, en quienes debían concederle lo que necesitaba, o el recelo, o la burla, o la intriga, o la indiferencia. Demasiado buen genio tenía. Juana era, en el fondo, sencilla, buena, bondadosa. Si conducía al ataque y a la matanza era después de haber agota-

do recursos persuasivos. La víspera de la toma de Tourelles y la liberación de Orleans ella dirige a los ingleses un mensaje de Paz que dicta al hermano Pasquerel, su confesor, en los siguientes términos:

“Vosotros, hombres de Inglaterra, que no tenéis ningún derecho al reino de Francia, el Rey de los cielos prescribe y os manda, por mi, Juana la Doncella, que abandonéis vuestras bastillas y retornéis a vuestro país; de lo contrario, yo haré un tal castigo del que os acordaréis toda la vida. Es por la tercera vez que os escribo y no os escribiré más.” (5)

Este procedimiento de las misivas no lo había inventado Juana. Correspondía a la época, en que los combates tenían o no lugar según el resultado del convenio que se tramitaba entre sitiados y sitiadores. Pero Juana no negociaba una victoria. Su misiva, lanzada al campo inglés en la punta de una flecha, llevaba un consejo y una orden. Cuando habiéndola leído, del campo inglés salieron voces que decían: “Son noticias de la prostituta de los Armagnacs”, a Juana se le llenaron los ojos de lágrimas. Acaso, más que la ofensa, la hirió el desconcierto que le producía el que no se comprendiera la grandeza de su misión.

Esa misiva de la doncella la pinta de cuerpo entero. Así, arrogante, valiente, cándida, terrible, “dándose toda entera en la lucha” (6) cuando ella tenía lugar. Juana contrastaba, por lo tanto, con el andar cauteloso de los señores feudales que la utilizaron como “mascota” (7).

Cuando surgió Juana, “la guerra era conducida dulcemente” (8); “se combatía por el pillaje” (9). Juana da un vigor inusitado a la palabra Victoria: le infunde la virtud del sacrificio, de que estaba impregnada su alma. La presencia de Juana entre las tropas y el pueblo contenía todas las protestas, infundía aliento, confianza, fe. ¿Acaso se veía en ella la enviada de Dios, o el espíritu generoso y valiente hasta la inmolación, o más bien la Juana Armagnac que iba a permitir gozar de sus tierras a sus compañeros los franceses? Todo esto,

---

(5) T. I. p. 343.  
 (6) Ib. p. 356.  
 (7) Ib. p. 435 y T. II p. 163.  
 (8) T. I. p. XLVII.  
 (9) Ib. p. XLIX.

en verdad, se mezclaba en la apoteosis de Juana. La guerra era la ruina de los burgueses y el negocio para los capitanes. Todas eran guerras de pillaje, el botín era el desideratum. Los habitantes de las ciudades temían tanto a sus defensores como a sus atacantes. Ambos devastaban, en una forma o en otra, sus bienes. Y esto explica el por qué los pacíficos burgueses prestos estaban las más de las veces a cambiar de bonete de acuerdo a la insignia del triunfador. Llenos de temor por la suerte de su patrimonio, se ingeniaban en dulcificar al nuevo amo; al mismo amo que días antes hubieran colgado de un árbol de tenerlo a su alcance, y a quien resolvían luego saludar a su entrada, con la jubilosa exclamación de "¡Noel! ¡Noel!"

Los burgueses clamaban por la paz. Ellos fincaban su grandeza en el trabajo de sus bienes. ¿Qué les podían interesar, en el fondo, las querellas entre los Borgoñones aliados a los ingleses, y los armagnacs que Juana condujo a la victoria?

La patria no existía en tiempos de la doncella. Juana llegó a ser el símbolo de la patria recién en la Francia Imperial y en la republicana (10). Lo que les preocupaba a los burgueses era su vida y sus bienes. Los habitantes de Reims, por ejemplo, se aprestan a recibir al Delfín Carlos, que será consagrado allí como rey de Francia, anunciándole que abrirán las puertas de la ciudad a su llegada; pero al mismo tiempo, y a fin de no arriesgar nada, advierten por cuerda separada al duque Felipe y a los jefes ingleses y borgoñones que el ejército del Delfín avanza, y les piden que lo detengan. No es que los burgueses de Reims prefirieran más a los borgoñones e ingleses, de quienes eran vasallos en ese momento, que a los armagnacs del Delfín, sino que con esa táctica quedaban a cubierto de reproches y de represalias. Y del buen arte que empleaban "dependía la salud de sus cuerpos y de sus bienes" (11).

Pero la llegada de Juana a Orleans provoca un acontecimiento que supera el primer campo de acción de los propios burgueses. Si hasta entonces todo el problema de la burguesía estribaba en sortear hábilmente los peligrosos encuentros entre los diversos señores, ahora nace una conciencia nueva en ella:

---

(10) Ib. p. LXIV-LXV.

(11) Ib. p. 510.

la de su fuerza. Cúmplese así un acto revolucionario, que escapa a la intuición y a la comprensión de Juana. Mientras ella ejecuta órdenes de Dios, la burguesía despierta. Es así como crece el recelo de los Señores hacia Juana; recelo muy sordo, que apenas trasciende, porque Juana es poderosa y ninguno arriesgaría oponérsele; recelo que justifica en gran parte el alivio que muchos sintieron cuando Juana fué quemada en la plaza de Mercado Viejo de Rouen.

Juana era también como un Dios para el pueblo. "Hombrés, mujeres, niños, se precipitaban, se ahogaban para tocarla, a ella y a su caballo blanco, como se toca a las reliquias de los santos" (12).

La iglesia, como la nobleza, utiliza a Juana para restaurar su dominio y recobrar sus beneficios, pero recela de su libertad de espíritu al propio tiempo que de su influencia sobre el pueblo. Había en Juana demasiada jactancia. Pretendía ella "saber de Dios mismo lo que la iglesia tiene por misión enseñar" (13). Y esto fué lo que la perdió ante el Tribunal de la Inquisición. Afirmar el sentirse en comunicación con San Miguel, con Santa Catalina y con Santa Margarita no era mal mirado del todo por la Iglesia, pero sí caer en el acto de soberbia que significa considerarse dueña única de la revelación y usar de ella sin el visto bueno de la representante de Dios en la tierra.

Puntos éstos difíciles ya de tratar para France, que años antes de concluir su "Vie de Jeanne d'Arc" había escrito su áspero alegato sobre "L'Eglise et la République", que lo consagraba como anticlerical. Por eso dice Bernard Shaw al hablar de la Juana de Arco de France: "En su libro se notan antipatías. El autor no es enemigo de Juana, pero es anticlerical, antimístico y fundamentalmente incapaz de creer que haya podido existir persona alguna como la Juana verdadera" (14).

El estilo tajante de Shaw le permite deslindar bien por las coyunturas: es exacto que en la Juana de Arco de France hay antipatías; por supuesto, para la iglesia. France se ha ocupado de presentar con cuidado los fundamentos que lo justifican. Ahora, en cuanto a su "incapacidad de creer que haya

---

(12) Ib. p. 513.

(13) T. II. p. 275.

(14) Bernard Shaw. "Santa Juana". Ed. Rev. de Occidente. p. 50.

podido existir persona alguna como la Juana verdadera", en tiendo que no puede usarse un juicio tan absoluto. France ha tratado de comprender a Juana con su propio espíritu, como Bernard Shaw con el espíritu de Bernard Shaw. Y si yo creo que France la ha comprendido mejor, es porque estoy más cerca del espíritu de France que del de Shaw.

Es natural, por consiguiente, que France no haya presentado a Juana como beata, ni como milagrera, al ejemplo de Brousson; no porque ocultase ambos hechos sino porque del conjunto de su obra se destaca la Juana que también ha sido: heroica, ingenua, soñadora, testaruda, burlona; una Juana campesina y valiente, entregada de todo corazón a la empresa a que sus voces divinas la habían destinado.

France ha comprendido a Juana; la ha comprendido y la ha admirado. No se ha puesto de rodillas ante ella, naturalmente, ni le habrá llevado flores a Rouen en un 30 de Mayo, aniversario de su muerte; pero se ha acercado a ella con toda simpatía porque la ha creído sincera. Ni siquiera se burla de Juana cuando se refiere a las voces de Santa Margarita y Santa Catalina que le comunicaban los designios de Dios. Y no es porque vaya con el cuidado que indicaba con respecto a las cosas religiosas en su prefacio a "Les noces Corinthiennes". No. Es porque France ama por sobre muchas cosas la sinceridad de alma.

Para France, Juana no es una impostora. Si la leyenda de la doncella que libertará a Francia y que viene desde Merlin el encantador penetra en el espíritu de Juana; si algún sacerdote anónimo susurra a su oído, en la hora oportuna, el plan que ella cree recibir de sus voces, Juana tiene únicamente conciencia de que Dios ha descendido a acariciar su corazón.

Sí: Juana es una alucinada, una visionaria; pero lo es de una manera simple, ingenua, simpática. La posibilidad de un histerismo —a que hace referencia el profesor doctor Dumas evacuando la consulta que France le formula— (15) no entra para nada en esta "Vie de Jeanne d'Arc". La Juana que domina aquí no es la de la patología, ni la de los milagros; ni la Juana ecuestre que conviene a la historia de Francia. Es algo

---

(15) "Vie de Jeanne d'Arc". T. II. Apéndice I. p. 443. "Lettre du Docteur G. Dumas".

distinto: es la Juana sufrida, arrojada, firme de puño, fuerte de alma, recta y sincera hasta la hermosura; la pobre Juana, también, a quien el rey Carlos VII guardaba para dar valor a los franceses, asustar a los ingleses, que la creían hechicera, y mostrar a todos que Dios y los santos eran de su partido: el de los armagnacs.

Juana de Arco era asunto difícil para Anatole France, tanto por el cuidado que debía poner en la selección de los documentos, como en no dejarse llevar demasiado por alguna de sus antipatías. En general, un tema difícil y engañoso. Brousson, en su libro "Anatole France en pantoufles" afirma haber escuchado a France, como repitiéndolas de Renán, las siguientes palabras:

— "¿Se ocupa usted de Juana de Arco, joven? — díjole Renan— Este tema glorioso engaña mucho. De lejos, parece algo. De cerca, no es nada. Unos textos apócrifos o adulterados, patrañas, leyendas, declamaciones, política, estupidez, fanatismo. . . . Un rabo de cometa, papeluchos atados con bramantes demasiado gordos. El viento de la estupidez hace volar tan estúpida máquina. Joven: no se ocupe de esas niñerías" (16).

Y el joven France siguió ocupándose de ello hasta la vejez. No por considerar sublime al tema, sino porque Juana era un pedazo de la historia de Francia.

France considera a la historia de Juana como historia religiosa. Pero tal historia está bien entretregida en la total de la época: de ahí que su libro contenga un "gran número de circunstancias que, sin relacionarse directamente con Juana, revelan el espíritu, las costumbres y las creencias del tiempo, circunstancias éstas que en su mayor parte son de orden religioso" (17). "Lo que en 1871 se esperó de la ciencia, en 1428 se esperaba de la religión" (18). France ha tratado, por consiguiente, en su libro, de "hacer vivir al lector en medio de las cosas y de los hombres del siglo XV"; y "para no distraerlo demasiado bruscamente ha evitado mostrarle relaciones con otras épocas, a pesar de habersele presentado muchas en su es-

(16) P. 114.

(17) "Vie de Jeanne d'Arc", prefacio. T. I. p. LXXX.

(18) Ib. p. XLI.

píritu" (19). El tono en que está escrito su "Vie de Jeanne d'Arc" es "simple y familiar"; no hay tesis ni antítesis. Si bien France ha deslizado más de una vez su pensamiento contrario al de la iglesia, no ha escrito el libro con la vista puesta en ello. Todo ha surgido naturalmente. Ni por asomo su historia ha sido escrita en ese tono "noble", tan común, que vuelve a casi todas las historias "fastidiosas y falsas". France no cree que "los hechos históricos salen de la marcha regular de las cosas y de los límites comunes de la humanidad" (20).

Juana de Arco, como tema, es difícil, no tan sólo para France. Quien escriba tal historia no dejará de sentir la "tentación terrible" "de arrojarse en la batalla": ya al lado de la doncella, ya en contra o a favor de la iglesia. Y France ha hecho todo lo posible para dominarse. "He escrito esta historia —dice France— con un celo ardiente y tranquilo; he buscado la verdad sin pereza y la he hallado sin temor. Aun cuando ella tomaba un rostro extraño, no me he apartado" (21).

Al poner prefacio a la vigésima octava edición de la "Vie de Jeanne d'Arc", publicada en 1908, France contestó con estas palabras a algunas de las objeciones fundamentales que se le habían hecho: "Por adversarios declarados —dijo— no he tenido sino a los hagiógrafos. Lo que ellos me reprochan no es mi manera de explicar los hechos, sino el haberlos explicado; y cuanto más claras, naturales y obtenidas de las mejores fuentes y más fundadas en la razón mis explicaciones, más les disgustan. Hubieran querido que la historia de Juana quedara misteriosa y que en ella no apareciera nada humanamente posible. *Yo he vuelto a colocar a la Doncella en la vida y en la humanidad. He ahí mi crimen*" (22).

No podrá negarse que la Juana de Arco de France es tan viva y humana como él la ha querido. Por otra parte, France tenía un sentido muy preciso de la medida de las cosas como para comprender que la Juana que fijara su pluma no podía quedar reducida a la santa de las florecillas. Si de su obra trasciende que Juana es el instrumento de que se valen la nobleza y el clero armagnacs para el logro de sus propósitos.

---

(19) Ib. p. LXXX.

(20) Ib. p. LXXXI.

(21) Ib. p. LXXXI.

(22) Ib. p. LXXXVI.



Juana no es eso solamente a los ojos de France. Juana es Juana, puesta "en la vida y en la humanidad", según las palabras del mismo France. Lo que no significa que France se haya propuesto con esto destruir la leyenda de las voces o de los signos. No. Hubiera sido tener entre los dedos esa "viscosidad eclesiástica" que reprochaba a Renán. No era con espíritu de sacristán como entendía ser necesario presentar a Juana de Arco, sirviendo a la iglesia laica que sustituye unos santos por otros. La Juana dentro de "la vida y de la humanidad" es la Juana con sus alucinaciones, su heroísmo, su inocencia, sus ilusiones, sus amargas y sus desesperanzas.

Así es como nos la ha presentado Anatole France.

Su vida, es cierto, está en un todo vinculada a las luchas por la liberación de Francia, pero Juana no se sumerge en esas luchas ocultando su personalidad. No. Juana, aun después del clamoroso triunfo en Orleans y de la consagración de Carlos VII en Reims, aun en el momento fatal de su prisión en Compiègne, o en las horas amargas de su proceso, o en el instante en que era llevada a la hoguera levantada en Rouen, Juana —digo— conservó intacta la rusticidad, el candor y la franqueza de espíritu, que es lo que más la distingue. Por eso es que sus palabras, ásperas e hirientes muchas veces, suenan como una bella música.

Esa simplicidad, esa sinceridad, esa inocencia de Juana, han atraído a France. Pero Juana tenía a los ojos de France un grave defecto: era doncella. No lo dice en su obra, pero se presiente. Juana es para France como una flor muy simpática del jardín de la historia y de la leyenda; jamás una mujer. Juana, en realidad, no había salido nunca del todo de la infancia, de modo que su doncellez no envolvía el voto de castidad que hubiese sido el obstáculo entre ella y France.

No. Juana fué para France una niña robusta y crecida, que no hizo de su castidad una virtud. Juana es la vaquera que crece libre sobre una tierra avara. Desde la puerta de su casa, en Domrémy, se ve el bosque. A ese bosque fué aplicada en Francia una profecía de Merlin el encantador. Merlin había predicho que una virgen debía arrojar fuera de Francia a los ingleses y destruirlos. El poder de las doncellas, es ya legendario. La profecía de Merlin llegó al oído de Juana. Ella era

simple, piadosa. Tenía trece años cuando en el jardín de su padre oyó una voz que le causó gran miedo. La voz partía del lado de la iglesia y estaba acompañada por una luz.

—“Vengo mandada por Dios —le decía— para ayudarte a conducirte bien. Sé buena, Juana, y Dios te ayudará” (23).

Más adelante Juana reconoció que esa voz era la de San Miguel. Desde entonces hasta su muerte, Juana sintió con frecuencia las voces de San Miguel, de Santa Catalina y Santa Margarita que la guiaron en sus luchas; y cuando nada pudieron decirle ellas para salvarse de la hoguera, Juana sufrió su amargura más grande.

Si las voces provenían de una inspiración divina, o si eran una simple alucinación que los frecuentes ayunos de Juana favorecían, he ahí el punto que se debate con los libros abiertos, ya de la religión, ya de la ciencia.

Cerremos un poco esos libros. La discusión sería interminable. Los que sentimos pasión por la ciencia y no por la religión somos impenetrables para los contrarios; y vice-versa.

En el caso de Juana pienso, como France, que *sus voces eran “el grito de su corazón”* (24). Si en lugar de libertar a Orleans del largo sitio y llevar al Delfín Carlos a Reims para su consagración como rey de Francia, le hubiesen propuesto una aventura semejante, Juana la hubiera aceptado de mil amores. Ella “ardía por cambiar su rueda por la espada” (25), tanto por amor guerrero como por amor a la aventura, y porque detestaba los trabajos domésticos. Juana se había acostumbrado desde su niñez al espectáculo de las luchas. “La guerra reinaba a su alrededor, aun en los juegos de niños; el marido de una de sus madrinas había sido tomado prisionero y puesto a rescate por los soldados; el marido de su prima Mengette fué matado de un golpe de bombardas; el país natal estaba hollado por las tropas, incendiado, robado, devastado, sin dejar ni un solo animal; noches de espanto, sueños horribles; he ahí —dice France— lo que Juana conoció en su infancia” (26).

(23) T. I. Capítulo II. p. 33.

(24) T. I. p. 96.

(25) Ib.

(26) T. I. p. 32.

Amor a la guerra y a la aventura. Muy bien. Pero ¿por qué Juana concibió un odio tan profundo a los borgoñones? No era ciertamente porque ellos, aliados con los ingleses, impedían reinar al débil Carlos a quien Juana no conocía. No. El odio se remonta más hacia la infancia de Juana.

Los niños del pueblo de Juana y los de Maxey iban a la escuela. Entre ellos surgían querellas; los pequeños borgoñones de Maxey y los pequeños armagnacs de Domremy combatían. "Más de una vez —dice France— al atardecer, desde la cabecera del puente, Juana veía venir ensangrentados a los muchachos de su pueblo. Que una muchacha, ardiente como ella, hubiera tomado a pecho esas querellas y sentido un odio profundo a los borgoñones, se concibe. Pero sería un error buscar en estos juegos de pilluelos de poca edad un índice del estado de los espíritus. Los insultos y los combates se remontaban a siglos. Siempre y en todas partes, cuando los muchachos de un pueblo van en cuadrilla y encuentran a los del pueblo vecino, las injurias y las piedras vuelan" (27). Por otra parte, a los paisanos de Domremy como de los demás pueblos se les importaba muy poco de los asuntos de duques y reyes. Una dura experiencia les había enseñado a temer tanto a los capitanes que los atacaban como a los que aparentaban defenderlos. No hacían diferencia entre ellos.

Por consiguiente, la llamada "misión" de Juana no proviene de la voz que la transforma. Juana había nacido más para la espada que para la aguja. Si otras influencias hubo en cuanto al objeto, ella no obedeció, en verdad, sino a su propio corazón, a sus recuerdos, a sus antipatías.

*La Juana "puesta en la vida y en la humanidad" que nos presenta France no lo está para mostrarnos por contraste todo lo que en la leyenda haya de superchería. En este libro, el France-Bergeret no se desliza por ninguna de sus páginas. No es esta, ni obra de análisis, ni de crítica. Es como el panorama de un fragmento de la historia de Francia iluminada con el foco de Juana de Arco. Es, también, la vida de la propia Juana, llena de un fervor enteramente humano.*

De la Juana de Bernard Shaw a la de France hay un abismo, no obstante situarla ambos bien plantada sobre la

---

(27) *Ib.* p. 26.

tierra. El abismo es el que media entre los espíritus de ambos: casuista el uno, soñador el otro.

—Decir, pues, que la Juana de Arco de France no es la Juana verdadera, ya por no ajustarse a lo que tiene por verdad la iglesia, ya por no ser un alegato para bien de la patología, es entablar querellas infantiles. France ha querido solamente mostrarnos "su" Juana; es decir, la Juana que ha ido encontrando a medida que ahondaba sus búsquedas, y apuraba sus lecturas. Y si ha considerado sobre todo el aspecto humano no ha sido por llevarle la contra a la iglesia, sino porque era ese el que realmente le interesaba. Así *la Juana de Arco de France, a la vez que un panorama de la historia de Francia, es el espectáculo de un alma llena de candor y de sinceridad, de fe ingenua y de valor; alma que sufrió, en vísperas de su suplicio, la terrible amargura de sentirse abandonada por todos aquellos por quienes consumaba su último sacrificio.*

# El petróleo argentino y los truts mundiales

Por AUGUSTO BUNGE

## II

### EL IMPERIALISMO DEL PETROLEO EN LA ARGENTINA.

Ningún descubrimiento, ni buscado ni "casual", de petróleo se debe en la Argentina a una empresa extranjera en terrenos no explorados antes por la Nación o por argentinos. En Comodoro Rivadavia sólo se radicaron empresas petrolíferas particulares *una vez que la explotación del Estado demostró el buen rendimiento y la extensión de los yacimientos.* Dichas empresas se instalaron *en la más inmediata vecindad posible de la explotación del Estado, para aprovechar gratuitamente los resultados de sus exploraciones.*

La "iniciativa" privada en la zona de Comodoro Rivadavia se expresó también en la táctica de cubrir de pedimentos de cateo prácticamente todo el territorio del Chubut, una tentativa de acaparamiento de hecho, y con un fin las más veces puramente especulativo.

La mismo se ha visto luego en Plaza Huincul. No fué la iniciativa privada quien descubrió allí petróleo. La iniciativa privada esperó que la Nación corriera el riesgo, y de-

mostrara prácticamente que los yacimientos eran susceptibles de explotación provechosa. Sólo entonces acudió, para rodear la explotación de Y. P. F. a favor de las fallas del Código de Minería.

En Salta el proceso ha sido el mismo. No es la Standard Oil la que fué a Salta a arriesgar dineros en la primera aventura de descubrir petróleo, como no lo ha hecho en ninguna parte. Ya hemos visto que la Standard Oil, con ejemplar prudencia, deja que se encarguen de esa tarea los *wild catters*, para luego apoderarse de sus resultados, y hasta remunerándolos cuando ellos también pueden morder como Doheny. (Al mencionar la Standard Oil, comprendo también a las compañías subsidiarias de la misma, pues la función de éstas es sólo la de constituir diferentes entidades jurídicas para una sola realidad técnico económica).

Únicamente en un caso la iniciativa de compañías privadas ha precedido a la oficial en la Argentina: en Cacheuta. Y esto fué muy temprano, y obra de argentinos, no del trust yanqui. Los argentinos pioneers del petróleo en su país antes de 1890, perforaron entre 1887 y 1890 un total de 20 pozos, construyeron un oleoducto, etc. Fracasaron en su empresa después de éxitos momentáneos y de tenaz trabajo, acaso por errores técnicos.

La primera función de *wild catter* en Salta fué desempeñada por un nativo español de hecho argentino, salteño por añadidura, el señor Tobar, con medios técnicos rudimentarios y resultados ínfimos a causa de ello. La existencia de importantes indicios de petróleo fué estudiada por un geólogo de la Nación, quien señaló además la zona de los tres anticlinales conocidos hasta ahora. Pero antes de él hubo exploraciones de geólogos alemanes, promovidas al parecer por la compañía argentina de Cacheuta. La primera perforación, hecha por la dirección de Minas, es decir, por la Nación, fué un fracaso técnico y económico, por las dilaciones del expedienteo burocrático y, después de interrumpirse una y otra vez, se detuvo en una profundidad insuficiente.

Los resultados de los estudios geológicos habían sido suficientes para incitar a la especulación, la simple especulación y no el trabajo real de exploración con perforaciones. Por eso

se dictó el primer decreto de reserva el 3 de Octubre de 1911, por el gobernador Avelino Figueroa, siendo ministro el doctor Patrón Costas.

Debo ahora, para poner a la verdad en su lugar, hacer un paréntesis antes de continuar con la historia del petróleo en Salta.

### 3. — *El perro de caza y el perro del hortelano*

El decreto Figueroa de reservas se derogó en Abril de 1918 por el gobernador Abraham Cornejo. El resultado de la derogación fué que los terrenos con indicios u otras probabilidades de contener petróleo fueran cubiertos por nuevas concesiones de cateo, en un total, con las viejas que en realidad habían caducado, de 563 a nombre de diferentes particulares. O sea, una extensión de 1.126.000 hectáreas. Pero estas concesiones se pedían por determinadas personas, y luego iban a converger, por un interesante procedimiento, en una misma mano: la Standard Oil o sus subsidiarias.

El gobernador Abraham Cornejo pasó a ser abogado de esta compañía cuando falleció el doctor Francisco M. Uriburu.

El olfato tan elogiado del "perro de caza" se ejercitaba no tanto en los terrenos petrolíferos como en los papeles de los expedientes de concesiones y transferencias. Y no para utilizar la presa, sino para impedir que otros la utilizaran.

Veremos más adelante las habilidades que ha puesto en juego la Standard Oil en esa su táctica de perro de caza entre los expedientes, y de perro del hortelano en los terrenos petrolíferos.

Las maniobras de acaparamiento cerraban prácticamente a toda empresa, y en primer término a Y. P. F., el acceso a los campos petrolíferos salteños.

Ante esta situación, el gobernador Adolfo Güemes dictó en 1924 un nuevo decreto de reservas, con interesantes fundamentos. Pero el decreto fué anulado en la práctica por el gobierno Corvalán que le sucedió, pues mantuvo sistemáticamente en vigor las concesiones de cateo caducadas que interesaban a la Standard Oil. Por intermedio del ministro de Hacienda — el señor Rovaletti — acordaba con regularidad cronomé-

trica cuanto pedía la Standard Oil y obstaculizaba con igual sistema las gestiones de Y. P. F.

En la publicación titulada "La Verdad sobre el Petróleo de Salta" se llama "período de libre concurrencia" al de levantamiento del decreto de reserva de 1918 a 1924, dejando constancia de que se solicitaron por "compañías particulares" durante él "todos los permisos de cateo". Pero luego se mencionan cifras de superficies, de perforaciones, descubrimientos y producción de petróleo que, en seguida de la frase anterior, parecerían referirse a dicho período. Pero es el caso que los trabajos efectivos se iniciaron recién en 1926, o sea, a los dos años de cerrado oficialmente el período de "libre competencia", según lo ha documentado la Standard Oil en el pleito de Lomitas.

De tal manera se falsean los hechos. Durante el período de "libre competencia" no se produjo petróleo en Salta. La Revista de Economía Argentina, en su número de Julio de este año, publica gráficos de la producción de petróleo demostrativos de que ella se inicia en Salta en 1927, y todavía en 1930 la Standard no llegó a producir 40.000 metros cúbicos.

La verdad es que la Standard Oil no demostró hasta el año 1930 otro interés en Salta que el de acaparar todos los terrenos posiblemente petrolíferos, para hacer cómodamente su selección, hasta quedarse con los que le parecieran realmente productivos.

Y esta selección la hizo con el propósito de conservar las concesiones respectivas como reserva, manteniéndolas en un mínimo de producción, antes que con el de explotarlas de verdad. Sólo ha intensificado su producción, por razones que no es del caso averiguar en este escrito, en los dos últimos años.

Pero en cuanto a lo que ha sido esta intensificación, téngase presente que la Standard Oil ha llegado a valvular pozos de gran rendimiento, y son expresivas las cifras dadas por la fuente más parcial posible: la publicación mencionada.

En las 22.289 hectáreas de minas que la Standard Oil se ha tallado cómodamente en el amplísimo paño de 1.126.000 de que ha podido disponer durante muchos años, con los yacimientos más ricos, ha hecho 114 perforaciones, o sea, una perforación por cada 200 hectáreas. Mientras que en las no-



venta hectáreas de la mina República Argentina, la única a que ha conseguido acceso Y. P. F. (y con las dificultades que se verán), había 32 (treinta y dos) perforaciones: una por cada tres hectáreas. O sea, *una explotación casi setenta veces más intensiva a igualdad de superficie.*

Lo mismo en cuanto a producción. La Standard Oil, en sus yacimientos que son lo mejor de Salta y del país, ha producido 339.815 metros cúbicos de petróleo durante el último período, que esa publicación no precisa por la razón antes dada. Resultan, pues, 15 metros cúbicos por hectárea, y con pozos algunos de los cuales producen más de 100 metros cúbicos diarios. En cambio, en las únicas noventa hectáreas que hasta ahora ha podido explotar en Salta Y. P. F., la producción total durante el mismo período ha sido según esa publicación de 57.737 metros cúbicos, o sea, 640 (seiscientos cuarenta) por hectárea. ¡Una producción más de 40 veces mayor, con pozos más pobres!

Quienes denigran y difaman a Y. P. F. por producir poco, aunque en realidad cuarenta veces más que la Standard Oil, en terrenos más pobres, son los que más han contribuido a encerrar en 90 hectáreas a la explotación de la Nación en su provincia.

No han admitido esos hombres en Salta ninguna de las gestiones de Y. P. F. tendientes a anular concesiones manifiestamente caducadas, ilegalmente mantenidas durante años y años a favor de la Standard Oil en la zona petrolífera de productividad conocida; Pero resulta ahora que es Y. P. F. quien ha pretendido y mantenido un monopolio, porque era libre de explorar y explotar petróleo . . . donde la Standard Oil no tuviera interés en acapararlo, por haber verificado que era dudosa su existencia en cantidades de óptimo rendimiento.

#### 4. — *La invasión por la Standard Oil*

Los decretos de reserva de Salta, como los de Jujuy, fueron inspirados por el P. E. de la Nación, al comprobarse las maniobras especulativas y de acaparamiento que suscitaron los primeros importantes descubrimientos de petróleo en territorio nacional.

El decreto del P. E. nacional fué tachado de inconstitucionalidad. El dictamen del fiscal doctor González Iramain se fundó en los siguientes conceptos, evidentes para todo buen argentino:

“Se pretende y se pide que los jueces declaren que el Estado Argentino se halla inerme para proteger y salvaguardar su riqueza petrolífera . . . Las autoridades administrativas y judiciales deben recurrir, para la legítima defensa del patrimonio común — **QUE ES LA BASE DE LA VERDADERA AUTONOMIA POLITICA Y TANTAS VECES DE LAS LIBERTADES PUBLICAS** — a los principios generales de los derechos aplicables y a las leyes análogas . . .”

Política de salvaguardia prudente, basada en una ya larga y dolorosa experiencia en tantos otros países, que no tenía por objeto otorgar el monopolio a Yacimientos P. Fiscales, sino únicamente encomendar a esta repartición la explotación efectiva y metódica de las zonas petrolíferas de Salta, por cuenta del gobierno de la provincia, sin anular las concesiones hechas a particulares que estuvieran en condiciones legales.

Era previo a esta exploración que las zonas petrolíferas fueran explorables. Es decir: que dejaran de estar ilegalmente acaparadas por la Standard Oil. Se requería, pues, para que Y. P. F. pudiera iniciar los trabajos, el estudio de cada una de las concesiones de cateo, para declarar la caducidad de las de las que correspondiera. (Testimonio de los generales Allaria y Mosconi y de otros en el juicio de “Lomitas”). La Standard Oil intentó, entonces, obtener la legalización subrepticia de las 90.000 hectáreas que le interesaban en esa época, seleccionadas de entre las 1.126.000 que había tenido acaparadas, proponiendo un convenio de exploración y explotación de las mismas en el que lo único efectivo era el pago de una regalía del 10 por ciento por el petróleo que tuviera a bien producir, sin obligación alguna de su parte, sin derecho de fiscalización de su contabilidad, y con plena libertad de transferencia.

El gobernador Güemes rechazó semejante propuesta, no sólo porque implicaba el monopolio del petróleo salteño para la Standard Oil, sino porque hacía de ésta un Estado dentro del Estado en la provincia. La Standard Oil sometió entonces

el convenio a la Legislatura, presentándolo al Senado, quien tampoco lo tomó en cuenta. (Ibidem).

Debe tomarse nota de esta primera iniciativa "legal" de la Standard Oil, porque el convenio que ha firmado el actual gobierno de Salta es su hermano gemelo.

El decreto Güemes de reserva no pudo dar sus frutos.

El gobernador Corbalán, con su ministro de Hacienda Rovaletti, procedió como si no existiera.

La Standard Oil tuvo carta blanca, al punto de que por momentos parecía el verdadero gobierno de Salta, pues llegó a la pretensión, no reprimida ni siquiera protestada por el gobierno, de suplantar a las autoridades legales en asuntos del fuero criminal, como se verá más adelante.

Salteños sensibles al llamado de la dignidad política, conscientes de los intereses nacionales gravemente comprometidos, y de la amenaza que la situación creada implica para la autonomía de la provincia y su porvenir económico, hicieron públicos los hechos. Me hago un honor en destacar entre esas nobles voces las autorizadas y serenas de los doctores Jorge León Tedín y Ernesto Bavio, que ni el más suspicaz se atrevería a declarar movidos por la pasión política.

Otro salteño, el director de Y. P. F. doctor J. V. Paulucci Cornejo, con acierto designado para ese cargo por el actual presidente de la Nación, ha estudiado a fondo los acaparamientos ilegales de la Standard Oil, porque implican un perjuicio para su provincia y una usurpación de derechos de la repartición nacional. Por ello, el presidente de la agrupación política local que está en el gobierno de la provincia pidió la denegatoria del acuerdo para el directorio, por los miembros del mismo partido en el Senado. Ello se dirigía visiblemente tan sólo contra el doctor Paulucci Cornejo. Y por una mayoría accidental se ha conseguido que fuera eliminado de la nómina.

Las características de las 563 concesiones, activo único del período de "libre competencia", reajustadas las sustanciales bajo Corbalán-Rovaletti, se hicieron notorias.

El procedimiento por el cual todas las concesiones iban a parar a la Standard Oil, o sus empresas subsidiarias, es tan monótono y sincrónico como un cronómetro bien aceitado, y

adquirió admirable actividad y regulación perfecta durante la gobernación Corbalán con ese ministro.

En las actuaciones del pleito de "Lomitas" están documentados numerosos concretos del período Corbalán, analizados especialmente por el general Allaria:

"Llama la atención y es sugerente — informó dicho general en su respuesta a la pregunta 7ª. — que los 33 permisos concedidos hasta esa fecha (por Corbalán-Rovaletti) son únicamente de la Standard Oil, lo que demuestra que tenía acaparados todos los permisos de cateos".

"No hay un solo pedido directo de esa compañía", dice luego. Todos "se han hecho por intermedio de personas que después de una o varias cesiones de acciones y derechos a otros, concluyen por ser transferidos a la Standard Oil o sociedades o personas afines".

En casi todos los expedientes aparecen como solicitantes, o cesionarios de éstos, el doctor Francisco M. Uriburu, entonces abogado de la Standard Oil, o el vicepresidente de la compañía, señor Juan B. Eskesen, residente en Salta, a veces el mismísimo presidente, señor Schultz, como vulgar *wild catter*, o bien otro funcionario de la compañía.

Analiza casos típicos el general Allaria en su respuesta a la octava pregunta, que decía así: "... si es pública y le consta la intervención de testaferros en los pedidos de cateos para explorar zonas petroleras, los que sin excepción eran transferidos a la Standard Oil Co., o compañías similares, y si es público que la Standard Oil Co., para el logro de sus propósitos arbitraba todo género de procedimientos".

# Diario íntimo de una adolescente

Por ANIBAL PONCE

## III

### NARCISISMO Y COQUETERIA

En una comedia escrita por Rousseau en su primera juventud, la intriga gira alrededor de un joven a quien un pintor amigo, para darle una broma, había retratado en traje de mujer. Pero ocurre que el muchacho, sin descubrir la trampa, se enamora locamente de su propio retrato. Si fuera dado expresar mediante un símbolo, los confusos sentimientos que aparecen en los albores de la pubertad, lo tendríamos ya en ese muchacho que renueva de manera tan feliz, el viejo mito de Narciso.

En todas las edades, sin duda alguna, el propio individuo se mira vivir, con ojos más o menos complacientes. Exagerar nuestros méritos, disculpar nuestras faltas, atenuar nuestros defectos, justificar este gesto no muy irreprochable o aquel fracaso que alguna vez nos humilló, constituye en cierto modo, más que una debilidad censurable, una necesidad impuesta por la misma vida. Para luchar, para preparar los ataques o repeler las agresiones, el individuo se encuentra en mejor forma cuanto más favorable opinión tenga de sí mismo.

La desconfianza, en cambio, la inseguridad, el recuerdo demasiado vivo de algunos fracasos anteriores, predisponen mal para la acción. A punto tal que cuando el individuo no se mira ya con buenos ojos, y va sintiendo crecer un odio cada vez más atroz contra sí mismo, sólo encuentra en el suicidio, la calma y la liberación.

Pero si las voces adúlteras del amor de sí mismo pueden ser, en ciertas circunstancias, un elemento favorable que nos sirve de estímulo para la lucha, hay una edad en la cual seducen de tal modo que el adolescente no percibe en el mundo, otra cosa que su rostro. La naturaleza que hasta entonces le era indiferente, se le aparece de pronto con la expresión de una amiga que conoce de antemano sus secretos. Para soñar — que es como decir, para moverse a sus anchas en el país fantástico en que todos los deseos se realizan, — ¿qué tiene de extraño que el adolescente empiece a buscar entonces, la tela de fondo de los paisajes, la complicidad propicia de los atardeceres, la sugestión turbadora de las noches de luna?

¿Cuántas veces, recostada en el balcón de su terraza, María Bashkirtseff se había escuchado vivir bajo la suave caricia del sol de Niza, entre el perfume de las plantas del trópico y el sosegado respirar del mar vecino? Oince años tenía cuando volviendo los ojos a ese instante en que la mujer despertaba en la chiquilla, le escribía a su prima Dina esta evocación voluptuosa del paisaje familiar: “Por la mañana, las primeras luces del día me despertaban. A lo lejos, y a mi izquierda, el sol ascendía por detrás de las montañas que se destacan en relieve sobre un cielo azul plateado, tan vaporoso y tan dulce que me ahogaba de dicha. A mediodía el sol estaba en frente de mí. El calor iba creciendo, sin llegar a abrasar, porque una brisa incomparable, refrescaba la atmósfera. Todo parecía dormido. Ni un alma sobre la avenida, con excepción de dos o de tres viejos dormidos en los bancos. Completamente sola, respiraba entonces, admiraba, me sofocaba... Por la noche, otra vez el cielo, el mar, las montañas. Pero esta vez, todo en negro o en azul. Y cuando la luna iluminaba el mar, como un pez con escamas de diamantes, yo, tranquila y sola desde mi ventana, no pedía nada y me prosternaba ante Dios” (1)

---

(1) *Letras*, pág. 27-28.

No hagan mucho caso de la cristiana reverencia del final: hervor de sangre pagana corre por esa página estremecida, en que la dicha de vivir es tan intensa que sofoca a la misma criatura que la siente. No se puede percibir en grado tan intenso el "alma" del paisaje, sino a condición de haber descubierto previamente un mundo de alegrías y de penas, en el cual al paisaje lo miramos reflejarse.

Pero en María Bashkirtseff, como en todos los adolescentes de su edad, la simpatía por la propia persona no se limitaba a esos imprecisos estados de exaltación o de melancolía en que se adora a la naturaleza como una manera indirecta de adorarse a sí mismo. La fisiología del organismo durante la pubertad concentra de tal modo la atención del adolescente que casi no pasa un solo día sin que espíe anheloso sobre su propio cuerpo los indicios de la gran transformación. Unas veces, la pubertad es lenta, arrastrada, más o menos silenciosa; otras, se presenta con brusquedad y con apremio: en poco tiempo, las formas se perfilan, los caracteres sexuales se acentúan, y casi de la noche a la mañana, el niño abre paso al adolescente.

El clima cálido de Niza dió a María Bashkirtseff una pubertad precoz. Esta chica rusa, que en el clima frío de su tierra hubiera alcanzado la nubilidad recién a los 16 ó 17 años (2), logró en breve término un desarrollo que la colmaba de pueril orgullo. "Yo soy extremadamente bien hecha" (3) La criatura casi raquítica, en beneficio de cuya salud, precisamente, la familia se instaló en Niza, después de mucho peregrinar, era en el momento de empezar su "Diario" una jovencita a quien le atribuían ya más edad que la justa . . . Su amor por el duque de Hamilton, aunque platónico, correspondía en efecto, a una edad tal vez un poco superior. Pero lo que nos importa por el momento, subrayar, es que a raíz de ese amor y después de haber examinado largamente sus formas nacientes, María Bashkirtseff llegó a una conclusión desoladora: a pesar de la admiración que sentía por su cuerpo, se sabía fea, irremediamente fea. "¡Cómo se es de feliz — dice — cuando uno sabe lo que quiere! Pero hay una idea que

---

(2) *Derville, La puberté et ses accidents chez la femme*, p. 24, editores Vigot freres, Paris, 1933.

(3) *Journal*, I, 17.

me desgarrar y es que creo que soy fea" (4). "Idea que me desgarrar": ¿cómo se podría decir mejor la angustia y la humillación de esa verdad? Para esta Narciso (5) incorregible que suspiraba por el esposo que le diera un trono (6), no se hubiera podido encontrar un obstáculo mayor. En otra muchacha que no hubiera tenido su ambición, ese descubrimiento que es atroz siempre a cierta edad, se hubiera convertido posiblemente en el núcleo central de un sentimiento de inferioridad o de menor valía que la hubiera llevado, según las circunstancias, a un mal humor de fierecilla o a una resignación de cenicienta. Pero en María Bashkirtseff, después de un momento de vacilación y desencanto, una nueva actitud apareció. "Yo desearía saber por qué me miran; si es porque soy linda o es por que soy rara. Pagaría cualquier cosa porque me dijeran la verdad. Tengo ganas de preguntarle a un muchacho si soy linda. Me ha gustado siempre creer lo mejor y por eso prefiero creer que me miran porque soy bonita. Me equivoco quizá; pero si es una ilusión, prefiero conservarla porque me halaga". Confesión de un interés singular porque volvemos a encontrar ahora, bajo un disfraz semi burlón, ese mismo afán de poderío que vimos asomar en su primer amor; ambición de dominio tan acentuada en ella, que si encuentra algo que le resiste, se desentiende y lo supera o bien negándolo o bien disimulándolo a sus propios ojos.

Como aquel personaje a que Stendhal aludió una vez, María Bashkirtseff era también de esos seres singulares que después de haber comprado en cualquier tienda una docena de pañuelos ordinarios, empiezan a creer al poco rato que sus pañuelos son una rareza y que nadie en el mundo podría conseguirlos ni siquiera parecidos. La naturaleza le había dado, sin consideración, pómulos prominentes, nariz ancha y carnuda, labios gruesos de dibujo torpe. A pesar de su blancura casi azulina; de su cabellera espléndida, de un rubio de fuego; de sus grandes ojos de un color gris cambiante, es evidente que con esos elementos no se podía formar un rostro hermoso. Pero María Bashkirtseff resolvió que sí. Puesto que el rostro

---

(4) *Journal*, I, 33.

(5) *Lettres*, 277.

(6) *Journal* I, 323, 220.



era suyo y todo lo suyo debía ser excepcional, aseguró que era linda...

Tenía, sin embargo, demasiada inteligencia para afirmarlo con un tono de convicción que hubiera llegado a ser ridículo. Trató por eso de afianzar la belleza dudosa de su cara, con otros elementos que le inspiraban más confianza. Los encontró en su cuerpo: en su cintura, en sus senos, en sus manos y en sus pies.

De sus manos y de sus pies, a decir verdad, no estaba tampoco muy segura. Por lo que se refiere a las manos, reconoció una vez que "no eran de una belleza clásica" (7); y por otra parte, la obsesión de roerse las uñas — la "onicofagia", para decirlo en pedante — le había afeado los dedos (8). En cuanto a los pies, aunque estaba contenta de su pequeñez (9), no se hubiera atrevido a decir que eran perfectos (10).

Le quedaban, la cintura y el seno. Inobjetable la cintura, aunque por ser precisamente tan fina y apretada hacía resaltar la abundancia excesiva de sus caderas (11). Y llegamos por fin, a los senos: el orgullo y la gloria de su cuerpo. Ha hablado de ellos tantas veces, (12) los ha descrito tan amorosamente, los ha comparado tan triunfalmente a los de Venus, que no hay duda de que había encontrado en ellos la belleza auténtica por la que venía suspirando. Pero de ahí, a sostener que su cuerpo era perfecto, hubiera parecido a cualquiera otra demasiado fuerte. A ella, claro está, no le costó mucho esfuerzo. Resolvió que tenía cuerpo de estatua (13), y como estatua aspiró a mostrarse a los ojos de todos. Desnuda andaba por su pieza, sin preocuparse mucho de las ventanas (14); desnuda se mostró a tres viejas amigas que la adoraban: "Había que ver — dice — a esas tres viejas, las miradas que cambiaban y las medias palabras. A decir verdad no me puse orgullosa, porque hace mucho tiempo que sé que no hay nada en el mundo más bello

(7) *Journal*, II, 95.

(8) *Journal*, II, 59. Eso no impedía naturalmente que hiciera los mayores elogios de sus manos "tan blancas y tan finas": *Journal*, I, 58, 62.

(9) *Journal*, II 543. I, 92. *Cahiers*, III, 3.

(10) En *Cahiers*, III, p. 7 dice con pena que son "demasiado chicos".

(11) *Journal*, II, 59; *Cahiers*, III, 7.

(12) *Cahiers*, I, 135, 298; III, p. 7.

(13) *Journal*, I, 257.

(14) *Zillhardt, Louise-Catherine Breslau et ses amis*, p. 37. Edición de los Poesiques. París, 1932.

que mi cuerpo, y que es un verdadero pecado y una infamia no hacerme pintar o esculpir. Tales bellezas no pueden pertenecer a nadie en particular. Es como un museo que debe estar abierto a todos los ojos" (15).

Un día, sin embargo, en que se volvió a mostrar desnuda, pero no ya ante ojos complacientes, sino ante fríos ojos de artistas, oyó sobre su pretendido cuerpo perfecto las mismas verdades que ella, en el fondo, no ignoraba. "Un día — cuenta Madeleine Zillhardt — en que el modelo faltó, Breslau y su amiga Schoeppi habían ido con Mousia, como llamaban familiarmente a María Bashkirtseff, a dar una vuelta por el Louvre. De regreso, ésta las llevó a su casa en donde con gran estupefacción se desvistió por completo y se plantó delante de ellas preguntando: "¿cómo me encuentran ustedes? ¿No soy acaso tan bien hecha como esas estatuas que venimos de admirar?". A lo cual Breslau, después de haberla mirado atentamente y de haberla hecho girar de todos lados, respondió: "Sí, lo de arriba no está mal, lo de abajo es demasiado ancho". Decepcionada por ese juicio sin adulonería, María Bashkirtseff quedó un momento silenciosa, y contestó después, aludiendo a que las elegantes de la época llevaban polisonas: "Y bien! Lo de arriba será para los artistas, lo de abajo para la sociedad". (16).

En su *Diario*, María Bashkirtseff no ha contado esa escena; Madeleine Zillhardt, por otra parte, no da ninguna fecha. Pero me atrevería casi a afirmar que María Bashkirtseff la recordaba al escribir estas líneas: "Las Suizas me encuentran absolutamente perfecta, y a decir verdad yo no he visto sino en las estatuas antiguas unos senos tan erguidos como los míos, pero tengo las caderas demasiado fuertes y los pies demasiado pequeños. Esas imperfecciones me humillan un poco, pero me consuelo pensando que son fealdades muy apreciadas por los modernos" (17). Sugestivo relato en el cual volvemos a encontrar, de un lado la exacta noción de sus propios defectos, del otro lado la negación de esos defectos bajo la influencia de su narcisismo exagerado; tan exagerado, que al final del extraño balance queda demostrado a sus propios ojos, la terminante afirmación con que comienza: "Las Suizas me encuentran abso-

(15) *Cahiers*, II, 217. Ver también, IV, 143.

(16) *Zillhardt*: Obra citada, p. 37.

(17) *Cahiers*, tomo III, p. 7.

lutamente perfecta" . . . Sabía muy bien que no lo era; pero así hubiera deseado ser: para sí misma, primero; para el duque de Hamilton, después. Pero el duque de Hamilton, lo sabemos ya, ignoró su existencia. Otro esposo ilustre había que buscar, y para conquistarlo resolvió instruirse, adornarse y cantar. Redactó ella misma un plan de trabajo: se impuso durante varias horas del día una disciplina más o menos rígida, y empezó a estudiar bajo la dirección poco firme de profesores particulares que no se atrevían mucho a contrariarla. En poco tiempo adquirió una cultura basta, pero desordenada en que los mejores clásicos griegos y latinos alternaban con escritores subalternos y novelistas dudosos: Homero y Lamartine, Shakespeare y Octavio Feuillet, Tito Livio y Ouida . . . La historia antigua, y en especial la de Roma, le dieron enseguida abundante material para sus sueños. El supremo equilibrio de los griegos, con la advertencia admirable de su "nada con exceso", mal podía seducirla. El espectáculo deslumbrante de la Roma imperial, en cambio, le conmovió tan profundamente que desde entonces, escogió a Roma como a su patria espiritual. Su ambición de gloria, su afán de dominio, su deseo de tiranizar y de imponerse, gustaba entretejer con la historia de los Césares algunos hilos de su propia vida. "Roma debió ser como ciudad — decía — lo que yo he imaginado ser como mujer" (18). En un momento dado de la historia universal, Roma fué la más alta cumbre del mundo. ¿Y a qué otra cosa sino a eso, aspiraba María Bashkirtseff?

Del brazo de un marido ilustre confió primero, trepar hasta esa cumbre. Después del fracaso de su "amor platónico", prefirió buscar en el canto la celebridad que la levantara hasta los ojos de esos hombres poderosos entre los cuales esperaba que alguno la eligiera por esposa. A tales hombres, sin embargo, sólo de lejos los veía pasar; en cuanto a su voz — su bella voz de mezzo soprano — después de haber confiado mucho en ella, empezaba a sentir que una laringitis obstinada se la iba robando día a día.

Para curar su garganta, precisamente, el médico que la atendía le aconsejó el clima de Italia; y fué en Roma, en la Roma de sus grandezas, donde nació el segundo amor. No ya

---

(18) *Journal*, I, 393.

platónico como el otro, ni inspirado tampoco por un gran señor, orgulloso y distante, sino por un muchacho insignificante, y desteñido, pero que tenía a sus ojos, el mérito de ser sobrino, nada menos, que del más poderoso cardenal de Roma. Pietro Antonelli, salvado del anónimo nada más que por haber turbado durante un tiempo, el corazón y los sentidos de esta chica, era un jovencito de vida disipada que sabía encubrir cuando quería, la conducta más cínica, bajo el catolicismo más hipócrita. Se conocieron en un baile de máscaras, en momentos propicios a las intimidades fáciles y a las efusiones sin control. Con sus aires de mujer emancipada, y sus descotes atrevidos de "castidad reveladora" (19); desconocida su familia en el ambiente de Roma y hasta un poco sospechosa para la cerrada aristocracia; María Bashkirtseff debió parecerle al joven Antonelli, una presa interesante y quizá no difícil. La cortejó con asiduidad y le pronunció con voz, debidamente emocionada, los juramentos del caso.

Satisfecha de un éxito que halagaba su vanidad de chiquilla, María Bashkirtseff construyó en su imaginación una larga novela de aventuras al final de la cual se veía, ya que no reina, sobrina por lo menos de un cardenal que podía llegar a ser Pontífice. Durante algunos meses ensayó sus primeras armas de coqueta, en los paseos de Roma, en las noches de teatro, en las fiestas del corso. Su tocado no había sido hasta entonces más que el lenguaje que expresaba los cambiantes estados de su alma: los días en que se encontraba aires de reina se componía un traje a la manera de la gran Catalina (20); los días en que soñaba con las glorias del canto y de las óperas, no faltaban en su decoración ni los chapines rojos que una vez vió llevar a las egipcias en una representación de *Aída* (21); y los días, en fin, en que el humor era agrio y la desolación terrible, un hábito blanco de monje capuchino anunciaba a los suyos — por unas horas — su decisión inquebrantable de renunciar al mundo y sus halagos (22) . . . Ahora, en cambio, el sentido de su adorno empezaba a ser distinto: la toilette adquiría un sexo, se ponía al servicio de su afán de

---

(19) *Cahiers*, tomo I, 56.

(20) *Cahiers*, I, 14.

(21) *Idem*, I, 6.

(22) *Idem*, I, 26, 37, 45, 123.

dominio, y subrayaba con calculada intención sus atractivos de mujer recién formada (23).

Dos años atrás, cuando la imagen del duque de Hamilton no la dejaba dormir, había escrito en su *Diario*: "Todos los hombres me dan asco, con excepción de él. En la calle o en el teatro, llego a soportarlos, pero imaginarme que un hombre puede besar mi mano me pone fuera de mí" (24). Muchas cosas debían de haber cambiado en ella para que observara ahora, con regocijo, no sólo el brillo cada vez más intenso de los ojos de Antonelli, si no también el ligero temblor que percibía en su voz cada vez que los rostros se acercaban (25).

Un incidente desgraciado vino a interrumpir la intimidad: la familia de Antonelli se opuso a que continuara sus amores con esta muchacha desconocida, y lo encerró en un convento para mayor seguridad. Nunca María Bashkirtseff hubiera podido imaginar un final parecido: tanto más humillante cuanto más grotesco. Las suspicacias sociales que la situación de su familia despertaban, y que ya en Niza le habían mortificado muchas veces, de nuevo le cerraban el paso, de manera aún más violenta. Muchas páginas del *Diario* dicen su desesperación y su vergüenza, y aunque insinúa a veces que ya había pensado romper con Antonelli es evidente que la iniciativa no estuvo en ningún momento de su parte. Comprendía que Antonelli — el *Cardenallino*, como empieza a llamarlo con burla cada vez más hiriente— no era, ni con mucho, el personaje que ella se había imaginado. Una vez que por alcanzarle unas flores, Antonelli casi acogotó a un pobre diablo, le pareció "un tigre y un león" (26); otra vez que en una cabalgata, la arrancó al galope de un caballo que con alguna precipitación tal vez dijo ella que se había desbocado, le pareció que vivía en el capítulo mejor de la mejor de las novelas. Y todo eso, para concluir con el escarnio de la escena del convento.

Algunos meses después, se volvieron a ver. Tenía ella premeditado un plan muy digno en que todas las situaciones posibles habían sido previstas. Pero el plan, naturalmente,

(23) *Cahiers*, I, 135.

(24) *Marie Bashkirtseff racontée par elle même*, edición de la Madeleine, pág. 35. París, 1933.

(25) *Journal*, I, 106, 123, 168, 170, 261.

(26) *Journal*, I, p. 103.

fracasó. La noche de la despedida preparó ella misma la célebre entrevista en la escalera que con tanto lujo de detalles describiría después y en la cual dió al final, por vez primera, un beso de amor. Beso que se reprocharía luego como una debilidad imperdonable (27), pero que le reveló a ella misma que no sólo con la imaginación había vivido aquel amor, y que otros elementos de los cuales sólo tenía hasta entonces una noción confusa se le habían, de pronto, revelado. "María besada por un hombre — escribe —; María la orgullosa, la severa, la altiva! ¡María que ha dicho tantos discursos sobre este tema! Estoy interiormente avergonzada. ¿Porqué he faltado a mis principios? No quiero admitir que ha sido por debilidad o por impulso irresistible. Porque si así fuera, ya no me estimaría! Pero tampoco puedo decir que haya sido por amor" (28). Y unos meses después, añadía: "Antonelli me ha educado. Nunca me han servido ni los consejos ni las advertencias. Es necesario que en todo me asegure por mi misma" (29) . . .

Autoeducación que a juzgar por lo que vino muy pronto, no debió dar sino frutos tardíos. Porque al año siguiente de su desastre con el "cardenalino", María Bashkirtseff recomienza con el conde de Larderel otra intriga de parecida jerarquía. Falta a ésta, sin embargo, la relativa frescura que se descubre en el amor por Antonelli. Abundan, en cambio, los detalles triviales; humildes y turbios detalles que son frecuentes en el amor de todos, pero que al publicarse los *cahiers intimes* desconcertaron a los que se habían propuesto convertir en una Madonna ideal, a esta muchacha de dieciseis años que no ignoraba ninguna de las turbaciones de su edad; que escuchaba, tal vez más de lo conveniente, los informes de su mucama Rosalía; y que también — ¡horror de los horrores! — pasaba a veces muchas horas, espiando en los hoteles las piezas de los hombres, por los agujeros de las cerraduras . . .

De Antonelli a Larderel no había, en realidad, sino una diferencia: el primero era un cínico que guardaba algunas formas sociales; el segundo, un cínico que no guardaba ninguna. Más de una vez, María Bashkirtseff había comprendido que

(27) Especialmente, *Cahiers*, I, p. 76 y *Journal* I, 179.

(28) *Journal*, I, 178. El subrayado es mío.

(29) *Cahiers*, I, 12.

estaba ebrio, absolutamente ebrio. Y en los ratos en que no lo estaba, le oía narrar con profusión de detalles, unas veces las aventuras más íntimas; otras veces, las andanzas de su hermana, bien amada por el rey. Ese era el motivo de su tercer amor: ese era el hombre que con gran indignación de María Bashkirtseff le declaró una vez que estaba "dispuesto" a casarse con ella a condición de que aceptara, como primer obsequio, una hija natural. . . ¿Qué es lo que había en este hombre que a pesar de saberlo indigno e inferior, la seducía y la turbaba? "Bajo los ojos — escribe — y cuando encuentro los suyos, dicen los míos mucho más, tal vez, de lo que yo misma pienso" (30) "Al partir le dí la mano; me la estrechó con su diestra y comprobé con repugnancia que me había estremecido. Lo que es triste es que soy mujer (exagerada y entusiasta), enamorada y casi loca por él" (31).

Un mes y medio después de haber escrito esas líneas, y cuando la ruptura era ya definitiva, se volvía a preguntar qué era lo que en él le atraía, le agradaba. "Nada sé, declara, pero algo me atraía. Me esfuerzo en comprobar que ese algo existía, porque entonces me apoyaría en algo. . . y todo quedaría explicado. Busco algo que me diga que no era ni el dinero, ni el aburrimiento, ni un deseo de conquista como en los demás; pero me defiendo como una desesperada antes de reconocer que existía verdaderamente. . . un algo más; que me gustaba, en una palabra" (32).

Carne de mujer había, pues, bajo el mármol de la "estatua". A su emotividad exagerada, de la cual en la clase anterior ya la vimos defenderse, se añadía ahora este otro descubrimiento que la dejaba, a veces, indefensa, frente a hombres que en lo profundo, despreciaba. Con titubeos y casi con dolor, se lo hemos escuchado confesar. Y más de una vez, a lo largo de su *Diario*, se la vé rondar en torno de su problema más secreto. Por las medias palabras que insinúa entonces, y por el velo semitupido con que las encubre, cabe pensar que tal vez el rencor que le inspiró la *Cherie* de Goncourt no tenía otro origen que el de haberle recordado con crudeza brutal,

---

(30) *Cahiers*, I, 171. Unas líneas más abajo y en la misma página, comenta: "Respondí con mis ojos, que dicen demasiado y que no puedo dominar."

(31) *Cahiers*, I, 172.

(32) *Cahiers*, I, 294.

algunas de sus propias angustias. Ella misma, que acaba de decirnos el "estremecimiento" que la sorprendió una vez, se lo reprocha, más tarde, a su prima Dina: "Dina se ha vestido de paisana, con un traje que le sienta mucho, pero tiene ese aire inspirado, ese desafío lascivo, que me disgusta. Creo que este invierno ha estado flirteando con Miguel, y que es sin duda a causa de la llegada de éste que tiene hoy esa expresión. Miguel, por lo demás, es de un frío glacial. Pero esa expresión en el rostro y en el cuerpo de Dina tiene algo que me asquea: que me causa algo así como vergüenza, y una especie de sufrimiento y de inquietud" (33). La pobre Dina no escribía ningún *Diario*; pero de haberlo hecho, quizá hubiéramos encontrado en el suyo, algún reproche parecido... (34).

Si para todas las cosas más o menos censurables que alguna vez cometimos, tenemos siempre a nuestra disposición sutiles artificios que las disimulan, son aún más complicados y eficaces para todo lo que de lejos o de cerca, alude a los problemas del sexo y de la carne. En el *Diario de una joven polaca*, de Ladislao Reymont, la supuesta autora del diario, después de recordar los besos que acaba de darle a su novio, escribe: "He tenido un poco de miedo porque mamá dice que los besos antes del matrimonio son pecados muy serios... Pero mamá debe saber algo de esas cosas, porque mi tía me ha contado que mamá tuvo dos novios antes de casarse con papá... y que esos novios no han muerto.

"Alguien toca el timbre. ¿Por qué no sale la mucama? ¡Ah! Seguro que está en la cochera con el mucamo del primer piso. Los ví una vez mientras se besaban en la escalera. Estas mucamas son gente sin ningún pudor: besarse en las escaleras y con mucamos. Es verdaderamente repugnante". (35).

(33) *Cahiers*, tomo IV, p. 80.

(34) Ver la escena en que Dina le recuerda el beso al Cardenallino, *Journal*, I, p. 178. En la pág. 307 del mismo tomo del *Journal*, la autora anota un detalle interesante.

(35) *Reymont, Journal d'une jeune polonaise*, pág. 94, editor Payot, París, 1932.



# Opiniones Inofensivas

Por ANIBAL PONCE

## AMANECER SOBRE LAS RUINAS

Un eco lejano, pero reconocible, de *Les nourritures terrestres* de André Gide, pasa a través de este *Amanecer sobre las ruinas* que el señor Pondal Ríos ha compuesto con emoción generosa. Y si en el libro del argentino no se perfila, cierto es, la grácil silueta de ningún Natanael, resuena en él, sin embargo, esa misma voz de admonición y profecía, tan exaltada en su comunicativo lirismo, que sólo encuentra en el versículo, en el himno o en el canto su forma adecuada de expresión.

En el prefacio que André Gide escribió en 1927 para una nueva edición de su libro, creyó oportuno defenderse de la opinión común que sólo quiso ver en dicha obra una glorificación del egoísmo sensual, una exaltación del apetito y del deseo. "Yo escribí este libro — dice — en un momento en que la literatura estaba impregnada de convención y de hermetismo, y en que me parecía urgente hacerla descender hasta la tierra y apoyar sobre el suelo con los pies desnudos." Un deseo de sinceridad; un ímpetu de cordialidad por el pobre ser humano, semiasfixiado entre temores y prejuicios, eso era en lo fundamental el "buen mensaje" de *Les nourritures*. Tan ardientemente acogido que, al comentar no hace mucho tiempo la huella que dejó entre los hombres jóvenes del 900, André Maurois decía que les había dado, por vez primera, "el gusto de la vida". ¿Y qué podía ser para un adolescente de esa época "el gusto de la vida", sino la embriaguez que rechaza todo vínculo, el fervor que empuja a la aventura, el desprecio por todo lo que es tibio y mezquino?

Pero este recuerdo de *Les nourritures*, que en cierto modo representa un elogio para el *Amanecer*, ¿no constituye también respecto de este último, su crítica más severa, su reproche más justo? André Gide se propuso escribir para su Natanael un "manual de evasión y de liberación"; es decir, un manual de inquietud y de rebeldía contra todo lo que oprime, ataja, sofoca, coarta. Y ahora bien: ¿bastará este otro "manual" que representa el *Amanecer* para conseguir los motivos mucho más concretos que el señor Pondal Ríos deja entrever en la dedicatoria de su libro?

(“Dedico este libro a los jóvenes respetuosos, a las mujeres honestas, a los obreros resignados. Dedico este libro a los pobres hombres domados que ni siquiera saben por qué son infelices.”)

Nadie vacilaría en afirmar que no. Aún sin hacer hincapié en más de una página frondosa en que la elocuencia verbal hace confuso al pensamiento, **Amanecer sobre las ruinas** sólo da a sus pobres hombres “domados” una vaga promesa de libertad. Vaga promesa que si en los adolescentes del 900 pudo encender por un momento el “gusto de la vida”, no habrá de servir de mucho en estas horas dramáticas de hoy en que una misma hambre de certidumbre exige las soluciones definidas y los métodos precisos.

### UN “CUADERNO” DE SOCIOLOGIA

La circunstancia de que el presente “cuaderno” **El socialismo en la evolución nacional**, de Américo Ghioldi, esté formado con los apuntes recogidos en un curso y no por la versión íntegra del mismo, coloca al lector en una situación un poco embarazosa. El señor Ghioldi, que ha dado cierta forma orgánica a las anotaciones de sus clases, sugiere en repetidas ocasiones, que este o aquel tema fueron más desarrollados en las lecciones o alcanzaron un tratamiento mucho más adecuado que el que los apuntes dejan entrever. De donde resulta que una multitud de reparos u objeciones que al lector se le ocurren deben quedar en suspenso o, a lo sumo, muy tímidamente insinuados.

Según declara el mismo autor, las nueve lecciones dictadas sobre el socialismo en la evolución nacional se proponían demostrar la contextura argentina del movimiento socialista. O para decirlo en otra forma, asegurar que el socialismo no es un injerto caprichoso en la historia nacional, sino una manifestación necesaria en el curso de nuestro desarrollo. Para demostrar esa tesis — que resultará para muchos demasiado evidente, — el señor Ghioldi planteó en varias clases preliminares las premisas sociológicas que fundamentarían sus conclusiones. Esas clases — a juzgar por los apuntes — debieron ser, sin duda, las más interesantes y las que más exigían una minuciosa discusión. Ampliamente inspirado por Ingenieros en las líneas generales; por Juan Agustín García, Juan Alvarez y Jacinto Oddone en los detalles, el señor Ghioldi ha trazado un cuadro amplio de los orígenes argentinos en el que se ve el esfuerzo por ligar los problemas actuales a sus antecedentes históricos remotos.

Aunque en conjunto no difieren sus opiniones de las más generalmente aceptadas entre los estudiosos que acostumbran frecuentar entre nosotros las disciplinas sociales, en algunas partes

se hubiera deseado menos rapidez al exponerlas. Tal, por ejemplo, en lo relativo a las causas económicas de nuestras guerras civiles. El señor Ghioldi, siguiendo al doctor Justo, ve en ellas un choque entre la burguesía naciente y el proletariado rural. Tal fué también, más o menos, la opinión de Ramos Mejía y de García. Pero esa tesis — bastante grata por su simplicidad — está muy lejos de ser aceptable sin discusión. Es bien sabido que el mismo Ingenieros, rebatiendo a Justo, negaba ese carácter de lucha de clases y lo reducía a una simple disputa entre dos oligarquías pertenecientes a una misma clase social; disputa en la cual una de aquéllas — la llamada "federal" — supo explotar con destreza al proletariado de las campañas. Este problema, que en mi concepto es fundamental, no ha sido expuesto por Ghioldi más que desde uno solo de los aspectos: el mismo que Justo, como ya dijimos, contempló. De admitir esa opinión resulta bastante exagerado, difícil y confuso el papel que se le asigna al proletariado miserable de las campañas de esa época.

Con todo, y a pesar del carácter esquemático, fragmentario y mutilado de los apuntes — pues la última clase en que se debía enfocar la evolución de las ideas sociales no ha sido incluida en el cuaderno. "respondiendo a algunas sugerencias". — **El socialismo en la evolución nacional**, del señor Ghioldi, quizá pueda prestar alguna ayuda a los que se inician en los problemas, tan tentadores como poco frecuentados, de nuestra propia realidad social. Pero no queremos terminar sin recoger a la pasada un error que figura en la página primera, y que de no ser rectificado lo dejaría a Sarmiento en la situación no muy lucida de un maestro que ignorase el significado de la palabra anagrama... "Sarmiento — dice el señor Ghioldi refiriéndose a una frase famosa del grande hombre — concluiría otra vez después de leer ese artículo que la palabra argentino es anagrama de atraso." Baste recordar que se llama anagrama a la transposición de las letras de una palabra de que resulta otra palabra distinta, para comprender que con la palabra "argentino" no se podría formar nunca la palabra "atraso" por más hábil y paciente que se llegue a ser en las transposiciones... Sarmiento dijo, en cambio, que "argentino" era anagrama de "ignorante", y aquí sí, justo es decirlo, la transposición dió una verdadera "trouvaille". Con la cual cerramos el paréntesis, porque sólo entre paréntesis hemos querido aclarar ese pequeño error que el señor Ghioldi le atribuye al autor de **Fa-cundo**, y que a un hombre como Sarmiento, orgulloso y vanidoso de su carrera de maestro, hubiera parecido un atentado...

### “¡QUIERO TRABAJO!”

Entre el grupo de escritores reunidos bajo el signo de la Co meta — porque “ningún signo más apropiado para una generación que toma posesión de su oficio en la hora más difícil del mundo”. — María Luisa Carnelli es la que ha demostrado con su libro una más clara conciencia de su tiempo, una más nítida visión de las responsabilidades de su hora.

En el prólogo que Tristán Maroff le ha dedicado, se subraya certeramente ese aspecto social del libro de Carnelli. En un momento en que la pequeña burguesía se ve deshecha entre los conflictos agudos que no supo prever ni se resigna a aceptar, la obra de la señora Carnelli trae el dolor de las mujeres que sufren en la persecución y la miseria. Por su intención, por su sinceridad, por sus arrebatos, ¡Quiero trabajo! no puede inspirar sino la simpatía y el respeto.

Pero ¿bastan la nobleza y la generosidad para asegurar la vida de una obra literaria? Sería ingenuo sostener que sí. La novela de la señora Carnelli, no obstante los méritos sociales que le reconocemos, adolece de defectos literarios tan graves que la comprometen en gran parte. Tal como el libro comienza y se desarrolla en sus primeros capítulos, da la impresión de que nos va a mostrar las intimidades, las esperanzas y los tormentos de una pobre chiquilla incomprendida por los suyos, y en quien las sordas rebeldías van adquiriendo cada vez un tono más firme y decidido. Algo así como el “pendant” femenino de esas infancias torturadas que Jules Vallés ha trazado en aguafuertes imborrables. En ese sentido, toda la primera parte de ¡Quiero trabajo! y casi toda la segunda van destacando con toques rápidos y vigorosos el retrato descarnado de la protagonista: emoción, ternura, valentía, desconsuelo. Pero desde la mitad de la segunda parte hasta el final, el valor literario de la obra desciende tan precipitadamente, que da a veces la impresión de haber sido escrita en épocas distintas o con desigual interés por la heroína. Lo que al principio había en ésta de anotación verídica, graduada, prolija, desaparece al final en una confusión de escenas, imprecaciones y hasta insultos. La novela se ha cambiado en un panfleto, y si no fuera porque en la página penúltima puede leerse esta advertencia: “Compañeros: yo, Susana Miller, treinta años, eso fui, eso viví, eso he visto”, nos hubiéramos olvidado de que estábamos leyendo la continuación de la novela. Obra sincera y honrada, pero malograda a todas luces por la despreocupación y el desaliño.

# Notas y Comentarios

## ANATOLIO LUNACHARSKI

Con la muerte de Lunacharski, ocurrida a mediados de diciembre último, la Rusia Soviética pierde una de sus grandes figuras. Incorporado desde muy joven —a los dieciséis años era ya propagandista activo— al movimiento revolucionario, llegó al decisivo año 17 con un caudal de conocimientos y de experiencias que muy pocos podían igualar. Desde el ascenso de los bolcheviques al poder, una vez triunfante la revolución del proletariado, Lunacharski ocupó el comisariado de instrucción pública y en él afrontó los períodos más difíciles. Sería inútil querer describir las dificultades inmensas que las condiciones del país —después de la guerra y de la revolución, todavía en lucha— oponían a su propósito imperturbable de elevar el nivel de una población que el zarismo sumió siempre en la brutalidad. Desde el primer instante estuvo empeñado en la conservación de los tesoros artísticos de Rusia, amenazados por la guerra civil y a veces hasta por la torpeza de sus mismos camaradas. Hasta el año 1927 se mantuvo en la dirección de la Instrucción Pública, con éxito siempre creciente. Durante una década la favoreció con sus iniciativas y la elevó con sus conocimientos; sus grandes pasiones intelectuales no lo desvincularon nunca de las necesidades inmediatas de la población analfabeta ni ellas lo impulsaron a forjar planes ideales pero irrealizables. Era un soñador apasionado a quien la ardua lucha política había enseñado a disciplinar sus inquietudes; si elaboraba un plan, sabía seguir con perseverancia los caminos tortuosos que lo conducen al éxito.

Toda su actividad estuvo saturada de profundo sentimiento artístico; “el arte es mi pasión”, dijo en plena adolescencia, y a él se entregó siempre con ese ardor de que habla Platón, pero no sin discernimiento. Había estudiado profundamente los orígenes y la función social del arte, y hace pocos años que resumió sus opiniones en un ensayo breve y enjundioso. “El arte desempeña un papel importantísimo en la historia de la humanidad, desde los bárbaros hasta nuestra época, e indica por su evolución, el ascenso de la producción humana... El arte puede ser lo mismo instrumento de la realidad, como de una propaganda tendiente a fin definido”. Enseguida expone la marcha seguida en su estudio

del arte: "Primeramente estudiamos el arte como emanación de los fenómenos sociales; luego lo estudiamos como encarnación de emociones de la clase que lo crea. Se pueden hallar a veces en el arte decadente combinaciones extraordinarias de colores, líneas y sonidos". Este matiz acaso le fué sugerido por Plejánof, según relata el mismo Lunacharski. Plejánof le mostraba cierta vez un álbum con dibujos de Boucher, artista anterior a la revolución francesa; Lunacharski manifestó su desagrado por algunos, y agregó que su género, casi pornográfico, era eminentemente característico de la decadencia de la clase dirigente antes de la revolución. En efecto, opinó Plejánof; pero ¡qué belleza, cuánta vida, elegancia y sensualidad!

Para Lunacharski el arte no es sólo un fenómeno "destinado a ensanchar la experiencia y a concentrar la fuerza de la vida", sino también y más principalmente, "una ideología que refleja toda la lucha de clases". "En las opiniones literarias de Lunacharski --ha dicho un eminente crítico ruso,— vemos la aceptación del viejo arte y de la vieja cultura y, al mismo tiempo, la inevitabilidad de los progresos de la cultura y del arte proletarios. La coexistencia de estas dos posiciones daba a las opiniones de Lunacharski una amplitud que a veces desconcertaba a sus adversarios". Es justo decir que posteriormente a la época aludida por el crítico, Lunacharski precisó más sus concepciones, hasta llegar a establecer que el arte "no es sólo una bandera para las clases en su lucha por el predominio, sino también un organizador de su conciencia, particularmente de su vida emotiva".

Era un conferenciante de gran valor, acaso el mejor que ha tenido la nueva Rusia. En 1916 pronunció en Gante una notable conferencia sobre el gran poeta Verhaeren; se refirió a su influencia en Rusia y enseñada a la posición del poeta en la sociedad. "El hombre está muy solo en la naturaleza", dijo. Aun peor, está solo en medio de sus hermanos. El mismo progreso de la civilización, producto del conocimiento científico de la naturaleza, ha creado poco a poco la sociedad, basada en la propiedad, la competencia entre las razas, los pueblos, las clases, los individuos, creando la sociedad del egoísmo, de las leyes, de la coacción social, la sociedad de los grandes contrastes y de las inmensas injusticias".

Uno de sus últimos trabajos acaso sea "La ruta de Ricardo Wagner" escrito en ocasión del cincuentenario de la muerte del insigne músico.

Sin olvidarse de los detalles, Lunacharski gustaba de las grandes concepciones, de los movimientos dramáticos de la humanidad; la historia de las culturas y de las religiones encontraba en él al expositor de claridad cristalina. Su saber universal y sus

conocimientos lingüísticos le permitían moverse con desembarazo entre los asuntos más intrincados. Anhelaba la omnipotencia del hombre, en su expresión más bella, y la proclamaba infatigablemente: “Es preciso hacer de la vida un templo, donde el hombre, libertado de la esperanza de un socorro divino, fiero, alta la cabeza, cumpla su parte de trabajo, proclamando: Dios soy yo mismo”.

Era verdaderamente —como él dijo de otro gran escritor— una magnífica inteligencia. — **M. P. A.**





## Análisis de Libros y Revistas

**CRISTINA DE SUECIA.** Por el **Marqués de Villa Urrutia.** Colección **Vidas Extraordinarias.** — Un libro de 269 páginas (205 × 135) Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1933.

Rara mujer esta Cristina de Suecia cuya agitada vida y chocantes costumbres tanto dieron que hablar a sus contemporáneos y a la posteridad y fué y sigue siendo motivo a gran número de libros en los que, desde el comentario del chisme que salió de los pasillos palaciegos, hasta el dictamen sesudo del moderno **psiquiatra**, dan idea de la acusada personalidad de la reina y de la sorpresa que producían a sus súbditos y a la Europa de su tiempo, su carácter, su conducta y sus maneras.

El conde de Villa Urrutia hace ahora de esta vida una narración documentada y sobria: Cristina comenzó a singularizarse desde el instante en que nació. Vino al mundo el 8 de diciembre de 1676, mostrando "renegrada piel, cubierta de vello y dando ruidosos y hombrunos vagidos", de tal modo que, en el primer momento, **tuvieronla por hombre.**

Recibió educación masculina. Su padre, Gustavo Adolfo, soñó con hacer de ella una gran reina, una Semiramis del Norte, pero murió en Lutzen cuando la niña llegaba a los cuatro años y ésta quedó sometida por completo a su madre, María Eleonora, mujer estulta e ignorante que influyó desastrosamente en la infancia de la niña hasta que ésta fué puesta bajo la tutela de sus tíos la Princesa Catalina y el Príncipe Palatino, en cumplimiento de órdenes dejadas por Gustavo Adolfo, que conocía la estupidez de su mujer.

Entonces pudo Cristina entregarse a su afán de saberlo todo. Estudiaba doce horas diarias, olvidándose a veces hasta de comer. Sus estudios se referían a las más variadas materias: religión, matemáticas, filosofía, historia. Aprendió las letras clásicas y, sin maestros, las lenguas vivas, llegando a dominar el francés, el alemán, el italiano y el español. La nación toda seguía atentamente los progresos de la reina y cuando se supo que leía a Tucídides, el entusiasmo llegó a su colmo. Los Estados habían votado unas instrucciones sobre la mejor manera de educar a la reina invitando a los regentes a "no ofrecer a su majestad ideas perjudiciales a la libertad, a la condición de los Estados, y para los asuntos del reino". El canciller Oxestiern acudía diariamente

a hablarle de los negocios públicos — se desarrollaba la guerra de los 30 años — y así la niña, — a los doce, — preocupábase ya de su pueblo y de su ejército, sus derrotas y sus victorias.

Alternaba sus estudios con los deportes. Llegó a ser el primer jinete de Suecia. Vestía, generalmente, de hombre y dormía sólo tres horas, acostándose en el suelo, sin preocuparse del frío ni del calor. La intimidad con su madre había acentuado su aversión a su sexo y su temperamento dominador, su gran orgullo, crecían con la edad; a los dieciocho años — el 8 de diciembre de 1644 — prestó juramento ante los Estados como “Rey” de Suecia y enseguida hizo sentir su autoridad a cuantos la rodeaban, desde los ministros a los ayudas de cámara, — que reemplazaban a las doncellas. — Aficionada a la Francia y a la civilización, al firmarse la paz de Westfalia trató de realizar su sueño de convertir a Estocolmo en un centro de estudios al que acudieran todos los sabios del mundo. Así atrajo al filósofo Descartes, al latinista Vossius — a quien Carlos II<sup>o</sup> nombró canónigo de Windsor porque creía en todo menos en la Biblia y que fué el más grande ladrón que se acercó a la reina — a Gassendi y a otros que le formaron una corte ilustre y obsequiosa, deferente con sus caprichos: — Descartes tenía que acudir a Palacio a las cinco de la mañana a conversar con la reina y a causa de estos madrugones murió, aunque cristianamente resignado — y sometida a sus fantasías. Entreteníase Cristina con sus sabios y solía divertirse poniéndolos en ridículo: jugó una partida de volante con el venerable Bochat, de París y le hizo tocar la flauta que nunca había aprendido a tañer. A Mailboniuss, que había escrito un tratado sobre la música de los antiguos y a Naudé, autor de un arte del baile, les obligó a ilustrar prácticamente las teorías expuestas en sus respectivos libros, con gran regocijo de los cortesanos que presenciaban la escena, pues ambos sabios nunca habían cantado ni bailado. Pero cuando Cristina abdicó el trono, sus doctos maestros hallaron la oportunidad de vengarse, esparciendo toda clase de chismes y calumnias, que escandalizaron a Europa.

Según una autora francesa, la reina inauguró su vida amorosa, no con ningún hombre, sino con una bellísima mujer, Ebba Sparre, su dama de honor; pero sobre este amor de la reina y en general, sus intimidades con otras mujeres, como sus relaciones con varios hombres — de diversas condiciones — que se le atribuyeron como amantes, no hay pruebas definitivas. La soltería de la reina pudo haber tenido por motivo su aversión al matrimonio y a sus naturales consecuencias, como alguna imperfección sexual que la condenara al celibato. Es probable, dice uno de sus biógrafos, que de la larga lista de sus primeros amantes no pueda quedar como tal ni uno siquiera. Sin embargo, —

—como en el caso del embajador español, Pimentel, “que era hombre de buena compañía, de mejor sociedad y no menos divertido,” o de Claret Poissonet, modesto empleado que no sabía leer ni escribir— la gallardía física masculina no dejaba de impresionar a la reina.

No sentía amor a su patria y quería vivir libre; la más pequeña traba era para ella una insoportable atadura. Detestaba la política y amaba aquellos países de la Europa meridional cuyas maravillas había oído ponderar a los diplomáticos y sabios extranjeros y cuya latinidad la atraía y sojuzgaba con irresistible fuerza. Ya desde su primera juventud había roto en su alma con el pietismo luterano. Se hizo “incrédula y desconfiada” según ella misma lo refiere en sus cartas al Cardenal Azzolino. Sentía un profundo desprecio por cuanto la rodeaba, sobre todo por sus mujeres, de quienes no podía sufrir la menor advertencia.

Este estado de espíritu y su deseo de vivir en los países meridionales fueron el terreno en que fructificó la idea de su conversión al catolicismo. La decidieron su pasión por el embajador español Pimentel y la habilidad del jesuita Macedo y los padres Alejandro Malines, profesor de teología de Turín y Pablo Casati, profesor de matemáticas de Roma, quienes fueron enviados a Estocolmo para llevar a buen término este importante asunto.

La reina, — que había prometido mantener la religión luterana— abdicó el trono, partió de Suecia y abjuró de su religión en Innsbrück, de donde marchó a Roma. Con grandes ceremonias fué recibida en la ciudad papal y allí recibió el sacramento de la confirmación de manos de Alejandro VII.

Desde entonces su vida transcurrió, siempre agitada y turbulenta, entre intrigas y fantásticos proyectos, como el de crear una coalición de estados cristianos para combatir al turco, o conquistar para sí misma el reino de Nápoles, quitándoselo a su padrino, el rey de España. Soñando siempre con desempeñar un papel importante en la política europea, sirvió los manejos de Mazarino y del Papa. Realizó viajes a Francia y a Suecia, para reclamar la pensión que su sucesor en el gobierno no ponía empeño en servirle con regularidad y para intrigar tratando de conseguir el trono de Polonia, pues deseaba volver a ser reina, para sobreponerse a la atmósfera de descrédito que su temperamento violento y tornadizo, su orgullo y las calumnias de sus enemigos le habían creado en Europa.

A poco de haber llegado a Roma había intimado con el Cardenal Azzolino, “mozo de fino talle y ducho en lances de amor”. El 19 de Abril de 1689, este cardenal le cerró los ojos. Descansa en San Pedro, en la ciudad que ella tanto amó y donde únicamente

te, después de su abdicación, fué tratada siempre como verdadera reina. — Rafael Río.

**QUE E O ESTADO PROLETARIO?** (Reflexões sobre a Rússia Soviética) por Osorio Cesar. Un libro de 190 págs. (180 X 125). Editorial Udar. Sao Paulo, 1933.

El autor, mediante una selección de capítulos de las obras de los más conocidos escritores revolucionarios, logra su propósito de dar al lector, en pocas páginas de fácil lectura, una idea general de las fuerzas que intervienen en las luchas de clases y una imagen panorámica de la estructura económica y administrativa del estado proletario y sus formas de trabajo, instrucción pública, etc. En estas ideas y datos, el autor halla materia para sus reflexiones personales. El libro contiene un apéndice formado con las piezas del proceso instaurado al Dr. Osorio César con motivo de la publicación de su obra anterior titulada "Onde o proletariado dirige". — R. R.

# **CURSOS y CONFERENCIAS**

*Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores*  
Aparece el 30 de cada mes

La revista publicará las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dicten en el **COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES**, revisadas y autorizadas por los profesores mismos.

En su sección de comentario a libros y revistas procurará reflejar, además, cuanto aparezca de significativo en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

*Suscripción anual, 12 \$ — Número suelto, 1\$50*

*Exterior, anual, 1 libra esterlina o 5 dólares*

*Dirección y Administración: Belg. 1732.  
Buenos Aires - Argentina*

## **COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES**

La formación del **COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES**, expresión de la iniciativa privada, responde al siguiente fin:

Contará con un conjunto de cátedras libres, de materias incluidas o no en los planes de estudios universitarios, donde se desarrollarán puntos especiales que no son profundizados en los cursos generales o que escapan al dominio de las Facultades.

Ofrecerá sus cátedras a profesores universitarios de reconocida autoridad, y a las personas que, fuera de la Universidad, se han destacado por su labor personal. También organizará conferencias aisladas y fomentará los trabajos monográficos y las investigaciones originales, como complemento de los cursos del Colegio.

En la Universidad profesional, en la tribuna de vulgarización, el **COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES** aspira a tener la suficiente flexibilidad que le permita adaptarse a las nuevas necesidades y tendencias.

Germen modesto de un esfuerzo en favor de la cultura superior, espera la contribución material, intelectual y moral de todas las personas interesadas en que aquella sea un elemento de acción directa en el progreso social de la Argentina.

## APARECIERON

*Introducción a la Sociología*

por Raúl A. Orgaz

*Anatole France*

por Luis Reissig

*Educación y Plenitud  
Humana*

por Juan Mantovani

## EN PRENSA

*Ambición y Angustia de los  
Adolescentes*

por Anibal Ponce

**EDITORIAL C. L. E. S.**

BELGRANO 1732 U. T. 38-Mayo 2432

de 9 a 12 y de 16 a 20 horas

# CURSOS y CONFERENCIAS

## CONTENIDO:

Angel VASSALLO — UNA INTRODUCCIÓN  
A LA ETICA.

M. P. ALBERTI — CARLOS MARX Y LA AC-  
CIÓN DEL PROLETARIADO.

Luis REISSIG — LOS CARNETS INTIMOS DE  
ANATOLE FRANCE.

José GONZALEZ GALE — LAS LEYES DE  
LA MORTALIDAD. — *Apéndice*

Angel CABRERA — INICIACIÓN EN ZOOLO-  
GÍA. II.

Anibal PONCE — DIARIO INTIMO DE UNA  
ADOLESCENTE: IV. *El razonamiento fe-  
menino.*

AÑO III  
NUM. 2

Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores

Secretaría: BELGRANO 1732

BUENOS AIRES

---

# ESPASA-CALPE S. A.

---

ACABA DE PUBLICAR:

## **La Vida Intima**

Por el Conde de KEYSERLING

La más reciente obra del ilustre filósofo alemán, conjunto de ensayos que él denomina "proximistas".

Precio ..... \$ 3.—

## **NELSON**

Por CLENNEL WILKINSON

Apasionante biografía del héroe británico publicada en la notabilísima colección de "Vidas Extraordinarias".

Precio ..... \$ 4.—

## **Las Noches del Buen Retiro**

Por PIO BAROJA

Ultima novela del gran escritor vasco, aguda visión del Madrid de fines del siglo XIX.

Precio ..... \$ 2.50

## **Con Sandino en Nicaragua**

Por RAMON DE BELAUSTEGUIGOITIA

Relato por un testigo presencial de las dramáticas aventuras del famoso guerrillero nicaraguense.

Precio ..... \$ 2.50

De venta en todas las buenas librerías o en

**ESPASA-CALPE S. A.**

TACUARI 328

BUENOS AIRES





**Biblioteca del Colegio Libre  
de Estudios Superiores**

**Volumen I:**

**PROBLEMAS DE PSICOLOGIA INFANTIL**

por ANIBAL PONCE

**Volumen II:**

**ENSAYOS DE FILOSOFIA BIOLOGICA**

por NARCISO C. LACLAU

**Volumen III:**

**LA CONSTITUCION DE LOS POLISACARIDOS**

por VENANCIO DEULOFEU

**Volumen IV:**

**ARQUEOLOGIA Y ESTETICA DE LA  
ARQUITECTURA CRIOLLA**

por ANGEL GUIDO

**Volumen V:**

**BIOLOGIA DE LA GUERRA**

por JORGE F. NICOLAI

**Volumen VI:**

**EL CONTINENTE ROJO**

por AUGUSTO BUNGE

**Volumen VII**

**LECCIONES SOBRE COOPERACION**

por NICOLAS REPETTO

**Volumen VIII:**

**INTRODUCCION A LA SOCIOLOGIA**

por RAUL A. ORGAZ

**Volumen IX:**

**EDUCACION Y PLENITUD HUMANA**

por JUAN MANTOVANI

**Volumen X:**

**ANATOLE FRANCE**

por LUIS REISSIG

**EN VENTA:**

**BELGRANO 1732 — U. T. 38 - 2432**

**Pida ejemplares a la Secretaría del Colegio**

# **LIBRERIA DE TOMAS PARDO**

**MAIPU 620 U. T. 31, Retiro 0496 BUENOS AIRES**

Esta casa posee un gran surtido en obras científicas y literarias que renueva constantemente pues se reciben novedades por todos los correos y publica mensualmente una bibliografía que envía gratuitamente a quien la solicite.

TAMBIEN TIENE A LA VENTA NUMEROS SUELTOS Y RECIBE INSCRIPCIONES A

**CURSOS Y CONFERENCIAS**  
(REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES)

## **Colegio Internacional de Olivos**

(Premiado con medalla de oro en la Exposición Universal de San Francisco de California)

**DIRECTOR: FRANCISCO CHELIA**

Alumnos Pupilos, Medio Pupilos y Externos. - Enseñanza Secundaria y Primaria - Incorporado al Colegio Nacional.  
Se preparan Alumnos durante las vacaciones

Este Colegio, considerado uno de los más perfectos internados de Sud América, está admirablemente ubicado sobre las barrancas de Olivos, en una extensión de cuatro manzanas, con vista al río. Amplios jardines, campo de FOOTBALL, cancha de pelota, etc. Dormitorios, comedores y clases construidas según las más modernas y mejores disposiciones al respecto. Gabinete de física, química e historia natural.

**A DOS CUADRAS DE LAS ESTACIONES DE OLIVOS (F.C.C.A.) Y BORGES (F.C.C.B.A. y R.)**  
Número del teléfono: 90, olivos

## Una Introducción a la Ética

Por ANGEL VASSALLO

### II y III

*SUMARIO. La esencia de lo moral. — Ética formal y ética material. — Una interpretación del formalismo kantiano. — Defensa del formalismo, o de la necesidad de una base metafísica de lo moral. — Eticidad y metafísica.*

### II

En nuestra primera lección enunciamos el asunto del curso: sugerir o insinuar un cierto concepto de la esencia de lo moral e introducir, de esa manera, en la comprensión de la eticidad. Nos referimos, después, al punto de vista —el más difundido— que tiene por intuitivo distinguir un problema teórico de un problema práctico. Y añadimos, que habiéndonos esforzado por mostrar el año pasado en un curso profesado aquí mismo —“Nuevos Prolegómenos a la Metafísica”— la necesidad de una conversión de la metafísica en ética. en estas lecciones, dijimos, nos proponemos una como vindicación del momento metafísico en la eticidad. conforme al

dicho de Mauricio Blondel parcialmente modificado por nosotros y que aceptamos programáticamente": resolver el problema del destino humano es lo mismo que constituir una ontología concreta".

Enunciada así en general la tesis que nos proponemos sugerir, pasaremos ahora a formularla más determinadamente a propósito de la discusión suscitada por el formalismo kantiano.

En efecto: en la oposición entre la llamada ética formal y ética material va implicada la discusión sobre la *esencia* de lo moral.

Estas denominaciones —ética formal y ética material— son propensas a equívocos. Por eso no nos preocuparemos de definir las previamente, y preferimos, en cambio, motivar su sentido concreto al mismo tiempo que esbozamos una exposición de la ética de Kant, de donde aquellas denominaciones derivan.

Según dijimos, se suele considerar que en Kant encuentra su formulación más rigurosa la distinción e independencia del problema del ser y el problema de la acción, en cuanto el suyo sería un intento de asegurar un dominio autónomo a la razón teórica y a la razón práctica. Pero, según ya también lo anticipamos, lo que realmente sucede en Kant es cosa más sutil y complicada que lo que deja entrever esa fórmula. *Nosotros creemos que en el formalismo kantiano, según trataremos de interpretarlo, está presente, como larvada exigencia, la necesidad de una base metafísica de lo moral, conforme a la tesis de estas lecciones; y por tanto, la concepción de la unidad del problema del ser y el problema de la acción.*

El problema moral se plantea en Kant aparentemente sin drama. Así como la *Crítica de la razón pura* comienza con el aire inocente de quien pregunta ¿cómo son posibles los juicios sintéticos a priori?— y termina con la muerte de la metafísica tradicional; así también, el tránsito de la *Crítica de la razón pura* a la *Crítica de la razón práctica* se hace preguntándose si se da un uso práctico de la razón pura —para acabar en una metafísica de la fe y en la religión.

Es que, a pesar de su fría —gnoseológica— apariencia, la filosofía de Kant representa un pensamiento orientado con decisiva preferencia hacia el problema del destino. El orden cronológico y material de las partes de su sistema no es el de

su intrínseca jerarquía, valor e importancia. Así, mucha parte de la *Crítica de la razón pura*, en su intención esencial, está escrita en función de la *Crítica de la razón práctica*. Esto lo apunta expresamente Kant en muchos lugares. Y allí donde la razón pura se detiene sorprendida ante la contradicción que nota entre sus ambiciosos anhelos y la imposibilidad críticamente demostrada de realizarlos, ¿quién no adivina el gesto sagaz de Kant y no le vé sonreirse en la confianza del poeta que sabe de antemano cómo se ha de resolver el nudo de la acción en su drama?

Kant le niega a la razón del racionalismo no sólo la posibilidad de constituir una metafísica, sino también la de fundar una ética. "Sin duda —escribe polémicamente— sería mucho más satisfactorio para nuestra razón especulativa resolver por sí misma aquellos problemas (Dios, la libertad, la inmortalidad), sin necesidad de este rodeo [el de la moralidad] y conservar [aquellos problemas una vez resueltos] como criterio para el uso práctico [para fundar la moralidad]. Pero la cosa no le va tan bien a nuestra facultad especulativa. Los que se jactan de poseer conocimientos tan altos, no deberían ocultarlos así, sino exhibirlos públicamente al examen y veneración de todos. Ellos pretenden demostrar; y bien: demuestren en buena hora y la crítica depondrá las armas a sus pies como vencedores". Y les recuerda el horaciano: *¿Quid statis? Nolint. Atqui licet esse beatiss.*

Aquí debemos dar por supuesto el conocimiento de las líneas generales de su pensamiento, y sólo recordaremos lo que hace más directamente a nuestro asunto.

La moralidad, para Kant, surge del uso práctico de la razón pura. La razón pura es el conjunto de los elementos puros —intuiciones puras de espacio y tiempo y categorías— que aplicándose al dato de la sensibilidad, construyen el objeto del conocimiento y nos dan el único conocimiento científico de que somos capaces: la experiencia. El conocimiento humano, en efecto, es síntesis de intuición sensible y concepto puro, y como quiera que esa síntesis de elementos sólo se da en el conocimiento de la experiencia, la experiencia es el límite del uso legítimo de nuestra facultad cognoscitiva. La cosa en sí, el ser, permanece inaccesible, allende ese límite. Razón pura o razón trascendental es el conjunto de los elementos puros del

entendimiento. Su uso teórico, es decir, en función cognoscitiva, nos da la experiencia, a que debemos limitarnos. Mas, al lado de ese uso teórico, cabe preguntarse si puede darse, además, un uso práctico de la razón pura. Y así se opera el tránsito de la *Crítica de la razón pura* a la *Crítica de la razón práctica*.

Pero, para que siquiera pueda hablarse de tránsito semejante, es necesario presuponer la presencia de un elemento que hasta ahora —es decir, en su uso teórico— la razón pura parece no haber necesitado para funcionar. En efecto: el uso teórico de la razón pura sólo requiere: de un lado, los elementos trascendentales, de otro, la sensación. Mas lo práctico, y, por lo tanto, un uso *práctico* de la razón pura, alude ya a la *voluntad*, o, como Kant dice, a la *facultad apetitiva*. La facultad apetitiva, mientras no está determinada por la razón pura, es mera naturaleza, un fragmento de naturaleza; nuestra voluntad, así, está determinada necesariamente y forma parte del universal mecanismo natural.

Así como la aplicación de la razón pura a la sensación, transformaba el caos sensible en un ordenado cosmos (la experiencia), la vida humana adviene a la moralidad cuando se da, y sólo si puede darse, un uso práctico de la razón pura.

Mas ¿cómo es posible concebir un uso práctico de la razón pura?

Razón pura es lo mismo que conjunto de elementos trascendentales. Puro quiere decir independiente de la experiencia, independencia que se acredita con los caracteres de la necesidad y universalidad. Pensad en el principio de causalidad.

Ahora bien: la moralidad no resulta de una síntesis de la voluntad con una Razón pura práctica, entendida como un conjunto de elementos trascendentales *paralelos* a los de la razón pura; sino de un simple *uso práctico* de la razón pura. Sino que aquí, Kant ya no llama razón pura al conjunto de los elementos trascendentales, sino simplemente a la facultad de lo universal: universalidad que, efectivamente, es el carácter común de todos los elementos trascendentales que forman la razón pura, el carácter más universal de la razón. Así, *afirmar un uso práctico de la razón pura vale tanto como decir sujeción de la voluntad a la mera forma de la universalidad* — de la razón pura.

Los principios prácticos son de dos clases: subjetivos o máximas cuando tienen validez para una voluntad particular (como *mi* voluntad) —así, yo puedo proponerme esta máxima: no dejar ninguna ofensa sin vengar—, o son principios objetivos o leyes prácticas: en este caso se trata de *leyes* que deben ser admitidas por *todo* ser racional. Tales principios objetivos o leyes prácticas sólo son posibles si se admite que la razón pura puede ser sin más *práctica*; porque sólo la razón pura tiene aquella necesidad y universalidad en que consiste la razón trascendental.

Ahora bien: en cuanto la razón pura determina a la voluntad, imprimiéndole la forma de la universalidad, es decir, en cuanto la razón pura es, por sí, inmediatamente legislativa, surge la ley moral.

Así, la ley fundamental de la razón pura práctica es ésta: *Obra de tal manera que la máxima de tu voluntad pueda valer siempre como principio de una legislación universal.*

Esta afirmación, que la moralidad de la acción reside en el solo respeto a la forma universal de la ley, constituye el *formalismo ético*.

Una voluntad así, determinada por la simple forma de la universalidad de la razón, es una voluntad pura —porque no determinada por motivos empíricos— y, bajo estas condiciones, *voluntad moral*. Por eso también la ley moral se impone a nosotros como un *imperativo*, ante el cual deben acallarse nuestras inclinaciones naturales. Si fuéramos seres exclusivamente racionales —de una racionalidad trascendental— la ley moral no sería un imperativo: coincidiría simplemente con la espontaneidad de la razón. Mas, como a la vez que racionales tenemos una naturaleza sensible, la determinación de la razón pura, se impone a nuestro aspecto sensible como un mandato que reclama un cumplimiento incondicional; la moralidad es un deber ser (*ein Sollen*).

La moralidad deriva por lo tanto, exclusivamente, de la determinación de la voluntad por la sola forma legislativa universal, sin atender al objeto concreto, contenido o materia de la voluntad. Tal es la autonomía la voluntad. Autonomía de la voluntad quiere decir que la voluntad es capaz de ser determinada, por la mera forma de la universalidad de la razón pura.

Ningún principio *material*— es decir, que proponga a la voluntad un objeto concreto, un fin determinado— puede constituir una ley moral. En efecto: que la voluntad se determine inmediatamente a hacer esto o aquello, induce siempre que el sujeto espera un placer en la consecución del objeto, en la realización del fin. Por eso dice Kant: “todos los principios materiales, como tales, son de una sola y misma especie, y pertenecen al principio universal del amor de sí, o sea, de la propia felicidad.” Mas, el amor de sí puede aconsejar reglas universales de habilidad, pero esa universalidad nada tiene que ver con la universalidad de la ley moral. Esta, en efecto, resulta de la razón pura hecha práctica; no atiende al contenido de la máxima y ordena incondicionalmente, *categóricamente*. Cumplir el precepto por el solo respeto a su forma categórica hace la moralidad del agente. Las reglas de habilidad, todas fundadas en el amor de sí, son simples medios para conseguir fines —si quieres tal cosa, debes hacer esto y aquello—. Este *debes* es un consejo encaminado a perseguir un fin (siempre de orden sensible, según Kant) y condicionado por éste; y no un imperativo incondicional o categórico —como es el imperativo ético; v. g.: no debes mentir—suceda lo que suceda.

Así, para Kant, el antípoda preciso de la moralidad es el principio de la propia felicidad, en cuanto se toma como principio eficaz, bastante y suficiente a mover la voluntad. Ahora bien: al principio de la felicidad o amor de sí —utilitarismo en sentido amplio— ascribe Kant todas las éticas *materiales*.

Si llamamos autonomía de la voluntad a la capacidad que tiene la razón pura de determinar sin más a la voluntad, moviéndola por la sola forma universal del precepto, diremos con Kant que la autonomía de la voluntad es el único principio de todas las leyes morales y de los deberes que les corresponden. La voluntad, en cambio, que se deja determinar por otra cosa que la razón pura práctica, es *heterónoma* (tiene su ley o su motivo fuera de sí misma) y es, por lo tanto, inmoral. Ahora bien: toda ética material es, para Kant, *heterónoma*. La capacidad que tiene la voluntad de determinarse por el solo respeto a la forma universal del precepto —sin atender al contenido, que es siempre empírico— constituye la *libertad*. De esta manera según las propias palabras de Kant,



“la ley moral no expresa otra cosa que la autonomía de la razón pura práctica, es decir, la libertad”.

El principio ético según Kant no puede ser sino formal. Un hacer esto o aquello —el atender al objeto, contenido o materia de la acción— no puede constituir moralidad. Peor todavía: una ética así, material, es ascrita al utilitarismo y al amor de sí. Todo lo que pueda asumir la forma de la universalidad, la forma de una ley universal y determinar a la voluntad por el solo respeto a esa forma, constituirá una ley moral. Así, el principio práctico fundamental dice: “obra de tal manera que la máxima de *tu* voluntad pueda valer siempre como principio de una legislación *universal*.”

La crítica del formalismo kantiano constituye uno de los *loci communes* en las exposiciones escolares de la filosofía y acontece que más de una vez se atribuye a Kant un formalismo que sólo existe en la mente de su agudo crítico.

La crítica que ahora repiten en cien varias formas los epígonos fué formulada, en lo sustancial, breve y sagazmente, por Hegel: crítica que pasamos a exponer, parafraseándola. El principio moral de Kant es impotente a señalarnos la conducta moral, porque vacío y formal. Que si quisiera aceptarse como criterio moral la ley práctica suprema: “obra de tal manera que la máxima de tu voluntad pueda valer siempre como principio de una legislación universal”, veríamos que, o degenera en motivación utilitaria de la acción, o bien “todos los modos de obrar no jurídicos e inmorales pueden, de esa manera ser justificados” por ella. Veamos cómo degenera en motivación utilitaria de la acción. “Cuál máxima se adapte a la legislación universal —dice Kant— cuál no, es cosa que puede discurrirlo el intelecto más común. Yo me hecho v. gr. una máxima: aumentar por todos los medios seguros mi fortuna. Tengo en mi poder un depósito que me fuera confiado por alguien que ha muerto, sin dejar escrito ni disposición alguna a este respecto. Naturalmente, es el caso de que entre a jugar mi máxima. Ahora yo deseo saber, si esta máxima vale también como ley práctica universal. (para saber si la acción a que me determino es moral) La aplico al caso presente y me pregunto si puede recibir la forma de una ley y, por tanto, si yo con mi máxima podría erigir al mismo

tiempo una ley semejante [a ésta]: que cada cual pueda negar un depósito, que nadie podría probar. Yo advierto desde luego —dice Kant— que semejante principio erigido en ley práctica, se destruiría a sí mismo, porque traería por consecuencia que no hubiera más depósitos”.

Mas ¿qué inconveniente habría en que no hubiera más depósitos? puede uno preguntarse aquí. Habría un inconveniente del punto de vista de la utilidad: los depósitos son útiles. Y aquí Kant, mirando con ternura al principio laxista estaría dispuesto a repetir el adagio: *Fiat justitia ne pereat mundus*. Y sin embargo, el imperativo categórico era categórico, es decir, ordenaba incondicionalmente, sucediera lo que sucediera; suscribía el estoico *Fiat justitia, pereat mundus*.

Así el criterio formal de Kant degenera en motivación utilitaria. Hemos dicho que si no quiere esto, entonces, “todos los modos de obrar no jurídicos o inmorales pueden ser justificados” por aquel principio práctico supremo.

En el célebre caso del depósito a que nos acabamos de referir, de no mediar la consideración de que una máxima así: que cada cual pueda negar un depósito que nadie podría probar no puede elevarse a ley práctica universal, porque entonces no habría más depósitos y esto sería perjudicial —de no mediar, decimos, esta consideración del motivo utilitario, ningún inconveniente existiría en elevar esa máxima a ley práctica universal. Si la moralidad consiste en determinarse por la forma universal de la ley, y es el sujeto quien juzga de la posibilidad de elevar la máxima a ley práctica, todo contenido —el robo, el homicidio— queridos en la forma de la universalidad, serían morales, o, como dice Hegel “todos los modos de obrar no jurídicos o inmorales podrían ser justificados.”

¿Es ésta una interpretación exacta del formalismo kantiano?

A nosotros nos ha parecido que esa crítica usual del formalismo, estribando en cierta formulación defectuosa de Kant, y —¿por que no decirlo?— en reales dificultades de su ética, se complace en poner el énfasis en aquella formulación defectuosa —como quien se aprovecha de un descuido— y afecta ignorar demasiado otros elementos vitales del sistema, esenciales a la concepción de Kant, habida cuenta de los cuales, pierden fuerza las usuales objeciones al formalismo. Toda la crí-

tica al formalismo de Kant se funda, en efecto, en una interpretación literal y abstracta de su ley fundamental: obra de manera que la máxima de tu voluntad pueda valer siempre como principio de una legislación universal. Lo de legislación universal, se entiende como *norma generalizable*, y así, si mi máxima fuera robar, el robo se haría moral con sólo elevar la máxima a ley general —y ningún inconveniente habría en ello, descartado el argumento de la utilidad.

Pero Kant ha dicho también que la moralidad consiste en obrar por el sólo respeto a la forma universal de la ley ¿y quién podría creer ingenuamente que en nuestro ejemplo, el robo se haría por el sólo respeto a la forma de la legalidad? Allí se atiende exclusivamente a la materia de la acción, que no puede hacer moral a la voluntad: es un puro principio material del que debe triunfar el formalismo, precisamente.

El principio kantiano no exige una norma generalizable, sino un principio de legislación universal; *universal*, con la universalidad de la razón pura, y de *legislación*, es decir, la *necesidad* de la razón pura, y el carácter de imperativo y de deber que le son anejos.

Mas, ¿cuándo sabemos que la máxima subjetiva puede elevarse a principio de una legislación universal?

Se debe reconocer que Kant no ha llegado a decirlo con precisión, y esto le ha impedido derivar una preceptiva ética. Esto es lo que debe confesarse lealmente en lugar de empeñarse en arrastrar el criterio formal hasta la irrisión.

De su ley fundamental, es difícil derivar una preceptiva; pero en orden a determinar la esencia de lo moral —y éste es nuestro problema— existen en Kant, incluso en su formalismo, ideas permanentemente valiosas.

La *ley fundamental* de Kant no basta a definir la ética kantiana; le son momentos esenciales el concepto del *deber* y de la *autonomía de la voluntad* ya referidos y todas sus implicaciones —la libertad en primer término. Hegel mismo lo ha visto con su habitual sagacidad. "Aun cuando sea esencial poner de relieve la pura auto-determinación incondicional de la voluntad como raíz del deber; y como, de esta manera, el conocimiento de la voluntad ha adquirido tan sólo con la filosofía kantiana su estable fundamento y su punto de partida con el concepto de su infinita autonomía con todo se

rebaja después esta conquista a un vacuo formalismo y la ciencia moral a una retórica del deber por el deber”.

Pero, es que la autonomía de la voluntad no puede separarse de ese llamado vacuo formalismo.

Si ahora quisiéramos abarcar la ética de Kant en una visión de conjunto, y entender el sentido esencial de su formalismo, tendríamos esta situación.

En cuanto la voluntad se determina por objetos o fines concretos —por esto o aquello— es decir, por principios materiales, ella obedece siempre a motivos sensibles: en el fondo, al amor de sí y, en general, a la felicidad. La voluntad que se determina por principios materiales, es siempre voluntad empírica. Así, toda ética material —aun la ética de la perfección y de la voluntad de Dios— se ascribe al utilitarismo. Es que la moralidad no consiste en un hacer, así sea perseguir la perfección o cumplir la voluntad de Dios.

La moralidad se introduce en la acción cuando ésta se cumple por respeto a un elemento *formal*; esa forma es en Kant la de la ley práctica universal; pero es también el carácter de *deber*, de imposición a la individualidad sensiblemente determinada. En la determinación de este momento formal que en las aplicaciones de la ley fundamental se hace puramente *legal*, y naufraga en un supremo riesgo —como no ha escapado al ojo celoso de los parciales de la ética material— Kant no ha logrado dar determinaciones más precisas. Ya era mucho haber puesto el problema moral en su verdadero terreno, vinculándolo a la voluntad y haber hecho el descubrimiento de su infinita autonomía, como dice Hegel.

Ahora bien: para nosotros, decir que la moralidad no puede consistir en hacer esto o aquello sino que adviene tan sólo con el respeto a una *forma* que agrega el valor moralidad a la acción, es lo mismo que decir, en una fórmula que ya hemos utilizado otra vez, que la moralidad no consiste en hacer esto o aquello, sino en un *sentido* con que esto o aquello se hace. La forma que Kant ve con necesidad debe agregarse a la acción para darle su carácter moral, no puede consistir sino en un *deber* —único elemento formal concebible, si no se quiere naufragar en la legalidad con su secuela, utilitaria que hemos visto, *deber* que no es el aprehender una cosa que está fren-

te a un sujeto deshumanizado como dijimos acontece en el racionalismo y que ordenaría desde arriba a la voluntad, sino un *saber* como *sentido* o *significación* absoluta que la vida obscuramente reclama y que no puede darse sino en aquella actitud práctica. Un saber así, es el que alguna vez nos hemos esforzado por caracterizar como el saber metafísico. Y más claro no me es posible decirlo.

Por deficiente que sea en Kant la enunciación de ese momento formal en que consiste el carácter moral de la acción, y aun corriendo el peligroso riesgo de que se confundiera con la más mezquina legalidad y crudo amoralismo, Kant ha defendido gallardamente esta exigencia del momento metafísico de la moralidad y de ahí su nunca desmentido repudio de las éticas materiales, aun de las en apariencia más sublimes.

Que sea posible en una visión *prospectiva*, ver el formalismo kantiano a la luz de una interpretación como la que aquí insinuamos, es cosa que, en absoluto, quizá no pueda ser negada por ningún discreto conocedor de la íntima economía del pensamiento de Kant.

La ley moral, en cuanto implica la realidad de la libertad, nos permite distinguir en nosotros un momento o aspecto sensible y un aspecto inteligible o noumenal. En cuanto vivimos moralmente, participamos de ese mundo monumental, el mundo del ser — aquel mundo del ser frente al cual, la razón pura había tenido que confesar su impotencia —. Ved esta definición sorprendente: "la naturaleza *suprasensible*, en cuanto podemos formarnos un concepto de ella, *no es más que una naturaleza bajo la autonomía de la razón pura práctica*", y el nuevo concepto de realidad que aquí se insinúa, la realidad que habla el lenguaje de la voluntad, frente a la realidad como mera transcendencia del racionalismo tradicional.

Nada diremos de la restauración que se intenta de las ideas de Dios y de la inmortalidad: por defectuosa que sea acredita hasta qué punto la ley moral kantiana es grávida de teoreticidad y de saber.

### III

En la lección anterior nos aplicamos a motivar el sentido concreto de los conceptos de ética material y formal. Dijimos que en la oposición entre las llamadas ética material y formal va implicada la discusión sobre la esencia de lo moral. Definidos los términos, pasamos a ensayar una interpretación del formalismo kantiano, cuyos resultados conviene precisar a manera de defensa, en general, del formalismo en la ética. En cuanto la voluntad se determina por objetos o fines concretos — por *esto* o *aquello*— es decir, por principios materiales, ella obedece siempre a una determinación sensible; en el fondo, al amor de sí y la felicidad. La voluntad que se determina por principios materiales es siempre voluntad empírica, mera naturaleza. De esta manera, toda ética material se ascribe al uti-

litarismo. Ahora bien: parece pertenecer a la esencia de lo moral trascender lo empírico, lo dado, lo natural, la utilidad. Que si se arguyera que no se puede, sin grave injusticia, reducir a utilitarismo una ética material como la de la perfección o la teológica de la voluntad de Dios, Kant insinuó —excelentemente, a nuestro juicio— que en cuanto esas éticas no son utilitarias es que no son ya materiales: ya juega en ellas un momento formal que les permite trascender el utilitarismo. Como nuestra exposición no es polémica, nos excusamos una demostración detenida de esto. Así, la moralidad no consiste en un mero hacer —así sea perseguir la perfección o cumplir la voluntad de Dios. En otros términos: la moralidad no consiste en cumplir una preceptiva —lo que hemos llamado un hacer esto o aquello— así sea la preceptiva más difícil, más ardua, más escética o rigurosa. Por rigurosa y árdua que sea la preceptiva, no será nunca poderosa a hacer, por sí misma, moral a la voluntad. La moralidad se introduce en la acción cuando ésta se cumple por respeto a una *forma*, por conciencia de un elemento formal, y no por consideración a la materia o contenido del precepto, por sublime que este contenido se diga.

Nos hemos permitido insinuar que Kant no tuvo una idea adecuada de lo que podría ser ese elemento formal en la moralidad, aunque sintió vehementemente su exigencia. Cuando quiso formularlo, concibió la forma bajo el aspecto de la ley práctica universal y hubimos de reconocer que al determinarla así, dió alimento a la crítica usual al formalismo: crítica que dijimos se ceba en esa formulación defectuosa de Kant, sobre la que carga el énfasis y demuestra ser impotente, en grado quizá inexcusable, de capacidad para captar la intención fundamental del formalismo kantiano, según la acabamos de resumir.

En la confianza, pues, de que la crítica usual al formalismo no llega a herir —porque no tiene siquiera ojos para verlo— el corazón de la ética de Kant, reconocimos como deficiente la formulación kantiana del formalismo y hasta ayudamos a sus celosos adversarios en la tarea de mostrar cómo el criterio formal de Kant, en sus aplicaciones, o degenera en motivación utilitaria de la acción o sino, como decía Hegel, “por él todos los modos de obrar no jurídicos o inmorales pueden ser justificados”.

Ahora bien: para nosotros, decir que la moralidad no puede consistir en hacer esto o aquello sino que adviene tan sólo con una forma que agrega el carácter de la eticidad a la acción, es lo mismo que decir que la moralidad no consiste en hacer esto o aquello, sino en el *sentido* con que esto o aquello se hace. Así, para nosotros la forma que Kant ve con necesidad debe agregarse a la acción para constituir la moralidad, no puede consistir sino en un *saber* (o sentido); único elemento formal por nosotros concebible, saber que en Kant se disimula bajo la forma de la ley universal.

El saber en que consiste la *forma* que constituye la *moralidad*, no es el saber como un aprehender una cosa que está frente al sujeto deshumanizado del racionalismo; ni un saber como saber de aquello que debe hacerse; sino saber como sentido o significación absoluta que la vida reclama, en un reclamo en que se unifican la interrogación por el ser y la del humano destino. Un saber así, es el que alguna vez nos hemos esforzado por caracterizar como saber metafísico, y sobre él hemos de volver en seguida.

Al punto en que hemos llegado, es conveniente lanzar una mirada retrospectiva. Nos propusimos sugerir o insinuar un concepto sobre la esencia de lo moral. Nos pareció que el punto de vista más difundido, que tiene por intuitivo distinguir a un problema del ser y un problema de la acción era fatal, así a la correcta inteligencia del problema del ser como del problema moral. En efecto: mostramos que en un pensamiento orientado preferentemente hacia el problema del ser — del ser como trascendencia— no cabe alojar una ética: la ética es allí apenas una doctrina de la virtud construída sobre bases psicológicas; la esfera de la acción está enajenada de conocimiento y del conocimiento del ser en especial manera. De otra parte, en una dirección orientada de preferencia hacia el problema práctico, la eticidad, a fuerza de tenerla celosamente apartada de todo conocimiento metafísico, se concibe como un hacer, como nada más que un hacer. Así, en la ética inglesa del Iluminismo, no se sobrepasan las categorías del gusto y del sentimiento moral y, por lo tanto, el ideal de una vida bella, de un hacer bello ---un hacer y una vida que para nada necesitan enunciar pretensiones ontológicas, o sea, relativas al co-

nocimiento del ser. Nosotros nos proponíamos un análisis del hacer moral — que tanto en la dirección del racionalismo como en la de la ética del sentimiento es mero hacer, o, cuando más, hacer bello; y una vindicación —según dijimos— de lo metafísico que en ese hacer moral se contiene como su parte esencial.

Ese análisis del hacer moral y el momento metafísico que le es necesario lo hemos rastreado —para ejercitarnos en lo dificultoso— en la intención fundamental del formalismo kantiano, en el que duerme, si no nos engañamos, aquella exigencia metafísica, como su resorte y voluntad secretos.

Por tal manera, nuestro ensayo de defensa del formalismo en la ética, ha significado *tanto como defender la exigencia de una base metafísica de lo moral*.

Establecido así que para nosotros un saber metafísico debe estar en la base de lo moral para constituirlo o fundarlo, no podríamos evitar ensayar una determinación de ese saber metafísico. En efecto: una determinación de la esencia de lo moral según la hemos enunciado, que incorpora a la moralidad un momento metafísico no puede menos de conducir también a concebir de cierta manera el saber metafísico mismo. A sugerir ese concepto del saber metafísico y por tanto, a aclarar la relación entre eticidad y metafísica, se encaminan las ulteriores consideraciones de esta lección.

Que para que advenga la moralidad es necesario superar la inmediatez y la opacidad de la naturaleza, que deba negarse que el hombre sea toda naturaleza (*toute nature*, como decía Pascal) y que la vida necesita asirse en una *conciencia*, en una transparencia, que nosotros hemos designado saber, nos parece el punto de partida y la convicción inicial de la ética de Kant. Pero Kant le niega a la razón del racionalismo, no solo la capacidad de conocer el ser, sino también la de fundar una ética: la capacidad de constituir discursivamente una ética. Pero la cosa no le va tan bien a nuestra facultad cognoscitiva. Los que se jactan de poseer conocimientos tan altos no debieran ocultarlos así, sino exhibirlos públicamente al examen y a la veneración de todos. Ellos quieren demostrar; y bien, demuestren, y la crítica depondrá las armas a sus pies".

Lo moral supone, así, superar lo puramente natural, pero no con el conocimiento discursivo del racionalismo sino con



la razón pura de Kant. Kant sabe en efecto, que mientras no se deje colonizar por la razón pura, la voluntad es mera naturaleza; sus determinaciones están necesitadas natural, *patológicamente* y no llega a la libertad. Mas —cosa bien extraña— esa razón pura que redime a la voluntad de las determinaciones naturales y la eleva a voluntad pura o moral, no sería un *conocimiento*.

Ya en la *Crítica de la razón pura*, es decir, en su uso teórico, la razón pura es un conjunto de elementos a priori que constituyen a manera de reglas o leyes que organizan la multiplicidad caótica de las sensaciones, para construir el mundo armonioso y legal de un *kósmos*: la experiencia. Claro que esos elementos a priori que son reglas o leyes para organizar las sensaciones son un conocimiento; pero el conocimiento que envuelven las categorías, sólo vale en su aplicación al dato sensible, y en estas condiciones, el conocimiento de la razón pura se hace equivalente a *regla* o *ley*. Las categorías que integran la razón pura no son representativas sino *constitutivas* del objeto del conocimiento teórico.

Cuando la razón pura se da en su uso práctico, es decir, cuando deja de aplicarse a la intuición sensible y construir la experiencia, para colonizar la voluntad —o, para usar los términos de Kant— la facultad apetitiva, surge la *moralidad*.

Si razón pura fuera sinónimo de conocimiento, esto significaría llanamente que la voluntad se haría moral cuando se deja penetrar de un cierto conocimiento —y esta es precisamente nuestra tesis, cuya vigencia hemos creído advertir en el planteo kantiano. Mas sucede que razón pura según ya lo señalamos a propósito de su uso teórico, no implica un conocimiento, que en última instancia más que como saber representativo, funciona como regla o ley *constitutiva*. Este aspecto normativo —que la razón pura ya tiene en uso teórico— es el que se muestra más cumplidamente en su uso práctico.

Aquí —según vimos— razón pura es lo mismo que universalidad y, marcando aun más el desvío del conocimiento, *ley universal*.

Por eso la necesidad que la voluntad tiene de dejarse penetrar de la razón pura para hacerse moral, *vale tanto como plantear la exigencia de que la máxima individual pueda elevarse a ley práctica universal*. Y es así como por haber poten-

ciado el matiz de regla, ley o norma en la razón pura —en lugar de valorizar su momento de saber —la ética kantiana naufraga en la legalidad. O dicho en otros términos: en la universalidad se anida un fatal equívoco: universalidad es sinónimo de conocimiento, de saber o conciencia; pero es también en otro sentido lo mismo que norma universal, de ley universal, que valga para todos. Por eso, la exigencia de la universalidad en la moralidad que para nosotros es la exigencia de un saber, saber absoluto; se desliza en Kant por la pendiente del universal como norma o ley, y su ética naufraga en la legalidad, en dolorosa contradicción con su íntimo pensamiento.

Repristinada en su sentido, se vería en su exigencia de la universalidad, como la exigencia de un saber, de un momento metafísico en la moralidad. Nuestra interpretación del formalismo kantiano ha sido ésta: la exigencia de la forma en Kant es la exigencia de un conocimiento.

Pero, al mismo tiempo que esto, se vería que el carácter de ese conocimiento no es reflejar, espejar o copiar en alguna manera un objeto trascendente, sino que es un conocimiento immanente a la voluntad moral, y que solamente en ella puede darse.

Tal la situación que resulta en Kant con respecto a ese saber que, constituyendo la esencia de lo moral, sólo en lo moral, en la voluntad moral puede darse. En Hegel esta concepción se afina. La razón, ya no es un artefacto construido íntegramente, antes de la voluntad; un conjunto de formas puras que se aplica ya al dato de la sensibilidad y crea el conocimiento de la experiencia, ya a la facultad apetitiva, y configura la voluntad moral, la moralidad. La razón *se hace* trabajosamente, al mismo tiempo con la voluntad y no puede constituirse sin ella. La esencia del espíritu, del yo, de lo humano es el saber. Pero el saber no es saber como representación de un objeto situado fuera o trascendente al sujeto, sino el *saberse* del espíritu mismo. Según lo tenemos dicho, no es ciencia, sino conciencia. Ahora bien, ese saberse no es la operación de una razón como artefacto construido y separado de la vida voluntaria sino que vive compenetrada con ésta. La razón hegeliana duerme ya en la sensación, se despierta y realiza en la actividad ética, estética, religiosa. Todas estas

formas de la actividad humana, son un saber. Tal es el saber concreto del racionalismo hegeliano. La eticidad es la razón como cristalizada, en el momento de su realidad o existencia: es decir, es la razón hecha acción. Pero luego de haberle otorgado tan alta dignidad al punto de haberla hecho coincidir con lo metafísico mismo, Hegel cree que el saber de la verdad, lo absoluto, se da en otras formas que estima superiores a la eticidad: el arte, la religión y sobre todo, el concepto, o sea la lógica metafísica, que culmina su sistema. Se olvidó pronto que si su razón, el logos hegeliano, podía exhibir el carácter de la *concreto*, ello se debía a que estaba informado de eticidad como unidad de espíritu teórico y espíritu práctico — unidad de inteligencia y voluntad. Su nefasta sobrevaloración del logos desubicó la ética en su sistema — un momento maravillosamente comprendida — y lo puso de nuevo en la pendiente del logos abstracto, por tanto del logicismo y del racionalismo. Y de ahí los prejuicios acumulados, no sin razón, sobre su pensamiento, que todavía falta redimir en sus momentos más valiosos.

Mas hay un instante en Hegel — y por eso lo hemos aludido — en que se aprehende maravillosamente la esencia de lo moral: la eticidad es la *razón* como cristalizada, hecha objetiva, traducida en acción: la eticidad es metafísica.

Esta es la ecuación que nos toca comentar brevemente ahora. Nuestra convicción variamente enunciada, es que una determinación de la esencia de lo moral debe conducir a modificar la concepción del saber metafísico tradicional. Y esta fué la vertiente del problema que exploramos en nuestras lecciones del año pasado (*Nuevos prolegómenos a la metafísica*). Mas como quiera que nuestro programa de unificación del problema del ser con el problema del destino, supone un cierto concepto de lo ético y también del ser, o de la metafísica; habiendo expuesto nuestra concepción de la eticidad, no podemos menos de caracterizar sumariamente nuestro concepto del ser.

Séanos permitido recordar aquí una breve página de nuestras lecciones sobre *Nuevos prolegómenos a la metafísica* en que nos referimos en términos muy personales, a un concepto del ser como el que queda en su sitio.

“El racionalismo — como ya hemos dicho — nos col-

“ ca en la pendiente de la trascendencia, nos desliza como in-  
 “ sensiblemente a materializar o existencializar como objeto  
 “ frente al sujeto, el contenido del concepto. El racionalismo  
 “ intelectualista, pues, no es sólo un método —el racional o  
 “ discursivo— para conocer la realidad, sino que entraña toda  
 “ una metafísica implícita, que no puede concebir su objeto,  
 “ la realidad, sino en los rígidos contornos existenciales —si  
 “ es que es esto concebible. En este sentido, nos hemos com-  
 “ placido en configurar el racionalismo con una actitud ante  
 “ el ser que consiste en tenerlo delante; en un no querer de las  
 “ cosas sino estar *delante* de ellas; como una voluntad de ima-  
 “ ginar un mundo ante el cual poder arrodillarnos. Eso tras-  
 “ cendencia ha sido el ámbito de la metafísica prekantiana, y  
 “ también el pensamiento antiguo y medieval, con la sola ex-  
 “ cepción, acaso, de la filosofía helenística y la tradición mística.  
 “ Kant mismo no concibió nunca de otro modo la meta-  
 “ física, aunque dió los elementos para una total superación de  
 “ la trascendencia intelectualista, e inició —acaso sin saberlo—  
 “ el método de la inmanencia. Nuestra interpretación del ide-  
 “ lismo y del pragmatismo nos ha familiarizado en este curso  
 “ con la idea de que el problema metafísico no es el problema  
 “ de una razón pura y deshumanizada, sino que tiene una raíz  
 “ vital; supone la personalidad concreta con todas sus urpen-  
 “ cias prácticas en tensión. El ser, la realidad, dejan de ser un  
 “ objeto colocado frente al *sujeto*, cuya gloria consistiría en  
 “ copiarlo y empieza por hablar el lenguaje de la voluntad.  
 “ La inquietud congénita del ser no mira a establecer fuera  
 “ de nosotros una cosa —¿qué problema auténtico y humano  
 “ nos resolvería esto?— sino a imprimir a nuestra vida el valor  
 “ que ella obscuramente reclama, una *significación* absoluta.  
 “ Y todo el pensamiento de Blondel, según lo hemos interpre-  
 “ tado, está orientado en esa dirección. “La realidad no es para  
 “ nosotros —dice en pasajes ya citados— tan una represen-  
 “ tación como una vida; no deriva de una especulación, está  
 “ ligada a todo el movimiento de la acción”. “Y hablando de  
 “ esa realidad bajo el nombre del *único necesario*, dice que se  
 “ le ha de estudiar “no en la medida en que el conocimiento  
 “ presume penetrarla, sino en la medida en que su acción pe-  
 “ netra y promueve la nuestra.”

“Pero esta conversión a la inmanencia no es cosa tan sim-

"ple; constituye un drama *suyo sino es quedar inconcluso*.  
 "La presencia de esa realidad, aunque prácticamente determi-  
 "nada, es demasiado oprimente para el hombre. En todo  
 "tiempo, la exquisita conciencia moral y la experiencia reli-  
 "giosa han sentido claramente que por más que el hombre vi-  
 "ve el ser, no lo agota; que la realidad es humana y más que  
 "humana. Y *se descarga de esa opresión en la trascendencia*.  
 "Pero erigida por el método de la inmanencia (inmanencia,  
 "según se habrá advertido implica vida, acción, ética- la tras-  
 "cendencia no es ya una trascendencia naturalista o intelec-  
 "tualista, sino función de una vida humana, en la cual, en  
 "definitiva, se agota su sentido.

"Y el gran *esfuerzo* de nuestra alma *activa y filosófica-*  
 "*mente pulcra*, está en vivir los trascendente, sin deslizarse  
 "en la pendiente del objeto; es decir sin atender a lo trascen-  
 "dente como objeto o cosa para copiarlo o tenerlo delante,  
 "sino en *vivirlo dejándonos penetrar de su sentido*, en acce-  
 "der a él como a una perpetua e inexhausta *novedad*".

El saber metafísico que debe condicionar la eticidad y  
 sin el cual nosotros no creemos posible fundar la ética —ese  
 saber del ser, no es un saber como conocimiento puntual de  
 cosas o de hechos. Por el contrario: puede expresarse en la  
 forma de la negación desesperada; también en el grito evangé-  
 lico: *Señor ¿por qué me has desamparado?* Y en esa conciencia  
 de nuestra finitud, puede disimularse el conocimiento del  
 ser, y así, de semejante aparente pura conciencia de la angus-  
 tia y del desamparo se puede sacar las fuerzas para vivir éti-  
 camente; derivar la vida ética. Así también el místico caste-  
 llano que nos dice está "Sin arrimo y con arrimo", "Sin luz  
 [intelectual] y a obscuras viviendo", proclama *sabrosa* su vi-  
 da, es decir penetrada de una significación o sentido absolutos.

De aquí ya puede verse —aunque nuestro propósito ex-  
 cluye el intento de esbozar una preceptiva ética— cómo ha-  
 bría de concebirse el mal radical del hombre; como el estado de  
 la vida *natural*; suprema indiferencia del destino humano, in-  
 conciencia de un sentido de la vida en cada uno de los instantes.

Y al revés, la actitud ética implica el estado de *vigilia*,  
 como una conciencia, conciencia vigilante, mediante la cual vi-  
 vimos y nos asimos en el ser. Mas, noto que estamos excedien-  
 do los límites fijados a este curso.

A nosotros no nos toca decir ahora, si existe un conocimiento como el que hemos defendido como necesario a fundar la ética, si es posible constituir una ontología concreta, como tampoco nos hemos creído obligados a traer aquí o confeccionar en este curso una ética que reuniera las condiciones que nosotros le exigimos, ni nos hemos preguntado siquiera si una ética semejante es posible.

Nuestro intento se ha circunscripto a insinuar simplemente en qué consiste la esencia de lo moral, según nosotros lo entendemos, y a esforzarnos por iluminar la frase programática: *"resolver el problema del destino humano es lo mismo que constituir una ontología concreta"*.

Insitiendo sobre lo mismo, en la próxima lección, que será la última, intentaremos una exposición de la ética de Espinoza, en la intención de dar como una ilustración histórica de la tesis de este curso.

## Carlos Marx y la acción del proletariado

Por M. P. ALBERTI

Cuando Marx abandonó el 17 de marzo de 1843 el cargo de principal redactor de la "Gaceta Renana", hubiera sido imposible adivinar la significación que su nombre alcanzaría en el transcurso del tiempo. Quiso mantener en la redacción de la "Gaceta" la honestidad intelectual que ya era su norma y que no abandonó jamás en su larga vida de estudioso, y esta actitud apresuró su alejamiento.

Su posición en la "Gaceta Renana" se tornó muy pronto incómoda. Fundada por la burguesía renana, que quería tener su propio periódico, la acechaba sin descanso la censura, que poco atenuaba la disposición de sus fundadores a transigir con sus dictados. El impulso lo daban los redactores, entre los cuales figuraba Marx, y esto es lo que no pasaba inadvertido a la censura. "El censor admira grandemente a este brillante e inteligente publicista que elude hábilmente la censura, pero continúa denunciándole, y ahora no a la redacción sino al grupo de accionistas que subvencionan el periódico". Marx no modera sus opiniones y la Gaceta es sometida a doble censura. "Durante este período de agonía, en capilla ya, tenemos doble censura —escribía Marx a Ruge. Nuestro censor, un hombre honorable, está bajo la censura de von Gerlach, presidente del gobierno del Rin, un mentecato sin más

virtud que la obediencia pasiva. Una vez compuesto el periódico hay que presentarlo a la nariz policíaca para que lo huela, y si ventea en él algo que no le parezca cristiano el periódico no sale a la calle”.

Comienzan los accionistas por inquietarse e insisten ante Marx para que sea más prudente a fin de evitar cuestiones desagradables. “Marx prueba que toda tentativa de moderación no conducirá a nada, que el gobierno no reducirá su intransigencia”. Finalmente entrega su renuncia, casi satisfecho de la ocasión que se le presenta para abandonar el trabajo periodístico, en el cual es tan difícil eludir el riesgo de la improvisación, y vuelve a su gabinete de trabajo.

Con la renuncia de Marx, el censor informó a Berlín que podía tolerar sin miedo alguno la aparición del periódico, lo que significa un gran elogio para Marx: pero ni siquiera así pudo subsistir la Gaceta mucho tiempo.

De los trabajos de Marx en la Gaceta se destacan, según él mismo lo ha dicho, los que dedicó a la situación de los campesinos de Mosela y a los debates sobre el librecambio y la protección, que lo llevaron a ocuparse de cuestiones económicas. Pero lo más significativo de esa época para el pensamiento de Marx que nosotros estudiamos, es su primer contacto con el comunismo. Algo de esto había rozado la Gaceta, aunque débilmente, al hacerce eco, por mediación de Moisés Hess —también redactor principal— del socialismo y del comunismo franceses. En esta ocasión Marx intervino en la polémica que se suscitó con un periódico reaccionario, pero hubo de confesar, con la probidad científica que lo caracterizaba, que sus estudios anteriores no le permitían dar el menor juicio sobre el contenido de esas tendencias francesas, pero al mismo tiempo protestaba contra la ignorancia que permitía resolver cuestiones de tal trascendencia sin ninguna seriedad.

Moisés Hess parece ser el primero que vió en el comunismo el desarrollo lógico de la filosofía hegeliana y el que en 1842 inició a Engels en él. Pero ni Moisés Hess ni Carlos Grün comprendieron acertadamente el socialismo francés, por cuanto para ellos no era la expresión literaria de una lucha económica de clases, sino una especulación ideológica sobre la naturaleza humana. Más que a su verdadero contenido, se asieron a las artificiosas construcciones sociales del utopismo,



pero no se detuvieron a considerar su crítica implacable de la sociedad burguesa, tan celebrada más tarde por Engels en lo que respecta a Fourier. Se interesaron mucho más por los errores filosóficos de Proudhón que por sus investigaciones económicas. Años después Carlos Grün trató de iniciar a Proudhón en los misterios de la filosofía hegeliana, lo que hizo decir a Marx, (que también discutió largamente con Proudhón) que Grün tenía sobre él "la ventaja de no entender nada de lo que enseñaba".

La preparación de Marx y el ambiente en que se había formado lo libraban de caer en los extravíos de Grün y de Hess. Nunca fué utopista. Tempranamente se habían insinuado en él los vestigios de su orientación futura y no pasaron muchos años sin que se confirmara la promesa incipiente. En unas notas de colegial sobre la elección de profesión, manifestaba que los jóvenes no pueden escogerla libremente porque la predeterminan sus condiciones de nacimiento y el ambiente en el cual van creciendo, los cuales influyen, en un sentido general, sobre su misma concepción del mundo. Y si bien no se debe atribuir demasiada importancia a estas notas, hay en ellas cierta coincidencia con lo expresado por Feuerbach cuando dice que "no se piensa lo mismo en un palacio que en una choza" y "conténtate con el mundo dado".

Hemos dicho que Carlos Marx abandonó la Gaceta casi regocijado de dejar el periodismo para pasar al gabinete de estudio. Pero esto de pasar al gabinete de estudio no es más que aparente, sobre todo si con ello se quiere entender la ruptura con la agitación y con la lucha. Desde temprano también existía en Marx la tendencia a vincular la teoría con la acción, el estudio con la polémica, tendencia que más tarde aparece unida íntimamente en todas sus obras. Por eso cuando expresa que no conoce el comunismo, pero que si el comunismo ha asumido la defensa de los oprimidos no puede ser combatido con tanta ligereza y que antes de condenarlo es necesario tener conocimiento completo y exacto de esa corriente, y tras esto abandona la Gaceta, enseguida se encuentra en relaciones con Arnoldo Ruge, que está ocupado en proyectos periodísticos. De sus relaciones con Ruge en esta época nace el plan de los "Anales franco-alemanes", que determinaron publicar en París, porque así se lograría, según Ruge, la "alianza intelectual

entre alemanes y franceses". Se escribe alguna correspondencia a propósito de los preparativos para iniciar esta publicación. En las cartas de esta época, hacia fines de 1843, ya hay en Marx serias manifestaciones de su preocupación por la economía política. "El sistema del beneficio y del comercio de la propiedad privada y de la explotación del hombre -- escribía a Ruge -- conducen más rápidamente que el aumento de la población a un desgarramiento en el seno de la sociedad actual desgarramiento que el viejo sistema es incapaz de reparar porque ni crea ni repara, sino que existe y goza solamente".

Antes de trasladarse a París, Marx ha realizado lecturas extensas y provechosas sobre los problemas sociales. Rattiner ha dicho que cuando Marx entró en la Gaceta era demócrata liberal, aunque un demócrata que se interesa por todos los asuntos económicos fundamentales vinculados con la vida social. Si cuando abandonó la Gaceta no era aun comunista, pero le interesaba el comunismo como tendencia, como filosofía concreta, ahora está vinculado a él por algo más que por motivos sentimentales. Se sabe que entonces leyó a economistas como Smith y Ricardo, a sociólogos como Saint-Simon y Augusto Comte y que estudió sobre todo la historia de la revolución francesa. Las cartas cambiadas en ese tiempo con Ruge demuestran que Marx se va irguiendo por encima del utopismo, que está pronto a superarlo y a formular su propia concepción.

Se distingue el utopismo por sus sistemas perfectos, pero irrealizables, y por su apelación a la moral y a la justicia para lograr sus aspiraciones. Los utopistas no se paran tanto a considerar la posibilidad histórica de sus propósitos como a destacar la justicia que los fundamenta, sin reparar en que la idea de justicia se ha formado en la misma sociedad que combaten con tanto acierto a veces, y en que no puede ser la orientadora de una transformación social, porque jamás estado social alguno se ha fundado sobre las ideas morales.

Aunque muchos de sus conceptos están todavía en formación, las ideas que contiene la carta de Marx escrita en Creuznach en setiembre de 1843 superan ya el punto de vista utópico. Al referirse a la necesidad de obrar sobre sus contemporáneos y especialmente sobre los alemanes, Marx se pregunta cómo lo lograrán. "Dos hechos son innegables -- res-

ponde — que la religión, primero, y la política, después, son los dos asuntos que interesan en el más alto grado a la Alemania actual. Se trata, pues, de ligar nuestra acción con esos dos hechos, y no de oponerles un sistema completo del género del "Viaje a Icaria" de Caber". Y en otra parte de la misma carta agrega: "Hasta el presente los filósofos tenían en su cajón la solución de todos los enigmas, y el estúpido mundo exotérico no tenía más que abrir la boca para que cayeran en ella las palomas asadas. La filosofía se ha secularizado, y la mejor prueba de ello está en que el conocimiento filosófico ha penetrado en el seno de la lucha dolorosa, y no sólo en apariencia, sino de modo profundo. Si no queremos, pues, *construir arbitrariamente el porvenir*, debemos entregarnos a una crítica despiadada del orden actual: despiadada en el sentido de que no deberá retroceder ante sus propias consecuencias lógicas ni ante los conflictos con los poderes existentes. Por eso no soy partidario de elevar una bandera dogmática". Y estas otras frases que anticipan magistralmente la dirección de su pensamiento social: "No nos presentamos ante el mundo como doctrinarios enarbolando un nuevo principio: "Aquí está la verdad, ¡arrodíllate!" No hacemos más que extraer nuevos principios de los principios mismos del mundo. No le decimos: "Renuncia a tus luchas que no son más que estupideces: pero he aquí cuál es la verdadera palabra de orden de la lucha". No hacemos más que mostrarle por qué lucha de hecho, e inyectarle su conocimiento, quiéralo o no".

Con esta orientación, Marx marcha ya con paso seguro hacia el comunismo y por consiguiente hacia la acción organizada: acaso se ve que todavía lleva en sus flancos la huella de las disputas filosóficas, pero ya atenuada y sin peligro de que encalle en ella la concepción general del mundo que Marx va forjando incesantemente. Acaso se advierta por eso que estos preliminares de su posición se aproximan más a la filosofía que a la economía; pero no se olvide que Engels dirá, años después, que "nosotros — los socialistas alemanes — nos enorgullecemos de descender no sólo de Saint-Simón, Owen y Fourier, sino también de Kant, Fichte y Hegel. El movimiento obrero alemán — agregaba — es el heredero de la filosofía clásica alemana".

Marx no llegó a su concepción de súbito y sin las gra-

daciones que impone el conocimiento científico, sino por una esforzada labor intelectual en la cual es fácil advertir el ascenso progresivo. Nunca procedió por adivinación ni improvisadamente; y cuando años más tarde refería en una carta a Engels su permanencia diaria en la Biblioteca del Museo Británico, agregaba que "los simplones democráticos, a quienes les viene la inspiración "de lo alto", no necesitan imponerse semejantes esfuerzos. ¿Para qué van a torturarse esos hombres afortunados con el estudio de los materiales económicos e históricos? ¿Es todo tan sencillo!, como solía decirme aquel pobre diablo de Willich".

La solidez de sus ideas le debe mucho indudablemente a esa formación metódica, sin adivinaciones instintivas y sin anticipaciones aventuradas. La marcha no es lenta, sin embargo, ni ha sido emprendida sin audacia, pero el paso siempre firme, sin revelaciones sensacionales y pronto extinguidas, cumple aquella condición que Goethe advertía en lo que sobrevive; y en esta marcha progresiva llega muy pronto a las páginas de impresionante seguridad del *Manifiesto Comunista*.

En noviembre de 1843 Marx está en París para comenzar con Ruge la edición de los "Anales franco-alemanes". La alianza entre ambos no durará mucho tiempo. A pesar de sus aparentes decisiones, Ruge tiene alma de filisteo, y en política se conformaría con un liberalismo candoroso. Los "Anales" creyeron contar con algunos colaboradores franceses, pero en el único número doble que se publicó sólo aparecen firmas alemanas. El fogoso Lamennais les respondió que aguardaba la aparición de la revista antes de colaborar; el poeta Lamartine desmintió públicamente que él se hubiera comprometido a colaborar con Lamennais —el herético— en la revista de los señores Marx y Ruge. Pero la más malvada —dice Mehring— fué la conducta de Luis Blanc, precursor de la conocida conducta de los socialistas en los conflictos extremos entre la burguesía y el proletariado. Toda la sordidez del espíritu reformista, todo el miedo a lo grande y el apego a las nonadas, siempre temerosos de adelantar demasiado, ya están en el Luis Blanc del 1843, el mismo que durante la Comuna se quedó en Versalles. En la "Revue independante" Blanc se congratulaba de que la juventud alemana comenzara a volver su atención hacia la práctica de la vida; pero consideraba

necesario moderar su ardor, porque el ateísmo en filosofía conduce a la anarquía en política. Criticó a los jóvenes alemanes por ser secuaces del materialismo francés, de Diderot, d'Holbach y de la Enciclopedia, porque así daban un paso atrás de un siglo, y ampulosamente los conjuraba: "Pensad que Rousseau es el representante de la democracia, que se funda en la unión y en el amor fraternal. Pensad que la misma mano que nos dió el *Contrato social* escribía también la *Profesión de fe del vicario saboyano*".

\* \* \*

Dos estudios fundamentales publicó Marx en los "Anales franco-alemanes": "Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel" y "El problema judío". En la *Crítica de la filosofía del derecho* aborda el problema fundamental de la revolución comunista, la cuestión de saber cuál será el agente de esta transformación profunda y en virtud de qué causas intervendrá y llevará la acción hasta las últimas consecuencias. Era un problema nuevo, en cierto modo, sobre todo por la precisión y claridad con que Marx lo planteaba. La lucha de clases no es un descubrimiento suyo, y el mismo Marx lo reconoce expresamente, pero su carácter histórico y la fuerza que lleva en sí permanecían inadvertidos para los revolucionarios anteriores a él. Para los utopistas las oposiciones de clase más eran motivo de congoja que factor dinámico en la evolución social, y no consideraban este conflicto como la emanación de un estado económico transitorio, sino que lo achacaban a la absurda organización social alejada de la razón. De este modo, no aspiraban a la emancipación de una clase —el proletariado— sino a la emancipación de la humanidad, a la que querían dotar de una Constitución perfecta.

Conocedor profundo de la historia e imbuído de la idea de que todo es transitorio y especialmente la constitución social, Marx supera enseguida el punto de vista ingenuo de los que abrazan el conjunto de la humanidad, pero demuestra también que el proletariado la emancipará totalmente. Sus consideraciones se refieren a Alemania, pero tienen valor universal.

"¿Cuál es —dice— la verdadera posibilidad de la eman-

cipación alemana? He aquí nuestra respuesta. Hay que formar una clase con cadenas radicales, una clase de la sociedad burguesa que no sea una clase de la sociedad burguesa, una clase que sea la disolución de todas las clases, una clase que tenga carácter universal por sus padecimientos universales y que no reivindique un derecho particular, porque no se la ha hecho víctima de un engaño particular, sino de un engaño en sí: una esfera que no pueda atenerse a un título histórico, sino simplemente humano, que no esté en oposición particular con las consecuencias, sino en oposición general con todas las suposiciones del sistema político alemán: una esfera, en fin, que no pueda emanciparse sin emancipar a todas las otras. La descomposición de la sociedad como clase particular es el proletariado”.

“Cuando el proletariado anuncia la disolución del orden social actual, no hace más que anunciar el secreto de su propia existencia, pues él mismo constituye la disolución efectiva de este orden social. Cuando reclama la negación de la propiedad privada, no hace más que establecer en principio de la sociedad lo que la sociedad ha establecido en principio del proletariado, lo que éste, sin su intervención, personifica ya como resultado negativo de la sociedad”.

Esta transcripción denuncia que Marx no está libre todavía de la jerga filosófica alemana, pero evidencia también que ha llegado a conclusiones de orden económico que iluminan el origen de los conflictos sociales: habla de clase que al emanciparse emancipará a la sociedad, pero no por propósitos ideales sino porque es la clase que está colocada en último término y su liberación comporta la de la inmensa mayoría: que esta emancipación no se producirá por motivos de justicia ni en procura de establecer un orden social perfecto, sino porque sus condiciones intrínsecas ya están dadas en la situación del proletariado, que establece los principios de la revolución sobre las bases reales de la existencia social.

Casi de un golpe el utopismo quedaba herido de muerte: no sólo porque Marx veía ya claramente que la división de la sociedad en clases dependía del modo de producción y de apropiación y era por consiguiente de origen histórico y económico, sino porque además advertía en el proletariado el elemento activo para la lucha por su propia emancipación. El uto-

pismo observaba muy bien que la miseria estaba acumulada en una parte de la sociedad y en otra la opulencia, hecho que hacía residir en la organización imperfecta, y antes apelaba a las clases ricas que a las pobres para remediar situación tan deplorable. La revolución francesa, sin embargo, ya había demostrado suficientemente que las clases actúan según su posición económica y nunca por el impulso ideal de emancipar a la humanidad, aunque una clase en lucha se arroge a veces ese privilegio y crea de veras encarnarlo.

Emancipada de la sociedad feudal que la había gestado, la burguesía llevaba en sus flancos al proletariado, incipiente en aquel régimen, pero rápidamente desarrollado con el predominio cada vez más avasallador de la burguesía y como producto genuino de la gran industria. Opresores y oprimidos han existido en todas las épocas —salvo en la comunidad primitiva, dice Engels más tarde— pero la relación entre unos y otros ha variado en las distintas épocas, hasta llegar a la moderna, en la cual el proletariado es producto típico de la sociedad capitalista.

Más realista que los pensadores burgueses del siglo XVIII y mejor nutrido de conocimientos históricos, Marx no plantea la emancipación fantástica de la humanidad, sino la de esta clase, el proletariado, nueva por sus características claramente delineadas por el progreso técnico, pero sin olvidar que como capa inferior, la liberación del proletariado equivale a la emancipación total, a la abolición de las clases.

¿Cómo se realizará su emancipación? ¿Bastará la acción, a veces estrepitosa, a veces pausada, de la evolución económica? Admítese sin ninguna duda que los cambios económicos son irreprimibles y que sus transformaciones afluyen a la superficie y provocan las revoluciones políticas y sociales. No hay que olvidar, sin embargo, que las revoluciones se producen entre los hombres e impulsadas por la acción que éstos se ven forzados a ejercer para satisfacer sus necesidades. De elementales al comienzo, éstas se tornan cada vez más conscientes, más inteligentemente sentidas, de suerte que los hombres son cada día más los agentes activos de su propia historia. Historia de la lucha de clases hasta el presente, con otros conflictos, con distintas relaciones, aunque siempre caracterizada por la existencia de dominadores y dominados, hasta des-

embocar en el gran drama, tan vigorosamente trazado por Marx, de la lucha final entre explotadores y explotados.

¿Podía Marx dejar librada a las fuerzas naturales la transformación social que sostenía? No.

En la "Crítica de la filosofía del derecho de Hegel" Marx no se limita, por eso, a enunciar teóricamente el problema y a reclamar la crítica implacable, sino que llega a incitar a la acción con estas palabras inconfundibles: "Es evidente que el arma de la crítica no puede reemplazar la crítica de las armas: la fuerza material no puede ser abatida más que por la fuerza material". Y como un anticipo de la influencia que luego alcanzará su doctrina, agrega que "la teoría se trasmuta también en fuerza material cuando penetra en las masas".

Expulsado de Francia en 1845, Marx se instala en Bruselas y comienza enseguida, con Engels, los trabajos para crear la primera organización comunista. Su estancia en París le ha sido provechosa; si llegó con entusiasmo por la obra de Proudhón y deseoso de conocerla totalmente, se aleja convencido de la incapacidad del implacable polemista para comprender la evolución económica, pues "*en vez de considerar las categorías económicas —dirá más tarde Marx— como expresión teórica de relaciones históricas de producción, que corresponden a determinado grado del desarrollo de la producción material, su imaginación las transforma en ideas eternas preexistentes a toda realidad, y de este modo, por un viraje, se encuentra de nuevo en el punto de partida, en el punto de vista de la economía burguesa*".

\* \* \*

Pero en París se había vinculado, lo mismo que Engels, con los círculos de obreros alemanes y en ellos había dado algunas conferencias. Desde 1836 los obreros alemanes que vivían en el extranjero estaban organizados en la *Liga de los justos*, cuya dirección residía en Londres desde 1840. El programa de la *Liga* no satisfacía a Marx: éste llevaba a los asuntos sociales su preparación metódica y su comprensión aguda. En la *Liga* había obreros inteligentes y luchadores esforzados, pero faltaba la cabeza capaz de abrazar la complejidad de los hechos históricos y sociales y de dar una dirección a la lucha,



asentada en las bases firmísimas de la evolución económica. Sin esta comprensión —lo dirá Marx más tarde— la acción de la clase obrera puede ser heroica, pero ineficaz, porque si bien el movimiento social no se funda en una doctrina, ésta lo esclarece y en tal virtud arrastra a la acción a los que llegan a adquirir conciencia de su posición y de la necesidad de la lucha. La cabeza capaz de comprender ese proceso y de proclamar la dirección conveniente era la de Carlos Marx, y para ello lo capacitaba, como dice Werner Sombart, la circunstancia de unir “al conocimiento de la más alta forma de la filosofía histórica de su época el conocimiento de la más elevada forma de la vida social contemporánea”. La experiencia le enseñó luego que más de una vez sus convicciones científicas estarían en pugna con el pensamiento de dirigentes sin preparación y sin doctrina.

Respecto de la *Liga de los justos* Marx y Engels procedieron, como de costumbre, sin ambages. “Publicamos al mismo tiempo —refiere Marx diez años después— varios folletos impresos y litografiados en los cuales sometíamos a una crítica despiadada aquella mezcolanza de socialismo o comunismo franco-inglés y de filosofía alemana, que constituía por entonces la doctrina secreta del grupo; proclamamos el análisis científico y profundo de la estructura económica de la sociedad burguesa como la única base posible, y explicamos en forma popular que no se trata de implantar un sistema utópico cualquiera, sino de participar, con conciencia propia, en el proceso histórico de transformación de la sociedad que se estaba desarrollando ante nuestros ojos”. A la eficacia de esta campaña teórica atribuye Marx el hecho de que la *Liga* enviara a uno de sus miembros —el relojero Moll (1)— para invitarlos a él y a Engels a ingresar en ella, pues la organización aceptaba sus puntos de vista. Aunque de esa campaña de que habla Marx sólo se conoce, según Mehring, una circular dirigida contra Kriege, merecen destacarse algunos de los con-

---

(1) En esto seguimos el relato de Mehring, pero Riazanof dice, y parece verosímil, que Moll no fué a Bruselas como delegado de la Liga de los justos sino en nombre del Comité de Corresponsales de Londres para llevar un informe sobre la situación de la sociedad londinense. La oficina de correspondencia había sido fundada por Marx y Engels en Bruselas luego de la expulsión del primero de París en 1845. Esta investigación tan prolija de Riazanof demuestra que la actividad práctica de Marx y por consiguiente su acción en pro de la organización política del proletariado comenzó antes de lo que generalmente se supone.

ceptos que ella contiene porque demuestran una repugnancia muy especial del gran socialista. Se dice en la circular aludida que Kriege mistifica el verdadero desarrollo histórico del comunismo en los distintos países de Europa, y que quiere representar sus orígenes y progresos de modo fabuloso y romántico, como obra de las inconsistentes intrigas de esa secta, y difunde toda suerte de fantasías megalómanas acerca de sus virtudes. Antes se ha motejado a Kriege de "profeta y emisario de una secta", y esto es lo que revela el aspecto de Marx que quiero señalar brevemente. Amigos y enemigos de Marx lo han llamado muchas veces profeta: aquéllos para enaltecerlo y éstos para denigrarlo, pero con opuestas intenciones unos y otros lo desfiguran igualmente.

Nadie estaba más lejos que él de la función de profeta y menos de suponer que el movimiento social habría de fundarse dogmáticamente en sus doctrinas. No desconocía la importancia que ellas tenían, y alguna vez dijo, en los años postreros, que dejaba "a la clase obrera una base teórica suficientemente firme y ancha para que le sirva de punto de apoyo en su organización futura y de arsenal de donde saque las armas necesarias para luchar con la burguesía". "Yo no soy marxista", se cuenta que dijo en cierta ocasión. La explicación coherente de esta frase que así adquiere sentido profundo, sólo la encuentro en Antonio Labriola, uno de sus intérpretes más finos y cultos. Con ella el gran pensador habría significado que jamás puede fundarse partido alguno sobre una doctrina, "y el marxismo es una doctrina", agrega Labriola. Dejó sobre todo un método. Previo aproximadamente la dirección de la evolución social porque se fundaba, sin ninguna clase de perturbaciones, en el análisis de la base económica, en la técnica y en su repercusión en la sociedad. Previsión científica simplemente realizada con talento extraordinario; pero fuera de este margen que la ciencia concede y que el pensamiento genial puede ampliar considerablemente, Marx no intentó jamás profetizar. (20) Por eso el marxismo no es un dogma; teoría revolucionaria por excelencia, rebajarla hasta él es lo mejor que puede hacerse para perjudicar el nombre de este pensador apasio-

(20) En el libro de Carlo Rosselli "La cultura del marxismo" (traducción de M. P. Alberti y H. B. Debes) se encuentra en el capítulo IV un interesante capítulo sobre este asunto. Véase también el libro de Antonio Labriola "El marxismo" (traducción de M. P. Alberti).

nado, pero no arbitrario. Recuérdense, si no, las páginas magníficas de "Miseria de la filosofía" y especialmente el final de la *Segunda observación* del capítulo "La metafísica de la economía política": "Hay un movimiento continuo de acrecentamiento de las fuerzas productivas, de destrucción de las relaciones sociales, de formación de las ideas; lo único que hay inmutable es la abstracción del movimiento: *mors immortalis*."

\*  
\* \*

Cualquiera que fuera el motivo de la entrevista de Marx con Moll, lo cierto es que ella provocó la organización de un congreso que se reunió en Londres en el verano de 1847. Los trabajos que Marx realizó con antelación a ese congreso son muy poco conocidos; ello hace decir a Riazánof, que los ha seguido con tanta tenacidad: "A los historiadores ha pasado inadvertido este trabajo de organización de Marx, a quien presentan como pensador de gabinete, y desconociendo el papel que desempeñó como organizador, no han conocido uno de los aspectos más interesantes de su personalidad. Si no se conoce el papel que Marx tuvo por los años 1846-1847 como dirigente e inspirador de todo ese trabajo de organización, es imposible comprender la importancia que luego alcanzó como organizador en 1848-49 y en la época de la Internacional." En ese congreso la *Liga* o *Federación de los justos* se transformó en comunista. El mismo congreso encargó a Marx y a Engels (3) la "redacción de un programa detallado del partido (de la *Liga*), a la vez teórico y práctico". Este es el origen del *Manifiesto comunista* (4). Y sin tener ahora ni siquiera la remota intención de analizarlo, en él hay que ir a buscar las ideas más precisas de Marx sobre la organización y la acción del proletariado, en líneas generales quizás, pero allí están expresadas, "con palabras de belleza plástica", las condiciones en las cuales el proletariado se erige en clase di-

---

(3) Véase en Aníbal Ponce "El viento en el mundo", ediciones "Juan Cristóbal", el "Elogio del Manifiesto comunista".

(4) "El *Manifiesto* sustituyó la vieja divisa de la "Federación de los justos", según la cual "todos los hombres son hermanos", por el nuevo grito de guerra "¡Proletarios de todos los países, uníos!" (Charles Andler, *Le Manifeste communiste. Introduction historique et commentaire.*)

ferente y opuesta a la burguesa, y establecida con igual claridad la manera cómo llega a adquirir conciencia de esta situación, esclarecido por la teoría y hasta cierto punto basado en ella "porque las proposiciones teóricas de los comunistas no se fundan de ningún modo en ideas y principios encontrados o descubiertos por este o aquel reformador del mundo, sino que son solamente expresiones generales de las condiciones efectivas de una actual lucha de clases, de un movimiento histórico que se desarrolla a nuestra vista".

El capítulo II del Manifiesto establece sin dilaciones y con el laconismo poderoso de Marx la posición de los comunistas. La posición de los comunistas es la posición de Marx, de suerte que por ella fija inconfundiblemente su pensamiento acerca las bases y los fines de la organización del proletariado, y ya con tal amplitud que no incurre en el error de modelar sobre una idea el multiforme movimiento obrero. "Los comunistas no forman un partido distinto, opuesto a los otros partidos obreros. No tienen ningún interés que los separe del conjunto del proletariado. No proclaman principios sectarios (recuérdese lo que Marx dice a propósito de los principios sectarios en su carta de Kreuznach de 1843 y obsérvese la rigurosa coherencia con esto) sobre los cuales quisieran modelar el movimiento obrero. Los comunistas no se distinguen de los otros partidos obreros más que en dos puntos: I — En las diferentes luchas nacionales de los proletarios ponen por delante y hacen valer los intereses independientes de la nacionalidad y comunes a todo el proletariado. II — En las diferentes fases de la lucha entre proletarios y burgueses representan siempre y por todas partes los intereses del movimiento integral. Prácticamente los comunistas son, pues, la fracción más resuelta de los partidos obreros de todos los países, la fracción que arrastra a las otras: teóricamente tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de poseer un concepto claro de las condiciones de la marcha y de los fines generales del movimiento proletario. El propósito inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los partidos obreros: constitución de los proletarios en clase, destrucción de la supremacía burguesa, conquista del poder político por el proletariado."

A fines de 1847 queda así formulado el pensamiento de Marx sobre la acción de la clase obrera en términos que nunca

serán corregidos, aunque sí precisados y ampliados cuando la práctica haga conocer sus limitaciones. Por ahora establece la identificación de los propósitos de los comunistas con los fines generales del movimiento obrero; pero a pesar de esta identificación ya no oculta una diferencia de suma importancia: los comunistas tienen la ventaja de poseer el conocimiento cabal de los fines del movimiento obrero, fines que a su vez tratan de imponerle, mientras que otras fracciones y el conjunto del proletariado no han llegado a esta comprensión de su misma marcha: todavía proceden en parte por discernimiento y en parte por instinto, pues aun no han eliminado de sus proyectos la fantasía. Pasarán largos años antes de que el movimiento obrero cese de adolecer en buena parte de ese defecto y logre proceder más por comprensión que por instinto. En esta diferencia se destaca con vigor incontenible la función de la teoría de Carlos Marx, que elimina del movimiento obrero la adivinación instintiva para reemplazarla por la determinación consciente, de suerte que gracias a Marx la acción del proletariado pasa de la esperanza utópica a la seguridad de su función histórica. En el *Manifiesto comunista* existe una anticipación genial a este respecto, anticipación de tal modo evidente que después de transcurridos casi veinte años Marx no pudo emplear en el *Manifiesto inaugural* de la Internacional el "lenguaje audaz y revolucionario" del *Manifiesto comunista*.

Después del *Manifiesto comunista* Marx redactó en nombre de la *Liga comunista* un documento de extraordinaria importancia para comprender su táctica: una circular del Comité central dirigida a los obreros alemanes. Si el *Manifiesto* da indicaciones más bien teóricas y en todo caso generales, esta circular se redacta para la acción inmediata que los obreros alemanes tienen empeñada en esos momentos y va a servirles de guía eficaz en los acontecimientos que se presagian. Desconocida hasta hace poco en castellano, esta circular puede leerse ahora en varias ediciones de los trabajos de Marx. Alguien ha resumido muy bien los puntos fundamentales de esta circular, que aclara el criterio de Marx sobre la política de la clase obrera que siguiera las directivas de la Liga comunista y en general del proletariado revolucionario: "1º Atacar a los "partidos pequeño-burgueses y democráticos" que se llaman a sí mismos "socialistas". 2º Crear un partido de la clase obrera,

que tenga organización legal e ilegal y luche contra la influencia democrática y pequeño-burguesa. 3º Considerar la victoria de la pequeña burguesía democrática, a la cual los obreros contribuirán, como un período necesario de la lucha revolucionaria de la clase obrera. 4º Formar, páralelamente al gobierno democrático pequeño-burgués, tan pronto como éste se establezca, comités obreros que minen su autoridad y lleven la situación a su finalidad extrema. 5º Armar al proletariado y llegar a la formación de unidades obreras que lleven la lucha a su conclusión comunista”.

La Liga comunista desapareció después del famoso proceso de Colonia, el cual demostró los medios repugnantes empleados por las autoridades para obstaculizar la acción obrera. “Si se recuerdan los esfuerzos que todo el mundo oficial hizo para destruir la Liga y a sus miembros — escribió entonces Carlos Marx; — si se tienen en cuenta las transgresiones del Código penal que se realizaron en nuestro perjuicio; si se conoce la historia contemporánea de las otras parcialidades; si se pregunta qué clase de hechos delictivos se pueden aducir en contra de nuestro partido, se llega a la conclusión de que éste se distingue, en el siglo XIX, por su pureza.”

\*  
\* \*

Desde entonces (1852) Marx y Engels se dedican especialmente a la labor literaria; no están desvinculados de la acción, y muchos de sus trabajos son para orientarla; pero desde esa fecha hasta 1864, en que se funda la I Internacional, Marx se consagra afanosamente a sus trabajos teóricos, especialmente económicos. En esos años Engels acosa a Marx para que publique sus libros. Los escrúpulos de Marx retardan siempre la aparición de sus escritos; el fondo y la forma le preocupan igualmente, y si fundamenta sus trabajos, sobre todo los económicos, en una documentación abrumadora, no descuida por eso las bellas proporciones de la estructura. “Marx no era —dice Mehring— de esos espíritus ramplones que creen que el escribir insoportablemente es la primera prenda de toda obra erudita, sino que daba gran importancia al equilibrio estético de sus obras.”

Además de su posición bien conocida, la índole misma de sus escritos lo unía con la actividad de los mejores dirigentes de la clase obrera, de modo que Marx no estuvo desvinculado de su acción ni descuidó en ningún instante el estudio de la política que le convenía adoptar de acuerdo con el estado económico y técnico de los principales países durante el lapso que va de 1852 a 1864. Mantiene relaciones con Alemania y está vinculado con Lassalle, cuyos procedimientos no siempre aprueba, pero cuyo valor reconoce a pesar de que alguna vez lo ha tratado con aspereza excesiva. Lassalle trabajaba para colorear de socialismo las organizaciones obreras alemanas; no marchaba rígidamente por la senda de Marx, pero las líneas directivas del Manifiesto guiaban sus pasos. En 1863, un año antes de la fundación de la Internacional, Lassalle fundó la "Asociación general obrera alemana". De este eminente agitador y escritor no menos notable ha dicho Mehring que "basó toda su campaña sobre los cimientos recios y firmes de la lucha de clases y se propuso siempre por meta incommovible la conquista del poder político por la clase obrera".

Al fundarse la I Internacional Marx se erige muy pronto en su principal orientador. La influencia de su nombre y la seguridad de sus concepciones colocan en sus manos la dirección de esa organización, para la cual redacta el *Manifiesto inaugural* y los *estatutos*. Estos documentos están más vinculados con la práctica que el *Manifiesto comunista*; éste fué escrito para una vanguardia de luchadores capaces de elevarse hasta sus concepciones teóricas generales, mientras que en la exposición que Marx hace en nombre de la nueva organización tiene que contemplar corrientes diversas y hasta opuestas. A pesar de este inconveniente Marx logra deslizar en el nuevo trabajo las ideas fundamentales del programa de la *Liga comunista*. Comiénzalo con una ojeada a la situación de los trabajadores: "Es positivo que la miseria de la clase obrera no disminuyó en el período de 1848-1864, y, sin embargo, ese período excepcional no tiene ejemplo en los anales de la historia por el progreso realizado por la industria y el comercio". Y el *Manifiesto inaugural* establece justamente las reivindicaciones alrededor de las cuales debe efectuarse la unidad de la clase obrera, y ello sin renunciar a ninguno de los principios teóricos formulados en el *Manifiesto* famoso del 48. En la

redacción de los *estatutos*, cuya discusión fué encarnizada. Marx tuvo que poner a prueba toda su habilidad, acaso con más apremio que para componer el *Manifiesto inaugural*. En cada uno de estos documentos salidos de su pluma palpita vivamente la idea central de su pensamiento: la conquista del poder político por el proletariado. Pero si en el *Manifiesto inaugural* esto está expresado casi con tanta agresividad como en el *comunista*, en los *estatutos* no se dice con igual desenvoltura que el proletariado ha de conquistar el poder político. "Considerando — comienzan los *estatutos* — que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos; que los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no han de tender a constituir nuevos privilegios, sino a establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes; que la supeditación del trabajador al capital es la fuente de toda servidumbre política, moral y material; que, por lo mismo, la emancipación económica de los trabajadores es el supremo objetivo al cual debe subordinarse todo movimiento político, como medio". (5).

Ha hecho algunas concesiones, sin que ninguna de ellas alcance a ser fundamental; ha tenido que intercalar algunas frases inofensivas, como "obligación", "derecho", "verdad", "moral" y "justicia"; "pero todo está dispuesto de modo que no perjudique el sentido general", escribía Marx a Engels. Marx no tuvo que llegar a prohibir —y no lo habría hecho— la tesis de los socialistas ingleses y franceses, según la cual es necesario luchar por el socialismo porque lo exigen la verdad, la justicia y la moral. Esto habría significado un retroceso al utopismo, mucho antes superado por él, desde el momento en que estableció que las nuevas formas sociales surgen de la vieja sociedad, creadas por el conflicto entre el modo de producción y las fuerzas productivas, entre las cuales las más importantes son los hombres. Marx sacó invulnerable este principio, que ya había expuesto en la "Crítica de la filosofía del derecho

(5) Estas tres últimas palabras "como medio", no figuraron en la traducción francesa que se hizo de los *estatutos*, de igual forma se divulgó en Italia, España y Bélgica una traducción castellana que conozco impresa a fines de 1923, tampoco figura en otros textos. En el libro de Ruizef, "Marx y Engels", versión castellana de M. P. Alberti y H. B. Debes, *Nota preliminar* de Anibal Ponce, edición *Claridad*, se podrá ver las mismas palabras que esa omisión originó y las acusaciones de que Marx fue víctima injustamente.



de Hegel", y alimentados por él el *Manifiesto inaugural* y los *estatutos* conservan su vitalidad hasta nuestros días.

La unidad de la clase obrera ya aparecía a los ojos de Marx como una de las condiciones de éxito: pero de ningún modo la unidad que implique renunciar a la lucha: "Puesto que el éxito del movimiento obrero de cada país sólo puede asegurarse por la fuerza resultante de la acción y de la asociación; que, por otra parte, la utilidad del consejo central depende de su vinculación con las sociedades obreras, ya locales, ya nacionales, los miembros de la Asociación internacional deberán esforzarse, cada uno en su país, por reunir en una asociación nacional las diversas sociedades obreras existentes."

En los sucesivos congresos de la Internacional volvieron a surgir, con contumacia renovada, las diferencias entre los puntos de vista de Marx, que sin alejarse de la realidad abrazaba siempre el conjunto del movimiento obrero, y el de delegados que querían limitar la acción de la clase obrera, unas veces por rechazar la lucha política, como en el caso de los proudhonianos, otras veces por coaligarse con los partidos radicales burgueses, como sucedía con las uniones inglesas, en vez de mantener la amplitud del movimiento y también su independencia.

Los proudhonianos propugnaban con frecuencia puntos de vista reaccionarios. Marx había acorralado a su maestro con las páginas incontrovertibles de "Miseria de la filosofía", demostrándole que sus concepciones no superaban el punto de vista de la economía burguesa y que eran inferiores, desde luego, a las de economistas como Ricardo; que su posición respecto de las huelgas y las coaliciones obreras era reaccionaria porque ni siquiera comprendía su función. Fieles a Proudhón, los delegados franceses al congreso de 1866 condenaban el trabajo de la mujer (porque la naturaleza la ha hecho para el hogar) y rechazaban los sindicatos y las huelgas: hasta se oponían a la limitación legal de la jornada de trabajo. En contra de tan absurda posición el congreso mantuvo y aprobó casi todos los puntos de un informe detallado presentado por Marx, informe que "colocaba en primer plano todos los asuntos que provienen de las reivindicaciones de la clase obrera". A pesar de las arremetidas de los proudhonianos franceses, salió triunfante el punto de vista de Marx. Aquéllos eran enemigos de la

organización de clase del proletariado y ponían todas sus esperanzas en la cooperación y en el crédito, y era inútil que Marx hubiera dicho en su obra contra Proudhón que sólo reunida la masa obrera se erige en clase para sí; como su maestro, ellos tampoco comprendían el significado de la lucha de clases. Tan lejos estaban de esa comprensión, que hablaban de "contrato libre y justo" entre el capital y el trabajo sin reflexionar para nada en la distinta posición de los contratantes y con incomprensión tan grande como la de aquél del "mecanismo de la producción capitalista." Marx establecía con su vigor incomparable el origen y la función de los sindicatos. Nacidos de la lucha entre el capital y el trabajo asalariado, a medida que avanzan su organización se hace cada vez más consciente y se destaca su eficacia para frenar la explotación; de este modo llegan a ser los principales núcleos de resistencia contra el vasallaje del capital. Pero se manifiestan también sus deficiencias cuando se transforman en organismos estrechamente corporativos y descuidan los intereses generales del proletariado con el propósito de lograr ventajas para un determinado sector; este procedimiento beneficia a la burguesía, pues así se resiente la solidaridad del proletariado.

Marx no preconiza la dependencia de los sindicatos del partido político de la clase obrera, pero no calla que han de interesarse por la lucha política, porque además de que esta amplitud los saca del círculo de los intereses que buscan satisfacción dentro de la sociedad burguesa para hacerlos luchar por su transformación, todo movimiento económico se convierte inevitablemente en lucha política. "La Internacional recuerda a todos sus miembros —dice Marx— que en el plan de combate de la clase obrera su movimiento económico y su movimiento político están indisolublemente unidos" (6). Mediante la solidaridad los sindicatos suprimen o por lo menos atenúan la competencia de los obreros entre sí; con esto se fortalecen en su lucha contra el capital, que ya no puede echar mano tan fácilmente, facilidad engendrada por la máquina.

(6) "Nunca la relación estrecha que existe entre la política y la economía se había demostrado tan luminosamente como lo fué en Italia a fines de 1920. Si los anarquistas no fuesen simples metalísicos, se verían obligados a reconocer el valor de nuestro punto de vista y rechazarían la idea infantil que se forjan de la revolución". (A. Lozovski, "Programa de acción de la Internacional sindical roja", 1921).

del ejército de reserva de los trabajadores o recurrir a obreros extranjeros.

En la época de la Internacional buena parte de los dirigentes obreros veía bien la función elemental de los sindicatos, como los trade-unionistas —empeñados en limitarse a asuntos de salario y de jornada, — pero no llegaba hasta donde iba Marx, que aspiraba a que las organizaciones obreras desarrollaran su acción con conciencia de clase y apoyaran todo movimiento que tendiera a la emancipación económica y política del proletariado. De los sindicatos parten las fuerzas que van a engrosar las organizaciones políticas del proletariado, en las cuales la lucha es menos limitada que en aquéllos. En cierto sentido se les podría llamar escuela elemental del socialismo, y Marx destacó de tal modo su significación que Arturo Labriola se ha creído autorizado a decir que “el sindicalismo es el heredero histórico y lógico del marxismo” (7).

\*  
\* \*

A juicio de Marx, juicio que tiene plena confirmación histórica, fuera del movimiento propio y autónomo de la clase obrera, fundado en los antagonismos de clase y orientado en el propósito supremo de conquistar el poder político, nada puede llevarla a su emancipación definitiva. Aquí se encuentra el sentido de su frase, inscrita en todos los programas obreros, desde los revolucionarios a los reformistas: “La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos”.

La gran preocupación de Marx era dotar a los sindicatos de espíritu de clase, capacitarlos para que en ellos la clase obrera llegara a la inteligencia de su misión histórica gracias a la comprensión del sistema social y económico del capitalismo. En la misma discusión del problema sindical Marx tuvo que injertar algunas enseñanzas sobre el mecanismo de la producción capitalista y de la constitución del valor a fin de que los opositores a las huelgas, al aumento de los salarios y a la re-

---

(7) Arturo Labriola. “Karl Marx. L'économiste. Le socialiste”. Traducido al francés por E. Berth. Prefacio de Jorge Sorel. Edición de Marcel Rivière. París. No comparto, naturalmente, la opinión de Arturo Labriola; y nótese que el autor no se refiere al movimiento sindical, sino a una teoría sindicalista, por la cual trabajó Jorge Sorel desordenadamente.

ducción de la jornada comprendieran los absurdos económicos de Proudhón, para quien todo acortamiento de ésta y alza de aquéllos no significaban mejora alguna para la clase obrera y hasta eran contraproducentes. Verdaderamente, los sindicatos se convertían, con la orientación propugnada por Marx, en uno de los puntales del vasto movimiento social y político del proletariado que ha de abatir a la sociedad capitalista. Esto está anticipado sin equívocos en el *Manifiesto*, y si Marx atenúa algo su agudeza en la época de la Internacional, es porque, como hemos visto, no elabora tesis para un movimiento reducido y casi homogéneo como el del 47 —verdadera avanzada revolucionaria.— sino para capas más vastas y diferenciadas. Pero de esta posición conciliadora de Marx, conciliadora hasta donde las premisas reales que había establecido sobre la condición de las clases de acuerdo con el modo de producción y de distribución no fueran subvertidas, no hay que deducir, como algunos sindicalistas lo han hecho, que Marx se paraba en la organización sindical. La alienta y la esclarece porque conoce su importancia fundamental; mas para acelerar los propósitos que su doctrina persigue y para su realización, tiene que llegar a una acción más resuelta que la de los sindicatos y a una agrupación más homogénea. Su definición ya está contenida en el *Manifiesto*, sobre todo cuando dice, en un pasaje ya citado, en qué se diferencian los comunistas de los restantes partidos obreros, aclaración tan oportuna que establece las bases en que se apoyaron más tarde los partidos socialistas nacionales. Un partido, en definitiva, es lo que Marx propugna: partido apoyado en las columnas indestructibles de la lucha de clases, internacionalmente unido, que forje sin cesar la conciencia de clase y tenga como fin revolucionario la conquista del poder político por el proletariado. En la *Vida comunista* primero y en la Internacional después, Marx no perdió nunca de vista este objetivo supremo; está establecido en el *Manifiesto comunista* y en el *inaugural*, el preámbulo de los estatutos lo repite y toda la acción a que Marx incita al proletariado es una preparación que tiende a ello. Naturalmente que no cae en el error de proceder en cada instante como si estuviese en la víspera de la revolución social, ni la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado lo lleva a pensar que con esta oposición lo ha explicado y lo ha re-

suelto todo: la interpretación es más compleja y la táctica no estriba sólo en la simple proyección de ese antagonismo (8).

Bakunin y sus partidarios, por ejemplo, creían que todas las circunstancias eran buenas para promover levantamientos revolucionarios; bastaba, según ellos, apelar al heroísmo de unos pocos para arrastrar a la lucha a los desposeídos y sobre todo a los más miserables, al hampa, al "lumpenproletariat", según el clásico término alemán. Esporádicos e incoherentes, estos movimientos siempre terminaron y terminan en el fracaso. La desilusión no tardaba en dominar a quienes los habían promovido, acaso con ciego entusiasmo, y en lanzarlos a la búsqueda de partidarios en los medios más heterogéneos. Bakunin es el ejemplo típico: unas veces se entrega al proletariado y otras busca en fracciones burguesas la posibilidad de una alianza revolucionaria libertadora (9). Como Bakunin no atisbaba la marcha y el desarrollo del movimiento obrero ni advertía que el socialismo se había metamorfoseado en una teoría que reposaba en los firmes pilares de la lucha de clases, por fuerza tenía que encontrarse en abierta oposición con Marx, aun cuando admirara su clara inteligencia y su capacidad incomparable. Marx, por el contrario, vivía en su tiempo y se anticipaba a lo porvenir; representaba el momento presente y el futuro del movimiento obrero: llevaba a éste la clarividencia de su doctrina exenta de toda ilusión, tan real como las duras relaciones económicas establecidas por el capitalismo.

Cuando la lucha con Bakunin y sus partidarios llegaba a sus momentos culminantes y amenazaba destruir la táctica de la Internacional, Marx fijó en un documento breve y lúcido — el *acuerdo fundamental*— su concepción de la acción obrera y de sus medios: "En su lucha contra el poder colectivo de las clases poseedoras, el proletariado no puede obrar como clase sino constituyéndose él mismo en partido político distinto, opuesto a todos los antiguos partidos formados por las clases poseedoras. Esta constitución del proletariado en

---

(8) Refiriéndose a los mencheviques rusos Lenin dice que "han reducido el marxismo a una mistificación liberal tan miserable, que para ellos fuera de la oposición entre revolución capitalista y revolución proletaria no existe nada, y aún esa oposición no tiene para ellos ninguna significación viva." ("El Estado y la revolución", edición de la Biblioteca marxista, pág. 55).

(9) Todavía en la actualidad hay organizaciones anarquistas que buscan en ocultas alianzas con partidos burgueses la posibilidad de levantamientos que favorezcan al proletariado.

partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y de su fin supremo: la abolición de las clases. La coalición de las fuerzas obreras, obtenida ya por medio de la lucha económica, debe servir también de palanca en manos de esta clase contra el poder político de sus explotadores. Sirviéndose siempre de sus privilegios políticos los señores de la tierra y del capital para defender y perpetuar sus monopolios económicos y dominar al trabajo, la conquista del poder político viene a ser el primero y gran deber del proletariado."

Nuevamente, y estamos en 1871, habla Marx de la constitución del proletariado en partido político. No obstante su brevedad, este documento representó para los bakuninistas lo que veinticuatro años antes había significado para Proudhón "Miseria de la filosofía". Ni uno ni otro han podido ser anulados hasta ahora, y si en el primero se estrellan las ilusiones pequeño-burguesas, en el segundo se rompen los intentos de desvirtuar la táctica y los fines del movimiento obrero.

\*  
\* \*

Puntos muy controvertidos en la doctrina de Marx, y vinculados con la acción que asigna a la clase obrera, son los relativos a la conquista del poder político y a la dictadura del proletariado. "Esta expresión —dice Riazánof— fué acuñada después de la revolución parisiense de 1848, y sólo empezaron a emplearla luego de la derrota del proletariado francés en las jornadas de junio (1848), cuando comenzaron a darse cuenta de que el proletariado no podía limitarse a conquistar el poder político, sino que una vez logrado esto tendría que proseguir su obra hasta desmontar todo el aparato de gobierno de la burguesía, sustituyéndolo por otro nuevo." Consecuentes con esta idea, Marx y Engels declaraban que sería indispensable instaurar la dictadura transitoria del proletariado para abatir la resistencia de los explotadores. El socialismo revolucionario —dice Marx en un pasaje de "Las luchas de clases en Francia"—1848-1850— "es la declaración de la revolución permanente, la instauración de la dictadura de clase del proletariado como paso necesario para la aboli-

ción de las distinciones de clase en general, para la abolición de las condiciones de producción de que dependen las distinciones de clase, para la abolición de todas las relaciones sociales que dependen de estas condiciones de producción, para la subversión de todas las ideas que emanan de estas relaciones sociales." La Comuna de París es la prueba fehaciente de la justeza de estas anticipaciones de Marx. En 1872 Marx y Engels dicen que "no basta que la clase obrera se apodere de la máquina del Estado para hacerla servir a sus propios fines"; y en 1891 Engels agrega que una vez en el poder la clase obrera debe abolir todo el sistema de opresión que hasta entonces ha funcionado contra ella. En 1875 Marx estampa lo siguiente en su *Crítica del programa de Gotha*: "Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista se abre el período revolucionario de transformación que sirve de puente entre una y otra. Paralelamente, tiene que existir un período de transición política durante el cual el Estado no puede asumir más forma que la dictadura revolucionaria del proletariado." ¿No dice ya el *Manifiesto comunista*, al final del capítulo II, que el despojo del capital y de los instrumentos de producción sólo podrá realizarse al principio mediante acciones despóticas contra la propiedad y el régimen burgués de producción? Aquí hay ya algo más que el germen de la dictadura del proletariado.

Por eso el *Programa de Gotha* (1875) — programa que realizó la unidad entre lassalianos y marxistas— es un retroceso evidente respecto de lo que Marx había postulado siempre acerca de ese punto: en él no se habla de la conquista del poder político por el proletariado y parece un programa elaborado por quienes no han oído hablar nunca de Marx y de Engels y que no conocen, ni siquiera someramente, la historia de las organizaciones que éstos propulsaron. El mismo Engels confiesa en un breve prefacio a la *crítica* de Marx: "La regresión manifiesta de que es prueba el proyecto de programa debía conmovernos particularmente." La verdad es que en el acuerdo entre las dos organizaciones obreras alemanas, los lassalianos impusieron sus puntos de vista en el programa que Marx criticó tan áspera y certeramente y los marxistas hicieron demasiadas concesiones.

A pesar de esta arremetida de Marx, los programas sucesivos de la socialdemocracia alemana —vale decir del socia-

lismo internacional— no se enmendaron mayormente. El programa de Erfurt (1891), que Engels llegó a criticar, si no repite en ciertos aspectos los mismos errores que el de Gotha, contiene desembozadamente el oportunismo que llevó el socialismo a la bancarrota. A propósito de él escribía Engels a Kautsky —autor del programa—: “Este abandono de las cuestiones esenciales en favor de los intereses del día, esta persecución de los éxitos del momento y la lucha por los mismos sin tener en cuenta las consecuencias ulteriores, este sacrificio del porvenir del movimiento en aras del presente, obedece acaso a motivos “honrados”: pero esto es oportunismo y seguirá siéndolo, y el oportunismo “honrado” es tal vez más peligroso que todos los demás. ”

Marx murió en 1883, y la idea de la conquista del poder político y de la dictadura del proletariado fué esfumándose paulatinamente del movimiento promovido por su gran esfuerzo teórico y práctico. Para él era uno de los puntos más originales de su doctrina. “En lo que me concierne —escribía a Weidemeier en 1852—, no tengo el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas . . . Lo que yo he aportado de nuevo ha sido la demostración de lo siguiente: I — Que la existencia de las clases se halla íntimamente relacionada con determinadas condiciones históricas del desarrollo de la producción: II — Que la lucha de clases conduce a la dictadura del proletariado y que esta dictadura no es más que un período de transición hacia la supresión de todas las clases y hacia la construcción de una sociedad sin clases.” Y como si Marx intuyera la línea que seguiría la socialdemocracia, termina la *Crítica del programa de Gotha* con estas palabras: *Dixi et salvavi animam meam* (10).

\*  
\* \* \*

Durante su actuación Marx demostró siempre la virtualidad de su método. En el punto aquí tratado, hemos visto cómo mantuvo constantemente la defensa revolucionaria

(1) *He dicho y he salvado mi alma.*



de los intereses del proletariado y cómo de todas las discusiones sacó incólumes los principios que había forjado sobre su interpretación económica de la sociedad y hasta sobre su concepción filosófica del mundo. Por la pasión sostenida con que los mantuvo, por la firmeza inalterable que puso en la defensa de sus doctrinas y por la seguridad con que proclamaba el triunfo del proletariado, se le ha motejado de sectario, de contradictorio y de fatalista. Ningún pensamiento social, sin embargo, tiene formas más amplias que el suyo ni más fortalecedora unidad entre sus partes. Nutrido de realidades y de esperanzas afirmadas en ellas, nadie más lejos que él de inclinación al fatalismo. ¿Cómo iba a ser fatalista quien incitaba a la acción con tanta eficacia animadora y quien en la primavera de 1845 ya decía que estaba harto de interpretaciones del mundo y que lo esencial era cambiarlo?



## Los carnets íntimos de Anatole France

Por LUIS REISSIG

El mundo de las letras desconocía hasta hace pocos meses la existencia de los carnets íntimos de Anatole France. Ella fué revelada por el Señor León Carias, quien publicó en el semanario parisiense "Les Nouvelles Littéraires", del 17 de Diciembre de 1932 al 25 de Febrero de este año, once notas dedicadas a igual número de los carnets hallados. Estos carnets pertenecen al Señor Jacques Lion.

Concedores como pocos de la obra de France, tanto Carias como Lion, han sido, a la vez, sinceros amigos. Bastaría su actitud de ahora para probarlo. Poseedor Lion del preciado depósito, pudo haber publicado in-extenso los carnets, ganando con ello un buen puñado de francos. Pero Lion no tiene el espíritu mediocre del ex-secretario Brousson, y ha preferido confiar los carnets a las manos delicadas de su amigo Carias para que éste nos presentara algún aspecto de France poco conocido, dejando a un lado aquellas confesiones del carnet que si bien podrían servirnos para conocer mejor algunas opiniones de France, no aclararían mucho más su intimidad.

La probidad de Carias me da la convicción de que ningún aspecto del France íntimo queda en el silencio. Por otra parte, el France que se revela a través del carnet puede sorprender totalmente a quien crea que France es únicamente el

ironista despiadado y el escéptico peligroso de la leyenda, pero no a quien ha sentido toda la riqueza de ternura, de ensueño y de voluptuosidad que emanan de su vida y de su obra.

Los carnets de Anatole France parecen haber sido desconocidos hasta por sus íntimos. France los guardaba celosamente, ocultándolos a todas las miradas. Cada uno de ellos corresponde a un viaje; y ninguno de sus compañeros de ruta, muchos de los cuales han escrito luego recuerdos o confidencias de France, hace mención alguna a estos carnets.

Todos son de formato pequeño; el mayor apenas si sobrepasa el tamaño de una tarjeta postal; así le fué a France más fácil disimular su existencia a los tantos ojos curiosos que de continuo le rodeaban. Su desgaste nos prueba que los carnets no fueron simples notas tomadas al pasar de la vida, sino confidentes de un alma inquieta, y muchas veces desolada.

Los 11 carnets hallados abarcan un período de 7 años: desde 1907 hasta 1914. Recordemos que entre esas fechas han tenido lugar dos hechos: en 1909 el viaje de France a Buenos Aires, y en 1910 la muerte de su gran amiga Leontine Arman de Caillavet.

¿Conoció Mme. de Caillavet la existencia de algún carnet?

Es de suponer que no. Y ésto nos anticipa, desde ya, toda la desnudez de espíritu a que ha de llegar France en sus notas, sabiendo que Mme. de Caillavet fué su única confidente.

Al entreabrir los carnets, France nos va revelando, sin palabras, el tesoro de *ingenuidad infantil* que albergaba su corazón: briznas de musgo, una hoja de hiedra, un pétalo de rosa, un trébol, margaritas y violetas que sus páginas abrigan. Candor infantil; nunca sensiblería de romántico. France destestaba a los románticos; al único que admiró fué a Alfred de Vigny; pero en de Vigny había algo de sobrio y de claro, que lo distinguía a los ojos de France.

Los carnets nos muestran al France confesándose consigo mismo. Lejos de su pensamiento el escribir en ellos para que algún día sus secretos fueran conocidos. "El estaba seguro — dice Carías — que jamás nadie leería esas páginas". Podemos creerlo. El France de los carnets no ha hecho literatura: es el France "desolado, doloroso, íntimo", sin rebusca de te-

mas, sin preocupaciones de estilo. Pero no es un France distinto del que conocemos quienes hemos querido comprenderlo a través de su obra.

Los carnets contienen, en forma de esquema, algunas páginas de "La Révolte des Anges, de "L'île des pingouins" y de sus "Poèmes du souvenir". Acerca de cómo maduraba France su pensamiento antes de dar forma acabada a un trabajo, y cómo *su claridad de estilo no era más que una expresión de su claridad de pensamiento*, los carnets nos dan un dato valioso: el relato del jardinero Nectario de "La Révolte des Anges" ha sido escrito en el largo período de tres años. Y la prueba de que *el estilo de France no era labor de paciencia, como en Flaubert, sino únicamente perfección de pensamiento y finura de voluptuoso*, la tenemos en ese relato de Nectario, en el que no se ve la pátina de los estilos retocados, sino la dulzura del poema.

Algunas veces, los carnets contienen también dibujos del mismo France, que nos muestran *su gusto por las líneas femeninas, que era tan profundo en él*.

Escritos durante sus viajes, los carnets son en parte algo así como un diario de sus recorridas. Pero France no recorre el mundo para espiar la vida de los otros; él es un "peregrino meditativo y dócil", que si bien "abre sobre el mundo sus ojos maravillados", es su mundo interior el que lo atrae y lo domina, no tanto por el análisis como por su abandono al ensueño.

"Jamás diario de viajero contiene menos recriminaciones y lamentos" — dice Carias — "Cuando él está en París, los pensamientos tristes lo asaltan. El aire libre y el sol alejan los fantasmas". "France deja en París sus terribles dones de ironía". Y agrega: "Una de las más vivas sorpresas que se experimentan al descifrar los carnets es la de comprobar el lugar inmenso que el mundo exterior, la naturaleza, tienen en las alegrías de este hombre que ha sido pintado como corrompido por la literatura y del que se ha podido decir que jamás había hecho una observación sobre la realidad sin que un recuerdo libresco se interpusiera entre la realidad y él".

Carias, sin duda, se refiere especialmente a Michaut y a Brousson. Pero yo me pregunto si no se ha comprendido que

no siempre quien siente más la naturaleza es quien más la describe: que no todos podemos expresarla con sentido pictórico, y que hay a veces más esencia de ella a través de una expresión humana que en un cuadro rico en detalles de sombras o de luces. Fernando Fader, por ejemplo, nos pinta las sierras, en su quietud sedante, tales como las vemos y las sentimos cuando vivimos en ellas. Es un gran pintor de ese aspecto de la naturaleza. Sus cuadros están llenos de silencio. Para Fader, el hombre apenas si existe en la naturaleza. El no lo siente, y por eso hace muy bien en excluirlo. *France*, en cambio, *está más hecho para sentir la naturaleza a través del hombre*. Leamos aquel pasaje de Pierre Nozière en el que describe el cortejo del entierro de un niño ahogado, en un pueblo de pescadores. Dice France: "El cortejo pasa bajo el viejo pórtico y el oficio de los muertos comienza. Detrás del féretro, cubierto con un paño mortuario blanco cuyos cordones eran sostenidos por cuatro muchachos, tiesamente vestidos con trajes de grueso paño negro, el padre y la madre permanecían tomados del brazo. El hombre no lloraba. Pero se veía que las lágrimas habíanse deslizado largo tiempo sobre su piel leonada y sus mejillas. Su cabeza inclinada, sollozaba. Los sollozos sacudían su largo collar de barba gris y sus hombros altos. Ellos daban a su boca un aire falso de sonrisa, que causaba horror. Mientras tanto, se balanceaba como un ebrio, y mezclaba a los cantos de los salmos y a las plegarias del que oficiaba, un lamento lento, regular y dulce, como el aire de una de esas canciones con las cuales se hace dormir a los niños. No era más que un murmullo y la iglesia estaba toda llena de él. Pero, y la madre! De pié, inmóvil, muda, tenía su capuchón bajado hasta su boca, y bajo ese velo amasaba su dolor". (1)

Pensemos un momento si ese cuadro no nos da una impresión acabada de esos pueblos simples y rudos de pescadores, de la naturaleza áspera y monótona que les toca vivir, del azar doloroso que les acecha todos los días. ¿No es ésta, acaso, una expresión más completa de la naturaleza que la únicamente geográfica?

Los 4 primeros carnets comprenden los años 1907, 1908 y 1909. En los dos primeros años realiza con Mme. de Cai-

(1) P. 226.

L'yeu de l'ogroche dit un-pour une  
 fable profonde / ai long-temps am-jei les  
 honne dans ~~un caducée~~ honne qui c'est  
 la fable de ~~la fable~~ de la fable de la fable  
 au-vent qui c'est par la fable de la fable  
 tout obtenu en un-cas de la fable de la fable  
 en la fable de la fable de la fable de la fable  
 la fable de la fable de la fable de la fable  
 la fable de la fable de la fable de la fable  
 la fable de la fable de la fable de la fable



La fable de la fable de la fable de la fable.  
 La fable de la fable de la fable de la fable.

La fable de la fable de la fable de la fable  
 de la fable de la fable de la fable de la fable  
 mais qui s'i-je.

llavet dos grandes viajes: uno a Grecia, Constantinopla y el Asia Menor; y el otro a Italia y nuevamente a Grecia. De las bellas cosas que adoraron sus ojos los carnets traen recuerdos diversos.

Hasta aquí los carnets no han tocado lo que podríamos llamar la verdadera nota íntima de France. El quinto carnet comienza a prodigarnos ya su doloroso sonido. Un día, en Florencia, escribe, hablando de las "cosas bellas" que contempló su mirada de viajero: "Lo que me consuela es que ellas me sobrevivirán".

Ese triste día de Florencia en que la idea de la muerte se presenta a France, corresponde a los primeros meses del año 1910. ¿De dónde venía ese día a France el deseo de ser consolado?

De una pérdida muy reciente. El 2 de Enero de 1910 había muerto Mme. de Caillavet. "Jamás herida ruda como ésta — dice León Carias — hizo vacilar tanto su raciocinio". Es así como nos sorprende hallar en el carnet esta nota: "Ella me hace amar la muerte".

"Amar la muerte" a quien amó tanto la vida.

Sus carnets han de registrar pronto este grito desgarrador, que se comprenderá más adelante: "Sin ella por vez primera!".

Unos meses antes de la muerte de Mme. de Caillavet, en Abril de 1909, France había emprendido su viaje a Buenos Aires, retornando a París el 28 de Agosto. Las relaciones de France con Mme. Brindeau, actriz de la compañía francesa de comedias que actuaba entonces en el Odeón, y que Mme. de Caillavet conoció por infidencias del diligente Secretario Brousson, amargaron los últimos días de ésta y adelantaron posiblemente su muerte. Es así como France escribe un uno de sus carnets: "Mi tontería de Buenos Aires llegó a ser criminal por sus efectos".

Lo que France se reprochaba era el haber provocado tan funestas consecuencias. No se sentía culpable de infidelidad. Para él la fidelidad era sólo la del alma; además, no sería esa la primer relación amorosa de France que conocía Mme. de Caillavet. Pero aquella avivó una herida ya abierta: France había emprendido su viaje a Buenos Aires contra la voluntad



de Mme. de Caillavet, quien presentía, muy posiblemente, el deseo de France de sentirse un poco libre de su tiranía y de su humor, ya un poco agrio.

Recordemos que Mme. de Caillavet y France se conocieron en el año 1883, en el Salón literario que aquella poseía en París, en el que pocos años después comenzaría el reinado de France. Quizás no habían transcurrido cinco años cuando ya la obra y el afecto de France marchaban de consuno con la solicitud y el cariño de Mme. de Caillavet. Unión íntima que conocía todo París, que precedió al divorcio entre France y su esposa Valerie Guerin de Sauville, y que el marido de Mme. de Caillavet toleraba con una resignación muy francesa.

*Mme. de Caillavet fué la educadora de Anatole France.* Animosa, soberana, culta, puso todo su corazón y toda su vanidad en conquistar la gloria para su amigo. France era un tímido y un perezoso. Mme. de Caillavet le infundió valor y le obligó a trabajar. Lo que debemos a Mme. de Caillavet no es la riqueza de espíritu de France, sino esa flexibilidad de persuasión, característica de su obra y que en parte proviene de un pensamiento obligado a afinarse en el trabajo. Nada de lo substancial de France hubiera permanecido en el silencio sin ella, pero su eco hubiera sido menos penetrante, menos sonoro, y acaso hubiera corrido el riesgo de llegar a destiempo a oídos del mundo.

De la forma y fondo de estas relaciones teníamos ya suficientes pruebas. Las de más valor están contenidas en el libro "Le Salón de Mme. Arman de Caillavet", de que es autora Jeanne Maurice Pouquet, casada entonces con el hijo único de Mme. de Caillavet. Lo que no conocíamos hasta la publicación del carnet era el sentir íntimo de France respecto a su compañera y hasta qué grado de dolor lo sumió la muerte de ésta.

Pero en Enero de 1911, exactamente un año después de la muerte de Mme. de Caillavet, France publicaba "Les poèmes du souvenir", libro en que comentaba tres celebrados poemas: "Le Lac", de Lamartine, "Tristesse d'Olympio", de Victor Hugo, y "Souvenir", de Musset. Y France decía, casi al final de su comentario, estas palabras impregnadas de melancolía, cuyo verdadero sentido no se hubiera descubierto sin la

publicación de los carnets: "Dulzura del recuerdo, encanto del pasado, bondad cruel de la muerte! Por ella todo se acaba y se armoniza, y lo que hemos amado en la discontinuidad y la dispersión que es la vida, lo amamos más caramente en la unidad, la pureza, la simplicidad de una memoria fiel. Amamos entonces con una plenitud que nos era desconocida, ¿a qué condición, he ahí! ¿Es necesario, pues, haber perdido todo lo que se posee para conocer todo su valor?"

Pero esta invocación a su compañera pasó desapercibida. El editor mismo, Edouard Pelletan, que escribió un prefacio muy ajustado, no lo ignoró menos. Y eso que Pelletan decía: "Anatole France no ha puesto solamente su espíritu en estos pasajes; como los poetas de quienes habla, él ha puesto también su corazón. No está, aquí, el France tan finamente irónico de otros tiempos; es un France emocionado, pero que retiene su emoción. Buscadla y la encontraréis sin esfuerzo". (2)

"Un France emocionado, pero que retiene su emoción". Nada más exacto. El desborde, la total entrega del pensamiento a la palabra quedaba reservada a los carnets. Sólo a los carnets. Ni sus amigos íntimos conocerían a fondo lo que él sufría por la muerte de Mme. de Caillavet. Si no hubiera otras pruebas, esto nos revelaría cuánta delicadeza de espíritu había en Anatole France. El sentía que hubiera sido una profanación exponer sus cuitas al público, casi siempre indiferente, y que sólo busca en sus lecturas, la mayoría de las veces, pasto sustancioso para cebar su espíritu.

Sus amigos siguieron conociendo al France de la "ironía espiritual y ligeramente burlesca". (3) de que nos habla Sandor Kémeri, que lo acompañó en uno de sus viajes, y que atestigua el buen humor de France. Pero el France confesándose a sí mismo quedaba reservado en absoluto a la confidencia del carnet.

No caigamos en el error de creer que después de la muerte de Mme. de Caillavet la obra de France es como la máscara de su dolor. De ninguna manera. La naturaleza de France queda, como siempre, ávida de distracciones y de goces. El 29 de Marzo de 1910, apenas transcurridos dos meses de la muerte de Mme.

(2) "Les poèmes du souvenir", p. 389, Ed. Clamann-Lévy, 1931.

(3) Sandor Kémeri, "Promenades d'Anatole France".

de Caillavet, escribe en su carnet: "Hay en mí un insaciable deseo de alegría que la vida no puede más satisfacerme". Y cuando el recuerdo de su amiga trata de aprisionarlo, France hace un esfuerzo para alejar la imagen de la muerta. ¡Tarea llena de infinitas dificultades! ¡Cuántas son las cosas que le hablan de ella, de su "imagen secretamente querida"!

De viaje por Florencia, France escribe poco después en su carnet: "Florencia está demasiado llena de ella. Yo la he visto en todas las esquinas, ora joven aún y encantadora, ora envejecida y tan querida". Y en Nápoles, tres días más tarde: "No he visto sino a ella". Y pocos meses después, en Châlons, anota: "No, mi querida! sobre esta ruta donde tú no has estado nunca no veo sino a tí, tu ausencia me invade por completo". El carnet de Nápoles trae, con fecha 26 de Marzo de 1910, esta confesión que ya no es un simple desborde del sentimiento, sino que anuncia la torturante inquietud de una idea, que se hará más sensible en lo sucesivo: "Ella vive en mí y no morirá del todo sino a mi muerte. Este viaje me la devuelve. No puedo olvidarla: yo no me olvido sino en ella". Y cinco días después escribe, de vuelta en Roma: "Es necesario que ella me mate, puesto que no puedo, no quiero matarla en mí, el único lugar del mundo en que vive todavía".

Estos renglones bastan para demostrarnos el gran cariño de France y cómo Mme. de Caillavet había dominado en su vida. Pero es necesario que sigamos hojeando los carnets en aquellas partes publicadas para exponer en una forma más completa el tesoro de ternura que albergaba France y el fondo complejo del cariño que lo mantuvo, alrededor de veinte años, unido a Mme. de Caillavet.

Nueve meses después de morir Mme. de Caillavet, en una página del carnet, de "sombria y admirable belleza", hecha de su propia vida, se dice a sí mismo lo siguiente: "Sí: ahora que ella está muerta, tú no tienes más ni felicidad ni razón de ser. Pero se veraz: muriendo ella, no ha llevado sino los despojos, los restos desfigurados de tu felicidad. El tiempo te había ya devastado. Vosotros dos no erais ya sino dos enamorados. Ni uno ni otro sabíais envejecer. Habíais corrompido todo, destruído todo, ella por su áspera voluntad, tú por tu lastimosa ligereza. *Yo no digo que ella no me haya amado más*

*de lo que yo la amé. A menudo, me he arrojado en ella en una especie de pasión desesperada. Pero ella me ama más fuertemente, más virtuosamente, en un equilibrio más perfecto*".

No habría necesidad de agregar una sola palabra más para comprender la íntima naturaleza amorosa de ambos: equilibrio y cariñoso placer en ella; inestabilidad y profunda voluptuosidad en él.

Y el sabor de los placeres gustados sube aún a sus labios: "Lo sé bien — dice en una página del carnet. — Hemos apurado el cáliz hasta las heces, pero es la hez lo que quisiera tener aún".

El sostén moral, la animosa compañera de trabajo que fué para él Mme. de Caillavet le hace escribir ésto en su carnet: "Me parece que es por las necesidades de la vida intelectual y de artista que siento más su ausencia".

Mucho se ha hablado de la colaboración de Mme. de Caillavet en la obra de France. Sabemos, ya, que esa colaboración no pasaba, en verdad, de una diligente ayuda en la búsqueda de temas, datos y alguna que otra discreta nota de periódico escrita por Mme. de Caillavet y firmada por France. La mala especie de la pretendida intensa colaboración fué lanzada por el ex-secretario Brousson en sus dos ya famosos libros "Anatole France en Pantoufles" e "Itineraire de París a Buenos Ayres", famosos por su mezquindad y su veneno. Conocemos, también, ciertas cartas de Mme. de Caillavet a France que aclaran la falsedad: una de ellas dice: "Amigo mío: os suplico que no os atormentéis; sois una maravillosa obra de arte y resultan un sacrilegio las inquietudes que os asaltan".

"No he leído nada vuestro, ni un solo artículo desde mi partida: esto me es necesario como el agua del cielo".

Las continuas indecisiones de France fueron las que hicieron extremadamente necesaria la ayuda de Mme. de Caillavet: ayuda prestada en forma de juicio, de aliento, de consejo. Esta nota del carnet, escrita después de la muerte de aquélla, bastaría para definirlo: "Me complazco poco en lo que escribo. No tengo más a nadie a quien someter mis dudas".

Y en otra nota ha de reforzar este mismo concepto: "Sí — dice, evocando a Mme. de Caillavet — tú eras mi buen genio, y me dejabas sin fuerza, sin inteligencia, sin bondad. Tú te

engañabas, a veces, pero tu voluntad era siempre recta y fuerte".

Y ahora que nos hemos referido a esa necesidad no sólo de control sino de apoyo, de íntimo apoyo, que France satisfacía en "la más encantadora de las compañeras", vayamos a aquellas páginas del carnet que nos muestran más al desnudo el carácter de France: "Volviendo hacia el hotel — escribo estando en Nápoles — he pasado por lo de Casella. Su hijo me ha mostrado dos fotografías de ella . . . . Todo mi dolor se ha reavivado y *mis ojos se han velado de lágrimas, mis pobres ojos cubiertos ya de manchas oscuras*" . . . . ¿Por qué esperar? ¿Por qué esperar? ¿Qué podrá aún dar la vida?"

Muchas veces, el llanto de France al recuerdo de su amiga muerta asomará a sus ojos.

Recuerdo, ahora, el capítulo lleno de ácido conque Bousson termina su libro "Itinéraire de Paris a Buenos Ayres". El cuadro es la iglesia de San Fernando de las Termas en la que se celebra la misa de cuerpo presente por Mme. de Caillavet. El France que nos muestra allí Brousseau es un France ridículamente ceremonioso, más ocupado de mirar las pinturas de la iglesia que de sentir recogimiento por la presencia de la muerta. Y traigo este recuerdo porque ese es el retrato de France que más de uno ha querido que se perpetuara. ¡Cuánto tacto tuvo France al esconder los íntimos secretos de su corazón! Para uno que lo hubiera comprendido, miles se hubieran sonreído de su ingenuidad. Ahora, después de su muerte, desvanecida la época que lo vió dueño y señor de la literatura, los carnets dejan de ser la comidilla de los mezquinos para convertirse únicamente a los ojos de quienes lo queremos en el testimonio irrecusable de su carácter, de su ternura, de su bondad.

*El llanto de France ante la pérdida de Mme. de Caillavet tiene un inconfundible sabor de llanto de niño. ¿Asombra ésto? Seguramente, a quienes lo conocen sólo a través de la terrible ironía de "L'île des Pingouins" o del escepticismo del abate Coignard. Pero recordemos al France que años después de la muerte de Mme. de Caillavet, escribe esos dos hermosos libros que se llaman "Le Petit Pierre" y "La vie en fleur", en los que no hay ninguna sensiblería de anciano, sino dulzura de niño. El pensamiento de France ha trabajado sin cesar: ha vi-*

vido intensamente sus 80 años; pero lo que damos en llamar el corazón, ese nexo que marca el tiempo de nuestra juventud o de nuestra vejez, que nos hace estremecer de angustia o dilatar de esperanza, ese siguió siendo en France un corazón de niño. No de otra manera podríamos explicar la facilidad con que France se sometió al cariño tiránico de su madre, a la tiranía sin ambages de sus criadas, y hasta de la misma Mme. de Caillavet. Al perder a ésta, France se encuentra en el mundo como una criatura abandonada. Sí, su llanto encierra mucho del cariño del hombre, pero también de la soledad del niño.

Hay en uno de los carnets esta nota muy ilustrativa, fechada el 23 de Marzo de 1910, en Nápoles: "Esta tarde, X. me ha mostrado, con cloqueos de alegría dos colecciones de malas litografías obscenas. Ella me protegía. Todos se apoderan de mí desde que ella no está". Este solo testimonio bastaría, sino hubiera otros, para comprender también la debilidad de carácter en France, que facilitó el ininterrumpido dominio de Mme. de Caillavet. Ella tenía todo lo que a France faltaba: valor en sus decisiones, templanza, serenidad. — "La fuerza — dice León Carias — es lo que faltaba más a France: fuerza en las decisiones, fuerza en los actos, esta fuerza de estabilidad moral, de constancia, que nace del sentido de la seriedad de la vida. Esos tesoros él los encontraba en ella. Dejábala querer en lugar suyo. Su alma, a este respecto, se modelaba sobre los poderosos relieves de la de ella. Así, por un renunciamiento que era en él una beatitud, veía transformarse su pasividad, bajo los dedos de un hada, en un vigor que triunfaba de todo. Cuando queda solo, France sentía cruelmente su impotencia para reaccionar contra los seres, para protegerse contra sus empresas, para marchar en la vida con el paso tranquilo y seguro que él siempre acomodaba al de su compañera."

El 2 de Abril de 1910, estando en Roma, France escribe en su carnet recordando a Mme. de Caillavet: "Tiránica, posiblemente; pero aún así echo de menos mi servidumbre".

Este "deseo casi infantil de dulzura, de protección y de ternura" selló en buena parte su unión con Mme. de Caillavet. Ella era la "fuerza todopoderosa, capaz de encantar todos los males, apartarlo de todos los peligros".

*"Ella conocía el lado femenino y temeroso de la natura-*

*leza de France.* Ella lo había habituado a confiarle sus descorazonamientos, sus aprensiones, sus temores, seguro de calmarlos con una palabra o una mirada, y de que sería aún más amada por esta doble victoria ganada sobre la hostilidad de las cosas o las brutalidades de la vida."

Recordemos una de las cartas que Mme. de Caillavet escribió a France en los tiempos de "Thäis" y de "L'Etui de nacre": "Puesto que me llamáis, heme aquí. Me encontraréis siempre que tengáis necesidad de mí y mi pesar es que no sintáis siempre ese deseo".

Comparándose con Mme. de Caillavet, escribía France en su carnet: "Sus errores y mis faltas", "Su carácter, mis debilidades", "su áspera voluntad, mi lastimosa ligereza", "Muerta como viva, ella triunfa en mi debilidad".

*Y así los carnets abundan en notas en las que France nos muestra el niño sin carácter que ocultaba tímidamente en el fondo de su corazón.*

Los asedios a France, después de la muerte de Mme. de Caillavet, por lograr, sino un matrimonio, por lo menos al principio una unión íntima, se inician y repiten, sin cesar. "Que France —dice Carias— haya encontrado un verdadero amor, una entrega más espontánea que cerebral en algunas de las ofrendas que no supo rechazar, se tendrá un día la prueba. Que él haya mordido a veces, no sin avidez, los frutos que se le ofrecían, no es menos cierto. Debilidades, seguramente —agrega— pero debilidades de *un corazón que ha hecho siempre de la voluptuosidad una de las leyes del mundo.* y que creyó en la soberana inocencia de todo goce nacido de una caricia consentida".

Pero France ya no se entrega totalmente, como otrora. Sinsabores y miserias amargan el dulce beso recogido por sus labios. Su vida va acercándose a la década final. Esa suerte de inconstancia por la que muchas veces se sintió como vencido en su vida, se hace más sensible ahora. Un día escribe en el carnet: "Lo cómico es que antes de ir a escuchar los adioses sublimes de esta pobre pequeña, yo había hecho muy tontamente la corte a Mme. Y. Me arrojaría al agua si ésta cayera sobre mis brazos".

Pero Mme. Y cayó sobre sus brazos, y esto no fué cómi-

co, sino que lo llenó de espanto. Es entonces cuando escribe: "No sé conducirme. Estoy fastidiado por mis tonterías".

No está ya ninguno a su lado para protegerlo. Su ama de llaves, Emma Laprevotte, no tiene ningún poder de dominio sobre France. Es una mujer sencilla, afectuosa, que lo ha cuidado al principio como mucama y que ahora lo hace como una dócil compañera. France recompensará esta devoción casándose en Octubre de 1920 con ella. De este modo se librárá también de las importunas que buscan su renombre y su fortuna por la vía segura del matrimonio. Cuando France despidió a la insociable criada Josefina de Villa Said, en parte por haber descubierto que vendía algunos de sus borradores arrojados al canasto, y en parte porque estaba harto de su tiranía agria. Mme. de Caillavet, que sabía que France era como una criatura incapaz de manejarse sola y por eso mismo expuesto al peligro de ser acaparado por alguna vampirésa. Mme. de Caillavet, digo, le obsequió con la mejor de sus mucamas: Emma Laprevotte. Y Emma Laprevotte fué desde entonces la cuidadora dócil, sencilla, afectuosa, la última mamá-señorita de Anatole France. France supo corresponder a esta adoración silenciosa. La enfermedad de Emma Laprevotte, que hizo temer a France por la vida de su compañera, lo sumió en una desazón terrible; y nada omitió hasta salvarla.

Años más tarde, France la nombraría por testamento única heredera de su fortuna, la mayor parte libros y colecciones, que alguien estimó —creo que con exageración— en 30 millones de francos.

Emma Laprevotte se resistía a aceptar ese enorme regalo, pidiéndole que, en cambio, lo diera a Lucien Psichari, el único nieto de France. "Dadle todo a Luciano —le decía—; yo no tengo derecho a nada. Luciano me dará todo lo que necesite para poder vivir. Tengo gustos modestos; no estoy habituada al lujo". Pero France conocía muy bien el corazón a quien confiaba lo que había intensamente amado. Emma Laprevotte lo conservó todo no como un patrimonio sino como un recuerdo que le era infinitamente dulce.

*El suave carácter de France nos prueba también cómo convivían en él una rica madurez de pensamiento con el candor de un niño.* Cuando un periodista argentino visitó en Vi-



Ila Said, en 1929, a Emma Laprevotte y le preguntó si era exacto que France tuvo una muerte horrible, angustiosa, desgarradora, recibió esta respuesta:

—“Mentira, señor. Murió dulcemente, tal como había vivido, soñando en alta voz. Murió hablando con su modo cariñoso de convencer, con sus labios sonrientes y tristes, como cuando sentado al borde de mi cama me leía las novelas que a mí más me gustaban. Murió, señor, como un Santo. ¡Y lo era! (4).

La fatal Mme. Y, a que ya me he referido, no abandona la presa, que le parece fácil. El carnet registra un nuevo encuentro: “Ella se me ha aparecido la otra mañana como un monstruo. La idea de que me ame me horroriza”. Nuevos encuentros registran también los carnets: “N. se me presenta tan vacía, tan tonta en su agitación, tan simple en su astucia, que no puedo verla ni un solo instante, sin fastidio”. Otras, en revancha, “le agradan, lo retienen”. “Pero en el momento en que él acaricia esas cabezas blondas y paga el abandono de esos bellos cuerpos con una palabra de amor, que no es necesariamente una mentira, se vuelve con creciente nostalgia hacia la imagen inolvidable”. El 16 de abril de 1911 escribe en el carnet: “Recogiendo violetas que no eran para ella, he sentido dolorosamente mi fría soledad”.

“¿Para quién eran esas violetas?. Para aquella a quien, al día siguiente, dirigiría a París, donde lo esperaba, estas líneas: “Mi adorada, tu carta hace estallar mi corazón”.

“¡Mi adorada!” France no supo nunca hasta dónde palabras tales penetraban en el corazón que se le había entregado totalmente y que, posiblemente, él consideró ardoroso, suave, tierno, pero, en el fondo, extraño. Esa mujer a quien escribía “¡Mi adorada!” —y cuyo nombre permanece aún para nosotros en el silencio— era el puro amor femenino, más tierno aún que el de la condesa Martin Belleme de “Le lys Rouge”, ante el cual el de Mme. de Caillavet contrastaba por su amorosa pero inconfundible rudeza.

“¡Mi adorada! Tu carta hace estallar mi corazón!” Pero 6 días antes escribía en su carnet algo —dice Carias— que es el signo de una incomprensión que nos cuesta perdonarle:

(4) “Caras y Caretas”. Mayo 1929.

“Después de 3 meses —dice France —no conozco a Z y no puedo deslindar lo que hay en ella de naturalidad y de artificio”.

Por esta vez, France se nos presenta en una forma nueva, extraña. El, tan sensible, tan conocedor del corazón humano! Y de un corazón cuyo desgarramiento al sentirse incomprendido y desamparado iba a llevar a la muerte a su hermosa poseedora.

¿Qué sintió France ante esta súbita catástrofe?

Nadie lo sabe. Los carnets de fines de 1911 que podrían decirnoslo, faltan. Si algún día se encuentran, ellos podrán ilustrarnos acerca de otro nuevo aspecto de France; ese aspecto de algunas de sus chocantes incomprensiones, como al enfrentarse con el alma agitada y brumosa de Lucile de Cha-teaubriand.

*Después de la publicación de los carnets íntimos podemos ya comprender mejor el carácter y el temperamento de France. Todo eso, es verdad, estaba disperso en su vida y en su obra, pero los carnets han obrado a modo de reactivo.*

Las publicaciones que se hicieron después de la muerte de France y durante varios años, habían contribuido muy fuertemente a explicarnos qué lugar ocupaba Mme. de Caillavet en la vida y la obra de France. Los carnets no niegan aquellos testimonios. La dependencia personal de France con respecto a Mme. de Caillavet ha sido casi absoluta; ella lo gobernaba con tacto y con nobleza, pero a su antojo. Los carnets, a su vez, dan autoridad irrecusable a una clave que ya se poseía: la timidez terrible de France. El desnivel profundo entre ambos caracteres y temperamentos produjo ese dominio tiránico de uno sobre otro. Dominio, es verdad, condicionado por un gran cariño recíproco del que no tenemos derecho a dudar después de las sinceras confesiones del carnet. Confieso lealmente que los habituales gestos de imperio de Mme. de Caillavet sobre France me habían hecho recelar un poco de la profundidad de su cariño, sabiéndolo a France siempre ansioso de protección afectuosa, siempre ansioso de voluptuosidad. Además, las cartas que France había escrito a Mme. de Caillavet, algunas de las cuales se hicieron públicas cuando la muerte de éstos, revelaban más bien la cortesía afectuosa de un

amoroso, que la confesión ardiente de un apasionado. Los carnets alejan toda duda al respecto. La Mme. de Caillavet que solía terminar sus cartas con estas palabras: "Adiós, mi amigo, mi amor, mi vida, mi alegría, te adoro infinitamente", era del todo sincera; y eso lo siento y lo comprendo aun contra el aparente testimonio del mismo France en "Les dieux ont soif", cuando pone en boca de la voluble Slodie semejantes palabras: "Adiós, mi amor, mi vida, mi alma".

El 28 de marzo de 1910, estando en Nápoles, France escribe en su carnet: "No me falta sino ella, sobre todo porque me amaba y me admiraba. Emma me ha dicho: "Nadie os amaré como ella".

"Nadie os amaré como ella". Y estas palabras cobran un tal sentido de verdad como para comprender la desolación de France.

Muerta Mme. de Caillavet, France se siente prisionero de su recuerdo por muy largo tiempo. En sueños, como en vigilia, ella se le presenta, con frecuencia. Es como el niño que cree sentir a cada instante la proximidad del ser querido de quien la muerte lo ha separado. "La veo —dice en una de las notas del carnet— ora dulce, violenta, afectuosa, distraída, simple, coqueta, íntima, mundana". Y en otra nota: "Amo poco la noche. Ella tiene poca parte en mis sueños. Viajando, la he visto una vez tal como era hace veinte años, sin sorpresa. La he visto tal como era en sus últimos tiempos, sin temor ni previsión de perderla, y más bien violenta que afectuosa". Y en Florencia, 9 días más tarde; un nuevo sueño muévele a escribir en su carnet: "La he visto esta noche. La sabía muerta y he tenido menos sorpresa que alegría de que me fuera devuelta. Nos hemos paseado en una campaña húmeda".

Estas notas de France nos lo muestran bajo un aspecto en que cede a la seducción de lo misterioso: esa seducción que ya se insinuaba sobre las páginas de la Biblia en estampas de su niñez, y que en su relato "Leslie Wood" de "L'Etui de nacre", adquiere una consagración definitiva.

En cierto momento anota en su carnet: "Lo que me asombra de ella es que no haya hecho lo imposible para volver; lo que me asombra es que sea como los otros muertos".

Palabras ya que revelan una pregunta inquietante en un

pensamiento tan claro y tan lúcido como el de France, y que un mes después habrían de ser más fuertemente explicadas por esta otra nota del carnet: "La *superstición* insidiosa la veo ahora. Esperaba que se estableciera un comercio entre ella y yo. La esperaba, puesto que me he sentido como desilusionado de no volver a verla, de no oírla más".

Esta inquietud, esta especie de desequilibrio no son más que la expresión de la gran catástrofe que produce en el espíritu de France la muerte de su gran protectora.

Pero la calma vuelve. Y otra nota del carnet nos dice con qué facilidad aquel corazón de niño sabía burlar las amarguras de su pensamiento desolado. "Ya no la busco más —dice— en el cruce de los caminos. Sé ahora que no volverá. Su retorno desbarataría muchas cosas, cambiaría destinos".

"¡Desbarataría muchas cosas, cambiaría destinos!"

Ahora, el recuerdo de la muerta le obsesiona, pero de una manera dulce. Ella es el visitante esperado, que llega en silencio a su memoria y pronto se va. Sombra que se desvanece, pasión que yace. Si los años de amor entre France y Mme. de Caillavet habían pasado, un denso y trabajado afecto los había unido siempre. Muerta ella, France sintió quebrarse, de pronto, un cuarto siglo de su vida. El 26 de Agosto de 1910 anota en su carnet lo siguiente: "Su muerte, suprimiendo los 25 años fuertes de mi vida, me acerca a mi juventud, hace revivir mi padre, mi madre y los primeros rostros que han marcado su huella sobre mí". Pocos años más tarde, ese revivir de su infancia y de su juventud se traduciría en esos dos bellos libros que ya he mencionado: "Le petit Pierre" y "La vie en fleur".

Comprendamos bien, pues, que *todos los libros de France llevan, clara o veladamente, un poco de su corazón*. Estos dos libros, que a muchos parecieron únicamente el entretenimiento literario de un anciano que añora su infancia y su adolescencia, nos lo prueba de una manera terminante.

Su frecuente recuerdo de Mme. de Caillavet nos indica a qué total entregamiento había llegado France y qué tesoro de ternura hubo siempre en él. Cuando a los 41 años, en la mitad del camino de su vida escribe "Le livre de mon ami", su alma toda es la materia misma de sus páginas. "Dormid,

seres queridos, dormid —dice en el prefacio—. Mañana partiremos. ¡Mañana! Hubo un tiempo en que esta palabra contenía para mí la más bella de las magias. Pronunciándola, veía figuras desconocidas y encantadoras haciéndome señas con el dedo y murmurar: ¡Ven! ¡Amaba yo tanto la vida, entonces! Tenía en ella la bella confianza de un enamorado, y no pensaba que pudiera tornárseme severa, ella que, no obstante, es sin piedad!”

Y pensar que después de leer esto muchos han acusado a France de sequedad de espíritu y de incomprensión de la vida; los mismos a quienes, sin duda, tampoco bastó haber leído su maravilloso cuento “Abeille”, tan lleno de poesía y de dulzura, y a quienes no satisfizo, tampoco, como prueba, “Le Petit Pierre” y “La vie en fleur”; y que, posiblemente, después de leer sus carnets íntimos no querrán rendirse a la evidencia.

Acaso estos carnets desengañen un poco a otros que han creído que France era solamente el Coignard irónico o el sufrido Bergeret, y que su única desolación debía provenir del escepticismo de ambos. Pero no caigamos en el otro error de suponer que el France de los carnets es el único, el legítimo Anatole France.

Este, el que ahora nos conmueve en su sensibilidad dolorosa, con el sordo gemido de su corazón de niño, es el France íntimo. Íntimo no tanto por el carácter de sus confesiones como por ser ese aspecto el que guardó más celosamente.

*El nos dió a manos llenas los tesoros de su ironía, de su escepticismo, de sus ensueños, de su voluptuosidad. Y cuando la ternura de que rebosaba su espíritu salía a flor de sus labios, una timidez, casi invencible, un instintivo pudor le contenían.*

*Pero luego, esa misma ternura fluía mansamente, y toda ella se traducía en ese su estilo tan claro, tan cálido, tan vivo.*

*Y es por esto, sólo por esto que el estilo de France vivirá, eternamente, en el recuerdo de los hombres formados por su misma cultura.*



# Las leyes de la mortalidad

Por JOSE GONZALEZ GALE

## APENDICE

### LA VIDA MEDIA EN BUENOS AIRES

#### I

Un error lamentable, cometido hace ya años por una repartición municipal, está produciendo desagradables consecuencias.

Nos referimos al *cálculo de la vida media* publicado en la Revista de Estadística Municipal de marzo de 1930.

Notamos el error cuando se publicó, y aún tuvimos intención de hacer, entonces, la rectificación correspondiente, pero circunstancias ajenas en absoluto a nuestra voluntad nos lo impidieron. Más tarde la rectificación hubiera sido ya inoportuna.

Pero esas cifras destinadas, al parecer — como todas las cifras oficiales — a permanecer inofensivamente sepultadas entre las páginas de la revista que las vió nacer, han caído — por un desdichado azar — en manos de personas inteligentes y

cultas, que se preocupan del porvenir del país, y que aún creen en las estadísticas oficiales. Y, claro, se han alarmado al leerlas y las han difundido por todas partes para poner en guardia a los incautos habitantes de la ciudad. Nuestra mortalidad es excesiva; la *calidad* de nuestro pueblo baja lamentablemente. Hay que poner remedio al mal.

No nos desagrada que se magnifiquen un poco nuestras fallas. Así la reacción será más eficaz. Pero es preciso evitar que se extreme demasiado la nota, y aparezcamos ante los extraños con un aspecto peor del que realmente tenemos.

## II

Digamos, ante todo, que las *vidas medias* que da la revista de referencia, no son tales ni cosa que lo parezca. Y nos será fácil demostrarlo.

La *vida media* —ya lo vimos antes— se refiere siempre a un grupo de personas, todas de la misma edad, y es el número de años que a *cada uno de los individuos del grupo le correspondería vivir, si los años vividos en conjunto, por todos ellos, se distribuyesen equitativamente —por partes iguales— entre todos.*

La condición primordial —*sine qua non*— para que se pueda calcular la llamada *vida media* es que se tenga *un numeroso grupo de personas de igual edad, y se le vaya siguiendo, año tras año, hasta su extinción.*

Es decir, que hay que tener para ello lo que se llama una *tabla de mortalidad*. Teniendo ese grupo —es decir, *esa tabla*— el cálculo de la vida media es sencillo. Se admite que todas las muertes ocurren, en promedio, a mitad de año, con lo cual los que mueren en el primer año han vivido medio año cada uno; los que mueren en el segundo han vivido, cada uno, año y medio; los que mueren en el tercero han vivido, cada uno, dos años y medio. Y así sucesivamente. Sumando, luego, todas esas cantidades tenemos lo que se llama la *cantidad de existencia*: el número *total* de años vividos por *todos* los componentes del grupo. Y, dividiendo esa *cantidad de existencia* por el número de personas que componían el grupo inicial, te-



nemos los años que, en *promedio*, le tocan a cada uno: la llamada *vida media*.

### III

¿Ha procedido así la oficina municipal que dió las cifras? ¿Tenía un *grupo* inicial a su disposición? ¿Una *tabla de mortalidad*? No. En la misma página donde se dan las cifras —que tanta alarma han causado— se indica el procedimiento seguido para llegar a ellas, y se patentiza, por lo tanto, el error cometido.

Se han considerado pura y simplemente, *las muertes ocurridas a distintas edades en la ciudad*.

Pero los individuos que en una ciudad tienen una edad determinada *no tienen nada de común* con los que forman la columna de sobrevivientes en una tabla de mortalidad.

Estos —los de la tabla— van año tras año, *mermando en número*. El grupo inicial —cien mil u otra cifra redonda— va *desgranándose* al correr el tiempo por la acción constante de la mortalidad.

Las personas que viven en una ciudad y tienen edades diferentes *proceden de grupos originarios distintos*. En una tabla de mortalidad hay *siempre menos personas de treinta años que de veintinueve*. En una ciudad, y con mayor razón en una gran ciudad como Buenos Aires, el número de individuos que tienen una edad dada no depende —*no es función*— del número de los que tienen la edad anterior. Hay una multitud de circunstancias que influyen en ello.

Basta tomar un censo cualquiera para darse cuenta del grave error cometido por la oficina municipal de referencia.

Tomemos, del censo de 1914, algunas cifras al azar, referentes a nuestra ciudad:

Edades	Argentinos	
	Varones	Mujeres
De 1 a 2 años	16.309	15.500
De 2 a 3 años	18.019	17.586
De 3 a 4 años	17.136	16.850

De 11 a 12 años . . . . .	10.528	10.871
De 12 a 13 años . . . . .	11.455	11.747
De 13 a 14 años . . . . .	10.358	10.567
De 20 a 21 años . . . . .	8.849	11.092
De 21 a 22 años . . . . .	7.921	7.971
De 22 a 23 años . . . . .	8.556	9.505
De 37 a 38 años . . . . .	2.794	2.415
De 38 a 39 años . . . . .	3.268	3.505
De 39 a 40 años . . . . .	2.812	2.469

¿Para qué seguir? Si tomáramos los extranjeros hallaríamos —por razones obvias— mayores anomalías.

#### IV

Lo que ha calculado la oficina de estadística municipal no es, pues, *la vida media*, ni mucho menos.

Sólo así se explica que se calcule *la vida media por enfermedades* y se diga que, mientras la vida media general es de 38 años 4 meses y 19 días, la de los *cancerosos* es de 56 años 9 meses y 11 días.

De donde resulta que es una verdadera fortuna tener cáncer porque éso le alarga a uno la vida. ¿Qué opinaría de ésto el Dr. Roffo?

Lo que hay es que el cáncer es una enfermedad de la *madurez* y de la *vejez*. Y un cálculo que se base en las edades de los que mueren de cáncer ha de dar un promedio —cálculése como se calcule— más elevado que el obtenido tomando en cuenta todas las posibles causas de muerte: las que actúan en la niñez y las propias de la vejez.

Eso nos recuerda una observación, leída en un libro dedicado a estudiar la longevidad. “Los *académicos* viven más que los *poetas*”. ¡Naturalmente! Como que para llegar a académico hay que ser viejo —salvo raras excepciones—. Y el que a los veinte años no ha demostrado que es poeta, no lo será jamás.

Damos a continuación el valor de la *vida media*, a partir

de determinadas edades. El cálculo ha sido realizado en el instituto de biometría de la facultad de ciencias económicas en base a la tabla de mortalidad de la ciudad de Buenos Aires, construída en el seminario de la facultad, bajo la dirección del ex-profesor Dr. Hugo Broggi, de acuerdo con el censo de 1914.

*La vida media en Buenos Aires*  
(en años y centésimos de año)

Edad	Vida media	Edad	Vida media
0	46.44	10	47.26
1	51.78	20	39.21
2	52.77	30	31.70
3	52.55	40	24.48
4	52.—	50	18.15
5	51.33	60	12.66
6	50.58	70	8.28
7	49.75	80	5.33
8	48.93	90	3.70
9	48.09	95	2.44

V

Las estadísticas referentes a la mortalidad —cualquiera que sea el lugar de donde procedan— no tienen verdadera significación sino cuando se refieren a *grupos de población cuya composición por edades se conoce*.

Tan es así, que en los países europeos, donde se tratan estos casos con mayor seriedad, como por ejemplo, Inglaterra, cuando dan una cifra correspondiente a un grupo cuya composición se desconoce tienen buen cuidado de hacer saber que se trata de tasas *crudas* de mortalidad *general*: relación entre el número total de defunciones —sin atender a edades— y el de personas que componen la población. Y, cuando se quiere hacer alguna comparación, se recurre a las tasas *standardizadas* o *tipificadas*, es decir, a tasas calculadas en base a una población *compuesta siempre del mismo modo* y que, por eso mismo, se llama *población standard*.

Claro está que, para admitir que la población que se estudia puede reducirse a otra población *standard*, es necesario conocer la *composición* de la población que nos interesa.

Y ello no es posible sino cuando acaba de hacerse un *censo*. Nosotros no podemos, pues, hablar con perfecto conocimiento de causa de nuestra mortalidad —ni de otras muchas cosas interesantes— mientras no tengamos un *censo de población*, que ya tarda demasiado en levantarse.

Por éso no nos alarman demasiado otras cifras que circulan por ahí referentes a la mortalidad comparada de argentinos y de extranjeros residentes en la Argentina.

No sabemos de que fuentes procederán las cifras que se comparan ni por qué métodos se ha llegado a ellas, pero el desnivel entre unas y otras es tan exagerado que no se puede admitir, de buenas a primeras, que reflejen efectivamente la realidad.

Desde luego, y aún aceptando *provisoriamente* las cifras así, en block, cabe una observación previa.

Los argentinos —que se toman en consideración— nacen, viven y mueren *todos* en el país. Los extranjeros, con quienes se les compara, han venido a la República a *trabajar*, a *ganarse la vida*. Y es lógico suponer que los débiles y los enfermos se han quedado en su tierra. Eso es ya un motivo de selección. Pero hay más aún. El extranjero que no ha llegado a formar un hogar entre nosotros —y son muchos más de lo que se cree, mujeres, sobre todo— cuando pierde la salud se queda, por lo común, sin trabajo: y sin *perspectivas* de trabajo, que es lo más grave. Y no son pocos los que, en tales circunstancias, regresan a su país natal a curarse o a morir en él.

Y ésa es otra forma de selección.

## VI

No ponemos en tela de juicio la necesidad de mejorar las condiciones de alimentación —y, en general, de vida— del argentino nativo. Todas las naciones se afanan por elevar la vitalidad de sus hijos. Ya sabemos que hay una ciencia relativamente nueva: la *eugenesia*, que aspira a hacer de cada ser humano una verdadera obra de arte. El ideal está lejos, pero

cuanto más lejano aparezca tanto más se andará para tratar de alcanzarlo.

Pero es necesario no incurrir en exageraciones que resultan contraproducentes. Una cifra errónea, deslizada en medio de un cálculo impecable, desluce éste y torna dudoso lo evidente. Un razonamiento fuera de lugar daña a los que son inatacables.

Las cifras son una gran cosa: todo lo iluminan y lo aclaran. Pero hay que saberlas manejar. Ocurre con ellas lo que con las armas de fuego, que en manos inexpertas son extremadamente peligrosas.



# Iniciación en Zoología

Por ANGEL CABRERA

## II

Hablábamos el otro día, aunque muy a la ligera, de lo que era el individuo, o más bien de la estructura del individuo animal, y ahora debemos decir algo sobre lo que es la especie en Zoología.

El sentido común y la experiencia nos enseñan que la vida animal habría desaparecido hace muchísimos siglos y que la especie habría desaparecido tan pronto como apareció si los animales no tuviesen el poder de reproducirse, es decir de desdoblarse o multiplicarse.

Tenemos así que el individuo puede dar lugar a otro individuo o más de su misma especie. Pero ésto nos lleva ante todo a pensar, qué quiere decir ésto de especie.

Los antiguos zoólogos, por ejemplo, Lamarck, entendían por especie un conjunto de individuos semejantes entre sí, que proceden de otros semejantes a ellos, concepto ligeramente modificado por Cuvier, que decía que era un conjunto de individuos, procedentes unos de otros o procedentes de padres comunes que se parecen más a éstos que a cualquier otro ser.

En realidad, esta definición a base de la semejanza, es tal vez la definición que ha sido más aceptada.

Así veremos, que un autor tan moderno como Rabaud, dice que especie, es un conjunto de individuos, entre los cuales no hay diferencias que merezcan la pena mencionar.

Ahora bien. La definición que acabamos de expresar, como cualquier otra hecha a base de la semejanza, son definiciones que no pueden aceptarse.

Un excelente ejemplo es el tapir de la India. En el adulto, el blanco y el negro están repartidos mitad y mitad, y en el pequeño, hay una serie de tiras y de manchas blancas sobre un fondo negro. Según la definición de Rabaud, estos animales no podremos decir que son de la misma especie, se diferencian más entre sí que con otras especies, porque los pequeños de las especies americanas tienen también manchas blancas, de modo que hay más parecido entre estos chicos que entre el adulto y su chico respectivo.

Otro ejemplo clásico es el de los comejenes o termes, en los que hay individuos sexuados y asexuados, distintos unos de otros.

También tenemos un ejemplo en el *Helix nemoralis*, un caracol terrestre de Europa: unos son de conchillas que tienen bandas muy anchas, otros muy estrechas, en número muy distinto, y otros no tienen ninguna, y son animales que pertenecen todos ellos a la misma especie, sin embargo.

Cualquiera podrá ver, haciendo una visita al Zoo de Palermo, y pasando revista por las jaulas de los faisanes, que hay más diferencia entre el macho y la hembra de una especie que entre las hembras de dos especies, y si vemos una oruga y la mariposa correspondiente, hay entre ellas una diferencia más notable que entre mariposas de distintos géneros, lo cual echa por tierra estas definiciones de la especie.

Habría que modificar la definición, diciendo que especie es el conjunto de individuos semejantes entre sí, y que descienden de otros semejantes a ellos, en igualdad de condiciones de edad y de sexo.

Algunos autores, han llegado a sostener que es tan difícil definir la especie en los animales, que se podría decir que no hay especie: que el concepto especie, es un concepto diga-



mos popular, pero sin realidad; que la especie es una abstracción.

Ahora bien. En realidad no podemos admitir esto, porque hasta el salvaje más primitivo, desde el momento que le llaman la atención los animales de campo, distingue las especies; el hombre de pueblo distingue las distintas especies de pájaros que ve pasar ante su rancho, y sabe lo que es un gato, y un perro, etc.

Si hasta el hombre "de la calle", como dicen los ingleses, es decir el hombre completamente profano lo acepta y tiene un concepto de lo que es la especie, un concepto, que no sabrá definir, pero que lo tiene; ¿cómo es posible que el hombre de ciencia diga que es una cosa abstracta?

Si no podemos definir una cosa, no hay que negar la existencia de la cosa y decir que es abstracta; las especies hay que aceptarlas como una realidad, y si no la aceptamos como una realidad, nos vamos a encontrar con una enorme serie de dificultades.

Hemos dicho que el fenómeno que permite que no se extinga la vida animal, consiste en que las especies se pueden reproducir, es decir, que pueden desdoblarse y dar lugar a otros animales de la misma especie.

Recordarése que al hablar el otro día de las células, decíamos que las células se multiplicaban y que de igual modo se verifica la multiplicación de los animales; llega un momento en que se divide el núcleo — refiriéndonos a los animales unicelulares— y queda dividida la célula, es decir, se constituyen dos nuevos animales.

Esto es lo que se llama simple división, división amitótica o reproducción directa; pero muchas veces ocurre que al dividirse la célula hay en ella un fenómeno profundo que ha recibido el nombre de mitosis o cariocinesis, el que afecta sobre todo a la substancia llamada cromatina, por la facilidad que tiene en colorearse.

Recordarése que decíamos que la cromatina formaba como los nudos de una red, que es lo que se llama la red nuclear.

Pues bien; en este fenómeno que hemos llamado mitosis o cariocinesis; aparece dentro del núcleo un corpúsculo que se llama centrosoma; desaparece la envoltura de la membrana nuclear y este centrosoma tiende a dividirse en dos, que tien-

den a colocarse en lugares opuestos de las células, que por esta misma razón, han recibido el nombre de polos de la célula.

A la vez que ocurre este fenómeno la red nuclear se deshace, como en estas prendas tejidas por las manos hábiles de las señoras, que si se tira por la punta de un hilo se deshacen. Aquella trama de red nuclear ya no es más una red, sino que es un montón de hilo enredado, a la vez que los centrosomas han tendido a colocarse en los polos. En una nueva fase, vemos que han desaparecido éstos hilos enredados de cromatina, que se rompen en trozos como si con una tijera hubiéramos ido cortando, y ha quedado una porción de pequeños trozos curvos o "asas", como así se les ha llamado: asas cromáticas. Estas asas se sitúan enseguida en un mismo plano, el Ecuador con respecto al eje que pasaría por los dos polos y por los dos centrosomas.

Supongamos, para no complicar las cosas, que no hay más que ocho de estas asas cromáticas, y digo supongamos, porque en cada especie animal, el número de trozos en que se rompen estos filamentos de cromatina, el número de estas asas o cromosomas es constante.

Inmediatamente se observa que hay como una fuerza de atracción de dos centrosomas que hace que cada uno de estos ocho cromosomas, de estas ocho asas cromáticas se partan, se abran, desde el centro hacia los extremos.

Una de las mitades de cada cromosoma se orienta entonces hacia uno de los centrosomas, y hacia el opuesto la otra, hasta que llega un momento en que se rasga cada cromosoma y que cada uno se divide en dos y así si en la célula había ocho, como ahora en vez de ocho habrá diez y seis, forzosamente ocho irán hacia un centrosoma y los otros ocho, naturalmente, hacia el otro.

Cada grupo de ocho, se recompone, vuelve a formar un nuevo filamento nuclear que forma una red nuclear, y tenemos así dos nuevos núcleos que constituyen los centros de sendas nuevas células.

El porqué ocurre este fenómeno, es decir, porqué se deshace esta red, porqué se forman los cromosomas y porqué son atraídos hacia los centrosomas, pertenece al reino del misterio y sobre ello hay numerosísimas hipótesis, que no tenemos tiempo de examinar; sólo recordaremos la que atribuye al

nómeno un carácter eléctrico, que para nosotros tiene un atractivo, el de haber sido expuesta por un sabio argentino, el Dr. Gallardo.

Ahora que sabemos ésto vamos a comprender perfectamente como se puede reproducir la especie. Una célula se divide por simple separación, deshaciéndose en trozos y llevando cada uno su parte de protoplasma; ocurre ésto en animales unicelulares, y así tenemos el ejemplo de los tripanosomas, en que la división se hace siempre partiéndose el núcleo en dos; cada uno se lleva una parte de protoplasma, y cada uno será un tripanosoma.

Pero no siempre ocurre esta división simple, sino que hay un fenómeno muy curioso en animales unicelulares y es que cuando se empieza a dividir su núcleo, no se divide solamente en dos secciones, sino que cada una de éstas se divide a su vez en dos, y así se va multiplicando el núcleo y llega un momento en que el animalito ofrece un aspecto parecido al de una frutilla, en cada una de cuyas convexidades está como para reventar un trozo de núcleo.

Cuando el ser que se va a dividir en esta forma tome el aspecto de madurez, se dice que ha formado un esquizonte, y llega el momento en que cada núcleo sale por su lado, llevando una porción de protoplasma y formando un nuevo animalito.

Los jóvenes animalitos que se forman así reciben el nombre de merozoitos. Este modo de reproducirse es lo que se llama esquizogonia.

A veces ocurre que, cuando un animalito se divide de esta manera, de los jóvenes animalitos que nacen, toman unos una forma, y otros otra forma distinta.

Por ejemplo: unos toman la forma de filamentos, y otros crecen enormemente, y cuando ésto ocurre se vuelven a unir de manera que cada dos animalitos de esta generación se reúnen por parejas, y se produce la fusión de núcleos y de protoplasma y se constituye un ser que empieza a madurar y da lugar a nuevos seres mediante un fenómeno semejante al del esquizogonia. La diferencia consiste en que exige que para que haya maduración se reúnan de a dos los jóvenes animalitos; estos ya no se llaman merozoitos, sino que son esporo-

zoitos, y el procedimiento se llama reproducción por esporogamia.

Los dos seres jóvenes que se reúnen para constituir el cigoto reciben el nombre de gametas. Vemos escrito en algunos libros gametos, pero viniendo de la voz griega: "gamete", que quiere decir esposo, como todas las palabras griegas que terminan en "tes", debe acabar en castellano en "ta", como aristocrates, aristócrata; plutócrates, plutócrata, abrotes, acróbata. Así, pues, hay que decir el gameta, que es la forma correcta.

Otra forma curiosa de reproducción, es la que se llama conjugación, en que hay un matrimonio, pero con muy poca duración, digámoslo así.

Dos animales unicelulares, cada uno con su núcleo correspondiente, se reúnen, y a la vez que se reúnen, sus núcleos se dividen en dos y se cambian parcialmente, es decir, hay división de núcleos y cambio de una mitad del núcleo; estos nuevos núcleos se separan y cada uno de ellos madura independiente, y da lugar a nuevos seres.

Ahora bien; hay uno de estos tres procedimientos, que es el de las esporogonia, que se asemeja a la reproducción en los animales pluricelulares, o sean los metazoarios o animales superiores.

Pero en el caso de un animal pluricelular, la unión de todas las células de uno con las células del otro, no es posible, y entonces se hace por células especiales, las sexuales.

El animal pluricelular tiene órganos de reproducción. órganos que están destinados a producir estas células que tienen que unirse para dar lugar a un nuevo ser. Estos órganos son las gónadas, que reciben el nombre de testículos cuando son del sexo masculino y de ovarios cuando son del sexo femenino.

Las gonadas empiezan a producir células por desdoblamiento; de estas células, por cariocinesis, se producen unas células que en las gonadas masculinas se llaman espermatogonias y en los ovarios oogonios.

Estas células, son lo mismo que las células primitivas, es decir que si las células son las de un caballo, que tiene 37 cromosomas, resultan con sus 37 cromosomas.

Cuando llega el momento en que el espermatogonia se divide, ocurre un fenómeno curioso, y es que los cromosomas, antes de rasgarse, se unen dos a dos, de manera que si es un

caballo, hay 37, y tienen que formar la mitad del número por parejas, y queda uno impar. Luego veremos la importancia que tiene este fenómeno, conocido con el nombre de sinapsis.

En este estado, con la mitad del número de cromosomas ya no se llaman más, las nuevas células que se producen, espermatogonias; sino espermatocitos, que se dividen después a su vez cada uno de ellos en dos, que se llaman prespermátidas y de ésto resulta una espermátida siempre con el número reducido; ya no hay más en una célula el número de antes, sino que está reducido a la mitad. A este fenómeno que hemos dicho, de pegamiento de los cromosomas, se le conoce con el nombre de sinapsis, y ocurre nada más que en las células destinadas a la reproducción; del mismo modo, en las gónadas femeninas se forma un oogonio y este oogonio se divide, y también aquí con la sinapsis, se reduce a la mitad el número de cromosomas, mediante la adhesión perfecta de éstos, dos a dos. Cuando el oogono se divide, ya no lo hace en dos células iguales, sino en una célula de gran tamaño que se llama oocito y otra menor llamada glóbulo polar por desprenderse de uno de los polos. Esos oocitos se dividen en otros de segundo orden con su glóbulo polar, y el oocito de segundo orden empieza a crecer, madura y constituye lo que se llama óvulo.

Cada óvulo, unido con un espermatozoide, constituye un huevo o cigoto, que también está sometido a la división celular; pero mientras que en el animal unicelular la división origina nuevos seres o esperozoitos, las nuevas células que resultan de la división del cigoto constituyen capas de células que se superponen: el mesodermo, el endodermo y el exodermo, que a su vez se dividen y que por modificaciones de la forma de las células van formando los distintos órganos del cuerpo del animal.

Esto constituye, a grandes rasgos, la reproducción corriente de los animales metazoarios, de estructura complicada o multicelulares.

Pero esto no quiere decir que no se pueden reproducir sin fecundación.

Tenemos en la simple división un procedimiento de mul-

tiplicación de animales sin el concurso de su compañero, es decir una reproducción agámica, sin matrimonio.

También en los metazoarios, puede ocurrir que las hembras producen óvulos que sin ser fecundados se pueden convertir en nuevos seres, formando capas blastodérmicas; esto es la partiogenesis, o generación sin concurso del macho.

También hay casos de animales metazoarios que se multiplican como ocurre en las hidras, por generación, es decir, empieza en un lado del cuerpo del animal a aparecer una porción que crece, que se rompe y constituye un animal distinto.

Otras veces, la generación sigue el proceso que se llama estrobilación, en que se forman partes concéntricas y que un buen día se separan y constituyen un ser nuevo.

Pero, dentro de los metazoarios ese procedimiento de reproducción agámica, es decir sin concurso del otro ser, es muy raro, y sólo existe alternando con la reproducción con fecundación.

Hay un caso muy conocido, como es el de las abejas que cuando se reproducen por fecundación nace una abeja, que según la alimentación que reciba será hembra u obrera, es decir, individuo estéril e infecundo para la reproducción, y en cambio cuando se reproducen sin concurso masculino, nacen los machos.

De modo que, en casos como éste, hay una alternación de las dos maneras de reproducción.

Vamos a terminar con esta cuestión de la reproducción de las especies, volviendo a un punto que hemos tocado hace un momento, y es el que se refiere a la sinapsis y su importancia en la reproducción de la especie.

Esta importancia consiste en la determinación del sexo como resultado de la sinapsis y la división subsiguiente.

En todo animal los cromosomas forman una serie diploide, es decir, constituyen una serie de pares de cromosomas, que en la sinapsis se unen, cada uno con su semejante; pero en uno de los sexos hay un cromosoma menos, o bien dos desaparejos. El cromosoma que entonces queda de non, denominase cromosoma X. En los mamíferos, esta particularidad es propia del macho. Al verificarse la sinapsis en una especie con diez cromosomas, si el macho sólo tiene nueve, este cromosoma X no

se une con ninguno, y después uno de los espermatozoides tendrá cuatro y el otro cinco.

Los óvulos que produce la hembra, en cambio, tendrán todos cinco cromosomas, puesto que sus células tienen diez, o dicho de otro modo, ocho, más dos cromosomas XX.

Ahora bien, en la unión de espermatozoides con los óvulos, como hay muchos más espermatozoides que óvulos, unos de aquellos fecundan y otros no. Figurémosnos que el espermatozoide que fecunda al óvulo tiene  $4 + X$  cromosomas. Sumémoslos a  $4 + X$  del óvulo y nos resultará:

$$(4 + X) + (4 + X) = 8 + 2 X$$

Esta es la fórmula de la hembra, y el cigoto habrá de ser femenino.

Pero figurémosnos que el espermatozoide que tiene la suerte de fecundar es:

$$4 + 0$$

y tendremos:

$$(4 + 0) + (4 + X)$$

lo que nos dará:  $8 + X$ ; nada más, es decir nos dará la fórmula del macho, o sea un cigoto masculino.

Esto es característico de los mamíferos, pero en las aves, la que no tiene más que un cromosoma X es la hembra, de modo que en este caso se invierten los términos.

El fenómeno ocurre lo mismo cuando el sexo que tiene un solo cromosoma X posee otro diferente, que se llama cromosoma "Y", de modo que

$4 + X$  unido con  $4 + X$   
nos dará:

$$8 + 2 X$$

es decir, un cigoto hembra: en tanto que

$$4 + X + 4 + Y \text{ nos daría } 8 + X + Y$$

o sea el producto masculino.

Según parece, la causa de que nazca macho o hembra, no es porque el cromosoma exista o no exista, sino porque en ese cromosoma existen determinados factores, determinadas causas mecánicas y físicas, que son las que hacen que aparezcan en el individuo los órganos masculinos o femeninos, y cuando falta el cromosoma no es posible que aparezcan los órganos.

Esto tiene una importancia grande para el estudio de los intersexos, porque puede ocurrir que haya un nuevo ser que comienza en una célula sexual femenina, es decir que tiene dos cromosomas "X" y este ser comienza a ser femenino, pero durante la formación de las capas embrionarias, puede ocurrir que en alguna de las nuevas células, o en uno de los cromosomas "X", ocurra cualquier accidente, que perjudique el desarrollo de los órganos sexuales, y que entonces el embrión a la mitad de su vida deje de ser hembra para convertirse en macho, o viceversa; y tenemos el caso de un intersexo, es decir un ser que ha cambiado de sexo y ha adquirido los caracteres del sexo contrario.

No hay que confundir los intersexos con los hermafroditas.

Se llama intersexo a un ser que posea parte de su vida caracteres de macho y parte caracteres de hembra, pero que pertenece a una especie donde los dos sexos están bien separados, y se llama hermafrodita a un ser que es macho y hembra, pero porque ello es propio de su especie.

Así tenemos las tenias que son hermofroditas pero lo son todas; pero si en un caballo aparece un ejemplar que parece ser macho y se convierte en hembra, es un intersexo.

Otras veces, ocurre que un individuo fisiológicamente macho o hembra, presenta del sexo opuesto ciertos caracteres sexuales; por ejemplo los animales que son machos y tienen el aspecto de hembra, o hembras con el aspecto de macho, o tienen aspecto de hembra y de macho; por ejemplo, venados, que aunque tienen carácter de machos no tienen cuernos.

En este caso tampoco se puede decir que son hermafroditas, sino que se llaman entonces ginandromorfos.



# Diario íntimo de una adolescente

Por ANIBAL PONCE

## IV

### EL RAZONAMIENTO FEMENINO

El fracaso de sus amores con el "Cardenallino" fué para Maria Bashkirtseff adolescente, un desencanto únicamente comparable a aquel otro que sufrió siendo muy niña: cuando un desconocido la obligó en el tren a retirar sus equipajes de un asiento que, aseguraba ella, le pertenecía. Si la confianza en su propio poderío quedó entonces bastante comprometida, no lo estaba menos hoy frente a este otro desastre que le mostraba de pronto, con la fragilidad de sus sueños, la ninguna eficacia de sus ambiciones impacientes. "Yo he querido burlarme del hombre —dice— y me parece que es el hombre que se ha burlado de mí". (1).

Para un temperamento tan emotivo como el suyo, dos soluciones podían ser posibles: o renunciar de una vez a los sueños de gloria que habían sido hasta entonces la ficción que dirigía su vida, o construir para ellos un mundo imaginario, alejado de la vida, y dentro del cual pudieran ampliamente realizarse. De las dos soluciones, quizá la última hubiera sido

---

(1) *Marie Bashkirtseff racontée par elle même, p. 64.*

la más fácil de lograr sin mucho esfuerzo. Imaginativa había sido siempre (2). "A menudo —dice— me invento un héroe. una novela, un drama, y me veo y sufro con mis invenciones como si fueran realidad" (3). Cuando deseaba algo con tenacidad, llegaba a veces a la alucinación, y un día en que desesperada por no saber su lección de inglés se puso a rezar casi febrilmente, creyó ver en un rincón de su pieza, una imagen de la virgen que le prometía ayudarla... (4). Frente al espejo otras veces, sugestionada por los relatos supersticiosos de su familia, había realizado con el ritual aconsejado por la magia, las ceremonias de la buena aventura. En la soledad de la pieza, bajo las luces parpadeantes de los cirios, había visto desfilar como en una extraña zarabanda, cabezas empelucadas, procesiones suntuosas, iglesias extrañas. Y al final, de todo, como remate y apoteosis, un hombre en traje de frac, y una muchacha en traje de novia...

¿No hubiera sido para ella la más fácil de las empresas de este mundo, compensar su fracaso con el Cardenallino, mediante un vasto sueño que consolando por un lado su amor propio, le permitiera por el otro encerrarse allí mismo, a vivir para sí, en una reserva orgullosa y hermética? Tenía sin embargo, demasiada ambición para transar de esa manera; demasiado rencor para olvidar la ofensa (5), y demasiado buen sentido para confiar con exceso en sus propias ficciones.

Quizá no pase muy lejos de allí, esa línea sutil que en nuestro espíritu separa lo normal de lo enfermizo. Todos nosotros —cuertos y no cuertos— mantenemos a lo largo de nuestra vida una construcción imaginativa, hacia la cual nos esforzamos por llegar y en la cual hemos puesto nuestros deseos y nuestras aspiraciones. Pero para alcanzarla, las personalidades que llamamos normales, preparan sus actos con cuidado, controlan sus pensamientos, miden sus palabras, tantean prudentemente los caminos. Y si a poco andar, fracasos repetidos les demuestran su incapacidad, cambian entonces, con dolor, pero cambian, la construcción imaginativa que se ha-

(2) *Journal*, I, 63, 181, 367, II, 459.

(3) *Journal*, 249, II, 451; *Cahiers*, I, 72.

(4) *Journal*, I, 25.

(5) *Memo. Exhilaration racontée par elle même*, p. 73.

bían impuesto como finalidad. El amor propio inventará, después, justificativos más o menos eficaces; pero la construcción imaginativa es substituída en ellos por otra menos lejana, menos inaccesible. El neurótico o el alienado, en cambio, no reemplazan ni rectifican sus construcciones imaginativas. Se aferran a ellas con una convicción que desafía a toda crítica, y aunque la realidad desmienta a cada instante sus deseos, no dudan de que la realidad es una blanda arcilla entre sus manos (6). Saben ustedes de memoria la página maravillosa en que Quijote después de aderezar sus armas, observó que al morrión le faltaba la celada. Con cartones y diestramente, consiguió fabricarla en pocos días. Más para probar si era fuerte y si podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió un golpe: con tanta fuerza que la deshizo. No dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y por asegurarse mejor construyó otra celada de cartón que reforzó por dentro con una barras de fierro. Pero una vez terminada se cuidó de someterla a nueva prueba y se dió por satisfecho de su fortaleza. Para Quijote alienado, valían más que los hechos, su fé y su confianza.

En circunstancias menores de su vida, la hemos visto a María Bashkirtseff comportarse también como el Hidalgo. Pero la ruptura con el "cardenallino" significaba para ella, mucho más que una celada de cartón que se había hecho pedazos. Era la totalidad de sus sueños lo que amenazaba derrumbarse (7); y para salvarlos, que es como decir para salvarse a sí misma, dejó por vez primera de darse fuerzas con mentiras. Fríamente examinó la situación: en Roma había descubierto, lo que en Niza ya había sospechado. Su familia despertaba celos, y las murmuraciones alcanzaban por igual al padre ausente, que a la madre separada, pero no divorciada. María Bashkirtseff se propuso reconstruir su hogar deshecho, y volver a Roma con su propio padre para contestar así a los que indirectamente la habían ofendido. El proyecto era difícil, y quizá irrealizable. El padre era un hombre seco, astuto, orgulloso y tenaz (8). Otro hogar, con otros hijos, tenía en sus tierras de Rusia, y podía parecer más que ingenuidad el espe-

---

(6) Adler. *Le temperament nerveux, passim*, edición Pavot. Paris 1926.

(7) *Marie Bushkirtsseï racontée par elle-même*, p. 107.

(8) *Journal I*, 268.

rar que se dignara emprender un largo viaje nada mas que para dejar a salvo la reputación de una mujer y de una hija por las cuales hasta entonces no se había preocupado lo más mínimo. Algunas cartas enviadas con cierta habilidad, demostraron a lo sumo que no tendría inconvenientes en recibir la visita de la hija. Pero ni media palabra, de cordialidad ni de ternura. En esas condiciones, María Bashkirtseff asumió por su cuenta la peligrosa embajada.

Caprichos y nada más que caprichos había tenido hasta entonces. Ahora, empezaba a tener iniciativas. Iniciativas que exigían calma, tacto, prudencia (9). Pero en la intención de esta muchacha que se propone nada menos que acercar sus propios padres, nada de cariño, de simpatía ni de amor. Ambición y nada más que ambición. En un determinado momento de su vida María Bashkirtseff necesita de su padre. Y para hacerlo servir a sus proyectos, se propone conquistarlo de cualquier manera: por la bondad, si le conviene; por la amenaza, si es necesario.

El primer contacto con el padre tiene, en efecto, más de desafío y de agresividad, que de reconciliación y buena paz. Al llegar a Poltava, la muchacha —que hasta la frontera rusa viajaba con su tía, y desde la frontera, con su mucama y un negrito que le servía de juguete, de perro y de bufón,— (10) se encuentra con que en la estación nadie se ha tomado la molestia de esperarla. Con mano nerviosa escribe al padre el siguiente despacho: "Llego a Poltava y no encuentro ni siquiera un coche. Venga usted enseguida. Lo aguardo a medio día. No se me hace la recepción que se me debe". Más que una hija reprochando a un padre, parece más bien un gran señor altanero dispuesto a no tolerar la más insignificante de las faltas. Aristócrata hasta el fondo del alma, (11) le ha bastado poner el pié en su patria para sentir de inmediato el despotismo del noble. Más que en el orgullo por sus antepasados, no muy fuerte en ella, aunque se placía a veces (12); más que en el desprecio por el trabajo productivo, intenso hasta decir que le repugnaba una novela únicamente porque en ella una

(9) *Marie Bashkirtseff racontée par elle-même*, p. 106.

(10) *Journal*, I, 237.

(11) *Journal*, I, 35.

(12) *Journal*, I, 266.

princesa se enamoraba de un pintor (13); en María Bashkirtseff resurgía la aristócrata en esa exigencia del debido respeto (14), que no se funda para nada en el sentimiento del propio valer, sino en la costumbre hereditaria de mandar. El miserable pueblo ruso de entonces, con su mansedumbre de rebaño y su fanatismo repugnante, le halaga, según dice, "por bondadoso y bravo, por ingenuo y leal" (15). Verdad es que a la pasada se ha "desagradablemente sorprendido" (16) de ver mujeres con los pies desnudos, pero confía en que los nihilistas no conseguirán alterar con su "obra infame" el respeto por el emperador y por los nobles. . . Y cuando ya instalada en los dominios de su padre, contempla desde el balcón, los campos y los riachos, las montañas y la iglesia no puede menos de regocijarse al pensar de que "todo eso es de nosotros y que nosotros somos los dueños soberanos" (17).

Las páginas del *Diario* en que se van reflejando las diversas peripecias de su embajada son el mejor testimonio de la ductilidad de esta muchacha y de la destreza femenina. Los primeros días, sin perder su aire un poco reservado, se esfuerza en comprender al padre, en descubrirle sus flaquezas, en halagarle sus manías. Tarea difícil en que más de una vez debe escuchar, con calma, desagradables opiniones respecto de la madre; y aunque a veces por no traicionarse se encierra en su cuarto para llorar de ira, no por eso comprende menos que el más mínimo gesto de impaciencia puede hacerle fracasar el plan que se ha propuesto. Para colmar la vanidad del padre, va desplegando, unos tras otros, sus talentos: y mientras canta, y mientras conversa, y mientras exhibe sus toilettes en los conciertos, o participa como una amazona en las cacerías, observa de reojo que va creciendo en el padre una admiración cada vez menos disimulada (18). "Mamá me ha prevenido —dice— contra el ingenio agresivo de papá y su costumbre de burlarse de la gente y de humillarla. Y tenía razón. ¿Pero por qué no me siento humillada ni confundida, mientras que mamá lo ha estado siempre? Porque mi padre es más inteli-

- 
- (13) *Journal*, I. 384.  
(14) *Cahiers*, I. 42, 47.  
(15) *Journal* I. 244, 234.  
(16) *Journal* I. 253.  
(17) *Journal*, I. 297.  
(18) *Journal*, I. 265, 281.

gente que mamá y porque no es tan inteligente como yo. Por otra parte, me respeta enormemente porque en todas las discusiones me siente fuerte y porque mi conversación está llena de interés para un hombre que en Rusia se ha enmohecido, pero que posee todavía bastante cultura como para apreciarla en los demás" (19).

Pero tan pronto se asegura que la conquista del padre es cosa cierta, comienza a cambiar de táctica. Un día en que el padre, por no ofender los gustos moderados de la aristocracia provinciana, se opone a que la hija luzca en un concierto una toilette demasiado detonante, la chica no sólo le responde "con ojos furibundos" (20), sino que le obliga a aceptar su toilette y a entrar con ella, de su brazo, a la mitad del concierto. Otro día en que con motivo de un incidente entre su hermano Pablo y un paisano, el padre había dado la razón al último, Maria Bashkirtseff lo reprendió de tal manera que lo obligó a batirse en retirada. "Mi padre —escribe— que al principio quería destronarme, ha comprendido al fin porqué se me acordaban los honores soberanos y, con excepción de alguna pueril aspereza de carácter, me los acuerda". (21)

Ya no faltaba más que encontrar el momento oportuno para descubrirle su proyecto. Se decide una noche en que se encuentra en un carruaje a solas con el padre, aprovechando —confiesa— que la obscuridad le permitía decir todo sin que su maldita cara la traicionase (22).

Tres meses más tarde, los esposos Bashkirtseff se reconcilian en París, y poco tiempo después, la hija vuelve a Roma para presentar su padre a todo el mundo.

Triunfo legítimo que le costó no poco esfuerzo y que si bien debió llenarle de íntimo alborozo, no fué tan completo como ella lo deseaba. Demasiadas ataduras tenía el padre en Rusia para romperlas después de tantos años, y aunque a partir de la fecha de su reconciliación, los esposos Bashkirtseff volvieron a reunirse en algunas otras ocasiones, el hogar ilegítimo pudo más que el verdadero. Lo más inmediato en los propósitos de la hija, quedaron sin duda alguna, realizados.

(19) *Journal* I, 293.

(20) *Journal* I, 345.

(21) *Journal* I, 315.

(22) *Journal*, I, 320.

Otra escena interesante, en I, 316.

Pero tan pronto vió que el padre regresaba a Rusia, comprendió María Bashkirtseff que no debía confiar en él para ningún otro de sus proyectos del futuro: "Viaje a Rusia —reconoce con pena—, fatigas, gastos, lágrimas, súplicas, fastidios, aburrimiento en el campo, esfuerzo para despertar alguna ternura paternal, algún sentimiento humano... todo ha sido inútil, pero no lamento haber hecho mi viaje. *Por lo menos ahora sé que nada tengo que esperar de allí, mientras que antes todo me parecía que podía venir*" (23).

A los dos días de escritas estas líneas, María Bashkirtseff anuncia en la siguiente carta, de una sobriedad cortante, su ruptura definitiva con el padre: "Siempre me han dicho que yo no tenía padre, pero no quería creer. Estoy ahora, convencida y doy mi palabra de honor que mientras viva no me dirigiré jamás a usted, ocurra lo que ocurra". (24) La aristócrata imperiosa que cinco meses atrás exigía del padre una recepción en forma, rompía ahora, y con igual tono altanero, por no haber cumplido aquel, sus compromisos. (25)

Después de esperar en vano al esposo ilustre; después de confiar demasiado en el apoyo de un padre informal, María Bashkirtseff empezaba a admitir como conclusión evidente que no le era dado esperar sino de sí misma. Falta muy poco ya para que empiece su vida heroica; su áspera vida de labor y de esfuerzo, tan distinta de todo lo que hasta ahora le hemos visto. Pero si al romper con el padre, creyó que de nadie esperaba ya, un incidente en la vida de su hermano Pablo vino a probarle, dos años después, que todavía confiaba en los ajenos y que no alcanzaría su verdadero equilibrio sino a condición de resolverse por fin a no esperar nada de nadie. El hermano Pablo, que se había ido a vivir en Rusia con el padre, andaba en amoríos desde algún tiempo atrás con una muchacha de Poltava, pobre y de origen muy humilde. Y como su abuelo el general, un buen día anunció que estaba resuelto a casarse con ella. Para toda la familia fué un disgusto terrible; para María Bashkirtseff, un poco más. ¿Le interesaba acaso, con exceso, la suerte personal de su hermano? ¿Había en su mortí-

(23). *Cahiers*, tomo I. 21.

(24) *Cahiers*, tomo I. 34.

(25) El padre, a decir verdad, le había propuesto que regresara con él a Rusia: invitación que no rechazó su hermano Pablo. Para los proyectos ambiciosos de María Bashkirtseff, la propuesta debió de resultarle, casi ofensiva.

ficación algo de esos celos cariñosos de las hermanas para quienes a veces no hay en el mundo una mujer que merezca ser la esposa del hermano muy querido? Sería ingenuo buscar en María Bashkirtseff explicaciones de ese orden. Por el hermano Pablo no había sentido nunca el más mínimo afecto. No había cumplido los tres años, cuando a raíz de una de esas riñas comunes entre chicos, había recibido de Pablo un bofetón, y el recuerdo de aquel agravio le había quedado tan grabado que aún doce años más tarde, lo sentía como una llaga ardiente: "Nada en el mundo borra en mí el rencor que una vez he guardado. ¿Comprenden ustedes todo lo que hay de hiriente y de horrible en la palabra desprecio? Yo sí lo comprendo, yo que acabo de acordarme del bofetón que mi hermano me dió hace más de doce años y que al pensar en él me siento tan furiosa como si ahora mismo acabara de recibirlo; yo que he guardado una especie de odio por mi hermano a causa de ese ultraje de niño. Ese fué, por otra parte, mi primer bofetón, pero en revancha he dado después una buena cantidad y a todo el mundo" (26).

No era pues un movimiento de cordialidad más o menos celosa lo que le movía a preocuparse por la suerte personal del propio hermano: era en esto, como en todo, ambición contrariada, fracasada, burlada. Un gran casamiento por parte del hermano le hubiera facilitado a María Bashkirtseff la realización de sus proyectos ambiciosos. ¿Cómo no encenderse de cólera al descubrir de pronto que este otro apoyo familiar se le rompía, y que el muy palurdo prefería casarse con una campesina, en vez de servir a los proyectos de la hermana lanzándose a la conquista de una gran fortuna o de un gran título?

Algún tiempo atrás, cuando Pablo aceptó marcharse a Rusia con el padre, la hermana se lo había reprochado duramente y le había jurado no volver a dirigirle la palabra. Ahora, con motivo de su reciente compromiso, Pablo le tendía la mano, anunciando la noticia. Después de unos días de meditar la respuesta, María Bashkirtseff contestó al hermano en esta carta que Pierre Borel descubrió no hace mucho, y que aunque es bastante larga, me permitirán ustedes que la lea íntegramente. Es un prodigio de lucidez, de serenidad y, casi, casi



diría, de cinismo. "Querido Pablo: No es la extensión de una carta lo que habrá de fatigarme y voy a contestarte sin premura porque lo he reflexionado largamente. Cuando te marchastes, te prometí considerarte como un desaparecido. He mantenido mi palabra y si hoy falto a ella es porque te encuentras en una crisis y *porque las consecuencias de tu estupidez pueden caer sobre nosotros y sobre mí.* Quieres casarte y me lo comunicas porque soy tu hermana. Muy bien. He esperado tres días antes de responder para no precipitarme y para que te convenzas de mi calma. No te predico ninguna idea ambiciosa, no te digo que seas ilustre, ni siquiera distinguido. Si te gusta la vida que llevas, llévala, a condición de que sea honrada. Hay muchos seres que son como tú y no se los reprocho. No intentaré pues darte otras ideas. Guarda las tuyas, pero deseo analizarlas, para que veas todo lo que hay en el fondo de esas cosas que tú crees simples, razonables y sensatas. Y entonces verás conmigo, que todos tus proyectos son el más miserable de los sueños. Quieres casarte y vivir tranquilamente con una mujercita que te has imaginado tal como quisieras que fuera. Me parece muy bien, muy respetable y ojalá pudieras encontrar esa dicha. Pero no la encontrarás en el asunto de que me hablas. En nuestra situación, mi querido amigo y mi pobre imbécil, nadie se casa a los veinte años. Uno se casa a los veinte años cuando se es independiente o cuando se encuentra un partido extraordinario o bien cuando se está loco y en ese caso, se busca una cocinera, una cocotte o una viuda vieja y pintarrajeada. A tí, te han trastornado la cabeza con una muchacha que puede ser encantadora, pero que con seguridad no te conviene y que no puedes amar como lo dices. Tiene tu misma edad, y por muchas cosas, me he apercebido que se burla de tí. Las mujeres se conocen y se adivinan sin haberse visto nunca y te aseguro de que estoy convencida de que se burla de tí. Se casará contigo porque en el campo hay mucho apuro en casarse, pero se burla de tí. Y si tú también te fijas un poco, verás que lo haces porque tienes la cabeza llena de humos y porque te aburre la vida en la campaña. Anda a pasear un poco por la ciudad, visita a las actrices, embriágate, lleva un vida disipada. Los primeros días te disgustará y seguirás mirando a tu novia como un ángel, pero si continúas saldrás curado y me agradecerás, por una vez, de

que te haya dado yo, malos consejos. Vamos, mi pobre amigo, no te dejes atrapar de esa manera. Me dices que Alejandro y su mujer son felices. Son una excepción y estoy segura además de que no podrás tener la misma suerte. Y ahora, voy a hablarte en el lenguaje de las cifras, que es claro e irrefutable. Tienes veinte años y nada más que una pensión de muchacho: sin carrera, sin situación, no tienes ningún modo de ganar dinero. Nuestro padre tiene cuarenta y siete años, y debes esperar que viva aún de veinticinco a treinta años, según lo más probable. A su muerte, de aquí treinta años, no recibirás gran cosa, porque todo se lo habrá gastado él . . . y si algo queda será para de aquí treinta años. ¿Crees además que tu mujer al cabo de tres meses de matrimonio, se va a contentar con seguir viviendo en una aldea? Querrá hacer vida social y lucir lindos trajes. Las más modestas, las más tranquilas, las más severamente educadas son así. Y como tú no podrás ofrecerle más que una mediocridad vecina a la pobreza más cruel, será aquello un infierno de todos los días, aún en el caso de que ustedes continúen siendo verdaderos ángeles. Tu padre se ha opuesto a esta locura, y en cuanto a nosotros, te lo juro, somos también de esa opinión. Acuérdate de que te fuistes a pesar de mis ruegos. Te prometí entonces guardarte rencor y lo he cumplido. Ese pequeño detalle bastará para probarte que mantengo siempre lo que digo. Escúchame bien: jamás, jamás seré una hermana para tí como lo son mamá y mi tía para con sus hermanos. Tú te aprovechas de la debilidad de mamá, pero no te olvides de que yo estoy con ella y de que haré cuanto sea posible para que no te perdone nunca si haces lo que piensas. Te juro que en casa te haré la guerra, y si a pesar de todo lo que te he dicho te sigues metiendo en el pantano, que Dios te ayude a salir y yo me lavo las manos". (27)

Un año antes de esta carta singular, la autora reconocía que aún a los diecisiete años seguía permaneciendo en el anónimo, y para consolarse, buscaba entre las celebridades aquellas que hubieran comenzado a brillar un poco tarde. Pero anotaba en el *Diario* que su caso no se podía superponer exactamente al de los hombres, porque "un hombre de diecisiete años es

(27) Ha sido publicado por Borel en la introducción al tomo I. de los *Cahiers intimes*, p. IX. La carta les pareció tan terrible a sus propios familiares, que la muca-ma Rosalie encargada de llevarla al correo, no se atrevió a enviarla.

una criatura, mientras que una mujer de diecisiete años tendría veintitres si fuera hombre". (28). La observación me parece felicísima, y bastaría para demostrarla, el documento excepcional que acabamos de leer. Cabe, sin embargo, preguntarse: esa ventaja innegable que en término medio una muchacha de diecisiete años lleva sobre los compañeros de su edad, ¿se comprueba en todas las formas de razonamiento o únicamente en una de sus formas? O para trasladar ese problema al caso particular de María Bashkirtseff: esta muchacha de dieciocho años que a pesar de sus sueños tan enormes demuestra tener un sentido tan fino de las realidades, ¿sabrá moverse con igual soltura en ese otro campo alejado de la realidad que es el mundo de las ideas y de la lógica? La corrección y la exactitud con que enfile sus razonamientos sobre problemas prácticos y concretos, ¿se repite en ella, en igual forma, cuando maneja razonamientos abstractos y desinteresados? ¿Se encuentran en el *Diario* de María Bashkirtseff, algunas preocupaciones por los temas generales, algunos desarrollos lógicos sostenidos; algo de esa voluptuosidad del razonamiento que los muchachos descubren al rededor de los veinte años y que dá a su amor por las ideas un estremecimiento apasionado? ¿O abunda, por el contrario, en sus cuadernos, ese relampagueo intermitente, ese saltar de una serie a otra, esa ligereza intelectual en fin, que para Goethe hacía insoportable la conversación con Madame de Staël? (29). Honradamente no se puede afirmar sino lo último. Las únicas referencias a Jouffroy y a Kant que se encuentran en el *Diario*, y sobre las cuales sus fanáticos hicieron tanta bulla, son, en realidad, pueriles y triviales. Del primero, dice simplemente que es "estúpido" (30); del segundo, después de exponerlo infantilmente en pocas líneas, agrega: "Hay en todo esto algo que me deja desolada, y es que siento que es falso pero no tengo ni tiempo ni ganas para encontrar el porqué" (31). Quizá Platón le interesó de veras; Platón, el artista del *Banquete* y del *Fedón*, pero no el de Timeo. Cuando alguna vez alude a otros, se vé que pasa junto a ellos sin rozarlos: "Los libros de filosofía me sorprenden. Son productos

---

(28) *Journal*, I, 383.

(29) Citado por Marion, *Psychologie de la femme*, p. 196.

(30) *Journal*, I, 191.

(31) *Journal* II, 84.

de la imaginación desarreglada. Con el tiempo y si continúo leyendo quizá me habitúe, pero por el momento me dejan sin aliento" (32).

Fuera de los escritores de imaginación, en cuya compañía se encontraba bien, sus preferencias iban hacia los analistas: desde La Bruyere y La Rochefoucauld hasta Balzac y Stendhal. Es decir, hacia los anatomistas del corazón humano, los disectores de los casos de conciencia, los obsesionados por los problemas de nuestros instintos y nuestras pasiones. Pero en cuanto a las grandes corrientes de las teorías generales, a las amplias avenidas de la filosofía, las contempló desde lejos y les volvió la cara. Sus emociones se entremezclaban demasiado a los razonamientos para que fuera capaz de controlar sus propias deducciones, con crítica siempre alerta, a través de una larga serie de puntos intermedios. Sus admiraciones carecen por eso de atenuantes; lo mismo que sus odios. Porque Balzac le emociona, es, sin más ni más, el "más grande de los genios que hayan existido" (33); porque el Arlequín de Saint Marceaux, le interesa, lo iguala a las más grandes estatuas que nos dió la antigüedad (34); porque el Vaticano le parece una construcción maravillosa, no concibe que se pueda luchar contra los papas (35) Y así en literatura, como en arte; en política, como en historia. Lectora lo fué, sin duda alguna; y al final, casi con fiebre. Pero lectora sin sistema, sin método, guiándose nada más que por impulsos (36) "Yo no sé ninguna cosa —dijo una vez— tal como se enseña en las escuelas" (37) "Si yo hubiera tenido una educación adecuada —dijo otra vez— hubiera sido notable. Pero todo lo he aprendido por mí misma. Mitad por intuición, mitad por lo que leía... Ha resultado así un caos, aunque trato de poner orden por amor de la armonía". (38)

La cultura además nunca fué para ella un fin en sí (39) Demasiado preocupada de deslumbrar y de darse en espec-

(32) *Journal*, I, 191.

(33) *Journal*, II, 146.

(34) Vale la pena de leer la carta que le dirigió a Saint Marceaux. Es el colmo de la falta de crítica. *Lettres*, p. 208.

(35) *Journal*, I, 89.

(36) *Journal*, II, 85.

(37) *Cahiers*, II, 111.

(38) *Journal*, II, 560.

(39) *Journal*, I, 291.

táculo, preparaba su erudición con vistas al efecto (40). Una vez en Rusia, mientras se encontraba en los dominios de su padre con la embajada secreta que ya le conocemos, cierto día la llevaron a la granja: "Visité los trabajos de la granja y entré además en algunos detalles, no porque me interesaran en lo más mínimo, sino porque me podían servir alguna vez para dejar caer media palabra de conocedora y sorprender a más de cuatro sobre las cualidades del trigo y la cebada, después de algún verso de Shakespeare o de alguna tirada sobre la filosofía platónica. Como ustedes ven, yo saco siempre partido de todo" (41). Y qué otra cosa sino "sacar partido de todo" era aquella experta distribución de bibliotecas en el gabinete de su casa, y aquellos libros de Platon, Plutarco y Montesquieu —"la alta pedantería", según ella misma declaraba— tan hábilmente colocados a la entrada que ningún visitante podía dejar de contemplarlos? (42).

Demasiados méritos auténticos, lo veremos muy pronto, habían en esta muchacha para que nos empeñemos en atribuirle dudosas cualidades que no se avenían ni con su mentalidad ni con sus gustos. Pensativa, sí y muchas veces; pensadora, nó. Pero si no saboreó los goces superiores de la inteligencia, la lucha dramática de las ideas y de las doctrinas, poseyó en grado superior esa aguda intuición de las realidades inmediatas, ese instinto seguro de lo que puede servir o contrariar a algún proyecto, esa infalible orientación que hace de una muchacha de diecisiete años una mentalidad mucho más segura de sí misma que la de un muchacho de veintitrés. Indiscutible ventaja que da a las mujeres de esa edad, sobre los compañeros que le llevan varios años, el pleno derecho a aconsejar sobre los problemas intrincados de la vida práctica, y que les autoriza también a emplear más de una vez las mismas palabras de María Bashkirtseff: "Mi querido amigo y mi querido imbécil" . . .

---

(40) *Cahiers*, IV, 125.

(41) *Journal*, I, 289.

(42) *Cahiers*, tomo III, p. 146.



# Opiniones Inofensivas

Por ANIBAL PONCE

## EL APRISMO Y EL AGRO ARGENTINO

El nombre de Luis E. Heysen es familiar a los estudiantes argentinos. Desterrado del Perú por obra y gracia de una de sus tantas dictaduras, Heysen terminó en la Universidad de La Plata los estudios que había interrumpido en la de Lima. La circunstancia de haber sido elegido presidente de la Federación Universitaria de La Plata dice bien a las claras cómo era de hondo su prestigio entre las masas estudiantiles que lo acogieron. El hecho, además, de que su tesis sobre la cuestión agraria argentina fuese recomendada con elogio por el tribunal universitario designado para juzgarla, dice también con cuánto respeto se lo veía entre el grupo de sus profesores y de sus maestros.

Uno de éstos, el doctor Tomás Amadeo, pone prólogo ahora al libro de su ex alumno, y en la simpatía que se trasluce en el prefacio queda como un eco de aquellos días en que el desterrado peruano vivía intensamente nuestra vida argentina.

Si insisto sobre el pasaje de Heysen y la huella cordial que dejó entre nosotros, es para separar mejor lo que corresponde al afecto de una vieja amistad y lo que exige a la frialdad del crítico los problemas planteados por su libro. **Presente y porvenir del agro argentino** deja como primera impresión la de haber sido escrito precipitadamente. No sólo el estilo es incorrecto, y a ratos casi vulgar, sino también inoportuno por momentos. Se detiene a veces, con insistencia cargosa, a polemizar con personajes de quinto orden, y rompe a menudo la seriedad de la exposición doctrinaria con "humorismos" desventurados.

Pero más grave que las objeciones relativas a la forma son las que se desprenden del fondo de su tesis. Tal como es costumbre en el "aprismo" — y Heysen cuenta entre sus jefes más resueltos. — **Presente y porvenir del agro argentino** no olvida algunas embarulladas alusiones a la dialéctica hegeliana, con su devenir histórico y su negación de la negación... Pero como ocurre también con el aprismo, tantos nubarrones doctrinarios se desatan al final en la "garúa" más tranquila.

El señor Heysen, tras de las huellas de todos nuestros escri-

tores, reconoce en el latifundio el rasgo económico más marcado en la realidad argentina. Atribuye a él, con razón, el estancamiento de la evolución nacional, pero propone para remediarlo el crédito agrícola y la colonización...

“Los progresos de la patria no los obtendremos sin que nuestros labradores sean propietarios”: así escribía Manuel Belgrano en los albores de nuestra revolución. Más o menos remozado es lo mismo que el señor Heysen nos propone ahora. Y no deja de ser curioso que lo que aquél había encontrado en los fisiócratas, siga resonando en este otro, después de siglo y medio, bajo la máscara aparentemente revolucionaria de la “tesis” y la “antítesis”.

Cierto es que no otra cosa se podía esperar de una obra puesta por su mismo autor, en la primera de las páginas, bajo la advocación bien elocuente de Goethe y Henry George, de Alberdi y Haya de la Torre...

### PROFESIONALISMO E INVESTIGACION

El tan zarandeado problema de las relaciones de la Universidad con la profesión y con la ciencia ha inspirado este otro estudio del doctor José Lo Valvo, que viene a incorporarse como una opinión más a la ya muy nutrida bibliografía argentina sobre el tema.

Según lo da a entender desde las primeras páginas, el autor toma partido por el “profesionalismo” contra la investigación: a condición, bien entendido, de aceptar por “profesionalismo” la tendencia a la aplicación reflexiva y técnica del saber científico “al mayor número de manifestaciones del vivir, a la solución de sus grandes problemas, al logro de sus mejores ideales”. (página 19). Aunque semejante definición pueda parecer demasiado amplia, no es menos cierto que no anda descaminado el doctor Lo Valvo al rechazar la opinión común de que el profesionalismo no pasa de ser más que un menester secundario, pedestre y quizá despreciable. Igualmente feliz cuando sostiene que la investigación no forma parte de la función docente, y que la ciencia no se elabora en el aula, sino lejos de ella, en el templo “cerchiato d'alte mura”.

Pero la exposición y la defensa de esa tesis — que nos parece exacta en sus líneas generales — ha sido realizada por el autor de una manera que no siempre es convincente. Con una erudición copiosa, y bastante a menudo impertinente, el doctor Lo Valvo se ha detenido en la periferia del problema, insistiendo muchas veces sobre aspectos secundarios o apoyándose en autoridades sospechosas. Tal, por ejemplo, la relación absurda entre la pobreza y la productividad de los laboratorios que Eugenio D'Ors tuvo



la "boutade" de sugerir, y que el señor Lo Valvo parece compartir con seriedad. En igual forma, también, su concepto romántico del investigador como un ente solitario para quien toda colaboración no puede ser sino molesta, dañosa o ineficaz. ¡Qué distinta la realidad que nos muestran los laboratorios! La investigación en común, por intermedio de "equipos" o "brigadas", es una necesidad impuesta de tal modo por las exigencias científicas de la especialización, que en el día de hoy no se concibe el trabajo científico fuera de un instituto perfectamente montado y con una no menos perfecta distribución de colaboradores y ayudantes.

La evolución de la técnica científica ha hecho tan imposible el trabajo aislado, que ningún especialista podría en el momento actual dar un solo paso en la soledad. Para no tomar sino un ejemplo único pero elocuentísimo, recordemos el caso de Harvey Cushing, el más eminente cirujano de Norte América. Después de haber sido durante algún tiempo cirujano general, se dedicó a la cirugía del sistema nervioso. Pero a su vez encontró este campo tan enorme, que se especializó al final, únicamente, en tumores cerebrales. Mas no ha terminado con eso su especialización. Cuando le toca operar, divide la operación en tres tiempos, dos de los cuales lo realizan sus ayudantes y uno solo que reserva para sí...

### UNA VIDA DE ARTIGAS

"Desgraciadamente, ahora, y por mucho tiempo todavía, toda historia de Artigas ha de tener el carácter de un alegato más o menos apasionado", afirma el señor Alberto Lasplaces en la página 245 de su reciente obra sobre Artigas. Y aunque esa confesión habla muy bien de su honradez, no era, sin embargo, necesaria para descubrir el tono acentuadamente polémico del libro. Restos de viejos rencores — de viejos rencores pueblerinos — sobresaltan la prosa del señor Lasplaces, y cada vez que se refiere a los revolucionarios argentinos del año 13 ó a los congresales del 16, no encuentra a mano sarcasmos suficientes. Desde llamarlos "los niños bien de familias porteñas" (página 133), hasta "los pusilánimes políticos de Buenos Aires" (página 130); y desde "los pintorescos limosneros de tronos" (página 161), hasta esta frase final con que sin duda los ultima: "Marqueses, condes y duques se veían ya los San Martín, Pueyrredón, Belgrano y demás ases del Congreso de Tucumán, hinchados de orgullo y de suficiencia" (página 163).

Si semejantes expresiones no se justificarian en labios de cualquier historiador moderno, causan verdadero asombro en un libro que debió tener una orientación completamente diferente.

La serie de las "Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX", que empezó con una excelente biografía del general Serrano escrita por el marqués de Villa-Urrutia y que continuó con libros tan afortunados como el chispeante "Luis Candelas" de Antonio Espina, y el burlón "López de Ayala" de Luis de Oteyza, exigía de sus colaboradores hispanoamericanos una entonación muy diferente a la que el señor Lasplaces ha adoptado en su volumen. Destinada a la masa enorme pero heterogénea de los lectores de habla castellana, ignorantes los más y casi en absoluto, de las historias respectivas de "las otras Españas", las "Vidas" de dicha biblioteca no podían ser ni minuciosos infolios ni "apasionados alegatos". Poniéndose en el punto de vista de un lector que nada o muy poco supiera de nuestras luchas, había que darle un cuadro claro y simple, colorido y vivaz, en que el personaje central se destacara, y en que el fondo de la historia que le sirve de segundo y tercer planos no perturbara demasiado la impresión del conjunto. Obra de selección mucho más que de acopio; de novelista mucho más que de erudito. Al lector español, ecuatoriano o cubano del "Artigas" del señor Lasplaces, no sólo no le interesan, sino que le confunden los mil y un detalles en que el señor Lasplaces se detiene, y me imagino, sin mucho esfuerzo, la expresión de su rostro cuando al llegar a la página 114, por ejemplo, se encuentra con que le aguardan nada menos que tres páginas abarrotadas de citas: que Levene dijo esto, y Ramos esto otro, y Pelliza aquello, y Rodríguez lo de más allá. El lector de esta serie de "Vidas" no desdeña, ni mucho menos, semejante material; pero prefiere conocerlo una vez que está ya elaborado. Al autor de cada una de estas "Vidas" — de quien muchas veces — para qué engañarnos!, no conoce ni el nombre — le otorga de entrada un crédito ilimitado. Pero le pide, eso sí, que le cuente las andanzas de su héroe como se habla en la vida diaria de los hombres que conocemos al dedillo.

En tres oportunidades diferentes, el señor Alberto Lasplaces ha reconocido indirectamente que no se siente capaz de dar a su lector la reconstrucción sencilla pero nítida del trozo de historia que le está narrando: al referirse al episodio hermoso del "Grito de Asensio" abandona su pluma para intercalar cinco páginas de Acevedo Díaz; al encontrarse con el llamado "éxodo del pueblo oriental", movimiento imponente como para tentar a cualquier escritor de raza, pide ayuda también a cinco páginas de Telmo Manacorda; y son casi otras tantas de Gustavo Gallinal las que le sirven para salir del paso frente al esplendor del paisaje paraguayo...

Falta muy poco para que el libro se concluya, cuando el señor Lasplaces se pregunta recién: "¿Cómo era Artigas?" (página 235). El lector ha leído hasta ese momento todo lo que el

autor ha querido contarle sobre el "jefe de los orientales", desde su nacimiento hasta su muerte, ¡y no sabe absolutamente nada sobre si era alto o bajo, rubio o moreno, erguido o patizambo! Pero a partir de la página 235, el señor Lasplaces va a decirle todo lo que opinaron sobre el físico de Artigas, desde Bonpland a Vedia, desde Berra a Díaz, desde Blanes a qué sé yo quién...

### HITLER Y LA ESTERILIZACION

El reciente decreto del gobierno nazi sobre esterilización de tarados y dementes presenta dos aspectos bien delimitados: uno, falso, pseudocientífico y de puro aparato; otro, verdadero, eficaz y de terror político.

El primero de esos aspectos, de interés reducido, pone de nuevo sobre el tapete una cuestión compleja y largamente debatida: la de la herencia mental en el hombre.

A pesar de la bulla que se ha armado a propósito de la aplicación a la especie humana de ciertas leyes de la herencia descubiertas en los vegetales y en los insectos, nadie podría asegurar que el problema está resuelto. Véase, por ejemplo, el concienzudo libro de Georges Poyer sobre **Los problemas generales de la herencia psicológica** y se comprenderá de inmediato cómo son todavía de inciertos y de confusos muchos de los datos que el decreto de Hitler supone como plenamente demostrados. Por otra parte, cada vez que el psicólogo o el psiquiatra se aboca a fondo al estudio de un problema — aun en apariencia el más estrictamente individual — se encuentra siempre en la raíz, con poderosos factores sociales que lo condicionan y explican.

Consúltese igualmente, en tal sentido, el análisis magistral que Halbwachs dedicó a "Las causas del Suicidio". Resulta de eso que, en contra de la opinión común, muchos fenómenos sociales considerados como absolutamente caprichosos responden a un determinismo bastante preciso. Tal es, lo que ocurre, entre otros muchos, con el índice de locura que corresponde a determinadas agrupaciones sociales.

Mientras no se destruya radicalmente el alcoholismo y la sífilis, la tuberculosis y la hipoalimentación, será una ingenuidad enorme suponer que se podrá disminuir el número de los degenerados mediante un sistema simplista de esterilización. Aun en el supuesto que se consiguiera esterilizar a todos los tarados de una generación — y no es poco suponer — no se habría conseguido absolutamente nada. Porque subsistiendo las causas sociales que engendraron dichas taras, volverán a reaparecer en la nueva generación en un número prácticamente idéntico. Reaparición que sólo podrá resultar misteriosa e incomprensible a los que se mantienen todavía con los prejuicios de la vieja clínica:

atada al lecho del enfermo e incapacitada por lo mismo para situar las causas de la enfermedad en el ambiente social que la produjo.

En resumen opino pues, que el decreto del gobierno nazista reposa sobre datos científicos inseguros y no puede conducir a ningún resultado práctico eficaz.

Pero el decreto, ya lo dijimos, tiene otro sentido que es el que le dá su verdadero alcance. Por debajo de sus apariencias de higiene mental y medicina social se oculta una intención política que el mismo Hitler dejó entrever al afirmar que la esterilización será aplicada no sólo a los tarados y a los dementes sino también a los "malos ciudadanos". ¿Los malos ciudadanos! ¿Se puede concebir un más terrible aparato de tortura que este nuevo sistema que el fascismo agrega a su arsenal ya famoso? ¿Y quiénes pueden ser esos "malos ciudadanos" sino la totalidad de los enemigos de su régimen, y en especial esa heroica vanguardia comunista siempre indomable a pesar del terror?

Imposible engañarse, pues, sobre el verdadero sentido del decreto de esterilización: un nuevo instrumento de tortura que reaviva en pleno siglo XX los martirios de Nurenberg.

Pero ¿cómo es posible, se dirá, que Hitler encuentre a su disposición mansos hombres de ciencia que lo complazcan? Las ciencias físico naturales deben a la burguesía el clima propicio que las llevó a su esplendor actual. Pero si el capitalismo favoreció en sus comienzos la libre investigación como una condición necesaria al perfeccionamiento de sus técnicos, reniega ahora en su agonía de la misma libre investigación que en otros tiempos contribuyó a su triunfo. Los hombres de ciencia a su servicio han recibido ya la orden de renunciar a sus convicciones más sólidas para construir las teorías que el fascismo necesita y que aquellos no ignoran que son falsas.

Psiquiatras, cirujanos y radiólogos cumplirán como galeotos su misión indigna, y mientras el fascismo se desespera por evitar durante algún tiempo más el derrumbe fatal del capitalismo, la pobre ciencia burguesa, semi asfixiada y deshecha, sufrirá callada la terrible afrenta.

### "SOMBRAS SOBRE LA TIERRA"

La interminable y enmarañada novela del señor Francisco Espinola (hijo) —trescientas sesenta y seis páginas de composición con pocos blancos— transporta al lector a esos ambientes de la más baja prostitución que ha inspirado, entre otros, a Maupassant y a Kuprin varios relatos magistrales. En su novela **La Carreta**, Enrique Amorim trató un tema parecido, aunque con más fantasía de creador que anotación de observador naturalista. Sus "quitanderas" son, en realidad, el producto feliz de la

imaginación de un poeta que resolvió un buen día ponerse a prueba en la novela. Cierta rima de poema pasó a su libro, y aunque palpita en cada página la vida de ese campo uruguayo de los confines con el Brasil —que Amorim tan bien conoce.— prima en él la fantasía sobre el detalle veraz.

**Sombras sobre la tierra**, del señor Espínola, procede de manera bien distinta. En vez de tomar como punto central de su novela la miserable vida de un burdel rodante, se dirige, en cambio, a esas barriadas cenagosas de las ciudades uruguayas en que se ha ido amontonando poco a poco toda la fauna del vicio y del delito.

Pero aunque el señor Espínola no escasea en ningún momento la pincelada cruda, se nota que en su espíritu hay el lirismo y la elocuencia de un evangelista tolstoiano. Largas páginas declamatorias, con esa entonación de profecía, a ratos iracunda, que entre nosotros cultivó Francisco Sicardi en las más desgreñadas de sus novelas, dan a **Sombras sobre la tierra** el pulso afiebrado de las invectivas y de las jaculatorias. Entre ciertos ambientes anarquistas de los alrededores del novecientos gozaba de gran prestigio este tipo de novela: con perros miserables, atorrantes filósofos, ramerías candorosas, compadritos que sueñan con Beethoven... Y para que nada falte en **Sombras sobre la tierra**, una de sus páginas pronostica también la rebelión de la "chusma" que desde el bajo trepará hasta el centro agitándose en sus brazos desesperados las inevitables "teas incendiarias"...

Escenas muy felices, de penetrante agudeza y de realización lograda — como las pintorescas de la elección o las sombrías del embrujamiento o las tragicómicas del velorio en el burdel — naufragan por desgracia entre el torrente de los discursos enfáticos. Cuando el señor Espínola se resigna a ver, y a nada más que a ver con claros ojos de pintor, sus **Sombras sobre la tierra** adquieren un relieve alucinante. El orador y el demagogo que hay en él pueden, sin embargo, mucho más que el pintor. Lo arrastran, lo dominan, se colocan a su lado desde el epígrafe. Cada uno de ellos —orador y demagogo— llevan consigo millares de gritos y millares de signos de admiración. Y tan pronto el pintor se distrae, los arrojan a voleo sobre sus páginas. "¡Oh noche, donde las sombras descenden al corazón del hombre, por donde suben las sombras del corazón del hombre; en donde el hombre envuelve en sombras el corazón! ¡Amor sombrío! ¡Amor ciego! ¡Oh, Jesús negro! ¡Oh, hermana de la muerte! ¡Ay, madre noche!" (página 65).

Ese Juan Carlos, sobre el cual gira la obra —mezcla certera de "malevo" y "niño bien",— vigoroso y real cuando arroja el mate sobre el pecho de un pobre diablo o cuando arrastra por los cabellos a su amante, es de una falsedad grotesca cuando le da por meditar sobre el "misterio" del destino humano o cuando

piensa que está echando abajo los cimientos de la sociedad en que vive, porque se ha dado a vagar entre todos esos desdichados que el señor Espínola llama, en su estilo macarrónico, "la muchedumbre desterrada de la tierra, en cuyas venas la existencia no soporta el desvirtuamiento vital" (página 263).

Cada vez, en efecto, que Juan Carlos "reflexiona" o "sueña" —y hasta una vez lo hace bajo el estímulo del olor nauseabundo que se desprende de los pies de dos "hermanos"! (página 133)— ganas dan de retorcerle el cuello hasta matarlo. Porque nada hay más insufrible en el arte que la petulancia de la carne fofa cuando simula el músculo y el nervio.

Petulancia que en otros tiempos pasó por ser el colmo de la novela social, revolucionaria y peligrosa. Lejanos tiempos en que Bakunin confiaba para la revolución en los "proletarios con andrajos", y en que los Juan Carlos de todos los cafés del mundo prometían enardecer a las prostituídas y a los tarados (página 347), para lanzarlos al asalto de la "menopáusica protervia" (página 235)...

### APOLOGIA DE FRUTOS RIVERA

Para el lector que no ha olvidado las dos o tres páginas famosas que Sarmiento dedica a "Frutos" Rivera en el tomo primero de sus **Viajes**, resulta poco menos que imposible reconocer al pintoresco personaje en la fervorosa apología del señor Manacorda: "La inspiración del genio le rozó la frente; el numen de la heroicidad le sopló las alas".

Pero no es el valor histórico de su libro lo que debe pasar a discutirse en primer plano. Volumen de la serie de "Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX" —a que ya hicimos referencia con motivo del **Artigas** del señor Lasplaces.— esta biografía escrita por el señor Manacorda requiere un enfoque muy distinto. Obra de artista más que de historiador o de sociólogo, exige que se vaya hacia ella no a corroborar esta fecha o a discutir este episodio, sino a recoger la vibración personal del narrador, el tono de su voz, la amplitud de su ademán. Lo que en las "vidas" interesa no es tanto la verdad histórica como la manera en que el autor las evoca y las hace andar y discurrir.

Aunque no haya aportado un sólo documento nuevo, aunque no haga más que repetir lo que está al alcance de cualquiera en los manuales, una "vida" puede resultar una obra perdurable nada más que por el "modo" con que el biógrafo la cuenta.

Yo desearía transmitir un reflejo del libro del señor Manacorda, porque vale la pena documentar por lo menudo un cierto tipo de "estilo americano" que alguna vez con motivo de "El santo de la espada" me atreví a llamar "la prosa crespá". Desde

la primera página hasta la última —con ligeros olvidos que no alcanzan ni con mucho a redimirlo— el **Fructuoso Rivera** del señor **Manacorda** corresponde a la misma temperatura literaria que el “ecuménico” arcángel del señor **Ricardo Rojas**. Todo en él es “coruscante”, ensortijado y “dionisiaco”. Los motivos más lacios se “encarrujan” en sus manos, y hay que verlo con qué deleite retuerce su párrafo hasta que cae formando largas ondas. No quiero demorar, ni por un instante más, las “muestras” de esta prosa singular en que las metáforas se amontonan como en una vidriera de sortijas baratas.

“Ya tiene fama de guapo y renombre de bueno; una fama que se corre como un anuncio y un renombre que se queda como un camino” (página 12).

“Si hay un enfermo que atender, si un potro que ensillar, si una orden que cumplir, allí lo tienen; lo mismo se le ve en la desdicha del carretón, donde los niños gimen, que en la custodia de retaguardia, donde los jaguares aúllan” (página 21).

“Es un hombre que tiene lo suyo y lo reflejo, como casi todos los hombres, pero que lleva adentro un sol devastador que no hay poncho de tempestad que lo tape” (página 27).

“Delante del tempestuoso paisaje, como una flor encontrada en la hora de la tragedia, conoció el coronel Rivera a **Bernardina Fragoso**, joven de veintidós años, de San José nativa, tímida como una rosa y como la tórtola sensible” (página 43).

“El fatalismo de las mitologías de los paisanos se levantaba con la primera estrella. Y la ética de los campos guerreros asumía la desolación purpúrea de los atardeceres, amortajados por la lenta marea de las sombras” (página 51). “Cuando todos caen, él se mantiene; cuando asusta la soledad, él la espanta” (página 61).

“Los descontentos siembran la diatriba; el encono corre como una lava; la intriga disimula el rencor; la protección compra el lote de la esperanza y la parcela de la desgracia” (página 69).

“Es que la fuerza no está en la suma de las armas ni el triunfo es de la masa de los cuerpos. La victoria se cuenta por el penacho de idealidad que como una pluma va en el cintajo de los sombreros, o por el número de estrellas que en la frente traen los hombres” (pág. 94). “Siembra y multiplica las cartas a los cuatro vientos a ese mundo de amigos remotos que en su corazón giran como los astros en la órbita sideral” (pág. 123). “Contra el ventarrón de la rivalidad y el oleaje de las argucias está de pie” (pág. 143).

“Cuando la ruda boca de los gauchos, o la boca grandota de los negros, dice algo de él —oro y esmalte, llama encendida— es como si se abriera un sortilegio o encandilara un magia misteriosa” (página 159).

Lamento en el alma no poder continuar. Estamos a mitad del libro y nos aguardan aun luminosos torrentes de "oro y malte". Pero no hay más remedio que concluir. ¡Quién sabe por cuántos años nuestra pobre América continuará produciendo estas plantas tropicales! ¡Y quién sabe también cuántos siglos habrá todavía que esperar para que al hombre de la calle se le toma entre sus manos un libro de esta clase no se le ocurra respirar por esa prosa como frente a un modelo de una belleza inigualable!

### LA REVOLUCION DEL MACHETE

Cuando mi ilustre amigo el doctor Emilio Frugoni, decano de la Facultad de Derecho de Montevideo, y prestigioso letrado del socialismo rioplatense, tuvo la amabilidad de remitirme su recientísimo libro sobre la "revolución" uruguaya del 31 de marzo, me dispuse a leer con regocijo un análisis marxista de aquel golpe de estado. Suponia que en su calidad de socialista y de estudioso, el doctor Frugoni aplicaría a la historia americana ese penetrante método de análisis social que dió en manos de sus creadores varias obras magistrales: "La guerra de los paisanos en Alemania", de Engels; "El XVIII Brumario de Luis Bonaparte", de Marx.

¡Cuál no sería mi sorpresa al encontrarme con una "crónica" de la "revolución" - nerviosa, aguda, sarcástica.— pero en la cual la pintura de los hechos menudos hace olvidar más de una vez las corrientes poderosas que los sostienen y los orientan! El doctor Frugoni, se dirá, ha tenido una participación demasiado activa en los mismos sucesos que comenta, y lógico es que se detenga a veces con cierta complacencia en la narración exterior de la "petite histoire". Sin desconocer la legitimidad de esa observación, no creo que tenga mucho peso en el caso particular del doctor Frugoni. Conocedor experto de la realidad uruguaya y de los diversos factores que la animan, no fué de los "sorprendidos", en ningún momento, por lo que él llama el "derrumbe de la democracia en la Suiza americana". Por debajo de las ambiciones y de las intrigas, de los apetitos y de las pasiones, sabe que existen fuerzas poderosas sin las cuales toda explicación se detiene en la corteza de los fenómenos (página 141). Las páginas que dedica a buscar precisamente esos "factores fundamentales y decisivos" son, en mi opinión, las más serias y felices de su libro, y aunque mucho habría que discutir sobre la pretendida existencia de una "clase" burocrática, las que más alcanzan a explicar las grandes líneas del proceso. Pero esas páginas, nótese bien, aparecen una veintena en una obra de 250; intercaladas, además, un poco con desgano después de haber mencionado muchas veces el latifundio y el imperialismo, la gran estancia y la pequeña indus-



tria, no vinculan en ningún momento la situación uruguaya a tantos otros procesos similares de la política contemporánea que obedecen a igual determinismo.

Verdad es que el doctor Frugoni la compara a veces a las más notorias expresiones de los regímenes de fuerza; pero el análisis es tan vacilante y la expresión tan poco nítida, que el propio autor se olvida un poco de sus mismas conclusiones para intentar después un paralelo con cualquier motin de tierras cálidas.

Animado por los ideales del liberalismo, el libro del doctor Frugoni, tan sinceramente escrito y con un esfuerzo tan pleno de objetividad, deja por eso como conclusión una imagen de perfil algo borroso. La primera parte, "La revolución del machete", enuncia en lo esencial la misma tesis que la segunda parte. "Panorama político del Uruguay" repite y desarrolla. Resultan así numerosos zigzags y redundancias, ya que en vez de haber presentado ordenadamente la íntima relación de los partidos con las diversas capas de las clases sociales que interpretan, el doctor Frugoni ha gustado saltar de un aspecto a otro de su "panorama" con agilidad de polemista. Algunos episodios elocuentes, contados de manera magistral, ilustran con colores vivos el desarrollo de esta "historia política" que no quiso tener por inspiración y guía nada más que al "buen sentido" (página 7).

Lamentable autolimitación que no se justifica ni con mucho por el hecho de que el libro haya sido escrito, en gran parte, para una hoja popular. Para una revista yanqui de igual índole, compuso Marx su historia del 2 de diciembre. Con la única diferencia de que éste no creía en la capacidad del "buen sentido" para explicar desde la base los menores detalles de las luchas políticas. Opinaba que era menester rastrear hasta lo más profundo la situación y el antagonismo de las diversas clases sociales y de los políticos e ideólogos que las interpretan. Por eso, en vez de fulminar a Napoleón III como Víctor Hugo, o de interpretarlo a tuertas como Proudhon, se limitó a exponer de qué manera la lucha de clases había hecho nacer circunstancias y situaciones tales "que un personaje mediocre y grotesco pudo representar el papel de un héroe".



# **CURSOS y CONFERENCIAS**

*Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores*

Aparece el 30 de cada mes

La revista publicará las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dicten en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, revisadas y autorizadas por los profesores mismos.

En su sección de comentario a libros y revistas procurará reflejar, además, cuanto aparezca de significativo en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

*Suscripción anual, 12 \$ — Número suelto, 1\$50*

*Exterior, anual, 1 libra esterlina o 5 dólares*

*Dirección y Administración: Belgrano 1732.*

*Buenos Aires - Argentina*

---

## **COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES**

La formación del COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, expresión de la iniciativa privada, responde al siguiente fin:

Contará con un conjunto de cátedras libres, de materias incluidas o no en los planes de estudios universitarios, donde se desarrollarán puntos especiales que no son profundizados en los cursos generales o que escapan al dominio de las Facultades.

Ofrecerá sus cátedras a profesores universitarios de reconocida autoridad, y a las personas que, fuera de la Universidad, se han destacado por su labor personal. También organizará conferencias aisladas y fomentará los trabajos monográficos y las investigaciones originales, como complemento de los cursos del Colegio.

NI Universidad profesional, ni tribuna de vulgarización, el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES aspira a tener la suficiente flexibilidad que le permita adaptarse a las nuevas necesidades y tendencias.

Gérmén modesto de un esfuerzo en favor de la cultura superior, espera la contribución material, intelectual y moral de todas las personas interesadas en que aquella sea un elemento de acción directa en el progreso social de la Argentina.

## APARECIERON

*Introducción a la Sociología*

por Raúl A. Orgaz

*Anatole France*

por Luis Reissig

*Educación y Plenitud  
Humana*

por Juan Mantovani

## EN PRENSA

*Ambición y Angustia de los  
Adolescentes*

por Anibal Ponce

**EDITORIAL C. L. E. S.**

BELGRANO, 1732 U. T. 38-Mayo 2432

de 9 a 12 y de 16 a 20 horas

# CURSOS y CONFERENCIAS

## SUMARIO:

Emilio RAVIGNANI — ROSAS Y LA UNIÓN NACIONAL FEDERATIVA: III. *Rosas frente a los unitarios: contra el general Lavalle; primeras actitudes hacia el general Paz.*

José TUNTAR — LAS LUCHAS SOCIALES EN LA ANTIGUA ROMA: I.

Julia B. BOSCH VINELLI — LA COMISIÓN ORIENTAL EN ENTRE RÍOS.

Felipe COSSIO del POMAR — LOS "ISMOS" EN LA PINTURA CONTEMPORÁNEA: I. *Génesis de la pintura contemporánea.*

Aníbal PONCE — DIARIO INTIMO DE UNA ADOLESCENTE: V. *La voluntad de trabajo.*

AÑO III  
NUM. 3

Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores

Secretaría: BELGRANO 1732

BUENOS AIRES



# ESPASA-CALPE S.A.

HA PUBLICADO:

## **Cultura Femenina**

Por JORGE SIMMEL

Colección de los más recientes y brillantes ensayos del ilustre filósofo alemán.

Precio ..... \$ 6.60

## **Las Ideas Biológicas del P. Feijoo**

Por el Dr. GREGORIO MARAÑON

Notabilísimo estudio biográfico y crítico del gran hombre de ciencia español del siglo XVIII.

Precio ..... \$ 5.50

## **Discursos Internacionales**

Por SALVADOR de MADARIAGA

Recopilación de los discursos pronunciados por el autor en el desempeño de sus altos cargos políticos

Precio ..... \$ 2.75

### **OTRAS OBRAS DE INTERES**

Santuario, por William Faulkner, \$ 3.50 — Maura, por César Silió, \$ 2.75 — Nuevas aportaciones a la psicoanálisis, por Segismundo Freud, \$ 5.50 — Panislamismo, por M. Martínez Feduchi, \$ 2.20 — Estampas del camino, por Félix Urabayen, \$ 2.75 — Stadium, por Jacinto Miquelarena, \$ 2.20 — Mi vida, por Paulino Uzcudum \$ 2.75 —

De venta en todas las buenas librerías o en

**ESPASA-CALPE S.A.**  
TACUARI 328 BUENOS AIRES



**Biblioteca del Colegio Libre  
de Estudios Superiores**

- Volumen I:**  
**PROBLEMAS DE PSICOLOGIA INFANTIL**  
por ANIBAL PONCE
- Volumen II:**  
**ENSAYOS DE FILOSOFIA BIOLOGICA**  
por NARCISO C. LACLAU
- Volumen III:**  
**LA CONSTITUCION DE LOS POLISACARIDOS**  
por VENANCIO DEUI. OFEU
- Volumen IV:**  
**ARQUEOLOGIA Y ESTETICA DE LA  
ARQUITECTURA CRIOLLA**  
por ANGEL GUIDO
- Volumen V:**  
**BIOLOGIA DE LA GUERRA**  
por JORGE F. NICOLAI
- Volumen VI:**  
**EL CONTINENTE ROJO**  
por AUGUSTO BUNGE
- Volumen VII**  
**LECCIONES SOBRE COOPERACION**  
por NICOLAS REPETTO
- Volumen VIII:**  
**INTRODUCCION A LA SOCIOLOGIA**  
por RAUL A. ORGAZ
- Volumen IX:**  
**EDUCACION Y PLENITUD HUMANA**  
por JUAN MANTOVANI
- Volumen X:**  
**ANATOLE FRANCE**  
por LUIS REISSIG

**EN VENTA:**

**BELGRANO 1732 — U. T. 38 - 2432**

Pida ejemplares a la Secretaria del Colegio

# NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LETRAS,  
ARTE, HISTORIA, FILOSOFIA Y  
CIENCIAS SOCIALES

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI  
ROBERTO F. GIUSTI

SARMIENTO, 1479  
BUENOS AIRES

# A T E N E A

REVISTA DE CIENCIA, LETRAS Y  
BELLAS ARTES

Publicada por la  
UNIVERSIDAD  
de  
CONCEPCION

SANTIAGO — CHILE

# REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA  
HISPANICA

Director:

J. GARCIA MONJE

APARTADO, 533  
SAN JOSE — COSTA RICA  
CENTRO AMERICA

# E U R O P E

LA PREMIERE REVUE FRANCAISE  
DE CULTURE INTERNATIONALE

PARAISANT LE 15 DE  
CHAQUE MOIS

LES EDITION RIEDER

7, PLACE SAINT-SULPICE  
PARIS

# M O N D E

Directeur:

HENRI BARBUSSE

Grand journal hebdomadaire, internatio-  
nal, d'information littéraire, artistique,  
scientifique et sociale.

Prix d'abonnement:

Etranger, 1 an, 90 francs

Redaction et Administration:

50, Rue ETIENNE-MARCEL  
PARIS

Se reciben suscripciones en la revista  
NOSOTROS: Sarmiento, 1479, Bs. Aires

# CLARIDAD

REVISTA DE ARTE, CRITICA Y  
LETRAS

Tribuna del pensamiento  
izquierdista

Director:

ANTONIO ZAMORA

Administración:

SAN JOSE, 1641  
BUENOS AIRES

APARECE MENSUALMENTE  
Precio: 0.30 centavos



HERMANOS, Madrid - NICOLA ZANICHELLI, Bologna - FELIX ALCAN, Paris  
ISCHE VERLAGSGELLSCHAFT m. b. H. Leipzig - DAVID NUTT, London  
G. E. STECHERT & Co., New York - F. MACHADO & Cia. Porto  
THE MARUZEN COMPANY, Tokyo.

**Año 28.** REVISTA INTERNACIONAL DE SINTESIS CIENTIFICA  
**“SCIENTIA”** *Publicación mensual. — (Cada cuaderno de 100 a 120 páginas).*  
Directores: F. BOTTAZZI - G. BRUNI - F. ENRIQUES  
Secretario General: Dott. PAGLO BONETTI.

**NICA REVISTA** que tiene verdaderamente colaboradores en todo el mundo. . .  
**NICA REVISTA** de difusión mundial.

**NICA REVISTA** de síntesis y de unificación de la ciencia que trata todas las fundamentales de todas las ciencias: matemáticas, astronomía, geología, física, química, psicología, etnología, lingüística; de historia de las ciencias; y de filosofía científica.

**NICA REVISTA** que por medio de investigaciones entre los más eminentes sabios de todas las naciones (*Sobre los principios filosóficos de las diferentes ciencias; Sobre importantes cuestiones astronómicas del día; Sobre la contribución de los diferentes países de los ramos de la ciencia; Sobre las más grandes cuestiones biológicas, etc., etc.*) o los problemas fundamentales que llamen la atención de los sabios y de los intelectuales mundo y al mismo tiempo constituye la primera tentativa de organización internacional iento filosófico y científico.

**NICA REVISTA** que puede tener en calidad de colaboradores a todos los más sios del mundo.

publican en la lengua natural de sus autores y en cada cuaderno está adjunto un , llevando la traducción francesa de todos los estudios cuyo original no es francés. i revista puede ser leída aún por los que conocen tan sólo el idioma francés. (*Pidanse gratuitos de ensayo al Secretario General de “Scientia” Milano, enviando - a título de de los gastos de correo y envío - 50 céntimos de sellos postales del país de origen.*)

PRECIO DE SUSCRIPCION: L. 150

Fuertes rebajas se conceden a los que suscriben a más de una anualidad

órmes directamente a “SCIENTIA” Via A. De Togni, 12 - Milano 116 (Italia)

## JOURNAL PHILOSOPHY

eriodical is the organ  
philosophical discussion  
nited States. There is  
r journal in the field  
ific philosophy. It is  
rtnightly and permits  
k publication of short  
ions prompt reviews  
ly discussions.

16 St., New York City

per annum. post free  
cents per copy.

## ERKENNTNIS

zugleich Annalen der Philosophie

*Im Auftrage der Gesellschaft für empirische  
Philosophie, Berlin, und des Vereins Ernst  
March in Wien herausgegeben von*

**R. Carnap und H. Reichenbach**

*Jährlich 6 Hefte mit 30 Bogen zu RM 18.—*

Diese Zeitschrift für wissenschaftliche Philo-  
sophie ist nicht festgelegt auf die Methode  
eines philosophischen Systems, sondern will  
Philosophie nach den Methoden der Einzel-  
wissenschaften treiben, allein aus der Frages-  
tellung konkreter Probleme heraus.

Die Beiträge sind vor allem aus den  
Grenzgebieten der Mathematik, Physik, Bio-  
logie, Soziologie usw. entnommen, in denen  
diese Wissenschaften in philosophische Fra-  
gen einmünden. Mitarbeiter der “Erkennt-  
nis” sind daher nicht nur Philosophen, son-  
dern auch Fachwissenschaftler, die an der  
Grundlagenforschung ihrer Disziplin interes-  
siert sind. Philosophie und Fachwissenschaft  
zu lebendiger und fruchtbringender Arbeit zu  
vereinen, ist das Ziel der “Erkenntnis”.

*Probeheft versendet auf Anfordern*  
FELIX MEINER VERLAG IN LEIPZIG C 1

# LIBRERIA DE TOMAS PARDO

MAIPU 620 U. T. 31, Retiro 0496 BUENOS AIRES

Esta casa posee un gran surtido en obras científicas y literarias que renueva constantemente pues se reciben novedades por todos los correos y publica mensualmente una bibliografía que envía gratuitamente a quien la solicite.

TAMBIEN TIENE A LA VENTA NUMEROS SUELTOS Y  
RECIBE INSCRIPCIONES A

**CURSOS Y CONFERENCIAS**

(REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES)

## Colegio Internacional de Olivos

(Premiado con medalla de oro en la Exposición Universal  
de San Francisco de California)

DIRECTOR: FRANCISCO CHELIA

Alumnos Pupilos, Medio Pupilos y Externos. - Enseñanza  
Secundaria y Primaria - Incorporado al Colegio Nacional.  
Se preparan Alumnos durante las vacaciones

Este Colegio, considerado uno de los más perfectos internados de Sud América, está admirablemente ubicado sobre las barrancas de Olivos, en una extensión de cuatro manzanas, con vista al río. Amplios jardines, campo de FOOTBALL, cancha de pelota, etc. Dormitorios, comedores y clases construidas según las más modernas y mejores disposiciones al respecto. Gabinete de física, química e historia natural.

**A DOS CUADRAS DE LAS ESTACIONES DE  
OLIVOS (F.C.C.A.) Y BORGES (F.C.C.B.A. y R.)**

Número del teléfono: 90, OLIVOS

## Rosas y la Unión Nacional Federativa

Por EMILIO RAVIGNANI

### III

*Rosas frente a los unitarios: contra el general Lavalle;  
primeras actitudes hacia el general Paz.*

Una vez comprendida la formación del núcleo federal bajo la dirección del poderoso caudillo y gobernador de la provincia de Buenos Aires, corresponde retrotraer el proceso al episodio de cómo éste se enfrentó con los dos jefes del unitarismo: Lavalle en Buenos Aires, primero, y Paz en el interior, después.

Lavalle y Rosas, al chocar, representaban, en un momento dado, las cabezas prominentes de los dos partidos. Ya se vió como Lavalle triunfaba sobre Dorrego mediante la revolución del 1º de diciembre de 1828 y como Rosas fué a Santa Fe en procura de López para de allí regresar a Buenos Aires con las fuerzas federales. Mientras tanto Paz, viendo la forma en que se desarrollaban los sucesos del Litoral, y seguro de alcanzar un éxito más duradero en el interior, resuelve separarse del Jefe porteño y encaminarse a Córdoba, para convertir esta ciudad en centro de su acción; esta separación será tan definitiva que nunca más actuarán unidos en los campos de batalla, a pesar de militar en la misma tendencia. Lavalle, prácticamen-

te, había fracasado en su invasión a Santa Fe, y al replegarse sobre la provincia de Buenos Aires, las tropas de Estanislao López y Rosas le pisaban los talones, amenazándolo con un inmediato cruce del Arroyo del Medio: Simultáneamente, la campaña invadida por los federales entraba en una intensa agitación, seguida de alzamientos provocados por los agentes de Rosas, y que no pudieron ser dominados por Lavalle. Mas pronto el fracaso y muerte de Estomba, sumado a la derrota y muerte de Rauch en las Vizcacheras hizo que la campaña escapara al dominio de las fuerzas unitarias.

Pero aún más: en la ciudad de Buenos Aires, donde estos últimos habían conspirado con éxito y en la que contaban con más elementos, se acentuaba una inquietud, un desasosiego creciente. Los federales basados en el número aprovechaban cualquier circunstancia para exteriorizar su poder. Así, cuando se realizó en el templo de San Francisco el funeral por el descanso del alma de Dorrego, la concurrencia entre la cual se hallaban sus ex ministros, desbordó en forma tal, que los periódicos se vieron forzados a confesarlo. Díaz Vélez, ministro de gobierno de Brown, gobernador sustituto, traduce esta atmósfera política en su correspondencia; en una carta a Paz, que se dirigía a Córdoba, según se dijo, le pide el regreso inmediato con sus fuerzas para tonificar la situación. Llamamiento inútil.

Y así, a comienzos de 1829, se va precipitando el desenlace. El 11 de abril, Rosas, comandante general de campaña del gobierno federal depuesto, reaparece en San Nicolás ejerciendo su autoridad según puede inferirse del siguiente episodio. Se trata de una nota dirigida a Cipriano Zeballos, en donde le expresa que "La autoridad legítima de esa Provincia ejercida por el Sr D. Manuel Dorrego me confirió el nombramiento de Gral de las fuerzas de Buenos Aires en los aciagos días primeros de Dic-<sup>c</sup> pasado. Yo era ya comond.<sup>te</sup> gral de campaña, y estos dos nombramientos me han sido confirmados por el Exmo Sor Gral D. Estanislao Lopez, quien esta debidamente autorizado por la Represent-<sup>on</sup> soberana de los Pueblos residentes en Santa Fe. A mas de esto me ha hecho el honor de nombrarme segundo Gener<sup>l</sup> del Egercito dela Union. Tengo pues títulos sobradamente legítimos p. considerarme la 1-<sup>a</sup> autoridad militar dela Provincia. Por esta consideración, y por que jamas fui amigo de desordenes procuro disminuir en cuanto pue-

do los que la funesta guerra civil hace inevitables. Cuando la resistencia es inutil provoca las violencias, y estas no conocen termino." <sup>1</sup>

Después de este introito, prosigue proponiéndole el sometimiento, pues "La tiranía sangrienta y barbara de Lavalle ya acabó Señor por que es imposible que con tan poca fuerza recista el poder de este egercito, el de las diviciones del Sud, y el torrente dela opinión en B.<sup>a</sup> a.<sup>a</sup> que ya se desborda. Sostener su partido es escitar las violencias; y en ese Pueblo se sentirian las mas lamentables, sin que nadie si no sus autoridades puedan culparce detales desgracias. V seria una delas primera victimas, y V. puede salvarse y salvar a S. Nicolas réndiendolo. No tema V. los desordenes: el Gral en gefe le da a V. suficientes seguridades si su palabra vale algo sela empeño tambien. Nadie será insultado, las propiedades seran respetadas Yo mismo iré, y conservaré el orden en ese Pueblo si V. V. lo consideran neces.<sup>o</sup> todo lo pasado se mirará como no sucedido: pero si asi no fuese, si V- se empeñaze en resistir, todo el rigor dela guerra se descargará sobre V. V. y ese Pueblo detestará a V., si salva, p.<sup>a</sup> siempre, pues pudo librarlo de tal calamidad, y no quiso. Entreguese Señor asus compatriotas de quienes nada tiene que temer, ó arrojece V. mismo al suplicio. En su mano esta la eleccion. Escoja." <sup>2</sup>

Zeballos, a pesar de la intimación, se mantuvo fiel a los unitarios y resistió con éxito los ataques federales; pero más que el episodio en sí interesa desprender de su contenido la importancia que Rosas adquiere en cuanto pisa la campaña de su provincia, pues preanuncia con ello, al futuro negociador de los pactos con Lavalle. Este, en cambio, siente desfallecer a los partidarios civiles, quienes midiendo la gravedad del momento, buscan una retirada salvadora. Todos creyeron encontrarla en San Martín, que de regreso de Europa, después de su voluntario alejamiento, se proponía vivir los últimos años de su existencia en la tierra que había libertado.

Sabían los unitarios, por otra parte, que los federales ya con anterioridad pensarían atraérselo: de aquí que aspiraran adelantarse a sus rivales. En efecto, el 4 de abril de 1829, La-

(1) *Archivo general de la Nación*, Buenos Aires, *Correspondencia particular del General D. Juan Lavalle*, 1812-1838.

(2) *Archivo general de la Nación*, Buenos Aires, *leg. cit.*: Rosas terminaba su carta así: "Espero su decicion con ancia".

valle, desde su cuartel general en el Saladillo le escribía a San Martín que "Los señores coronel don Eduardo Trolé y don Juan Andrés Gelly, salen en este momento de mi cuartel general para Montevideo, y los he autorizado para que hablen a Ud. en mi nombre. Quiera Ud. dignarse oírlos, general."<sup>1</sup>

No entra en mi propósito seguir esta negociación con San Martín para entregarle el Gobierno de Buenos Aires; sólo diré que fracasó por completo y que de resultado de ésto. Lavalle, como jefe militar que asumiera la responsabilidad del movimiento del 1º de diciembre, se verá pronto abandonado por casi todos sus amigos. El tono mismo de la respuesta de San Martín le hará meditar sobre el irreparable error cometido con Dorrego; en ella le decía: "Los señores Trolé y don Juan Andrés Gelly me han entregado la de Ud. de 4 del corriente. Ellos le dirán cuál ha sido el resultado de nuestras conferencias; por mi parte siento decir a Ud. que los medios que me han propuesto no me parece tendrían las consecuencias que Ud. se propone para terminar los males que afligen a nuestra patria desgraciada. Sin otro derecho que el de haber sido su compañero de armas, permítame Ud., general, que le haga una sola reflexión, a saber, que aunque los hombres en general juzgan de lo pasado, según la verdadera justicia, y de lo presente, según sus intereses, en la situación en que Ud. se halla, una sola víctima que pueda economizar a su país, le servirá de un consuelo inalterable, sea cual fuere el resultado de la contienda en que se halla empeñado, porque esta satisfacción no depende de los demás, sino de uno mismo."<sup>2</sup>

López y Rosas avanzan sobre la capital, mientras la población de la campaña responde con decisión al segundo. Lavalle, dispuesto a defender su posición se les cruza en Puente de Márquez, produciéndose la batalla del 26 de abril de 1829; y aunque ambos contendientes se atribuyen la victoria, lo cierto es que el jefe unitario se vió prácticamente reducido a la defensa del recinto urbano de la capital, que vivió días de gran excitación, sobre todo cuando las partidas federales dominando los caminos de acceso impiden el abastecimiento.

Pronto sobreviene una gran desorientación en los dirigentes unitarios. Por consejo de Julián S. de Agüero se pro-

(1) *Mariano de Vedia y Mitre. Estudio preliminar a Pedro Lacasa. Lavalle. ed. La Cultural Argentina.* p. 69. Buenos Aires, 1924.

(2) *Mariano de Vedia y Mitre. Estudio preliminar. cit.,* p. 61.

duce el retiro de Brown como gobernador sustituto, a fin de que lo reemplace otro dotado de más energía. El ministro Díaz Vélez, después de Puente de Márquez, trata por su lado de levantar el ánimo de Lavalle, según se infiere de su carta de 28 de abril escrita a las tres y media de la tarde, y que comienza así: "Mi querido Gral, acaba de recibir el S.<sup>or</sup> Rodriguez la queja escrita de la chacra de la Larrea a la una de hoy, y dice en contextación q.<sup>e</sup> mañana le mandara todo lo q.<sup>e</sup> le pide, deviendo haber llegado ya los caballos, municiones &<sup>a</sup> según avisa el conductor de la carta."

"Felicitó á Vd por el triunfo, aunq.<sup>e</sup> no sea decisivo. Ya me havia felitado antes; pues contra (la) opinion de muchos inveciles siempre sostuve con el Gral q.<sup>e</sup> la accion era ganada. Al fin tuve q.<sup>e</sup> manifestar la carta en q.<sup>e</sup> avisava el movimiento q.<sup>e</sup> iba á hacer de flanco. Huvo un respetable S.<sup>or</sup> q.<sup>e</sup> decia esa noche, como por pifia, á un su amigo; —Fulano la cartita— cuando les salio el susto del cuerpo, yo le heche tanvien mis chinitas." <sup>1</sup>

En seguida documenta la eliminación de Brown en forma cruda, diciendo: "Vaya de intrigomagua: Hoy havia ya hecho su renuncia nro viejo; sinduda fué consejo de su compadre el capon. Ya havia ayer presentido sintomas de podredumbre, porq.<sup>e</sup> revoloteavan cuervos. Vi al viejo lo inflame de un modo justo; le hable de influjo de Parish, de Ingleses &<sup>a</sup> quedó confortado, desistio, y me entregó para satisfacerme la carta en q.<sup>e</sup> pedia á vd su separacion, y todo queda como antes estava." <sup>2</sup>

Pero este paliativo no es sino el principio del fin. Cuatro días más tarde, el aconsejador Agüero, cabeza prominente de la logia unitaria decembrista, sintiendo confusión en la propia, decide retirarse del país, decepcionado, según se lo confiesa a Lavalle en 30 de abril de 1829. Comienza por expresarle que "Con no poca violencia voi a cumplir un deber que me impone acia V. la amistad, y mi propio honor. Despues de todos los sinsabores q.<sup>e</sup> me ha dado en esta epoca la conducta de los hombres de nro país, anoche he sabido con grande sorpresa e indignacion, no ya q.<sup>e</sup> se desea una transaccion, sino

(1) *Archivo general de la Nación*, Buenos Aires, *Correspondencia particular del General D. Juan Lavalle*, 1812-1838.

(2) *Archivo general de la Nación*, Buenos Aires, *Correspondencia particular del General D. Juan Lavalle*, 1812-1838.

q.º el hecho se ha abierto al efecto una negociación con Rosas. Fácil me sería descubrir el verdadero origen de esta intriga, cuyos autores me parece q.º toco; pero no quiero dar lugar a q.º en estos momentos se crea q.º me dejó llevar de antiguos resentim.<sup>tos</sup> Si fueran otros los hombres de nro país, ya habrían arrastrado por las calles a los infames que así tratan de sacrificar a los hombres honrados con la idea de sacar ellos ventajas de semejante traición: le juro a V. q.º yo habría ya promovido que se validase un ejemplar tal, si me fuera posible resolver me a salir de la posición en q.º (*me*) ha colocado mi delicadeza." <sup>1</sup>

Véase como el simple rumor de un posible entendimiento con Rosas, produce el abandono de parte de sus amigos. Agüero traduce con su carta una crisis dentro del partido y como ya nada puede hacer, decide retirarse: "Yo me he cansado ya de hablar, —agrega— nada saco, ni es posible sacar. Sería la última prueba de la indolencia de nro pueblo, si en este orden de cosas, no hai el día menos pensado un movim.<sup>to</sup> q.º sin duda agrabara nros males, y en movim.<sup>to</sup> en q.º yo no podre dejar de ser envuelto."

"En situación tal, he tomado hoy la resolución desesperada de dejar el país: desesperada, digo, —por q.º yo solo sé lo q.º esto me cuesta. Antes de tomarla, entre las cosas q.º me han tormentado, la principal ha sido la impresión q.º esto podría hacer en V. Pero es imposible q.º yo pueda, conservar por más tiempo la posición en q.º me hallo, y de q.º no hai poder humano q.º me haga salir, consig.<sup>te</sup> a lo q.º francam.<sup>te</sup> he dicho a V. muchas veces. Mis amigos me estrechan hace tiempo; pero aun cuando yo me creyera con la capacidad q.º reclaman hoy las circunstancias, mi honor es para mí lo primero: solo mi ausencia puede salvarme de este conflicto. Algunos supondrán que el temor me obliga a tomar esta medida; pero digan enhorabuena lo q.º quieran: yo nada temo, y creo q.º nada debe temerse menos q.º esa horda de vandalos, mientras ese ejército subsista y por parte de la capital haya una regular cooperación." <sup>2</sup> Grave debía ser el momento, tan grave

(1) *Archivo general de la Nación*. Buenos Aires, *Correspondencia particular del General D. Juan Lavalle*, 1812-1838.

(2) *Archivo general de la Nación*. Buenos Aires, *Correspondencia particular del General D. Juan Lavalle*, 1812-1838.



que conducirá al destierro a otros, como ser, Bernardino Rivadavia.

Díaz Vélez, consciente de la gravedad de la crisis, transmite sus reflexiones a Lavalle el 1 de mayo; no puede ocultar que la retirada de Agüero es un golpe de trascendencia que ni con la sustitución de Brown por Martín Rodríguez, asistido por un consejo de gobierno creado para robustecer la autoridad ejecutiva puede atajarse. De la logia unitaria, le quedaba a Lavalle, como de más volumen, Salvador María del Carril, su ministro de Gobierno. Fué su gran animador al orientarlo mediante lecciones de crudo maquiavelismo a emplearse en el trato con los federales.

Pero volvamos al proceso. Las sospechas de Agüero no eran infundadas: en efecto, entre Estanislao López y Lavalle se produce una primera tentativa de avenimiento. López destaca un parlamentario, primero, y en seguida a Domingo de Oro, hombre de su confianza, en calidad de comisionado. El grupo unitario, con Carril de dirigente pretende imponer como primera condición, el retiro total de Rosas, exigencia ésta que hace fracasar instantáneamente la negociación.

Al poco tiempo, el gobernador santafecino deja el mando de las operaciones militares, que se confían por entero a Rosas, quién dominando la campaña, sitia, prácticamente, a la ciudad de Buenos Aires, privándola de carne, vale decir, de su alimentación. En esto sobreviene una contingencia favorable a los planes federales: me refiero al secuestro de los buques argentinos por la escuadra francesa.

El conflicto tiene su origen en el enrolamiento de súbditos franceses. Las necesidades de la defensa de la ciudad indujo al gobierno a crear un batallón de extranjeros, formándose, así, el denominado Amigos del orden. Producida por ello una reclamación del cónsul francés, pronto se transformó en conflicto que culminó en el recordado apresamiento de los barcos argentinos. Esto privó a los unitarios del dominio del río y de la posibilidad de surtirse de carne en la costa uruguaya. El hambre y el descontento pronto se hicieron sentir, estado que el propio Carril participa a Lavalle que no encuentra solución conveniente. Fué en estos momentos que aparecen mediadores entre Lavalle y Rosas, o sea, Pueyrredón, Tagle, Alzaga y al agente inglés Parish.

Cuando las gestiones se hallan adelantadas, Lavalle resuelve entrar en contacto directo con Rosas. Al efecto, en 14 de junio, desde su cuartel general de Los Tapiales, le escribe como a "Estimado compatriota: Desde que el gobernador López evacuó el territorio de la provincia, y desde que en la actual lucha no hay sino porteños, no he excusado medio alguno de los que pueden llevarnos a una conciliación que negué antes al más tenaz y encarnizado enemigo de nuestra provincia. Consentí en la correspondencia del señor Pueyrredón y en el viaje del señor Tagle que habían sido invitados por Ud. al mismo fin. Creo que la conferencia de Ud. con el último de aquellos señores no ha sido estéril, y desde que concebí que era fácil terminar amigablemente esta guerra desgraciada y funesta para Buenos Aires, me resolví a enviar a su campo a los señores Alzaga y Sarratea, cuyos conceptos tendrá Ud. la bondad de oír como si fueran emanados de mí. Concluyo esta carta sometiendo a su juicio si será posible restituir a la provincia su tranquilidad y establecer la concordia entre nosotros sin que de una y otra parte haya buena fe, deseo positivo de no consumir la ruina de nuestra patria y disposición a hacer los sacrificios que se nos exijan."<sup>1</sup> Por último, cierra su misiva con "un abrazo de sincera confraternidad". He aquí planteado el desenlace que estará supeditado, exclusivamente, a la voluntad de estos dos protagonistas.

A Lavalle lo acicatea el deseo de terminar pronto y con su habitual valentía se conduce, en persona, al campamento de Rosas. Merced a un rápido entendimiento, se firma el 24 de junio de 1829 el pacto de Cañuelas, que conocido en Buenos Aires produce serias discrepancias entre los unitarios. El documento, que señala una etapa esencial de la política interna argentina, se celebra entre Lavalle como gobernador provisorio de la provincia de Buenos Aires, y Rosas, en calidad de Comandante general de campaña -- obsérvese como se le ratifica el título que le venía desde 1827---, a los efectos, "de poner termino a los disturbios que han afligido ala Provincia, y restablecer en ella el orden y la tranquilidad desgraciadam.<sup>te</sup> perturbadas". La parte dispositiva se integra con los siete artículos siguientes:

<sup>1</sup> Véase *Memorias de Lavalle y Mitre. Estado provisório*, cit., p. 82.

“1º Cesaran las hostilidades, y quedaran restablecidas, desde la fha de la presente Convencion, todas las relacion.<sup>s</sup> entre la Ciudad y la Campaña.

2º Se procederá ála mayor brevedad posible, ála eleccion de Representantes de la Provincia, con arreglo alas Leyes.

3º Quedando como queda; el Comandante General D.<sup>n</sup> Juan Man.<sup>l</sup> Rosas, especialmente encargado de mantener y conservar la tranquilidad y seguridad de la Campaña, tomara todas las medidas que jusgue convenientes, y proveerá, con noticia del Gobierno, los empleos establecidos por las Leyes, y los mas que atendidas las circunstancias extraordinarias, creyese necesarios, para el regimen y policia de ella, hasta la instalacion del Gobierno permanente; debiendo ser auxiliado por el Gobierno Provisorio con los recursos de todo genero necesarios para este servicio.

4º Verificada que sea la eleccion del Gobierno permanente, el Gobernador Provisorio D.<sup>n</sup> Juan Lavalle, y el Comandante Gn.<sup>l</sup> D.<sup>n</sup> Juan Man.<sup>l</sup> Rosas, le someteran las fuerzas de su mando.

5º El Gob.<sup>no</sup> de la Provincia reconocerá y pagará las obligaciones otorgadas por el Comandante Gen.<sup>l</sup> Rosas, para el sosten de las fuerzas de su mando.

6º Los Gefes y oficiales de linea y de milicias que han estado alas ordenes del Comandante Gen.<sup>l</sup> D.<sup>n</sup> Juan Manuel Rosas, tienen opcion álos goces que les correspondan en sus respectivas claces.

7º Ningun individuo, de cualesquiera clace, y condicion que sea, será molestado ni perseguido por su conducta ú opiniones politicas, anteriores á esta Convencion: las autoridades seran inexorables, con el que de palabra o por escrito, contravenga á lo estipulado en este articulo.”<sup>1</sup>

Pero no fué este pacto público —diré— el único suscrito en “las Cañuelas, Estancia de Miller”: existió otro secreto de importancia por lo que sobrevendrá al poco tiempo. Algunos historiadores pusieron en duda su existencia, hasta que por su aparición entre los papeles del *Archivo de Lavalle*, quedó disipada. Agregaré por mi parte, que en los periódicos políticos de la época ya se le dió a conocer y comentó con detenimiento.

(1) *Archivo general de la Nacion*, Buenos Aires. *Correspondencia particular del General D. Juan Lavalle*, 1812-1838.

El pacto *secreto*, en realidad perfeccionaba al público, transcripto, y según se infiere de la parte final, tenía la misma fuerza al quedar incorporado a éste. El contexto prueba mejor que nada lo que sostengo al decir:

“1º Que para la solidez y estabilidad de la Convención celebrada en esta fecha, y a la paz pública que es su efecto, es necesario evitar, en cuanto sea posible, que uno u otro de los partidos que se han combatido se crea sacrificado a la influencia decisiva de otro.

2º Que para ésto sería preciso que la dirección de los negocios públicos recayese en personas que por su carácter y principios conocidos, por su espíritu de moderación y por su firmeza puedan aquietar los ánimos e inspirar confianza a todos.

3º Que en el estado de irritación y encarnizamiento a que han llegado los ánimos en la presente lucha, y últimamente que sería aumentar la discordia dejar sólo a las maniobras de los partidos las elecciones populares, hemos convenido en lo siguiente:

Artículo único: Ambos contratantes emplearán todos los medios legales que les dan su posición o influencia para la elección de Representantes de la Provincia recaída en las personas de don Diego Estanislao Zavaleta, Nicolás Anchorena, Marcelo Gamboa, Manuel Pinto, José María Escalada, Vicente Martínez, Nepomuceno Terrero, Pedro Trapani, Juan Andrés Gelly, Gregorio Perdriel, Francisco Silveyra, Eustoquio Díaz Vélez, Celestino Vidal, Pedro Medrano, Justo García Valdez, Justo Villegas, Alvaro Barros, Felipe Senillosa, Juan Angel Vega, Manuel Guillermo Pinto, Juan del Pino, Faustino Lezica, Romualdo Segurola, Miguel Marín, Juan José Paso, Victorio García, Manuel Insiarte, Manuel Obligado, Braulio Costa, Lorenzo López, Juan Bautista Peña, Marcos Balcarce, Manuel Vicente Maza, Felipe Arana. Suplentes para caso de renuncia: don Mariano Andrade, Julián Viola, Manuel Rivero, Jacinto Cárdenas, Matías Irigoyen, Gervasio Posadas, Juan Ramón Balcarce, Carlos Villademoros, Juan Miguens, Matías Rivero, León Rosas, Angel Molino Torres, Luciano Montes de Oca, Vicente Arraga, Juan José Viamonte, Ezequiel Madero, Tomás Anchorena, Ramón Olavarrieta, José Miguel Díaz Vélez, Pedro José Crespo, Roque del Sar, Eusebio Me-

drano, Manuel Hermenegildo Aguirre, Joaquín Belgrano, Gregorio Tagle, José Ferrari, José Antonio Rodríguez, Santiago Rivas, el cura de Arrecifes N. Dupuy."

"Para gobernador de la Provincia en la de don Félix Alzaga; para ministro de gobierno en la de don Vicente López; para ministro de hacienda en la de don Manuel García; quedando en la voluntad del gobernador de la provincia el elegir la persona que deba desempeñar el ministerio de guerra.

"Declarando como declaran que la composición del gobierno y Sala de Representantes en la manera que va expresada es la base fundamental, y condición precisa para que tenga efecto todo lo pactado en la convención celebrada en esta fecha, este artículo tendrá igual fuerza que si fuese inserto entre los demás de la dicha convención."<sup>1</sup>

Como se verá más tarde, este compromiso quedó anulado expresamente. Pero no nos adelantemos. Lavalle, el 25 de junio con un manifiesto dirigido al pueblo de Buenos Aires explica un acto de tanta trascendencia, haciendo notar que se ha "separado de las escisiones escageradas de todos los partidos. He jurado olvidarlo todo —agrega—: porque en los que eran mis contrarios no he encontrado sino Porteños dispuestos á consagrar el honor de su Patria los brazos que alzaron contra sus hermanos".<sup>2</sup>

Al mismo tiempo, Rosas traduce a Lavalle una gran amistad, fuerza que éste retribuye en carta según resulta de otra de 9 de julio, en donde, a manera de confesión le dice: "Tengo, amigo, la cabeza firme. Me he propuesto un plan y lo he de seguir inalterablemente; conozco un poco el corazón humano, para que puedan desviarme las quejas de unos, los clamores de otros, las intrigas y las calumnias de algunos y la agitación de todos. Marcho firme como una roca hacia la reconciliación de los dos partidos, porque no veo otro medio de restituir a nuestro pobre país la tranquilidad, la prosperidad y la dicha. Trabajo también para reconciliarlo a Ud. con mi partido y por reconciliarme con el suyo. Pero la base de esta grande y difícil obra, estriba en la amistad de nosotros dos, y en que los males pierdan la esperanza en dividirlos. Usted pue-

(1) *Mariano de Vedia y Mitre, Estudio preliminar, cit., p. 86 y 87.*

(2) *Archivo general de la Nación, Buenos Aires, Correspondencia particular del General D. Juan Lavalle, 1812-1838.*

de estar seguro de mi anhelo por cultivar y fortalecer nuestra amistad, tanto porque ella es necesaria a nuestra patria como porque fuera de los sucesos que nos han hecho contrarios, siempre debió Ud. simpatía a su amigo.—”<sup>1</sup>

Ahora bien, todo lo que sigue sólo se comprenderá teniendo en cuenta el pacto secreto: de su cumplimiento dependerá la conclusión de la lucha. Pero tanto los unitarios, como los federales, lo violaron en las elecciones de 26 de julio, que debieron ser el punto final de la contienda. En la ciudad, donde aún gobernaban los unitarios con Carril, se hizo presión en las mesas electorales: comicio en donde parecían llevar ventaja los federales, se clausuraba y anulaba el acto, fuera de la presión individual en los restantes. Practicado el escrutinio, dió 2775 votos a los unitarios y 520 a los federales. Rosas, que de todo tenía menos de ingénuo, se pretextó de lluvia, hizo suspender la votación en la campaña, porque de este modo guardaba en sus manos el arma suficiente como imponer una solución. Noticiado de los incidentes y del resultado en la capital, con las fuerzas en pie de guerra, se dirige al ministro Carril, el 1 de agosto, en los siguientes términos: “El infrascripto, Comandante General de Campaña, acaba de recibir una nota del señor ministro de gobierno, fecha 28 de julio ppdo., en la que le comunica los ciudadanos que han resultado electos para representantes por la ciudad en las elecciones practicadas el 26. En contestación es del deber del que firma poner en conocimiento del señor ministro, que todos los días se le presenta en número considerable de ciudadanos, habitantes de la ciudad, quejándose de no haber podido sufragar en las elecciones del 26, por haber encontrado trabadas las libertades que acuerdan las leyes para este acto, como también de las violencias cometidas en dichas elecciones; y por los resultados que pueda tener lo lleva a la consideración del gobierno.”<sup>2</sup>

Carril, siguiendo su plan, pensó salvar la dificultad con argucias legales, sosteniendo que Rosas no era el juez de la elección. Claro está que sometido el acto eleccionario a la nueva Junta de Representantes, compuesta por miembros cuyos propios diplomas se los atacaba como nulos, el fallo no era dudo-

<sup>1</sup> *Martín de Vélez a Mitre, Estudio preliminar, cit., p. 85.*

<sup>2</sup> *Martín de Vélez a Mitre, Estudio preliminar, cit., p. 91.*

so: asumían la función de juez y parte. Rosas no era hombre de aceptar una solución tan burda y de fácil pronóstico.

Seguro Lavalle de la reanudación del conflicto si se persistía en la actitud de Carril, que se afirma no fué comunicada, en 3 de agosto escribe a Rosas, como amigo, lo siguiente: "El señor coronel Pacheco, mi antigua amigo y camarada, está autorizado por mí para explicar a Ud. la causa de mi silencio. Estoy seguro que Ud. me dará la razón. El señor Pacheco referirá a Ud. también cuanto hemos hablado. Por ello, vendrá Ud. en conocimiento de mis vivos deseos por la paz pública a pesar de cuanto hayan dicho a Ud. los que han salido de la Capital, y a pesar de las medidas de guerra que he tomado obligado por la necesidad de prepararme a la defensa. Yo, mi estimado amigo, estoy dispuesto a multiplicar por la paz y la felicidad de este infortunado país los sacrificios personales que he hecho ya. Pero si una ciega fatalidad se hubiese obstinado en despedazar nuestra patria con un nuevo rompimiento de guerra, me someteré gustoso al juicio de nuestros contemporáneos, de la posteridad y del cielo mismo, en cuyo severo tribunal me presentaría sin un átomo de remordimiento. Yo diría en mi defensa que la desdicha de mi patria no había sido causada por mí. En fin, mi amigo, cualquiera sea la suerte que el destino nos prepara, Ud. debe estar seguro que conservaré siempre la simpatía que Ud. me inspiró en las Cañuelas, y que desearé estrechar nuestra amistad con un vínculo muy fuerte, tanto por el país como por satisfacer mi inclinación particular".<sup>1</sup>

Lo transcrito traduce un decidido propósito de abandonar la lucha, a pesar de las incitaciones de los pocos unitarios que le quedaban, entre ellos su ministro Carril.

El mensaje verbal de Pacheco y la carta de 3 de agosto, precedente, motivó la respuesta afectuosa de Rosas, de 6 de agosto, que comienza con un "Querido amigo", y prosigue: "Nuestro amigo Pacheco me entregó su estimable del 3 en que tanto me favorece su amistad. La he leído con gusto, y he escuchado las indicaciones que me transmite por el órgano de este amigo. Siempre me encontrará Ud. pronto a todo lo que considere justo y que crea poder servir a poner término a nuestras desgracias. El mismo le impondrá de mi modo de ver hoy

(1) *Mariano de Vedia y Mitre, Estudio preliminar, cit., p. 93.*

el grande asunto que nos ocupa. Persuádase Ud. de mis ardientes deseos por la felicidad del país, de la buena fe con que he procedido y procederé siempre, y partiendo de este principio no pierda los instantes de hacer a su patria un grande servicio. Desde que Ud. tuvo la bondad de honrarme incluyéndome en el número de sus amigos, yo lo soy de Ud., y si media sobre lo que vale la amistad de un hombre de bien, y lo difícil que es encontrar un amigo de esta clase, verá sin duda que jamás ha de tener motivos por qué arrepentirse de haber dado lugar en su amistad a su apasionado compatriota.”<sup>1</sup> En realidad las cosas se producían tal como Rosas lo deseaba, y la renuncia de Carril, presentada el día 5, despejaba el camino por completo. Era un adversario enconado más que desaparecía y que librando a Lavalle de toda presión y consejo, del lado unitario, le hacía caer, animado de su ardiente deseo por la paz, en las bien tendidas redes de Rosas.

Y así fué como, pocos días más tarde, el 24 de agosto de 1829, se firma el fundamental pacto de Barracas. En su artículo 1º se disponía que: “El actual Gobernador, y el Comandante General de Campaña, nombrarán un Gobernador Provisorio, cuyas facultades no sólo serán las que ordinariamente corresponden á los Gobernadores de la Provincia, sino las estraordinarias que se consideren necesarias al fiel cumplimiento de los artículos de esta Convencion, y á la conservación de la tranquilidad pública.”<sup>2</sup> Por el artículo 2. este pacto se convertía en adicional del de Cañuelas, al asentarse que: “Para tomar posesion del mando, el Gobernador Provisorio jurará en manos del Presidente de la Camara de Justicia, y en presencia de las corporaciones, ejecutar, cumplir, y hacer cumplir la Convencion de 24 de Junio, y los presentes artículos adicionales, proteger los derechos de libertad, propiedad y seguridad de los ciudadanos, promover por todos los medios posibles el restablecimiento de las instituciones, cultivar la paz y buena inteligencia con todos los pueblos de la República, y desempeñar los demas deberes de su cargo.”<sup>3</sup> Los artículos 3 y 4 fijaban el alcance a la autoridad del nuevo gobernador, porque “Desde el

(1) *Mariano de Vedia y Mitre. Estudio preliminar, cit., p. 94.*

(2) [Pedro de Angelis]. *Recopilación de las leyes y decretos promulgados en Buenos Aires, desde el 25 de mayo de 1810, hasta fin de diciembre de 1835, con un indice general de materias, segunda parte, pp. 972 y 973. Buenos Aires, 1836.*

(3) [Pedro de Angelis]. *Recopilacion, etc., cit., segunda parte, p. 973.*



mismo día en que entre en posesión del mando el nuevo Gobernador, se pondrán á su disposición, jurándole obediencia, todas las fuerzas de tierra y de mar que cada uno de los respectivos gefes tiene á sus órdenes, y la autoridad del nuevo Gobernador quedará reconocida en todo el territorio de la Provincia.”<sup>1</sup> Debía, también, proceder al nombramiento de sus ministros (art. 4). Los artículos 5, 6 y 7, instituían un Senado Consultivo, detallando su composición. Pero el artículo más importante es el 8º porque por él se nombraba “el Señor General D. Juan José Viamont, Gobernador provisorio de la Provincia de Buenos Aires.—”<sup>2</sup> Esta era la coronación del pacto, o sea la eliminación definitiva del gobierno de Lavalle y la anulación simultánea del pacto secreto, la que fué expresamente establecida así: “En virtud de los graves motivos que se han tenido presentes para estipular en esta fecha los artículos a la Convención de 24 de junio del corriente año, que de hecho anulan el tenor del artículo único y secreto relativo a elecciones, lo declaran sin efecto los jefes contratantes; y de común acuerdo convienen en que la declaración sobre la composición del Gobierno y Sala de Representantes cual entonces se dió por base fundamental, y condición precisa para todo lo pactado en la citada convención, se tenga por no puesto, quedando en consecuencia en toda su fuerza y valor la citada convención y los artículos adicionales. A la margen derecha del Río Barracas, en la quinta de Piñeiro, a veinticuatro de agosto del año mil ochocientos veinte y nueve.”<sup>3</sup>

El 26 de agosto Lavalle entregaba el gobierno a Viamonte y sus funciones se reducían a la inspección del arma de caballería. Pero el tono que Rosas daba al triunfo federal, le hizo comprender que la anhelada conciliación de los partidos era una utopía. Al poco tiempo abandonó todo cargo y emigró a la Banda Oriental del Uruguay para reincorporarse a la acción de los demás unitarios.

Mientras Viamonte desempeñaba su mandato transitorio, designando ministros y haciendo funcionar el Senado Consultivo, Rosas preparaba su futuro gobierno. Después de unos tanteos sobre una nueva Junta de Representantes, se decidió

---

(1) [Pedro de Angelis]. *Recopilación, etc., cit., segunda parte, p. 973.*

(2) [Pedro de Angelis]. *Recopilación etc., cit., segunda parte, p. 973.*

(3) Mariano de Vedia y Mitre. *Estudio preliminar, cit., p. 87.*

reinstalar la que había sido disuelta por la revolución de 1 de diciembre de 1828, acto que se llevó a cabo el 1 de diciembre de 1829, un año exacto a partir del movimiento de Lavalle. El 6 de diciembre la Junta dispone por ley la elección de Gobernador propietario con facultades extraordinarias, ley a la que se da cumplimiento eligiendo en el acto al coronel Juan Manuel de Rosas, quién presta juramento y toma posesión del mando, el 8 de diciembre de 1829. Este acto no es más que la ratificación de su predominio político en Buenos Aires, que irá extendiéndose paulatinamente sobre todo el país, y perdurará hasta el derrumbe en Caseros.

El triunfo sobre Lavalle es un paso, mas no el definitivo: aún queda en pie y con un prestigio ascendente en Córdoba, el general José M. Paz. Es un adversario que ofrecerá una resistencia mayor y que complicará en el proceso a todas las provincias argentinas. Producto de la revolución porteña de 1828, el general Paz tiene más reservas políticas que Lavalle para la lucha. De ahí que el conflicto ofrezca, en adelante, un carácter diferente y su duración sea mayor. Con anterioridad ya se vió como Paz se separaba de Lavalle en la posta de los Desmochados cuando éste invadió a Santa Fe y emprendió la marcha al interior para deponer a Bustos, gobernador de Córdoba. También se ha visto que López, Quiroga y Bustos habían emprendido la guerra contra los unitarios en cumplimiento de lo resuelto por la Convención Nacional de Santa Fe. Sabía perfectamente el general Paz, que en su acción debía vérsela con un poderoso núcleo de caudillos estrechamente vinculados. Además de López, Bustos y Quiroga, citados y que eran los de más poderío, deben recordarse a Félix Aldao, en Mendoza, a Guñazú en San Luis y a Ibarra en Santiago del Estero. Sólo dos provincias podían responderle inmediatamente: Tucumán, con Javier López, y Salta, con Gorriti. De los adversarios, el más valiente era Quiroga, el más astuto, Estanislao López.

El 5 de abril de 1829, el general Paz penetra a Córdoba por Cruz Alta, sin que Bustos adopte medida defensiva alguna. Por fin, el 17 el jefe invasor toma contacto con las fuerzas federales, si es que pueden llamarse así a milicias muy inferiores a los aguerridos veteranos de la guerra con el Brasil.

Bustos, consciente de su debilidad, apela al auxilio de Quiroga, quien inmediatamente se pone en campaña sin llegar a tiempo, por cuanto aquél no puede resistir lo suficiente y el 17 de abril es vencido definitivamente y pierde para siempre el Gobierno de Córdoba. Mientras tanto Quiroga, salido a campaña, como dije, lanza un manifiesto el 14 de abril de 1829, en el que da cuenta a los pueblos interiores del auxilio que lleva a su aliado Bustos.

Desde este instante se hallan frente a frente Paz y Quiroga, las dos grandes fuerzas del interior, que representan, al mismo tiempo, dos manifestaciones antagónicas de la sociabilidad argentina. Quiroga arrastra consigo a las provincias andinas y San Luis, mientras que Paz es reforzado por Javier López, que se incorpora con una división de la provincia de Tucumán. De manera que Paz, Javier López y Gorriti forman, en este instante la columna vertebral del unitarismo. No me ocuparé minuciosamente de las maniobras del caudillo riojano al invadir a Córdoba; baste saber que mientras Paz le aguarda en un punto, Quiroga lo evita y toma por sorpresa la ciudad de Córdoba el 21 de junio de 1829. El jefe unitario se ve obligado a contramarchar y el 22 de junio, en las afueras de Córdoba, se produce la batalla de la Tablada en la que Quiroga, vencido pero no deshecho, se repliega hacia la Sierra, de donde vuelve al día siguiente para ver sus fuerzas totalmente destruídas; con unos pocos restos cruza la serranía y se conduce a su provincia de la Rioja. Bustos, a su turno, se refugia en Santa Fe, al lado de Estanislao López, en donde al poco tiempo fallece.

Mientras sucede ésto en Córdoba, en Buenos Aires se celebra el pacto de Cañuelas ya estudiado. El triunfo de Paz se consolida con su elección como gobernador propietario, en tanto que Rosas elimina a Lavalle con el pacto de Barracas, según se ha visto. Producido el cambio de panorama, se busca, en un principio, un entendimiento entre ambos grupos de vencedores, o sea, los unitarios del Interior con los federales del Litoral. Este es el período que llamaré del *statu quo* entre Paz y los federales; figura entre los momentos más complejos, aunque breve, de nuestra historia, en el que uno de los grupos trata de aventajar al otro con sus preparativos y consolidarse en su posición, período en el que sobrevendrá una lucha trá-

gica en donde se definirá la orientación política argentina, es decir, la eliminación total del unitarismo. En este instante van a chocar dos hábiles políticos argentinos: José María Paz y Juan Manuel de Rosas.

Aunque haya planteado el problema en esta forma conviene aclarar que involucro en él lo relativo a las relaciones entre Buenos Aires y Córdoba, como provincias, en primer término, y el choque de la liga unitaria con la federal, vale decir, interior y litoral en un sentido más amplio, o sea, toda la República. He aquí como se sale del cuadro local de la política bonaerense para entrar al nacional de la política argentina. Lo que resta del año 1829 y todo el año 1830, se reducirá al juego simulado de la pacificación a fin de ocultar mejor los preparativos guerreros. Para ello se adopta un doble procedimiento: el de los comisionados mediadores y el de los negociadores de alianzas y ligas.

Con esta prelación formaré las grandes categorías de gestiones. La primera, o sea de los comisionados mediadores, se concreta a las siguientes:

1. — José M. Bedoya y José Joaquín de la Torre, en nombre de Córdoba que desde su provincia vienen a Buenos Aires, en agosto de 1829, por disposición de Paz, a mediar entre Rosas y Lavalle.

2. — José de Amenábar y Domingo de Oro, que a iniciativa de Estanislao López, gobernador de Santa Fe, se dirigen a Córdoba para mediar en la lucha entre Paz y Quiroga, durante los meses de julio a octubre de 1829, después del encuentro de la Tablada.

3. — Pedro F. Cavia y Juan José Cernadas, entre los contendientes Paz y Quiroga, en nombre de Buenos Aires, a fines de 1829 y comienzos de 1830.

La segunda categoría, o sea la de los negociadores individuales de convenios entre provincias, se reduce a los siguientes:

1. — Pedro Ferré, de Corrientes, en 1830, realizó una serie de gestiones conducentes a la unión estrecha entre las cuatro provincias litorales, como resultante de aquel entendimiento que ya se ha estudiado en la correspondencia de Rosas con los hombres del interior.

2. — José M. Isasa, que como enviado de Córdoba, en

1830, se trasada a Santa Fe y debía dirigirse a Corrientes, para introducir, así, una cuña cismática entre las litorales.

3. — Los agentes de las provincias interiores que se conducen a Córdoba en 1830, y que bajo la acción de Paz, celebran el convenio que instituye el Supremo Poder militar, vale decir, la Liga unitaria.

4. — Los diputados por las provincias litorales, en 1830-1831, que reunidos en Santa Fe, convierten los pactos preliminares de 1830, en Pacto federal definitivo, o Liga litoral.

He aquí esquematizado el complejo proceso que conduce a la formación de las dos grandes ligas: la unitaria y la federal, asunto este que se perfila con caracteres más amplios y mejor definidos que la lucha sostenida por Lavalle con López y Rosas. Aquí la maniobra política iba a desempeñar un papel tan importante y aun más que el de las armas.

Procederé, en este parágrafo, al análisis de la gestión unitaria. El general Paz, en 26 de agosto de 1829, de gobernador interino pasa a ser gobernador propietario de Córdoba, es decir, dos días después que se firmaba el estudiado pacto de Barracas, el mismo día que Lavalle entregaba a Viamonte el gobierno de Buenos Aires. Los mediadores cordobeses, Bedoya y de la Torre, que llegaron tarde para su objeto, se convierten, por resolución expresa del mandatario cordobés, ante el interino Viamonte, en negociadores de un pacto interprovincial, que se suscribe el 27 de octubre de 1829. Veamos algunas de sus disposiciones, pues ello permitirá formular inferencias de interés.

Por el artículo 1º se dice que "habrá paz, amistad y buena inteligencia entre los Gobiernos de las Provincias de Buenos-Aires y de Córdoba; y las relaciones propias de dos pueblos pertenecientes a una misma nación, serán inalterables entre ambas Provincias."<sup>1</sup> Es decir, que se formaliza un convenio de paz y amistad entre una provincia federal como Buenos Aires, y otra unitaria, cual lo es Córdoba en ese momento, mientras Quiroga, que se había complicado en la lucha por responder a la primera, era abandonado a sus propios recursos con una derrota en su haber como la de la Tablada. Esta cir-

---

(1) [Pedro de Angelis], *Registro diplomático del gobierno de Buenos Aires*, p. 99, Buenos Aires, 1835.

cunstancia enconará momentáneamente a Quiroga contra sus partidarios del litoral.

El artículo 2º se refería a la defensa común contra un enemigo exterior y el 3º creaba la obligación de "interponer sus buenos oficios y mediación para impedir todo rompimiento entre los pueblos de la República, siempre que se suscite alguna contienda entre ellos."<sup>1</sup> Y como a única contienda pendiente en esos instantes se reduce a la de Quiroga con Paz, va de suyo que la primera aplicación se hará en ella. Los artículos 4, 5 y 6, crean un entendimiento en lo relativo a la lucha contra el indio, grave cuestión que afectaba a la vida de nuestras poblaciones y a su progreso.

Nada se dice sobre la forma de gobierno, pero ambos signatarios "convienen en invitar por sí, con prévio acuerdo con el de Santa Fé, á las demas Provincias de la República á la reunion de un Cuerpo Nacional, para organizarla y constituir-la, luego que terminada la guerra intestina se restablezca el órden y tranquilidad general."<sup>2</sup> Era un triunfo de la habilidad cordobesa que creaba el compromiso de concurrir a un Congreso sin la previa resolución de la forma de gobierno. Va de suyo que los federales de Buenos Aires, en el poder, no pensaban cumplirlo. Pero lo singular que aparece en este pacto, es la disposicion del art. 11, que le da una trascendencia nacional; por ella se establece que "con el fin de unir cuanto sea posible los pueblos de la República, interin se realiza la organizacion nacional, los Gobiernos de Buenos Aires y de Córdoba invitarán á los demas á acceder al presente convenio en los artículos delativos al interes general."<sup>3</sup> ¿Que era este interés general? ¿El de la reunión del Congreso? Por mi parte, creo que era el objetivo primordial, para los cordobeses unitarios. La cláusula apuntada traduce un síntoma de gran importancia y que se repetirá en otros convenios, a saber: asentar la necesidad de convertir el pacto que se celebra en base de una posible unión con las demás provincias, que no lo firman en ese momento. Si la palabra no fuera peligrosa cuando se trata de unitarios, diría que se procura *confederar* a todas las provincias, y los mismos adversarios del federalismo necesitan re-

(1) [Pédro de Angelis]. *Registro diplomático, etc., cit.*, p. 99.

(2) [Pédro de Angelis]. *Registro diplomático, etc., cit.*, pp. 100 y 101.

(3) [Pédro de Angelis]. *Registro diplomático, etc., cit.*, p. 101.

currir a este medio de los pactos interprovinciales —concesión que hacen a sus enemigos— a fin de consolidar la unión nacional. En realidad, la naturaleza del proceso acaecido no le permitía hacer otra cosa, proceso que se había preanunciado en el Congreso de Tucumán cuando se formuló la lista de materias. Por el artículo 8 se encomienda a Buenos Aires la gestión de las relaciones exteriores y en los restantes se resuelven cuestiones de comercio, de correos, etc.

La importancia de este convenio —ratificado por los gobiernos de Buenos Aires y Córdoba— es mucho mayor de lo que se piensa, si se tiene en cuenta que, el 7 de agosto de 1829, se había firmado otro de paz y amistad entre Santa Fe y Córdoba, lo que parecía aislar aún más a Quiroga. Santa Fe, como prueba de una mayor neutralidad en la lucha, había enviado por resolución de 5 de julio de 1829 la misión de Oro y Amenábar para que negociaran un arreglo definitivo que pusiese fin a la guerra civil entre Paz y Quiroga. Por resistencia de este último la mediación, después de ser aceptada por Paz quedó detenida en Córdoba, pues ni siquiera contestó a las comunicaciones.

No sería ésta la única tentativa de pacificación. El 20 de noviembre de 1829, siendo aún Viamonte gobernador interino, se designa la comisión mediadora compuesta por Cavia y Cernadas, la que había sido acordada con Rosas, según se desprende de una carta particular de éste a Paz, de comienzos de diciembre. En realidad Rosas, además de comandante general de campaña es el director oculto de la política bonaerense, pues Viamonte no era sino un funcionario de transición. Este, mientras el 1 de diciembre de 1829 expresaba en el Mensaje a la Junta de Representantes, que se reinstalaba, las buenas relaciones entre Buenos Aires y Córdoba, el comandante general Rosas, secuestraba una partida de armamentos que, con destino a esa última provincia estaba de tránsito por la campaña de Buenos Aires. Y esta medida la tomaba Rosas por su cuenta sin disposición previa de la primera autoridad. Así se llega al 8 de diciembre en que Rosas asume la gobernación, según se ha visto, mientras la comisión de Cavia y Cernadas pasa por Santa Fe y en donde Estanislao López la recibió y le prometió todo su apoyo. A manera de digresión, y para comprender mejor lo que sobrevendrá, recordaré que uno de los comisio-

nados; Cavia, era hombre de larga actuación política y fogueado en el periodismo. La campaña más reciente en el Tribuno, en unión con Dorrego, minó eficazmente la acción de Rivadavia y del Congreso nacional. Cavia, fué el más atacado por los periodistas unitarios, como los Varela, p. ej., que le aplicaron apodos ridículos y lo hicieron blanco de sátiras virulentas. Pero Cavia no se quedaba con el vapuleo, y a su turno devolvía los golpes demostrando ser un polemista vigoroso. En cuanto a la actuación de Cernadas se halla reflejada por Paz en sus *Memorias*, mediante un retruécano con su apellido pues nos dice que su función, al lado de Cavia, era *ser nada*. El 8 de enero de 1830, los comisionados porteños llegan a Córdoba y son recibidos por el gobernador delegado, José Julián Martínez, por encontrarse Paz en campaña, a fin de prevenir una nueva invasión que Quiroga, desde las provincias andinas y San Luis, estaba organizando. Paz, por otra parte, no tenía interés en tomar contacto con estos mediadores, y en especial con el federal Cavia, a pesar de lo que Rosas le dijera con anterioridad el 1 de diciembre de 1829, cuando aún no era gobernador, y como respuesta a otra de Paz, de 31 de octubre. Comenzaba por significarle que "Vencidas al fin las dificultades q.<sup>e</sup> antes de ahora han impedido mandar la comision pacífica, se compone esta del D.<sup>or</sup> D. J.<sup>n</sup> J.<sup>e</sup> Cernadas y d.<sup>n</sup> Pedro Feliciano Cavia, sujetos de probidad, y de patriotismo acreditado desde el principio de nuestra gloriosa revolucion. Ellos entregarán á V. esta, y con ellos podrá V. explicarse con franqueza, seguro, q.<sup>e</sup> nada exigirán q.<sup>e</sup> no sea reclamado por el interes ([comun]) general de toda la Repub.<sup>ca</sup>." (1)

Y un poco más adelante, le fija las premisas para poder llegar a la anhelada pacificación, a cuyo fin le recuerda sus ofrecimientos y confía en que "removidos por V. los obstáculos q.<sup>e</sup> impidan la entrada á una negociacion razonable, no resistira q.<sup>e</sup> se guarde la consideracion q.<sup>e</sup> se debe al caracter publico del S.<sup>or</sup> G.<sup>l</sup> Quiroga: q.<sup>e</sup> dejará libre la correspond.<sup>a</sup> epistolar de los pueblos entre si: q.<sup>e</sup> no interceptará, ni entorpecerá el comercio de articulos inocentes q.<sup>e</sup> no sean de guerra; q.<sup>e</sup> no exigirá ([q.<sup>e</sup>]) sean colocados de Gefes los q.<sup>e</sup> arrastraren alguna prevencion funesta, ó peligrosa en las circunstancias:

(1) *Archivo general de la Nación*. Buenos Aires, *Gobierno nacional, Correspondencia con los gobernadores de provincias*, 1830.



en fin q.º por la tranquilidad ([y . . .]) de los pueblos, y cese de la cruda lucha q.º los devora V. se prestará á todo.

“Este modo de proceder será el testimonio mas irrefragable de sus nobles sentimientos, q.º lo llenará de gloria á la paz de todo el mundo, y será una de los titulos q.º lo arán acrédor al respeto y consider.<sup>on</sup>; de ([sus compatriotas]) (*los americanos*)”<sup>1</sup> Este abuso de las expresiones “franqueza”, “ingenuidad” y otras similares son formas astutas para ocultar los procedimientos que se pondrían, realmente en práctica.

El 30 de enero de 1830, —un poco más tarde— mientras los comisionados se hallan en plena gestión, Paz contesta a Rosas coincidiendo con él sobre la necesidad de dar término a la guerra civil a la par que le asegura cumplirá lo prometido. Empieza, en la citada carta inédita, que ha regresado de la campaña movido por el desea de verse “personalmente con los Señores de la Comision q.º ese Gob.<sup>no</sup> se ha esforzado a mandar con el objeto de interponer su respectable mediacion, p.<sup>a</sup> q.º cese la guerra y con ella los males q.º afligen á estos Pueblos.”<sup>2</sup> Por fin los agentes de Buenos Aires iban a verse con el jefe unitario; este continúa informando a Rosas que “ayer me hicieron la primera visita los S. S. de la Comisión, aun no ha habido tiempo de tomar conocimiento del estado de esta negociacion, y mucho menos de acordar las medidas conducentes á segurar mejor el entable de sus comunicaciones con los beligerantes en contrario. Mas, V. no debe dudar, General, que todo se allanará por mi parte con la brevedad que permitan la prudencia y circunstancias delicadas en que nos hallamos.”<sup>3</sup>

En presencia de la incitación de la carta de Rosas de 1º de diciembre le asegura que cumplirá fielmente sus ofrecimientos “como de que seran removidos por mi parte todos los obstaculos q.º impidan la entrada á una negociación razonable, y de que guardaran al Sor. General Quiroga todas consideraciones, seanle ó no debidas: no quedando que añadir si no que ha sido V. General muy siniestram.<sup>te</sup> informado cuando le han echo entender que este Gob.<sup>no</sup> haya, en la presente administracion, interceptado ni una sola vez la correspondencia epistolar

(1) *Archivo general de la Nación, Buenos Aires, Gobierno nacional, Correspondencia con los gobernadores de provincias, 1830.*

(2) *Archivo general de la Nación, Buenos Aires, Gobierno nacional, Correspondencia con los gobernadores de provincias, 1830.*

(3) *Archivo general de la Nación, Buenos Aires, Gobierno nacional, Correspondencia con los gobernadores de provincias, 1830.*

de los Pueblos entre si, ni q.º haya entorpecido de modo alg.º el Com.º entre los mismos, Pero, mas q.º todo ha sido injusto, ofensivo y siniestro el informe q.º le han dado á V. General, de q.º yo tenga pretenciones de colocar Gefes en otras Provincias, hayan ó no hayan las prevenciones q.º se dicen contra los indicados: esta conducta la resisten los principios que en el dia mas q.º en ningun otro tpo. tengo acreditados; y creo que este punto no necesita mas contestacion—”<sup>1</sup>

Pero todas estas promesas recíprocas no son sino manifestaciones simuladas, por cuanto cada cual no ignoraba a dónde se iba a llegar. Paz y sus colaboradores supieron demorar las gestiones y la anhelada conducción de Cavia y Cernadas al campamento de Quiroga, que a marchas forzadas venía invadiendo Córdoba por el sur, mientras una división al mando de Villafañe entraba por el Norte. Cuando en Córdoba se supo el avance de Quiroga, el partido unitario se exaltó y en un desfile nocturno organizado para tonificar la resistencia, se dieron vivas a Lavalle, a otros jefes unitarios, y también a Estanislao López de Santa Fe, en tanto que al pasar frente al alojamiento de los comisionados porteños gritaron, ¡muera Rosas!

Nadie podía sentirse engañado. Cuando Paz despachaba a Rosas la carta precedente, recibía una de Quiroga en donde con una franqueza brutal lo invitaba a deponer las armas en procura de un arreglo directo o a decidir de una vez por todas la organización de la República en una sola y definitiva batalla campal: en una palabra, resolver el destino político del país y su forma de gobierno en un encuentro último, inmediato. Cosa ésta que no entraba en los planes de Rosas, como solución. A la precipitación ciega del caudillo riojano se antepone la astucia calculadora del caudillo porteño.

Preparado el espíritu público cordobés para la resistencia e ignorando Quiroga la mediación porteña hasta poco antes del choque, pues Paz había comprendido, según escribió en un fragmento de las *Memorias* inéditas, el alcance de dicha mediación, impidió el contacto. Se produce la batalla de Oncativo o Laguna Larga, el 25 de febrero de 1830, que fué un desastre para el caudillo federal. La Comisión mediadora a los

(1) *Archivo general de la Nación*, Buenos Aires. Gobierno nacional, *Correspondencia con los gobernadores de provincias*, 1830.

primeros tiros, tomó, huyendo, el camino de postas, siendo alcanzada por el fugitivo Quiroga, a quien recogió en su coche, evitando así que cayera prisionero a semejanza de Félix Aldao.

Este episodio, que permitió a Quiroga llegar a Buenos Aires sano y salvo, pero enconado con Rosas y López, que le habían dejado solo, plantea un nuevo momento de las relaciones de las provincias litorales con las del interior. Rosas, para disipar un tanto la furia con que venía Quiroga, hizo que se le recibiera como a vencedor, por medio de manifestaciones populares que de un subido tono federal insultaron públicamente al general Paz y atacaron la casa en donde se hallaban alojados los comisionados cordobeses que vinieron a reclamar la devolución del armamento secuestrado por Rosas. Era la retribución de las manifestaciones hechas en Córdoba a la Comisión mediadora cuando la invasión de Quiroga y que ya se ha mencionado. Todos estos episodios crean una situación tirante entre Buenos Aires y Córdoba, agravada por las acusaciones de la Comisión Mediadora contra Paz y el Gobierno de esta provincia. Parecía que se iba llegar a una ruptura que no se produjo, pues ambos contendientes no estaban todavía preparados; necesitaban agrupar la mayor suma de recursos.

Es en estos precisos momentos que se encuentra Ferré, en representación de Corriente, gestionando un pacto provisorio de alianza con Buenos Aires, mientras Isasa no puede salir de Santa Fe, por sugestión de Rosas a López, y entrar en relaciones con Corrientes.

Ferré, siguiendo el plan sugerido por Rosas, se había puesto en acción para ligar provisoriamente a las provincias litorales. El 23 de febrero de 1830 ya había suscrito un compromiso con Santa Fe y en cuyo artículo 1º se establece que: "Los Gobiernos de las provincias de Corrientes y Santa Fé convienen en la celebracion de un pacto que consolide una liga de reciprocidad de intereses entre las cuatro provincias litorales, y emplear ambos sus buenos oficios y relaciones amistosas con los de Buenos Aires y Entre-Rios, para que por medio de sus diputados formen una Convencion, cuyo objeto y bases serán: 1º Formar una liga ofensiva y defensiva entre las cuatro provincias que las salven de los males que con justicia temen del estado de aislamiento en que se hallan.—2º Si algunas de las demás, antes ó despues de celebrado, solicitare pertene-

cer á la liga de las cuatro, se le admitirá si su voto es por el sistema federal, que es por el que se han pronunciado inequívocamente, ó si habiéndose manifestado por otra forma de gobierno, diese garantías bastantes de cambiar la política. — Art. 3º La reunion tendrá lugar en el punto que la mayoría elija, siendo el voto de la de Corrientes porque se verifique en la capital de Santa Fé por ser el punto mas céntrico.—Art. 3º Si contra toda probabilidad y esperanza, alguna de las provincias litorales del Paraná se denegase á concurrir con su diputado á la celebracion de los tratados del artículo 1º, lo verificarán las que convinieren en la reunion, sin que por esto desmerezca en las relaciones que actualmente mantiene con estos Gobiernos.”<sup>1</sup> Era, como se ve, todo un plan para el tratado definitivo.

El agente correntino pensó, ligarse inmediatamente con Entre Ríos, pero como aquí se opusieron algunos reparos, se condujo a Buenos Aires, en donde se suscribió el pacto preliminar de 23 de marzo de 1830, con el mismo fundamento de “celebrar un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre las cuatro provincias litorales del Paraná”, pero con un artículo diferente. Por el artículo 1º “convienen en la celebracion de un tratado, cuyo objeto sea formar una liga ofensiva y defensiva entre las espresadas cuatro Provincias litorales... conservando cada una su libertad e independencia política”.<sup>2</sup> Como Entre Ríos había puesto resistencia a esta clase de obligaciones, ambos signatarios, por el artículo 2º, se comprometían a emplear sus buenos oficios para que aquella entrara en la Liga, y si a pesar de ello se resistiese lo celebrarán, “las otras tres Provincias litorales, sin que por esto se alteren en modo alguno las relaciones amistosas” (art. 3º). En cuanto a la reunión de los representantes para la celebración del tratado definitivo, “será en donde la mayoría elija, siendo por ahora el voto de ambos contratantes que se verifique en la ciudad de Santa-Fé por ser el punto más central”.<sup>3</sup> Por último, siguiendo aquel plan de confederarse el mayor número de provincias, en el artículo 5 se establece expresamente que “si antes de haberse celebrado dicho tratado alguna de las otras Provincias de la República solicitase per-

(1) *Registro oficial de la provincia de Santa Fe*, t. I, 1815, al año 1847, pp. 201 y 202. Santa Fe, 1888.

(2) [Pedro de Angelis], *Registro diplomático, etc.*, cit., pp. 105 y 106.

(3) [Pedro de Angelis], *Registro diplomático, etc.*, cit., p. 106.

tenecer á la liga de las cuatro litorales, será admitida siempre que su voto fuese por el sistema federal, ó que diese garantías de adherirse á él en caso de haber manifestado otro diferente".<sup>1</sup>

Pero Entre Ríos, pronto cederá a la presión de las litorales y el 3 de mayo de 1830, por fin, firmará un acuerdo análogo a los precedentes, acuerdo que será ratificado un poco más tarde. Con ésto se habrá dado el primer paso, faltando, únicamente, la celebración del pacto definitivo. Mientras tanto el general Paz, después de su triunfo en Oncativo y de la huida de Quiroga, tenía a su disposición todo el interior, circunstancia que se propuso aprovechar inmediatamente. Rosas, comprendiendo la situación delicada en que se encontraba el grupo federal, decidió unificar la acción y hasta tomar, en adelante, la dirección política que ya no abandonará más. En efecto, procura disimular su propósito lo más posible como lo hiciera en el proyecto de carta de 24 de febrero a Paz, que nunca envió por la batalla de Oncativo.<sup>2</sup> Poco a poco se va concretando un doble proceso, de gran trascendencia histórica, a saber: la conducta de Rosas, contemporizando con Paz, al mismo tiempo que le hace cargos por su creciente poder militar, y la afirmación efectiva de este último después del triunfo sobre Quiroga.

El general Paz, en el mes de marzo se quejó de la actuación de la Comisión Mediadora, queja que en realidad era contestada con una nota del 16 de marzo en donde se hacen votos por que la batalla de Laguna Larga sea la última de

(1) [Pedro de Angelis]. *Registro diplomático, etc., cit., p. 106.*

(2) *Archivo general de la Nación, Buenos Aires, Gobierno Nacional, Correspondencia con los gobernadores de provincias, 1830.* Entre varios razonamientos le dice, a raíz de la demora de los mediadores porteños: "Esta detencion no ([puede confirmarse]) (*ha podido acomodarse*) con la sanidad de mis intenciones. Los ombres enemigos, del reposo de los pueblos que por desgracia existen; y se nutren ([en su nulidad]) con los elementos de la discordia, y de la impostura, juegan aqui y alla sus ([reprobadas]) vedadas armas, sin otro fruto que el de la deplorable desolación Vd. General, esta mui equivocado, si aun por un solo momento ha llegado á dudar de la fidelidad de mis pensamientos. La Comision mediadora ([en el]) fue acordada con migo; y la neutralidad ([de algunas]) en que se conservan algunas provincias es tal vez el efecto de mi interposicion. Si yo aspirase á segundar con las armas los esfuerzos de alguno de los beligerantes ([quien]) no tendria por que recurrir á la doblez; mui principalmente cuando para el despacho, y conservacion de esa ([saludable]) Comon la censura publica no ha estado, ni esta de acuerdo con ella y qdo las masas victoriosas irritadas con lo que en esa ([se]) escriben ([y l]) los periodistas, á similitud de como se escribió aqui en los dias de calamidad, preferirian la adopcion de otras medidas." En una nota marginal autógrafa de Rosas se dice: "Es copia de la carta que ([conduxeron]) se mando á los Comisionados para que la entregasen y que no la recibio el G. l. paz por que este no la entregaron por los sucesos en la laguna larga"

argentinos contra argentinos. Pero en atención a que el poder militar de Paz crecía, según se dijo, Rosas se reunió con Estanislao López y Ferré y unidos tiraron la nota pública del 12 de abril de 1830, que merece un breve análisis, como así también una privada que debe ser recordada.

En la carta privada cuyo borrador redactara Manuel V. Maza, que actuaba como secretario de Rosas en campaña, anunciaban que Domingo de Oro, hombre entonces de confianza de Estanislao López, conduciría una comunicación oficial y se lisonjaban que sería "bien recibida, y también satisfactoriam.<sup>te</sup> contestada. Mantener las relaciones de buena inteligencia, y amistad: acallar las inquietudes q.<sup>e</sup> los alteran el reposo de las provincias q.<sup>e</sup> presidimos, de poner ([exem-]) los reze-los q.<sup>e</sup> infunde un poder militar á la inmed,<sup>on</sup> salir de una ansiedad q.<sup>e</sup> nos perjudica, y arribar á las seguridades q.<sup>e</sup> nos satisfagan acerca de la conducta ulterior de Cordova, son, General, nuestro objeto."

"Cremos, q.<sup>e</sup> dificilmente podrá darse solicitud mas lexítima. La justicia, y la conveniencia p.<sup>a</sup> todos, nos han apuntado este camino. El prepara el q.<sup>e</sup> debe quedar abierto, p.<sup>a</sup> q.<sup>e</sup> los pueblos no sean dominados y sean los q.<sup>e</sup> ([entien- dan]) (*crean*) q.<sup>e</sup> mejor formará su felicidad cierta y estable." <sup>1</sup>

Se toca, así, la fibra sentimental con una nota en donde se advierte el espíritu de Rosas a través de la pluma de su secretario Maza cuando se recurre "a la felicidad de los pueblos", especie de nota grave que nunca faltará como acompañamiento de la correspondencia rosista.

Veamos ahora que cuestiones se planteaban en la comunicación oficial. Comiéndase por una invocación a la tranquilidad y en seguida se noticia a Paz de la entrevista de Rosas, López y Ferré producida en San Nicolás de los Arroyos como resultado de la unión de las provincias litorales no con fines de lucha sino de pacificación de todo el país. En atención a que después de Oncativo la guerra civil parece haber tocado a su término, las litorales no pueden admitir que el general Paz conserve una gran fuerza y por ende se proponen incitarlo al desarme. Sin reatos expresan que la fuerza "mantiene

(1) *Archivo general de la Nación, Buenos Aires, Correspondencia con los gobernadores de las provincias, 1830.*

el Exmo Gobno de Cordoba tiene en alarma a las Provincias ligadas, y esta sola inquietud no puede ser indiferente a los q.<sup>e</sup> firman, cuando ya es tiempo de q.<sup>e</sup> de una vez luscan los resultados de una paz solida q.<sup>e</sup> cure las consecuencias del desorden y de la oprecion.—Los infrascriptos por todo, hasen presente al Exmo Gobno de Cordoba, lo q.<sup>e</sup> los muebe a pedir las garantías bastantes p.<sup>a</sup> poder deponer los justos recelos, y la inquietud q.<sup>e</sup> an producido sentimientos disconformes y otros incidentes.”<sup>1</sup>

Sin embargo, mientras los signatarios buscan el desarme de Cordoba, Rosas moviliza todos los elementos de su provincia, a fin de poner en pié un ejército de 10.000 hombres, instruído por oficiales veteranos y a cuya cabeza se encuentra el general Pacheco. Además remítense continuamente elementos bélicos a Estanislao López, quién en Santa Fé permite la organización de los federales fugitivos de Santiago del Estero, Córdoba y otras provincias. Corrientes, de su lado, reforzaba sus fuerzas y Quiroga, en Buenos Aires, recibirá bien montada su famosa División auxiliar de los Andes. Era como se vé, un juego de simulaciones y de engaños recíprocos.

Las dos notas precedentes motivan respuestas privadas del general Paz a Rosas y López, en tanto que la comunicación oficial la expidió el gobernador delegado, José Julián Martínez, el 14 de mayo, dirigiéndose, al efecto, a los 4 gobernadores del litoral. En esta última, nada cordial por cierto, se defiende la conducta de Córdoba y se ataca a Buenos Aires por el recordado secuestro de armas que Rosas, como comandante general de campaña había hecho en noviembre de 1829. Pero el fuerte tono de la nota era bien medido, de modo de no provocar una ruptura. La aclaración y estado preciso del asunto nos lo dan las mentadas comunicaciones particulares de Paz que llevaban fecha 12 y 15 de mayo, destinadas a Rosas y López, respectivamente. En la primera sostiene que nada debe temerse de Córdoba, apelando con insistencia al uso de la frase “franca manifestación”, y devuelve el cargo del poder militar cordobés, poniendo en evidencia los preparativos bélicos de Buenos Aires, a la par que alude a los ataques que se le hacen por la prensa periódica porteña. He aquí apuntado un factor que

(1) *Facultad de Filosofía y Letras, Documentos para la Historia Argentina, Liga Litoral*, t. XVI, p. 109.

no debemos descuidar a fin de intuir, acabadamente, el proceso histórico, porque tanto los periódicos de Buenos Aires como los del Interior asientan con franqueza lo que las reticentes notas oficiales están obligadas a silenciar; *El Lucero*, que redacta Pedro de Angelis, en Buenos Aires, traduce el pensamiento del gobierno bonaerense, *La Aurora Nacional*, de Córdoba, el del gobierno de esta provincia. Así que correlacionando notas oficiales, cartas privadas y periódicos daremos el conjunto armónico explicativo y esencial de uno de los momentos fundamentales de nuestra orientación política, que sólo podrá entenderse por una noción completa de las causas que determinan los resultados.

El general Paz en la carta privada a Rosas, de 12 de mayo, refuta sus recelos como injustos e infundados, y añade que "Ellos, de tener lugar en éste caso, estarían mas bien en el Gov.<sup>no</sup> de esta Prov.<sup>a</sup> contra el de Buen.<sup>s</sup> Ay.<sup>s</sup> en donde los papeles publicos no han cesado, hasta de algún tiempo á esta parte, de calumniar á éste Gov.<sup>no</sup> y de minar su existencia; de donde han salido partidas armadas de los refugiados de ésta en esa Campaña, volviéndose despues de escarmentados á refugiarse en ella, sin q.<sup>e</sup> se haya hecho estensible ningun genero de reprension contra semejantes malvados; y en donde con el decreto retroactivo de 18 de Noviembre del año pp.<sup>do</sup> y detencion de las armas destinadas para Cordova, se rompió la neutralidad q.<sup>e</sup> ese Gobierno estaba obligado, y había manifestado querer observar con los beligerantes del interior."

"Sobre todo, Cord.<sup>a</sup> debiera mas bien alarmarse de las miras de ese Gobierno en vista de los preparativos militares q.<sup>e</sup> se hacen en la actualidad, y q.<sup>e</sup> deben creerse dirigidos contra ésta Prov.<sup>a</sup> no habiendo otra contra quien puedan dirigirse".<sup>1</sup> No podría olvidar, como se ve, el episodio del secuestro de las armas, al que Rosas puso fin ordenando el pago de su importe previa tasación; por consiguiente, se negó a dejar pasar para su destino la especie en sí, so pretexto de neutralidad, actitud que hería en sus planes a Paz. Mucho más importante, por el propósito que la dicta, es la carta privada de Paz a López, de 15 de mayo y que éste hizo conocer a Rosas. No hay en ella una palabra de desperdicio a los fines de compren-

(1) *Archivo general de la Nación, Buenos Aires. Correspondencia con los gobernadores de las provincias.* 1830.



der aquella "franca manifestación" ofertada al Gobernador de Buenos Aires. Expresa en ella el Gobernador cordobés, que la comunicación privada que le entrego Oro le "da ocasion a una contestación muy agradable, aunq.º algo decigual entre mis dignos coresponsales, y en cierto modo ha hecho dificil al Gob.º la oficial; sin embargo haciendo un pequeño lugar a justos sentimientos, q.º no consiente el honor en silencio, sin hacerlo sospechoso, se ha facilitado un medio p.º el q.º la buena fee y sinceridad aparesca animando las miras, y sentimientos pacificos del Gob.º"

"Pero hablemos en confianza: Qualesquiera q.º hubiesen sido los sentimientos del Gob.º de Cord.ª y mios con el Sor. Rosas animados de tanta justicia, no habia un motibo de recelar de mi amistad, ni de la del Gob.º de Cord.ª con el de Santa Fee, Entre Rios, y Corrientes. Si aun p.º parte del Gob.º de Cord.ª se hubiese guardado un silencio con el Sor. Rosas, tal vez se podria recelar abrigase otros con los demas Gob.ºs; pero nada de esto ha sucedido: antes las quejas de este Gob.º no solo se han elevado oficialmente, sino q.º se han publicado guardando siempre el decoro y dignidad q.º se debe entre las autoridades y primeros Gefes."

"Yo no podre persuadirme q.º V. y el S.º Ferré hayan dudado de mi sinceridad, y disposicion a la paz, y amistad con todos los Gob.ºs, mas si algún reselo han podido causar las ocurrencias militares en esta Prov.ª creo tener derecho a ser, creido cuando pasadas las circunstancias q.º podrian impedirlos, soy el mismo, y creo q.º he merecido la persuacion del Sor Oro."

"Yo he celebrado la venida de este Sor. p.º q.º ya me es conocida su honrrades, y patriotismo, y no puedo dudar de q.º mereciendole su confianza se persuada por su conducto de mi buena amistad."

"Creyendo a V. V. reunidos en S.º Nicolas se tiró la comunicacion oficial a los Cuatro Gobiernos del modo q.º va p.º no dilatar mas su remision, y se dirige a esa por punto mas central, a los Cuatro Gob.ºs p.ª q.º impuesto de ella se sirva transmitirselas." <sup>1</sup> Los precedimientos astutos no eran mejores ni peores en Paz que en Rosas; de lo expuesto se infiere

(1) *Facultad de Filosofia y Letras, Documentos para la Historia Argentina, Liga Litoral*, cit. t. XVI, pp. 135 y 136.

claramente como el hábil general cordobés procuró introducir una cuña en la sólida unión de Rosas y López. Infructuosa tentativa, y más que infructuosa, arriesgada, porque exhibía el juego. Pero López no acepta la insinuación, pues comprende cuáles son los verdaderos intereses de su política, y el 27 de mayo en una réplica a Paz, más que en una respuesta, defiendo a su aliado, al expresar "q.<sup>e</sup> por graves e incontestables q.<sup>e</sup> fuesen los cargos q.<sup>e</sup> V. tubiese derecho a hacer al Gobierno de Buenos Ayres, y que a pesar de ellos hubiese guardado con el la misma conducta que hoy observa, siempre deberían dudar de su amistad los Gobiernos de Santa Fé, Entre Rios y Corrientes. V. no ignora q.<sup>e</sup> el Gobierno provisorio de Mendoza asegura oficialmente q.<sup>e</sup> caducó la administración del Señor Corbalan por el voto publico y el *apoyo de la Vanguardia de su Ejército*: que otra parte de sus fuerzas hicieron abandonar al Sor. Echegaray el Gobierno de S.<sup>n</sup> Juan; q.<sup>e</sup> un subalterno suyo ocupó la Punta haciendo prisionero a su Gobernador el Sor. Guñazú, y ultimamente q.<sup>e</sup> se señorea en la Rioja el Coronel Lamadrid. Despues q.<sup>e</sup> ha influido asi directamente en el cambio de esos Gobiernos. ¿Que seguridad tenemos de q.<sup>e</sup> a la vez no seamos también atacados si V. se considera con poder p.<sup>a</sup> ello? No basta p.<sup>a</sup> disipar nuestras sospechas decir q.<sup>e</sup> no nos hallamos en el mismo caso que aquellos Gobiernos depuestos; sea en hora buena q.<sup>e</sup> ellos diesen toda clase de auxilios al Gral. Quiroga p.<sup>a</sup> invadirlo a V. Pero despues q.<sup>e</sup> ellos le piden la paz, le dirigen Diputados y le ofrecen las garantías que quiera en prenda de su buena fee, ¿no tenia V. otras indemnizaciones q.<sup>e</sup> pedirles mas honrosas y menos alarman-tes?"

"No Gral, despues, q.<sup>e</sup> V. ha desplegado asi su espiritu de Conquista, nadie sin otras seguridades puede considerarse libre de ser invadido. Asi la creo yo firmemente, y del mismo modo piensan los Gob.<sup>nos</sup> litorales <sup>1</sup> En cuanto a la disposición pacífica de Córdoba —continúa López— la hubiera aceptado "si *pasadas las ocurrencias militares de esa Prov.<sup>a</sup> se* hubiese limitado a ella sola, y de ningun modo empeñarse en q.<sup>e</sup> sus subalternos ocupen los primeros puestos en las invadidas."

(1) *Facultad de Filosofía y Letras, Documentos para la Historia Argentina, Liga Litoral, cit. t. XVI, p. 141.*

“Yo me persuado q.º V. no se ofenderá de este language franco. Es el unico que puede poner acordes a miembros de una misma familia, q.º desean sinceramente reconciliarse satisfaciendose reciprocamente sus dudas y recelos. La comunicacion oficial no va tan pronto contestada por los motivos q.º a V. no se le ocultan. Entre tanto me es satisfactorio q.º haya merecido su persuacion nuestro comun amigo el Sr. Oro, lisongeandome al mismo tiempo q.º nos pondremos de acuerdo si tratamos de buena fee, y daremos a nuestra patria la paz por que tanto anhela.”<sup>1</sup> Después de esta arremetida cierra su carta en un tono amistoso, porque a él tampoco le conviene precipitar el conflicto; es necesario secundar a Rosas en su plan contemporalizador hasta que los federales alcancen el grado de eficiencia militar indispensable.

En cuanto al cargo de López a Paz sobre la expansión de su poder militar y político en las provincias interiores era ilevantable: estas, mientras otras van cayendo bajo la influencia de sus *coroneles*, período inicial de la constitución de la liga unitaria que estudiaremos dentro de un momento.

En *El Lucero* no pasa día sin que se ataquen a Paz y los unitarios del interior, y sin que se defienda al vencido Quiroga, vale decir, al más encarnizado enemigo de aquéllos. Pero en Córdoba, *La Aurora Nacional* los contesta con otros a Rosas por su actitud después de los convenios con Lavalle. Prueba de estos últimos la tenemos en el comentario a la correspondencia entre Mendoza y Buenos Aires, a raíz de haberle retirado, la primera, la gestión de las relaciones exteriores a la segunda, una vez que fuera ocupada por las fuerzas adictas a Paz. “Si se habla de fé publica ¿quien ignora —afirma el periódico— que aquel gobierno principió su carrera echando por tierra la transacion solemne de dos partidos, que se habían batido de muerte por el espacio de nueve meses, sin poder triunfar el uno de! otro? La suerte que tuvieron las convenciones del 24 de Junio y 24 de Agosto, la que le cupo á las elecciones del 26 de Julio hechas á virtud de un convenio; y por ultimo la espatriacion de centenares de hombres que habían soltado las armas de las manos en el concepto de una reconciliacion general, son monumentos que hablan á la vista, y

(1) *Facultad de Filosofia y Letras, Documentos para la Historia Argentina, Liga Litoral, cit., t. XVI, p. 141.*

persuaden que la fè publica es un elemento extraño á la constitucion del actual gobierno de Buenos Aires. Si fuese preciso aglomerar mas pruebas á este respecto las buscaríamos en sus relaciones con las demas provincias, y mui especialmente con la de Córdoba. Mui luego de haber firmado un tratado de amistad y buena inteligencia (ya que la fatalidad hà hecho necesarios estos tratados entre provincias hermanas) se lanza sobre una factura de armas y otros artículos, que venian ya à medio camino de cuenta de este gobierno y como si fuera poco el insulto irrogado à una provincia, espide un decreto, que aun subsiste, prohibiendo la estraccion de todo articulo de guerra para el interior, arrogándose de este modo el derecho de poner trabas, y limitar á su arbitrio el comercio exterior de las demás provincias. Pretensión insultante, y cuyos ùltimos resultados es sensible no recaigan esclusivamente sobre la temeridad de sus autores. Hariamos tambien mêmrito de esa grosera hipocresia, con que mostrándose sensible à la sangre que corria en estas provincias, en vez de mediadores, nos manda partidarios ciegos del enemigo de los pueblos, que avivando el fuego con su infame aliento, hagan derramar torrentes de sangre, en lugar de estancarla. El recibimiento grandioso de Quiròga en Buenos-Aires preparado y dispuesto por aquel gobierno. La escandalosa tropelia cometida en la noche del 11 de Marzo contra uno de nuestros comisionados, y generalmente contra todo individuo que se presumia haber celebrado en su interior el triunfo de la Laguna larga; el hospedage y sosten de la poca fuerza armada de Quiròga, Molina y Castillo en el Arroyo del medio en aptitud de amenazar siempre á la provincia de Córdoba."

"La resistencia de aquel gobierno á manifestar el menor desagrado por la perfida conducta de sus comisionados mediadores, despreciando la interpelacion de este gobierno hasta el punto de hallarse hoy ambos individuos colocados en el lugar, á donde solo ha podido llamarlos el espíritu de recompensa y de premio. Finalmente el oficio mismo que arranca estas lineas, su obgeto, su tenor han revelado hoy lo que antes pudo ser un misterio; á saber, si la conducta de los Comisionados Mediadores era el resultado de su mentecateria, ó mas bien el desenlace de las instrucciones secretas, con que les habia enviado su bien intencionado gobierno. Quizá si la audacia de los

de Buenos-Aires sigue adelante, nos veremos precisados á hacer revelaciones importantes sobre este punto.”<sup>1</sup> A continuación se comentan una serie de actos rosistas, como ser, el tan mentado fusilamiento de Montero, que ya recordamos en la clase inaugural de este curso. He aquí el encono a que se había llegado en el mes de junio de 1830.

El periódico oficioso cordobés, en ese mismo mes de junio, a fin de secundar los planes de Paz, publica un extenso análisis del momento político y termina incitando a los santafesinos a separarse de Buenos Aires: ¡“Habitantes de las riberas del Paraná! Los cordobeses son vuestros hermanos; han peleado por la libertad, y la libertad y la justicia son inseparables; no recibireis, pues, de ellos injuria alguna. Cerrad los oídos á las pérfidas sugerencias del gobierno de Buenos-Aires. No escuchéis la voz de esta sirena, que no quiere mas que adormeceros, y armar vuestros brazos contra vuestros mejores amigos.”<sup>2</sup> Aunque esta no sea la palabra oficial, dada la vinculación de ese impreso con el gobierno, puede considerarse que le responde, si nos atenemos a lo que en un ataque a *El Lucero* dice: “Que la Aurora no es el órgano del gobierno aunque defienda su causa: su editor no tiene acceso á la casa de gobierno como vos al Fuerte diariamente, ni recibe compensativo alguno como vos que recibis dos mil tiras de papel, que bajo de un buen gobierno valdrian dos mil pesos y bajo el vuestro no valen un cigarro. El gobierno es un suscriptor á la Aurora, como cualquiera otro, y á esto esta limitada su protección.”<sup>3</sup>

Mientras esto se produce y en momentos que Paz se consolidaba en el interior Rosas le dirige otra carta particular el 8 de junio de 1830. Comienza en ella abogando por una absoluta tranquilidad y advierte que, a pesar de la nota de 12 de abril, nada se ha adelantado. A renglón seguido considera la respuesta de 12 de mayo, que ya se ha analizado y pone en evidencia como Córdoba extiende su ejército victorioso por las provincias; en cambio “Buenos Ayres si puede ([lisongearse]) acreditar, q.<sup>e</sup> ha sabido sobre ponerse a todo, antes q.<sup>e</sup> salir

(1) *La Aurora Nacional*, Córdoba, n.º 3, domingo 6 de junio de 1830, p. 3, col. 1 y 2, p. 4, col. 1 y 2.

(2) *La Aurora Nacional*, Córdoba, n.º 9, domingo 20 de junio de 1830, p. 2, col. 1 y 2, p. 3, col. 1.

(3) *La Aurora Nacional*, Córdoba, n.º 24, domingo 25 de julio de 1830, p. 2, col. 2, p. 3, col. 1 y 2, p. 4, col. 1.

una línea de los terminos de su Provincia: q.<sup>e</sup> en vez de extender (*su poder*) ([la dominacion]) á ningun punto (*fuera de ella, ha hecho ver al orbe entero*), ([...]) q.<sup>e</sup> sosteniendo su libertad á independencia, [q.<sup>e</sup> q.<sup>e</sup>] supo respetar ([aun]) la de ([todos]) los pueblos mismos q.<sup>e</sup> quisieran deprimirla (*todas*) Buenos Ayres lejos de poder inspirar rezelos. ([lleva]) (*guarda*) una ([marcha]) (*política*) franca á la amistad, consecuen- te á la concordia, y analoga á la libertad é independencia de los pueblos. Soi moderado por caracter, y esto me desvía de hacer al caso observaciones, q.<sup>e</sup> V. no puede dejar de conocer cuales son.”

“(Una sola haré; y es si yo me hubiese puesto á llamar ([ia]) la atencion (á Cordova) si Santafe hubiese echo otro tanto ([¿estuviera en el auge q.<sup>e</sup> hoi? biertam.<sup>te</sup> q.<sup>e</sup> no la provincia como]) ([¿En que conflictos no se habrá visto V. cuanto se habrían aumentado ([las]) atenciones! La mayoría de la masa provincial se pronunciaba por la guerra. V. debe saberlo; por q.<sup>e</sup> esto era mui publico. Y en este caso si yo no me dejé llevar de lo q.<sup>e</sup> manifestava desear la mayoría, ([¿En que ha podido]) cuando nada difícil me era complacerla: si ia paz era todo mi anelo ¿En q.<sup>e</sup> pueden estrivar esos rezelos, p.<sup>a</sup> tenerlos del Gov.<sup>no</sup> de B.<sup>s</sup> Ay.<sup>s</sup>) <sup>1</sup> Después de tanta franqueza y moderación, juzga la conducta de los periódicos, y sostiene que tanto los de Córdoba como los de Buenos Aires, no podrán ser contenidos mientras que en sus Gobiernos “no se vean practicamente sentimientos uniformes”. Además se urden intrigas para perturbar las buenas relaciones entre los federales, con lo cual le da a comprender que está enterado de la tentativa de separar a Estanislao López; ¿“Qué ha dicho sin embargo —agrega— hasta el presente contra conducta tan ofensiva? Nada, sino (es) el objeto de la paz. De V. mismo S.<sup>r</sup> General p.<sup>a</sup> poner en division al S.<sup>r</sup> Gov.<sup>or</sup> de Santafe conmigo ([de]) (*tambien de*) sus Comision.<sup>dos</sup> ([tambien]) mucho, y hasta con documentos podria quejarme, y tambien podria otro quejar e. ¿Se me ha ([visto]) ([oído]) hacer valer esto alguna ocasion? No: queria la paz: queria el reposo de los pueblos; y precindir de todo lo demas.” <sup>2</sup> Pero Rosas, en su habilidad, no llega hasta el punto de mostrarse un fede-

(1) Archivo general de la Nación, Buenos Aires, Correspondencia con los gobernadores de las provincias, 1830.

ral frío, y así, cuando recoge el cargo por el recibimiento a Quiroga después de Oncativo sostiene que "fue voluntad del pueblo, así hacerselo: yo no debí privarlo."

"Era un general desgraciado q.<sup>e</sup> había combatido por una causa, identificada con la q.<sup>e</sup> á mi me hizo tomar las armas — (por) las leyes— y la Autoridad. A nadie perjudicaba ([el q.<sup>e</sup> fuese recibido con musica ó sin ella, y el]) q.<sup>e</sup> las gentes se hubiesen ágolpado á verle, y saludarlo."

"Tal vez p.<sup>a</sup> inclinar á la paz al pueblo conducía ([extensam.]) permitirle esta demostración." <sup>1</sup> Para lograr la amistad y unión entre los pueblos no se requiere el empleo de la fuerza; los procedimientos pacíficos son los únicos conducentes a ello. Por último, da cima a tantas consideraciones con un párrafo en el que emplea su proverbial viveza, con lo cual, aunque no convencerá a Paz, sin embargo le hará tomar la mayor suma de precauciones ante la seguridad de vérselas con un político prudente y astuto. "El Sr. General Paz sabrá apreciar la ingenuidad de mi expresión. Si me he vertido con la claridad q.<sup>e</sup> se vé, esto mismo (*le*) hará conocer, ([a V.]) q.<sup>e</sup> de mi conducta esta mui distante la doblez, y q.<sup>e</sup> no es conforme con mi caracter el misterio. En mi no hallará S.<sup>r</sup> General sino consecuencia y buena fe. Esta (*es, i*) será el alma de mis ([expresión oficial]) (*sentimientos*) tan luego como pueda ser ([contestada]) (*dada*) la contestación oficial (*á la*) del 14 de Mayo anterior. Si no deseara la ([amistad]) (*paz, me habria*) escusado (*de*) ([decirle q.<sup>e</sup> ablar haber]) hablar (*lo*) con la franqueza de la amistad q.<sup>e</sup> le reitera su compatriota y serv.<sup>or</sup> atento." <sup>2</sup>

A esta altura del proceso no le quedará a uno y otro grupo sino consolidar las posiciones ocupadas: Rosas y López en el Litoral, Paz en el interior. Ya se vió cómo las litorales, por acción de Ferré, habían adelantado su obra a principios de 1830; Paz, en seguida, después del triunfo sobre Quiroga impulsará su plan y aventajará en algunos meses en la carrera a los federales. Aludimos a la constitución de la liga unitaria.

Esta ofrece dos etapas en su formación: la primera, someter, mediante destacamentos del ejército de Paz, a las provin-

(1) *Archivo general de la Nación, Buenos Aires, Correspondencia con los gobernadores de las provincias, 1830.*

(2) *Archivo general de la Nación, Buenos Aires, Correspondencia con los gobernadores de las provincias, 1830.*

cias federalizantes; la segunda, reunir en un sólo block las provincias unitarias y federales. Entraremos, ahora, a la explicación analítica de este plan. Después de vencido Quiroga en Oncativo, según se ha visto (25 de febrero de 1830), el 5 de mayo de 1830 capitulaba su aliado Villafañe, que debió invadir a Córdoba desde el norte. Paz, libre de enemigos, destacó cuatro columnas, a saber: la primera, a la Rioja, conducida por Lamadrid; la segunda, a Mendoza, bajo las órdenes de Videla Castillo; la tercera, a San Juan con Santiago Albarra-cín a la cabeza y la cuarta a Santiago del Estero, obedeciendo a la jefatura de Dehesa. Poco a poco vendrán los sometimientos al Gobernador de Córdoba. El 8 de junio de 1830, siendo ya el coronel Lamadrid, gobernador de la Rioja, pues conviene advertir que éste no se había limitado a una simple acción militar, sino que había capturado la gobernación para sí, transmite la resolución de la Sala de Representantes, del inmediato 5 de junio a fin de que el general Paz acepte el mando supremo de las fuerzas. En la comunicación del flamante gobernador se espera que "V. E. [Paz] no se negará à acoger su solicitud, y tomarla bajo su protección, librando en consecuencia las órdenes que sean del superior agrado de V. E." ¡Oh farsa política! Y a párrafo seguido agrega que se acompaña "copia de la acta de proscripción sancionada por la misma Sala contra las personas de Quiroga, y Villafañe, y es muy grato al que firma hacer observar en ella à V. E. rasgos de libertad y franqueza, que nos presagian el rápido restablecimiento de esta tan desgraciada provincia." <sup>1</sup>

A la resolución del 5 de junio precede un discurso del diputado Amaranto Ocampo, que es todo un espécimen del retorcido lenguaje de la época, y con el que funda la moción así: "que despues que la Provincia habia tan felizmente recobrado sus actitudes, para darse las formas de su organización, y que en uso de ellas se ha dado una un gobierno cual por su individuo podía apetecer en las presentes circunstancias, creía deberse proporcionar también todas las garantías que fueren necesarias, ò conducentes à conservarlas contra el amago de los riesgos, à que siempre estaría espuesta, durante la desorganización nacional; y no pudiendo hallarse estas en el fondo de elementos que nos presenta ella sola, despues de los contrastes

(1) *La Aurora Nacional*. Córdoba n.º 17, viernes 9 de julio de 1830 p. 1, col. 1 y 2.



padecidos, en que una dominacion ominosa ha pervertido todos los resortes de uniformidad, cuanto ha hecho apetecible la idea de las retrovenciones sociales cuyo plantel aun se deja ver con un caracter superior á los esfuerzos de la muy reducida parte de los sanos; se persuadía que las dichas garantías debían solicitarse de un compuesto de fuerza estraña, pero favorable con las débiles muestras, y en una manera, que aquella sea depositaria de nuestras seguridades, como estas disponibles para objetos de utilidad reciproca: que este compuesto importante lo tendríamos solamente sujetando la provincia en el ramo de guerra á la conducta militar del benemérito General de la Republica y gobernador de la provincia de Córdoba D. José Maria Paz".<sup>1</sup> ¡Cuántas vueltas y circunloquios para llegar a una solución impuesta anticipadamente!

El general Paz, en 16 de junio, expresa que "al aceptar este honor tan superior á su mérito no se propone otro fin que el de complacer á una provincia hermana que implora su proteccion en los momentos de salir de una vergonzosa esclavitud á que la redugeron sus pasadas desgracias, é inspirar confianza en sus habitantes para la marcha que han emprendido en su organización interior, y encaminarse por ella à la asociacion general."<sup>2</sup> La "asociación general" es el verdadero propósito a que obedecía la ocupación de Lamadrid, el segundo del general Paz en toda esta campaña y a quien se le daba la provincia del más encarnizado de sus rivales: Quiroga. El 23 de junio el gobernador delegado de la Rioja, Hilarión Plaza, manda reconocer a Paz como jefe supremo de las fuerzas de la Provincia.<sup>3</sup>

He aquí el procedimiento que se adoptará hasta constituir la liga unitaria cuyo desarrollo venimos diseñando. El 3 de junio, el gobernador provisorio de Santiago del Estero, Manuel Alcorta, surgido a raíz de la convención firmada el 26 de mayo de 1830 entre Javier Lopez, aliado de Paz y Felipe Ibarra, también se dirige al gobernador cordobés, porque "conceptúa que en las actuales circunstancias tan difíciles y complicadas, es de su primera atribucion poner el orden é

(1) *La Aurora Nacional*, Córdoba, n.º 17, viernes 9 de julio de 1830, p. 1, col. 1 y 2, p. 2, col. 1.

(2) *La Aurora Nacional*, Córdoba, n.º 17, viernes 9 de julio de 1830, p. 1, col. 1 y 2, p. 2, col. 1.

(3) *La Aurora Nacional*, Córdoba, n.º 17, viernes 9 de julio de 1830, p. 3, col. 1.

independencia de la provincia que preside bajo la inmediata proteccion del Excmo. Sr. General gobernador á quien se dirige; pues el que firma está íntimamente persuadido de que los sentimientos que le animan emanan de un interés general, y que sus pasos tienden directamente á hacer la felicidad del pais; y por lo tanto no deberá ser indiferente por un solo momento de cualesquier conflicto que aflija á la provincia de Santiago; asi como el infrascripto compromete á esta para los casos en que la provincia de Córdoba y el pais en general necesitaren de ella para trabajar por la causa general, que es la organizacion de la república; estos son los votos del gobernador que subscribe, estos los de los ciudadanos que tiene el honor de presidir.”<sup>1</sup> Siempre asoma el propósito de llegar a una inmediata organización. Alcorta termina su nota haciendo saber a Paz que los vecinos unitarios —puede afirmarse—, emigrados de Santiago a Córdoba pueden regresar a sus hogares. El general Paz acepta la entrega, diré, en 26 de junio, y pone la provincia de Santiago del Estero “bajo la inmediata protección del gobierno de Córdoba para sostenerla con dignidad, y encaminarla á la asociación general de la república de acuerdo con el impaciente voto de todas las provincias.”

“El general que subscribe no desconoce el inmenso peso, que le impone un honor y confianza de tamaña magnitud, pero se haría indigno de ella, sino protestase al Excmo. Sr. gobernador de Santiago del Estero toda la decisión de su patriotismo á favor de un gobierno amigo, y de una provincia hermana que por su conducto desea estrecharse á la gran familia de la nación argentina con la dignidad de un pueblo libre e independiente: sobre esta base de sus imprescriptibles derechos el Excmo. Sr. gobernador provisorio de Santiago del Estero puede contar con la más franca y sincera amistad del de Córdoba y espresarle lo que necesita y desea de su amistad.”

“Tampoco puede dejar de apreciar la fraternal invitación que hace á sus compatriotas para que se restituyan al seno de sus familias, de que los arrancaron las disensiones de su pais á disfrutar en él las garantías de un gobierno paternal y generoso. Esta medida hará recomendable el gobierno de S. E. que

(1) *La Aurora Nacional*, Córdoba, n.º 17, viernes 9 de julio de 1830, p. 2, col. 1 y 2, p. 3, col. 1.

ha puesto el fundamento de una reconciliación entre sus compatriotas, bajo la cual será feliz esa provincia.”<sup>1</sup>

En un movimiento simultáneo, casi, van acercándose las provincias interiores a Paz. San Luis designa a José María Bedoya, perteneciente al círculo unitario de Córdoba, comisionado de la provincia, y en carácter de tal es reconocido por decreto de 14 de junio según se desprende del siguiente articulado: “1º El gobierno de Córdoba reconoce y recibe al ciudadano D. José María Bedoya en clase de comisionado público del Excmo. Gobierno de la provincia de S. Luis.”<sup>2</sup> Catamarca, encomienda su representación ante Córdoba, a Enrique Araujo, la que es reconocida por decreto de 3 de junio;<sup>3</sup> Mendoza, designa a Francisco Delgado y la Rioja a Andrés Ocampo. Con este primer núcleo de agentes de las Provincias, que suman a cinco, se celebra en Córdoba, representada por su ministro de relaciones exteriores, Juan Antonio Sarachaga, un convenio el 5 de julio de 1830, que llamaremos preliminar del definitivo de agosto y cuyo texto no se conoce, hasta ahora, debidamente.

Por el artículo 1º se reconoce paz, amistad y armonía entre los signatarios y se comprometen a mantenerse en este plano de relaciones hasta la terminación de la guerra. Por los artículos 2º al 8º y 14 se comprometen a una alianza ofensiva y defensiva, mediante una serie de condiciones de carácter militar así especificadas: “2. Hacen causa común la que fuese de cualquiera de las provincias de los gobiernos contratantes, ligándose como se ligan mutuamente en la más firme alianza ofensiva y defensiva para sostener los derechos de sus provincias contra cualquier enemigo que invada su libertad, su seguridad y reposo. — 3. Cualquiera de las partes contratantes que se halle en el caso del artículo anterior, dará cuenta instruída á las otras de las causas, y motivos que hayan influido en la discordia, para su conocimiento y concurso á la defensa, ó á la invasión que exija el honor y la justicia con que se han de emplear las armas. — 4. Las tropas con que sea preciso auxiliarse mutuamente serán armadas y costeadas por el respectivo

(1) *La Aurora Nacional*. Córdoba, nº 17, viernes 9 de julio de 1830, p. 2, col. 1 y 2, p. 3, col. 1.

(2) *La Aurora Nacional*. Córdoba, nº 19, miércoles 14 de julio de 1830, p. 1, col. 1 y 2, p. 3, col. 1.

(3) *La Aurora Nacional*. Córdoba, nº 19, miércoles 14 de julio de 1830, p. 1, col. 1 y 2.

gobierno hasta el territorio del que solicita su auxilio, y sostenidas por este à la par de las propias todo el tiempo que dure la guerra, y restituidas à su costa à los gobiernos auxiliares sin otros cargos. — 5. Cuando la guerra sea para sostener la libertad, seguridad y reposo de las provincias contratantes, las respectivas tropas serán costeadas por sus gobiernos todo el tiempo de la guerra, sea cual fuere el territorio que sirva de teatro à las operaciones militares. — 6. En el caso de guerra entre otras provincias procurarán por todos los medios posibles interponer los oficios de mediacion amistosa entre las partes beligerantes. — 7. Si estos no bastaren para cortar la guerra, procurarán instruirse, en sus causas y motivos, y en la influencia que pueda tener sobre las provincias ligadas, y si convencidos de ella no fuese posible atajarla por otra via que ayudando à alguna de las partes, reunirán sus fuerzas y recursos en auxilio de la que crean tener justicia. — 8. Para el juicio de que habla el articulo anterior las partes contratantes nombrarán cada una un diputado, que reunidos en un punto, y con todos los conocimientos necesarios declaren à la parte que deben auxiliar por principios de justicia en la causa que sostienen, a cuya declaracion quedaran sujetos todos los gobiernos de la alianza. — 14. Por separado se arreglará el contingente conque en el caso de guerra deban concurrir los gobiernos contratantes.”<sup>1</sup> Este procedimiento de un diputado por provincia, lo adoptarán los federales en el tratado de 4 de enero de 1831, al crear la Comisión Representativa. He aquí que la realidad nos va probando como los unitarios y los federales coincidirán en los procedimientos reveladores, en el fondo, de un federalismo real que no pueden negar los palabreos unitarizantes.

Los artículos 9 y 12 se refieren a la forma de gobierno y a la constitución a sancionarse, pues estatuyen expresamente: “9. Las partes contratantes miran desde hoy como causa comun la constitucion del estado y organizacion de la república. — 12. Las partes contratantes declaran formalmente no ligarse à sistemas politicos, y se obligan à recibir la constitucion que diere el congreso nacional, siguiendo en todo la voluntad general, y el sistema que prevalezca en el congreso de las provin-

<sup>1</sup> *La Aurora Nacional*, Córdoba, n.º 33, viernes 1.º de agosto de 1830, p. 1 col. 1 y 2, p. 2 col. 1 y 2.

cias que se reunan." <sup>1</sup> Con esto quiere evitarse la repetición de 1827, o sea lo que le pasó a la constitución unitaria.

En el 10 se encara el problema de las relaciones con Buenos Aires y Santa Fe, teniendo en cuenta los tratados de 1829, que vimos al comienzo de este párrafo, con el propósito de llegar a una solución definitiva; pues por "esta vez —se dice— el Escmo. gobernador de la provincia de Córdoba harà la convocatoria à las demas provincias, cuando y en la forma que lo tenga por conveniente, incitando previamente à los Escmos. gobiernos de Buenos Aires y Santa Fe à llenar sus compromisos en el artículo 7 del tratado de amistad celebrado con el gobierno de Córdoba fecha 27 de Octubre de 1829, y los miembros de esta alianza se obligan à concurrir con sus diputados luego que se haya hecho la convocacion." <sup>2</sup> Pero a fin de presionar aun más y tener asegurado el camino, se planea ya un nuevo compromiso, según se infiere del artículo 11, cuando se dice que "si el gobierno de Cordoba creyese conveniente alguna reunión de agentes diplomáticos para celebrar ajustes preliminares à dicha convocación, los agentes de este ajuste estando (como están) provistos de suficientes poderes, è instrucciones para este caso, se comprometen à concurrir con cualesquiera otros que con igual carácter se presentaren en Cordoba al efecto indicado." <sup>3</sup> Se preve la ampliación de esta liga en el artículo 13, pues el nuevo gobierno adherente "será admitido con la misma fraternidad" en que ellos se reúnen. El tratado debía ser ratificado dentro de los 50 días, pero ya en 13 de agosto, en un suelto de la *Aurora Nacional* se estampa que lo había sido "por los gobiernos contratantes, y los de Tucuman y Santiago han accedido á él. El mismo acto de accesion se espera de Salta y S. Juan. Creemos que la reunion de agentes dará mas amplitud á este tratado, y lo hará estensivo á otros muchos objetos, que no estan comprendidos en él. En una palabra pondrá las bases à la organización nacional, y acelerará el feliz momento de ver á los pueblos marchar á

---

(1) *La Aurora Nacional*, Córdoba n° 33, viernes 13 de agosto de 1830, p. 1, col. 1 y 2, p. 2, col. 1 y 2.

(2) *La Aurora Nacional*, Córdoba n° 33, viernes 13 de agosto de 1830, p. 1, col. 1 y 2, p. 2, col. 1 y 2.

(3) *La Aurora Nacional*, Córdoba, n° 33, viernes 13 de agosto de 1830 p. 1, col. 1 y 2, p. 2, col. 1 y 2.

su engrandecimiento à la sombra de una constitucion sabia, y aceptada libremente." <sup>1</sup>

El referido periódico Cordobés, al insertar los documentos que hemos transcripto, no puede omitir el comentario comparativo con los pactos preliminares de las 4 provincias litorales y asienta, sin reticencias, que hay "una diferencia notable entre este tratado, y el que han formado algunos gobiernos litorales. Los gobiernos litorales empeñados en hacer prevalecer el sistema federativo, han estipulado formalmente no admitir otra forma de gobierno. Los del interior convencidos de que esta cuestion debe ventilarse y decidirse en una asamblea nacional se comprometen à someterse al voto de la mayoría, sin arrogarse el derecho de hacer prevalecer por ajustes puramente diplomáticos, lo que debe ser obra de los representantes de los pueblos. Es pues visto que en el tratado de los gobiernos del interior han reinado principios mas liberales, y no ha habido la arrogante pretensión de señalar à los pueblos la ruta que deben seguir al darse la constitucion; esta es la obra exclusiva de ellos, y à los gobiernos solo corresponde ser los custodios de la constitución que se sancione." <sup>2</sup> ¡Principios liberales emanados, sin duda, de la imposición que llevaron los destacamentos del ejercicio victorioso de Paz!

No será por demás advertir que pocos días antes Córdoba había llegado a un entendimiento con Santa Fe, a fin de armonizar las relaciones fronterizas, mediante la población de Quebracho Herrado, del lado de la primera, y de Romero del de la segunda. Estanislao Lopez, en 25 de junio, aceptaba la propuesta "para facilitar la correspondencia entre ambos pueblos" y sostenerse contra el ataque de los indios, añadiendo que había "considerado de la mayor importancia esta medida, y esta resuelto à egecutarla à la mayor brevedad posible, a cuyo fin tomará las medidas mas eficaces, y se lisongea que mui en breve será poblado el espresado punto de Romero, previniéndole que se le anticipará aviso al Escmo. gobierno de Cordoba de la marcha del piquete que ha de guarnecerlo." <sup>3</sup> *La Aurora Nacional* aprovecha de esto para atacar de nuevo a

(1) *La Aurora Nacional*, Córdoba n° 33, viernes 13 de agosto de 1830, p. 1, col. 1 y 2, p. 2, col. 1 y 2.

(2) *La Aurora Nacional*, Córdoba n° 33, viernes 13 de agosto de 1830, p. 1, col. 1 y 2, p. 2, col. 1 y 2.

(3) *La Aurora Nacional*, Córdoba n° 19, miércoles 1° de julio de 1830, p. 1, col. 1 y 2, col. 1 y 2.

Buenos Aires: sostiene que encuentra el negocio "de un gran interes público. La población del Quebracho Herrado y Romero, y la seguridad de las fronteras del Norte de Córdoba y Santa-Fé, han sido materia de un tratado entre los gobiernos de ambas provincias, y al egecutar lo estipulado, los gobiernos contratantes dan un egepllo â todos los demas de la buena fé con que se deben cumplir los tratados. Con este motivo recordamos que el gobierno de Buenos-Aires esta comprometido por un tratado â promover la constitucion de la república de acuerdo con el gobierno de Córdoba, concluida que fuera la guerra del interior. Tiempo es pues de cumplir lo pactado." <sup>1</sup>

Pero como Santa Fe seguirá, no obstante, fiel a la política litoral, Paz sólo vió como salida factible el consolidar su posición, para lo cual activó la venida de los demás agentes a fin de perfeccionar el convenio de julio que ya se ha transcrito. Por fin, el 31 de agosto de 1830, se suscribía el tratado entre 9 provincias interiores por el que se instituye el Supremo Poder Militar. Es una de las estipulaciones importantes en la historia de nuestras relaciones interprovinciales. Lo componen un total de 17 artículos y lo suscribieron los representantes de las 9 provincias interiores siguientes: Francisco Delgado, por Mendoza; José María Bedoya, por San Luis; José Rudecindo Rojo, por San Juan; Manuel Tezanos Pintos, por Salta; Manuel Berdia, por Tucumán. Miguel Calixto del Corro, por Santiago del Estero, José Gregorio Baygorri, por Córdoba, Enrique Araujo, por Catamarca, y Ventura Ocampo por la Rioja. El convenio da como fundamento general de la seguridad y defensa comun, "las nuebas tentativas q.º contra su libertad é independencia dirige el Gobierno Español, segun lo ha asegurado por circular á todos los Gobiernos el Exmo. de Buenos Ayres, ó de cualquier otro poder q.º intente invadirlas, con el designio tambien de satisfacer los votos q.º unánimemente han expresado por su pronta organizacion política baxo el sistema constitucional q.º adoptare la mayoría de las Provincias reunidas en Congreso como el unico medio de poner termino á las desgracias q.º por tanto tiempo han experimentado y de q.º solo pueden estar exentas á favor de una ley constitucional q.º

---

(1) *La Aurora Nacional*, Córdoba, nº 19, miércoles 14 de julio de 1830, p. 1, col. 2, p. 2, col. 1 y 2.

permanentemente las rija." <sup>1</sup> Es decir que al final del fundamento apareció *aquello*, como se dice vulgarmente: el temor de un ataque y la organización constitucional.

Para lograr estos fines se "establece —segun el art. 1º— un supremo Poder militar provisorio entre las Provincias contratantes". <sup>2</sup> Los artículos 2º a 5º, imponen a favor de ese Supremo Poder, la direccion de todas las fuerzas, el aumento y reformas que crea convenientes, la disposicion de los armamentos y la facultad de "conferir empleos y grados militares hasta el de coronel, inclusive." Por el artículo 8º tiene el encargo de la defensa exterior e interior de las provincias contratantes, y por el 9º debe sostener "el sistema representativo q.º existe en las nueve Provincias, sofocando los tumultos ó sediciones q.º tengan lugar con el objeto de alterar el orden legal establecido en ellas." <sup>3</sup> Es decir, que so pretexto de esa función policial, tiene un derecho implícito de intervención a las provincias.

Como recursos financieros, en el art. 6º, "los Gobiernos contratantes pondrán á disposicion del supremo Poder, lo mas breve posible, la suma de noventa mil pesos en la forma siguiente: el de Cordoba cuarenta mil pesos, el de Mendoza siete mil, el de Salta siete mil, el de la Rioja siete mil, el de San Juan seis mil, el de Tucumán seis mil, el de Catamarca seis mil, el de Santiago del Estero seis mil, y el de San Luis cinco mil." <sup>4</sup> Prevista la forma de suplir los recursos, la inversión queda librada al "exclusivo resorte del Poder militar" (art. 7).

En el artículo 10 aparece confesado el motivo primordial de este convenio, al estatuir que "se designa la persona del Exmo Sor Gral en Gefe del Exercito Nacional D. Jose Maria Paz p.º ejercer el supremo Poder militar provisorio." <sup>5</sup> Su ejercicio durará hasta la instalación de una autoridad nacional (art. 11), que suponemos debia ser definitiva, cosa que deberá producirse dentro de los 8 meses de canjeado el tratado; si esto no acaeciere, "las Provincias contratantes quedan en libertad

(1) *Facultad de Filosofia y Letras, Documentos para la Historia Argentina, Liga Litoral*, cit., t. XVI, pp. 196 y 197.

(2) *Facultad de Filosofia y Letras, Documentos para la Historia Argentina, Liga Litoral*, cit., t. XVI, p. 197.

(3) *Facultad de Filosofia y Letras, Documentos para la Historia Argentina, Liga Litoral*, cit., t. XVI, p. 198.

(4) *Facultad de Filosofia y Letras, Documentos para la Historia Argentina, Liga Litoral*, c. t., t. XVI, p. 197.

(5) *Facultad de Filosofia y Letras, Documentos para la Historia Argentina, Liga Litoral*, cit., t. XVI, p. 198.



de suspender ó continuar el supremo Poder de q.<sup>e</sup> habla el artículo primero" <sup>1</sup> (art. 12). Este efecto sólo en un caso podrá suspenderse, en el "de una guerra, en q.<sup>e</sup> deberá permanecer dicho supremo Poder hasta la terminacion de ella." <sup>2</sup> (art. 13).

De la inversión de los fondos creados por los artículos 6º y 7º deberá dar cuenta a la autoridad nacional que se creará y las erogaciones producidas seran reintegradas a cada una de las provincias por el tesoro nacional (arts. 14 y 16). Por último, como una invocacion, en el art. 15 se dice que "las Provincias contratantes se comprometen á todo genero de sacrificios siempre q.<sup>e</sup> por el Gefe supremo se les demanden p.<sup>a</sup> proveer á su seguridad y defensa." <sup>3</sup>

El tratado se ratificó dentro del término prefijado de los 50 días (art. 17), y se comunicó por todos los signatarios a las provincias litorales, entre ellas a Buenos Aires, el 21 de octubre de 1830. Al día siguiente, o sea el 22 de octubre, el general Paz, flamante Supremo Poder, expresa a Buenos Aires, entre otras cosas, que "los Pueblos de la Republica han echo ver en este acto, q.<sup>e</sup> no se há estinguido en ellos el espiritu de Libertad é indep.<sup>a</sup> q.<sup>e</sup> tantos sacrificios les ha costado. El asomo de un peligro anunciado p.<sup>r</sup> el Exmo Gob.<sup>no</sup> de Buen.<sup>s</sup> Ayr.<sup>s</sup> como encargado de sus relacio.<sup>s</sup> estrañas ha inflamado su patriotismo. y ya q.<sup>e</sup> la desgracia no les ha permitido premunirse de una constitución, q.<sup>e</sup> reglando los poderes publicos garantizase á todos su seguridad, han reconcentrado su poder y el resto de sus fuerzas p.<sup>a</sup> hacer frente á los q.<sup>e</sup> se atreban á insultar su honor y dignidad. Ellos quisá no han acertado en la eleccion del Gefe q.<sup>e</sup> han colocado al frente de sus filas, y el q.<sup>e</sup> lo es, se honraria en ser un soldado mandado p.<sup>r</sup> la habilidad, tino, y destresa q.<sup>e</sup> el no posee; mas obligado p.<sup>r</sup> el honor y la confianza de los Pueblos, será el primero en perecer en la defensa de sus derechos." <sup>4</sup>

(1) *Facultad de Filosofía y Letras. Documentos para la Historia Argentina, Liga Litoral, cit., t. XVI, p. 198.*

(2) *Facultad de Filosofía y Letras. Documentos para la Historia Argentina, Liga Litoral, cit., t. XVI, p. 198.*

(3) *Facultad de Filosofía y Letras. Documentos para la Historia Argentina, Liga Litoral, cit., t. XVI, p. 198.*

(4) *Facultad de Filosofía y Letras. Documentos para la Historia Argentina. Liga Litoral, cit., t. XVI, p. 200.*

La mansedumbre aparente de la anterior nota no es corroborada por *La Aurora Nacional*, la que en un suelto del día 15 de octubre zahería nuevamente a Buenos Aires en vista de la vinculación de los pueblos internos. Bajo el título de *Noticias*, decía: "Se empieza à sentir en Buenos-Aires el mal de disenteria, y los facultativos lo atribuyen à la fuerte impresion que ha causado la reunion de agente en Córdoba."

"En una junta de médicos se ha reconocido mas virtud y eficacia en el tratado de 31 de Agosto que en cien botellas del purgante de Le-Roy, y en consecuencia se ha acordado ordenar su lectura a los sansculotes enfermos, en los casos en que debía subministrarse el panquimagogo."

"El Tribuno anuncia que ya está pronto á tomar las de Villa-Diego."

"El Lucero ha perdido la segunda potencia racional, y parece que trata de embarcarse por huir de esta tierra, que le ha causado tantos sinsabores." <sup>1</sup> Al día siguiente, o sea el 16 queda instalado el Supremo Poder, según leemos de la siguiente información del periódico cordobés citado: "El día de ayer ha ofrecido a los cordobeses un espectáculo alagüeño. A las 1 del día el estruendo del cañón anunció estar reconocido el Exmo Sr. General D. Jose Maria Paz por gefe supremo militar de todas las provincias del interior una brillante columna compuesta de las tres armas recorria las calles acompañando el bando que se publicaba con la mayor solemnidad. ¡Quiera la Providencia concedernos todos los bienes, que esperamos de este primer paso ácia la organización nacional." <sup>2</sup>

Del lado unitario la suerte está echada. En los primeros días de noviembre de 1830 todo se halla en vías de realización y el alistamiento de las fuerzas casi terminado. El litoral, como Rosas como animador, tampoco ha quedado ocioso, pues este con su tenacidad proverbial, prepara el ejército de su provincia, ayuda a López a reforzar el suyo y entrega a Quiroga recursos y hombres para rehacer sus huestes deshechas en Onc

(1) *La Aurora Nacional*, Córdoba, nº 60 viernes 15 de octubre de 1830, p. col. 1 y 2.

(2) *La Aurora Nacional*, Córdoba, nº 61, domingo 17 de octubre de 1830, 4, col. 2.

o. Ibarra, refugiado en Santa Fe, alista sus partidarios. Los lios, incitados, amenazan la frontera cordobesa. Y es así como el caudillo de Buenos Aires, cual una araña laborioso teje tela que deberá aprisionar al unitarismo hasta aniquilarlo. esto se le sumará la contingencia histórica propicia a raíz la prisión accidental de Paz; mas no nos apresuremos por tanto ello forma materia del próximo capítulo.

**BIBLIOTECA y ARCHIVO**  
**DE**  
**EMILIO ALBERTO NOYA**

# Las luchas sociales en la antigua Roma

Por JOSE TUNTAR

## I

1. *La configuración geográfica del país.* — 2. *Razas y pueblos.* — 3. *Alba Longa, Capua y Roma.* — 4. *Los itálicos.* — 5. *La primitiva economía comunista.* — 6. *La propiedad familiar y privada.* — 7. *Los clientes.* — 8. *La monarquía patriarcal.* — 8. *El Senado.* — 10. *Patricios y plebeyos*

Falta aún escribirse la verdadera historia de los pueblos y estados. Y esto porque los historiadores descuidaron casi totalmente el factor básico de la vida de las comunidades humanas, el factor económico, limitándose a la exposición de los hechos y acontecimientos exteriores y superficiales, sin penetrar en las entrañas y móviles de las castas y clases que operaban en un determinado ambiente físico-geográfico y en determinados regímenes de producción. La interpretación materialista de la historia, formulada por los fundadores del socialismo científico o comunismo crítico, no podía dejar de ejercer su influencia también sobre historiadores que no comulgan enteramente con el credo político de aquellos.

De aquí los ensayos de crítica histórica, aparecidos en los últimos decenios y entre los cuales se destaca, por la profundidad y claridad de conceptos y exposición, el libro del profesor alemán *León Bloch*, sobre las luchas sociales en la antigua Roma ("Soziale Kämpfe im alten Rom"). Este curso de conferencias sigue las líneas fundamentales trazadas por aquel libro, completándose el modesto estudio del disertante con consideraciones de carácter particular, disconformes en algunos puntos con las del escritor alemán.

Uno de los procesos más interesantes de la historia es el desarrollo de la potencia mundial romana. Y tanto más interesante en cuanto se ha realizado, en la parte más esencial, a plena luz histórica. "El papel histórico-mundial de Roma, dice el profesor Bloch — empieza, afortunadamente, sólo después de rebasado el límite entre el mito y la historia".

Todavía en la mitad del siglo IV (a. de J.), Roma había apenas rebasado los límites de la ciudad-estado. El sustento de la población estaba asegurado por la campiña circundante y los conceptos de ciudadano y agricultor coincidían perfectamente; había algunas pequeñas ramas de artesanos, pero no es el caso de hablar de industria. Eran, por el contrario, deslumbrantes en aquel tiempo el poder y la cultura de las ciudades etruscas en el norte y de las griegas en el sur de Italia. La necesidad de expansión empieza a agitarse entre los agricultores romanos en la segunda mitad del siglo cuarto. Pero, sería un grave error creer que Roma conquistó el mundo mediterráneo *según un plan fijado de antemano*. No hubo, absolutamente, ningún plan imperialista; fué únicamente la necesidad económica la que empujó a conquistas cada vez más amplias, convirtiéndose con el tiempo en avidez desenfrenada de la clase que tenía en sus manos el poder del Estado. ¿Cómo podían soñar, en el dominio de Asia y Africa los campesinos romanos que en los comienzos del siglo III habían triunfado a duras penas sobre los samnitas, el más vigoroso de los pueblos itálicos montañeses, y sobre Pirro, rey de Epiro? Sólo después de abatida la gran rival, Cartago, podía concebirse el plan atrevido de conseguir la dominación sobre todo el mundo mediterráneo. La derrota final de Aníbal (año 202), y la destrucción de Cartago y Corinto en el mismo año

(146), suscitan en el Senado romano el verdadero gobierno del Estado, la idea del dominio universal. No habrá transcurrido un siglo y Roma será la única potencia desde el Atlántico al Eufrates, desde el Rin y el Danubio al desierto líbico.

*¡De la pequeña Comuna rural latina al dominio del mundo!* "Es fácilmente comprensible — nota el profesor Bloch — que tal desarrollo no pudo efectuarse sin correspondientes acontecimientos y profundas transformaciones económicas y sociales en el interior. ¿Quién, o qué clase aprovechaba los éxitos de la política imperialista? ¿Quién hacía esa política? ¿Quién era el principal usufructuario o, para usar una expresión corriente, el principal accionista del consorcio estatal? ¿Quién poseía el poder de servirse, en beneficio propio, de los demás?"

Los romanos tenían la misma índole de los otros hombres. Su preocupación principal era acrecentar sus bienes a costas de la comunidad y de los pueblos vecinos. La participación en la vida política, aunque disfrazada con móviles patrióticos, éticos o religiosos, obedecía, igual que en todos los tiempos y en todos los pueblos, a la defensa y fomento de los intereses individuales, de casta y de clase. También la historia de Roma es la historia de una ininterrumpida lucha de clases, cuyas fases y etapas no difieren de las de la guerra social moderna, sino por los cambios ocurridos en el proceso de la producción, en la consiguiente composición de las clases y el "tempo" de los actos y episodios del drama.

Los fundamentos principales de una evolución estadual y económica son la configuración físico-geográfica del país y el pueblo que en la misma es el actor. El factor geográfico determina la formación de los Estados nacionales o plurinacionales y la línea de su política exterior. También o, mejor dicho, propio en una sociedad sin clases y fronteras, en una sociedad de productores "libres" según el concepto marxista, sería el factor geográfico, y no el racial u otros, el que determinaría la constitución de las células productoras. La subversión, por la "paz" de Versailles, de las leyes de la naturaleza ha balcanizado a toda Europa, con las consecuencias, presentes y futuras, que todos advierten.

Si hay un país, cuya posición geográfica marque de una manera, la más precisa, el curso de su historia, este país es

Italia. Esta constituye un gran puente tendido por la naturaleza sobre el Mediterráneo entre la cuenca occidental y la oriental; el salto a Africa, para dominar en todo el gran lago, desde Gibraltar a Alejandría, tiene por eso que ser —y fué realmente— el primer paso de una política imperialista itálica o italiana. Si se compara a Italia con la cercana península oriental, Grecia, se advierten en seguida dos características: *unidad itálica y fraccionamiento helénico*. Grecia presenta numerosas, pero cortas, cadenas de montañas con fértiles valles como centros naturales e *independientes* de cultura; las muchísimas bahías, con sus puertos bien protegidos, empujan a cada ciudad marítima hacia el camino de una política expansionista; en fin un riquísimo mundo insular prolonga a Grecia en dos direcciones. Italia, por lo contrario, es una unidad cerrada, cruzada, casi como por un eje central, por los Apeninos en cadenas paralelas entre sí. Al este queda sólo la región de Apulia (Tablero de las Pullas), apta para una evolución cultural, pero su posición excéntrica constituye un obstáculo insuperable para la expansión económica y política en toda la península. Al oeste de la cordillera de los Apeninos hay dos regiones que se prestan para el cultivo: el Lacio, o sea la llanura cruzada por el Tíber, y la Campania, atravesada por el Volturno y cuya ciudad más poderosa y floreciente era *Capua*, el recuerdo de cuya grandeza incutía cierto temor a Roma aún dos siglos más tarde, cuando la victoria de Roma era ya un hecho histórico. En el norte se extiende, desde el golfo de Genua al del Carnaro, la cordillera de los Alpes, la cual protege, convirtiéndola casi en una isla, a Italia contra las invasiones de las razas celto-germano-ilíricas. A los pies de los Alpes descende hacia el Adriático la llanura padana, la parte más fértil y rica de la península, pero habitada entonces por una estirpe no itálica, los galos, y entrada en la vida nacional apenas en las postrimerías de la república.

La parte de Italia bañada por el Tirreno presenta un conjunto casi uniforme, con pocos y malos puertos, no ofreciendo un punto firme e inicial para una política ultra-marina, ni asegurando tampoco protección suficiente contra invasiones o agresiones enemigas. *Por estas razones, Roma no pudo pensar en una política conquistadora fuera de Italia sino después de haber garantizado la incolumidad del Lacio mediante*



*la unificación de Italia bajo su dirección.* Mientras los fenicios y los griegos cruzaban todos los mares a la búsqueda de colonias y factorías, derrochando sus energías en alcanzar éxitos parciales y efímeros, para ir más tarde al derrumbe completo por la falta de un estado nacional vasto y poderoso, los romanos ni siquiera se habían atrevido a extender sus brazos hacia las cercanas islas del mar Tirreno, *antes de que se sintieran seguros en su península.*

Resulta, pues, evidente que la potencia predominante y unificadora no podía desarrollarse sino en una de las planicies occidentales: en el Lacio o en la Campania. Si esta última, más al sur, más extensa, más feraz y más dotada de puertos, tuvo que ceder frente a Roma, esto se explica porque la Campania era, en su mayor parte, una colonia griega y sus costas estaban en manos griegas. Más, los griegos nunca pensaron hacer una política itálica, como jamás hubieran admitido una unión política con los "bárbaros" itálicos, volviéndose su mirada constantemente hacia la madre patria y las otras colonias diseminadas en el Mediterráneo. Además, las colonias griegas estaban profundamente divididas por mutuos celos y rivalidades, reflejo en parte de las rivalidades entre las varias metrópolis (Atenas, Esparta, Corinto, etc.), mientras que Roma, con su método pausado y tranquilo iba ganando cada día más terreno.

En la planicie latina, Roma no fué la única pretendiente a la función histórica de unificar y dirigir a Italia. Antiguas necrópolis revelan que en un período anterior el papel directivo en la región del Lacio perteneció a una ciudad de los montes Albanos, *Alba Longa*, sede de los legendarios descendientes del legendario Eneas. Empero, Roma poseía condiciones de desarrollo más favorables que sus rivales. Damos sobre este punto la magistral exposición del profesor Bloch:

"A unos 25 Kms. del mar, y en inmediata proximidad del río Tíber, hay una corona de colinas, utilizadas por los campesinos para la construcción sobre las mismas de sus viviendas, mientras los campos de cultivo se extienden alrededor de las pequeñas alturas. Tales villorios, uno cerca del otro, no podían vivir y prosperar por largo tiempo sin mantener mutuas relaciones. Contactos amistosos u hostiles debieron ser

la consecuencia lógica e inevitable de esa situación, llegándose por fin a reconocer que la solución ventajosa para todos no podía ser más que la unión de todos los villorios en una sola comunidad. Fué de esta unión de donde surgió un estado potente y superior a las demás comunas latinas, frente a las cuales gozaba también de condiciones de vida y desarrollo más favorables, como ser la inmediata proximidad del más grande río de la campiña latina. No habiendo desde Roma al mar, a causá del carácter pantanoso de los terrenos, otros lugares habitables, era muy natural que la nueva ciudad-estado extendiera a lo largo del río su poder e influencia, hasta la costa marítima, llegando a ser el emporio comercial de los pueblos de los Apeninos con el mundo exterior. La fundación de una escala marítima, la colonia de Ostia, pertenece ya a los primeros tiempos de Roma, atribuyéndola la tradición al cuarto de los reyes legendarios, Anco Marcio. Aun cuando no hay que exagerar, la importancia comercial de Roma, es un hecho indiscutible que su posición geográfica le aseguraba gran ventaja sobre las demás comunas latinas. Tampoco las poblaciones radicadas en la costa del mar, podían representar un factor de peligrosa competencia, por faltarles la arteria comercial del río y estar expuestas a las frecuentes invasiones y depredaciones de los piratas.

Otra circunstancia, aparentemente baladí, ha sido considerada como factor importante de la superioridad de Roma: las salinas a lo largo de la costa de Ostia, cuya explotación constituía una fuente de ganancias casi gratuita. Mientras las demás comunas latinas, particularmente las de las montañas, debían hacer grandes economías para poder adquirir los objetos metálicos, las herramientas de labranza y las armas necesarias, todo lo cual era suministrado principalmente por los etruscos, especializados en la explotación de minas, Roma estaba en condición de llevar a los mercados un artículo que podía vender a un precio muy superior al costo de producción. Los habitantes de la cercana Veji contemplaban con envidia las salinas romanas, y trataron de arrebatárselas a sus propietarios en combates violentos, pero estériles. Cuán intenso debe haber sido el comercio de este mineral, lo indica el nombre que los romanos dieron al camino que desde Roma conducía al país de los sabinos y los picentos en dirección al nor-este, uno de los

más antiguos de Italia y que aun hoy conserva su vieja denominación de "Vía Salaria" (Camino de la sal).

La diferencia potencial que separaba a la ciudad del Tíber de sus rivales latinas, fué acrecentándose cada vez más, hasta que aquella se volvió al fin la más poderosa, logrando, naturalmente a través de luchas sangrientas, ser reconocida por todas las comunidades, como centro y guía de la región. Una tras otra fueron aplastadas por la poderosa rival, y las más cercanas reputaron conveniente perder no sólo su independencia política, sino también la económica, fusionándose completamente con Roma. Se conservan aún los nombres de numerosos castillos —villórios construídos en las cumbres de las colinas— que en un tiempo se levantaban en la campiña romana, pero que desaparecieron ya antes de la entrada en los tiempos históricos. Según Plinio el Viejo, escritor del I siglo después de Cr., 'el número de las comunas desaparecidas —sin dejar rastro— se elevaría a cincuenta y tres.

Que los habitantes de los castillos romanos habrían sido hombres de tipo selecto, muy superiores en valor a los demás latinos e itálicos, ésto ha constituído a menudo un artículo de fe para los romanos, pero difícilmente es un hecho demostrable o demostrado. Sin embargo, se puede afirmar con mucha razón que, entre todas las razas y pueblos establecidos en Italia, los itálicos del Lacio estaban predestinados al dominio sobre toda la península."

Los itálicos no constituían la población primitiva de la península. Eran una rama del tronco indo-europeo, la que en época muy lejana, viniendo del norte, cruzara los Alpes, estableciéndose en el valle del Po. Desalojados, en una época imprecisable, por los etruscos, se refugiaron en las regiones centrales y meridionales de la península. Aquí encontraron a otra rama del tronco indo-europeo, y precisamente a los yapigios y mesapios, pertenecientes a la raza que había poblado la península balcánica en la época prehelénica y cuyos descendientes son los actuales albaneses. Los yapigios y mesapios habían llegado a Italia por mar, a través del canal de Otranto, a consecuencia de la gran invasión griega en los Balcanes y fueron con el tiempo asimilándose parte a la cultura superior de las colonias helénicas de la Italia meridional y parte a las desbordantes masas de los itálicos. La población, desplazada a su vez

anteriormente por los yapigios-mesapios, pertenecía a los ligures, raza no indo-europea y quizás la más atrasada entre los pueblos de Europa.

Es evidente que solamente los etruscos, penetrados en Italia desde el nord-este y que por largo tiempo habían ejercido papel prominente en el Mediterráneo occidental, estaban en condición de asumir la función directiva en la península. Hasta ahora no se sabe exactamente de dónde vinieron los etruscos, ni a qué raza pertenecían; la hipótesis más corriente es de que salieron de la Anatolia (Asia Menor), separándose del tronco lidio-hetítico. Hacia el fin del siglo séptimo (a. d. C.) el esplendor político de los etruscos tuvo un derrumbe prematuro. La invasión de los celtas o galos en el valle del Po partió en dos la compacta masa etrusca: una parte, los retos, fué empujada violentamente hacia los Alpes, mientras la otra tomó posesión de los Apeninos septentrionales, llegando a ocupar toda la Toscana (Etruria), y parte de Umbria y del Lacio: *No constituían un Estado unitario, sino una Federación de ciudades con vínculos muy flojos*; la forma de gobierno era en todas estrictamente aristocrática y la casta dirigente fué entregándose a una vida de lujuria cada vez más podrida. "Gordos y sacios", decían los romanos refiriéndose a los etruscos, aunque en los primeros tiempos tuvieron que temblar bastante frente a ellos. La falta de unidad, el régimen aristocrático y la corrupción de la clase dirigente hacían imposible para los etruscos ponerse a la cabeza de todos los pueblos de la península.

"Los *itálicos* -- cedemos nuevamente la palabra al prof. Bloch -- habitaban el valle padano desde tiempos muy lejanos. Las moradas, muy numerosas, descubiertas en esa región, no pertenecen a ninguno de los pueblos que anteriormente o después se establecieron en Italia. Construídas sobre terreno firme o en agua, esas viviendas se asemejaban mucho a las suizas, edificadas también sobre palos o estacas. Las basuras, amontonadas alrededor de esas construcciones, ofrecen un testimonio elocuente del nivel cultural de los itálicos. Si es verdad que "el hombre es lo que come", tenemos justificados motivos para poner a ese pueblo entre los civilizados. La masa principal de aquellos restos la constituyen desperdicios o residuos de cocina, que se acostumbraba tirar más allá del borde

de las viviendas. De esos residuos se desprende que el medio primitivo de alimentación, el de la caza y la pesca, estaba entre los itálicos ya superado. En más de cien aldeas de madera se halló un solo espinazo de pescado, el que puede haber llegado a esos yacimientos por puro acaso. Pero aun cuando —dada la abundancia de pescado en los ríos de la región— aquella escasez de restos se quiera considerarla como pura casualidad, puede observarse, por otra parte, que en general la alimentación ofrecida por la naturaleza ocupaba un lugar muy secundario frente a la que se había desarrollado por los progresos de la cultura. Los restos de jabalíes y ciervos casi desaparecen frente a los productos de la ganadería racional. La carne vacuna y porcina debió, a juzgarse por los restos, consumirse en gran cantidad, mientras son muy escasos los huesos de lanares.

Al lado de la ganadería vino practicándose intensamente el cultivo de los campos, como lo demuestra el fruto que requiere mayor desarrollo técnico: el trigo. Los itálicos de entonces todavía no cocían el pan, sino que reducían los granos triturados a una especie de papilla. Se cultivaba también la vid, pero no habiéndose conservado ningún resto de recipientes, hay que suponer que el arte de prensar la uva era aún desconocido y que los granos se consumían como fruta solamente. También se han encontrado, en mayores cantidades, manzanas, ciruelas, cerezas, nueces y pistachos, pero de tan pobre calidad, que se puede casi descartar que hubiera habido una fruticultura, siendo, en cambio, muy probable que aquellos frutos fueran de origen selvático. Las excavaciones practicadas demuestran que el arte de fundir bronce era ya conocido, aunque no se habían todavía abandonado los utensilios de piedra. Y que los objetos de bronce no eran importados del exterior, lo demuestran algunos moldes de fundición (de arcilla pulida), encontrados en el lugar. La relativa escasez de objetos metálicos hallados se explica por el hecho de que los utensilios de piedra o arcilla, una vez inutilizables, eran simplemente tirados, mientras que los de bronce conservaban siempre su valor material y podían refundirse. Naturalmente, tanto los objetos de bronce como los de piedra y arcilla eran labrados en forma muy primitiva: de una gran industria o de artes no es el caso de hablar, habiéndose tratado sólo de procurarse los

medios e instrumentos para la satisfacción de las más indispensables necesidades de la vida y no pudiéndose por lo tanto pensar en exportaciones de ninguna especie”.

Este era el nivel de cultura de los itálicos que tuvieron que emigrar del valle del Po a raíz de la invasión etrusca, estableciéndose una rama de ellos en el Lacio. Los latinos más antiguos se presentan como una fracción del mismo pueblo que habitó el valle padano, los itálicos: como éstos, se nutren de los productos de la agricultura y la ganadería, mientras que el comercio y la industria carecen todavía de toda importancia. Las condiciones sociales en este pueblo de campesinos eran las mismas que se advierten en casi todos los pueblos de cultura primitiva. *La tierra no había pasado aún a ser propiedad privada*, buscando en cambio los miembros de las tribus *arrancar a la tierra, por el trabajo en común*, los productos necesarios para la vida. Mientras los campos de cultivo y pastoreo seguían siendo *propiedad común de la tribu*, iban separándose del conjunto *la vivienda y la huerta* ( $\frac{1}{2}$  hectárea de tierra) como propiedad particular de la familia que poco a poco se desligaba del vínculo de la tribu.

Los itálicos no eran, empero, los únicos pobladores de la región. ¿Qué había ocurrido con los anteriores propietarios vencidos? Estos, según las costumbres de entonces, tenían que abandonar sus tierras y buscar en otras partes nuevos campos y praderas o quedarse en el país a discreción del vencedor. Este, a su vez, podía, según su voluntad, degollarlos, esclavizarlos o tolerarlos cerca de sí hasta con cierta consideración. Los itálicos, al tomar posesión del Lacio, eligieron el último camino. En realidad, al lado de los ciudadanos con plenos derechos encontramos a una clase de hombres bien tratados, pero sin derecho alguno, en la que hay que reconocer los restos de la población pre-itálica. Se les llamaban “clientes”, es decir: “obedientes”. Participaban en la labranza común de la tierra, siendo compensados con el suministro de los víveres necesarios. Esta reglamentación de las relaciones entre los dos pueblos revela una mentalidad pacífica y práctica mucho más humana que por ejemplo en Esparta respecto a los ilotas.

Los romanos necesitaron muy largo tiempo para volverse ese pueblo belicoso y conquistador que todos conocemos. Durante casi mil años han labrado pacífica y modestamente sus

tierras, antes de iniciar, con la unificación del Lacio, su política nacional y mundial. La antigua población campesina era profundamente pacífica. Un cambio en esta feliz y próspera situación tenía que ocurrir cuando las ventajas de la colonización romana empezaron a manifestarse en las relaciones con las comunidades vecinas. El número de la población aumentaba constantemente, de manera que la comarca ya no bastaba para nutrir a todos, imponiéndose por consiguiente, la expansión territorial. En esta fase del proceso evolutivo la tierra en propiedad común tenía que ser forzosamente un obstáculo para el progreso ulterior. El trabajo más provechoso quedaba sustraído, por ese "comunismo primitivo", al libre juego de las fuerzas familiares e individuales. Y como en todos los países, también en la comunidad romana el crecimiento de la cultura estaba ligado, *en aquellos tiempos*, a la propiedad privada, esto es, a la división de las tierras. *La primera distribución de tierras no se hizo a favor de los individuos, sino de las familias.* Para los subyugados, los clientes, esa evolución no tuvo al principio mucha importancia. Si antes su existencia se basaba en su relación con la tribu, ahora entraban en una análoga dependencia frente a las familias. Las relaciones se volvieron más estrechas, más personales y con posibilidades de una ayuda mayor de parte de sus protectores ("patroni") que la ofrecida antes por la tribu o por la comunidad.

La economía familiar, debía ceder el puesto a la economía privada, o individual. Hubo varias fases en ese proceso de diferenciación. En los comienzos el trabajo era tarea común de todos los componentes de la familia o clan y los clientes. Más tarde se repartió la tierra entre todos los miembros de la familia, dejando a cada uno lo que podía sacar de su lote. Tratabase de una especie de arrendamiento, por el cual toda la familia seguía figurando como propietaria frente a cada miembro arrendatario. El arrendamiento se hizo al fin hereditario, desapareciendo paulatinamente la conciencia de la condición de arrendatario. El vínculo que ligaba entre sí a las familias de la tribu fué relajándose cada vez más, desligándose a su vez de las familias principales otras ramas laterales y colaterales. En lo que se refiere a los clientes, se fué borrando toda diferencia racial, de vencedores a vencidos, convirtiéndose, en el transcurso del tiempo, su situación en una relación puramen-

te privada, de carácter económico, entre el fuerte y el débil, así que no fué raro el caso de que ciudadanos "romanos" más pobres entraran con un ciudadano rico en la relación de clientes para asegurarse así la existencia.

El cambio ocurrido en las relaciones económicas —de la propiedad común a la familiar e individual— tenía que provocar entre los romanos un antagonismo destinado a llevar la comunidad a crisis muy agudas. Las diferencias de posesión se hicieron en el transcurso del tiempo cada vez mayores, buscando los ciudadanos más acaudalados convertir su superioridad ocasional, pero real, *en duradera y legítima por la fuerza del poder*. Esta aspiración de los mayores terratenientes *al poder político* está reflejada claramente en la constitución del Estado. La monarquía tuvo en la Roma antigua la forma, bajo la cual se había desarrollado, en todas partes, *de la república primitiva*, es decir, la forma de *monarquía patriarcal*. "Se nombraba al más anciano o a otro —según expone el prof. Bloch— en quien se confiaba encontrar un buen administrador, un juez justo, un general valiente y un pío sacerdote, sin necesidad, por la exigua extensión del territorio, de un pesado aparato gubernamental, ni de un gran cuerpo de funcionarios. El rey y la comuna, es decir, la totalidad de los ciudadanos libres, han sido por largo espacio de tiempo los primeros y únicos poderes, y esto ofrecía la garantía de un régimen democrático, abierto a todas las pretensiones justificadas. La situación, empero, debía cambiar con el aumento del territorio estatal. El rey no podía ahora ejercer por sí solo todas sus obligaciones y funciones; fué, por lo tanto, menester aliviar al rey, agregándole fuerzas auxiliares, y establecer, al lado de la asamblea popular a la que quedaban reservadas las cuestiones más importantes, una especie de Comisión (Consejo de ancianos) para el despacho de los asuntos corrientes. En esta innovación institucional reside la raíz de ulteriores diferencias sociales. El rey, a pesar de su posición excepcional, de sus prerrogativas y compensaciones (lista civil), ya no podía tener influencia preponderante en la división de los bienes entre los miembros de la comunidad."

No se sabe cuál ha sido en la época más antigua la relación jurídico-constitucional entre esos poderes, es decir, si el rey era nombrado, como en los últimos tiempos de la monar-



quía, por el *Consejo de los ancianos* (Senado), y si los miembros de ese Consejo eran hechura del rey o un cuerpo elegido por el pueblo: de todo esto se sabe muy poco. Comprobamos solamente el resultado inevitable de tales constituciones también en Roma: *la división del pueblo en dos clases bien distintas*. También en la ciudad del Tiber surgió la misma antítesis entre gobernantes y gobernados que se había desarrollado sobre idénticas bases en los lugares y épocas más diversas: la separación entre nobleza y pueblo o, como se usó llamar a esas clases, entre "patricios" y "plebeyos". Patricias se denominaban las familias nobles, las de los ancianos de la comunidad ("padres"), llamados a participar en el Consejo del rey, mientras la palabra "plebeyos" derivó de plebs, la multitud.

Así fueron desarrollándose, en sus grandes líneas, las relaciones sociales en Roma antes de que la plebe, perjudicada profundamente en sus intereses, iniciara la lucha por el poder contra una casta numéricamente mucho más débil.

**BIBLIOTECA y ARCHIVO**  
**DE**  
**EMILIO ALBERTO NOYA**

# La Comisión Oriental en Entre Ríos

Por JULIA BEATRIZ BOSCH VINELLI

Los trabajos de la delegación enviada por el Cabildo de Montevideo, a fines de 1822, para lograr apoyo a efectos de emanciparse del dominio brasileño, interesantísimo episodio que constituye uno de los antecedentes de la independencia de la nación hermana del Uruguay, no han sido debidamente aclarados todavía y en muchos casos silenciados en su totalidad, aun por los autores uruguayos.

El doctor Ramón J. Lassaga en su "Historia de López" (1881), fué el primero que informó con amplios detalles, sobre los actos de estos comisionados, pero precisándolos sólo con respecto a la vida del caudillo santafesino. Más tarde, Saldías (1885) les dedicó un capítulo con vistas generales. Con posterioridad, muy pocos historiadores se han ocupado del asunto y sólo parcialmente; sobre las huellas de Lassaga, Cervera y Busaniche, en lo que se relaciona con Santa Fe; D. Benigno T. Martínez y el doctor Martín Ruiz Moreno, en lo que respecta a Entre Ríos.

En el presente trabajo se trata de contribuir al esclarecimiento de aquellas gestiones, estudiando la actuación de los mandatarios de esta última provincia; nos servimos para ello de un abundante material inédito procedente del Archivo de Paraná y de las Memorias póstumas, igualmente inéditas, de un personaje muy discutido y principalísimo en aquellos su-

cesos, el gobernador D. Lucio Mansilla. Hemos tenido a la vista en Paraná, un ejemplar de esas Memorias, que, por proceder directamente del hijo del autor y llevar las firma autógrafa, creemos sea el original, ya que otras personas que conocieron copias de dicho documento (a), insisten en la falta de firma. Parece haber sido escrita en dos ocasiones, por lo menos, dada la diversidad de letras; además los sucesos de su primer época son detallados con profusión, mientras que los últimos, a pesar de la importancia de muchos de ellos, sólo son mencionados. Faltan algunas fojas iniciales, por lo cual desconocemos el título dado; habla en primera persona, con su característico tono jactancioso; la redacción difiere de la copia citada por Saldías en los párrafos transcritos; la copia de Leguizamón agrega algunos episodios de los cuales carece el que consideramos original. Este documento se encuentra en poder del doctor Santiago Moritán, quien lo hubo del doctor Manuel de Tezanos Pinto, primer poseedor.

\* \* \*

La invasión portuguesa en la Banda Oriental, que tácitamente había sido aceptada por las grandes masas de la campaña, no había logrado terminar con los propósitos de reintegración plena al gobierno de las Provincias Unidas, sentimiento que dominaba en los núcleos urbanos. La independencia del Brasil de su Metrópoli, en septiembre de 1822, vino a favorecer momentáneamente estos planes, al dar lugar a dos parcialidades entre los jefes del ejército de ocupación, pues, mientras unos, con el Barón de la Laguna, se determinaron por el nuevo estado de cosas, otros con D. Alvaro da Costa Souza lo desconocieron. La lucha se entabló inmediatamente. Le cor, que había logrado formarse una sólida posición política, ganó la campaña y por sucesivas victorias redujo a da Costa a la ciudad de Montevideo. La intransigencia de este último llegó al punto de preferir la entrega del territorio a sus primitivos dueños, antes que acatar la autoridad del nuevo Em-

13) MARTINIANO LEGUIZAMON, *Las memorias póstumas del gobernador Mansilla*, en *Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana* II, 149 y siguientes, Buenos Aires, 1925.

perador; entonces los patriotas uruguayos creyeron ver la ocasión de realizar sus antiguas miras. Bajo los auspicios del jefe portugués —podría decirse—, que retomaba el compromiso de Lecor en 1817, de entregar las llaves de la ciudad, sólo al Cabildo 'como autoridad representativa de Montevideo y de toda la Provincia Oriental', un grupo de vecinos, formado por los señores José Ma. Platero, Pedro Francisco de Berro, Manuel Pérez, Pedro Vidal, Silvestre Blanco, Francisco de las Carreras, Juan J. Giró, Ramón Castris y Francisco Solano de Antuña, reinstalan la vieja institución para desde allí solicitar oficialmente el apoyo de los gobiernos americanos. Se dirigieron en primer término, a los gobiernos de Buenos Aires y Colombia, que presidían respectivamente D. Martín Rodríguez y el general Simón Bolívar. En ambos casos y por circunstancias diversas no se dió curso a la petición. Para Bolívar, que había concebido con anterioridad su plan, en el que no se contaba una guerra con el Brasil, la empresa resultaba incierta y temeraria, aunque en principio hubiera sido vista con simpatía.

Con menor resultado, aun, se iba a tratar junto al gobierno de Buenos Aires, que desde el comienzo de la ocupación portuguesa, había seguido una política, en general de indiferencia y a menudo de complicidad, denunciada en diferentes oportunidades por los caudillos del Litoral. Aunque esa provincia uruguaya era una de las de la Unión, la causa de su libertad, no se abrazó con todo el interés que reclamaba ese carácter: los proyectos de ataque o de reclamación inmediatos fueron desechados en absoluto, y la solución se confió a la diplomacia largos meses después. Salvar a las Provincias Unidas de la necesidad de una guerra con el Brasil, será el punto central de la política porteña, consagrada entonces con todos sus afanes a resolver asuntos edilicios de escasa significación.

El problema portugués había sido siempre preocupación de los gobiernos del litoral, no sólo por tratarse de un asunto nacional, sino también por razones geográficas imperiosas. La política de estos gobiernos frente a la ocupación es clara y precisa y está destinada a consolidar las situaciones locales para oponer un frente a posibles avances del Barón de la Laguna, el poderoso vecino del Este. Así lo revelan todos los pasos

dados desde 1820 por Estanislao López, el caudillo santafesino, con los cuales, aseguraba a la vez su predominio personal: primeramente, la alianza con Buenos Aires por el Tratado de Benegas (Noviembre de 1820); luego, con el triunfo sobre Ramírez, la segregación de la República Entrerriana, instituida por aquél, y por último, la firma del Tratado Cuadrilátero, en 1822, con el que se llega a "una paz firme, verdadera amistad y unión permanente". Por lo demás y con anterioridad, ya en el Tratado del Pilar (febrero de 1820), las dos provincias de Santa Fe y Entre Ríos, habían definido perfectamente su política exterior en el artículo tercero del mismo: "recuerdan a la heroica provincia de Buenos Aires, cuna de la libertad de la nación, el estado difícil y peligroso a que se ven reducidos aquellos pueblos hermanos por la invasión con que los amenaza una potencia extranjera que con respetables fuerzas oprime la provincia aliada de la Banda Oriental. Dejan a la reflexión de unos ciudadanos tan interesados en la independencia y felicidad nacional, el calcular los sacrificios que costará a los de aquellas provincias atacadas, el resistir un ejército imponente, careciendo de recursos; y aguarda de su generosidad y patriotismo auxilios proporcionados a lo arduo de la empresa, ciertos de alcanzar cuanto quepa en la esfera de lo posible".

Asimismo les llevaba un sentido amplio del americanismo, ya manifestado en otras decisiones anteriores de las provincias. Tal es el concepto que entresacamos de una nota dirigida en 1825, por el gobernador de Entre Ríos D. León Solas a D. Fructuoso Rivera: "Todo lo que conduce a la libertad de los pueblos de América es grato al que suscribe, pero mucho más la de unos héroes con quienes nos liga la misma naturaleza por nuestra posición geográfica" (1). No era esto otra cosa, que "la libertad bien ordenada de todos los pueblos hermanos" de que hablara Estanislao López al general Artigas (2).

Todos estos antecedentes hacían que los delegados del pueblo uruguayo pudieran confiar en el éxito de su misión ante los gobiernos litorales; sin embargo, circunstancias políticas y militares especiales, agravadas por una gran crisis

(1) Archivo de Pirana, "Relaciones Exteriores", 1824-25.

(2) JOSE LUIS BUSANICHE, *Santa Fe y el Uruguay*, pág. 28. Santa Fe 1930.

económica, hacen poco menos que imposible la aceptación de una propuesta, apoyada en la práctica, sólo por un reducidísimo núcleo urbano. Por todo ello, durante el año de 1823, entre los gobiernos de Santa Fe y Entre Ríos, que se hacen cargo de la misma, tiene lugar una activa diplomacia interprovincial, de suyo abundante en pintorescos episodios.

\* \* \*

El 5 de marzo llega la delegación oriental a Santa Fe. Estaba integrada por los señores Luis Eduardo Pérez, Román de Acha y Domingo Cullen; actuaba de secretario D. Juan Vázquez Feijóo. Desde Buenos Aires venían acompañados del doctor Juan Francisco Seguí, ministro secretario del gobernador López y de don Juan Manuel de Rosas. La delegación fué acogida por el pueblo y gobierno santafesinos con especiales muestras de simpatía; de los agasajos con que fueron obsequiados, nos da cuenta un documento curiosísimo, el "Diario", dejado por el secretario Vázquez Feijóo (3). D. Domingo Cullen, que entonces se inicia en la vida política del país, había preparado ya el ambiente en su estadía a fines del año anterior, enviado por el mismo Cabildo de Montevideo; iba a ser el más entusiasta y decidido sostenedor de su misión. Se había vinculado estrechamente con los generales López y Mansilla y otros destacados personajes, que comprometieron así su actitud futura en apoyo de la petición oriental.

Por su detención en Santa Fe, los cabildantes no pueden iniciar inmediatamente, como deseaban, sus negociaciones con Entre Ríos, provincia que estaba gobernada por una de las personalidades más singulares de la época, el coronel Lucio Mansilla (4). El general López ofrece un banquete el día 9 y al invitar a su colega de Entre Ríos, le expresa con toda

(3) JUAN VAZQUEZ FEIJOO. *Diario*, en *Revista Histórica*, XII, Montevideo, 1924.

(4) Natural de Buenos Aires y guerrero de la independencia, tomó parte activa en las luchas por nuestra organización: alistado bajo las órdenes de Artigas, siguió con Ramírez y, a la muerte de éste, consumó la revolución del 23 de setiembre de 1821. Llegando así a la gobernación de Entre Ríos a los 29 años de edad. En el ejercicio del poder se hizo asesorar por dos distinguidas personalidades: el doctor Pedro José Agrelo y don Domingo de Oro. Aunque en lo político no hizo en gran parte sino armonizar con las inspiraciones de Buenos Aires, en lo administrativo, manifestó una dedicación singular y su período fué fecundo en iniciativas de utilidad pública. Personalmente estaba dotado de relevantes condiciones naturales, acrecentadas por cierta cultura.

confianza: "Yo lo miro a usted como a un fiel amigo, capaz de meditar conmigo lo que mejor nos convenga". Cullen, días antes, le había escrito: "Ciertamente conviene mucho su presencia aquí por mil razones".

Preparadas así las cosas, resolvieron tratar la participación oficial de la Provincia de Entre Ríos. Sobre ese punto el general Mansilla, dice en su "Memoria": "Mi contestación fué que consultaría al gobierno de Buenos Aires, el más poderoso en la República, previniéndole que si éste no se ligaba a la empresa, yo no me ligaría tampoco, a pesar de mis deseos de libertar a la Provincia Oriental". Al efecto, solicitó licencia del Congreso entrerriano y el 15 partió para Buenos Aires. Allí, "impuesto de la negación pendiente en Río Janeiro, del estado apurado del erario y de la dislocación de la República —agrega— me afirmé en la idea de negarme a la invasión propuesta". Tal vez, habría recordado en la ocasión, palabras de Martín Rodríguez: "De ningún modo considero que estamos autorizados a emprender guerra alguna sin el conocimiento y consentimiento de los representantes del pueblo a cuya cabeza estamos. No está en nuestra facultad, como meros gobernantes, el sacrificar a nuestro arbitrio, pueblos enteros, por consideraciones a otro pueblo o otros individuos" (5). Así se lo comunicó a López, en carta del 31 de marzo.

El 13 de marzo se había firmado el tratado entre Santa Fe y la Comisión Oriental. Se establecía una alianza ofensiva y defensiva a favor de ambas partes. Se daba al gobernador de la Provincia, autoridad en el territorio oriental mientras durara la campaña, cargando con el compromiso de extirpar los elementos anárquicos: los gastos iban a correr por cuenta de Montevideo. Además habría de invitar a otras provincias para cooperar. El 20 de mayo, López, de acuerdo a esto, dirige una proclama. Por diferentes causas ninguna aceptada, excepción hecha de Mendoza, que en 16 de mayo, comunica su disposición para levantar recursos destinados a la guerra.

\* \* \*

La situación personal del general Mansilla era particularmente delicada. Aunque los sendos compromisos con Bue-

(5) MARTÍN RUIZ MORENO. *Contribución a la Historia de Entre Ríos*. II 66 Buenos Aires s/d.



nos Aires y Santa Fe constituían de por sí una seria disyuntiva, no menor era el peligro de una reacción del Barón de la Laguna, por las circunstancias que habían rodeado su advenimiento al poder. Triunfante la revolución de 23 de septiembre de 1821, los derrotados, López Jordán, Piris, Cipriano de Urquiza, como en otras ocasiones, se habían refugiado en el territorio oriental y conspiraban continuamente contra la situación entrerriana. Ello le movió a la firma de un tratado de paz y buena vecindad con el Barón de la Laguna, llevado a cabo el 11 de diciembre de 1822, tratado para el cual sí, "había razón y motivo", no como negara Buenos Aires y que constituía un paso discretísimo de gobierno, en tiempos de paz, pues sólo se respetaba la ocupación de hecho. Por lo demás, ha sido siempre recurso obligado de los gobiernos de Entre Ríos, en el siglo pasado. Veamos lo que se estipulaba:

"Art. 2º Serán mandados retirar de la inmediación de la Banda Oriental del Río Uruguay todos aquellos caudillos que conspiraron contra la tranquilidad de aquella provincia, no dispensándoles protección alguna, directa ni indirectamente para hostilizar la provincia de Entre Ríos.

Art. 3º — El gobierno de la provincia Entrerriana estará a igual correspondencia respecto del Estado Cipriano con aquellos que abriguen miras que no digan conveniencia con los intereses de aquel estado".

Por el art. 5º y último, se establecía que en caso de guerra, se comunicaría quince días anticipadamente el rompimiento de las hostilidades (6).

La mayoría de los historiadores han creído ver en este tratado el motivo de la oposición inicial de Mansilla. Creemos que no debe buscarse allí, pues, en verdad no significaba un compromiso absoluto. Así lo reconoció el propio Cabildo de Montevideo, en un oficio del 7 de abril, en el cual después de agradecerle sus generosos propósitos, se agregaba: "que lejos de inspirarle temores los tratados celebrados con el Barón de la Laguna, nunca pudo hallar en ellos, otra cosa que el resultado de difíciles circunstancias políticas y el deseo de

---

(6) *In extenso*: [BENITO G. COOK y PEDRO M. ESPINOSA], *Recopilación de leyes, decretos u acuerdos de la provincia de Entre Ríos*, t. 1, 226 y siguientes, Uruguay 1875.

ganar tiempo para obrar en oportunidad con más acierto" (7). Juzgamos más acertada la explicación siguiente: Mansilla simpatizaba con la ardua empresa, pero no accedió porque, no habiendo aceptado el gobierno de Buenos Aires, consideraba una aventura peligrosísima que exponía a Entre Ríos a ser teatro de una invasión lusitana, que no podría resistir" (8).

\* \* \*

Los propios comisionados orientales, dan pretexto al gobernador de Entre Ríos para cohonestar su equívoca actitud del principio. Inducidos posiblemente por los opositores a la situación, decidiéronse a derrocarlo del gobierno, aprovechando de su viaje a Buenos Aires (marzo a abril). El doctor Seguí, el general Manuel Lavalleja y don Juan Vázquez Feijóo, aparecieron en el sumario levantado al efecto, que obra en el Archivo de Paraná, como instigadores de un movimiento revolucionario en el que habían comprometido entre otros al comandante Andrés Latorre, a don Justo Hereñú y a don Justo José de Urquiza.

En su mensaje a la Legislatura Provincial, de 29 de septiembre, el gobernador Mansilla manifiesta que en las primeras conferencias tenidas con la Comisión Oriental no tuvo reparos en dar "su opinión particular sobre la oportunidad de tal empresa". "No era favorable, agrega, y desgraciadamente se interpretó como resolución positiva del gobierno de Entre Ríos, lo que no era sino el pensamiento de un hombre" (9). Mansilla íntimamente recelaba de López; sin embargo, comprendiendo que no era la ocasión de romper abiertamente con él, ordena al gobernador delegado don León Solas, proclamar al pueblo sobre la conspiración, omitiendo nombrar al gobernante santafesino, por estar seguro de su ignorancia de tales manejos. Personalmente le dirigió repetidas notas de protesta, al igual que a Cullen y los gobernadores de Santa Fe y Corrientes, exigiendo reparaciones y desagravios, por considerar el hecho como una violación del art. 1º del tratado Cuadrilátero. Consecuencia de ello es el cambio de enérgicas notas durante este mismo mes de abril. Contestando a su carta

(7) Manuscrito inédito en el Archivo de Paraná. "Tratados de 1882 a 1852. I.

(8) RUIZ MORENO, *op. cit.*, II, 6.

(9) Mensaje del Gobernador al H. Congreso Provincial, en Recopilación, citada, I, 306.

del 31 de marzo, en que Mansilla oponía reparos a ciertos detalles del proyecto, López le manifiesta oficialmente el 2 de abril: "La oportunidad de los momentos es llegada, como del cumplimiento del art. 1º del tratado reservado Cuadrilátero. La Provincia Oriental, que ya derrama la sangre de sus hijos por su libertad, no querrá sufrir más medidas morosas, con que se ha entretenido su energía muchos meses, sin otro fruto que un sensible desengaño, del logro de ese bien figurado con que se intenta deslumbrarla". El gobernador de Entre Ríos replica aludiendo a la conspiración fraguada y agrega:

"Después de esto, V. S. debe comprender que nuestro propio honor, no permite continuar relaciones de buena armonía para el grande objeto que se cuestiona, sin que anteladamente sea satisfecha del agravio que se le ha querido hacer y de los riesgos que según todas las apariencias amagan su reposo; sólo una satisfacción solemne de ese gobierno castigando a los malvados, que por desgracia se abrigan en su seno, podría aquietar los ánimos de estos momentos, demasiadamente indignados, ni es posible que este gobierno, contemple con indiferencia una negativa directa a esa reclamación". En carta particular del 11 de abril, López le increpa con energía: "Usted, brasilero en ideas no podría manejarse de otro modo; es preciso, amigo, dar pruebas reales de los sentimientos que nos animan". Alude también al quebrantamiento del Tratado Cuadrilátero. Mansilla, el 21 le responde: "¿Pensar así es dar mérito a que se me llame brasilero? ¿Para qué se toma si no se quiere insultar el pretexto del tratado con el Barón y pretendido quebrantamiento del art. 1. del reservado cuadrilátero? ¿Se ignora, acaso, que instruídos los gobernadores de la Liga del tratado celebrado, han guardado silencio, y por el mismo hecho han prestado un consentimiento tácito a dicho tratado? Pero usted mismo, compañero, ha celebrado un tratado con la comisión montevideana de que no ha instruído a los gobernadores de la Liga; al menos a éste nada ha dicho usted y tal vez usted quiere excusarse con que yo he quebrantado primero el tratado, sin advertir que usted no tiene derecho a acusarme de tal quebrantamiento después que no ha reclamado oportunamente y que, aunque yo lo hubiera quebrantado, esto no lo autorizaba a usted a hacer otro tanto. Si aquel tratado fuese sólo conmigo, mi falta exoneraría a usted

del cumplimiento, pero la falta de un miembro en una asociación de muchos, no puede jamás autorizar a usted para llamarse a exonerado" (10).

La bien documentada defensa del gobernante entrerriano, en la que se advierte el espíritu sagaz de su secretario Domingo de Oro, originó cierta tirantez en las relaciones de ambos estados y a raíz de algunas desavenencias con el gobernador sustituto Orrego, el de Entre Ríos suspende las relaciones oficiales, esperando salvar sus resentimientos con el gobernador propietario (mayo 22).

\* \* \*

Poniendo en práctica los planes del gobierno de Buenos Aires, Mansilla se apresta a intimar la suspensión de hostilidades al general Lecor (mayo 20), lo que no surte mayores efectos, debido a la situación particular que atravesaba el jefe brasileño en esos momentos. Tampoco se logra resultado alguno, con la misión encomendada al doctor Valentín Gómez (julio 9) ante la corte de Río de Janeiro, cuyas insrucciones abarcaban un amplio programa de política internacional, destinado a fortalecer la independencia de los países americanos.

Mientras tanto, había llegado a su término el proceso instaurado con motivo de la conspiración de abril. El Consejo de Guerra, presidido por el coronel León Solas, condenó a muerte a don Andrés Latorre y don Juan Vázquez Feijóo, a destierro por uno y dos años respectivamente a don Justo Hereñú y don Ramón Olivera y a un año de prisión a don Justo José de Urquiza. Mansilla, considerando que con esta medida se podrían precipitar acontecimientos desfavorables, aprovechó la celebración del día patrio, el 25 de Mayo, para conmutarlas a todas por la de destierro. Dice en su "Memoria": "Reflexioné sobre el caso y persuadido que aquellos desgraciados sentenciados, que habían sido movidos al atentado estaban en error, interpretando mi negativa a la invasión oriental a falta de patriotismo y deseos de recobrar el territorio usurpado por el Brasil, detuve el proceso en mi archivo privado algu-

(10) Borradores inéditos, Archivo de Paraná. "Comisión Oriental. Proceso Político" X 56 y siguientes 1821-1824.

nos días". En el discurso que pronuncia con motivo de la ceremonia, excusa su conducta en los siguientes términos: "apoyado en la ley, que me acuerda la facultad de conmutar la pena a que sentencian los tribunales, conmuto la de estos condenados a la última, a la de destierro de la Provincia, pidiéndoles no dejen jamás apagar el fuego ardoroso de la libertad y amor a su patria, en cuyas filas cuando ya no tenga la responsabilidad del puesto que ocupo, en el que nada puedo hacer aisladamente y sin acuerdo de las demás provincias que desgraciadamente están hoy desligadas, espero S. S. me encontrarán como patriota argentino" (11).

Echado así el olvido sobre los acontecimientos pasados, el 8 de junio se reanudan oficialmente las relaciones con la Comisión Oriental. Sólo falta hacer las paces con el gobierno de Santa Fe. Pero Mansilla, manifiesta estos deseos con cierta altivez, que disgusta a López: "El motivo de nuestras disensiones es un agravio que se me hizo. Fué público. Reclamé ante usted y no atendió mi reclamación. Callé; he meditado y he deducido que ya es tiempo de ocurrir de nuevo a usted, no para que me satisfaga de aquéllos, que he jurado olvidar, sino para concluir de una vez nuestras desconfianzas" (12).

Entonces, a fines de julio, en forma harto pintoresca, pone término a la larga polémica epistolar, y va a ver en persona al gobernador López. La curiosa entrevista, es relatada gráficamente por el General en su "Memoria": "Una noche me resolví, e hice preparar una canoa en el puerto de la Bajada Grande; me dirigí allí con el Comandante General del primer Departamento don León Sola, y embarcando con él, hice bogar a Santa Fe. (Me embarqué de noche y en el puerto antes dicho, porque si lo hubieran sabido en el Paraná, se hubieran opuesto mis amigos y jefes, temiendo alguna perfidia de López, pues tal era la excitación de los espíritus) . . . "A las dos de la mañana le golpeo a López la ventana de la pieza donde dormía, que conocía: ¿quién llama?, preguntó éste: el "Gobernador del Entre Ríos, que viene a batirse con su aliado el

---

(11) Memoria citada. Al efecto puede recordarse su actuación en la campaña de 1827 a 1828.

(12) Borrador original. Archivo de Paraná. "Comisión Oriental. Proceso Político". X, 58. 1821-1824.

Gobernador de Santa Fé, con las únicas armas que son permitidas esgrimir, la reflexión para discutir". Fué mi contestación.

"López abrió, y después de darnos las manos, mandó traer una cama a su mismo aposeno; ordenó alojarse al Comandante Sola en otra pieza interior, y ambos gobernadores dormimos hasta las ocho de la mañana siguiente!!!"

"Luego que despertamos me dijo López: "He mandado traer el coche de mi suegro para que nos vamos afuera. . . Salimos en efecto, y sentados bajo un sauce de la quinta de don José Echagüe, tomé la palabra, y le dije: "Amigo López: estamos dando un escándalo, que es necesario que cese, puesto que la causa que nos divide, es la que usted cree, que sin la concurrencia de Buenos Aires, se puede invadir la Banda Oriental; y yo pienso que solos no tenemos elementos para luchar con el Imperio del Brasil. Bien es verdad, que yo no conozco, sólo por referencias, el poder material y elementos de que puede usted disponer, López contestó que, volviendo a la ciudad se reuniría a la comisión oriental, y con asistencia de su secretario Seguí, acordarían lo que convinieren, impuesto que estuviera de lo que deseaba conocer".

El 4 de agosto de 1823, el doctor Pascual Echagüe, el coronel Nicolás de Vedia y don Luis Eduardo Pérez, representantes respectivos de Santa Fe, Entre Ríos y la Comisión Oriental, firman en Paraná, un tratado para precisar los detalles del ataque a las fuerzas brasileñas. En él se tenían en consideración las razones expuestas por Mansilla en los trámites iniciales, es decir, la inferioridad económica de las dos provincias y en especial, la de Entre Ríos y la situación política interna de esta última. Así se establecía: "Art 3º El Gobierno de Montevideo proporcionará todos los recursos que precisa el de Entre Ríos para hacer obrar en auxilio de aquel territorio, la fuerza que mueva a este objeto". Art. 4º En virtud de la escasez de caballos y ganado en que se encuentra la provincia de Entre Ríos, el gobierno de Santa Fe dispondrá que las tropas que envíe para el objeto en cuestión vengan provistas de caballos y de los víveres necesarios, siéndole libre poder comprar en la Provincia las cabalgaduras, ganados y demás que necesite sin perjuicio de que el gobierno de Entre Ríos hará cuantos esfuerzos quepan en la

esfera de sus facultades para suplir a dichas tropas, los medios de no entorpecer sus marchas hasta las márgenes del Uruguay”.

Así como los cabildantes uruguayos en las negociaciones con López lograron comprometer a éste a luchar contra los últimos resabios de la época artiguista (art. 8º), Mansilla exigió “que por ningún pretexto se daría una parte por pequeña que sea a los caudillos y demás hombres perjudiciales que el gobierno de Entre Ríos ha expelido de su seno, a no ser que hayan merecido indulto: antes bien se le entregarán al ser sorprendidos, bajo la responsabilidad de conservarles las vidas” (art. 5º).

Por el artículo sexto el gobernador de Entre Ríos salvaba su situación especial frente al Barón de la Laguna, al obtener la facultad de intimarlo a evacuar el territorio hasta la línea de la antigua demarcación. Estas dos cláusulas se hallaban también en el Tratado de diciembre de 1822, con el jefe brasileño. Fué también comprendida la necesidad de la cooperación y auxilio de otras provincias, invitándose por el artículo segundo, a las de Buenos Aires y Corrientes. La negativa de estos dos gobiernos fué una de las primeras causas que desalentaron a los comisionados. Pero la dificultad principal creemos que se encontraba en las exigencias del artículo primero: “El gobierno de Entre Ríos facilitará por lo pronto trescientos hombres de caballería a situarlos en la costa del Uruguay, a donde dirigirá el de Santa Fe igual o mayor fuerza dentro de quince días, para determinar el pasaje con los mejores conocimientos que se adquieran”, etc.

Ninguna de las dos provincias estaba en condiciones de responder en término tan breve; así lo manifestaron ambos gobernadores cuando se les presentó el doctor Juan García de Cossio a pedir aclaraciones en nombre del gobierno de Buenos Aires; su habilísima exposición sobre los inconvenientes e inoportunidad de dicha empresa lleva a hacerlos desistir (13).

El cabildo de Montevideo ratifica el convenio el 16 de agosto y en la misma fecha oficia al general Mansilla, expresándole su agradecimiento: “La confianza, la mutua correspondencia y la unión más estrecha y duradera, son las garan-

---

(13) RAMON J. LASSAGA. *Historia de López*. Apéndice. 515 y siguientes. Buenos Aires 1881.

tías que de su gratitud ofrece el Cabildo al gobierno de Entre Ríos, a nombre del pueblo que representa" (14).

Se había convenido también que este tratado no se haría público sino después que las tropas santafesinas pasaran el Paraná. Sin embargo, a los pocos días se publica en un diario de Montevideo. El Barón de la Laguna le reclama a Mansilla y éste le hace saber: "que el tratado publicado no tenía validez alguna, siempre que Santa Fe no pasase el Paraná al tiempo fijado, de lo que estaba seguro faltaría López, por no tener ni los hombres, ni los caballos que había prometido. Que el tratado nada significaba ni menos la reunión de fuerzas entrerrianas, reunidas en la costa del Uruguay" (15).

La delegación oriental, ignorante de aires manejos, se dispone a activar los trabajos. El 13 de octubre acuerda a don Domingo Cullen amplias facultades para tratar con el gobierno de Entre Ríos, fijando ciertos detalles sobre entrega de fondos: el 24 hace efectivos \$ 2000, comprometiéndose el 29 a entregar "a los tres días de su llegada a Santa Fe dos mil y quinientos pesos". La comisión no puede dar cumplimiento y Mansilla declara la imposibilidad de seguir adelante en esas condiciones. Cullen en oficios del 21, 23 y 27 de octubre, no desespera de toda solución: "Debiendo persuadirse el señor Gobernador que aun cuando contra todo principio de justicia, seamos abandonados de todos, hasta de aquellos mismos que han provocado nuestro patriotismo, los orientales no por eso arrojarán las almas que han empuñado contra sus tiranos, para vengar sus vulnerados derechos; ellos abandonados a sus propios recursos y destituídos de todo auxilio, afrontarán a un tiempo los riesgos de una guerra azarosa y los temores de la anarquía". El 31 de octubre, Mansilla replica: "El gobierno de Entre Ríos está convencido de que es inverificable la expedición por falta de fondos en la diputación para promoverla; cree también que nadie lo conoce mejor que ella misma, pero está resuelto a hacer todo lo preciso para poner en claro la sinceridad de los pactos en que entró con el fin de libertar

(14) Manuscrito inédito en el Archivo de Paraná. "Tratados de 1824 a 1852. I

(15) Memoria citada.



la Banda Oriental y que no es falta suya si esto no es realizable'' (16).

La rendición del general Da Costa y una nueva entrada de Lecor en Montevideo ponen fin a todas las esperanzas de los uruguayos. El Barón de la Laguna, que había guardado sus resentimientos con Mansilla, tiene ahora ocasión para su venganza. En efecto, en noviembre de 1823, hace invadir la provincia por los enemigos políticos de aquél, refugiados en su territorio.

---

(16) Manuscritos inéditos en el Archivo de Paraná. "Comisión Oriental. Proceso Político", X, 60 y siguientes, 1821-1824.

**BIBLIOTECA y ARCHIVO**  
**DE**  
**EMILIO ALBERTO NOYA**

# Los "ismos" en la pintura contemporánea

Por FELIPE COSSIO DEL POMAR

## I. — *Génesis de la pintura contemporánea*

No hace muchos años, un eminente psiquiatra de París organizó una exposición con los dibujos y pinturas de los alienados de los asilos. Supongo, naturalmente, que no tuvo otra intención que la científica: la misma que llevó al doctor Rogues de Fursac a estudiar las producciones de los locos como medio de diagnóstico; la misma que ha inspirado últimamente al Dr. Osorio César una excelente contribución al psicoanálisis. Pero la exposición de París despertó, además de la curiosidad científica, un interés inesperado: se pudo comprobar que las obras de los alienados presentaban en su sentimiento y en su técnica, extrañas analogías con el arte llamado de "Vanguardia".

Creo innecesario decir lo que semejante descubrimiento pudo significar en un ambiente como el de París, tan predispuesto a la ironía. La exposición organizada por el psiquiatra llegó a provocar, sin que su iniciador se lo propusiera, la más sarcástica y despiadada de las sátiras.

Algo muy parecido se repitió poco después con la Exposición de pintura de los niños mejicanos, organizada también

en París, en 1925. En las muestras presentadas por los pequeños artistas habían cuadros que podían ser firmados por Utrillo, Matisse, Rousseau, Picasso, Chagal, Duffy, Lothe.

¿Quiere esto decir que la pintura moderna es la obra de unos cuantos alienados o frenasténicos que una cofradía de ricos mercaderes judíos ha sabido explotar hasta la exageración mediante un lucrativo sistema de propaganda?

El vulgo, incluso el vulgo semiculto, se inclina a creer que sí. Y lo curioso está, además, en que hasta algunos teorizadores del propio movimiento vanguardista les dan en parte la razón: puesto que según ellos no existe en el arte ni lo bello ni lo feo, ni lo útil ni lo inútil, ni la razón ni la locura, es evidente que desaparece en el nuevo arte toda posibilidad de deslindar las fronteras que separan lo normal de lo monstruoso.

¿Qué hay en todo esto de verdad? La similitud en los modos de expresión que se ha podido descubrir entre los alienados y los pintores de vanguardia, sólo prueba una tendencia biológica a traducir de manera parecida las mismas sensaciones cuando se usan con sinceridad los mismos instrumentos.

El valor artístico innegable que encerraba tanto la exposición de los locos como la de los niños, no creo que constituyera la prueba de la incapacidad de los maestros. Si habían llegado aquellos a una brillante creación por un proceso inconciente, esto no quiere decir que el artista formado no pueda llegar a iguales y mayores resultados, procediendo racionalmente. La reflexión no excluye la inspiración; si la obra es de valor debe mostrar un maridaje entre ambas. En la imaginación artística, cierto es, entra el factor inconciente, como Ribot lo demostró; pero ese factor no es el único: en las creaciones del Arte interviene a la vez lo conciente y lo inconciente y, precisamente, en la colaboración de ambos radica el proceder artístico.

La inspiración es fruto de lo inconciente pero dista de ser lo que llamamos una casualidad. El trabajo artístico conciente, estimula la imaginación, excita el elemento inconciente y lo hace trabajar a su vez. Como veremos más tarde, la pintura moderna, en la mayoría de los casos, a la vez que imaginativa, es esencialmente racional y científica; tan cientí-

fica que muchas veces no alcanza por eso a los dominios del Arte.

Un estudio imparcial y sereno de las causas y fines de cada uno de los nuevos "Ismos" nos hará juzgarlos con menos severidad, con más justicia. Encontraremos que hay mucho de respetable en los esfuerzos hechos por sus cultivadores, y ese descubrimiento nos aproximará a su comprensión. Sólo entonces podremos distinguir en qué caso nos encontramos ante la obra de un verdadero artista o la farsa de un "meteco", como califica Mauclair a la multitud de entrometidos que han considerado fácil adoptar la profesión de pintor, apoyándose en el confusionismo del Arte Moderno y en el trastorno producido por la multiplicidad de "Escuelas".

Hoy, bajo la capa de la "nueva sensibilidad", se multiplican, en efecto, los metecos arrogantes e incomprensidos. Escudados por el individualismo triunfante, se entregan a lo que llaman "puras construcciones del espíritu". Inventan cada día nuevas maneras pictóricas con una pasmosa facilidad. Para pintar no han necesitado el esfuerzo metódico que requiere toda creación artística, la constancia estudiosa que exige, más que ningún otro arte, la pintura. Las otras artes no permiten esa intromisión. Nadie se atrevería a decir: "toco el violín", o "toco el piano", porque ante el instrumento se verían obligados a demostrarlo. En cambio cualquiera puede proclamarse pintor; dos círculos, un triángulo, unos cuantos colores, una moldura y una firma. Rotulado con la etiqueta de la "nueva sensibilidad", o del arte "vanguardista", desafía a quien se atreva a negarle su profesión. A lo más podrían decirle: "no comprendo".

Mauclair, que ha llevado a cabo una interesante campaña contra los entrometidos y charlatanes que hacen un tráfico poco honorable con el Arte, no ha sabido, desgraciadamente, distinguir lo falso de lo verdadero, no ha precisado la diferencia entre el meteco y el artista, entre el hombre que empujado por la fuerza misteriosa de la inquietud creadora, se sacrifica y muere buscando nuevas formas de expresión, y aquél que vive en la algarada de una falsa gloria, al servicio de un mercader sin escrúpulos, desorientando arteramente al público y sirviéndose del arte como de un medio para lucrar. Es verdad que es muy difícil establecer estas diferencias en el

presente: aleccionados por los errores con que se ha juzgado a los innovadores del pasado, se confía en que la Historia del Arte se encargará de guardar los nombres de los verdaderos realizadores.

Hoy más que nunca se necesita por eso, una crítica alerta y comprensiva.

Durante el período del renacimiento, la crítica y los artistas iban de acuerdo; los críticos habían dado tales pruebas de capacidad para poder apreciar, y los artistas tales obras para merecer la consagración, que la mayor parte vivieron en la justa gloria que se prolonga hasta la inmortalidad. En nuestros días, no. Ya sabemos cómo se hace un crítico y ya sabemos cómo se improvisa un pintor. Degas, decía: "El crítico es un señor que habla de pintura sin saber pintar". Esta dificultad para discernir entre lo falso y lo verdadero es lo que caracteriza, más que en otras épocas, al arte contemporáneo. De ahí la crisis actual de la pintura de caballete y el retraimiento del público que no se atreve a comprar.

Tolstoy, con el candor con que juzgaba muchos problemas sociales, consideraba un absurdo afirmar que el arte puede ser verdadero sin ser accesible para la mayoría de las gentes. "Decir que es buena una obra de arte y que sin embargo no la comprende la mayoría de los hombres — escribía — es como si se dijera que un alimento es bueno, pero que no deben comerlo sino algunos hombres".

La trivialidad del argumento salta a la vista. Todo buen arte no encierra la obligación de gustar forzosamente a todo el mundo. Muchas obras de arte tienen necesidad de estudio, de preparación educativa; hasta del crítico que la comente, para ser comprendida. No es el caso de discutir si es arbitraria o no la clasificación de la belleza que hace Wundt en grados que corresponden a diferentes escalas de calidad. En todo caso es incontestable que hay artes que se refieren más a unas facultades que a otras, que dependen del estado de desarrollo de estas facultades en el individuo, y que según el poder sensitivo o intelectual podrán ser más o menos comprendidas por personas sensitivas o inteligentes.

Una mentalidad sin cultivar podrá reconocer la belleza en las "Parábolas del Evangelio", en "La Epopeya del Génesis", en los cuentos de hadas o en las canciones populares.

porque ésas le hablarán directa o indirectamente a sus sentimientos más elementales, pero no todos podrán juzgar con igual capacidad, ni sentir de la misma manera ante un cuadro del Greco o ante "La Noche", de Miguel Angel.

La falta de inteligencia artística no debe sorprender. Nadie puede desarrollar sus facultades en todos los ramos del conocimiento humano, por más inteligente que sea, sin haber hecho un estudio metódico, sin una contracción sostenida. Vemos que en los actuales planes de instrucción, después de iniciado el alumno en la ortografía, pasa a estudiar los principios literarios, las reglas de sintaxis, el estilo, la historia y el comentario de las literaturas, castellana, griega o romana. Se hace al alumno escribir temas, y sin destinarlo a ser literato, se le prepara y capacita para apreciar la literatura. En cambio, la inteligencia artística está completamente descuidada en la educación secundaria. Unas nociones de dibujo y nada más. Un candidato a la universidad ignora absolutamente el papel que los grandes maestros desempeñaron en nuestra vida y no sabrá nada sobre los fines sociales del arte. Sin embargo, la educación artística es necesaria y tan útil para los individuos como para la nación donde se desarrolla.

\*  
\*      \*

No para enseñar, pero sí para ayudar a estudiar, voy a tratar a través de este curso, del significado de los "Ismos" creados por la pintura contemporánea.

Comenzaremos por ver qué elementos nos trajo esa tradición tan decididamente rechazada por los nuevos artistas, en qué puntos doctrinarios se fundan, ya que la doctrina explica el fin, y analizaremos el punto de vista técnico, tocando apenas la cuestión filosófica que sólo tiene un carácter especulativo.

Trataremos de ser precisos, y sin usar complicados tecnicismos, dejaremos de lado la estética metafísica de Kant y Hegel, entre cuyas abstracciones trata de ubicarse la llamada "nueva sensibilidad". Estudiaremos los pintores que caracterizan las nuevas escuelas, ya que la crítica positivista moderna establece el valor de una obra de arte según el artista que

la produce y no en relación con el general patrimonio de las escuelas, de acuerdo con ésto al movimiento de emancipación individual a que propendió la filosofía del siglo XIX. Explicaremos la aparente anarquía que reina actualmente en la pintura. Así podremos adquirir algunos conocimientos básicos para juzgar, discretamente, el significado y el contenido del nuevo arte pictórico.

Hesiodo decía que el comienzo constituye la mitad del todo. Dijimos ya que actualmente hay muchas personas, quizás demasiadas, que siendo instruídas e inteligentes, son incapaces de apreciar, aún superficialmente, la pintura. Este es un mal que pertenece a todos los tiempos. Allí está, para demostrarlo, la eterna historia de los pintores incomprendidos, de las glorias póstumas y los tardíos reconocimientos. Por eso debemos combatir una ignorancia que al mismo tiempo que es inexcusable, no nos pone a salvo de las críticas venideras y nos impide vivir, frente a las nuevas direcciones del arte, una vida más emotiva, agradable y variada.

Hasta un interés económico encierra la ventaja de desarrollar nuestras facultades de conocedores inteligentes. Si los contemporáneos de Millet hubieran sido más capaces de apreciar su valor pictórico, no hubieran vendido en 1859, el "Angelus", en 1.500 francos, que después de su muerte, antes de la guerra, alcanzó a 800.000, lo que equivale hoy a cuatro millones de francos. No se hubieran vendido tampoco cuadros de Corot, en cincuenta francos, ni de Gauguin en cinco.

Es poco agradable mezclar las cifras a las preocupaciones artísticas, pero como existe una vaga preocupación económica en el fondo de toda alma, ésta puede aliarse a los altos fines del goce estético y avivar nuestro interés por conocer más de cerca lo que significa y lo que pretende el llamado Arte Moderno.

Conocer lo que en el fondo expresan o pretenden expresar esa serie de "Ismos" que han poblado el campo del arte contemporáneo: esas escuelas de denominaciones familiares, como el cubismo, el impresionismo y otros, que por toda reacción han provocado en nosotros una incrédula sonrisa, y que en el fondo pocos conocen y pocos saben explicarlas. En muchos casos ni los mismos pintores que se parapetan tras de la paradoja: "el arte se siente y no se explica" y Picasso agrega: "si



supiera lo que es el arte me cuidaría bien 'de decirlo". Vamos a tratar de conocerlos basándonos en la historia de cada Sistema o Escuela, indagando los principios que las rigen y tratando de comprender el fin que persiguen.

Sin apasionamiento podremos juzgar sus teorías, considerar lo que hay de laudable en los esfuerzos de cada Escuela, lo que hay de sincero en aquellos artistas que enfrentándose con lo desconocido, asumen la responsabilidad de encontrar nuevas formas, y que descontentos con la obra de sus antepasados, tratan de crear otro mundo de sensaciones más aptas para despertar placer en nuestra actual mentalidad. Un arte que se acuerde más con la torpeza de nuestros sentidos físicos o la agudeza de nuestra sensibilidad y esté más en relación con la vida agitada, energética y efímera que llevamos hoy.

\*  
\*      \*\*

Es labor difícil definir las tendencias del Arte Moderno, por la extraordinaria variedad de sus expresiones. Para facilitar la tarea tratemos de relacionar el esfuerzo de los diferentes artistas, dándoles unidad, aproximando cronológicamente las ideas que relacionan una escuela con otra en su desarrollo o en sus cambios.

En las civilizaciones antiguas el artesano y el obrero se confundían. Oficio era sinónimo de arte. El artista se organizaba en corporaciones, que aunque de carácter económico, no por esto se desligaban del factor artístico o individualista. Sometidos a una estricta disciplina, despreocupados de su personalidad, ponían en su obra un fervor sagrado, uniendo su esfuerzo al de sus colegas, y desprovistos como ellos de todo amor propio, atendían sólo al resultado de la obra que se proponían realizar. Entre los egipcios, caldeos y griegos, donde el arte giraba alrededor del culto de los dioses y de los héroes, la producción de aquellas civilizaciones no era libre ni individual; el arte constituía la expresión del genio de la raza y la disciplina era una garantía para la realización de la alta misión que asumía. Tanto en los antiguos escultores como en los mosaiquistas bizantinos, como en los maestros románicos y góticos, la noción del arte tenía un carácter educativo y

religioso. Este sentimiento fué general desde la antigüedad hasta el Renacimiento.

Por eso el arte regía todo. A los que tallaron en piedras las grandes estatuas que se levantan a las orillas del Nilo o las grutas de la India, o levantaron la portada de Tiahuanaco, sólo los llevaba la preocupación de producir la mayor belleza, y por eso alcanzaron las proporciones sublimes. La monumentalidad expresaba entonces el símbolo de la grandeza del ideal como expresa hoy la síntesis de la utilidad.

Nadie hubiese osado antiguamente sustraerse a las reglas definitivamente adoptadas, fundadas en el conocimiento perfecto de las leyes de la naturaleza, sin poner en peligro la vida misma de los pueblos. Esta inteligencia de una belleza con carácter universal, persistió al través del medievo. Sólo así se explica la emoción colectiva que inspiraba a los imagineros y arquitectos de las catedrales góticas.

Hay una regla en el arte antiguo que veremos resurgir en el arte moderno: la sujeción a la arquitectura y el alejamiento de la naturaleza. Los pintores de otros tiempos, egipcios o medioevales, al servicio de la arquitectura u obedeciendo a sus leyes, reducían la representación de la naturaleza a una disposición esquemática de las líneas basada en el principio de simetría.

El Renacimiento trajo una completa transformación. El artista, libertado de las cadenas que le impuso el cristianismo medioeval, se vió más libre de acción. El arte fué adquiriendo un carácter más humano, se individualizó.

Paso a paso la pintura abandona su subordinación a la arquitectura y se abre campo hacia la interpretación de la naturaleza. Descubre las leyes de la perspectiva y busca el modelado más libre. Los pintores del siglo XV y XVI se acentúan en un naturalismo más definido, pero conservan aún la majestad de los estilos antiguos.

Porque si tomaron apariencias individualistas y rompieron con algunas normas, crearon otras. Aparentemente se desarrollaron individualmente, pero en realidad se volvían a agrupar alrededor de los nuevos cánones a los que vivieron sujetos. Es la eterna historia humana, tanto en arte como en política: después de mil esfuerzos nos liberamos de un yugo para caer en otro.

Con el Renacimiento el arte no solo se hizo individual, sino que adquirió también una decidida influencia en la vida social. El artista salió de las filas del artesanado y vino a formar parte de la aristocracia espiritual, llegando en casos a codearse con la aristocracia de sangre. Pero ese auge duró poco. El advenimiento de la autocracia burguesa rebajó el nivel social del artista, ya que dió a ese nivel una medida principalmente económica, acaparándolo como una útil mano de obra. Luego, cuando la democracia termina de destruir la aristocracia, cuando el obrero es separado del artesano por la muerte de las corporaciones, el artista queda solo, perdido entre la multitud que lo ignora y lo desconoce; más aún, que lo desprecia con la impertinencia que da la ignorancia. La mayoría de las gentes desde entonces no valora el significado del arte en la vida y no se da cuenta de que todo lo que nos rodea, para que sea bello, debe haber sido ideado, concebido y laborado por artistas. Desde el automóvil que nos carga, hasta el plato donde comemos y el vaso donde bebemos.

Si hay algún aristócrata en la actual llamada democracia, éste es sin duda alguna el artista. Por eso quizá las sociedades democráticas lo detestan, por eso les cuesta tanto aceptar innovaciones en arte y solo se dan cuenta de ellas cuando son palpables al tacto, cuando las tocan como el incrédulo Tomás tocaba la lлага del Señor para convencerse; cuando se les ha metido en la casa, en sus salones, en las calles, en los trajes, cuando se ven forzados a ello por el arquitecto, el mueblero o el modisto, intermediarios del artista con el público.

Debido a ello el artista, así sea ilustre, así lo arrastren por los salones de los pudientes, así lo favorezcan los críticos y lo apoyen los políticos y les den medallas en las Exposiciones como los ejemplares de ganado en las ferias agrícolas, así los enriquezcan y los condenen a la cadena perpétua en la dirección de academias, el artista en la sociedad, tal como hoy está constituida, se siente solo, estará siempre descontento y estará siempre condenado a hacer las cosas que le repugnen.

Por eso el gran espíritu de rebelión es lo que distingue al Arte Moderno y por eso la gran mayoría de los artistas son revolucionarios. En una sociedad todo hombre tiene derecho a la vida, a vivir bien en proporción a su trabajo. El artista

que no puede vivir sabiendo que lo merece, deduce que la sociedad es criminal y mal organizada.

Pero su mismo individualismo lo dejará solo con su rebelión, caerá en la tremenda tragedia de la vida, vendrá a sumarse al número de los pintores que la posteridad ha calificado de "malditos" por su miseria y por el trágico desenlace de su vida. Como otrora fuera la vida de Velázquez, "valet" en la corte de un rey cretino; de Rembrant, muerto en la miseria; de Wateau, recogido por un amigo cuando se moría traspasado por la tisis. Muchos de estos nombres tendríamos que citar al estudiar la génesis de los diferentes "ismos" de la pintura contemporánea. Nosotros hemos oído sin duda, los sarcasmos, la sátira que ha acompañado la mención de aquellos artistas que con sus esfuerzos y su estudio han abierto nuevas rutas al lirismo. ¿Quién no habrá oído burlarse de Picasso? ¿O quién no se habrá reído de ese modesto empleado de Aduana, ese pintor dominguero que se llamó Rousseau, porque sacrificaba sus momentos de reposo para pintar obras de admirable ingenuidad, aprovechadas más tarde en las artes decorativas? ¿Y no se reían de la construcción de Cezanne, quien fué el que nos enseñó a construir más tarde, y no se reían de los toquecitos de color de Renoir, el creador del lirismo del color? Todo este esfuerzo fué risible para quienes no comprendieron su dolorosa gestación: pero de ese esfuerzo salieron fórmulas para embellecer nuestra vida.

\*

\*      \*

Indagando las causas sociales del arte realista de fines del siglo XIX, las encontramos en la revolución francesa. Esta arrancó al hombre, al artista, que es su arquetipo, del viejo sistema social minado por el Renacimiento y preparó los nuevos ritmos. En Francia fué donde se hicieron más palpables los trabajos de la inteligencia para afirmar las libertades conquistadas. En este país privilegiado el sueño romántico y el realismo clásico chocan y se mezclan, y es a través del sensualismo francés que Alemania e Italia se encontraron, y es en Francia donde el Renacimiento del Sur y el Renacimiento del Norte se confundieron para firmar un acuerdo definiti-

vo. En Francia se resumió el esfuerzo de universalidad de los artistas flamencos, italianos, españoles e ingleses, se derrocaron los cánones renacentistas y la tradición y los prejuicios didácticos.

Las etapas del gran movimiento que viene a culminar en la pluralidad de los "Ismos" contemporáneos se encarna en tres grandes artistas franceses que señalaron las posibilidades de la nueva pintura: Delacroix, en el color; Ingres, en el dibujo y Courbet, en la expresión.

Vamos a analizar ahora, brevemente, la personalidad de estos grandes artistas como una introducción a los problemas de la pintura contemporánea que serán motivo de las clases sucesivas.

\*  
\*   \*  
.

Desde David hasta el cubismo el arte de la pintura tiene un carácter romántico, y el romanticismo un representante: Delacroix.

De la pintura inglesa de la época, esencialmente superficial pero rica en matices, ese gran artista sustrajo elementos que su genio supo apreciar como útiles para crear un nuevo cuadro cromático, ordenando el uso de los complementarios; los colores más opuestos, unidos los unos a los otros por los tonos intermediarios. Además, del Oriente aportó la vibración luminosa tan acorde con su temperamento tumultuoso. Las fantasías árabes, los caballos, los árboles, los grandes cielos nublados, los límpidos crepúsculos. Las puestas de sol se revistieron de una nueva gama. Un poco de Constable, un poco de Turner, una nueva armonía de glasis, rosas, verdes, que resucitan al Veronese torturado por una desgarradora inquietud.

Esto en cuanto a la innovación técnica del colorido, al tono ensangrentado y trágico que predomina en sus cuadros históricos, animando el drama intenso de sus escenas, como la "Toma de Constantinopla", o las "Matanzas de Scio". En cuanto al dibujo, vemos a hombres y animales convulsivos, resumiendo la tragedia, más en el espíritu que en la forma del movimiento. Comienza por dibujar objetivamente y luego,

la misma fuerza del espíritu esfuma el trazo, lo desfigura con la fuerza del temperamento, lo contorsiona, y se olvida de las reglas para aparecer transformado por la fuerza de la creación espontánea. Le interesan las pasiones humanas desencadenadas en la crueldad de la guerra, el hambre, la peste, los cielos de incendio, los gestos agonizantes, y el amor con todo su sentido trágico, tal como lo concibieron los románticos, perfumado por las "Flores del mal", de Baudelaire. En todas sus composiciones la forma y el color se crispan bajo la emoción.

La palabra, el dibujo, el colorido o el modelo, no significan nada ante la personalidad de la interpretación. La línea sabia, deshecha entre los rojos sombríos, los azules y verdes, sólo traducen el movimiento de su emoción dramática. Por darnos la visión traída desde las raíces de su vida sensual, Delacroix llevó la pintura romántica a la cima de su expresión, como la llevara en música Wagner y en la literatura Baudelaire y a veces Hugo.

La fuerza de esta visión le hizo ampliar los medios de expresión. Por eso pudo transportar sobre el lienzo sus emociones literarias, sus torturas metafísicas, sus aspiraciones sentimentales.

"Lo que hay de más real en mí son mis propias ilusiones", decía.

A todo lo que hay de trágico y de encanto en la corta aventura humana, quiso encerrarlo y expresarlo en su arte.

La realización de su gran alma, el valor de su entusiasmo perduró en sus continuadores. La herencia de su arte fué una nueva indicación para la evolución interpretativa artística y muchos años después, hasta los que combatieron el romanticismo, continuaron fundamentándose en las innovaciones de Delacroix.

\*

\*            \*

Ingres fué un digno rival de su contemporáneo.

Su arte diametralmente opuesto, surgió equilibrando el extremismo de dos tendencias.

Cuando Ingres volvió de Roma, su mentalidad se encontraba fortalecida por el estudio de los grandes maestros vene-

cianos y, principalmente, por el naturalismo de la escuela boloñesa.

Pronto se vió rodeado por pintores de talento y mediocridades descontentas con el romanticismo, anhelantes por librar batalla en defensa de la libertad personal.

Y el maestro, arrastrado por su debilidad, opuso la austeridad de su arte al lirismo en boga. Comenzó entonces su paradógica vida, arrastrado por circunstancias ajenas a su voluntad.

Las academias davidianas veían en él al maestro clásico opuesto a los lirismos y rutilancias de Delacroix. Por eso Ingres, que detestaba la Academia, se convirtió en su defensor; el artista enemigo de los jurados, fué presidente de cuanto tribunal artístico se constituía, y oyó ponderar su dibujo cuando en realidad detestaba el dibujo anatómico. Se le tuvo como ejemplo del más puro clasicismo en contraposición a las difluencias de Delacroix.

Nadie en su época supo ver el germen de la rebelión en la calma tradicional de su labor, en su probidad, su manera especial de interpretar, de suprimir detalles y no dejar nada en la sombra. Esos famosos retratos espirituales, llenos de vida real, vendidos entonces a veinte francos, son sus obras representativas. Ingres trajo con su pintura una renovación del realismo. Despojó a David de su chabacanería y su teatralidad. En Italia, al contacto de la antigüedad helénica, del gótico italiano y de Rafael, se le reveló un aspecto más sincero del arte. Abandonó el ropaje arqueológico con que se cubriera en el taller de su maestro y el pernicioso dogmatismo de la época que arrastrara al mismo Delacroix. Este consiguió la libertad sentimental del movimiento y el color. Ingres reveló la verdadera idea griega: expresar el bloque viviente de la vida en su conjunto, en su plenitud, sin detenerse en detalles pintorescos. El color mismo para Ingres no es sino un atributo inherente a la forma; si fué colorista y consiguió esas armonías en grises, azules y oros que muestran sus lienzos, ha sido sin proponérselo. Su mayor preocupación era el resumen del trazo. La sequedad lineal de sus composiciones tenía la misma frialdad aparente de la literatura de Stendhal. Sin embargo, al decir de los académicos, Ingres dibujaba mal. Los maestros de entonces ignoraban las deformaciones que el dibujo de Ingres

iniciaba en el arte de la pintura. El alejamiento voluntario de los cánones académicos venía a dar un poder sugestivo, una ventaja expresiva al conjunto. Los brazos demasiado largos o las manos retorcidas, el cuello rollizo, los labios hinchados, toda esta deformación se armonizaba en el conjunto, superaba la idea y la imponía. En Ingres asoma por primera vez, fuera de las plenitudes sin malicia de Rubens y la gruesa sensualidad flamenca, el cuerpo femenino de carnales redondeces, el tipo de la mujer sensual y deseada. Es en Ingres que comienza ese himno a la mujer que culminó en las nacaradas tentaciones de Renoir y las rojizas exhuberancias de los salones "independientes". Sólo Goya, por haber sido un pintor más espontáneo pudo aventajarlo pintando la mujer despojada de lirismo, con un sentido tan netamente erótico.

Su alma burguesa odiaba el lirismo demagógico. Su instinto de burgués pudo más que su voluntad artística. Al través de sus cuadros, en sus composiciones alegóricas y sus esbozos, que el ideal sólo tuvo un interés para él: la mujer y el dinero. La esclavitud sensual de Ingres hace que vea en los hombres sólo la fortuna y en las mujeres sólo el amor. Por eso sus retratos de hombres lucirán el vientre repleto y las mujeres los senos como frutos, y las miradas y las bocas siempre húmedas de voluptuosidad.

Este sensualismo genial salvó a su alma y fué la base de su arte.

Así, paradójicamente, dió un paso respetable hacia la pintura contemporánea.

\*

\*   \*   \*

Durante el período romántico y después de Ingres y Delacroix, sobresalen eminentes figuras. Para no detenernos a analizar todas, pasemos respetuosos ante los nombres de Puvion de Chavanes y Chasseriau, hasta llegar al fin de lo que podríamos llamar el período de gestación revolucionaria.

Con Courbet, la pintura apoyada en la filosofía positivista, inicia la lucha por la liberación de los dogmas académicos y la renovación de métodos.



La civilización científica se afirma y los artistas, abdicando su prepotencia, se ven obligados a obedecer. Aunque es Francia el país donde se resumen y cristalizan los "ismos" contemporáneos que vamos a estudiar sucesivamente, creo necesario detenerme ante los dos geniales pintores españoles, donde radican los primeros principios de todo el movimiento que resumieron los artistas franceses: el Greco y Goya. Al primero se le conoció apenas en el período de gestación, fué sobre todo presentido, mientras Goya inspiró directamente a los artistas pre-revolucionarios. Por eso debemos considerar, así sea brevemente, el significado de la obra de este último.

Goya aparece cuando el poder político de España estaba muerto, la fuerza militar rota, las escuadras dispersas, el Imperio Colonial librado al pillaje administrativo, la fé religiosa sostenida por la fuerza de la ley y la amenaza de la tortura. El sostén de la monarquía era el monje y el verdugo. El viento de la Revolución Francesa se detenía ante las barreras de los Pirineos. Sólo las trompetas del ejército de Napoleón producen en el pueblo dormido un sobresalto patriótico y logran irritar su tradicional orgullo. El pueblo que durante un siglo no produjo un solo escritor ni un artista, ve nacer al pintor que historia y resume toda la vieja España. La tradicional España de Don Quijote, de los castillos encantados, del Santo Oficio, la España sufrida de Sancho, de la tierra mezquina, de la magia árabe, de la música ronca y triste, de la risa macabra, de la crueldad; el pueblo ascético de la sangre, la voluptuosidad y la muerte.

El fondo de esta España lo resucita Goya en sus lienzos con una nueva manera de pintar que si bien tiene clásicas reminiscencias velazqueñas, es más diáfana y más brillante. Su manera de ver la vida, de interpretarla, es también más espontánea, más cautivante y original. Si hay sombras en sus cuadros son más densas, más profundas y misteriosas; si hay luz, los objetos se destacan más rutilantes, con menos gradación en los medios tonos, como parches indicando la violencia del contraste. Las sedas rosas o grises, los terciopelos azules o púrpuras, la profusión de joyas dispersas, las perlas, esmeraldas salpicando las cabelleras, la profusión de condecoraciones en los generales cortesanos, todo visto a través de la luz diáfana de

España, que envuelve como un tul anaranjado los retratos, las macabras escenas de brujas, los fusilamientos y las matanzas.

En toda su obra expresa una voluptuosidad carnal jamás superada. Las mujeres son bellas, hasta las feas. Sobre la piel una aureola de nácar, bajo la cual se siente correr la sangre. Para él la carne no tiene secretos. Sólo la fuerza de su lirismo logra salvar el poder bestial de sus sentidos.

¿Quién no recuerda la gracia sensual de la "Maja vestida", más tentadora aún que la "Maja desnuda", la visión horrenda de las brujas de miembros retorcidos y mandíbulas dislocadas, los cuajos de sangre en las bocas contraídas de los ajusticiados, los retratos de infantas y de reinas feas y siniestras?

Los reyes españoles se distinguieron de los demás monarcas en el orgullo con que se dan a sus pintores. Escogen para retratarlos a aquel que mejor los conozca, para luego, con un gesto de orgullo altanero, dejar que se les libre al público. El realismo español de Goya fué aún más implacable que el de Carreño y Velázquez. Ante el modelo sólo obedece a su instinto de pintor: reproduce sobre todo la vida elemental. Con la familia de Fernando VII nos encontramos ante una reunión de individuos incalificables, embrutecidos por taras acumuladas. Goya con el espíritu de su época, como buen español, sutil y salvaje, que compartía y reflejaba el modo de ser de su pueblo, supo comprender lo que había de pasión, de crueldad y galantería en sus contemporáneos, y subordinó su arte a una visión fugaz del modelo.

Más tarde, cuando los pintores franceses viajaron por España, se dieron cuenta del gran progreso que significaba sobre el modo de interpretar italiano y flamenco, el realismo español iniciado por Goya. Había de ser una lección para el dibujo de Ingres, las contorsiones luminosas de Delacroix y el objetivismo de Courbet. Quizás fué éste, nacido en Franco Condado, región españolizada, el que estuvo más en contacto con el realismo español. Más anarquista que sus antecesores, menos intelectual y más pueblo, Courbet es un autodidacta. No compone, no imagina, ni sueña con ideales. Copia lo que tiene ante los ojos y lo copia brutalmente, apenas si la idea oscura que rumió mientras pintaba surge entre los recios empastes de sus grises, la arcilla salpicada de oro y el rojo

profundo de sus telas. En la mayoría de ellas construye dramas directos, de una desnuda y sombría gravedad: entierros; bebedores alrededor de una mesa, segadores; el hombre en el cotidiano dolor de la vida. Sus cuadros dejan un amargo recuerdo, como el "Entierro en Ormans"; un cortejo de mujeres trajeadas de negro, bajo el cielo gris las tocas blancas y el blanco de los pañuelos en los rostros llorosos. Un sepulture-ro, un hoyo, la tierra removida. La vulgar y repetida escena de tristeza familiar. Sin embargo, es la impresión más fuerte que pueda darse del paisaje triste y del ritual fúnebre. La magnífica pintura de Courbet tiene sabor a tierra. Despojada de artificialismos, respira alegría sensual, cargada de un realismo macizo, firme en la sombra y en la luz, sin dejar ningún espacio a la ilusión.

Courbet marca la iniciación del objetivismo. Para no caer en la ilusión, y escapar completamente al ideal, se hizo esclavo del motivo. Para él, tanto la expresión como el modelo debían de ser realistas. Este extremo le llevó a negar las relaciones de objeto a sujeto. Con la pintura de Courbet la presión ejercida por la literatura fué cediendo ante la presión científica. Casi sin transición, de la importancia del sujeto se pasó a la importancia del objeto. Los jóvenes se consagraron al culto de la naturaleza, surgieron escuelas campestres, como la de Barbisson. Se proclamó la renovación de la visión y la aversión a la ciudad. Pero en la ciudad quedaron en pie las academias vigilantes.

\*  
\*   \*  
\*

Resumamos qué aportes trajeron en la génesis del Arte contemporáneo cada uno de estos pintores.

De l'acroix, deformación del dibujo, fenómeno esencialmente romántico; preponderancia de la intuición, divisionismo del color, iniciación del uso de los complementarios, poner un color al lado de otro opuesto uniéndolos por tonos intermedarios. Marca el derrotero que siguieron los impresionistas.

Ingres, la simplicidad de la composición, la severidad de la línea, demarcando netamente el contorno, la pureza del

trazo, probidad de color, la forma renovada y reafirmada al contacto de la antigüedad y de los italianos. Todas esas cualidades las veremos reflejarse más tarde en la Escuela Sintetista y señalarán un rumbo al cubismo.

Courbet nos da la sugestión patética del color, antítesis intransigente del romanticismo, preponderancia del objeto, oposición del blanco al negro con una largueza de ejecución que perdurará al través de los post-impresionistas y expresionistas.

## Diario íntimo de una adolescente

### V

#### LA VOLUNTAD DE TRABAJO

De regreso de su segundo viaje a Roma, cuando fué a mostrar a todo el mundo su familia reconciliada, María Bashkirtseff —ya lo dijimos— se resolvió a perseguir por un camino diferente la celebridad que cada vez se le mostraba más esquiva. Desde pequeña había revelado alguna facilidad para el dibujo, y hasta llegó a tener, durante un tiempo, uno de esos profesores de ocasión que no toman muy a pecho la enseñanza. Por adorno y por entretenimiento, de cuando en cuando embadurnaba además algunas telas. Mas en esto, como en todo lo suyo, no predominaba por entonces sino el impulso, el antojo y el capricho. Pero aunque en esa época confiaba sobre todo en su propia voz para escalar la gloria no dejaba de abrigar al mismo tiempo, la esperanza de lograrla también mediante la pintura. Para una ambiciosa apresurada como ella, más golosa de aplausos que de triunfos, el canto le prometía saborear el éxito en lo que tiene quizá de más sensual: la impresión de tener a los pies un auditorio absorto. Pero la voz, aun la mejor, no dura mucho; y para esta criatura dominado-

ra, era necesario algo que *durara*, algo que extendiera su influencia por encima de la muchedumbre forzosamente reducida de una sala, y que prolongara su nombre, si era posible, más allá de su muerte. La pintura le prometía ese triunfo perdurable, y le tentaba así mucho más que por los goces propios del arte, por ese otro dilatado panorama que alcanzaría a divisar si conseguía por su intermedio los éxitos que deseaba.

Sin mucho reflexionar, se propuso conocer un taller de pintor para estudiar, por vez primera, "como en las escuelas", los rudimentos de un arte del cual creía dominar no poco. En Roma, en Florencia, en Nápoles, había comprendido obscuramente la seducción de los grandes museos. Las anotaciones de su *Diario* y de sus *Cartas*, en esa época, nos la muestran, sin embargo, como una curiosa que se acerca a las estatuas y a los cuadros, mucho más para compararse que para admirarlos. En el Palazzo Pitti, por ejemplo, le ha llamado la atención una Venus con los pies tan mal hechos que se diría ha llevado zapatos de taco alto. E inmediatamente añade: "mis pies son mucho mejores"... (1). Con todo, y aunque expresado en el lenguaje impreciso de una profana, muestra aquí y allá cierto gusto certero, no obstante las oscilaciones explicables. Pero el amor del arte, repitamos, no es en ella, en ese instante, nada más que una tentación fugitiva, un nuevo alimento para su ambición, una ruta gloriosa apenas entrevista, pero que puede conducir también a la celebridad y al triunfo.

Sus posteriores descalabros amorosos —con el Cardenalino primero, con Lardere después— crearon en ella, y por reacción, un estado afectivo propicio a una labor tranquila que la regocijara con el propio esfuerzo. La ruptura con el padre, además, reforzó en ella ese deseo de independencia que por caminos tan oblicuos había intentado satisfacer. Y un buen día del mes de octubre de 1877 se presentó en la academia del pintor Rodolfo Jullian, la única entre las muy conatadas de París que por entonces gozaba de prestigio en la enseñanza femenina. Unas cuantas muchachas, casi todas extranjeras, trabajaban allí bajo la dirección de este buen marsellés, que luego de haber buscado en el retrato un éxito que no encontró, supo hallar en la enseñanza una ocasión excelente

(1) Véase, por ejemplo, lo que escribió sobre la Magdalena del Ticiano, en *Jour*

para sus aptitudes. Sin imponer en su academia las rígidas obligaciones de la escuela oficial de Bellas Artes, Rodolfo Julian sabía mantener una disciplina cordial pero que nunca se aflojaba demasiado. Con habilidad supo atraerse además, a algunos pintores de renombre que por camaradería revisaban los trabajos de sus alumnas y les servían así, de profesores.

La entrada de María Bashkirtseff a la Academia, con sus pieles, sus perros y su negro, turbó durante algunos días la atmósfera serena de aquel taller humilde de la calle de los Panoramas. Pero pasado el primer momento de estupor —seguido muy pronto de una simpatía entre protectora y burlona— sus flamantes compañeras le impusieron el ritmo de su seriedad y de su trabajo. Por vez primera en su vida, María Bashkirtseff se encontraba con un mundo que hasta entonces ni siquiera había imaginado; un mundo en que cada cual valía por lo que trabajaba y en el cual las consideraciones personales estaban en razón directa del esfuerzo. "En el taller —dice — todo desaparece. No existe ni el apellido ni la familia. Ya no se es la hija de la mamá, sino y exclusivamente, uno mismo; es decir, un individuo que no tiene delante de sí nada más que el arte. Pero una se siente tan contenta, tan orgullosa, tan libre" (2). Y dos meses después, agrega: "Comienzo poco a poco a ser tal como deseo; segura de mí y exteriormente tranquila, evito las triquiñuelas y las chicanas, y hago muy pocas cosas inútiles. En una palabra, me perfecciono" (3). Así lo creía y así lo deseaba. Pero esas transformaciones del carácter no se realizan nunca de manera fulminante. Dos dificultades enormes se le presentaban a María Bashkirtseff: la necesidad de reemplazar el ímpetu por el esfuerzo continuado; y la necesidad no menos imperiosa de ajustar la conducta al mismo nivel de sus iguales.

Los entusiasmos de los primeros días, reforzados por la novedad de una vida para ella pintoresca, empezaron a ceder muy pronto. Las resoluciones tomadas de antemano no tardaron mucho en desvanecerse, (4) y tan pronto vió que estaba con respecto a las demás en una situación muy inferior, y que esa distancia no disminuía con la instantaneidad que

---

(2) *Journal*, II. 6. 92.

(3) *Journal*, II. 41.

(4) *Journal*, II. 188.

ella hubiera anhelado, su voluntad se relajó y sus fuerzas se le fueron. Por otra parte, y a decir verdad, la pintura no había llegado todavía a interesarle; seguía siendo un instrumento más puesto al servicio de su afán de dominio. En vez de seguir paso a paso el lento aprendizaje del dibujo, la ruda tarea y el minucioso ejercicio de los comienzos, hubiera querido abordar de un salto la gran pintura. El ambiente del taller además, empezaba a cambiar a su respecto. A los agasajos de los comienzos, habían sucedido las intrigas y los chismes, las rivalidades y los encuentros. Por este sitio o por aquel otro, por esta palabra o por aquel cumplido, sordas amenazas empezaban a crecer. Si los profesores la elogiaban o la alentaban, nunca faltaba la media palabra dicha al pasar por alguna compañera: la pérfida media palabra que le hacía sospechar que más que a sus méritos, elogiaban a su rango. Súbitos arrebatos de cólera sacudían entonces como un trueno la tranquilidad aparente del taller; cóleras terribles en que la muchacha gesticulaba e insultaba hasta quedarse a veces extenuada. Eran otras veces sus impertinencias de hija única, sus groserías de muchacha sin amigas, las que provocaban en sus humildes camaradas las reacciones dolorosas de la dignidad ofendida. Acostumbrada a mandar como una déspota y a tomar en todo para sí la mejor parte, María Bashkirtseff incurría a cada rato en esos pequeños abusos comunes en las gentes que no tienen en cuenta a los demás, y que van creando en el transcurso de poco tiempo una atmósfera cada vez más irrespirable. (5). Sin darse cuenta muchas veces, humillaba y mortificaba a sus camaradas; y con esa desconfianza de los tímidos en quienes el orgullo hace las veces de coraza, estaba dispuesta también a interpretar como agresiones, comentarios sin sentido o frases que en realidad no le aludían. Algo del rencor que despertaron sus modales sin tacto, resuenan todavía en este comentario que, después de muchos años, una de sus ex camaradas, Madeleine Zillhardt, acaba de escribir: "Algunas muchachas pobres, a quienes su reputación de lujo y de riqueza tenían deslumbradas, se habían puesto benévolamente a su servicio. Para recompensarlas, ella les abandonaba, sin cortesía, después de haberse servido la primera, los restos del almuerzo suculento

---

(5) *Journal*. II. 90.



que diariamente le llevaba hasta el taller su mucama Rosalía" (6). ¿Había en ese gesto, una premeditada intención de menoscabar y disminuir? Es difícil creerlo. Pero todo lo que en su casa le estaba permitido porque los suyos se le habían entregado hasta el servilismo, provocaba lógicamente entre sus camaradas de taller esas mortificaciones de amor propio que sobreviven todavía en las palabras de Madeleine Zillhardt.

Una compañera, entre todas, temible por la voluntad y la disciplina, Luisa Catalina Breslau, empezó a ser muy pronto, su obsesión. Su fina sensibilidad la había adivinado casi desde el primer día, y unida a ella al principio con relativa cordialidad (7), se fué alejando más y más a medida que la sentía crecer en fuerza y en talento. Tres años mayor que María Bashkirtseff (8), Luisa Breslau era hija de un cirujano suizo, precozmente fallecido, que le dejó al morir, la pobreza por herencia. Educada en un convento sobre el lago de Constanza, había recibido la rígida educación religiosa que la impregnó para siempre, y que no la predispuso para acoger con simpatía a esta extraña muchacha rusa que no disimulaba su paganismo bajo las prácticas de la ortodoxia, y que la escandalizaba más de una vez con sus desconcertantes teorías y prácticas sobre el pudor. Antes de ingresar al *atelier* de Jullian, Breslau había estudiado pintura en Zurich, y llevaba dos años en el taller de la calle de los Panoramas cuando María Bashkirtseff apareció. Los celos y la envidia de esta última eran, por lo tanto, bastante atolondrados. Para quien recién se iniciaba en el dibujo era absurdo querer ponerse al paso, en poco tiempo, con una muchacha que le llevaba no poca ventaja y que no se descuidaba, lo más mínimo, en su tenaz aprendizaje (9). Pero la sola presencia de esta rival poderosa fué, sin embargo, para María Bashkirtseff, un motivo permanente de alarmas y de reproches, de emulación y de autocritica. Es posible que Breslau en un comienzo no la tomara muy en serio. Lo mismo que sus otras compañeras, tal vez miraba los estudios de María Bashkirtseff como una extravagancia de mu-

---

(6) Zillhardt: *Louise Catherine Breslau et ses amis*, p. 35.

(7) *Jornal*, II, 86.

(8) Así dice María Bashkirtseff. Luisa Breslau, naturalmente, afirmaba que no le llevaba más que un año. Ver el artículo de Breslau, sobre María Bashkirtseff en el apéndice del libro de Zillhardt, p. 228.

(9) *Journal*, II, 99.

chacha rica, que se complacía en compartir durante el día una relativa vida de bohemia, para olvidarla luego, por la noche, en los salones y en los teatros.

Durante los dos primeros años no anduvo muy desca-minada en creerlo así. La misma María Bashkirtseff refleja con exactitud sus verdaderas intenciones en estas líneas, escritas casi tres meses después de incorporarse al *atelier*: "¿Debo creer o no creer en mi porvenir artístico? Dos años no son la muerte y de aquí dos años, se puede recomenzar la existencia ociosa, los teatros y los viajes. Quiero llegar a ser célebre y lo seré" (10). Sus proyectos resultan aquí clarísimos: se proponía sacrificarse dos años para conquistar la celebridad y, con la celebridad, el derecho a la existencia ociosa. Menos inteligente quizá, menos brillante sin duda alguna, Luisa Breslau tenía sobre María Bashkirtseff la superioridad innegable de un puro amor por el arte: amor auténtico, apasionado y exigente. Amor exclusivo que no admite distracciones. ¿Cómo no comprender su actitud un poco ambigua frente a esta otra muchacha turbulenta, para quien el arte no era nada más que un trampolín mediante el cual esperaba llegar de un salto a los salones del gran mundo? (11). En los intervalos del trabajo, en las charlas del almuerzo, María Bashkirtseff no se acordaba ya del arte: devoraba la crónica social de los diarios parisienses y el relato deslumbrante de las recepciones. Gozaba con ellos, su imaginación; sufría con ellos, su vanidad. En París, como en Niza y como en Roma, seguía siendo una desconocida, y fuera de algunas relaciones dentro de la colonia rusa, su acceso a los salones de la aristocracia seguía siendo para ella, un imposible.

Con tanta impaciencia buscaba el renombre, que tan pronto pasó el dibujo y se inició en la pintura, pensó de inmediato en retratar algunas de las figuras del momento para aprovechar su notoriedad ruidosa, en beneficio, claro está, de la pintora. Mientras Breslau continuaba pacientemente el análisis implacable de la naturaleza muerta, María Bashkirtseff andaba de un lado para otro persiguiendo a los "modelos" conocidos: y era una vez, el Padre Didon, predicador de moda, a quien va a

buscar a su propio convento (12); y era otra vez Hubertine Auclerc (13), campeona del feminismo en Francia, a quien ase- dia tenazmente en su escritorio. Pero como la tarea era difícil, y unos y otros no parecían muy dispuestos a posar para esta jovencita quizá demasiado impertinente, María Bashkirtseff salvó el escollo con un procedimiento que no era en reali- dad de buena ley, pero que conciliaba a sus propios ojos, la pin- tura y la *réclame*: se resolvió a pintar una mujer con la cabeza inclinada sobre un libro, y le puso en el lomo del volumen el título de la obra que en ese instante apasionaba a todo el mun- do: *La Question du Divorce*, de Alejandro Dumas, hijo (14).

En sus primeros trabajos de pintora, en sus anhelos de artista que se inicia, se entremezclaban, pues, muchos elemen- tos extraños y demasiada ganga impura. Al año justo de in- gresar a la Academia de Jullian escribe esta confesión: "¿Me creen ustedes nacida para la vida laboriosa, estudiosa y heroi- ca? Quisiera darme a la blanda pereza, enterrarme en las gasas de Watteau y de Greuze, y en los brocados de Rigaud" (15). La vida del lujo y de los éxitos fáciles seguía siendo para ella su ideal más querido, su aspiración más verdadera. La disciplina que se había impuesto, en cambio, contrariaba de tal modo su temperamento que la voluntad se le rompía y que las resolu- ciones más firmes se le venían abajo.

Su pobre organismo mientras tanto, después de haberla ilusionado algunos años bajo el aspecto engañoso de su puber- tad florida, empezaba a traicionarla con una crueldad de la que iba a sentir muy pronto, las angustias. Después de la larin- gitis que le empañó la voz, una sordera insidiosa la aterró du- rante mucho tiempo. Un día, al despertarse, observó espanta- da que ya no oía el tic tac del reloj, y poco después anotaba en el *Diario*, amargamente, con sus errores de sorda y sus res- puestas de través, las bromas un poco crueles de sus compañe- ras (16). Y para que nada faltara en esta sucesión de amargu- ras que cada día se iban haciendo más frecuentes, las esperan- zas de un nuevo amor en el cual comprometió su corazón, le

(12) *Journal*, II, 159.

(13) *Journal*, II, 233. En los momentos de auge del príncipe Jérôme, también pensó en él como modelo: Ver *Cahier*, III, 59.

(14) *Journal*, II, 168.

(15) *Journal*, II, 226.

(16) *Journal*, II, 187-186.

dejaron al desvanecerse, una impresión aun más desoladora que las otras.

Paul de Cassagnac, bonapartista elocuente, y político audaz, casi tan turbio en su vida privada como en la pública, pero con esa simpatía irresistible para muchos, que suele acompañar a los espadachines y a los matamoros, venía avivando, desde hacía algún tiempo (17), y quizá sin proponérselo, (18) las más ardientes simpatías de María Bashkirtseff. Los cuadernos íntimos nos han contado por lo menudo, la táctica a la vez ingenua y atrevida, que la muchacha desplegó en su conquista, y de qué manera también este otro amor desdichado, lejos de desvanecerse con el tiempo a la manera de las pasioncillas anteriores, consiguió alterarla de tal modo que varios años después, lo conservaba casi intacto (19).

Mujeriego afortunado, Paul de Cassagnac se interesó quizá un instante por esta muchacha que le demostraba de manera demasiado llamativa su excesivo deseo de agradarle, pero no es menos cierto que poco tiempo después dejó de preocuparse. Mas si en la vida de este "magnífico mulato", (20) como alguna vez lo llama con rencor María Bashkirtseff, el amor de la muchacha sólo fué un episodio sin trascendencia, aunque el muy vanidoso gustaba andarlo contando por ahí (21), en cambio representó en la vida de la pintora un acontecimiento verdaderamente extraordinario. Tan extraordinario que si no conociéramos este capítulo de la vida sentimental de María Bashkirtseff —como les ocurrió a los lectores del *Journal*— no sólo no comprenderíamos su vuelco inexplicable en las ideas, sino también su súbito y ardoroso amor por el trabajo.

Recordarán ustedes que en el artículo que Anatole France dedicó al *Diario* se narra en estos términos el periodo de su vida a que ahora estamos haciendo referencia: "En 1877, una pasión única se apoderó de esta alma en pena: María Bashkirtseff se consagró por entero a la pintura. Reunió los tesos-

(17) María Bashkirtseff lo conoció en 1876. Ver *Cahiers*, IV, p. 25.

(18) En varias ocasiones María Bashkirtseff reconoce que Cassagnac nunca se interesó mucho por ella. Ver *Cahiers*, II, 83, y III, 167, 168.

(19) En el *Journal* hay algunas alusiones a Cassagnac, aunque disimuladas, las más, bajo su inicial. Ver por ejemplo, II, 47, 48, 159, 192, 215, 488. En los *Cahiers* son tan abundantes que sería redundancia citar los tomos y las páginas.

(20) *Cahiers*, III, 43.

(21) *Cahiers*, IV, 166.

ros dispersos de su inteligencia, fundió en uno solo todos sus sueños de gloria y no vivió desde entonces más que para llegar a ser una gran artista. . . . Fué, si se pudiera decir, algo así como una de esas conversiones súbitas de las cuales las vidas de las santas ofrecen tantos ejemplos, y que revelan una naturaleza sincera, excesiva, inestable. Los príncipes ya no le interesaban, y se volvió republicana, socialista y hasta un poco revolucionaria. No usó ya las bellas *toilettes* de Laferrière y empezó a llevar con alegría, la blusa negra de los pintores. Descubrió la belleza de los miserables, y apareció en ella una criatura nueva" (22). Cuadro hermoso, sin duda, en que los colores se amontonan de manera caprichosa, y en que queda precisamente como un enigma a explicar, esa "súbita conversión" a la manera de las santas. Demasiado bien sabemos ya que no duró mucho en ella ese apasionamiento por el arte de que habla Anatole France, y lejos de considerarla como una nueva pasión, no hemos visto en su curiosidad por la pintura otra cosa que una nueva técnica al servicio de la única pasión verdaderamente auténtica que la quemaba: la aspiración al dominio, la ambición desmesurada. Pero verdad es también que para los lectores de su *Diario*, la recrudescencia de su amor por la pintura, que ocurre en los alrededores del 80, presenta de pronto, un ímpetu que desconcierta.

Sin dejar de interesarle ni mucho menos, los aristócratas y los príncipes, lo cierto es que un buen día María Bashkirtseff se *pasa* a la República, y no sólo empieza a mirar con simpatía el movimiento liberal y sufragista, sino que consigna en sus *cuadernos* algunas frases de admiración sobre las heroínas de las revoluciones: para Theroigne de Merincourt, en la de 1789; para Luisa Michel, en la de 1871. ¿Qué ha ocurrido en la mentalidad de María Bashkirtseff; qué lentos procesos la han ido llevando de la derecha hacia la izquierda; qué largas luchas interiores han precedido en ella esta súbita determinación que para tantos resulta inexplicable? Interesante problema que nos vuelve a colocar delante de los ojos, la cuestión del razonamiento femenino. En un muchacho de esa edad, un cambio de frente tan rotundo se hubiera acompañado de una crisis mental bien dolorosa: la crisis de Renan o de Jouffroy, la crisis de Engels o de Taine. Abandonar las creencias recibidas en

(22) Anatole France, *La Vie Littéraire*, tomo I, p. 173.

la familia o en la escuela, someter a un control sin piedad las opiniones tenidas hasta entonces por mejores, quemar los ídolos que hasta ayer se adoraban, representa para los muchachos en el final de la adolescencia, la última etapa de un largo viaje accidentado en que las dudas atormentaron hasta quitar el sueño, y en que las creencias viejas no se retiran en desorden sino después de haber dejado sobre aquel campo de batalla de intelectual, buen número de ilusiones despedazadas, buen número de certidumbres que se ven agonizar con un dolor punzante. En María Bashkirtseff no hubo, ni por asomo, un bosquejo de drama intelectual, un intento siquiera de crisis y de luchas. Puesto que Cassagnac, bonapartista, la había abandonado, la mejor manera de vengarse sería confesar su amor por la República. Y así lo hizo: saltando a dos pies sobre el mismo foso que para franquearlo, un muchacho hubiera empleado argumentaciones infinitas, discusiones angustiosas. En la misma página de los *Cuadernos*, en que reconoce que Cassagnac no la ama, se propone seducir al enemigo político de este.

Convertirse del Imperio a la República significaba para María Bashkirtseff, enamorar a Gambetta después de haber intentado enamorar a Cassagnac. "Me muero por conocer a Gambetta, escribe. Esperaré su regreso, y trataré de hacerlo mi amigo, aunque más no fuera para desagradar a Cassagnac que no ha sabido apreciarme" (23). Y veinte días después, añade: "Madame B — la amiga de Juana, la amiga de Bade, ha venido esta tarde. He hablado toda la noche de mi matrimonio con Gambetta, y hacia el final, he comenzado a creer que no es una cosa imposible. ¿Y por qué no?" (24)". Y poco después, todavía, nos cuenta que una noche ha soñado que iba con Gambetta en una carroza tapizada de blanco (25). No necesitamos mucho más para explicarnos su brusco amor por la República.

Pero lo que más nos interesa, por ahora, es ese renovado amor por el trabajo que empieza a enardecer su voluntad. La solución no está muy lejos del lugar en que encontramos el porqué de su republicanismo: su amor despechado buscó en el

arte una victoria ruidosa para triunfar así, ante los ojos del amado. En un principio, cuando aun no se había convencido de que Cassagnac se le escapaba para siempre, se propuso redoblar sus estudios de pintura para llegar a hacerle un gran retrato (26). Después que Cassagnac se casó, y que los años pasaban sin encontrarlo siquiera, María Bashkirtseff se propuso pintar para obtener sobre aquel una revancha ruidosa. "El día en que usted se sienta superior a él —le decía Jullian— habrá dejado de dominarla" (27). A juzgar por la desesperación que los *Cuadernos* muestran, ese día tardaba en llegar. Los detalles más triviales le recordaban siempre a Cassagnac, y aunque el tiempo corría, continuaba intacta la obsesión martirizante. El amor con Gambetta, que sólo a sus ojos hubiera servido para destruir el otro amor, no pasó de ser más que uno de sus tantos sueños: y no obstante continuar como siempre sus coqueterías, concediendo aquí o allá algún favor minúsculo, Cassagnac seguía triunfando en su corazón. En 1881, todavía, escribe: "Jullian me ha hecho confesarle poco a poco que sólo el trabajo me dará celebridad, y que entonces Cassagnac, viejo ya, derrotado en política, aburrido de una mujer y de un hijo, se encontrará en presencia de este pequeño astro naciente que hará con él lo que le plazca. Yo le he dicho francamente que no es otro mi propósito. En fin, aun sin eso, es preciso llegar, es preciso llegar, es preciso llegar" (28).

La última línea "en fin, aun sin eso" indica ya que después de algunos años de trabajar con la esperanza de reconquistar a Cassagnac, María Bashkirtseff empezaba a comprender que había en el trabajo, un goce nuevo. La pintura, que según sus propias palabras, comenzó a estudiar "por ambición y por capricho, y que continuó estudiando después por vanidad", (29), comenzaba a interesarle más y más. Al final de 1880 escribía estas líneas en las que vibra ya el alma de una artista. (30). "He pasado en el Louvre toda la mañana y me siento deslumbrada. Hasta hoy no había comprendido como en esta ma-

(26) *Journal*, II, 192.

(27) *Journal*, II, 193.

(28) *Journal*, V, 169. Un año después, el 22 de mayo de 1882, seguía suspirando por él (17, 19).

(29) *Journal*, II, 195.

(30) *Journal*, II, 316.

ñana. Miraba y no veía. Es como una revelación. Antes, veía, admiraba cortesmente, como la enorme mayoría de las gentes. Ah! cuando se ve y se siente las artes como yo, no se es un alma ordinaria. Sentir que algo es hermoso y comprender por qué es hermoso, he ahí una gran felicidad" (31). No nos fijemos mucho en el movimiento vanidoso con que ella misma se contempla; hay en esa página un matiz que hasta entonces no había aparecido: la muchacha que ha buscado en la pintura un simple instrumento para doblarlo a su capricho, descubre deslumbrada que la pintura la domina, y que después de tanto caminar en busca de su propio destino, le sale este al encuentro en aquella mañana luminosa del Louvre.

Una nueva María Bashkirtseff comienza: ni "santa", ni "lirio", ni "pensadora"; una nueva Maria Bashkirtseff en que el tumulto de la adolescencia empieza a encontrar su anhelado equilibrio; en que muchos sentimientos turbios se clarifican; en que la voluntad de trabajo va creando en torno suyo una atmósfera cada vez más transparente; y en que todas las flaquezas, y las miserias y las villanías de su vida anterior van siendo rescatadas una a una, con heroísmo silencioso.

Por las noches, cierto es, de regreso del taller, continúa tenazmente su lenta penetración en el gran mundo —la toilette de Laferrière después de su blusa de pintora— (32); pero van pasando al mismo tiempo por los *Cuadernos*, cada vez con más frecuencia, reflexiones como estas: "¿A dónde está el mérito si se llega con facilidad? Yo no cuento más que conmigo y llegaré" (33). "Cuando una no confía más que en una misma, se puede estar segura de triunfar" (34). Lentamente en efecto, los triunfos van llegando. Al éxito dudoso de su cuadro *La Lectora*, en el Salón de París de 1880, añade en 1881 un paso más franco con *L'Atelier*. Y se disponía a reunir las fuerzas para una obra que expresara algo de lo mucho que había descubierto en un viaje, para ella decisivo, por los museos españoles, cuando recibe en pleno entusiasmo la trágica advertencia de una pleuresía. Después de la garganta, después de los oídos, enfermaban ahora los pulmones. Y entre sus

(31) *Journal*, II, 220.

(32) La afirmación de Anatole France es falsa. Ver *Cahiers* III, p. 32 y 33.

(33) *Cahiers*, III, 17.

(34) *Cahiers*, III, 47.



llantos desesperados y sus cóleras de chica enferma, empieza a destacarse ahora, con acento cada día más viril una sola preocupación, una sola queja que empieza a cubrir todas las otras: la de quedar en cama, con los brazos caídos, mientras en el taller trabajan y adelantan. Sin querer todavía decírselo a sí misma, no duda ya del fin que la espera. Se lanza desde entonces, con un arrebató conmovedor, a disputarle a la muerte los pocos años que le quedan, para salvar a toda costa, la perennidad de su memoria. Fiebres, escalofríos, dolores desesperados, curaciones torturantes, se suceden desde entonces en una caravana interminable. Pero más fuerte ahora que nunca, sólo tiene una obsesión: trabajar.

Lleva quince días de tormentos sin nombre cuando escribe en su *Diario* con mano que no le tiembla estas líneas de un serena grandeza: "Madame Nachet me ha traído hoy un ramo de violetas. La recibo como a todo el mundo porque a pesar de la fiebre que no me dá descanso desde hace quince días y de una congestión pulmonar del lado izquierdo y de los vejigatorios que me muerden las carnes, yo no capitulo" (35).

*Yo no capitulo*: palabras de una sencillez heroica que el luchador más varonil se las envidiaría desde el alma.

**BIBLIOTECA y ARCHIVO**  
**DE**  
**EMILIO ALBERTO NOYA**

# CURSOS y CONFERENCIAS

*Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores*

Aparece el 30 de cada mes

La revista publicará las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dicten en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, revisadas y autorizadas por los profesores mismos.

En su sección de comentario a libros y revistas procurará reflejar, además, cuanto aparezca de significativo en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

*Suscripción anual, 12 \$ — Número suelto, 1\$50*

*Exterior, anual, 1 libra esterlina o 5 dólares*

*Dirección y Administración: Belgrano 1732.*

*Buenos Aires - Argentina*

---

## COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

La formación del COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, expresión de la iniciativa privada, responde al siguiente fin:

Contará con un conjunto de cátedras libres, de materias incluidas o no en los planes de estudios universitarios, donde se desarrollarán puntos especiales que no son profundizados en los cursos generales o que escapan al dominio de las Facultades.

Ofrecerá sus cátedras a profesores universitarios de reconocida autoridad, y a las personas que, fuera de la Universidad, se han destacado por su labor personal. También organizará conferencias aisladas y fomentará los trabajos monográficos y las investigaciones originales, como complemento de los cursos del Colegio.

En la Universidad profesional, al tribuna de vulgarización, el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES aspira a tener la suficiente flexibilidad que le permita adaptarse a las nuevas necesidades y tendencias.

Con el firme propósito de un esfuerzo en favor de la cultura superior, espera la contribución material, intelectual y moral de todas las personas interesadas en que aquella sea un elemento de acción directa en el progreso social de la Argentina.

APARECIERON

BIBLIOTECA y ARCHIVO  
DE  
EMILIO ALBERTO MOYA

*Introducción a la Sociología*

por Raúl A. Orgaz

*Anatole France*

por Luis Reissig

*Educación y Plenitud  
Humana*

por Juan Mantovani

EN PRENSA

*Ambición y Angustia de los  
Adolescentes*

por Anibal Ponce

**EDICIONAL C. L. E. S.**

BELGRANO 1732 U. T. 38-Mayo 2432

de 9 a 12 y de 16 a 20 horas

# CURSOS y CONFERENCIAS

## CONTENIDO:

S. HOROVITZ — EL MECANISMO CITOLÓGICO DE LA HERENCIA: *II. Herencia y determinación del sexo.*

Enrique GAVIOLA — ESPÍRITU Y MATERIA: *Una contribución a la Filosofía científica.*

Felipe COSSIO del POMAR — LOS "ISMOS" EN LA PINTURA CONTEMPORÁNEA: *II. Impresionismo.*

Angel J. BATTISTESSA — DEL SIMBOLISMO A LA "POESÍA PURA": *I. Simbolistas y decadentes.*

José TUNTAR — LAS LUCHAS SOCIALES EN LA ANTIGUA ROMA: *II.*

Anibal PONCE — DIARIO INTIMO DE UNA ADOLESCENTE: *VI. La religión, la muerte y la gloria.*

10 III  
n. 4

---

# ESPASA-CALPE S. A.

---

HA PUBLICADO:

## **Tierra Mía**

Por ARTURO CAPDEVILA

Preciosa guía poética de la Patria: canto, en la más bella prosa, de la creciente grandeza de las ciudades argentinas

Precio ..... \$ 2.75

## **Summa Artis**

(Historia General del Arte)

Por COSSIO - PIJOAN

Acaba de aparecer el tomo V de esta espléndida Historia del Arte, correspondiente al "Arte de Roma". Contiene numerosas láminas en color y centenares de magníficas ilustraciones en negro

Precio ..... \$ 33.—

## **Los Caracteres de la Edad Contemporánea**

Por JUAN TEOFILO FICHTE

Magnífica edición de esta obra clásica de la filosofía

Precio ..... \$ 6.05

### OTRAS OBRAS DE INTERES

Hermes en la vía pública, por Antonio de Obregón, \$ 2.75 — Juárez, el imposible, por Heita Pérez Martínez, \$ 2.75 — Inhibición, síntoma y angustia, por S. Freud, \$ 5.50 — Hacia una escuela más humana por Rodolfo Llopis, \$ 3.85 — Cómo cayó el Presidente Machado, por Alberto Lamar Schweyer, \$ 2.75 — Rosa-Tría, patinadora de la Luna, por María Teresa León, \$ 1.90.

De venta en todas las buenas librerías o en

**ESPASA-CALPE S.A.**  
TACUARI 328 BUENOS AIRES



**Biblioteca del Colegio Libre  
de Estudios Superiores**

- Volumen I:**  
**PROBLEMAS DE PSICOLOGIA INFANTIL**  
por ANIBAL PONCE
- Volumen II:**  
**ENSAYOS DE FILOSOFIA BIOLOGICA**  
por NARCISO C. LACLAU
- Volumen III:**  
**LA CONSTITUCION DE LOS POLISACARIDOS**  
por VENANCIO DEULOFEU
- Volumen IV:**  
**ARQUEOLOGIA Y ESTETICA DE LA  
ARQUITECTURA CRIOLLA**  
por ANGEL GUIDO
- Volumen V:**  
**BIOLOGIA DE LA GUERRA**  
por JORGE F. NICOLAI
- Volumen VI:**  
**EL CONTINENTE ROJO**  
por AUGUSTO BUNGE
- Volumen VII**  
**LECCIONES SOBRE COOPERACION**  
por NICOLAS REPETTO
- Volumen VIII:**  
**INTRODUCCION A LA SOCIOLOGIA**  
por RAUL A. ORGAZ
- Volumen IX:**  
**EDUCACION Y PLENITUD HUMANA**  
por JUAN MANTOVANI
- Volumen X:**  
**ANATOLE FRANCE**  
por LUIS REISSIG

**EN VENTA:**

**BELGRANO 1732 — U. T. 38 - 2432**  
Pida ejemplares a la Secretaría del Colegio

## **LIBRERIA DE TOMAS PARDO**

**MAIPU 620 U. T. 31, Retiro 0496 BUENOS AIRES**

Esta casa posee un gran surtido en obras científicas y literarias que renueva constantemente pues se reciben novedades por todos los correos y publica mensualmente una bibliografía que envía gratuitamente a quien la solicite.

TAMBIEN TIENE A LA VENTA NUMEROS SUELTOS Y RECIBE INSCRIPCIONES A

### **CURSOS Y CONFERENCIAS**

*(REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES)*

## **Colegio Internacional de Olivos**

(Premiado con medalla de oro en la Exposición Universal de San Francisco de California)

DIRECTOR: FRANCISCO CHELIA

Alumnos Pupilos, Medio Pupilos y Externos. - Enseñanza Secundaria y Primaria - Incorporado al Colegio Nacional.  
Se preparan Alumnos durante las vacaciones

Este Colegio, considerado uno de los más perfectos internados de Sud América, está admirablemente ubicado sobre las barrancas de Olivos, en una extensión de cuatro manzanas, con vista al río. Amplios jardines, campo de FOOTBALL, cancha de pelota, etc. Dormitorios, comedores y clases construidas según las más modernas y mejores disposiciones al respecto. Gabinete de física, química e historia natural.

**A DOS CUADRAS DE LAS ESTACIONES DE OLIVOS (F.C.C.A.) Y BORGES (F.C.C.B.A. y R.)**

Número del teléfono: 90, OLIVOS



## El mecanismo citológico de la herencia

Por S. HOROVITZ

### II

#### *Herencia y determinación del sexo*

El problema del sexo en los animales y en las plantas dioicas nos plantea las cuestiones siguientes:

1. — Igualdad numérica de machos y de hembras que sugiere la existencia de un mecanismo regulador de su producción.

2. — Naturaleza del mecanismo y momento en que se determina el sexo del individuo.

3. — Factores que modifican la proporción numérica de los sexos.

4. — Posibilidad de modificar el sexo del individuo.

5. — Posibilidad de predeterminar el sexo del individuo.

Para responder a estas cuestiones se han formulado innumerables hipótesis. Ya en el siglo XVII. Drelincourt dió una lista de 262 teorías falsas sobre la determinación del sexo. También él se creyó en el deber de aportar su contribución con una propia, que como las anteriores, resultó falsa.

A principios de nuestro siglo Geddes y Thomson estimaron que el número de teorías de esa índole se había duplicado desde la época de Drelincourt. En su gran mayoría no son más que simples creencias o supersticiones sin fundamento científico.

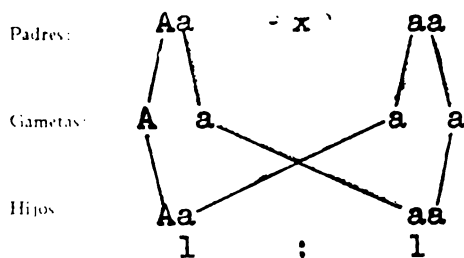
En la actualidad todos los hechos conocidos acerca de la determinación del sexo se polarizan en dos concepciones distintas: 1) La teoría metabólica del sexo y 2) la teoría cromosómica.

La primera considera que el sexo es la resultante de variados factores de ambiente sobre el metabolismo del organismo. No nos detendremos por ahora en este punto de vista porque veremos después que los hechos que lo fundamentan tienen su explicación en la teoría cromosómica.

La segunda teoría sostiene que la determinación del sexo resulta del mecanismo nuclear que rige la herencia de los caracteres mendelianos.

#### *El sexo como carácter mendeliano*

El primero en interpretar claramente el sexo como un carácter mendeliano, fué el botánico Correns (1906). El consideró que la proporción igual (1 : 1) de machos y hembras que revela la estadística, era la misma que la obtenida en un retrocruzamiento (apareamiento del heterocigota con el homocigota recesivo). Ejemplo (Fig. 5):



Este esquema le hizo suponer que la constitución de uno de los sexos era homocigota y el otro heterocigota. Considerada así, la herencia del sexo no difiere en esencia de la he-

rencia de cualquier otro carácter mendeliano, como por ejemplo, color de ojos; con la diferencia que pueden aislarse razas puras en determinado color de ojos, con sus machos y hembras puros en ese carácter, mientras, que en el carácter sexual no es posible separar razas, dada la imposibilidad de aparear entre sí los individuos del mismo sexo.

En algunos organismos el sexo heterocigota es el masculino, y el femenino es de raza pura. Esto ocurre en el hombre y todos los mamíferos, en *Drosophila melanogaster* y la mayoría de las plantas dioicas.

En otros organismos, como en muchos Lepidópteros, en las aves, y en algunos peces, el sexo heterocigota es el femenino.

Para no complicar el uso de los términos "homocigota" y "heterocigota", cuando se trata de la herencia del sexo se los sustituye por los términos "homogamético" y "heterogamético".

En la fórmula de Correns está en germen la clave del problema, que entró en la fase de su completo esclarecimiento, cuando la citología descubrió que ese factor genético del sexo estaba asociado al comportamiento de un cromosoma particular.

#### *Pruebas de la teoría cromosómica*

*Pruebas deducidas de la observación citológica.* — En 1891 Henking observó en *Phyrrhocris apterus*, que la mitad de las espermátidas contenían un cuerpo que él supuso fuera el nucleolo. Más tarde este cuerpo fué observado por Mc Clung y otros investigadores en el macho de varios insectos, demostrando, que no se trataba de nucleolo, sino de un cromosoma "accesorio". Observaron igualmente que dichos insectos producen dos clases de espermatozoides que difieren entre sí en su equipo cromosómico.

Basado en estas observaciones, Mc Clung sugirió en 1902 la idea de que el cromosoma accesorio fuera el determinante del sexo, y que el óvulo fecundado por un tipo de espermatozoide produjera machos, y el fecundado por el otro tipo produjera hembras.

Los estudios citológicos proseguidos por el mismo Mc Clung y sobre todo por E. B. Wilson y su escuela, confirma-

ron estas primeras presunciones y llegaron a descubrir varios tipos de cromosomas sexuales.

Así por ejemplo en el género *Protenor*, se comprobó en las células somáticas de la hembra, la existencia de 12 cromosomas ordinarios (autosómicos) y 2 cromosomas sexuales (cromosomas X). En el macho de estos insectos hay 12 autosómicos más 1 solo cromosoma X. Este tipo sexual se designa como XX - XO.

En el género *Ligaeus* la hembra tiene 12 cromosomas ordinarios más 2 cromosomas, X, y el macho tiene 12 ordinarios más 1 cromosoma X y un cromosoma Y. Este tipo se designa como XX - XY. *Drosophila melanogaster* responde a este último esquema.

Entre las plantas, casi todas las Angiospermas dioicas responden al tipo XX - XY. Así por ejemplo en *Melandrium album* las plantas femeninas contienen 2 cromosomas X de gran tamaño y las plantas masculinas contienen 1 cromosoma grande X y otro Y.

En otros casos, como en el género *Oncopeltus*, tanto la hembra como el macho contienen 2 cromosomas X. No hay diferenciación morfológica entre los cromosomas determinantes de ambos sexos.

Los estudios de Hance, Shiwago y otros citólogos han demostrado la existencia de 2 cromosomas sexuales de igual tamaño en el macho de algunas aves, mientras que en las hembras se encuentra 1 cromosoma grande y 1 pequeño. Estos datos inducen a suponer que el sexo femenino es heterogamético, y que las aves responden al tipo sexual WZ - ZZ. Experimentos genéticos apropiados que explicaremos enseguida han confirmado plenamente estos resultados.

Lo dicho hasta ahora demuestra la correlación estrecha que existe entre el tipo cromosómico y el tipo sexual: en todos los casos en que la citología encuentra heterocromosomas en un sexo, el experimento genético prueba que ese sexo es heterogamético. Esta correlación constituye otro argumento en favor de la teoría cromosómica del sexo.

*Fenómenos explicados por la teoría cromosómica.*

*Herencia ligada al sexo.* — Bajo este nombre se entiende

la herencia de caracteres que se suponen localizados en el cromosoma sexual.

El análisis genético de estos caracteres revela también cuál de los sexos es el heterogamético. El experimento constituye una prueba genética concluyente en favor de la teoría cromosómica de la herencia.

Tomemos por ejemplo un caso en *Drosophila*, donde la hembra posee 2 cromosomas X y el macho 1 cromosoma X y 1 cromosoma Y (hecha abstracción de los autosómicos). El cromosoma Y, en esta mosca, está constituido casi únicamente por cromatina inactiva, vale decir, que puede considerársele vacío de genes. Pero en cambio, en el cromosoma X se han encontrado unos 200 factores hereditarios. Analizaremos el caso de uno de ellos.

La mosca salvaje tiene ojos rojos; pero en cultivos de laboratorio apareció una mutación de ojos blancos. Este nuevo carácter es un factor recesivo simple y está localizado en el cromosoma X. Si cruzamos una hembra de ojos blancos con un macho de ojos rojos, los descendientes machos serán de ojos blancos como la madre y las hijas tendrán ojos rojos como el padre. Este caso en que las hijas presentan el carácter del padre y los hijos el de la madre se designa con el nombre de *herencia cruzada*, y ocurre cuando el sexo homogamético aporta en el cruzamiento el carácter recesivo. (Fig. 6 A).

En la segunda generación del cruzamiento anterior se obtienen las siguientes proporciones: 1 hembra blanca: 1 hembra roja: 1 macho blanco: 1 macho rojo.

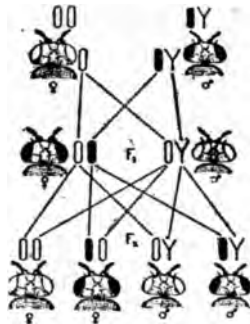
Si en otra experiencia hiciéramos el cruzamiento recíproco, es decir, partiendo de una hembra de ojos rojos por un macho de ojos blancos, todos los descendientes de la generación F1, tanto machos como hembras, tendrán ojos rojos. No hay pues herencia cruzada en este caso, en que el factor dominante proviene de la madre (sexo homogamético) y el factor recesivo del padre (sexo heterogamético). (Fig. 6 B).

Los dos cruzamientos recíprocos dan resultados distintos y ésta es precisamente una característica de los factores ligados al sexo. Este experimento constituye el "test" genético para determinar cuál de los sexos es heterogamético y cuál homogamético, y prueba no solamente que el sexo está asociado a cierta combinación cromosómica, sino también constituye una

prueba decisiva, de que ciertos factores genéticos "viajan" en el cromosoma X.

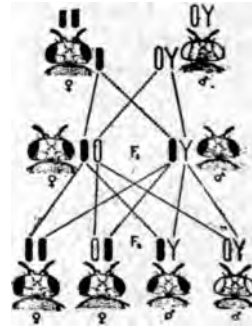
En resumen: *Cuando el carácter recesivo proviene del sexo homogamético hay herencia cruzada; en el caso recípro-*

Caso A. — Carácter recesivo traído por la madre.



**A**

Caso B. — Carácter recesivo traído por el padre.



**B**

Fig. 6. — Herencia ligada al sexo en *Drosophila*. El esquema indica la dependencia del carácter color de ojos, de la distribución de los cromosomas sexuales. El cromosoma X en negro transmite el carácter de "ojos rojos", y el cromosoma representado en blanco lleva el carácter de "ojos blancos".

A. — El apareamiento de una hembra de ojos blancos, con un macho de ojos rojos (dominante), da herencia cruzada: hijas como el padre e hijos como la madre, en la generación F1. — En la generación F2 hay machos y hembras rojos y blancos, por igual.

B. — El cruzamiento recíproco del anterior, produce una generación F1 uniforme, de ojos rojos. En la generación F2 todas las hembras son de ojos rojos y los machos son de 2 clases: rojos y blancos.

(De Wilson: *The cell in Development and Inheritance*, 2ª ed. 1925 p. 941).

co. cuando el carácter recesivo viene del sexo heterogamético, no hay herencia cruzada.

En el ejemplo anterior nos hemos referido a la herencia de un carácter ligado al sexo en *Drosophila*, donde el sexo femenino es XX y el masculino XY.

En el caso de las aves la situación es inversa. Las gallinas son heterogaméticas (WZ) y los gallos homogaméticos (ZZ). El color barredado de las plumas es un carácter dominante sobre el negro, y está localizado en el cromosoma sexual Z. En el cruzamiento de una gallina de raza Plymouth Rock barredada con un gallo Orpington negro, la generación F1 está

constituída de hembras negras y machos barreados. Los hijos reciben el carácter de la madre y las hijas el del padre: *hay herencia cruzada*. En la segunda generación de este cruzamiento se obtienen las siguientes proporciones: 1 gallo barreado: 1 gallo negro: 1 gallina barreada: 1 gallina negra.

En el cruzamiento recíproco de una gallina negra por un gallo barreado, todos los animales de la primera generación son barreados. *No hay herencia cruzada*, y se comprueba que el carácter barreado domina al negro. En la segunda generación de este cruzamiento, todos los gallos son barreados y entre las gallinas, la mitad son barreadas y las restantes negras.

Vemos por los ejemplos anteriores que la herencia de un carácter ligado al sexo ha permitido comprobar, por un procedimiento genético, que en *Drosophila* el sexo masculino es heterogamético y en las aves lo es el femenino.

Por una prueba de la misma índole se ha llegado a la conclusión de que el hombre pertenece al tipo sexual XX - XY (tipo *Drosophila*).

El daltonismo, por ejemplo, es un defecto recesivo ligado al sexo. En un matrimonio en que la mujer fuera daltónica y el hombre normal, los hijos varones serían daltónicos y las mujeres de visión normal: *hay herencia cruzada*.

En el caso recíproco, de una mujer normal con un hombre daltónico, todos los hijos e hijas resultan de condición normal.

El defecto es más común en los hombres que en las mujeres. Esto se comprende, porque una mujer daltónica debe llevar el factor recesivo en los dos cromosomas X, recibidos uno de la madre y otro del padre; y sería muy casual que ambos padres contengan el mismo gen defectuoso.

En cambio, basta que la madre tenga el factor recesivo para que el hijo sea daltónico, porque el varón tiene un solo cromosoma X, recibido de la madre, y el cromosoma Y (homólogo del X) es inactivo.

Se comprende así, que un hombre no hereda el daltonismo del padre sino de la madre, aún cuando ella tenga la visión normal y él tenga el defecto. Los hijos varones de una mujer normal (homocigota) y de un hombre daltónico, estarán

exentos del defecto y no darán nunca descendientes daltónicos si se unen con mujeres de familias sanas.

En el cuadro siguiente se consignan todos los casos posibles, expresando: *d* el factor "daltónico"; *D* su alelomorfo normal (el par *D d* está localizado en el cromosoma X). *Y* es el cromosoma que en el varón acompaña al X. La mujer puede ser: *DD* (normal, pura); *Dd* (normal, pero trasmisora del defecto); *dd* (daltónica). El hombre puede ser: *DY* (normal) o bien *dY* (daltónico).

P A D R E S			H I J O S			
Padre		Madre	Mujeres		Varones	
<i>DD</i>	×	<i>DY</i>	<i>DD</i>	+		<i>DY</i>
<i>DD</i>	×	<i>dY</i>	<i>Dd</i>	+		<i>DY</i>
<i>Dd</i>	×	<i>DY</i>	<i>DD</i>	+	<i>Dd</i>	+ <i>DY</i>
<i>Dd</i>	×	<i>dY</i>	<i>Dd</i>	+	<i>dd</i>	+ <i>DY</i> + <i>dY</i>
<i>dd</i>	×	<i>DY</i>	<i>Dd</i>	+		<i>dY</i>
<i>dd</i>	×	<i>dY</i>	<i>dd</i>	+		<i>dY</i>

Varios otros caracteres en el hombre tienen este mismo comportamiento.

Estos casos constituyen la demostración genética de que la mujer es homogamética y el hombre heterogamético. Los trabajos de Winiwarter, Painter y otros citólogos han dado la prueba citológica. Según Winiwarter la mujer tiene 48 cromosomas, de los cuales 46 son autosomas y 2 cromosomas X. El hombre tendría según este autor 46 cromosomas autosómicos y 1 sólo cromosoma X (en total 47 cromosomas).

Painter, sin embargo, que estudió un material humano abundante, pues tenía a su disposición los condenados a muerte en los Estados Unidos de Norte América, logró comprobar la presencia de 48 cromosomas en el hombre; entre ellos un cromosoma X y un cromosoma Y.

Hay indicios de otra índole, que consideraremos más adelante, en apoyo de la existencia de un cromosoma Y en el hombre.

También en las plantas han sido estudiados algunos caracteres ligados al sexo. Así por ejemplo el carácter "angustifolia" en *Melandrium album*, es un recesivo que se comporta



como carácter ligado al sexo, probando que las plantas masculinas son heterogaméticas. En efecto, la observación citológica ha corroborado este resultado hallando 2 cromosomas X en la planta femenina y los cromosomas X e Y en la planta masculina.

Es necesario evitar la confusión de los caracteres ligados al sexo, con los caracteres sexuales secundarios. Estos últimos son caracteres inherentes a un sexo y por lo tanto, se encuentran exclusivamente en los individuos del mismo sexo. Son por ejemplo, el plumaje vistoso del macho en las aves, la barba en el hombre, etc.

Los caracteres ligados al sexo, son aquellos caracteres comunes a ambos sexos, que están alojados en el cromosoma X; sólo a esa circunstancia se debe su asociación con el mecanismo de la determinación del sexo. Pero esos caracteres no toman parte alguna en la organización sexual del individuo. Su distribución entre los hijos depende del sexo de los padres (según que el recesivo venga de la madre o del padre); sólo en eso están ligados al sexo.

Se ha obtenido una prueba experimental de lo que acabo de decir. En experimentos con Rayos X, se ha conseguido que un pequeño trozo de cromosoma X de *Drosophila melanogaster* se quiebre y vaya a adherirse a uno de los autosomas. En la nueva raza así formada, los caracteres llevados por el trozo desprendido del cromosoma X, que antes seguían la distribución de la herencia ligada al sexo, ahora se heredan como los demás caracteres autosómicos.

*Determinación del sexo en Himenópteros.* — Los descriptos hasta aquí, no son los únicos métodos de determinación del sexo. En algunos organismos hay una alternancia de generaciones partenogénicas y sexuales y en ellos también se prueba una relación especial entre sexo y cromosomas.

En las abejas, por ejemplo, dicha relación es muy interesante porque la hembra (obreroa o reina) es diploide y el macho es haploide. La hembra, por reducción normal, produce óvulos con el número haploide de cromosomas. El macho produce directamente, sin reducción cromática, espermatozoides con el número haploide de cromosomas.

Los óvulos fecundados dan hembras que serán obreras o reinas, según el alimento que reciban en sus celdas especiales.

Los óvulos no fecundados se desarrollan partenogenéticamente dando machos. Como el macho no recibe otros cromosomas que los maternos, resulta que el zángano de las abejas tiene madre pero no tiene padre. Como los sexos no difieren en un solo par, sino en un equipo completo de cromosomas, todos los caracteres hereditarios deben estar ligados al sexo.

El experimento genético no se ha hecho con abejas, pero sí con otro himenóptero, *Habrobracon brevicornis*, pequeña avispa cuya hembra parasita la oruga de la mariposa del mediterráneo, a la que chupa para extraer su alimento hasta dejarle solamente la piel y deposita sus huevos en ella.

Los hermanos Whiting, de la Universidad de Pittsburg, Pensilvania, se ocupan especialmente de la genética de *Habrobracon*. La raza silvestre tiene ojos negros, pero en el laboratorio apareció un macho de ojos anaranjados. Cruzado este macho con hembras de ojos negros, nacieron hijos partenogénéticos de ojos negros, e hijas sexuales igualmente de ojos negros. Si se mantiene sin fecundar a estas hijas de ojos negros (F1), heterocigotas, producen, por partenogenesis, machos de 2 clases en números iguales: unos de ojos negros y otros de ojos anaranjados. Apareados entre sí los machos y hembras (F1) de ojos negros producen hijas, todas de ojos negros, e hijos negros y anaranjados por igual.

Una hembra de ojos anaranjados, con un macho de ojos negros produce hijos de ojos anaranjados e hijas de ojos negros.

En todos los casos el hijo recibe los caracteres que le puede transmitir la madre y no el padre y eso debe suceder para cualquier carácter que se considere.

2. -- *Ginandromorfismo*. — En los cultivos de *Drosophila* se encuentran con cierta frecuencia animales que presentan caracteres femeninos en una parte del cuerpo y caracteres masculinos en la otra. A estos individuos, verdaderos mosaicos sexuales, se les llama *ginandromorfos*. Se les conoce en varios grupos de animales pero con mayor frecuencia se les encuentra en los insectos. En Himenópteros y Lepidópteros el fenómeno ha sido descripto muchas veces y ha merecido diversas

interpretaciones; pero donde mejor ha sido estudiado es en *Drosophila*, en la que Morgan y Bridges han observado cientos de estos individuos. La mayor parte de ellos presentan un ginandromorfismo bilateral, es decir, que un lado del cuerpo es femenino y el otro masculino, con una línea de separación bien demarcada. Otras veces el ginandromorfismo no es enteramente bilateral sino que hay una mayor porción del cuerpo que es femenina y un sector más pequeño masculino. En otros casos la mitad anterior del cuerpo es de un sexo y la posterior del sexo opuesto; entonces el ginandromorfismo es antero-posterior. Estos mosaicos sexuales ofrecen una oportunidad extraordinaria para probar la validez de la teoría cromosómica del sexo. Hay varios casos de ginandromorfismo, que tiene cada uno, origen distinto.

En abejas se conocen dos clases de ginandromorfismo que se explican de la siguiente manera: 1) el ginandromorfo presenta en la parte masculina (haploide) caracteres de la madre. Boveri ha explicado el fenómeno, suponiendo que el núcleo del óvulo se ha dividido en dos antes de ser fecundado; y que el espermatozoide, unido a uno solo de los núcleos, origina la sección diploide del cuerpo (hembra) y que el otro núcleo con el juego haploide de cromosomas maternos ha desarrollado la sección masculina, lo que explica por qué esta parte del cuerpo presenta únicamente caracteres de la madre. (Fig. 7 A). 2) El ginandromorfo presenta en la parte haploide (masculina) caracteres paternos. Morgan explica la formación de estos individuos, suponiendo que inmediatamente después de ser fecundado el óvulo, ha penetrado en él otro espermatozoide, que sin fusionarse al núcleo ha desarrollado independientemente la sección haploide (masculina) del cuerpo. Fig. 7B). Este fenómeno de dispermia se ha comprobado en diversos organismos.

En los ginandromorfos de *Drosophila* las cosas ocurren de otro modo. Cuando en el cruzamiento que da origen al ginandromorfo hay caracteres ligados al sexo, esos caracteres, en las partes masculinas corresponden únicamente a los de la madre o a los del padre, mientras que las partes femeninas presentan los caracteres dominantes de la madre y del padre. Por otra parte, los caracteres autosómicos aparecen sin distinción en ambos lados del cuerpo. Morgan

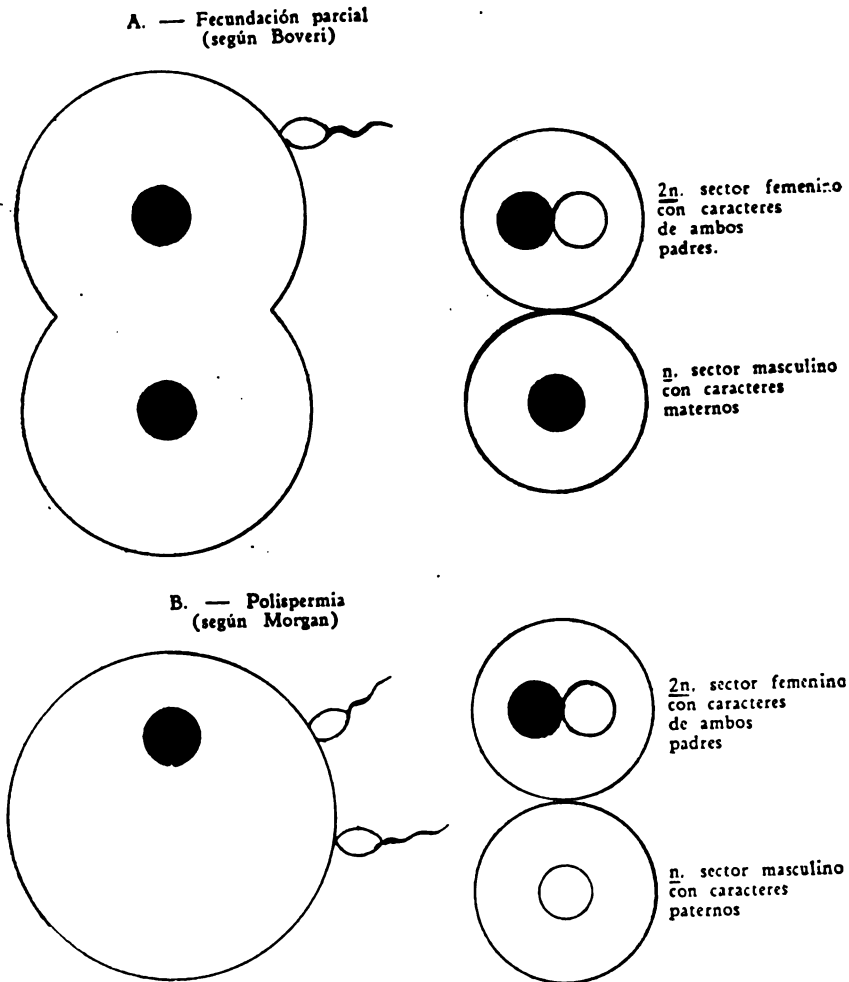


Fig. 7. Representación esquemática de las interpretaciones de un ginandromorfo según Boveri (fecundación parcial) y según Morgan (polispermia). (de Crew, 1927)

sostiene que la causa de este ginandromorfismo reside únicamente en una aberración del cromosoma X. Considera que todo individuo ginandromorfo es primitivamente una cigota femenina y que las partes masculinas del cuerpo se originan por pérdida de uno de los cromosomas X.

Así por ejemplo, en un cruzamiento de una hembra de ojos rojos y alas normales con un macho de ojos "eosina" y

alas "miniatura" se originó un individuo ginandromorfo que en las partes femeninas presentaba los caracteres del tipo silvestre (ojo rojo y ala larga) y el lado masculino del cuerpo presentaba los caracteres paternos de ojo "eosina" y ala "miniatura" ambos recesivos. Este caso se explica suponiendo que en una de las primeras segmentaciones del huevo, tal vez en la primera, ha sido eliminado el cromosoma X de origen materno, dando lugar a la formación de un núcleo con dos cromosomas X, que da origen a la parte femenina del cuerpo, y otro núcleo con un solo cromosoma X, (de origen paterno) que da nacimiento a la parte masculina del cuerpo y que presenta en este caso los caracteres ligados al sexo del padre.

Estos ginandromorfos bilaterales son completamente estériles. La Fig. 8 representa uno de ellos.

Otras veces se encuentran en *Drosophila* individuos de ginandromorfismo anteroposterior. Si la parte posterior es femenina y la anterior masculina, el individuo es una hembra fértil, y se comprueba en la descendencia su constitución híbrida con respecto a los caracteres ligados al sexo. Pero si la parte anterior es femenina y el abdomen masculino el individuo por naturaleza es estéril, lo que satisface la teoría, porque el macho XO es estéril.

En *Habrobracon* se han descripto varios casos de ginandromorfismo anteroposterior, pero es curioso comprobar que esos individuos son estériles. Si la parte anterior del cuerpo es masculina y el abdomen es femenino, el insecto trata en vano de unirse a otras hembras y no presta atención a las larvas de mariposa ni se alimenta de ellas. Los huevos, que podrían ser fértiles, degeneran por falta de la nutrición apropiada que debe extraer de la oruga huésped. Por otra parte, un ginandromorfo de cabeza femenina intenta agujonear la larva huésped a pesar de su carencia de agujón; se dispone a poner huevos en ella no obstante su abdomen masculino, y su actitud es indiferente para con las hembras, a las que en realidad podría fecundar. El instinto sexual de estos insectos es una actividad de la cabeza, independiente de las gónadas. El insecto puede tener instinto de un sexo y gónadas del sexo opuesto y en ese caso es un "estéril psicológico" según la expresión de Whiting. Entre 52 ginandromorfos estudiados por Whiting y

Wenstrup (1), sólo encontraron 6 con instinto y órganos genitales del mismo sexo y esos 6 individuos fueron fértiles.

Las fallas del mecanismo cromosómico que originan el ginandromorfo, deben ocurrir en muchos otros organismos y

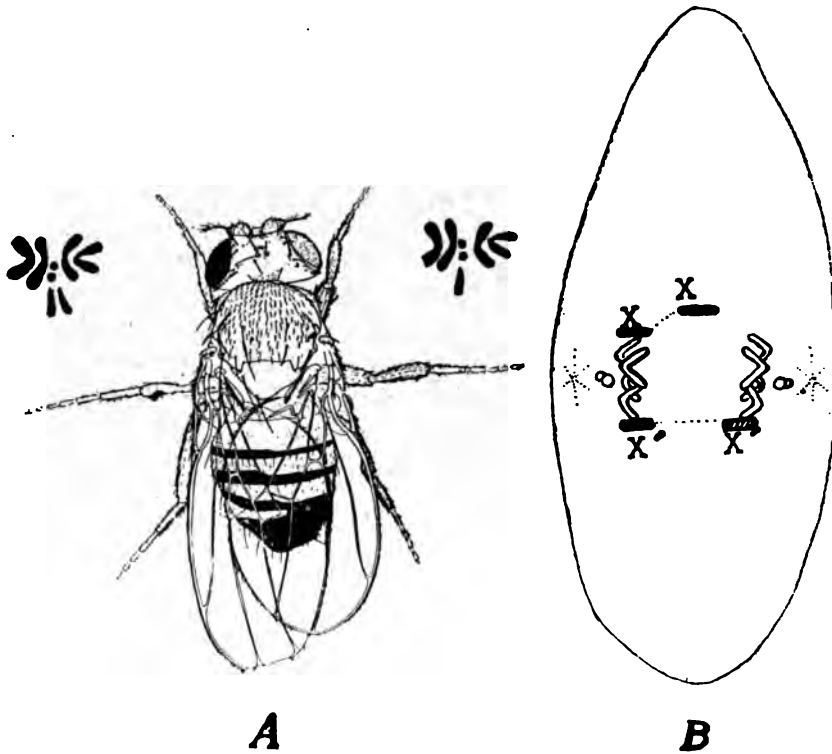


Fig. 8 A: Ginandromorfo de *Drosophila melanogaster*: la mitad izquierda es femenina y lleva caracteres del tipo silvestre además del factor dominante "Notch" localizado en el cromosoma X, y que produce una escotadura en el ala. La mitad derecha es masculina y exhibe caracteres recesivos del cromosoma X: entre ellos el factor *rb*, de ojos rubi; *sc*, (scute) que implica la falta de setas en el scutellum; *br*, (broad) para alas anchas; *f* (forked) de setas bifurcadas, etc. El esquema B, explica el origen de este individuo, por eliminación del cromosoma X que lleva los factores dominantes del tipo silvestre. (de Morgan, Bridges y Sturtevant, 1925. The genetics of *Drosophila*, Bibliographia Genetica, vol II).

también en los animales superiores; pero hay que tener en cuenta que sólo se expresa su resultado en los tejidos que se diferencian independientemente de los demás.

Aquí debemos afirmar un concepto importante, que es

(1) Whiting, P. W. and E. J. Wenstrup (1932) Fertile gynandromorphs in *Habrobracon*. — The Journ. of Heredity 23: (1), 31-38.

la distinción entre el *determinismo* del sexo de la cigota, y la *diferenciación* del sexo del individuo adulto. La determinación del sexo es genotípica: una cigota es XX, femenina, o XY masculina. Pero otras causas pueden alterar la expresión final del sexo del individuo; este último proceso es el de diferenciación del sexo.

En los invertebrados, que no tienen hormonas sexuales, el sexo de la cigota es el sexo del individuo adulto. El genotipo XX o XY es el único responsable de que el individuo se desarrolle como hembra o macho respectivamente. Cada célula puede expresar su genotipo independientemente de las células vecinas. Por eso puede haber tejidos de distinto sexo en el mismo individuo.

Pero en los vertebrados, la diferenciación sexual depende de hormonas que se difunden en el organismo y uniforman todos sus tejidos. Por eso hace notar Crew (1) que "es imposible hallar un ginandromorfo en aquellos grupos de animales en que el control de los procesos de diferenciación sexual ha sido completamente relegado a un órgano o tejido especial; no puede ocurrir en los mamíferos, si es que en este grupo la diferenciación del sexo se realiza bajo el estímulo director de una hormona sexual elaborada por la gónada diferenciada".

Hay en la literatura varias citas de ginandromorfismo en las aves. Crew (2), comentó el caso descrito en gallinas por Macklin (1923), de un individuo que tenía el plumaje del cuerpo característico de la hembra pero cuyas plumas del cuello y de la cola parecían de gallo. La cresta y la barba derecha eran masculinas y el ave se conducía como macho con las gallinas, a las que servía con aparente éxito. Nunca se le oyó cantar, ni se le vió pelear con otros gallos. Se sabe que ponía huevos, pero como estos eran pequeños, el propietario decidió sacrificar el ave para la mesa. Al ser preparada en la cocina, se observó que el lado derecho del cuerpo era notablemente más grande que el izquierdo y que tenía un testículo a la derecha y ovario y oviducto a la izquierda. El examen histológico corroboró que podía haber puesto huevos y que el testículo tenía espermatozoides de apariencia normal. Cada hueso del lado

---

(1). Crew, F. A. E. 1927. The genetics of sexuality in animals. p. 36. Mc Millan. Londres.

(2) —op. cit. p. 37.

derecho del cuerpo era más grande que el correspondiente de la izquierda. Crew interpreta justamente este caso como un ginandromorfo producido en una cigota ZZ (masculina, en aves) por eliminación de uno de los cromosomas Z durante una de las primeras segmentaciones del óvulo fecundado. De ahí resulta una parte del cuerpo ZZ, masculina y la otra parte ZO femenina. Como lo hace observar Crew, este caso indica que el control de los procesos de diferenciación sexual en las aves, no es exclusivo de las gónadas.

A veces se tiene un indicio de la distribución aberrante del cromosoma sexual en tejidos somáticos, cuando se estudia la repartición de algún carácter ligado al sexo en diversas regiones del cuerpo. Así por ejemplo Serebrovsky (1) explica la aparición de plumas negras en un gallo bataraz, suponiendo la eliminación de un cromosoma Z, con el factor dominante "barreado", en las células que originaron esas plumas. El gallo barreado debe haber sido heterocigota en ese carácter.

En el hombre, como en los demás mamíferos, es muy improbable, sino imposible la aparición de un individuo que sea un mosaico de sexos, debido a la presencia de hormonas que borrarían toda diferencia durante el desarrollo de las diversas partes del cuerpo. Pero la observación de caracteres ligados al sexo, podría revelar la existencia de esa aberración del cromosoma X.

Así, por ejemplo, una persona que tuviera un ojo de visión normal y el otro daltónico, sería probablemente XX del costado normal y XO del lado daltónico; sería, genotípicamente, un ginandromorfo. No tengo conocimiento de que se haya encontrado un caso semejante, pero si lo hubiera, tal vez fuera una mujer, o por lo menos, sería originariamente una cigota femenina. Sería interesante determinar, en un caso así, la relación de la anomalía con la fecundidad del individuo.

No siempre es el cromosoma sexual el que se pierde en una división somática: puede ser cualquiera de los autosomas, dando mosaicos que no tienen relación con caracteres sexuales. Es

(1) Serebrovsky, A. S., 1925. -- Somatic segregation in domestic fowl. *Journ. of Genetics*, 16: 33-41.



probable que esto ocurra con frecuencia en el hombre. Por mi parte, conozco una persona de conformación visiblemente asimétrica, que tiene de un lado, un ojo azul, la mano pequeña y amoratada y una anomalía semejante en el pie, y que sufre de sabañones en la mano y pie anormales. La otra mitad del cuerpo es normal y el ojo de color castaño. El padre de este individuo tenía ojos azules y manos y pies pequeños y amoratados. Según refieren, sufría enormemente de sabañones. La madre tiene ojos castaños y los demás caracteres normales. Es ya sabido que los ojos castaños son dominantes sobre ojos azules siendo su herencia un factor mendeliano simple localizado en un autosoma.

A mi modo de ver el caso de este individuo se explica por la pérdida somática de un autosoma materno que llevaba en sí los caracteres de ojos castaños y de conformación normal de manos y pies. Si la explicación que sugiero fuera exacta, llegaríamos a la conclusión de que en el mismo cromosoma se hallan los caracteres de color de ojos, forma de la mano y pie y susceptibilidad a los sabañones.

Haldane interpreta como debido a una anomalía cromosómica, el caso referido por Haselhorst y Lauer (1930), de una mujer perteneciente al grupo sanguíneo AB, que casada con un hombre del grupo O, dió a luz un hijo perteneciente al grupo O.

Se considera que los 4 grupos sanguíneos *A*, *B*, *O* y *A B* dependen de una serie de 3 alelomorfos múltiples *A*, *B*, *O*, entre los cuales *O* es recesivo y *A* y *B* son de dominancia incompleta entre sí.

Si esto es así, una mujer normal perteneciente al grupo sanguíneo *A B* (heterocigota en *A* y *B*), no puede dar nacimiento a un hijo del grupo sanguíneo *O*. Este caso se explicaría suponiendo que la mujer en cuestión tiene un cromosoma supernumerario con el factor *O*. Esta situación puede haberse originado por un fenómeno de *no disyunción*, como el que vamos a describir enseguida en *Drosophila*.

*No disyunción.* En los cultivos de laboratorio de *Drosophila melanogaster*, ocurre de vez en cuando un accidente cuyo esclarecimiento ha constituido una nueva prueba gené-

tica y citológica de la teoría cromosómica del sexo. El caso ha sido descubierto y analizado admirablemente por Bridges.

Recordemos que en el cruzamiento de una *Drosophila* hembra de ojos blancos por un macho de ojos rojos, la descendencia debe estar constituida por hembras de ojos rojos, como el padre y machos de ojos blancos como la madre, de acuerdo con la regla de la herencia cruzada. (Véase fig. 6A).

En algunos de sus experimentos, Bridges pudo observar que un cruzamiento tal, rendía, además de las dos clases previsibles de descendientes, alguna hembra excepcional de ojos blancos (matróclina) y algún macho excepcional de ojos rojos (patróclino).

Para explicar la aparición de estas excepciones, Bridges supuso que durante la división reductora de la hembra de ojos blancos, en algunos casos, los dos cromosomas X no se separaban yendo juntos a un mismo polo; necesariamente el polo opuesto quedaría sin ningún cromosoma X. A este accidente le llamó *no disyunción*.

Al dirigirse juntos hacia uno de los polos en la anafase I, los dos cromosomas X pueden integrar el ovocito II o el glóbulo polar, dependiendo del azar cual de estas dos posibilidades se realiza. Como resultado de este proceso se forman dos clases de óvulos excepcionales; unos con dos cromosomas X (ambos con el factor recesivo para los ojos blancos), y otros óvulos desprovistos en absoluto del cromosoma X. (Fig. 9).

A continuación se indican los resultados de la fecundación de estas dos clases de óvulos excepcionales por los espermatozoides X o Y de un macho de ojos rojos.

Indicamos con x (minúscula) el cromosoma sexual de la hembra con el factor recesivo de ojos blancos, y con X (mayúscula) el proveniente del macho, con el factor dominante para ojos rojos.

Ovulos	Esperma	Descendencia
xx	× Y	= xxY hembra blanca excepcional
xx	× X	= xxX hembra roja con XXX (letal)
○	× X	= XO macho rojo excepcional
○	× Y	= YO no viable

La hembra excepcional de ojos blancos tendría que tener dos cromosomas x y un cromosoma Y. Esto es precisamente lo que ha probado el examen citológico.

El macho excepcional de ojos rojos, de constitución XO, tiene que haber recibido el cromosoma X del padre. Aunque es completamente normal en apariencia, este macho es estéril;

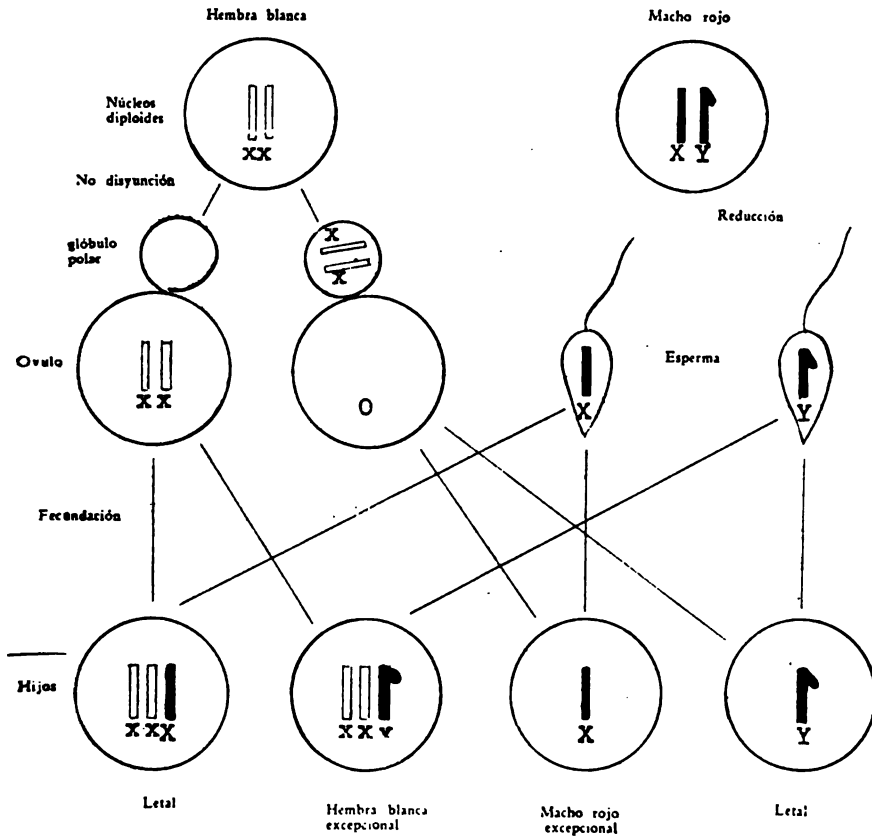


Fig. 9: Esquema que ilustra el proceso de *no disyunción primaria* del cromosoma X en *Drosophila*.

este hecho prueba que el cromosoma Y debe contribuir con algunos factores de fertilidad.

La mosca xxY es una hembra perfecta a pesar de la presencia de un cromosoma Y; la adición de este último a una hembra xx no altera el sexo.

De las otras dos combinaciones representadas en el cuadro anterior, la YO no es viable y la combinación xxX da una hembra de ojos rojos, poco viable y estéril.

El caso de no disyunción que acabamos de describir ocurre en raras ocasiones. Su frecuencia es de 1: 2.900 en los frascos de cultivos comunes. Se le conoce con el nombre de *no disyunción primaria*, porque se origina en una hembra ordinaria XX.

La mosca de ojos blancos (xxY) originada en una no disyunción primaria, produce a su vez hijos excepcionales de la misma categoría con una frecuencia de 4 %. Estos últimos se forman por un proceso de *no disyunción secundaria*, llamado así porque tiene lugar en la hembra excepcional xxY.

A continuación describiremos el mecanismo de no disyunción secundaria.

En la primera división meióica, en la mosca xxY, se produce inevitablemente una distribución irregular de los cromosomas sexuales, debido a la presencia del cromosoma extra Y.

Puede haber dos tipos de sinapsis. En uno, los dos cromosomas xx se conjugan entre sí dejando al cromosoma Y en libertad de dirigirse al azar a uno u otro de los polos. Este tipo de sinapsis es el más frecuente; se produce en 84 % de los casos. De ahí resultan dos tipos de gametas posibles, según que la combinación xY integre el ovocito II o el glóbulo polar; tendremos así óvulos xY (42%) y óvulos x (42%).

El segundo tipo de sinapsis ocurre cuando uno de los cromosomas x se aparea al cromosoma Y; el otro cromosoma x queda entonces en libertad de dirigirse a uno u otro de los polos, dependiendo del azar su orientación. Este tipo de sinapsis ocurre en 16 % de los casos y produce a su vez óvulos de 4 clases: xY, x, xx, Y (4 % de cada clase).

En resumen, la mosca xxY produce las 4 clases de óvulos en la siguiente proporción:

46 % xY: 46 % x: 4 % xx: 4 % Y.

Estas gametas, fecundadas por un macho silvestre de ojos rojos XY producen las combinaciones indicadas en el cuadro siguiente:

*Hembra xxY (ojos blancos) x macho XY (ojos rojos)*

Gametas femeninas	Gametas femeninas				
46 %	{	x	×	X = xX	hembras rojas (23 %)
		x	×	Y = xY	machos blancos (23 %)
46 %	{	xY	×	X = XxY	hembras rojas (23 %)
		xY	×	Y = xYY	machos blancos (23 %)
4 %	{	xx	×	X = xxX	super hembra roja (2 %)
		xx	×	Y = xxY	hembra blanca excepcional (2 %)
4 %	{	Y	×	X = XY	macho rojo excepcional (2 %)
		Y	×	Y = YY	no viable (2 %)

De las ocho clases indicadas de individuos, aparecen en realidad siete en las proporciones calculadas. La combinación YY, que carece de todo cromosoma X, no es viable. Hay dos clases de individuos excepcionales: la hembra xxY, de ojos blancos y el macho XY de ojos rojos.

La nueva hembra xxY, de ojos blancos, vuelve a repetir el proceso en su descendencia, y así sucesivamente. La observación citológica de esta mosca ha probado la existencia de dos cromosomas X y un cromosoma Y.

Obsérvese que entre las hembras de ojos rojos hay dos clases de individuos: una mitad son Xx y la otra mitad son XxY. Estas últimas deben reproducir el fenómeno de no disyunción secundaria, lo que en realidad se comprueba en su descendencia.

Hay otra clase de hembras de ojos rojos de constitución xxX; son muy raras; el cromosoma X supernumerario produce ciertos efectos morfológicos notables que permiten reconocer esta clase de individuos; la mosca es además poco viable, vive pocos días, y es estéril. Veremos más adelante por qué se le llama super hembra. En sus células se han observado los tres cromosomas X que prevé la teoría.

Entre los machos de ojos blancos, una mitad tienen la fórmula xY, y la otra mitad xYY. Los machos xYY, son perfectamente normales y fértiles. El cromosoma adicional Y no perturba el sexo del individuo, pero como es de prever, provoca

casos de no disyunción en el macho. Esto se ha comprobado en 50 % de los machos blancos.

Las excepciones quedan así explicadas y se puede pronosticar el comportamiento futuro de tales individuos. Las pruebas citológicas completaron la evidencia de la interpretación ideada por Bridges y lo que al principio pareció ser una contradicción flagrante de la explicación cromosómica de la herencia ligada al sexo, vino a convertirse en la confirmación más espectacular de la teoría.

Algo más enseña este experimento de Bridges. La hembra excepcional de ojos blancos se origina por la unión de un óvulo con dos cromosomas x, con un espermatozoide provisto de cromosoma Y; el esperma Y, que normalmente determina un macho en este caso determina una hembra.

El caso recíproco ocurre con el macho excepcional de ojos rojos: se origina en la unión de un óvulo Y (sin cromosoma X con un espermatozoide X. El esperma con cromosoma X que normalmente produce hembras en este caso determina un macho.

Se ve, entonces, que el esperma con cromosoma X no tiene, como parecía, una tendencia femenina, ni el esperma con cromosoma Y tiene una tendencia masculina. Las gametas no tienen en sí una tendencia sexual determinada; no determinan el sexo. *Este depende de la combinación cromosómica establecida en el momento de la fecundación.* Cuando en la nueva cigota hay dos cromosomas X, cualquiera sea su origen, el individuo será hembra; y si hay un sólo cromosoma X, venga este del óvulo o del espermatozoide el individuo será macho. Es el número de cromosomas X el que determina el sexo y no las gametas.

En cuanto a los autosomas, como son idénticos en los dos sexos, no se puede apreciar su influencia en la expresión sexual. Veremos luego, sin embargo, que también ellos llevan factores sexuales. Esto se ha podido probar en ciertas formas intersexuales de *Drosophila melanogaster* que estudiaremos más adelante.

5. *Drosophila de X soldados.* — La mosca xxY produce 4 % de individuos excepcionales, hijas matroclinas e hijos patroclinos, como resultado del proceso de no disyunción secunda-

ria que hemos descripto. Pero en una raza de *Drosophila* obtenida por la señora L. V. Morgan en 1922, absolutamente todas las hijas son matroclinas y todos los hijos son patroclinos; es decir, que produce 100 % de excepciones a la herencia ligada al sexo. Los caracteres normalmente ligados al sexo se presentan en esta raza como limitados a un solo sexo.

Este resultado genético parece corresponder a una no disyunción compulsiva, es decir, que en cada división reductora de la hembra, los dos cromosomas X se dirigen obligadamente al mismo polo como si estuvieran unidos entre sí. En efecto, eso es lo que ocurre; la observación citológica prueba que los dos cromosomas X de las hembras de esa raza, están unidos por uno de sus extremos; también se observa en ellas la presencia de un cromosoma Y.

La mosca de X soldados hallada por L. V. Morgan tenía en cada uno de sus cromosomas X el factor recesivo y (yellow) determinante del color amarillo del cuerpo.

Si esa hembra amarilla es fecundada por un macho silvestre, se obtienen los resultados indicados en la figura 10.

Las 2 clases de óvulos  $\overline{xx}$  e Y unidos a espermatozoides con cromosoma X o con cromosoma Y, pueden formar 4 clases de cigotas. Las combinaciones  $\overline{xx}X$  (superhembra) e YY, como vimos anteriormente no son viables. Las 2 clases que subsisten son hembras  $\overline{xx}Y$  que han recibido sus cromosomas  $\overline{xx}$  de la madre y el Y del padre; y machos XY cuyo X proviene del padre y el Y de la madre. Así se explica que las hembras sean idénticas a la madre y los machos al padre en los caracteres ligados al sexo.

En todas las observaciones citológicas de tales hembras, se encuentra los 2 cromosomas X formando una V, además de un cromosoma Y.

Esta raza de X soldados se utiliza en la práctica de laboratorio, para conservar mutaciones del cromosoma X del macho, porque cualquier factor ligado al sexo que tenga el padre, aparecerá inmediatamente en todos los hijos machos. El stock mantiene su pureza automáticamente. Se tiene así, en un mismo frasco, dos razas, una masculina y otra femenina, sin que se contaminen.

La comprobación que el mecanismo supuesto es el verdadero se ha obtenido en otra circunstancia. La soldadura en-

tre los cromosomas X puede quebrarse a veces, produciendo los resultados genéticos que la teoría prevé: los caracteres vuelven a presentar el cuadro típico de la herencia ligada al sexo, y el examen citológico comprueba la liberación de los cromosomas X. Esta separación de los cromosomas soldados

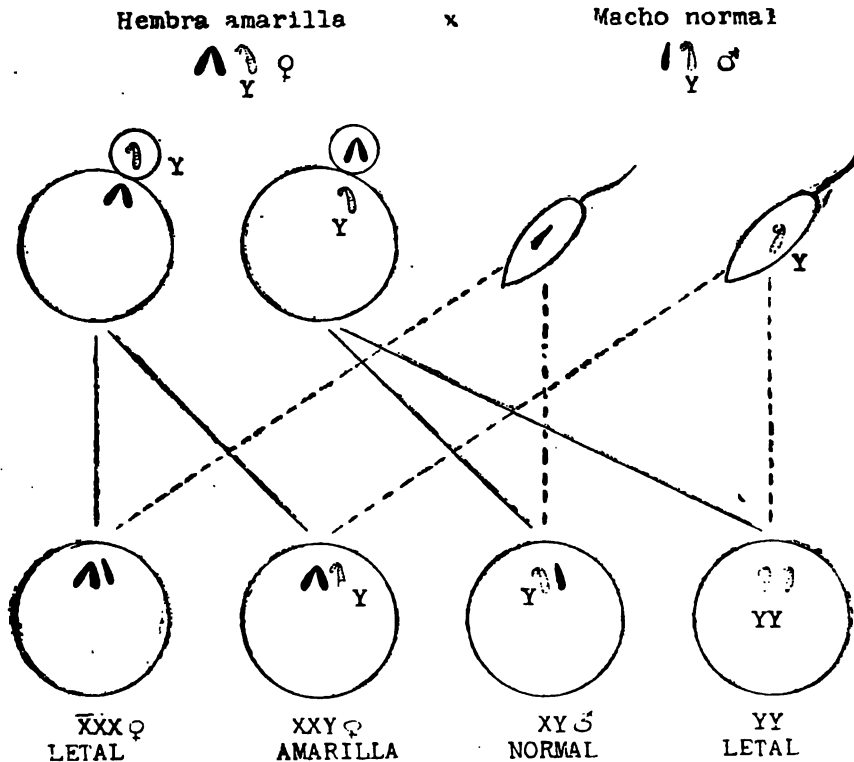


Fig. 10. Esquema que ilustra la herencia de un factor ligado al sexo en el caso de 2 cromosomas X soldados, en *Drosophila melanogaster*. Los cromosomas negros en forma de Y representan los dos X unidos, que llevan el factor determinante del cuerpo amarillo. El cromosoma lineal negro r presenta el X del tipo normal (de Morgan, Bridges y Sturtevant, 1925).

se consigue frecuentemente sometiendo las moscas a la acción de los rayos X.

Las aberraciones cromosómicas son muy frecuentes en las plantas. Hay cierta evidencia de que ocurren también en el hombre. A través de la bibliografía se encuentran descripciones de varios pedigrées de familias en las que un carácter



típicamente recesivo y ligado al sexo, se trasmite exclusivamente en la línea femenina. Cunier describió en 1839 una familia en la que el daltonismo se transmitía de madres a hijas siendo los varones sanos. Menciona 13 mujeres daltónicas descendientes unas de otras y 6 hijos varones sanos. Algunos miembros de esta familia viven actualmente en Bélgica. Siendo el daltonismo un carácter recesivo ligado al sexo, en un caso normal, todos los hijos varones tendrán que heredar el defecto de la madre. El comportamiento excepcional de esta familia hace suponer que, como en la *Drosophila*  $\overline{xx}Y$ , las mujeres posean ambos cromosomas X fusionados y además un cromosoma Y. Una mujer de esa constitución, casada con un hombre normal producirá teóricamente 4 clases de hijos según se representa en el esquema de la figura 11.

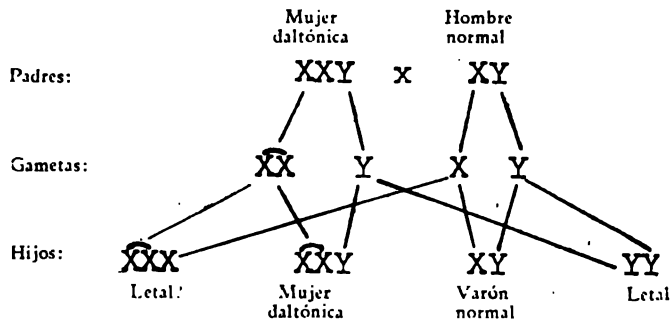


Fig. 11

En *Drosophila*, la combinación  $\overline{xx}X$  es una superhembra, de vitalidad muy reducida y es estéril. Es de creer que las mujeres de esa constitución si es que llegan a vivir sean muy anormales. En cuanto al individuo YY, seguramente no es viable. De manera que en la familia en cuestión, nacerán solamente dos clases de individuos: mujeres  $\overline{xx}Y$  daltónicas y varones XY normales. El nacimiento de una mujer no daltónica indicaría la viabilidad de la combinación  $\overline{xx}X$ , que en el pedigrée estudiado tal vez no aparezca debido al corto número de individuos.

Si la explicación propuesta es exacta, las mujeres de esa familia deben tener un cromosoma Y que en casos normales sólo lleva el hombre. Esas mujeres  $\overline{xx}Y$  serían interesantes

para demostrar la influencia del cromosoma Y en la expresión del sexo. En *Drosophila*, el individuo  $\overline{xx}Y$  es una hembra perfectamente normal; pero en el hombre el cromosoma Y parece no ser tan inactivo como en *Drosophila*, y podría producir, tal vez, ciertas alteraciones en la mujer que lo lleva.

El caso descrito no es el único que se menciona en la literatura. Recientemente J. B. S. Haldane (1) ha estudiado por lo menos 6 pedigrees de familias en los que se observa este comportamiento aberrante de caracteres ligados al sexo, como hemofilia, ictiosis, catarata senil, etc.

Falta en todos estos casos la comprobación citológica, la que será difícil mientras el examen citológico requiera el sacrificio del individuo.

Shiwago, actualmente en el Instituto Experimental de Biología de Moscú ha intentado, al parecer con éxito, en cultivos de leucocitos, la obtención de mitosis satisfactorias para la observación y recuento de los cromosomas humanos. Si el método prospera dará un poderoso impulso al progreso de la citología, en relación con la genética humana. Se verá seguramente que muchos caracteres deben su comportamiento aberrante a anomalías cromosómicas.

El método es tan cómodo para el paciente que podría llegarse a registrar el diagrama cromosómico de cada persona, como ahora se imprimen las impresiones digitales en su cédula de identidad.

El varón, en nuestra sociedad, da su apellido a su descendencia y a través de los hijos varones lo transmite a las generaciones futuras. Esta herencia convencional constituye para los hijos de familias ilustres un motivo de orgullo, que es tanto mayor cuanto más remoto es el antepasado que dió brillo al nombre en la tradición del país. Veamos, en términos de cromosomas, qué fundamento tiene este orgullo del apellido.

Laughlin (2) ha expresado en una fórmula, la probable influencia que tiene un ascendiente determinado, sobre un individuo particular. La fórmula dá la proporción de individuos

(1) Haldane J. B. S. (1932). Genetical evidence for a cytological abnormality in man. *Jour. of Genet.* 26: 341-344.

(2) Laughlin, H. H., 1920. Calculating ancestral influence in man: a mathematical measure of the facts of bisexual heredity. *Genetics*, vol. 5.

de la población actual, en que un antecesor ha sido totalmente eliminado del patrimonio hereditario, y es como sigue:

$$1 : \left( \frac{2^{p-1}}{2^{p-1}-1} \right)^n$$

donde  $p$  expresa la generación ancestral (ej. abuelos,  $p = 2$ ; bisabuelos,  $p = 3$ , etc.); y  $n$  es el número de pares de cromosomas de la especie. La fórmula indica que 1 individuo entre cada

$$\left( \frac{2^{p-1}}{2^{p-1}-1} \right)^n$$

individuos de su generación, no tiene ningún cromosoma de un ascendiente determinado de la generación ancestral  $p$ . La eliminación depende del número de cromosomas de la especie y de la generación ancestral que se considere. Así p. ej. en *Drosophila melanogaster* que tiene 4 pares de cromosomas, uno de los abuelos no estará representado en ninguno de sus caracteres, en más del 6 por ciento de sus nietos; y una tercera parte de la población (33 %), no tendrá ningún cromosoma de uno de los bisabuelos. Es como si los antepasados cuya materia hereditaria ha sido completamente eliminada de la generación actual, no hubieran existido para ella.

Esta eliminación total de uno de los ascendientes en la constitución del patrimonio hereditario actual, es mucho más lenta en la especie humana debido al mayor número de cromosomas (24 pares). Pero si se consideran los caracteres de un par de cromosomas (y no de todos a la vez) su eliminación es muy rápida. Así p. ej., el 50 % de los nietos carecerá de un cromosoma particular de uno de sus abuelos; y el 75 % de esa misma generación no habrá recibido un determinado cromosoma de su bisabuelo.

Esta probabilidad de eliminación se acrecienta a medida que escalamos cada generación ancestral; de manera que considerando la 5ª generación, 93 % de los descendientes actuales carecerán de un cromosoma portador de las características que dieron brillo a su antepasado ilustre. Y si las cualidades que enaltecieron al prócer dependen de 2 o más cromosomas.

esta combinación será aun mucho más rara en sus descendientes. Si hay alguno sobresaliente entre ellos, lo deberá con mayor probabilidad a alguna nueva combinación de cromosomas de otro origen, aportados por el resto de sus ascendientes.

En lo que concierne al cromosoma sexual X, este proceso de eliminación ancestral se acelera bruscamente de padres a hijos. El varón no recibe su cromosoma X del padre sino de la madre. El cromosoma X del padre queda irremediamente eliminado de la descendencia masculina. Todos los caracteres ligados al sexo que exhibe el hombre, se los debe a la madre. Téngase presente que los factores del cromosoma X son los que más valor de expresión tienen en el varón, porque son simples, sin alelomorfos que los encubran: el hombre exhibe con toda franqueza sus caracteres ligados al sexo. Estos caracteres constituyen, a veces, una parte importante de su personalidad; por eso hay cierta razón en decir que los hijos varones se parecen más a la madre. Pero, si un hombre vale por esos caracteres, no hay ninguna esperanza de hallarlos reproducidos en los hijos varones que perpetuarán su apellido; eso sí, volverán a hallarse en una parte de sus nietos, hijos de sus hijas, que ya no llevarán su nombre.

Hay un cromosoma que sigue la misma distribución del apellido; es el cromosoma Y del hombre, que se transmite de generación en generación a través de los varones. Es un pequeño cromosoma, casi vacío, o que por lo menos no tiene genes que contrarresten la influencia del cromosoma X. Es tan poco notorio que todavía se discute su existencia. El hijo lo recibe directamente del padre y las mujeres normalmente no lo contienen.

Toda esta situación se invierte en la familia de los dos X soldados. En aquella familia belga, los hijos tienen más del padre, porque el cromosoma X no se renueva y las hijas son, en los caracteres ligados al sexo, fiel imagen de la madre. Si un hombre se caracterizara por una cualidad notable del cromosoma X, podría perpetuar y multiplicar esa cualidad en sus hijos uniéndose a una mujer  $\bar{X}X$ . Ese es el procedimiento seguido con *Drosophila* para conservar ciertas mutaciones valiosas del macho.

Continuaremos con las demás cuestiones planteadas al comienzo de esta exposición.

## GLOSARIO

Para la confección de esta breve lista, me he guiado por las definiciones dadas por E. B. Wilson en "The cell in development and heredity" y por C. D. Darlington en "Recent advances in cytology", además de las listas que publica "The Journal of Heredity". Presento las definiciones en la forma más simple y abreviada posible sin pretender que sean completas ni muy rigurosas. Son definiciones de primera aproximación, cuyo único objeto es el de facilitar la lectura del presente trabajo a las personas no familiarizadas con estos términos técnicos.

**ALELOMORFO** (*alelon*, alternativo; *morpho*, forma). Cada una de las unidades hereditarias, opuestas entre sí, que se heredan en forma alternativa. P. ej., Visión normal y daltonismo en el hombre; ojos rojos y ojos blancos en *Drosophila*.

**AUTOSOMAS**. (*autos*, mismo; *soma*, cuerpo). Los cromosomas ordinarios, que no afectan la determinación del sexo, por oposición a los heterocromosomas o cromosomas sexuales.

**CIGOTA**. El óvulo fecundado. El organismo formado por la unión de dos gametas.

**DIOICO**. (*di*, dos; *oikos*, casa). Organismo en el cual los sexos se hallan en individuos diferentes, por oposición a monoico o hermafrodita.

**DIPLOIDE**. (*diplos*, doble). Que tiene dos series de cromosomas. Equivale generalmente a somático.

**DISPERMIA**. Entrada de dos espermatozoides en el óvulo.

**DROSOPHILA MELANOGASTER**. Pequeña mosquita del vinagre y de las frutas en fermentación. Es el organismo mejor estudiado en genética.

**ESPERMATIDA**. La célula que sin otra división nuclear se transforma en espermatozoide.

**FACTOR.** El determinante del carácter hereditario; sinónimo de gen.

**F 1.** Primera generación filial, o sea el híbrido de un cruzamiento.

**F 2.** Segunda generación filial de un cruzamiento, producida por fecundación de individuos F 1 entre sí.

**GAMETA.** Célula que en la reproducción sexual está encargada de la fertilización: óvulo y espermatozoide.

**GEN.** (*gen*, generar). La unidad de materia hereditaria. El átomo genético. Los genes se hallan dispuestos en orden lineal dentro del cromosoma.

**GINANDROMORFO.** (*gine*, mujer; *andros*, varón; *morpho*, forma). Individuo en el cual una parte del cuerpo es femenina y la otra es masculina.

**HAPLOIDE.** (*haplos*, simple). Número reducido de cromosomas, que se halla en las gametas, en oposición al *diploide* de las células somáticas.

**HETEROCIGOTA.** Individuo que contiene los genes diferentes de un par alelomorfo; equivale a *híbrido*, por oposición a *homocigota* o de raza pura.

**HETEROGAMETICO.** Dícese del sexo que produce dos clases de gametas que difieren en el cromosoma sexual. Es el sexo heterocigota.

**HOMOCIGOTA.** Individuo que contiene genes idénticos de un par alelomorfo. Equivale a decir que es de raza pura para tal carácter.

**HOMOGAMETICO.** Que produce una sola clase de gametas con respecto a la determinación del sexo.

**MATROCLINO.** (*mater*, madre). El vástago que hereda un carácter de la madre exclusivamente.

**MEIOSIS.** (*meiosis*, reducción). Proceso por el cual se efectúa la reducción del número diploide de cromosomas del individuo, al número haploide de las gametas.

- MITOSIS**, (*mitos*, hilo). Proceso por el cual los cromosomas hijos formados por hendimiento longitudinal, se separan en dos grupos. Es la forma corriente de división nuclear en las células somáticas.
- NO DISYUNCION**. Falta de separación de un par de cromosomas durante la meiosis, de manera que dos homólogos integran el mismo núcleo hijo y ninguno el núcleo opuesto.
- OVOCITO**. La célula que origina al óvulo, antes de haber cumplido el proceso de maduración.
- PATROCLINO**. (*pater*, padre). El vástago que hereda un carácter exclusivamente del padre.
- PARTENOGENESIS**. (*parthenos*, virgen). Desarrollo del óvulo sin ser fecundado por el esperma.
- POLISPERMIA**. Entrada de más de un espermatozoide en el óvulo.
- RECESIVO**. El carácter que no se expresa en el híbrido porque queda cubierto por su alelomorfo dominante.
- RETROCRUZAMIENTO**. El resultado de cruzar el híbrido con el homocigota recesivo. Distínguese de la F 2, en que esta última es el resultado del cruzamiento de dos individuos híbridos entre sí.
- SEGREGACION**. La separación de los genes alelomorfos — de origen materno y paterno— durante la meiosis.
- SINAPSIS**. (*synapto*, unir). La conjugación, por pares, de los cromosomas homólogos, de origen materno y paterno, para formar los bilaventes de la primera división meiótica.
- SOMÁTICO**. Referente a las células del cuerpo, las cuales tienen dos series de cromosomas, en oposición a las células germinales que tienen una serie de cromosomas. Equivale a diploide.





# Espíritu y Materia

Por ENRIQUE GAVIOLA

## UNA CONTRIBUCIÓN A LA FILOSOFIA CIENTIFICA

El problema de las relaciones que existen, o pudieran existir, entre el espíritu y la materia, ha ocupado la atención de los filósofos de todas las épocas. Para muchos, ha constituido el núcleo dominante de sus sistemas filosóficos.

En todo sistema filosófico, o científico, se nota la preocupación por la unidad conceptual. No habiéndola, no hay posibilidad de predicción unívoca. Ante esta preocupación por la unidad conceptual, se ha levantado rebelde el dualismo espíritu-materia. Los intentos hechos para resolverlo, ya sea reduciendo el espíritu a la materia, o interpretando la materia por conceptos espirituales, o tratando de fundir espíritu y materia en una unidad superior, o acoplándolos paralelamente en todos sus detalles, han fracasado, como veremos enseguida. Sería seguramente estéril atacar de nuevo el problema, si un hecho nuevo no vertiera luz sobre el mismo: Dentro de la Física, ciencia dominada hasta hace poco, al creer de los sabios, por la más rigurosa unidad conceptual, ha aparecido un dualismo de carácter fundamental e irreductible en los conceptos básicos usados. Me refiero al dualismo onda-corpúsculo. Este dualismo, existente dentro de la materia, presenta las mismas

características generales que el dualismo espíritu-materia. La comprensión de la naturaleza del primero facilita, pues, grandemente, la solución del segundo. Sirvame esto de disculpa al encarar un problema tan viejo y tan debatido.

### *Historia del problema*

En las creencias y filosofías de los pueblos primitivos, así como en las de los niños, espíritu y materia forman una unidad conceptual, están fundidos en un solo ente. Se supone que cada cosa material está animada por un demonio (dios), o ánima. Tales ánimas son, a la vez, espíritu y materia, y se las supone constituidas a nuestra imagen y semejanza. No están, todavía, divididas en ánimas buenas y en ánimas malas. Son buenas y malas a la vez, como nosotros.

En el animismo primitivo no existe, pues, el problema que nos ocupa.

La separación conceptual del espíritu y de la materia proviene, probablemente, de la contemplación de la muerte. Si observamos la muerte de un animal cualquiera, vemos que una gran cantidad de sus características de forma, color, estructura, constitución, permanecen invariadas. A estas podríamos llamar características *estáticas*. En cambio, las características *dinámicas* del animal varían grandemente: no se mueve, ni responde en la forma habitual, a estímulos exteriores. Si llamamos a lo que permanece invariante a través de la muerte, materia y a las características dinámicas, o al agente, ánima, que se supone las produce, espíritu, hemos construido una teoría dualista de la muerte: espíritu y materia son, según ella, dos entes separables, de características diferentes; unidos constituyen los seres vivos; al separarse, en la muerte, vemos que la materia persiste; del espíritu *suponen* muchas filosofías antiguas y casi todas las religiones, que persiste también.

Al separar conceptualmente espíritu y materia, se plantea inmediatamente el problema siguiente: ¿Qué relaciones existen entre el espíritu y la materia de un mismo ser vivo? ¿Son independientes? ¿Son solamente autónomos? ¿Están estrechamente ligados en interdependencia recíproca?

Un análisis superficial de nuestra experiencia diaria, parece indicar que el espíritu gobierna a la materia, por lo menos

dentro de ciertos límites. Pero, también, que la materia (alimentos, bebidas) influye sobre los estados de espíritu. La voluntad, poder ejecutivo del espíritu, mueve a la materia. Pero el alcohol, poder corruptor de la materia, anula a la voluntad.

Allá por 1640 Descartes (Cartesius) se ocupó detenidamente del dualismo espíritu-materia. Admitía la existencia de dos entes de naturaleza distinta, y la interacción entre los mismos. Para Descartes, el problema consistía en averiguar en qué lugar del cuerpo humano se producía la tal interacción. Después de detenidas consideraciones anatómico-fisiológicas, concluyó por designar al cerebelo como la sala de reuniones del espíritu y de la materia.

A otros pensadores parecióles que lo importante no era saber *donde* cambian influencias espíritu y materia, sino *como*. A poco que se ahonde esta cuestión se llega a un resultado desconcertante: la interacción entre espíritu y materia es imposible. En efecto, el movimiento de un cuerpo material puede ser modificado, únicamente, por otro cuerpo material. Sólo entes de la misma especie pueden influirse mutuamente. Puesto que, por el supuesto, espíritu y materia son entes de especie distinta, toda interacción es imposible. Más adelante analizaré con más detención estas afirmaciones. Admitámoslas como buenas por el momento.

No habiendo interacción, siendo espíritu y materia independientes, se hace imposible explicar el fenómeno de la vida en forma dualista. Si el espíritu no influye sobre la materia, ésta debería presentar las mismas características dinámicas antes y después de la muerte. Y no las presenta. El dualismo parece, pues, insostenible.

Para salir de esta encrucijada, se puede negar la existencia *real* del espíritu, o de la materia, o la de ambos. El primer camino han seguido los materialistas de todas las épocas, desde Demócrito (400 a. D.) hasta nuestros días; el segundo, los espiritualistas, cuyo representante más destacado es Leibniz (1700); el tercero es el camino de Espinoza en 1677, y también, aunque en forma harto distinta, el del positivismo científico.

El materialismo afirma que todo es materia; el espiritualismo, que todo es espíritu.

Cualquiera de estas afirmaciones sería científicamente aceptable, si fuese posible interpretar todos los hechos conocidos, ya sea por medio de conceptos materiales exclusivamente, ya sea sobre la base de conceptos espirituales únicamente. Pero el materialismo se muestra incapaz de encarar cualquier problema psicológico, empezando por el hecho primario de la consciencia del yo (Du Bois Reymond, 1872). Y el espiritualismo ha sido estéril ante los problemas de las ciencias naturales. Ambos son, pues, inaceptables.

Espinoza trata de salvar el dualismo de Descartes por un método ingenioso. Acepta la existencia de espíritu y materia (él les llama consciencia y extensión), pero no como entes *reales*, sino como *atributos* de una substancia única incognoscible. Habrá, pues unidad en la substancia inobservable y dualismo en sus atributos perceptibles. La substancia ignota nos aparecería, o como consciencia (espíritu), o como extensión (materia), según como y desde donde tratamos de observarla. Para ayudar a concebir la posibilidad de que un mismo ente aparezca esencialmente distinto, según el punto de vista adoptado se cita a menudo el ejemplo de la esfera hueca: vista desde su exterior nos aparece como un cuerpo limitado en el espacio; vista desde su interior es una superficie finita, pero ilimitada.

Siendo espíritu y materia dos atributos de una substancia única, no existe, ni puede existir, interacción entre ellos. Con lo que queda salvado el inconveniente fundamental del dualismo Cartesiano. Pero debe existir, en cambio, un paralelismo estrecho entre espíritu y materia. A cada estado de la substancia incognoscible corresponderán siempre dos atributos *paralelos*: uno espiritual, otro material. Y en esto reside la contradicción interna del sistema de Espinoza. Como demostraré con detención más adelante, el paralelismo psico-físico reduce a los dos sistemas de conceptos espirituales y materiales a uno solo. Puesto que, si existe paralelismo estrecho, cada concepto espiritual sería, simplemente, la traducción de un concepto material a otro idioma, espiritualismo y materialismo serían dos idiomas usados para designar las mismas cosas. No habría, pues, diferencias en los conceptos, sino en las palabras. Con lo que caeríamos de nuevo al materialismo puro, o al espiritualismo puro, con sus inconvenientes ya anotados.

A pesar de la incapacidad esencial del materialismo para encarar todo problema psicológico, se impuso al mundo científico, al final del siglo XVIII y durante casi todo el XIX. La causa del triunfo del materialismo reside, sin duda, en los rápidos progresos efectuados por las ciencias naturales, aplicando su método. Toda teoría científica y filosófica se justifica, en última instancia, si se muestra capaz de describir y prever hechos, no explicados ni previstos por otra teoría, en forma más sencilla. Los triunfos de las ciencias naturales, especialmente de las exactas, eran, pues, a justo mérito, triunfos del materialismo, que construía los conceptos usados en ellas. Pero tales éxitos llevaron a los filósofos a rendirle al materialismo un cierto culto místico, atribuyéndole omnipotencia, aun en el campo de la psicología. El resultado de la aplicación del materialismo a la psicología fué, como hubiera sido previsible, que la psicología dejó de ser una ciencia del espíritu, para convertirse en la fisiología de la materia del cuerpo, en especial del cerebro humano. La psicología propia fué, así, ahogada por el materialismo, tarea en la que ayudaron prejuicios morales y religiosos.

Cerrando los ojos a la existencia del espíritu y de las ciencias espirituales, desaparecería, para los ciegos voluntarios, el problema de la interacción. Pero, en 1890, Freud resucitó la psicología propia, sin proponérselo, y casi sin darse cuenta de ello hasta muchos años después, y, con ello, restituyó el mundo del espíritu al mundo espiritual de los filósofos. Estos no pudieron mantener los ojos cerrados ante los triunfos del psicoanálisis en el campo de la medicina mental. Freud demostró, además, que sólo se puede hacer psicología si se abandonan, en ella, los conceptos materiales de la fisiología. Una mezcla de conceptos espirituales y materiales no conducía, nunca, a la solución de un problema científico.

El problema de la interacción entre espíritu y materia cobraba, de nuevo, después de más de dos siglos, actualidad.

En 1925 aparece, en forma inesperada, un nuevo problema de interacción, dentro del mundo de la materia. Se habían venido usando, en las ciencias físicas, dos sistemas de conceptos, aplicándolos a campos separados; los ondulatorios, que interpretaban los fenómenos de las radiaciones electro-

magnéticas, (luz, rayos Röntgen, ultravioleta, infrarrojos, etc). y los corpusculares, que describían los estados de movimiento de la materia. Cuando, a partir de 1900, Planck, Einstein, Bohr y otros, estudiaron los fenómenos de interacción entre ondas y corpúsculos, aparecieron en la física toda una serie de paradojas. Si se admitía una estructura corpuscular para los átomos, la luz absorbida o emitida por ellos aparecía como de naturaleza corpuscular también. Si, en cambio, se quería mantener la esencia ondulatoria de la luz, se hacía necesario construir un átomo ondulatorio también, para que la interacción fuese posible. Nos encontrábamos, pues, frente a dos sistemas fundamentales de conceptos, de existencia independiente. Si cualquiera de ellos fuese capaz de interpretar todos los hechos descritos por el otro, podría sustituirlo y desplazarlo, reinando sin límites en el mundo de la materia. Pero el sistema corpuscular es esencialmente incapaz de explicar el fenómeno de la interferencia, y el sistema ondulatorio no puede prever la observación directa de una partícula elemental. Ambos sistemas son, pues, necesarios en la física.

El materialismo se ha bifurcado, así, en dos sistemas conceptuales, ondulatorio y corpuscular, sin interacción posible. Estamos, pues, frente a un dualismo nuevo, de características en un todo análogas a las del antiguo. Tratemos que el estudio del dualismo onda-corpúsculo vierta luz sobre el dualismo espíritu-materia.

### *La imposibilidad de interacción espíritu-materia*

He mencionado ya más atrás que la interacción entre espíritu y materia es imposible, por cuanto, sólo entes de la misma especie pueden tenerla, y aquellos son, por definición, de especie diferente. Quiero precisar aquí esa afirmación.

Los conceptos materiales que utiliza la física están definidos de modo tal que obedezcan a ciertos principios de conservación de la materia, de la energía, de los impulsos, de la carga eléctrica, etc. Toda acción sobre un sistema material parcial significa la modificación de una de estas magnitudes del mismo, producida por modificaciones equivalentes y de sentido contrario en el resto del mundo material. De acuerdo

a la definición de los conceptos materiales mismos, carece de sentido lógico una acción sobre un sistema material que no modifique ni su masa, ni su energía ni sus impulsos, ni su carga eléctrica, etc. Por otra parte, el sistema de conceptos espirituales que sirve para encarar problemas psicológicos, carece, por definición, de masa, energía, impulsos, etc. Una acción de un sistema espiritual sobre uno material significaría una modificación de la masa, energía o impulsos, etc., del segundo, sin compensación posible en el primero. Lo que es contrario a las definiciones de ambos.

Se puede llegar a la misma conclusión por otro camino, sin utilizar principios de conservación. Bastan algunas consideraciones de carácter general. Podemos considerar a toda la materia como formada por corpúsculos, ya sean estos electrones, protones, etc. A estos corpúsculos debemos considerarlos como centros de campos gravitacionales y electromagnéticos. Por definición, se puede influir sobre su estado únicamente por medio de tales campos, ya sea separadamente, ya conjuntamente. Ahora bien, el mundo espiritual carece de campos gravitacionales y electromagnéticos, y, con ello, de toda posibilidad de acción sobre la materia. Si los tuviera, dejaría de ser espiritual y se convertiría en material, pues tales campos significan la posesión de masa, energía, impulsos, etc.

No hay, pues, interacción posible entre el espíritu y la materia. A menos que tuvieran razón los vitalistas, cuando pretenden que los razonamientos anteriores tienen validez para la materia muerta, pero que los organismos vivos forman una clase aparte, un grupo autónomo, obediente a leyes diferentes, y que en ellos bien pudiera haber interacción entre el espíritu y la materia.

### *El vitalismo y la ciencia*

Los postulados del vitalismo pudieran ser demostrados por dos caminos: uno *negativo*, mostrando que los procesos vitales no obedecen a las leyes fisicoquímicas, y otro *positivo*, estableciendo leyes de procesos vitales y mostrando que son distintas a las usuales para la materia muerta.

*Método negativo*

Un ejemplo muy usado para mostrar que los organismos vivos no obedecen a las leyes de la materia muerta, es el del desarrollo del huevo del erizo marino, hasta la formación de la larva.

El huevo de erizo es monocelular. En su desarrollo normal se divide primero en 2, después en 4, 8, 16, 32, 64, . . . células, que se agrupan formando una esfera hueca, con pelos en su exterior: la blástula. Dentro de la blástula, siguiendo el desarrollo normal, se forman, el estómago y demás órganos, hasta constituir la larva de erizo. Ahora bien, la experiencia enseña que, si en el momento en el cual el huevo está formado por dos células, se extirpa una de ellas, la célula restante continúa su desarrollo, dividiéndose en 2, 4, 8, . . . hasta formar una blástula, y, después, una larva *normales*, aunque más chicas. Si cuando el huevo está formado por 4 células, se alejan 3, se obtiene también una larva de igual estructura que la normal. Lo mismo sucede hasta que de 32 se extirpan 31 células. En un estado posterior del desarrollo, en cambio, no se pueden extirpar todas las células menos una y obtener una larva de estructura normal.

Los vitalistas afirman que estos hechos están en contradicción con las leyes causales de la física y de la química: pues, partiendo de los estados iniciales más diversos, se llega siempre al mismo estado final. Y concluyen que los procesos vitales son finalistas, en contraposición a los procesos de la materia muerta, que son causalistas.

Es fácil mostrar que no hay contradicción alguna entre los hechos observados y las leyes de la física. Basta para ello indicar algunos ejemplos típicos de procesos de la materia muerta, en los que el estado final de un sistema no cambia aunque varíe grandemente el estado inicial.

Si se tiene un cristal en formación, en una solución saturada, y del mismo se extirpa una fracción cualquiera, el resto cristalino continúa su desarrollo y forma al final un cristal que tiene la misma estructura que los cristales normales, tanto macroscópica, como microscópicamente.

Si en una mesa de billar (sin troneras) construyo un



cierto número de cavidades semiesféricas, de diámetro igual al de las bolas, y si coloco sobre ella un número de bolas igual al de las cavidades, y obligo a la mesa a moverse suavemente en forma irregular, el estado final del sistema será siempre el mismo, una bola en cada hueco, cualquiera sea el estado inicial (posición y estado de movimiento de las bolas al comienzo).

¿Deberíamos concluir que los hechos indicados en los dos ejemplos precedentes son incompatibles con las leyes de la materia muerta?

En todo sistema material que se encuentra en las cercanías de un estado de equilibrio estable, se observan hechos análogos.

#### *Una demostración de Driesch*

Driesch tiene el mérito de haber concretado y expresado en lenguaje científico los razonamientos vitalistas. En el caso que paso a considerar, se ocupa, también, del desarrollo del erizo marino, a partir de la blástula, hasta llegar a la larva.

La experiencia muestra que, si se corta un pedazo cualquiera, no muy grande, de la blástula ya formada, el resto se desarrolla en una larva completa, aunque más chica. Driesch aplica a este hecho el siguiente razonamiento. Designemos con el nombre L a una zona pequeña de la blástula. En el desenvolvimiento normal (sin extirpación), de las células de esa zona L resulta formado un cierto órgano de la larva, o parte de él. Si extirpo una parte de la blástula, que no contenga a L, las células de esta zona L constituyen, en cambio, en la larva, en general, otro órgano distinto. El destino de las células de la zona L depende, pues, de la posición de L sobre la blástula, del tamaño G de la parte restante, después de la extirpación, y de la forma final de la larva. Si llamamos E a la influencia finalista, podemos expresar que el destino de L es una función de L, de G, y de E. O sea, en lenguaje matemático: Destino =  $f(L, G, E)$ .

Ahora bien, L y G son magnitudes medibles y expresables en números. E, en cambio, según Driesch, no es ni medi-

ble, ni expresable en números. Es una *tendencia natural o entelequia*.

Apliquemos el razonamiento de Driesch a un átomo de uranio. Un átomo de uranio neutro (desarrollado) está constituido por una serie de cáscaras o capas electrónicas, alrededor de un núcleo central. Estas cáscaras han recibido los nombres de K, para la más interior, L, M, N, O, P, . . . para las siguientes, hacia afuera.

Supongamos que, al estado inicial de la experiencia, el átomo se encuentra fuertemente ionizado, es decir, que sus cáscaras electrónicas se encuentran más o menos incompletas. Colocado en un medio apropiado, el átomo irá completando ordenadamente sus cáscaras, hasta formar el átomo neutro. Los electrones que al comienzo se encontraban en la capa M, forman al final un "órgano" dado del átomo. Si durante el desarrollo, en cambio, extirpo una parte, o todos, los electrones de la cáscara L, por medio de rayos Röntgen de frecuencia apropiada, los electrones que al comienzo estaban en la capa M formarán al final un "órgano" distinto del edificio atómico. La estructura final obtenida es, además, la misma, con o sin extirpación. Deberíamos, pues, concluir, según Driesch, que el destino de los electrones M depende, no sólo del estado inicial, sino también del estado final. La influencia del estado final se manifestaría por medio de una entelequia.

A mayor abundamiento, se puede mostrar que la entelequia E, o *constante intensiva*, como la llama Driesch, no se distingue, en nada, de las constantes usuales en la física. En efecto, en la función  $f(L, G, E)$ . E representa la forma final de la larva. Esa forma final puede ser representada por un grupo de funciones  $F_i$ , que sean, por ejemplo, las ecuaciones de las superficies de separación de las partes homogéneas de la larva. De modo que tendríamos  $f(L, G, E) = f(L, G, F_i)$ . En  $F_i$  todo es medible y expresable en números. Por tanto, también en E. Con lo que la entelequia pierde todo su carácter de *constante intensiva*, y queda reducida al papel de los parámetros usuales en física y matemáticas.

#### *Otra demostración de Driesch*

Se trata de demostrar que la siguiente experiencia no es compatible con las leyes de la fisicoquímica.

Sean dos personas amigas que se encuentran. Si la primera dice a la segunda: "tu padre ha muerto", se observa, en esta una fuerte e inconfundible reacción emotiva. Si le dice, en cambio: "su padre ha muerto", refiriéndose a una tercera persona, la reacción emotiva observable es muy pequeña.

Una pequeña variación de las ondas sonoras, (causas), produce una gran variación en los gestos y actos de la persona que las recibe.

Además, si la primera persona dice a la segunda, en un caso: "tu padre ha muerto" y en otro: "ton père est mort", la reacción emotiva es prácticamente la misma.

Una gran variación de las ondas sonoras (causas), produce prácticamente ninguna variación en los efectos.

Driesch sostiene que hechos de esta naturaleza no se presentan en la física. Sin embargo, es fácil ver que ello sucede en todo sistema en equilibrio inestable. Por ejemplo:

Hace unos años Marconi encendió las luces de la ciudad de Sydney, desde su yate "Electra", situado en el Mediterráneo. Para ello utilizó ondas electromagnéticas de una frecuencia bien determinada, que eran recibidas por un aparato receptor de radiotelefonía, conectado con un "relais", que cerraba los contactos necesarios. El aparato receptor estaba, necesariamente, sintonizado con la estación emisora. Una pequeña variación de la frecuencia enviada por el yate Electra, hubiera producido un cambio grande del efecto en Sydney: las luces no se hubieran prendido.

Tenemos, pues, que una pequeña variación de la causa, produce una gran variación del efecto.

Pero supongamos, además, que en Sydney existe un otro receptor-relais, afinado a una frecuencia doble del anterior. (El otro idioma que conoce la persona que escucha, en el ejemplo de Driesch). Si el emisor del Electra aumenta su frecuencia, a partir de la que emitía primero, necesitará un gran cambio de ella, hasta que en Sydney se produzca el mismo efecto que se producía antes.

Un cambio grande de las causas, produce efectos iguales.

Cabe observar, además, que la energía que prende las luces no viene del Mediterráneo, sino que está en Sydney: así como la que desencadena la reacción emotiva del sujeto de

Driesch, no le es entregada por las ondas sonoras, sino que reside en el sujeto mismo.

La demostración de Driesch es, pues, incorrecta.

### *Método Positivo*

Así como en el erizo el desarrollo de la blástula aparece gobernado por la estructura final de la larva, por medio de las entelequias, en el hombre, sus actos aparecen como la realización de un propósito. Al medio de acción del propósito, como hecho futuro, sobre el estado inicial, llama Driesch psicoide. El psicoide es, pues, para los hombres, lo que la entelequia para los demás animales.

A fin de construir una teoría positiva del vitalismo es necesario definir concretamente lo que son entelequias y psicoides. Driesch define la entelequia en la forma siguiente:

“La entelequia es afectada por la causalidad espacial, y actúa sobre la causalidad espacial, como si viniera de más allá del espacio. Ella no actúa dentro del (en el) espacio, actúa hacia dentro del espacio; no está en el espacio; en él tiene sólo lugares de manifestación”.

Estos entes que “actúan sobre la causalidad espacial” (sobre la materia) “como si vinieran de más allá del espacio”, tienen una semejanza sospechosa a los demonios del animismo primitivo.

La afirmación de que la entelequia “no está en el espacio: en él tiene sólo lugares de manifestación”, recuerda la forma Cartesiana de plantearse el problema de la interacción: Driesch y Descartes se interesan únicamente por el lugar en el que el espíritu (entelequia) actúa sobre la materia, pero olvidan preguntarse: ¿Cómo?

Ya hemos visto que sobre la materia actúan exclusivamente campos gravitacionales y electromagnéticos. O los demonios (entelequias) están provistos de esos campos, en cuyo caso no son demonios, sino simplemente materia, o no los poseen, y no tienen influencia alguna sobre la materia.

La semejanza entre entelequias y demonios es confirmada por el mismo Driesch cuando escribe (*Philosophie des Organischen*, 2. Auflage, P. 492): “esta analogía con ciertas opi-

niones teóricas, que mantiene el así llamado espiritismo, para explicar los hechos que postula, es, en realidad, un medio bastante bueno de describir lo que sucede en cada sistema natural sobre el que actúa una entelequia”.

Es decir Vitalismo = Espiritismo.

Pero Espiritismo = Forma degenerada del animismo primitivo.

Y digo forma degenerada, por cuanto el animismo primitivo era una teoría científica, ya que los antiguos poseían fórmulas mágicas capaces de influir sobre la mente de los demonios, con lo que era posible una predicción del futuro (objeto final de toda ciencia); mientras que los vitalistas y espiritistas modernos carecen de todo medio de influenciar espíritus y entelequias. Espiritismo y vitalismo no son, pues, teorías científicas.

### *El vitalismo de Bergson*

A la conclusión última llega Bergson mismo, en su libro “*Evolution Créatrice*”, P. 101. Allí dice, a propósito del tema “*élan vital*”, al comparar una máquina con un organismo vivo: “Sin embargo, reconozco que la ciencia positiva puede y debe proceder como si las organizaciones fuesen . . . del mismo género. Sólo bajo esa condición podrá hacer presa sobre los cuerpos organizados. Su objeto no es, en efecto, revelarnos el fondo de las cosas, sino proveernos del mejor medio de actuar sobre ellas. Ahora bien, la física y la química son ciencias ya adelantadas y la materia viva no se presta a nuestra acción sino en la medida en la que podemos tratarla por los procedimientos de nuestra física y de nuestra química. La organización no será, pues, estudiable científicamente, si con anterioridad no se asimila el cuerpo organizado a una máquina. Las células serán las piezas de la máquina; el organismo su ensamble. *He ahí el punto de vista de la ciencia. Completamente distinto es, a nuestro juicio, el de la filosofía*”.

La definición que Bergson da de la Ciencia, corresponde al maquinismo de principios del siglo pasado y fines del anterior, y, en manera alguna, al estado actual de la filosofía científica. Es usual que, cuando los filósofos “puros” hablan

de la ciencia, lo hagan de la que existía hacen cien años. Pero todo ello no nos interesa en este momento. Bástenos anotar que Bergson coloca a su filosofía, y con ella a su vitalismo fuera del campo de la ciencia. A confesión de parte . . .

El vitalismo no es, pues, una teoría científica.

Podemos concluir, del análisis de las demostraciones de Driesch y de la confesión de Bergson, que la imposibilidad de interacción entre espíritu y materia existe tanto para la materia muerta como para la viva. No se ha demostrado que exista ninguna diferencia esencial entre los procesos vitales y los físico-químicos.

### *El monismo de Espinoza*

Más atrás me he ocupado ya, superficialmente, de la contradicción interna que existe en el monismo de Espinoza. Quiero analizar aquí esta cuestión con un poco más de detenimiento. Según Espinoza, espíritu y materia son dos atributos de una substancia *única*, incognoscible. A cada estado de cada fracción, por pequeña que sea, de la substancia incognoscible, corresponden dos atributos, consciencia y extensión, paralelos. Esto se llama el paralelismo psicofísico.

De acuerdo a esta teoría, un electrón sería el atributo extensivo (material) de un ente incognoscible, que podemos llamar, para designarlo de algún modo, urelectrón. Pero el urelectrón posee también, otro atributo: la consciencia (espíritu). Al electrón-materia debemos asociar, pues, paralelamente, un electrón-espíritu. Whitehead, llevando el razonamiento de Espinoza a su consecuencia lógica, ha postulado ya la existencia del alma del electrón.

Por el procedimiento indicado, se obtienen almas para los protones, para los átomos, para las moléculas, para las piedras y para los astros, que marchan paralelamente a los entes materiales designados por esos nombres.

Ahora bien, con esa "*cuarta dimensión espiritual*" de la materia, como alguien la ha llamado, ¿se pueden encarar problemas psicológicos? Veamos: A todo razonamiento psicológico, correspondería un razonamiento fisiológico paralelo, que

no se diferenciaría del primero sino en los nombres usados. Ese es el tipo de psicología que se intentó hacer durante el siglo pasado, sin llegar, en un solo caso, a resolver un problema. Freud ha demostrado ya, con suficiente detenimiento, que para hacer psicología hay que abandonar todo concepto fisiológico. La sola representación de un psicólogo que intentase explicar la existencia de una idea dada en la consciencia, por medio de los estados de espíritu de todos los electrones, neutrones, positrones y protones que forman el cerebro y demás sistema nervioso, es absurda.

Para comprender mejor la imposibilidad de paralelismo entre los conceptos espirituales y los corporales, es bueno considerar lo que sucede en el caso del dualismo materialista onda-corpúsculo.

### *El dualismo Onda - Corpúsculo*

Ya se ha dicho, más atrás, que el estudio de la emisión y de la absorción de luz por materia, ha conducido a la bifurcación del mundo material, en dos sistemas autónomos de conceptos. Si se parte de la hipótesis de que la materia está formada por corpúsculos, el estudio de los fenómenos de interacción lleva a la conclusión de que la luz es también, de naturaleza corpuscular. Si, en cambio, se mantiene la hipótesis de la esencia ondulatoria de la luz, se hace necesario atribuir a la materia naturaleza ondulatoria.

Muchos fenómenos de la física pueden ser explicados indistintamente por medio del sistema corpuscular de conceptos o por el de conceptos ondulatorios. Si aplicásemos el monismo de Espinoza a la dualidad onda-corpúsculo, deberíamos esperar que a cada concepto corpuscular debería corresponder un concepto ondulatorio paralelo. Y que, por tanto, toda explicación corpuscular debería ser paralela a una ondulatoria.

Que no hay paralelismo en los conceptos muestra el hecho de que, en el caso de la luz, una onda elemental no corresponde a ningún corpúsculo elemental, sino a la media estadística de un gran número de ellos. Y a la inversa, a un corpúsculo

lo elemental hay que atribuirle todo un *paquete* de ondas de frecuencias distintas.

Que tampoco existe paralelismo en las explicaciones, quiero mostrar con el ejemplo siguiente:

Consideremos el fenómeno de la resonancia óptica del vapor de Sodio. Sea un balón de vidrio, que contenga vapor de Sodio, de una densidad apropiada. Si se ilumina el balón con la luz amarilla de las líneas D, de una fuente de luz de Sodio cualquiera, se observa que el vapor, que contiene el balón, absorbe la luz incidente, y que la reemite, en todas las direcciones del espacio.

Se puede dar dos explicaciones de estos hechos: 1) una corpuscular; 2) una ondulatoria.

1) El vapor de Sodio del balón está constituido por átomos corpusculares, que poseen estados estacionarios de energía (Bohr). La luz de Sodio que incide sobre el balón está formada por corpúsculos luminosos (fotones). Al chocar los fotones con los átomos, los primeros son absorbidos, pasando los segundos a un nivel superior de energía. Después de un tiempo casual de permanencia en el nivel excitado, el átomo cae de nuevo a su nivel normal, emitiendo con ello, en una dirección casual, un corpúsculo de luz, prácticamente idéntico al que absorbió.

Cabe hacer notar que, en la explicación corpuscular anterior, cada átomo que toma parte en el proceso de resonancia absorbe, por lo menos, un fotón entero de luz. El número de átomos que intervienen en el proceso, es pues, proporcional a la intensidad de la luz incidente. En la práctica, este número no alcanza a un millonésimo del de átomos presentes en la zona iluminada del vapor.

2) El vapor está constituido por entes ondulatorios, que podemos esquematizar por medio de *resonadores armónicos*. La luz incidente está formada por ondas electromagnéticas. Al incidir las ondas sobre los resonadores, estos emiten, cada uno, una onda esférica coherente con la onda incidente.

Debe observarse que en esta explicación no existen cuantos de luz (fotones). La cantidad de energía absorbida por cada resonador varía continuamente con la intensidad de la luz incidente. Todos los átomos iluminados por la onda continua,



prácticamente casi todos los del balón, si la densidad es pequeña, toman parte en el proceso.

Como es fácil ver, el único paralelismo que existe entre las dos explicaciones, es el de los hechos. Ambas sirven para explicar los mismos hechos experimentales. Pero lo hacen en forma esencialmente distinta: Átomos que, en la explicación ondulatoria, toman parte en la resonancia, son ajenos al proceso, en la descripción corpuscular; hay absorción continua en un caso y cuántica en el otro; con la intensidad primaria varía el número de los átomos que intervienen, permaneciendo constante la energía emitida por cada átomo, si consideramos al fenómeno como corpuscular; mientras que, si lo consideramos ondulatorio, lo que varía con la intensidad primaria es la amplitud de cada una de las ondas esféricas, permaneciendo constante el número de átomos que resuenan. No hay, pues, paralelismo de detalle. Si lo hubiera, las dos teorías se reducirían a una sola.

Si la teoría ondulatoria es capaz de explicar la interferencia, que no pueden describir los corpúsculos (1), mientras que la corpuscular interpreta las rayas en una fotografía de C. T. R. Wilson, que no pueden representar las ondas, es justamente, porque sus conceptos no son paralelos. Conceptos paralelos explicarían siempre los mismos hechos, en la misma forma. Serían dos nombres para la misma cosa. Imaginémos, en efecto, que construimos una especie de diccionario bilingüe, que traduzca, palabra por palabra, y unívocamente, conceptos corpusculares a ondulatorios y viceversa. Dada una teoría corpuscular, podría traducirla, con la ayuda del diccionario, al lenguaje ondulatorio. Y a la inversa. Con lo que no habría dificultad en explicar la interferencia por medio de corpúsculos. Pero la hay.

### *El Dualismo Espíritu - Materia. Un ejemplo*

Consideremos, brevemente, el fenómeno, bien conocido, del sueño. Los hechos observables son: antes del sueño, el

---

(1) E. Gaviola, Contribuciones. La Plata 1930.

sujeto aparece cansado, abrumado; después de él, fresco, alerta, reavivado.

Podemos explicar estos hechos por dos caminos: 1) fisiológico, 2) psicológico.

1) Durante el sueño se sustituyen las sustancias orgánicas utilizadas y quemadas del organismo, y se eliminan las toxinas acumuladas en la labor diaria.

2) El sueño consiste en la eliminación de la tensión psíquica producida durante el día por la acumulación en el subconsciente de ansias, deseos, envidias y aspiraciones no realizados, debido a censura consciente, imposibilidad material, u otras causas. El sueño restablece, pues, el equilibrio psíquico, realizando en sueños los deseos y temores.

Como se nota inmediatamente, el único paralelismo que existe entre las dos teorías, fisiológica y psicológica, reside en el hecho de que ambas explican los mismos fenómenos, porque a ellos las aplicamos. Toda tentativa hacia el establecimiento de un paralelismo entre las ansias, deseos y temores, y su realización, por una parte, y las toxinas y productos de reacción y su eliminación, por la otra, destruiría inmediatamente el valor científico de la teoría psicológica.

Debe observarse, también, que tanto en el caso onda-corpúsculo, como en el espíritu-materia, carece de sentido mezclar conceptos de ambos sistemas en una explicación. En efecto, ya hemos visto que no hay interacción posible entre entes espirituales y corporales, y podemos agregar, por las mismas razones, que tampoco hay interacción posible entre conceptos ondulatorios y corpusculares. Una mezcla de conceptos, ya sea ondulatorios y corpusculares, ya sea espirituales y materiales, destruye toda posibilidad de predicción del futuro, por cuanto rompe las cadenas causales de nuestras teorías.

No tiene sentido, por ejemplo, explicar la resonancia con luz ondulatoria y átomos corpusculares.

Cuando se dice que el sueño más restaurador es el dormir sin soñar, se dice un absurdo. En el mundo psíquico, dormir es soñar. No en balde el sustantivo que designa el efecto de los dos verbos, dormir y soñar, es el mismo: el sueño.

Si los progresos de la psicología propia, después de Freud, han sido relativamente lentos, se debe, sin duda, en gran par-

te, al empecinamiento de los psicólogos profesionales y de los médicos psiquiatras, en mezclar conceptos fisiológicos a los psicológicos. Con ello no hacen ni psicología, ni fisiología; construyen monstruos híbridos, estériles. Ejemplos típicos de esta índole se encuentran en todos los libros de texto de psicología de universidades y colegios secundarios.

### *Conclusiones*

He mostrado que toda interacción entre entes espirituales y corporales es imposible, aun en los seres vivos. El dualismo Cartesiano es, por ello, insostenible. He mostrado también, que el Monismo de Espinoza es contradictorio en sí mismo. Para ello me he servido del nuevo dualismo onda-corpúsculo, aparecido dentro de los conceptos materiales. En otro lugar ( esta Revista, tomo I, p. 61 y 377) he contestado a la pregunta "qué es la materia *en realidad*, onda o corpúsculo?", haciendo ver que tal pregunta no tiene sentido. Aquí podría alguien preguntar: ¿El mundo real, es espiritual o es corporal? Esta pregunta está, también, contestada en el artículo mencionado. Quiero resumir sus conclusiones.

La única realidad inmediata es la consciencia y el contenido de la consciencia. Ese contenido puede ser clasificado, arbitrariamente (o, si se prefiere, usando de ciertas teorías), en impresiones (sensaciones y percepciones), ideas, imágenes, proyectos, etc. Cada impresión, idea, imagen o proyecto posee un valor emotivo, más o menos circunstancial.

El objeto de toda ciencia es ordenar, clasificar, describir, explicar el contenido de la consciencia, tratando, en lo posible, de predecir el contenido futuro, basándose en el pasado y presente.

El instrumento de toda ciencia es un sistema de conceptos, que son, en parte, símbolos de los hechos primarios de consciencia, en otra, construcciones "lógicas". Tanto los conceptos, como la lógica utilizada para relacionarlos y deducir símbolos de hechos de consciencia futuros, son convencionales. No son verdaderos ni falsos, son buenos o malos, si sirven o no sirven para llenar los fines de la ciencia. Desde tiempos remotos, al separar conceptualmente espíritu y materia, se ha

venido construyendo dos sistemas de conceptos: el sistema espiritual, que se usa en psicología, y el sistema material, aplicado en las ciencias naturales.

Ultimamente se ha visto que, en lo que se creía un sistema único de conceptos materiales, se escondían dos sistemas independientes: ondulatorio y corpuscular. Existen todavía dificultades en relacionar los campos electromagnéticos y los gravitacionales, dificultades que, si no son resueltas, darán origen a una nueva bifurcación en el sistema de conceptos materialistas.

Espíritu y materia son, pues, sistemas convencionales de conceptos, que sirven para describir los estados de conciencia presentes y pasados y predecir los futuros.

# Los "ismos" en la pintura contemporánea

Por FELIPE COSSIO DEL POMAR

## II

### IMPRESIONISMO

Si fuéramos a buscar un lugar para el impresionismo, en relación con su origen, sus métodos y su sentido evolutivo, lo encontraríamos en el último eslabón de las academias tradicionalistas, sirviendo de vinculación entre el clasicismo y el "Arte Moderno". Moderno por las circunstancias y la expresión de su sentimiento.

Vico, en un interesante libro, "Scienza Nuova", identifica la poesía con la fase primitiva de la historia del hombre. Esta identificación podríamos aplicarla al proceso genésico del impresionismo, identificándolo con la Historia del Arte. La primera forma, puramente imaginativa, es la metafísica del hombre que vive en relación puramente sensual con el mundo externo: arte primitivo. La segunda, intelectual y reflexiva, corresponde a la formación de las ideas y conceptos: clasicismo, impresionismo. La tercera es idealista, científica, esencialmente estética: Expresionismo, Simbolismo, Cubismo, etc.

Con el impresionismo se inició la bancarrota de la tradición académica y se trazó un cambio gradual en la filosofía de la belleza.

En la historia de la pintura marca el advenimiento de un estilo. Y ya es bastante decir en su honor. Como lo demuestra Reynolds en sus famosos discursos, durante el siglo XIX se hace notar la falta de finalidad en el desarrollo humano. Hasta fines del siglo XVIII cada período tuvo un estilo, bueno, obscuro o mediocre, no importa, pero que reproducía el pensamiento de los hombres. Luego parece que se cansaron de trabajar por encontrar formas originales y se contentaron con echar mano de los antiguos modos de expresión. Asistimos, entonces a la resurrección de estilos; vivimos de neo-gótico, de neo-clásico, etc., en un cómodo colectivismo, hasta el descubrimiento de la escena luminosa por los pintores ingleses, Turner y Constable; descubrimiento que ampliaron, metodizaron y completaron los impresionistas franceses.

Esta audacia interpretativa no surgió en el campo del arte sin antecedentes, como una explosión de rebeldía. Si fué posible su aparición y si triunfó gradualmente, fué porque los principios de la filosofía cartesiana, la decadencia de los instintos y la imaginación, superados por la razón, habían preparado el camino.

El Impresionismo, suprimiendo las más profundas conquistas del arte clásico, se convierte en escuela revolucionaria. Constituye una de las tantas revoluciones que vemos desarrollarse en la Historia del Arte. Cada generación al ampliar, cambiar o profundizar su sensibilidad, adopta un estilo que da el nombre al período: así tenemos el trecento, el cuatrocento, el renacimiento, el barroco, el romántico, el impresionismo y otros. Las revoluciones históricas comienzan manifestándose con chispazos aislados y luego van extendiéndose hasta inculcarse en el organismo de la civilización, transformándolo. Este es el carácter de la revolución impresionista. Presenta uno de los cambios periódicos que sufre el arte tradicional.

Aunque aparece proclamando nuevos métodos en la pintura, abriendo camino hacia otras posibilidades, repudiando abiertamente la tradición y las trabas con que las academias entorpecían la libre expresión, al establecer nuevos cánones,

tan exigentes como los repudiados, se convierte a su vez en otra serie de reglas, en un vano esfuerzo superficial, aunque adopte una posición más novedosa; concluye con los fondos sombríos y los artificios del claro oscuro en el atelier, deja el sombreado rembranesco a cargo de la fotografía y abre las ventanas de las escuelas para dejar entrar el aire vivificador. Transforma los colores en las paletas, elimina el negro, las tierras y los ocre.

El impresionismo cobra sobre todo importancia al iniciar un nuevo sentido realista, un nuevo procedimiento técnico para someter las terribles dificultades que hay para llegar a interpretar la vibración de la atmósfera en un día luminoso o penetrar en los velos grises de la niebla en los paisajes invernales. Pugna por hacer sentir y palpar el aire y el sol en la libertad de los campos, en la superficie de la tierra y el agua. Descubre en fin la luz en las sombras azules y violetas.

En estas características, que se refieren al lado técnico, estriba el principal mérito y la mayor gloria del Impresionismo.

Al analizar la obra de los pintores representativos de la nueva escuela, veremos cómo vivieron embriagados por la luz que descubrieron. En la naturaleza no quisieron ver más que un haz de colores prismáticos. Preocupados de la forma objetiva, esclavos idólatras del sol, hacían intervenir los ojos y las manos, sin preocuparse de la emoción. Por eso el impresionismo resume ante todo una conquista material. Si bien encerraba un anhelo espiritual, éste quedó ahogado por la preocupación mecánica de resolver problemas del oficio de pintor, sin lograr profundizar el sentido de la belleza.

Separando al hombre y su voluntad de su obra, el artista renuncia por principio a la composición, a la expresión personal. No es más que un intermediario entre la naturaleza y la humanidad. Y no es siquiera un intermediario: es la naturaleza aislada del factor subjetivo reflejándose, por un proceder mecanizado, en una obra pictórica que no es verdaderamente un cuadro sino una "impresión". Este naturalismo superficial condenaba a los impresionistas a no ser sino virtuosos de la pintura, cuando en toda obra de arte debe existir siempre la concordancia entre la naturaleza y el alma, una

relación de objeto a sujeto. La obra puramente objetiva resultará fría y estéril como la idea abstracta. Ni pura luz del pensamiento ni pura luz del sol.

\*

\*      \*

Si hoy perdura el impresionismo, es por su expresión directa de la vida de los seres y de las cosas, por el gesto de libertad artística que encarnó, tomando la naturaleza como un pretexto de luz y color.

Cuando en 1894 se hizo por primera vez una exposición con obras de los nuevos pintores, el público creó espontáneamente la palabra "impresionista", para mostrar su indignación y desagrado; y aquel vocablo tomado del título sugerido por Renoir a un estudio de Claudio Monet, llamado "Impresión", fué adoptado en forma despectiva por el bulevar, y así, por la primera vez quizás en la historia de la pintura, quedó bautizado directamente por el público el nuevo movimiento.

Esta primera exposición de "impresiones" convertía en hechos la sorda protesta de Delacroix, Ingres y Coubert contra la pintura doctrinaria. Se llevó la representación pictórica aún más lejos que la visión de los aldeanos líricos de Millet o las geórgicas cristianas y los viejos cipreses idealizados en los paisajes de Corot, que tanto indignaran a los adustos académicos.

\*

\*      \*

Nuestro estudio del Impresionismo constituirá, ante todo, un análisis de los métodos que descubrieron y de la maestría que desplegaron muchos de sus geniales cultivadores. Por la misma novedad de la fórmula, el inesperado ataque al idealismo clásico y a la pintura literaria, el nuevo "ismo" atrajo poderosamente la atención. Sólo se hablaba de Impresionismo, para alabarlo o denigrarlo. Se olvidó la expresión román-



tica y las búsquedas hechas por otros pintores geniales que se desarrollaban en la misma época: Corot, Millet, Courbet, Puvis de Chavanne, se convirtieron en sombras del pasado. Aún hoy perdura la tendencia a generalizar la palabra impresionismo para calificar todo lo nuevo y todo lo que presenta un carácter inesperado y personal.

Esta confusión se explica. El naturalismo surgía como el reflejo de un movimiento científico, pero su causa fundamental era social. Partía de la Revolución Francesa y se resolvía en el deseo de conquistar la realidad. Bajo la capa de las teorías y de los sistemas, bajo la movediza superficie de las aventuras y las costumbres, lo que persiste es el temperamento del hombre y sus anhelos. Lo que se persigue es el método para posesionarse del espíritu de la época en que vivimos y fijarlo en fórmulas universales.

El método que siguió el impresionismo consistía en la sujeción del pintor al mundo externo. No conocía otra cosa que el objeto y éste, a su vez, supeditado a la luz, perderá hasta su color personal. La luz regirá todo. Pondrá sobre la tierra y los cuerpos los reflejos de la hora, de las estaciones, del minuto impresionado por el pasaje del viento o la interposición de una nube. La corteza del mundo es una vasta vibración luminosa. El pintor se someterá a su dominio cada día más. Durante treinta años, una estricta disciplina prohibió al impresionista imaginar, componer, inventar, recurrir a los mitos o sacar temas de la historia. Su tarea se reducía a abrir las ventanas y copiar las calles, los transeúntes, los tejados, las torres. Los más grandes maestros serán los que mejor vista tengan y los que sepan aplicar el color con mayor maestría, interpretar el juego de la luz en la calle, en el taller en el campo, en las tabernas o en los bailes.

Esta fué la misión del impresionismo hasta sus postrimerías, hasta que de análisis en análisis, se metió en un callejón sin salida, de donde no pudo evadirse sino a girones, llevado en fragmentos por otros artistas; poetas como Seurat, documentarios como Degas, anecdóticos como Toulouse Lautrec.

La mayoría de los grandes pintores iniciados en la Escuela Impresionista, a quienes el impresionismo debió gran parte de sus conquistas, una vez convencidos de la limitación de

sus principios, de la esclavizante sujeción al miraje objetivo, lo abandonaron, convencidos de que el arte contiene más infinito y lleva en sí más ansia de infinito, que debe ser el acuerdo íntimo entre el hombre y la naturaleza.

Renoir, Cezanne, Gauguin, Van Gogh, Seurat, vivieron su período impresionista, a su contacto aclararon sus retinas y enriquecieron sus sentidos con un enorme tesoro de sensaciones directas.

Gauguin denunció al impresionismo como un nuevo dogma, y nos da la explicación de su alejamiento: "Los impresionistas estudian el color exclusivamente como efecto decorativo, pero sin libertad, conservando las trabas del parecido. Para ellos el paisaje como creación pura, no existe. Miran y se dan cuenta de la armonía, pero sin ningún fin. Construyen un edificio sin base seria, fundándose en la razón de la vista y no en el centro misterioso del pensamiento. De ahí que caen en los medios científicos. Son los pintores oficiales de mañana, tan terribles como los oficiales de ayer!" Y luego agrega: "El arte de estos últimos ha ido hasta el fin, ha producido y producirá obras maestras, mientras que los pintores oficiales del mañana están en una barca vacilante, mal construída e inconclusa. Cuando hablan de su arte, ¿a qué arte se refieren? Un arte puramente superficial, hecho de coquetería y materialidad. El pensamiento no existe en él".

Y al augurio de Gauguin se realizó. El impresionismo, basado en un realismo superficial, estaba condenado a desempeñar solo un papel de virtuoso de la pintura: no tuvo futuro: cumplió su período y murió, repartiendo su legado provechoso entre los Ismos sucesores. Antes de pasar adelante, veamos en qué consiste la técnica divisionista, empleada por estos pintores y su manera de usar los colores complementarios.

\*

\*

\*

En uso de los complementarios, colores opuestos colocados uno al lado del otro, lo inició Delacroix en los grandes trazos de sus briosas pinceladas, uniéndolos por medios tonos intermediarios.

El impresionismo suprimió estos medios tonos y redujo la pincelada a un toque mínimo. Primero la tela fué cubierta con pequeños trazos de colores cuadriculados, verdes, rojos, azules, amarillos, anaranjados, o violetas, para conseguir una ilusión óptica; la vibración de la luz. Estos pequeños parches de color van a veces separados por trozos del lienzo sin pintar, para ayudar la "impresión". Esto es lo que constituye la técnica divisionista.

El divisionismo cuenta también otros períodos y características.

Comenzó por usar el toque lineal, pequeñas pinceladas entrelazadas en forma de comas, que más tarde transformó Van Gogh agrandándolas en sus llamaradas de cromos sobre cromos y verdes sobre verdes, en una difícil yuxtaposición de gamas imperceptiblemente diferentes.

El "puntillismo" es otra manera adoptada por la técnica impresionista.

Como su nombre lo indica, consiste en pequeños toques, de colores opuestos, complementarios, aplicados con la punta del pincel. Este método, inventado por Signac, es un proceder minucioso que requiere más laboriosidad y paciencia que sentido artístico. Más tarde el genio pictórico de Seurat lo amplió representando aspectos manumentales de la vida, cuadros contruidos reciamente, con un amplio sentido decorativo. El pintor suizo Segantini también lo popularizó usando un colorido más convencional.

El sistema empleado para captar el motivo fué otra innovación importante que se debió a los pintores impresionistas. Fueron los primeros en plantar su caballete delante de la naturaleza para copiar lo que veían sus ojos.

Delacroix, como hemos dicho, fué quien encontró las leyes casi perdidas del contraste de los colores, pero arrastrado por su imaginación, sólo percibió el mundo objetivo: retenía en la memoria la imagen y luego la desarrollaba en su taller. Su pintura es una expresión literaria del universo. Courbet va más directamente hacia el hecho y lo expresa sin comentarios, pero con el mismo procedimiento. Millet, que busca el motivo al aire libre, se limitará a tomar apuntes, que transforma luego en la luz atenuada de su vivienda labriega. Corot

es indudable que tiene el sentimiento apasionado del espacio y de la luz, pero también pinta guiado por sus apuntes al lápiz o a la pluma.

\*  
\*   \*   \*

Del almácigo de pintores de talento que persistieron dentro de la preocupación naturalista, sólo unos cuantos nombres se salvaron: Manet, Monet, Pissarro, Sisley, Guillomin.

Los estudiaremos sucesivamente, ya que ellos encarnan los méritos del impresionismo, y sus nombres resumen el patrimonio de la escuela.

Sin la obra admirable legada por estos artistas se hablaría del impresionismo sólo como de una fórmula para pintar. Estoy seguro que al analizarla, comenzando por Monet, que por sus cualidades de pintor escapa a la clasificación dentro de los límites de la escuela, tendremos una justa idea de las cualidades y defectos del impresionismo.

Al iniciar Pissarro la pintura únicamente al aire libre, se vió rodeado por amigos y discípulos curiosos de ver la fidelidad con que se aplicaba a trasladar sobre la tela sus escenas campestres. Uno de los jóvenes pintores que rodeaba por entonces al maestro, allá por el año 1862, era Eduardo Manet, quien, a su vez, reveló a Pissarro su audaz manera de usar los colores.

Manet, que no pintaba con frecuencia fuera de su taller, es el primer pintor decididamente inspirado por Goya, el primero en aplicar un tono claro sobre otro tono claro, de reducir al mínimo los medios tonos, de ignorarlos a veces, de hacer casi desaparecer el modelo bajo placas yuxtapuestas, rodeadas de una línea muy firme pero recortada sobre un fondo sin sombras de relación. Las figuras quedan, así, recortadas como pedazos de cartón o de género de diferentes tonos, iluminados por el sol, como las pinturas primitivas. La luz de frente, difusa, destaca fuertemente los objetos en siluetas luminosas. Pintura cruda, violenta, intransigente, contraria a toda la rutinaria educación que se ha dado a la vista desde el Renacimiento.

Manet sin querer tiende hacia los orígenes del arte, establece una posición más nueva a fin de reanudar la tradición en mejores condiciones. Nacido en París, desde joven comprendió lo que había de estimable en la pintura de Ingres y Delacroix, pero su instinto de gran artista lo llevó más lejos: a los españoles de Goya y a los flamencos de Franz Halz.

Es en las cualidades máximas de estos dos pintores, donde se resuelve el genio de Manet. En la anecdótica pluralidad y la rica gama de empastes del español, y en la ausencia de temas, en la fogosidad de colores, en el gesto franco, sin vacilación, del flamenco.

Después de viajar por España, Manet encontró el camino. Conoció el principio de lo que debía ser el arte de pintar. Goya le inspiró aquella magia de los rosas sobre rosas, blancos sobre blancos. Manchas vibrantes como ramos de flores, construida con los mayores contrastes, pero donde los tonos claros se enlazan con igual armonía. Es como una frasada hecha con pedacitos de tela de color diferente, todos claros. Se pasa de un trozo al siguiente sin transición, sin continuidad.

Cuando pinta una cara, los ojos, la nariz, la boca, solo tienen importancia como contraste de color, lo mismo que si se tratara de un libro rojo sobre un tapiz verde, el rosa de la corbata sobre la levita negra, las listas azules en la sobrecama amarilla, o un personaje vestido de rojo sobre el fondo gris de una colina.

Todo es tratado por el pintor como naturaleza muerta. El mundo es un inmenso bodegón, un poco disperso, bañado con todas las audacias, los esplendores y rutilancias del sol.

Como Goya, su retina supo ver la vida con capacidad de pintor. Supo interpretarla buscando la emoción plástica, descubriéndola en los teatros, en los bailes, en los simples incidentes de la vida cotidiana. Al arte de Manet no puede dársele las cualidades de profundidad filosófica, el misterio y el estilo de Goya, ni siquiera en estas cualidades podría compararse con el de Constantin Guys, que también supo en esa época ver la luz del sol, pero encierra más audacia y más actualidad para nosotros, ya que refleja la acción sobre su época tanto como la reflejara el maestro Goya.

Esto en cuanto al primer período del pintor, la época de su gran pintura límpida, fresca, brillante y dura como cerámica.

Por ser ante todo "pintura", la posteridad califica hoy a Manet entre el grupo de los impresionistas, con quienes colaboró.

A Pissarro reveló la pintura franca, sin sombras, y éste a su vez, con su ejemplo, le mostró que pintando al aire libre se suprime involuntariamente el contorno de los objetos y el modelado se convierte en multitud de reflejos cambiantes, donde la forma es flotante e imprecisa.

\*  
\*       \*  
\*

Cuando Pissarro llegó a París, desde las Antillas danesas, donde naciera, con el propósito de desarrollar sus conocimientos en la pintura, al contacto del arte francés no tardó en caer bajo la influencia de los pintores que preparaban el advenimiento de la pintura contemporánea. Como todos los principiantes de entonces, fué arrastrado por las tendencias de dos grandes pintores: Corot y Courbet, convertidos en ídolos por la juventud.

Sus primeros trabajos muestran plenamente esta influencia. Sus temas y su técnica reflejan de tal manera su admiración por Courbet, que en muchos cuadros llega a confundirse con la personalidad del maestro. Pero no tardó en despojarse del ropaje ajeno y adquirir una expresión propia de su visión.

Como Delacroix y como Monet, al visitar Londres, sufrió la influencia de Turner y Constable. Quizás desde entonces sus cuadros fueron ganando en luminosidad y fué cambiando de técnica a medida que la nueva percepción del color requería otros métodos de expresión. Algunos retratos de niños atestiguaban cómo fué ganando en delicadeza al aplicar los pequeños toques de color.

Sus últimas obras demuestran que pintar para Pissarro, era emplear un medio de acuerdo con el fin que se proponía. Su técnica se hizo más compleja y sutil a medida que su per-

cepción se profundizaba. Muchas veces la fuente de su inspiración sobrepasaba los medios de expresión, y entonces se afirmaba su dominio, pues triunfaba allí donde otros hubieran fracasado.

Su honradez profesional no admitía concesiones, huía de la gracia fácil, del arte superficial que contribuyó tanto al éxito de otros impresionistas.

Pissarro no se conformaba con pintar solamente los aspectos de la luz y los efectos de la atmósfera; quería penetrar más hondo en el alma de las cosas. Esta era la esencia de su carácter. Al contrario de la elegancia de estilo que tuvo Sisley o Renoir, Pissarro usaba un realismo severo, tenía un sentido humano de la realidad y de la solidez de las cosas. Por lo mismo al público, apenas acostumbrado a las sensiblerías neo-románticas de Corot y Millet, le fué difícil reconocer el sentimiento que animaba sus paisajes y figuras. Tardó mucho en descubrir la vida real que palpitaba en los personajes que escogía para sus cuadros. Los trabajadores del campo los reviste de naturalidad, sus actitudes trasuntan la tarea diaria. De pie, descansando ante la cabaña labriega, parecen inclinarse sobre un arado invisible; las campesinas están lejos de las pastoras gongorinas y de la lírica actitud de los campesinos de Millet. No por esto sus cuadros del campo son mejores que sus escenas de París. Nigún pintor, ni el mismo Manet, lo superará en transplantar esa sensación de verdad al interpretar los grises rincones otoñales de Montmartre, la luz y la atmósfera con que pintara los jardines, las villas, y el trajinar en los suburbios. Su sentimiento profundo de artista no podía ser expresado con esa facilidad superficial, con ese despliegue de habilidad que más tarde mostraron sus colegas.

Esta importancia espiritual que se desprende de la obra de Pissarro, la salva de ser envuelta en la fugacidad de los Ismos. La pone a salvo en el naufragio del impresionismo como escuela. Mientras ésta terminó su misión, puso un punto final al ciclo de sus experimentos técnicos, arrastrando en su caída a los que solo vieron en sus teorías un modo de expresar la realidad, los verdaderos artistas de la Escuela, como Pissarro, se salvaron por el sentimiento que supieron poner en sus interpretaciones.

Consentida o involuntaria, su lealtad con el impresionismo es meritoria. Podía haber encontrado campos más vastos y haber usado más libremente de sus facultades, pero prefirió permanecer, sin inquietudes, en su propia creación.

El arte de Pissarro fué el eslabón entre el impresionismo y el neo-impresionismo. Con su contacto sacaron provechoso ejemplo muchos grandes pintores que prolongaron sus innovaciones aun más allá del neo-impresionismo. Su actitud de artista fué simple y sincera. No tuvo otro fin que la expresión de su amor hacia la naturaleza por todos los medios posibles. Cuando un artista rechaza los procederres artificiales, como la habilidad, la gracia y hasta la excentricidad, entonces tiene que apoyarse enteramente en sus cualidades mentales de carácter y sentimiento.

Esto es lo que refleja el arte de Pissarro: una quieta belleza, la verdad expresada después de una madura meditación. Por eso, para poder apreciar un cuadro de Pissarro, hay que detenerse a considerarlo, estudiarlo con tranquilidad de espíritu. No tiene ninguna de esas cualidades tan efectistas de las exposiciones modernas, que atraen la mirada del visitante y lo cautivan fugazmente por los sentidos.

Huysmans, en 1881, escribía sobre Pissarro esta justa apreciación, al criticar una de sus obras: "Ha encontrado la nueva fórmula buscada hace tanto tiempo y la ha realizado plenamente. El verdadero campo ha salido al fin de ese compuesto de colores finos, en esta naturaleza bañada de aire, en su gran calma, en la plenitud serena que desciende con el sol sobre la tierra . . . ¡Qué ejecución nueva, diferente de la de todos los paisajistas conocidos! ¡Qué originalidad resulta de los esfuerzos combinados de todos estos primeros luchadores del impresionismo, de Claude Monet, de Sisley, de Paul Cézanne, ese valeroso promotor de esta fórmula! . . . De cerca, el trabajo de Pissarro es un trabajo de albañil, una mezcla rugosa y bizarra, un revuelto de colores de todas clases. Cubre la tela de tonos lilas, amarillo de Nápoles, de carmín y de verde. A la distancia, es el aire que circula, es el cielo que se limita, es la tierra que fermenta y bulle".

Cronológicamente, es uno de los más antiguos pintores impresionistas, quizás el primero, en aplicar la técnica divi-



cionista; por lo mismo, fué el último en alcanzar la consagración. Pissarro formó parte de los artistas incomprendidos, y porque tuvo que afrontar lo más rudo de la pelea para implantar las nuevas teorías a un público reactivo y agresivo, arrastró una vida miserable. En 1874, escribía Monet: "Estoy en las últimas, es como para volverse loco".

Estas palabras compendian su tragedia. Cuando tenía más de sesenta años, comenzó a ganarse la vida. Sólo entonces consiguió dar comodidad y sustento a su numerosa familia y extender con tranquilidad el horizonte de su cultura.

Sus mismas cualidades le hicieron merecer la hostilidad del público. He aquí unas notas elocuentes extraídas del diario de un aficionado:

"He estado hoy en tres exposiciones: la de los simbolistas, la de los impresionistas y la de los llamados neo-impresionistas; he mirado todos los cuadros con mucho cuidado y concienzudamente, pero todos me han producido igual estupor. La más comprensible de las tres exposiciones me pareció la de los impresionistas. Sin embargo, allí ví obras de cierto Camilo Pissarro, cuyo dibujo era tan indeterminado, que no había modo de saber hacia qué lado estaban vueltas una cabeza o una mano. Los asuntos eran, generalmente, "efectos": *Efecto de Niebla, Efecto de Tarde, Sol poniente*. En el color dominaba el azul y el verde intensos. Cada cuadro tenía su color especial del que estaba, por decirlo así, inundado. En la "Niña que guarda ocas", el color especial era el verdín, y por todas partes había manchas de ese color, en el rostro, en el pelo, en las manos, en los vestidos. En la misma galería había otros cuadros de Puvis de Chavannes, Manet, Monet, Renoir, Sisley, Redon, todos impresionistas. Uno de ellos había pintado de perfil una cara toda azul. He visto también una acuarela de Pissarro hecha con manchitas de diversos colores. Es imposible ver el color general ni acercándose ni alejándose del cuadro".

Leyendo estas líneas, anotadas por Tolstoy en su libro "¿Qué es el arte?", como un argumento aplastante contra el impresionismo, nos damos cuenta de las dificultades que tuvo Pissarro para imponer su pintura. Su carácter recto rechazaba ese despliegue de propaganda, la vida ostentosa y vana que

llevan muchos de nuestros pintores modernos; prefirió permanecer ignorado del público.

Muchos años después de su muerte se comprendió el arte de Pissarro y se le hizo justicia. Se reconoció su intenso amor a las cosas de la naturaleza. Había algo de pagano en su amor a la tierra. Para él la vida se encontraba al aire libre, bajo la luz del sol, bajo los cielos nebulosos, en las callejas retorcidas, en la vejez galana de las catedrales góticas o en las modestas torres de las pueblerinas iglesias reflejándose en las aguas de un riachuelo.

\*  
\*   \*  
\*

Siempre que se recuerda al impresionismo, el nombre de Claudio Monet tendrá que ser pronunciado.

Un vasto despliegue de retórica se ha hecho sobre el nombre de este artista. Para muchos es el más grande pintor de la época y el genuino representante de la nueva Escuela. A Monet le corresponde con justicia el título de precursor. Fué el primero en descubrir la luz del sol; enseñó a diferenciar la luz de la aurora de la luz del crepúsculo; a distinguir en la pintura, entre el sol de verano y el sol de invierno; el sol de primavera y el de otoño. Inició en el impresionismo la división de tonos como la había planteado Delacroix.

Tomando en bloque la obra de Monet, la comprendemos y apreciaremos mejor, ya que en los cientos de cuadros que ha firmado no se puede señalar la obra maestra que presente con ventaja las cualidades de su pintura.

Para completar una opinión sobre Monet, que nos ilustre a su vez sobre el impresionismo, escojamos la que patentiza, con un carácter más general, sus facultades artísticas, la que es más representativa por sus dimensiones y por la importancia del esfuerzo desplegado, donde su maestría se afirma con mayor evidencia y es más elocuente la expresión de su poética: "Las Ninfas".

El gobierno francés, para hacer honor al legado que le hiciera al morir el pintor impresionista, construyó en los jardines de las Tullerías, un pabellón para albergar dignamente

estas vastas decoraciones. Allí, en una sala construída con una arquitectura de acuerdo a la forma y dimensión de los lienzos, con luz mesurada, se pueden apreciar "Las Ninfas" en su justo ambiente.

Para aquellos que no admiran el impresionismo de Monet, y no sienten ninguna emoción ante las catedrales, las marinas, los jardines soleados o las tardes brumosas, tendrán que reconocer, ante estas decoraciones, un esfuerzo sobrehumano de realización. Por más que Monet no haya podido alcanzar la altura de lirismo que se proponía ejecutar en su gran poema, se evidencia tanto la fe que tenía en su poder técnico, que sólo así, por el dominio de su oficio, logra despertar nuestra admiración. Su fuerza de ejecución equivale a una hazaña, mostrándonos con la delicadeza de su retina de pintor, féricos efectos de la naturaleza.

"Las Ninfas" representan diversos aspectos de su famoso jardín de Giverni donde pasó sus últimos años trabajando infatigablemente.

En estos lienzos gigantescos, Monet trata el paisaje con visión panorámica, a la manera de los japoneses. Esta originalidad databa de hacía cuarenta años, cuando el dibujo de Hokousai, Kionaga y otros, habían popularizado en Francia las estampas primitivas.

Los artistas nipones ejercieron en Francia una influencia siempre creciente, palpable ya en el estilo Luis XV, que fué cobrando cada año mayor importancia desde mediados del siglo XIX. Desde Ingres, a quien le complacía sobremanera la poética ingenuidad de sus temas. Esta influencia se acentuó al través de Guys, Manet, Degas, Loutrec. Monet lleva a cabo la occidentalización definitiva del paisaje japonés. En "Las Ninfas" el primer plano no existe y la línea del horizonte está en el cielo. El esquema oriental disperso, indefinido en el espacio, lo resume Monet en la impresión del tiempo. Cuando la imagen japonesa es inmutable y hierática en su fondo de oro o añil, bajo el pincel de Monet es múltiple y variada. El lago de "Las Ninfas" refleja las estaciones, las horas, los minutos; el agua es un arabesco de gamas azules y verdes, cobaltos y veroneses, salpicados de puntos rosas y blancos, que se tiñen de violeta, naranja y oro, según la coloración del cie-

lo y de las nubes. Los arbustos, el ramaje, los nenúfares, las náyades de cabellera vegetal, armonizan en la tristeza crepuscular. Nada es definido en la escena; todo es movable, cada instante cambia de forma y de volumen; el observador se hace la ilusión de sorprender la transfiguración de la luz al través de las ramas de los sauces opalinos.

Monet en este cuadro incurrió en el sofisma de agigantar las modestas proporciones del cuadro de caballete, para revelarse un maestro obrero, realizando una obra gigantesca. Imaginemos una superficie de cincuenta metros de tela cubierta con pequeñas pinceladas, aplicando el método divisionista que ya hemos explicado. Unos colores chocan con otros vistos de cerca, pero a la distancia presentan un conjunto armonioso, rutilante, como el esmalte de las cerámicas persas.

Este dominio del oficio, llevado hasta lo milagroso, fué lo que más hizo admirar el arte de Monet.

\*  
\*   \*   \*

Otros pintores impresionistas de mérito podríamos estudiar; Sisley, el poeta de las fiestas sobre el agua, los cielos tristes preñados de tormenta, la molecular vibración del espacio uniforme y gris. También podríamos estudiar la gracia de Berta Morizot y otros. Pero basta con los artistas que hemos comentado para darnos una idea de la justa importancia que tuvo el impresionismo.

Reconozcamos su labor meritoria al cumplir una etapa necesaria para ponernos en contacto con el realismo optimista, y poder reconquistar la alegría sensual perdida.

Preparó nuestra supersensibilidad. Enterró definitivamente cien años de romanticismo, nos sacudió del trágico desengaño de Shopenhauer, de la música verdiana, del desesperado misticismo de Tolstoy y los novelistas rusos. Y si no fué más lejos en su misión, es porque el arte obedece a principios humanos y profundos que no pueden limitarse entre las fronteras de un fórmula.

# Del Simbolismo a la "Poesía pura"

Por ANGEL J. BATTISTESSA

## II

### SIMBOLISTAS Y DECADENTES

*El exilio del poeta. Arte y misticismo. Poesía y música. Un verso de Mallarmé y algunas manifestaciones de Bergson*

Contrariamente a un concepto bastante difundido por los manuales y obras de divulgación, el Simbolismo no fué una escuela literaria. Es este un punto de vista que hoy empieza a imponerse no sólo en algunos manuales, sino también en libros de pretensiones críticas más acentuadas.

"El Simbolismo es menos una escuela que un conjunto de tendencias —anota René Doumic al iniciar el capítulo pertinente en su difundida *Historie de la littérature française* (1). Y André Fontainas hace lo propio en su *Tableau de la poésie française d'aujourd'hui*, expresándose en estos términos: "El Simbolismo, cuyo nombre ha sido puesto en boga alrededor

---

(1) 44ª edición. Paul Mellottée. Paris. s. d., pág. 587.

de 1885 o de 1890, no ha revestido nunca los caracteres de una escuela. Por el contrario, en ninguna agrupación literaria la libertad ha sido más completa" (2).

Pero no basta, al modo de los autores citados, limitarse a dejar constancia de ello. Es preciso explicar las causas que le han restado al Simbolismo esos rasgos que por lo general distinguen a las escuelas literarias.

Ya se advirtió en la clase de introducción a este curso lo relativo y, en buena parte, arbitrario que suele ser con frecuencia el sobredicho concepto de escuela (3). La alusión a una actitud gregaria, tan claramente implicada en este término, ¿no empieza por estar en contradicción manifiesta con esa nota de singularidad o de individualidad estéticas que es siempre, aun dejando ancho margen para toda suerte de influencias, el sello distintivo y característico de cualquier obra certamente realizada? En cuanto los simbolistas prolongaban no pocas modalidades de los románticos ("hermanos enemigos", como los llamábamos vez pasada), ya se comprende que los poetas del nuevo credo no podían avenirse, por lo pronto, ni con recursos expresivos predeterminados, ni con fórmulas despóticamente impuestas.

Pero la causa que de modo más recio vedaba a los simbolistas todo recíproco acercamiento con carácter de típica agrupación literaria es aun más profunda, menos evidente y, si se soporta el término, en apariencia algo excesivo, casi diría filosófica.

Siempre gustaron los simbolistas desentenderse de la apariencia inmediata de las cosas, para atender, como místicamente replegados sobre sí mismos, al sortilegio de sus panoramas interiores. Todos o casi todos sus esfuerzos artísticos no tendían a otro propósito que no fuese la fijación poética de la tonalidad peculiar de cada uno de sus momentos emotivos. Ahora bien; esos momentos son necesariamente distintos en cada uno de nosotros. Puestas frente a un mismo claro de luna, dos personas han de comportarse, en cuanto a la calidad de sus impresiones, en forma en verdad muy distinta. Poco importa que

(2) Obra citada. Ediciones de *La Nouvelle Revue critique*, París, 1931, pág. 33.

(3) *Del Simbolismo a la "poesía pura"*. Introducción: Lo plástico y lo musical; de Gautier a Verlaine. *CURSOS y CONFERENCIAS*, año 2. N° 10, Buenos Aires, abril 1933.

el estímulo que suscite tales impresiones sea idéntico, o que la capacidad receptiva de tales personas sea muy aproximada o equivalente: el resultado, más allá de algunas similitudes — en sí mismas desdeñables aunque por lo general son aquellas a las que solemos estar más atentos en ese juego de convenciones que llamamos "vida de relación" —, señalará siempre un como residuo individual singularísimo. En uno y otro caso, profundamente atesorada en los repliegues de la memoria o en las penumbras de la subconsciencia, la diversa vida espiritual de cada una de esas personas habrá matizado, también de manera diversa, sus particulares reacciones emotivas.

Al poeta, entendían los simbolistas, le es preciso atender, y de modo preferente, a ese residuo individual irreductible. Sus medios expresivos deben disfrutar, en consecuencia, y por lo menos en principio, de una flexibilidad tan adversa a cualquier norma como enemiga de todo ritualismo.

Víctor Hugo había declarado, ya desde los comienzos del siglo XIX, la necesidad de asentar el principio de la libertad artística como base primera de toda realización literaria. Pero, transposición más o menos directa de ciertos modos propios del liberalismo subsiguiente al movimiento de la Revolución francesa, ese concepto de la libertad artística antes estaba emparentado con el que figura en el texto de la Declaración de los derechos del hombre que con el que es propio de una terminología estricta.

De ahí que ese mismo concepto de la libertad en el arte antes de aspirar hacia una significación absoluta, sólo implicaba el hecho, sin duda considerable, de haberse liberado los poetas, no ya de toda traba y ritualismo artísticos, sino más bien de las trabas y convenciones hasta entonces imperantes. Era una libertad que, al fin de cuentas, venía a quedar reducida poco, menos que al derecho de rechazar ciertas fórmulas para verse luego en la precisión de admitir otras nuevas. Desde 1830 hasta el advenimiento del Simbolismo, todas las revoluciones literarias se habían limitado a cambiar las cadenas del cautivo, sin contar que generalmente — para decirlo con un aserto de Remy de Gourmont — era por otras más pesadas que solía mudarlas la dolorosa ingeniosidad de los

innovadores (4). Si queremos comprobar la exactitud de la afirmación apuntada, ello no ha de ser difícil, bien que necesitemos apoyarnos, ya sin la cómoda ayuda del crítico, sobre los datos de nuestras propias observaciones o en el recuerdo de nuestras viejas lecturas.

Ese grito de ¡libertad!, proferido por los románticos ante las barbas, o — para ser más precisos — ante las pelucas de los neoclásicos, pronto les había permitido manumitirse del tiránico formulismo dieciochesco. Adiós, a partir de entonces, todos aquellos finos y quebradizos primores del rococó literario, el aparato mitológico a la graciosa y acompasada manera de Versalles, los alejandrinos simétricamente bipartidos, y con éstos, no escasa parte de la bien ceñida prosodia malherbiana. Liberación sólo aparente, sin embargo. En la urgencia de la lucha, en la necesidad de concertarse para ganar la batalla, ¡cuántos compromisos — es decir, cuántas obligaciones — no habían contraído los románticos! Su libertad, si bien se considera, era por cierto una libertad complejamente condicionada. Obligación de empeñarse, en primer término y por espíritu de partido, en hacer precisamente todo lo contrario de la casi totalidad de los antecesores. Insistir, hasta los márgenes del impudor — y por momentos más por consigna de escuela que por apremiante necesidad íntima — en toda suerte de efusiones sentimentales (5); dislocar, aunque siempre so pretexto de mayor o de más sutil armonía, el acompasado verso de la tragedia de tipo raciniano; propender a la colorida promiscuidad del vocabulario, y no inquietarse en exceso por la sintaxis, supuesto que el autor — como todo francés "selon les règles" — la tuviese bien sabida. A su vez — ¡qué iban ellos a ser menos! — también los parnasianos profieren idéntico grito libertario, para disfrutar, ya desde el comienzo — 1852 — de una especie de doble Marsellesa:

(4) *Le chemin de velours* (Nouvelles dissociations d'idées). Paris, Mercure de France, ed. 1928, pag. 221. La primera edición de este libro data de 1902.

(5) "Viva el melodrama" solía exclamar Alfredo de Musset en resuelto son de guerra. ¡Y qué contradicción sin embargo! Hoy, a cien años de distancia, sus *comédias y proverbs* aún nos ofrecen, por virtud del intenso pero recatado lirismo de sus diálogos, gratos pero muy gustosos ejemplos de obras escénicas para público restringido, modelos casi irremplazables de "teatro de cámara". La mejor prueba de ello puede ser disfrutada en París, en el mismo recinto de la "Comedia Francesa", cuando intérpretes como Heleno, Perdrière, Berthe Cerny y Georges Le Roy representan piezas del tipo de *Un crime*.



*L'Art*, de Gautier y el Prólogo, de Leconte de Lisle a sus *Poèmes antiques*. En esta oportunidad, el adversario — “con la vara con que medís seréis medidos” —, en apariencia al menos, era el grupo romántico. Obligación, pues, por ineludible contraste, de desdeñar las expansiones del yo — y en esto sí que la reacción era en verdad antirromántica. No así en el resto, que precisamente sólo importaba un aumentarle el peso a varias cadenas ya conocidas: despliegue de colorines exóticos, intensificación de la nota descriptiva, acentuación del prestigio plástico del verso, rico y profuso campanilleo de rimas...

Cuando por fin llegó también para los simbolistas el momento de entonar su cántico liberatorio, ese mismo grito de libertad ya no estaba muy lejos de asumir — o de pretender asumir — una significación casi plenaria.

En principio, según acaba de advertirse, entre unos y otros poetas — antes unidos por la comunidad de sus preocupaciones estéticas que por la identidad o similitud de sus maneras literarias — ningún compromiso previo. Entre unos y otros, ningún pacto de escuela. Cada artista no aparece sino como abandonado a sus propios recursos o a sus más personales iniciativas.

Y se explica. Puesto que cada poeta simbolista aspiraba a la expresión de “momentos del alma” en un todo singulares, puramente cualitativos, no mensurables, y por tanto sin posibilidad de comparación o equivalencia, cada uno de esos poetas veíase en la precisión — en la precisión teórica, por lo menos — de inventar en cada caso una forma propia para expresar un contenido propio, y bien se sabe en qué pobre medida aún pueden parecer valederos los viejos distingos retóricos de fondo y forma.

La razón de ello podemos encontrarla, aunque la terminología del texto sea ligeramente abstrusa, en estas palabras del citado Remy de Gourmont: “El Simbolismo podrá (e incluso deberá) ser considerado por nosotros como el libre y personal desarrollo del individuo estético dentro de la serie estética, y los símbolos que imagine o explique serán imagi-

nados y explicados según la concepción especial del mundo morfológicamente posible a cada cerebro simbolizador" (6).

He aquí entre otras muchas, aunque esto ya no lo señale el crítico mencionado, una de las razones profundas de ese recurso tan característico y durante mucho tiempo tan fuertemente discutido del simbolismo: el empleo, por buen número de sus representantes, del llamado verso libre. ¿Qué mejor arbitrario prosódico que un ritmo infinitamente plegable y sin sonsonetes de periodicidad previsible podía convenir a un esfuerzo expresivo que no era otra cosa que un intento de hacer cantar en palabras la tácita fluencia del más profundo y auténtico vivir de la criatura humana? Para el poeta simbolista cuya postura difusamente mística ya queda señalada, un poema era, cuando no una tentativa de sondeo en dirección a lo absoluto, sí, por lo menos, una manera de anegarse, grata o angustiosamente, en las "mismas vivas aguas de la vida", expresión que uno atribuiría a Bergson, y que es sin embargo de Santa Teresa de Jesús.

En principio, por estar vuelto hacia la expresión de lo inefable, el Simbolismo aparece, pues, postulando una plenaria, una absoluta licencia de ideas y de formas. Todas las sutilezas de la alusión, toda la magia de los recursos evocativos — únicos capaces de suscitar la presencia, siquiera fantasmal, de aquel transmundo de lo inefable —, todas las argucias metafóricas, todos los rodeos, todas las aproximaciones, todos los símbolos tenían que parecer no sólo plausibles sino también necesarios. "La poesía — ha podido hacer notar Paul Valéry, uno de los pocos que ha sabido aprovechar, multiplicándolas o transformándolas, algunas de las ricas posibilidades del Simbolismo — sería algo imposible si se constriñese al régimen de la línea recta. Se nos enseña: *decid que llueve, si queréis* decir que llueve. Pero la misión de un poeta nunca es ni puede ser la de advertirnos que llueve. No es necesario un poeta para persuadirnos que salgamos con paraguas. ¡Fijáos en que se convierte Ronsard, en qué se convierte Hugo, en qué se convierten el ritmo, las imágenes, las consonancias, los más hermosos versos del mundo, si sometéis la poesía al sistema *¡Decid que llueve!* Sólo por una confusión grosera de géne-

(6) Obra citada, págs. 221-222.

ros y momentos se puede reprochar al poeta sus expresiones indirectas y sus formas complejas. No se advierte que la poesía implica una decisión de cambiar la función del lenguaje" (7).

¿En qué puede consistir este cambio de función a que alude el autor citado? Pues, sencillamente, en potenciar ciertas esquivas posibilidades de ese mismo lenguaje: aquellas que por lo común nos parecen desdeñables mientras sólo conferimos a la palabra la cómoda ventaja de servirnos a manera de puente banal para nuestras comunicaciones cotidianas. Dejando para más adelante, para cuando lo veamos directamente reflejado en los textos, el estudio particularizado de este arduo problema en que lingüística y estética marchan tan de la mano, no es ocioso recordar que el mayor énfasis del esfuerzo de los simbolistas tendía a acentuar la capacidad expresiva y en particular evocativa de la palabra, en detrimento, a veces, de su mera función de vocablo inteligible y con desmedro, en consecuencia, de lo que corrientemente suele llamarse claridad (8). En esos años del Simbolismo, el viejo, el siempre renovado conflicto entre ambas maneras de emplear el lenguaje humano — prosaico utilitarismo o lírico disfrute — ha conocido, sin duda, una de sus crisis más intensas, uno de sus climas más extremados y fuertemente apasionantes. Sin que sea posible, a causa de numerosas fluctuaciones y explicables interferencias, poder determinar dónde y cómo empieza el contraste, en todos los tiempos ha sido dado observar estas disensiones, estos antagonismos y choques entre el uso social y el uso personal del lenguaje, entre la fórmula admitida y con frecuencia reclamada por el ritualismo verbal de la mayoría y el habla necesariamente personal, y en cierto modo anárquica, del poeta.

Siempre tan empeñados en concertar en palabras la intangible arquitectura del propio ensueño, o en hacer cantar en ellas lo inefable de las emociones más íntimas, los simbolis-

(7) *Propos sur la poésie*, en *Conférence*, año 22, N° 22, pág. 471. París, 5 de noviembre de 1928.

(8) Los mismos lingüistas (que en esto como en el estudio de diversos aspectos de actividad expresiva han marchado a veces muy a la zaga de algunos poetas, por haber superado, siquiera en parte, los prejuicios de la pertinaz gramatiquería logicista, desde hace cierto tiempo también ellos saben estarse juiciosamente atentos a ese sutil y apasionante problema de las posibilidades significativas y sugestivas de los vocablos. Así F. Paulhan en su libro *La double fonction du langage* (París, 1929); así parecidamente muchos otros autores.

tas no hacían, pues, sino extremar, en un determinado momento de la historia de las literaturas, el eterno ademán de los verdaderos poetas.

No es difícil — y esto también será estudiado a su debido tiempo — sospechar, junto con las ventajas, los riesgos, con frecuencia más aparentes que reales, del señalado empeño: oscuridad expresiva, hermetismo, incomunicabilidad de la obra poética, etc.

Mucho antes de que los efectos de ese extremismo expresivo se hicieran evidentes, y con ribetes de escándalo, en tendencias nihilistas como la propugnada por el grupo Dadá, del que tampoco dejaremos de ocuparnos en una conversación próxima, ya desde el seno del Simbolismo no faltó alguien que se percatase de dichas limitaciones y peligros. "El arte personal — anota de Gourmont en otro pasaje de su *Chemin de velours* — el arte personal, que es el único arte, es siempre casi incomprendible" (9).

No obstante ser tan distintos entre sí, si es que nos referimos a lo estrictamente poético, no por ello dejaron los simbolistas de manifestar algunos rasgos comunes, que ahora, aunque más no sea por razones de comodidad, nos permiten aludir a esos escritores como a componentes de una inconfundible familia de poetas, héroes más o menos gloriosos de una batalla estética inconfundible entre las de fines del siglo pasado: "la batalla simbolista", para designarla casi a la manera de uno de sus participantes distinguidos (10).

El artista, más allá de sus preocupaciones de escuela, de sus intenciones partidarias, o de su credo literario, procede siempre, en último extremo — y según Baudelaire ha acertado a señalarlo en términos precisos (11) — sólo de dos maneras. O dice — con la presuntuosa modestia de tanto pretendido realista: "Quiero representar las cosas tales como son, o tales como serían suponiendo que yo no existiese". O bien deja de postular esa discutible concepción del Universo sin

(9) Obra citada, pág. 223.

(10) Aludo al poeta Ernest Raynaud y al título de una de sus obras: *La mêlée symboliste*, tres tomos de recuerdos y referencias críticas editados por *La Renaissance de France*, París, 1918-1923.

(11) En uno de sus estudios más notables, *L'œuvre et la vie d'Émile Zola*. En la reciente edición de los escritos del poeta *La Pleiade* (N. R. F.), reproduce cuidadosamente el ensayo citado, que data de 1863: *Baudelaire, Oeuvres*, París, 1932. Cit. II, págs. 303-304.

el hombre, para declarar por otro lado, y sin perjuicio de adherir a las más diversas banderías estéticas: "Quiero iluminar las cosas con mi espíritu y proyectar su reflejo sobre otros espíritus".

Los simbolistas (¿será preciso decirlo?) cuentan entre los más animosos representantes de esta segunda categoría de artistas, y de ahí que si pasamos a considerarlos históricamente, es decir con particular referencia a un determinado momento de la literatura francesa, empezaremos por verlos en digno y áspero conflicto, tácito o declarado, con tendencias filosóficas o con preocupaciones expresivas que por entonces, sólo atentas al logro de una objetividad no menos discutible, hacían gala de desentenderse de ese módulo de singularidad que supone siempre la peculiar personalidad de cada artista, vario y a veces espléndido matiz humano, imprevisible y secularmente renovado, en el que vienen a quebrarse, contradictorios y como sobre un juego de espejos, las aristas y los perfiles del mundo.

Ya desde las postrimerías del siglo XVIII, en 1781, Kant, en su *Crítica de la razón pura*, había establecido cómo, por el hecho de hallarse férreamente condicionadas por las formas de tiempo y espacio, las nociones que proceden de la actividad de la razón especulativa no logran ir más allá de lo fenoménico. Lo nouménico — para hablar momentáneamente en jerga profesoral y cómoda — lo absoluto está más allá de sus posibilidades y alcances.

En adelante, a pesar de la *Crítica de la razón práctica* del mismo Kant, o de los grandes sistemas filosóficos románticos, como las distintas variaciones del eterno tema idealista, que tanto ilustraron Hegel, Fichte y Schelling, la disolvente dialéctica kantiana no tardaría en hacer gravitar lo más de las ideas del siglo XIX hacia modalidades filosóficas adversas en un todo a la especulación metafísica, y, en primer término, hacia el positivismo, ya sistemáticamente formulado, en lo que va de 1830 a 1842, en el *Curso de filosofía positiva* de Augusto Comte.

Lo propio, de manera más o menos correlativa, había ocurrido en el dominio de la literatura. A pesar de la intensa ráfaga de difuso idealismo que en su hora, y desde los

albores del siglo, había acompañado a los grandes románticos, las letras francesas no tardaron en cercenar poco a poco la antigua vastedad de ese dominio, para complacerse, salvas las excepciones, en la mera notación esquemática y realista del mundo circundante. "Hasta Mallarmé y desde Balzac, con el correr del siglo la literatura había vivido de inventarios y descripciones: Flaubert, Zola, Loti, Huysmans. Mallarmé es el primero que acertó a colocarse frente al mundo exterior, no como delante de un espectáculo, o como frente a un tema de composición francesa, sino como frente a un texto, con esta pregunta: "¿Qué significa eso?" (12).

No entra en los propósitos de la conversación de esta tarde, ni es cosa que importe para su mejor desarrollo, emprender ahora una crítica ajustada y minuciosa del positivismo. Otros la han hecho, y bien está. Pero lo que aún no se ha recordado suficientemente al estudiar el movimiento simbolista es el eco contradictorio que esa repulsa por lo metafísico llegó a despertar, de rechazo, en no pocos espíritus de la época.

Sería torpe pretender negar con ademán de condenación plenaria las ventajas perdurables que el positivismo aportó a ciertos aspectos de la actividad intelectual, a la ciencia en su sentido más ceñido y en sus aplicaciones prácticas. Es evidente, sin embargo, que buen número de argumentos pregonaba ya entonces, y de modo ostensible, los límites, tan pretenciosos como timoratos, de ese científicismo groseramente satisfecho con el mero conocimiento de un juego de relaciones supuestas necesarias: sabiduría en verdad insuficiente para quienes se estimaban personas espirituales, amigas de presentir — sea por vaga reminiscencia, sea por oscura necesidad de confortamiento — un como destello de eternidad y de infinito sobre las mudanzas y restricciones del universo sensible.

Este anhelo nostálgico parece haber contado siempre entre los mejores y más seguros atributos de la dignidad humana, y acaso sea uno de sus rasgos más hondamente connatural. "El hombre — observaba Goethe, en 1818, a su amigo el Canciller Federico von Müller — por grande que sea el atractivo

(12) Paul Claudel. *Positions et Propositions*. *La Nouvelle Revue Française*, 3ª edición. París, 1928. pág. 203.

que sobre él ejerza la tierra y sus innumerables halagos, con el alma colmada de deseo, eleva, sin embargo, los ojos hacia el cielo, que se comba sobre su persona, para escrutarlo en el espacio inconmensurable: es porque se siente, de profunda y clara manera, ciudadano de ese reino espiritual al que no podemos rehusarnos y en el que no podemos dejar de creer. En este presentimiento yace el misterio de nuestra eterna aspiración hacia un fin desconocido; allí está el secreto de nuestras aspiraciones y de nuestros pensamientos, el frágil lazo que une a la poesía con la realidad" (13).

Para ilustrar lo que vamos diciendo, y sin necesidad de enzarzarnos en más intrincados argumentos, sin duda son suficientes las pocas líneas transcritas, ya que el espléndido poeta citado fué al propio tiempo un pensador extraordinariamente lúcido, nada propenso a blandas divagaciones sentimentales, y siempre tan entusiasta de lo concreto como incapaz de formular sus ideas movido por momentáneo impulso afectivo o supersticiosa adhesión a un determinado credo religioso. En días que ya lo eran de fuerte efervescencia romántica, el autor de *Fausto* no hacía sino proclamar, de modo expreso, esa ininterrumpida aspiración del alma, siempre latente y hasta imperiosa, aún en las épocas en las que, a juzgar por las apariencias, se nos muestra como parcialmente desmedrada o como totalmente abolida.

Esta afirmación es en particular valedera, hasta por llamativo contraste, para la atmósfera intelectual del último tercio del siglo XIX. Puede observarse entonces — y la contradicción no deja de ser aleccionante — cómo los hombres del momento, incluso uno que otro entre los más firmemente convencidos de la verdad de las teorías en auge, no dejaban por eso de añorar, de echar de menos, ya en la zona de lo religioso, ya en la zona de lo metafísico, aquella patria o reino esencial, incondicionado y absoluto, que el positivismo materialista había preterido, sea porque lo declarase inexistente, sea — lo que en el fondo viene a concluir en lo mismo — porque lo decretase incognoscible.

(13) El pasaje citado corresponde originalmente a una de las declaraciones orales del poeta, en ese año de 1818. Con las recogidas por el mismo Canciller Müller y las acopiadas por diversos interlocutores no menos conocidos, hoy integra el voluminoso texto de los *Goethes Gespräche*, publicado en Leipzig, entre 1909 y 1911, en la ya clásica edición del Barón Flodoar von Bierdermann.

De este estado de ánimo, como es explicable, inútil sería pretender hallar trazas en los tratados filosóficos o pseudofilosóficos de una época como esa de fin de siglo, tan plena o aparentemente engréida por el carácter dudosamente definitivo de sus conquistas y, sobre todo, de sus exclusiones.

Por dicha, no faltan hoy documentos mucho más veraces, y más fuerte y ejemplarmente trabados con la vida espiritual de algunas personas de ese tiempo. No pensemos en el caso del propio Augusto Comte, instituyendo con su Calendario de los grandes hombres una liturgia laica a cambio de la específicamente religiosa, hasta entonces tradicional; pero señalemos, de paso, que si bien el filósofo trocaba su anhelo — anhelo de devoción — no por ello acertaba, lo cual en verdad lo honra, a suprimirlo. Tampoco pensemos — aunque también ellas no dejan de ser reveladoras — en sus místicas escapadas en torno a la memoria de Clotilde de Vaux. Y no pensemos en ello, porque posiblemente era ese un misticismo de procedencia dudosa. Pero, ¿y Renan? ¿Y Renan, ese escéptico contradictorio e irónico, confiado y férvido pregón de “el porvenir de la ciencia”? Yo he imaginado muchas veces (sin hurtarme al riesgo de apadrinar una simpleza), que la milagrosa vaporosidad de su estilo, con su infinita sucesión de matices, a primera vista “tan indiscernibles como los del cuello de la paloma”, acaso fuese un arbitrio, piadosamente instintivo — o piadosamente deliberado —, para amenguar y desmedrar en algo, velándola de belleza, la pesadez monstruosa de aquellas rípidas y acartonadas construcciones del materialismo de entonces que la atmósfera intelectual de la época obligaba a aceptar a modo de nuevo dogma. En todo caso, las confesiones del propio Renan, son bien explícitas. ¿Durante cuántos años el antiguo creyente no se deleitó aspirando, con unción desconcertante y rica en reminiscencias, lo que él mismo llamaba, en una de esas frases de alquitarado preciosismo que con frecuencia le eran gratas, “el perfume del frasco vacío”? Viejo frecuentador de los sistemas del idealismo germánico, antiguo seminarista de Issy y de San Sulpicio, ya desligado de toda preocupación metafísica y de toda inquietud religiosa, ¡qué grato le resultaba aún entonces saberse atento, ya en el sosiego de su



crepúsculo sobre la tierra, al rumoreo lejano, muy quedo, pero inequívoco y persistente, de una Atlántida desaparecida! ¡En sus últimos años, cuando su actividad casi extrema aun retoñaba en flores de grácil y acibarada sabiduría, con qué aguda y melancólica complacencia gustaba transportar — precisamente al modo de los poetas simbolistas — las figuraciones de las seculares leyendas bretonas hasta las honduras del propio mundo interior! “A menudo — escribe como prefigurando en la música de su prosa alguna de las “impresiones” puramente pianísticas de Debussy (14) — me parece que tengo en el fondo del corazón una ciudad de Is en la que aun sueñan campanas obstinadas en convocar a los oficios sacros a fieles que ya no oyen. A veces me detengo para prestar oído a esas temblorosas vibraciones, que me parecen venir de profundidades infinitas, como voces de otro mundo” (15).

Pero el caso de Renán ha sido ya bastante recordado por diversos autores y, por mi parte, yo sería el primero en alegar que ese caso es sólo medianamente valetero para ilustrar lo que aquí nos interesa.

Confesiones como la transcripta bien pueden traducir algo que no sea una efectiva necesidad de esos puntos de referencia inamovibles y eternos, indispensables para que cada criatura humana logre la impresión de que su vivir profundo es algo más que un deslizarse, azarosamente, y como a la deriva, sobre un océano de imprecisiones y apariencias.

Tal vez, y aunque si niegan la aceptación del llamado, no encubren la latente manifestación del mismo, esas confesiones sólo traduzcan una acongojada nostalgia antes que una efectiva angustia metafísica: el persistente recuerdo de una fe perdida, toda aureolada por la simpática añoranza con que por lo general solemos volver los ojos hacia nuestros días pueriles. Así, y desde tan lejos, ese recuerdo suele doblegar a veces — sentimental sino intelectualmente — a no pocas mentalidades que por contarse ya en el número de los escépticos, ya en el de los llamados librepensadores, se estiman entre los fuertes.

(14) Una de las piezas más intensamente logradas de su serie *Douze préludes* (Paris, Durand, 1910): *La cathédrale engloutie*.

(15) En *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, cuya primera edición data de 1883. El pasaje citado corresponde al prefacio de la obra.

No es otro, sino ese, el recuerdo que en la mañana de Pascua hace que la tierra recupere a Fausto, el viejo desesperado de toda ciencia que, puesto frente al suicidio, y bruscamente restituído a la vida por la exultación dominical de las campanas, siente refluir hacia él, oportuna y confortadora, toda la antigua emoción de las Pascuas juveniles.

De ahí que si de paso, y saltando de la ficción dramática al episodio terreno, queremos evidenciar hasta qué punto se enlazan también en este caso esos mismos términos goethianos de *poesía y verdad*, que algunos pretenden antitéticos, ¿cómo no recordar que era esa persistente añoranza de la fe primera la que de continuo señoreaba sobre el ánimo del mismo Renán, aun cuando más entregado parecía al culto de la diosa Razón? Recordemos sus propias declaraciones en la *Prrière sur l'Acropole*, uno de los mayores milagros de la prosa francesa, esa prosa de prosas (16).

Pero dejemos estos ejemplos. Lo que más interesa es advertir de qué modo no pocos de los que desde un comienzo habían sido educados en los términos antimetafísicos del positivismo se sentían vivir en una atmósfera como rareficada e irrespirable. Numerosos son los testimonios directos que es posible alegar a manera de prueba. Bastará, para no hablar de oídas y para soslayar toda fácil y sospechosa profusión erudita, recordar uno solo: el que, entre todos, se me ocurre ejemplarmente significativo. He aquí una confesión en verdad reveladora: "Recuérdense esos tristes años de 1880, la época del pleno desarrollo de la literatura naturalista. Nunca el yugo de la materia pareció más sólidamente afirmado. Todo lo que tenía importancia en el arte, en la ciencia y en la literatura era irreligioso. Renán reinaba. Yo creía todo lo que creían las gentes que por esa época se decían cultas. La intensa idea de lo individual y de lo concreto estaba oscurecida en mí. Aceptaba la hipótesis monista y mecanicista en todo su rigor y creía que todo estaba sometido a las "leyes" y que este mundo era un puro encadenamiento de efectos y de causas, que la ciencia, de un día para otro, iba a desenmarañar perfectamente. Todo eso me parecía muy triste y aburrido

(16) En particular el pasaje: "Mais ces temples me plaisaient..." etc., en el segundo capítulo de la obra mencionada.

Por otra parte vivía en la inmoralidad y poco a poco iba cayendo en un estado de asfixia moral y de desesperanza" (17). Quien hacia la fecha aludida sentía y pensaba de este modo, no era más que un muchacho francés, perdido entre los de una generación que iba rozando entonces el límite de los veinte años. Andando el tiempo, puesto que las palabras transcritas son palabras de Paul Claudel, las gentes habían de verle transfigurado en el primer poeta religioso de nuestros días.

El poeta citado —lo veremos a su hora— y con él algunos otros escritores franceses, en adelante ventajosamente representativos, poco tardarían en hallar una solución a ese arduo conflicto íntimo en su conversión al credo de la Iglesia católica. Pero la conversión —sea que colocándose dentro del dogma le atribuyamos un alcance de excelsa concesión gratuita, sea que procediendo a lo laico no le supongamos otra importancia que la de un mero aunque profundo trance psicológico — no era, como se comprenderá, una solución al alcance de muchos.

Empeñados en no renunciar a sus altas aspiraciones, e incapaces en último caso de plegarse al apocamiento espiritual de la mayoría, los nuevos poetas, y con ellos quienes sentían o pensaban parecidamente, pronto tuvieron que encontrarse aislados, hostilizados e incomprensidos. La sociedad de entonces estaba entregada, en su casi totalidad, al credo de la ciencia. Con las fruicciones del sentido, la orgullosa sensualidad de la acción inmediata y de la actividad eficiente bastábanle por otra parte para mantenerla entretenida, bien holgada y satisfecha. Por esos días —corren los de 1890— M. Homais era algo más que un personaje de novela realista. Una sociedad como esa de fin de siglo, azorada y envanecida frente al propio y terreno milagro de las ciencias físicas, apenas si consentía margen para el ocio lírico.

Soşpechosos de excentricidad y exorbitancia, una vez más en la historia de la cultura los poetas veíanse violentamente postergados, pero esa posposición hoy empieza a resultarnos tan explicable cuanto entonces era injusta. ¿Acaso las nuevas

(17) Estas y otras declaraciones aparecieron en 1913, en el tomo IX de *Revue de la jeunesse*. Los párrafos arriba citados y traducidos van según los reproduce Pierre Lasserre. *Les chapelles littéraires*, ed. Garnier, Paris, 1920, pág. 7.

orientaciones metafísicas, luego legitimadas por la filosofía ulterior, no se daban ya, hacia los días de ese mismo entonces. y aunque difusas, inequívocas, en los escritos de los nuevos poetas, y así en la índole de su empeño como en la paralela orientación de sus tentativas? *Les fenêtrés* de Mallarmé, por ejemplo y para no mencionar sino una muestra, aventajan en varios años a las más precisas manifestaciones de Bergson. Y en ésto, que no es precisamente donde más se complace la voluble atención de los comentaristas, se me ocurre que ha de buscarse, de primera intención, los valores esenciales del Simbolismo: los que con simultaneidad paradógica pueden explicarnos la razón de su grandeza y el porqué de sus fracasos.

Pero de esos valores nos ocuparemos en nuestra conversación próxima. Más que a reproducir opiniones de profesores y críticos, ella habrá de ceñirse, por obligado rigor e inexcusable deferencia, a la lectura explicativa o glosada de varios textos poéticos, algunos tan fuerte y decididamente aclaratorios como la aludida composición mallarmeana.

# Las luchas sociales en la antigua Roma

Por JOSE TUNTAR

## II

1. — *El derrocamiento de la monarquía y la implantación de la República aristocrática.* — 2. *Comienzos de la lucha de clases.* — 3. *La primer huelga general ("secessio plebis").* — 4. *Las luchas por las tierras fiscales ("ager publicus").* — 5. *Deudas e intereses.* — 6. *Organización de la plebe: los tribunos del pueblo.* — 7. *Equiparación política de las clases.* — 8. *Las leyes licinias - sextias.*

Hacia el año 500 el panorama político-social de la Ciudad-Estado de Roma era el siguiente: en el vértice el poder el rey, nombrado por el Consejo de los ancianos (Senado); seguía el Senado, de quien no se sabe si era hechura del rey o un cuerpo elegido por el pueblo entre los ancianos ("padres") de la comunidad; en el llano estaban las multitud campesina y el escaso número de artesanos. Los clientes, descendientes de la raza sujeta por los itálicos, habían ido asimilándose completamente a sus patronos, convirtiéndose en "siervos de familia", cuya incolumidad personal estaba estrictamente garantizada, también, por los vínculos afectivos surgidos de esa relación. La facultad principal del rey era el

reparto de las tierras que los romanos iban arrancando tenazmente, poco a poco, a las comunas vecinas para satisfacer las mayores necesidades que provocaba el aumento de la población. Es natural que los senadores, en su carácter de consejeros del rey, aprovecharan su influencia cerca de él, para favorecer, en el reparto, a sí mismos y a los suyos, delíneándose así con el tiempo la división del pueblo en dos clases distintas: "patricios" y "plebeyos". Cómo ese proceso se haya desarrollado en la época monárquica, no puede ser definido claramente por la inseguridad de las fuentes de información. Mas, una cosa es cierta: el patriciado, como toda aristocracia, tendía a hacer de la monarquía un instrumento de "su propio ideal" político, es decir, de "sus" intereses. Cuando, la monarquía, cuya principal función es mantener un cierto equilibrio, más aparente que real, entre las varias capas sociales, empezó a ser un estorbo o un objeto inútil, los patricios despojaron poco a poco al rey de sus atribuciones, hasta que no le quedarón más que algunas funciones religiosas. "Los cuentos alrededor del soberbio rey Tarquino que diezma a la nobleza con sentencias de muerte y decretos de expatriación y agobia a la plebe con trabajos forzados, como lo que se refiere de su hijo, aún más soberbio, Sexto, quien violenta a una dama romana, provocando por estos hechos la caída de la monarquía, la institución de la república y el juramento solemne del pueblo de no tolerar más un rey en Roma: todos estos cuentos pertenecen al arsenal de los romances históricos" (L. Bloch). Lo único importante y significativo es *que hacia el año 500 Roma tiene una república enteramente aristocrática*. Como antes en las ciudades griegas, el derrocamiento de la monarquía significó también en Roma *la toma de todo el poder por el partido de la aristocracia*, es decir, de los grandes terratenientes.

Inmediatamente después de la expulsión de los reyes la tradición apunta la "primera secesión" o salida de la plebe de Roma. Esto revela que el traspaso del poder supremo de la monarquía a la nobleza, había constituido un perjuicio para los plebeyos o —como observaron agudamente Marx y Engels— que también a los ojos de los campesinos romanos se presentó más claramente, una vez desaparecida la cortina

monárquica, el verdadero carácter de clase del Estado. Y es significativo, dado el nivel de cultura política de entonces, el hecho de que la plebe romana no pensara mínimamente en el restablecimiento de la monarquía, sino que adoptara el lema de la equiparación política, como primer paso hacia la toma del poder. Esa lucha, cuyo fondo es, como veremos más adelante, naturalmente de índole económica, duró más de 150 años y terminó con la completa equiparación política de los plebeyos.

La tradición presenta —por cierto embelleciendo y exagerando— los hechos de esta manera: Roma se encontraba en grave peligro a raíz de las agresiones de las tribus fronterizas; ante tal situación se promete a la multitud de los campesinos, la mayor parte de los cuales estaba endeudada, un alivio de su condición si se mostraban dispuestos a marchar contra los enemigos. Los plebeyos aceptan la proposición, los invasores son rechazados, pero la nobleza no cumple sus promesas. El caso se repite poco después. Nuevas guerras, nuevas promesas, nuevas victorias y nuevas violaciones de la palabra comprometida. Pero los plebeyos se dan ahora ánimo. *Están por fin reunidos en un cuerpo de guerra y son conscientes de su comunidad de clase.* Guiados por los oficiales —los tribunos— abandonan la ciudad y declaran solemnemente delante de sus puertas que van a fundar una comunidad propia *sobre el Monte Sagrado*, a orillas del río Aniene (Anio), a menos de una hora de camino de las murallas de Roma, y no *sobre el Aventino*, como muchos aun creen y afirman. Este acontecimiento se fija como ocurrido cerca de 15 años después de la expulsión de los reyes. “El exodo de la ciudad no era en realidad otra cosa, que una huelga general. Sin la masa plebeya, la Comuna romana, no hubiera podido resistir los ataques de los pueblos vecinos. La secesión de la plebe (“secessio plebis”) no era en el fondo más que una amenaza demostrativa, una “ilegal” declaración de guerra a la nobleza, declaración disfrazada con la forma “legal” de la huelga”. (L. Bloch).

El medio escogido por la plebe tuvo en seguida su efecto; también otros éxitos posteriores son resultado de huelgas similares. El patriciado, es decir el Estado, tuvo que reconocer pública y oficialmente la organización política de la plebe; se

confirieron a los representantes de ésta, *los tribunos*, facultades sumamente importantes, como la de vedar cualquier acción emprendida por un patricio contra un plebeyo, lo que se hacía efectivo principalmente en lo relacionado con la reducción en esclavitud por deudas; además, *fué reconocida a los tribunos la inviolabilidad de sus personas*. Los fueros, de que gozan los miembros de los cuerpos legislativos modernos, tienen su raíz en la "inviolabilidad" de los tribunos romanos. La inviolabilidad fué extendida también a los ayudantes de los tribunos, los *ediles*, cuya función especial consistía entonces en amparar a los plebeyos contra las arbitrariedades que se cometían al alistarlos para la ejecución de obras públicas. Si el veto no se cumplía o si alguien atentaba contra las personas de los tribunos o de los ediles, los culpables eran condenados a muerte, y la sentencia se ejecutaba precipitándolos desde la "Rupe Tarpea". Otro éxito ulterior, fué el reconocimiento de los *plebiscitos*: las deliberaciones de las *Asambleas particulares* de la plebe debían ser consideradas *como leyes obligatorias para todo el pueblo, los patricios inclusive*. Es cierto que este procedimiento estaba subordinado al previo dictamen del Senado, al cual correspondía declarar si las mociones presentadas a las asambleas de la plebe eran o no constitucionalmente admisibles; pero el solo hecho de imponer a la minoría, dueña del Estado, el reconocimiento, aunque condicionado, de la voluntad de la mayoría, constituía para aquellos tiempos una conquista realmente extraordinaria. Los grandes tribunos del último siglo de la República intentarán —en una de las luchas sociales más formidables de la historia— hacer prevalecer definitivamente los intereses de la mayoría trabajadora, entonces mayoría campesina, contra el baluarte de la minoría privilegiada, el Senado, contra el cual los rudos labradores del siglo V descargarán los primeros golpes de ariete.

Esta firme decisión de las masas de participar *en la vida política del Estado* no era más que el reflejo *de los profundos antagonismos económicos* entre los patricios y los plebeyos. Y siendo entonces la tierra el principal y casi único medio de producción, la lucha tenía que entablarse por el reparto de la misma. La idea de la socialización no se presentó, ni podía presentarse a la mente de los campesinos romanos y sus intérpretes.



los tribunos, porque faltaban las premisas o condiciones técnicas indispensables. La principal herramienta eran los dos brazos del hombre y los utensilios una simple prolongación de los mismos. Hoy en día, al contrario, el hombre es la prolongación, el apéndice de la máquina y, con la racionalización, un elemento casi inconsciente de la misma. La producción, para ser intensiva, no podía, pues, ser más que individual y por consiguiente individual el reparto de la tierra. La economía socializada o socialista presupone el desarrollo amplio y complejo del elemento técnico y la comunista —el comunismo primitivo es sólo un embrión de una economía— la potencialidad técnica llevada a un nivel altísimo. El ejemplo del Perú bajo los Incas y de otros países no tiene nada que ver con la socialización: se trata en estos casos de una producción individual-familiar acompañada por el reparto periódico de una parte de las tierras o de una producción pseudo-colectiva de masas esclavizadas o semi-esclavizadas. La lucha social en la República romana fué, por esto, la lucha entre dos clases, una de las cuales quería mantener el monopolio de la tierra, y la otra, los campesinos pobres y los proletarios, aspiraba a un reparto equitativo de la misma, para labrarla de la manera más productiva en relación al escasísimo progreso técnico de entonces. Esta lucha llena toda la vida interior de la República y acaba con la implantación de la monarquía "fascista" de los Césares.

La primer fase de esta lucha termina en el año 367 (leyes licinias-sextias) con la completa equiparación política entre patricios y plebeyos. Como ya fué puesto en relieve, el factor básico de esta lucha fué esencialmente económico. El objeto constante de la magna contienda lo constituyó la participación de los plebeyos en el "ager publicus" (terrenos del Estado), es decir, su pretensión de gozar de las mismas ventajas materiales de que gozaban los patricios en fuerza de sus privilegios políticos. Y éste fué un asunto común para todos los plebeyos, fueran relativamente acaudalados o pobres. Los primeros aspiraban a la participación en el poder para mantener y acrecentar su posición económica, los segundos con el fin de conservar u obtener la extensión de tierra necesaria para la satisfacción de las necesidades familiares. Este frente único

político entre dos capas sociales que tenían intereses materiales diversos, se mantuvo hasta la conquista de la equiparación política, fusionándose después los patricios y plebeyos ricos en un bloque compacto contra los campesinos pobres y los proletarios (campesinos sin posesión alguna).

Un proceso análogo se observa en el desarrollo y conclusión de las luchas en común de la burguesía y el proletariado contra el régimen feudal y sus últimos resabios.

Como hemos visto, la tierra, después de la disolución de las tribus, se había vuelto propiedad privada de las familias, y eso ya en una época en que la extensión del Estado era bastante limitada. Pero, con el ensanchamiento progresivo de los confines del territorio estatal, debían determinarse cambios y desplazamientos también en las posesiones. Esas ampliaciones eran, en la mayor parte de los casos, el producto de peleas encarnizadas con las comunas vecinas. Aunque en épocas más lejanas la población sometida, particularmente si pertenecía a la raza itálica, era ordinariamente acogida en la comunidad romana —ciertamente con derechos inferiores, plebeyos—, la tierra de los vencidos era considerada "a priori" propiedad del Estado. Normalmente, se limitaba el territorio de los sometidos a los dos tercios de su extensión anterior, raras veces a la mitad, y sólo en casos extraordinarios a un tercio. La tierra, tomada de esta manera, era luego ordinariamente entregada en propiedad a ciudadanos romanos, transformándose así de estatal en privada.

El botín de guerra era, en aquellos tiempos, una medida ineludible, si se quería mantener el viejo orden económico agrario en condición vital. El despedazamiento de los predios rurales, a raíz del aumento de la población, amenazaba la existencia misma de las familias de los dueños. *De aquí la ilimitada libertad de testar de los romanos.* El agricultor tenía así el poder de mantener unida la propiedad fundamental y de contar con ella para que por lo menos un heredero pudiese ser el continuador de la familia. El Derecho romano distingue a este heredero, que se queda con los bienes del testador y se denomina "assiduus", de los demás hijos o parientes directos, que se denominan "proletarii" (de "proles" — descendencia), quienes gozan de los derechos civiles sólo por su calidad de

descendientes de un ciudadano romano. "La explicación —nota el profesor Bloch— de que la palabra "proletarii" significa "productores de hijos", vale decir que no pueden servir al Estado más que por la procreación y no con impuestos de bienes y sangre, es una broma; en un pueblo campesino quien no posee nada, no está tampoco en condición de procrear". Siendo pocas las posibilidades de ganancias industriales y comerciales y estando los hijos de agricultores acostumbrados a trabajos exclusivamente rurales, la situación de los proletarios se tornaba excesivamente precaria. Desheredados en favor de un hermano, tenían que abandonar la tierra de sus padres, perdiendo al mismo tiempo *bienes, trabajo y renta* y quedándoles sólo la posibilidad de entrar al servicio de extraños como siervos políticamente libres o como clientes. En estas condiciones, *el reparto de las tierras quitadas a los vencidos a raíz de peleas o batallas victoriosas, constituía el problema político-económico central.*

¿Quién o quiénes hacían el reparto? No es posible establecer hasta qué fecha esa división fué efectuada exclusivamente o prevalentemente por los patricios. Aun admitiendo que el derecho de disposición pertenecía, desde los tiempos más lejanos, a la Asamblea popular, no por ello el reparto podía efectuarse sin graves injusticias y parcialidades. Una multitud soberana es menos apta para tales asuntos que una persona o una comisión consciente de sus responsabilidades. Otro inconveniente estaba en la constitución de la Asamblea misma. La votación en la Asamblea era indirecta, es decir, no decidía la mayoría de los ciudadanos, sino la mayoría de los cuerpos ("centuriae"). El pueblo votaba en 193 centurias, de las cuales 98, la mayoría absoluta, estaban asignadas a los ciudadanos de la primera clase, los "assidui". En el transcurso del tiempo los "assidui" patricios consiguieron una votación decisiva en las 98 centurias, y por lo tanto en la Asamblea popular. Cuando, pues, en ocasión de la división de las tierras conquistadas, los dos cónsules (presidentes de la República) — en aquella época patricios— y el Senado, cuyos miembros eran también patricios, favorecían a sus compañeros de clase, las centurias aprobaban en seguida tales asignaciones.

Así el reparto de tierras, que habría podido y debido es-

tablecer el equilibrio social, llevaba consigo solamente materias inflamables y contribuía sólo a enardecer los contrastes de clase, tanto más, cuanto que eran los campesinos y proletarios plebeyos quienes sostenían los más graves sacrificios de sangre y vidas en los choques y conflictos bélicos. Cuando los proletarios eran hijos de familias patricias— es decir, hijos de familias patricias, quedados sin bienes de fortuna a raíz del testamento del jefe de familia —, sus compañeros de clase trataban por todos los medios de transformarlos en "assidui", en terratenientes, y posiblemente con una asignación de primera categoría (5 hectáreas de tierra cultivable). Esto era absolutamente necesario para que la nobleza no corriera el riesgo de perder su influencia en la Asamblea de las centurias, a la cual incumbía la elección de los cónsules y las demás magistraturas del Estado. La colocación de los proletarios plebeyos procedía en cambio muy mal. La extensión del lote era en estos casos muy pequeña, dado también el gran número de aspirantes, inscribiéndose por consiguiente los nuevos pequeños propietarios en las 20 centurias de la cuarta categoría, políticamente las menos influyentes. También aquí razones económicas y políticas confluían a un mismo fin: *el dominio económico y político sobre las masas.*

Con el transcurso del tiempo los patricios llevaron la explotación de su predominio político a tal extremo que del abuso hicieron un derecho y declararon a su casta como la única fundamentalmente autorizada para ser dueña del "ager publicus". Este punto de vista tuvo su expresión más irritante en el hecho de que cuando los proletarios patricios habían ya sido proveídos de tierra, si quedaban disponibles más parcelas, se prefería dejarlas abandonadas como "tierras fiscales", antes que entregarlas a los proletarios plebeyos. En ese caso cada patricio tenía el derecho de tomar, como copropietario, en su administración lotes de esas tierras, mientras que tal derecho de "ocupación" no era admitido para los plebeyos. Es cierto que el Estado podía exigir en cualquier momento la restitución de esas tierras, pero el copropietario-administrador, confiando en el amparo de sus compañeros de clase en el poder, sabía muy bien que aquella medida se tomaría sólo en casos de extrema necesidad. Hasta aquel momento el ocupante podía

recaudar tranquilamente su renta, teniendo además el privilegio de no pagar impuestos territoriales, estando esas tierras exentas del impuesto sobre la renta; sólo más tarde, cuando su ocupación fué admitida también para los plebeyos, el Estado empezó a reclamar parte de la renta.

La sistemática exclusión de los plebeyos de la participación en el "ager publicus" tenía que arruinar cada vez más al pequeño agricultor. La población iba creciendo, pero, por otra parte, aumentaba la extensión territorial en manos de los patricios. Los viejos plebeyos caían en situación cada vez más angustiosa, agravada por guerras, malas cosechas, exceso de nacimientos, etc., así que muchos campesinos arruinados ya no podían quedarse con su gleba, viéndose obligados a enajenarla al vecino patricio. *Así se transformaban en proletarios no solamente en el sentido romano de la palabra, sino también en el moderno.*

Como en la agricultura, los plebeyos tampoco podían competir con los patricios en la ganadería. Como en todas partes en aquella época, los campos de pastoreo eran también en Roma propiedad de la Comuna. El principio, hecho valer por la fuerza del poder, de que aquella pertenece a los patricios, hacía imposible para los plebeyos el aprovechamiento de aquellos campos. Por otra parte, los predios particulares de los campesinos eran demasiado pequeños para una cría provechosa del ganado, de manera que, tampoco en esta dirección se vislumbraba ningún camino de salvación para la capa de los pequeños agricultores.

Las consecuencias de semejante calamidad agraria se sintieron en medida muy alta. Es notorio que el campesino, para el cual más que para cualquier otro, los conceptos de trabajo y propiedad se complementan, antes que se decida a abandonar la tierra, busca por todos los medios aplazar la catástrofe, aun cuando el aplazamiento le acarree mayores privaciones y embarazos. Ante todo pide préstamos, y está dispuesto a aceptar todas las condiciones del prestamista. Lo que en este terreno ocurría en la antigüedad, no difiere en nada de lo que pasa hoy.

Las condiciones del crédito eran muy distintas de las de hoy. El dinero ejercía entonces una función muy modesta, ha-

biéndose empezado a acuñar monedas por primera vez durante las luchas entre los patricios y plebeyos. Antes la población se había conformado con lingotes de cobre bruto y con el más viejo medio de cambio, propio de todos los pueblos pastores, el ganado ("pecus"). En un pueblo de pequeños agricultores, como el romano, sin industria notable ni comercio exterior, era muy limitada la necesidad de dinero. No podía, pues, tratarse al principio sino de créditos en especie. El campesino plebeyo recibía en préstamo de su vecino patricio rico semillas, ganado reproductor o de trabajo u otras cosas, prometiendo restituir lo prestado en un plazo fijado, junto con una cantidad adicional (interés). Al principio esa cantidad adicional no fué particularmente alta, pero con el empeoramiento gradual de la situación de los campesinos y el consiguiente aumento de los pedidos de préstamo el interés se volvió cada vez más alto.

Si al vencimiento del plazo el deudor no estaba en condición de satisfacer sus obligaciones, el acreedor podía disponer de sus bienes y de él mismo a su completo antojo. La legislación romana sobre las deudas era algo monstruoso. El mínimo título de propiedad o posesión del acreedor valía mucho más que la existencia económica y hasta la vida del deudor insolvente. El antiguo *Derecho territorial romano* no conocía propiamente el concepto de "préstamo". Quien grava su fondo, lo "vende" formalmente a su acreedor. Si el deudor devuelve lo prestado en la fecha convenida, rescata, por este acto, del acreedor su anterior propiedad. Empero, esta es la forma más benigna, posible solamente si el deudor no ha perdido el derecho de propiedad por obligaciones precedentes. En este caso el único objeto precioso que aun posee, es su propia persona, su libertad, su vida. Y realmente, según el rígido derecho romano, el deudor vende en esos casos —en el acto de recibir el préstamo— su persona al acreedor. Si en el plazo establecido no está en condición de pagar el capital y los intereses, su persona pertenece de hecho al acreedor. Este debe hacer conocer públicamente la situación apremiante del deudor; transcurrido un plazo de 60 días sin resultado alguno, el acreedor puede disponer del deudor a su antojo: hacerlo trabajar como siervo en sus tierras o venderlo como esclavo en

el exterior, en Etruria, porque en el interior del Lacio el latino nativo conservaba siempre su libertad política. Si el deudor era un hombre viejo, inservible, cuyo trabajo no cubría los gastos de sustento y de cuya venta no se obtenía suma alguna, *el acreedor podía en ese caso hasta matarlo*. Un deudor insolvente era considerado como *una cosa cualquiera*, lo que resulta muy claramente de esta singular disposición: *habiendo varios acreedores, éstos tenían el expreso derecho de dividirse el cadáver del deudor*. Sólo cuando los plebeyos hubieron conseguido la equiparación política, ese bárbaro derecho pudo ser eliminado por vía legislativa.

Esta era la situación económica y política —que el profesor Bloch nos expone en páginas de una claridad de análisis y síntesis admirable— del campesinado romano en los últimos tiempos de la monarquía, *situación que el advenimiento de la república aristocrática fué empeorando aún más*. ¿Qué debía hacer la plebe en estas condiciones? Imitar a la nobleza, la que debía su fuerza a su firme solidaridad y a su compacta unidad: es decir, crear una *organización propia*. Y así se hizo, con tenacidad campesina y romana. “Iba así incubándose la gran tempestad, la que habría de derribar desde sus cimientos todo el dominio de la nobleza” (Bloch). Esta organización se llama “Asamblea particular de las tribus” y su Comisión directiva “cuerpo de los tribunos de la plebe”. Una de las primeras medidas de la nueva organización fué la proclamación de la “huelga general de la plebe” y su retiro sobre el Monte Sagrado, en las condiciones ya antes anotadas. Los resultados de este movimiento son el reconocimiento de la organización plebeya por el Estado, la inviolabilidad de los tribunos y los ediles, el derecho de veto de los tribunos especialmente en los casos de tentativas de esclavización por deudas y el reconocimiento de los *plebiscitos* —es decir, de las resoluciones tomadas por las Asambleas especiales de la plebe — como leyes obligatorias para todo el pueblo, pero *previo el dictamen del Senado*, condición ésta que será eliminada más tarde.

Las conquistas políticas iban paralelas con las económicas y jurídicas. Los tribunos exigieron, ante todo, muy prudentemente, la codificación del derecho vigente, con todas sus du-

rezas. Fué nombrada una Comisión de 10 miembros ("decemviri") y el derecho en vigor, depurado y corregido, fué grabado sobre doce tablas de bronce ("Ley de las doce tablas", años 451-450). Una disposición fijaba un *mínimo de medios de vida* que el acreedor debía suministrar, al deudor reducido a siervo. Una conquista aparentemente de poco alcance, pero trascendental para aquellos tiempos. También contra la usura se dirige la Ley de las Doce tablas: *el usurero debía pagar el cuádruplo de la ganancia ilícita*, mientras que el ladrón tenía que devolver sólo el doble o el triple. Como interés anual máximo quedó permitida la duodécima parte del préstamo, es decir, el 8  $\frac{1}{3}$  o/o., tipo de interés no exagerado en aquella época en que el intercambio a base de dinero se encontraba aún en sus comienzos. Mas, el carácter esencialmente "patricio" del Código aun se mantiene y se manifiesta rígidamente en la ley de las Doce Tablas.

Pocos años más tarde se crea, por moción de los cónsules *Horacio y Valerio*, una nueva asamblea popular, en la cual los pequeños agricultores tienen la preponderancia ("comitia tributa"); sus deliberaciones tienen fuerza de ley como las de las centurias. Esta conquista se debe a un nuevo éxodo de la plebe. Sigue la ley del tribuno *Canuleyo*, por la cual se admiten y se reconocen válidos, a los efectos de la ley, los matrimonios entre patricios y plebeyos, prohibidos también por la ley de las Doce Tablas. El sucesivo éxito político es la participación en la *questura*, dos miembros de la cual administraban la caja militar del Estado (questores militares) y dos el tesoro público (questores urbanos); los questores urbanos debían, además, recibir el juramento de todos los magistrados y guardar los decretos del Senado y las decisiones de las Asambleas populares.

La lucha entre patricios y plebeyos, acompañada de tumultos, éxodos, asesinatos y odios enconados, se hacía cada vez más intensa y áspera, cuando Roma tuvo que superar la grave crisis provocada por la invasión de los galos (387-86). La ciudad fué expugnada y dada a las llamas, y si turbulencias internas no hubieran llamado a sus sedes —el valle del Po— a los invasores, las huestes galas habrían tomado posesión de todo el territorio de los vencidos. Después de tal devasta-



ción del territorio las existencias económicamente débiles se encontraban una vez más al borde de la ruina. Los patricios, buenos patriotas, intentaron explotar la situación afligente de la masa para reconquistar el terreno anteriormente perdido. Pero la plebe supo resistir y atacar válidamente: *veinte años más tarde (367) las leyes de los tribunos Cayo Licinio Stolo y Lucio Sextio Laterano concluyen la larga lucha entre patricios y plebeyos con la victoria completa de estos últimos*. Queda, por estas leyes, establecida la igualdad *jurídica* tanto en el terreno político como en el social. La antigua constitución patricia está muerta.

La legislación *Licinia-sextia* comprendía tres leyes principales. Por la primera se establecía que nadie podía poseer más de 125 hectáreas de tierras del Estado. Hay que desechar, observa el profesor Bloch, lo que resulta increíble en la tradición, es decir, la indicación acerca del límite fijado al derecho de poseer tierras fiscales. No pudo de manera alguna, dada la aun limitada extensión del territorio estatal, tratarse de 125 hectáreas. Pero podemos admitir con certeza esto: a) una parte de las tierras fiscales ocupadas por los patricios fué confiscada para crear nuevas pequeñas propiedades rurales; b) la ocupación de terrenos del Estado era permitida en adelante tanto a los patricios como a los plebeyos en iguales proporciones, pero en extensiones más modestas que antes; c) el uso de los pasturajes fué, según parece, sometido a restricciones legales.

La segunda ley contempla la admisión de los plebeyos al *consulado*, la suprema magistratura de la República. De la historia de los años sucesivos se aprende que casi contemporáneamente hubo el primer consulado plebeyo, la primera censura plebeya, la primera dictadura plebeya —cuyas funciones expondremos más adelante— y las primeras elecciones de sacerdotes plebeyos. Esto significa que el alcance de la segunda ley licinia - sextia era la admisión de los plebeyos no sólo al consulado, *sino a todas las magistraturas y cargos públicos*. La equiparación *política* de las clases en lucha era, por fin, un hecho.

La tercera ley establecía *un alivio en el pago de las deudas*: los intereses hasta entonces pagados debían ser desconta-

dos del capital y el resto de la deuda restituído a plazo en los años próximos. Evidentemente, esa disposición no significaba otra cosa que *la prohibición con efecto retroactivo, de fijar intereses*, de manera que un préstamo impago o no amortizado desde doce años quedaba cancelado, si el interés del 8  $\frac{1}{3}$  o/o. había sido abonado puntualmente. Semejantes disposiciones aparecen hoy, en un régimen basado casi exclusivamente sobre el crédito, como verdaderas bancarrotas, pero, dada la función secundaria de la renta de capitales en aquella época, la prohibición establecida por las leyes licinias no podía tener efectos desastrosos. Hasta en tiempos posteriores, con una economía mucho más desarrollada, la condonación de las deudas, la repartición de tierras y la anulación de arriendos figuraron a menudo en el programa de los partidos opositores. La prohibición legal de cobrar intereses quedó teóricamente en vigor en Roma, por el espacio de *dos siglos y medio*, pero fué cada vez más violada por los agricultores y hombres de negocios, necesitados de créditos, tanto más cuanto que el dinero iba suplantando poco a poco el intercambio en especie.

Las leyes del año 367 pueden, pues, considerarse como un triunfo completo de la plebe: significan, ni más ni menos, una nueva constitución. *La república aristocrática es reemplazada por la república democrática*. Alcanzado así un equilibrio económico y político, relativamente estable, Roma puede pensar en emprender la tarea de unificar a Italia y proceder después a la conquista del mundo mediterráneo, cuyas consecuencias serán la violenta agudización de la lucha de clases y el derrumbe de la república.

# Diario íntimo de una adolescente

Por ANIBAL PONCE

## VI

### LA RELIGION, LA MUERTE Y LA GLORIA

Aterrorizada la familia por la gravedad de María Bashkirtseff, llamó al Dr. Potain, para confiarle la enferma. Pequeño de cuerpo, y tímido de modales no obstante las enormes patillas de almirante que acentuaban en él su "fealdad soberbia" (1), Potain era por entonces uno de los clínicos más famosos de París. Retraído y silencioso, odiaba la bulla y la *réclame*, pero desde su humilde servicio del hospital de Charité había trascendido a toda Europa el prestigio de su experiencia y de su sabiduría. "De todos los médicos que me ha sido dado conocer — escribía no hace mucho uno de sus discípulos bien amados, Mauricio de Fleury — es éste el que más se aproximó a la perfección. Un sabio auténtico, un jefe de escuela, un médico de consulta incomparable. . . . Se lo llamaba para los casos graves, y a menudo desesperados, anhelando de él algún milagro. Se recurría a su diagnóstico que se sabía seguro, a su terapéutica que se sabía llena de recursos, a su bondad que nada fatigaba" (2). Era una enferma bien difícil la que se le confiaba ahora a sus cuidados. En manos de Faurel al principio, de Charcot después, había obedecido algunas veces a las indicaciones de los médicos, pero había seguido, muchas más, su voluntad. Sentía la enfermedad

---

(1) *Maurice de Fleury, Le Medecin* p. 7, editor Hachette. París 1927.

(2) *Maurice de Fleury, idem.* p. 70, 72, 73.

como una humillación, y sabía además que algún viaje de descanso a los países tibios significaba para ella, no sólo una grave interrupción en los estudios, sino la mortificación desesperante de procurar una alegría a sus rivales. El sólo pensamiento de que en el taller se pudiera decir: "la pobre está enferma y le aconsejan que descanse", la hacía estremecer de ira y de vergüenza (3). No otra cosa fué lo que escuchó de labios de Potain: con los ojos inundados de lágrimas, los dientes apretados, la garganta convulsa. Aceptar ese consejo era para ella, algo así como rendirse. Y resolvió no rendirse. Tan pronto pasaron los momentos más terribles, se dió por restablecida, juntó las pocas fuerzas y empezó de nuevo a pasear y a trabajar. "El domingo a la mañana fuí a la iglesia — dice — para que vean bien que no me he muerto" (4). Necesitaba creer que estaba curada; lo necesitaba con apremio. Luisa Breslau, la rival temible, añadía a su labor, triunfo tras triunfo. Cada uno representaba para María Bashkirtseff una mortificación. A punto tal que cuando Wolff — el supremo crítico de arte — dedicó a Breslau con motivo de su cuadro de 1881, "una decena de líneas de lo más halagadoras" (5), María Bashkirtseff se sintió, durante unos días, literalmente deshecha. Pero si hacía falta todavía un nuevo estímulo que la decidiera por fin a *concentrarse*, ese y no otro venía a resultar el elogio justiciero tributado a la rival. Con los ojos puestos en Breslau, reconoce y admira la formidable voluntad de la muchacha suiza. Admite, sin violencia, que ella en cambio ha perdido su tiempo casi siempre, y que "es menester realizar muchos esfuerzos para obtener los resultados que hasta entonces esperaba que le cayeran desde el cielo" (6). Siente de tal modo en lo más íntimo la obligación de ese triunfo que a sí misma se ha jurado, que la primera vez que asiste a uno de los bailes por los que hacía tantos años venía suspirando, siente pasar a cada rato el recuerdo tenaz de su pintura. La propia duquesa de Fitz-James la presenta en el baile que ha ofrecido su nuera; y aunque la muchacha confiesa sin ambages su alegría, no deja por eso de anotar a la pasada esta confesión

---

(3) *Journal*, II, 332.

(4) *Journal*, II, 339.

(5) *Journal*, II, 349.

(6) *Journal*, II, 351.

bien sugerente: "En cuanto a mí, aunque encantada de encontrarme en el salón, he pensado todo el tiempo en un pastel que había pintado por la mañana y que no me había dejado satisfecha" (7).

Vive desde entonces, con los sobresaltos y las preocupaciones y los tormentos del artista que persigue la obra, que tantea su cuadro, que permanentemente lo vé pasar y repasar delante sus ojos, con colores cada vez más vivos, con perfiles cada vez más firmes. Le cuesta, sin embargo, someter sus ímpetus, controlar sus impulsos, desprender a su arte de tantas preocupaciones parásitas con las cuales hasta ahora lo había semi ahogado (8). Sigue pensando todavía en el gran cuadro que "a todo el mundo haga saltar de asombro" (9), y hasta cree un día haber dado con él. ¿No será, en efecto, un tema magnífico para un pintor trasladar a la tela ese momento solemne de la leyenda cristiana en que José de Arimatea empuja la losa sobre el sepulcro de Jesús, mientras las dos Marías continúan absortas en su dolor sin palabras? Motivo excelente, sin duda alguna, para un Rubens o para un Delacroix, pero que el bueno y sensato de Jullian encuentra absolutamente inapropiado para ella (10). Cada semana que pasa le seduce, sin embargo, un poco más. Pero un día del mes de agosto de 1882, en uno de esos tibios atardeceres del verano de París, descubrió de pronto que el movimiento y la vida de las calles no había encontrado aun su pintor de genio, aunque encerraban evidentemente una mina fabulosa con sus obremos y sus mercachifles, sus porteros y sus chiquillos.

La corriente naturalista que señoreaba en la novela con Emile Zola y en el teatro con Alexandre Dumas, fils, tenía también en la pintura un representante vigoroso en un fuerte muchacho de Lorena que había escandalizado, algunos años atrás, a la Academia, con una sobria y ruda evocación de la vida de los campos. Después de los grandes días de Courbet y de Monet, Jules Bastien-Lepage había vuelto a instalar su caballete de pintor, en pleno campo, junto al surco del arado. Su cuadro más famoso titulado *Los henos* (1878)

---

(7) *Journal*, II, 365.

(8) *Journal*, II, 371.

(9) *Journal*, II, 375.

(10) *Journal*, II, 364.

abría una amplia ventana sobre la existencia humilde e ingrata de los labradores; dos seres sin belleza, pero recios, descansan en su tela con abandono vulgar, después del rudo trabajo de la mañana, a la sombra de un árbol que los protege un tanto del resplandor hiriente de la llanura bañada por el sol. Pero aunque Bastien-Lepage conocía como pocos el secreto del retrato—y ahí están para probarlo sus pasteles de Sarah Bernard y de su propia madre—gustaba transmitir sobre toda esa verdad más opaca de las vidas anónimas. Combatido, negado, ridiculizado en un principio, alcanzó de pronto con *Los henos* un renombre dilatado de pintor combativo y personal. Los grandes premios, claro está, no le llegaron, pero en cada Salón en que figuraba algún envío suyo, amigos y enemigos empezaban a reconocerlo como a un joven maestro.

María Bashkirtseff lo había descubierto desde hacía algunos años. Su gusto por el detalle verídico y la observación recogida en la naturaleza, encontraba en Bastien-Lepage la satisfacción más completa, el ideal en cierto modo realizado. Y el mismo día en que al pasar por la plaza de la Estrella había descubierto los tesoros de vida que hormiguean en las calles, escribió en su *Diario*: "La calle se podría explotar como una mina. No digo nada de la campaña porque Bastien-Lepage reina en ella como soberano; pero la calle, en cambio, no ha tenido todavía su Bastien" (11). Se lanza desde entonces a la conquista de la calle. A la madrugada ya está en pie. Los primeros obreros que ateridos de frío marchan tiritando hacia el trabajo, miran con asombro a esta muchacha que acompañada de su mucama Rosalía espía los mercados y los recovecos de las calles, los bancos de las plazas, los mostradores de los cafetines: la vida miserable que hasta entonces apenas si alguna vez la había "desagradablemente sorprendido", y en la cual empieza a encontrar ahora un interés estético y humano. Con los ojos deslumbrados por las riquezas apenas entrevistas, las derrama sobre sus cartones tan pronto entra a su casa de regreso, y con la mano precipitada del que coge al vuelo una impresión fugaz, va haciendo desfilar su extraño botín de conquistadora: una vieja harapienta que por un instante hizo detener junto a un umbral mientras revolvía algún

(11) *Journal*, II, 376.

montón de desperdicios; un puñado de chiquillos jugando sobre un banco; la dueña de un café apoyada en el quicio de una puerta; la vendedora muy rubia y muy contenta entre las coronas fúnebres de su pequeño negocio.

Pero si con esa avidez de observar y analizar, su ojo de pintora va captando cosas que hasta entonces le habían sido indiferentes; con la humedad y el frío de las madrugadas va acelerando también su enfermedad. Cada vez que Potain la examina está a punto de perder la paciencia para siempre; no hay régimen que se cumpla con semejante enferma, no hay tratamiento que dé siquiera un asomo de reacción. Para un observador superficial, cierto es, no hay todavía ningún signo de alarma. Ni enflaquecimiento, ni cansancio, ni palidez. Tal vez en el rostro algunas súbitas llamaradas de calor; tal vez en las manos, la humedad de las transpiraciones abundantes. Pero la sordera va creciendo y se hace cada vez más notoria a pesar de sus precauciones y sus disimulos; y la tos también, tenaz, insistente, agotadora, amenaza ahogarla por momentos.

A fuerza de desearlo, María Bashkirtseff ha conseguido en buena parte ahuyentar la sombra terrible que ya ha visto rondar en torno suyo. Pero un día en que devorada por los sufrimientos, se hace examinar a escondidas de su familia por un médico de barrio a quien exige la verdad, escucha de labios de éste, como en una lección de clínica, la descripción minuciosa de su estado: el oído, perdido irremediablemente; el pulmón derecho, gravemente lesionado; el izquierdo también, aunque un poco menos. Esperanzas de curar, ninguna; posibilidad de mejorar, quizá, a condición de alejarse de París, viajar a Italia o Niza, y cumplir al pie de la letra los remedios terribles de la medicina de entonces: los vejigatorios y las puntas de fuego.

Al bajar la escalera del consultorio, María Bashkirtseff observa que las piernas le vacilan un poco, pero a la noche, frente a las páginas del *Diario*, pasa en revista su propio estado como un jugador de corazón que apilara sus fichas una a una para lanzarlas íntegramente sobre el último número. Ni grandes gritos, ni quejas inútiles. Un solo reproche, cierto es, uno solo que tiene algo de infantil y de burlón: "Dios es malo". ¿Tristeza de creyente que reniega de su Dios? Nada de

eso. Simple queja contra el destino, el azar, la mala racha. Simple queja para aliviar el alma demasiado tensa, como un suspiro o como un sollozo. Porque esta chica valiente no cree en Dios.

Creía en Dios cuando todo lo esperaba de voluntades ajenas a la suya: aquel buen Dios de su infancia como un viejo abuelo bonachón, a quien pedía juguetes o tesoros (12). El mismo Dios a quien en la página primera de su *Diario* pide que le dé el duque de Hamilton, como si fuera este, un juguete también como los otros. Un ser supremo al servicio de sus deseos, un ser todopoderoso que le evitara disgustos, que la protegiera en la vida, que le allanara las dificultades: ese fué también el Dios de los comienzos de su adolescencia. Cuando quería ser reina, cuando aspiraba a cantar (13). Pero tan pronto fué creciendo en seguridad y en propio dominio, sintió que aquel Dios ya no le era necesario. Y un día escribió en su *Diario* esta frase, tensa y apretada como una leyenda de medalla: "La plegaria es el consuelo de los que no pueden actuar" (14). Su incredulidad, más que desencanto, era comprensión certera de los elementos que van tejiendo nuestra vida: los que están al alcance de nuestra voluntad y podemos en gran parte corregir; los que están más allá de nuestras fuerzas, y contra los cuales sería una necedad, indignarse o desafiarlos. Pero María Bashkirtseff era demasiado impaciente para no querer a veces apresurar la marcha de las cosas: y a menudo consultaba por eso, gitanas y sonámbulos. Sufrió además, muchas miserias en su propio organismo, para no desesperarse también y tener miedo: y por eso, a menudo, recaía en las creencias de su infancia. Pero esas recaídas eran abandonos y desalientos momentáneos, de los que se curaba a fuerza de reflexión y de serenidad. Las revueltas lecturas de sus comienzos habían ido adquiriendo con los años cierta madurez de fruta en sazón, y poco a poco empezaron a diseñarse en su mentalidad algunos rasgos poco firmes pero elocuentes: la religión de la ciencia cantada por Renan, el culto del hecho reverenciado por Taine, la preocupación del documento humano, elevado hasta el dogma por Zola.

(12) *Journal*, I, 25.

(13) *Journal*, II, 57.

(14) *Journal*, II, 135. Ver también, I, 144.



La conciencia oscura, pero no por eso menos cierta, de su muerte próxima, vino ahora a poner a prueba su incredulidad. A los 12 años, la muerte de una vieja amiga de la casa la dejó absolutamente indiferente. A esa edad, en efecto, se estima tan sinceramente que los viejos son una sobrecarga de la vida, que se asiste a su partida sin dolor. En el velorio de la vieja amiga, María Bashkirtseff comprendió a lo sumo que había allí un dolor ajeno que en ella no encontraba ningún eco, y hasta puso una crueldad burlona en esta pintura del velorio: "¿Qué decir de aquella escena? Dolor a la derecha, dolor a la izquierda, dolor en el techo, dolor en el suelo, dolor en la llama de cada cirio, dolor en el aire mismo" (15).

Algunos meses después, la muerte de un hombre joven y simpático, la turba y la emociona. "Mamá estaba acostada — dice— y todos nosotros a su alrededor, cuando el doctor que venía de casa de los Paton, nos dice que Abramovich ha muerto! Es terrible, increíble, extraño. Me cuesta creer que haya muerto. No se puede morir cuando se es joven y amable. Cosa espantosa la muerte" (16). Nada de burla ahora, nada de indiferencia. A los doce años es tan incomprensible la vejez, que la muerte de una anciana parece perfectamente lógica dentro del orden de las cosas. El rayo en ese caso cae tan lejos de la chica que ni siquiera ésta ha escuchado la descarga. Pero la muerte de un muchacho joven —joven como ella, alegre como ella— la ha sentido en cambio, como un peligro cercano, pavoroso, que no tiene ya nada de remoto o de imposible. La muerte deja de parecer entonces, algo extraño y lejanísimo como hecho para seres distintos de los jóvenes: y aunque siempre monstruosa, oscura y horripilante, se la empieza a mirar como capaz de acercarse hasta ellos y tocarlos.

Desde el fallecimiento de aquel muchacho, María Bashkirtseff se cuidó de hablar de la muerte con despreocupación casi sonriente. Si alguna vez la menciona de pasada, se apresura a corregirse. Tres años después, por ejemplo, escribe: "Es en Roma donde yo desearía vivir, amar y morir. No, mejor dicho, desearía vivir en donde me encontrara mejor, amar en todas partes, morir en ninguna" (17). Pero si la muerte como

---

(15) *Journal*, I. 28.

(16) *Journal*, I. 35.

(17) *Journal*, I. 137.

peligro más o menos próximo fué un fantasma que consiguió sin esfuerzo ahuyentar de su conciencia, en cambio empezó a sentirla bajo esa forma más sutil, menos mortificante, pero casi continua que significa la sensación angustiosa del tiempo que pasa, de los días que corren, del torrente en fin que a sabiendas o no, nos arranca todas las horas una partícula del antiguo ser que fuimos. Para una ambiciosa como ella el tiempo asumía rango de problema urgente, vívido, desesperante. Cuando se espera —y durante años María Bashkirtseff no conoció otra cosa que la impaciencia de esperar— la expectativa agota casi más que un largo esfuerzo. Dos días antes de su primera hemoptisis —el 8 de julio de 1876— escribía desde su casa de Niza, con la humillación fresca aun de su amor por Antonelli: "No se vive más que una vez, y pierdo yo esta vida preciosa, encerrada en la casa, no viendo a nadie. No se vive más que una vez, y me echan a perder la vida, y me hacen perder el tiempo inútilmente. Y pensar que estos días que transcurren, se van y abrevian mi vida" (18). Más que preocupación de la muerte, hay aquí ansiedad de vivir, apetencia por gozar la vida, protesta airada contra los que la mortifican o la engañan. La idea de la muerte se desliza sin duda por debajo, como una de esas corrientes poderosas que sentimos y no vemos. Pero no asoma todavía, con ese tono patético que los primeros cien mil muertos de la guerra ruso-turca le inspiraron: "Estoy inquieta con lo que está ocurriendo en Rusia. ¿Cuál es el ser suficientemente desgraciado o suficientemente despreciable para olvidar su patria en peligro? . . . Palabra espantosa, desesperante, horrible, repugnante! Morir, Dios mío, morir. Morir sin haber dejado nada tras de mí. Morir como un perro, morir como las cien mil mujeres cuyo nombre está apenas grabado sobre sus tumbas!" (19). Ya hay aquí, en esta queja, una resonancia personal muy distinta de las otras; y más angustiosa cuanto más adjetivos acumula para expresar su retroceso horrorizado ante esa cosa enorme que no sólo la puede absorber en el vacío, sino borrar para siempre los rastros de su paso.

Pero la guerra concluyó, mil otras cosas la interesaron.

(18) *Journal*, I, 192. En igual forma, I, 382.

(19) *Journal*, I, 390.

y la preocupación de la muerte volvió a pasar a esas oscuras regiones del alma en que la sentimos todos como a una amenaza sorda, pero muy rara vez, como a un peligro cierto. El silogismo famoso que circula desde hace siglos por los manuales de lógica: "Todos los hombres son mortales. Sócrates es hombre, luego Sócrates es mortal", nos parece inobjetable para Sócrates, pero sin ningún sentido para el mismo ser que lo piensa (20). Sócrates en ese caso, es un ser abstracto, genérico, encarnación vaga de una especie condenada a morir; pero cada uno de nosotros no se siente un ser abstracto, sino una realidad concreta, personal, única, con un largo pasado rebosante de dolores y de alegrías, con un porvenir incierto, pero rebosante también de dichas y de penas. Qué Sócrates muera, allá él con la lógica y sus silogismos; pero que cada uno de nosotros seguirá por idéntico camino, aquí no, ni lógica ni silogismo: sería demasiado "espantoso, desesperante, horrible, repugnante".

Las cosas empiezan a cambiar cuando una enfermedad terrible nos descubre de pronto que ese Sócrates del silogismo está viviendo en nuestra carne, y que es también nuestra propia muerte la que se afirma en su conclusión inapelable. En los momentos de abandono y de lasitud, cuando la laringitis primero, la sordera después, le mostraron cruelmente la fragilidad de su organismo, María Bashkirtseff había hablado muchas veces de Dios y de la muerte (21) y había pensado más de una vez en redactar su testamento (22). Mas tan pronto el desfallecimiento se esfumaba y la reacción aparecía, otra vez las necesidades del trabajo y de la vida hundían, en un segundo plano, a la preocupación paralizante. Pero después de la consulta a escondidas, el destino había dado a su vida un viraje brusco: sabía que iba a morir, y a morir a corto plazo.

Su buena institutriz, no hacía mucho tiempo, había muerto también tuberculosa. La larga enfermedad la tuvo postrada muchos meses, y la había ido descarnando de una manera tan horrible que el día en que María Bashkirtseff se decidió a vi-

(20) Tolstoi ha desenvuelto magistralmente esa oposición entre la "idea" y el "sentimiento" de la muerte, en *La muerte de Ivan Ilitch*, que es en mi opinión el más perfecto de sus cuentos. Lo conozco en la versión francesa de Boris de Schloezer, editor Stock, París, 1927.

(21) *Journal*, II, 190, 260, 284, 426, 556.

(22) *Journal*, II, 135, 142, 191, 494.

sitarla, creyó que se había encarado con la muerte misma (23). Tuberculoso también estaba su padre por entonces. Dos años atrás, había consentido en devolverle su amistad, aunque no su cariño; y hasta había realizado un fugaz viaje por Rusia, con todas las apariencias de una reconciliación, pero inspirado en realidad por un motivo bien mezquino: el de no asistir en París a un gran triunfo de su rival Luisa Breslau (24). Mitad por rencor, mitad por repugnancia de la muerte, no se mueve de París cuando el padre entra en agonía; y aunque luego siente que le remuerde el alma, (25) se ve que en ese instante podía más en ella su propia seguridad que el ímpetu de un cariño que durante tantos años había aprendido a sofocar.

Además de sus propias angustias, los sucesos ajenos le recordaban así la muerte a cada rato, y a pesar de su labor y de su fiebre de pintora, cada vez que la tensión de su voluntad se le aflojaba, le brotaban del alma los secretos temores. "Esta tarde —escribe el 29 de agosto de 1883— durante el reposo de la modelo, me puse a dormir en el diván, y soñé poco después que estaba acostada con un gran cirio a mi derecha". Bajo la impresión de ese sueño, siente miedo. Miedo de morir, sí. Pero aunque lo imagina horrible, "no espera nada de Dios" (26).

Por fortuna para ella, el trabajo empieza a darle una nueva dicha: quizá la mejor de sus dichas. Bastien-Lepage, el brioso muchacho cuyas huellas sigue en la pintura, es su amigo y consejero. Visita su casa, charla con ella largas horas, la estimula y la anima. María Bashkirtseff, con la exageración que pone en todo lo que admira, ve de inmediato en él, "al más grande retratista que haya existido en el mundo desde los comienzos hasta nuestros días" (27). Y como en esa edad las admiraciones demasiado intensas se transforman en amor rápidamente, empieza a notar que los súbitos rubores recomienzan y que falta muy poco ya para que sus inquietudes empiecen a alimentar a esta otra gran pasión. Sin abandonar el proyecto de las *Santas Mujeres* —el cuadro aquel del entierro de Jesús en que la alegoría y la leyenda serían interpretadas

(23) *Journal*, II, 289.

(24) *Journal*, II, 270.

(25) *Journal*, II, 499.

(26) *Journal*, II, 495.

(27) *Journal*, II, 562.

con técnica realista— María Bashkirtseff había enviado al salón de 1883, una cabeza de mujer, de pintura franca y agradable, pero que no la dejó del todo satisfecha. Más consciente de su arte ahora, (28) más segura de sí misma por la manera cómo su admirado Bastien empezaba a tratarla y corregirla, María Bashkirtseff se decidió por fin a *concentrarse*, a reunir sobre un solo punto sus energías hasta entonces dispersas, a apretar en un esfuerzo supremo sus disposiciones hasta entonces desunidas. El Salón de 1883 aun no se había clausurado, cuando trabajaba ya para el de 1884 en una nueva tela, arrancada a una escena de la calle: seis pilletes de París, de un humilde barrio obrero, conversan en una esquina sobre los últimos detalles del plan de la pandilla. Uno de los grandes, el de la derecha, con la expresión a la vez, canalla y picaresca, dirige a todas luces a su grupo; el más chico, de espaldas al espectador, se muestra tan bien plantado que se lo adivina orgulloso de asistir a aquella conspiración de gente grande. Una escena de la calle, en fin, simpática y tierna, que podría llegar a constituir un éxito seguro si María Bashkirtseff pudiera trabajarla con tesón. No pocas dificultades encuentra para ello. Durante el día el esfuerzo la sostiene y la aturde; pero durante la noche, los temores recomienzan: “He soñado anoche que habían puesto sobre mi cama un ataúd y que decían que había en él una muchacha. En la obscuridad de la noche, el ataúd resplandecía” (29). Ciertamente es que las primeras satisfacciones públicas que las pinturas anteriores le habían dado, consiguen entonarla un poco; a la “mención honorable” obtenida por su cuadro en el Salón del 83, se añade en estos días la entrevista que le solicita uno de los diarios más importantes de San Petersburgo.

Todo eso lo considera poco, sin embargo: el éxito ruidoso debe llegar y es necesario que llegue. Desde la primavera de 1883 hasta la de 1884 —la última primavera que ha de ver— trabaja desesperadamente: con la huella amarilla de un vegigatorio, bajo la clavícula derecha; con las cicatrices de las puntas de fuego, en las espaldas. A excepción de la mucama, nadie sabe sus llantos, sus gritos y sus miedos. Para to-

---

(28) *Journal*, II. 457.

(29) *Journal*, II. 467.

dos sigue siendo la misma; y apenas si para ocultar la mancha que tanto la mortifica sobre el pecho, ha añadido como si fuera un capricho, un ramo de flores en su tocado. Tanta es, sin embargo, su fiebre de vivir y trabajar, que esperanzas absurdas se le ocurren a veces: en la palidez tuberculosa — se dice —; y cada uno se esforzaba en parecerlo; “¿por qué mi tisis no podría ser imaginaria?”. La fiebre de todas las tardes la vuelve, sin embargo, a la realidad. Verdad es que un día, en que se sentía con fuerzas ilusorias, se atrevió a escribir: “estoy todavía en una edad en que se encuentra embriaguez hasta en morir” (30). Pero no fué esa más que una embriaguez de acceso o de delirio. Un lento desfallecimiento que cada vez se iba haciendo más pesado, le arrastraba desde las espaldas con una fuerza tal que “se sentía —dijo— demasiado triste para quejarse” (31). Con no disimulado terror, vuelve a examinar su cuerpo desnudo (32). Sus bellos senos de otros tiempos, que la colmaban de orgullo, han perdido ya su elasticidad y su firmeza; asoman las escápulas bajo la antigua redondez de las espaldas, y sobre las rodillas se dibujan los músculos como en un cliché de anatomía. “Morir es una palabra que se dice y que se escribe fácilmente —anota—; pero pensar, creer que uno va a morir muy pronto... ¿Es que yo lo creo acaso? No, pero lo temo”.

El éxito ruidoso de su *Grupo de pilletes* en el Salón de 1884, le procuró por un tiempo, la dichosa embriaguez por la que hacía tantos años venía suspirando. Ella, en verdad, aguardaba una medalla. No se la dieron. Pero a pesar de eso, durante muchos días saboreó el éxito pleno: con alegría evidente pasa en revista los elogios que le dispensan los críticos más autorizados; y una noche, al escribir su *Diario*, cuenta con orgullo que en ese solo día ha firmado cinco autorizaciones para reproducir su cuadro.

Bastien-Lepage, el maestro bien amado, no está por desgracia junto a ella para compartir su triunfo. Enfermo del mismo mal de María Bashkirtseff, anda en esos momentos por Argelia buscando un clima mejor para su cuerpo, y casi al mis-

(30) *Journal*, II, 531.

(31) *Journal*, II, 533.

(32) *Journal*, II, 545.

mo tiempo que la discípula, confiesa él también igual angustia: "No tengo miedo de la muerte. Es poca cosa morir... pero lo importante es sobrevivir y ¿quién está seguro de imponerse a la posteridad? En fin... estoy diciendo tonterías... Trabajemos de verdad, y el resto es nada" (33). El violento sol de África no ha podido avivar las fuerzas que se extinguen. Un mal día hasta los pinceles, se le caen de las manos; y cuando vuelve a París en junio de 1884, ya no es nada más que una sombra que arrastra un pobre cuerpo agonizante.

María Bashkirtseff no es mucho más. Exteriormente, sin embargo, no se observan todavía los estragos, y tiene, además, para disimularlos, su voluntad poderosa. Pero cuando a fines de junio lo visita a Bastien en su atelier de la calle Legendre, se impresiona casi tanto como en su visita anterior a la pobre institutriz. Para recibirla dignamente, Bastien ha querido pararse y salirle al encuentro. Con torpeza sólo ha podido dar algunos pasos, y a María Bashkirtseff le pareció notar que se avergonzaba de mostrarse a sus ojos tan cambiado. Disminuído, por la enfermedad, el grande hombre le parece ahora un pobre chico que es necesario mimar. A los pies de su *chaise longue*, lo ha estado animando con su charla; ella que tantas buenas palabras necesita. Por vez primera en su vida, el duro corazón de María Bashkirtseff ha visto nacer un sentimiento nuevo: "un sentimiento maternal —escribe— muy tranquilo y muy tierno, del cual me siento orgullosa como de una fuerza". Y con ese sentimiento maternal, entreteje ahora su último amor: el más alto de todos porque está construído con ternuras.

A partir de ese instante, las últimas páginas del *Diario* se iluminan con un resplandor de crepúsculo. Hasta ese momento María Bashkirtseff sólo había conocido la ambición; desde aquella visita, conoce también lo que es ternura. Este amor suyo, en efecto, no es ya un instrumento más para ascender: vive de bondad y de sacrificios, y ella que sabe que el menor enfriamiento puede llevarla a la tumba, atraviesa todo París para mostrarse coqueta y agradable junto al lecho de su niño grande (34). La bondad que en sí misma ha des-

(33) *Henry Roujon. Bastien Lepage*, p. 68. editor Lafitte, Paris. Colección de "Les Peintres illustres".

(34) *Marie Bashkirtseff racontée par elle même*, p. 222.

cubierto le lleva, además a contemplar con otros ojos, muchas de las acciones suyas en las que sólo había puesto el egoísmo más desnudo. "Casi no pasa un solo día —dice— sin que me atormente el recuerdo de mi padre. Yo debí marchar a Rusia y cuidarlo hasta el final. El no me lo ha pedido porque era como yo. Pero ha debido sentir mi ausencia como una crueldad" (35).

Mientras tanto la doble agonía continúa. La que parece más fuerte morirá primero, pero se siente tan feliz de quemar por amor de su Bastien los pocos días que le quedan, que ya no sorprende encontrar en el *Diario* expresiones de un cariño transparente: "Tengo unas ganas locas de llorar por él. ¿Qué nombre puedo darle a este dulce sentimiento que siento yo por Jules (Bastien)? Me parece que es una ternura muy grande y muy profunda. Desearía estar constantemente al lado suyo. Y cuando su rostro se contrae de dolor, ganas me dan de tomarle las manos y quedarme así junto a él, horas enteras" (36).

A principios de octubre, María Bashkirtseff ya no puede salir. Nada más que de vestirse se fatiga. Pero no quiere rendirse. Por no acostarse, pasa las tardes cambiando de sillón en sillón, con el pensamiento en sus cuadros inconclusos, con el dolor de no poder visitar a ese "pobre Bastien" que tampoco se levanta de la cama. El 11 de octubre, sin embargo, un suceso extraordinario ocurre. Casi llevado en hombros por su hermano Emilio, Jules Bastien Lepage se presenta a visitar a María Bashkirtseff que sabe agonizante. Con almohadones le improvisan un lecho junto al sillón en que la enferma se reposa extenuada, entre encajes y sedas con todos los matices del blanco. Al verla así, los ojos del pintor se dilatan de alegría:

—Ah, si yo pudiera pintar, dice. Y María Baskirtseff, se alza para decir: —Y si yo también pudiera

Cuatro días después, el diario se interrumpe.



# **CURSOS y CONFERENCIAS**

*Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores*

Aparece el 30 de cada mes

La revista publicará las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dicten en el **COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES**, revisadas y autorizadas por los profesores mismos.

En su sección de comentario a libros y revistas procurará reflejar, además, cuanto aparezca de significativo en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio caudal, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

*Suscripción anual, 12 \$ — Número suelto, 1\$50*

*Exterior, anual, 1 libra esterlina ó 5 dólares*

*Dirección y Administración: Belgrano 1732.  
Buenos Aires - Argentina*

---

## **COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES**

La formación del **COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES**, expresión de la iniciativa privada, responde al siguiente fin:

Contará con un conjunto de cátedras libres, de materias incluidas o no en los planes de estudios universitarios, donde se desarrollarán puntos especiales que no son profundizados en los cursos generales o que escapan al dominio de las Facultades.

Ofrecerá sus cátedras a profesores universitarios de reconocida autoridad, y a las personas que, fuera de la Universidad, se han destacado por su labor personal. También organizará conferencias aisladas y fomentará los trabajos monográficos y las investigaciones originales, como complemento de los cursos del Colegio.

Ni Universidad profesional, ni tribuna de vulgarización, el **COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES** aspira a tener la suficiente flexibilidad que le permita adaptarse a las nuevas necesidades y tendencias.

Germen modesto de un esfuerzo en favor de la cultura superior, espera la contribución material, intelectual y moral de todas las personas interesadas en que aquella sea un elemento de acción directa en el progreso social de la Argentina.

## APARECIERON

*Introducción a la Sociología*

por Raúl A. Orgaz

*Anatole France*

por Luis Reissig

*Educación y Plenitud*

*Humana*

por Juan Mantovani

## EN PRENSA

*Ambición y Angustia de los  
Adolescentes*

por Anibal Ponce

**EDITORIAL C. L. E. S.**

BELGRANO 1732 U. T. 38-Mayo 2432

de 9 a 12 y de 16 a 20 horas

# CURSOS y CONFERENCIAS

## CONTENIDO:

Felipe COSSIO del POMAR — LOS "ISMOS"  
EN LA PINTURA CONTEMPORÁNEA: III.  
\* *Neo-impresionismo.*

José TUNTAR — LAS LUCHAS SOCIALES EN  
LA ANTIGUA ROMA: III.

Francisco ROMERO — SOBRE LOS CARACTE-  
RES GENERALES DE LA FILOSOFÍA ACTUAL.

Salvador MAZZA — LA ENFERMEDAD DE  
CHAGAS.

Héctor P. AGOSTI — CRÍTICA DE LA RE-  
FORMA UNIVERSITARIA: I. *El surgimiento  
de la reforma.*

René BERGER — EL PROBLEMA DE LAS  
REPARACIONES Y LOS PAGOS INTERNACION-  
NALES: I.

Aníbal PONCE — DIARIO INTIMO DE UNA  
ADOLESCENTE: VII. *Ensayo de clasificación.*

Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores

Secretaría: BELGRANO 1732

BUENOS AIRES

# ESPASA-CALPE S. A

HA PUBLICADO:

## **Vida de Martín Fierro**

Por JOSE MARIA SALAVERRIA .

Glosa amena, erudita y profunda del inmortal poema gaucho de Hernández. El amor que por la Argentina siente Salaverría le ha llevado a escribir uno de sus más bellos libros.

Precio ..... \$ 2.75

## **Siluetas Románticas**

Por PIO BAROJA

El gran escritor vasco reúne en este volumen una nutrida serie de breves semblanzas biográficas de curiosos personajes históricos, hombres y mujeres de pasión y aventura.

Precio ..... \$ 2.75

## **Tierra Mía**

Por ARTURO CAPDEVILA

Preciosa guía poética de la Patria: canto, en la más bella prosa, de la creciente grandeza de las ciudades argentinas.

Precio ..... \$ 2.75

### OTRAS OBRAS DE INTERES

Carlos, Emperador de Occidente, por D. B. Wyndham, \$ 3.30 — *Notas de una vida*, por el Conde de Romanones, \$ 4.40 — *Educación y Sociología*, por Emilio Durkheim, \$ 2.75 — *El destino, revelado por las manos*, por Giovanni Tassani, \$ 8.25 — *La idea socialista*, por Henri de Man, \$ 3.85 — *El musicismo escultural*, por Jean Royère, \$ 3.30 — *Almansa*, por Alfonso Danvila, \$ 2.75 — *Amor y Pedagogía* (nueva edición), por Miguel de Unamuno, \$ 2.75.

DE venta en todas las buenas librerías o en

**ESPASA-CALPE S.A.**

TACUARI 328

BUENOS AIRES



**Biblioteca del Colegio Libre  
de Estudios Superiores**

- Volumen I:**  
**PROBLEMAS DE PSICOLOGIA INFANTIL**  
por ANIBAL PONCE
- Volumen II:**  
**ENSAYOS DE FILOSOFIA BIOLOGICA**  
por NARCISO C. LACLAU
- Volumen III:**  
**LA CONSTITUCION DE LOS POLISACARIDOS**  
por VENANCIO DEULOFEU
- Volumen IV:**  
**ARQUEOLOGIA Y ESTETICA DE LA  
ARQUITECTURA CRIOLLA**  
por ANGEL GUIDO
- Volumen V:**  
**BIOLOGIA DE LA GUERRA**  
por JORGE F. NICOLAI
- Volumen VI:**  
**EL CONTINENTE ROJO**  
por AUGUSTO BUNGE
- Volumen VII**  
**LECCIONES SOBRE COOPERACION**  
por NICOLAS REPETTO
- Volumen VIII:**  
**INTRODUCCION A LA SOCIOLOGIA**  
por RAUL A. ORGAZ
- Volumen IX:**  
**EDUCACION Y PLENITUD HUMANA**  
por JUAN MANTOVANI
- Volumen X:**  
**ANATOLE FRANCE**  
por LUIS REISSIG

**EN VENTA:**

**BELGRANO 1732 — U. T. 38 - 2432**  
Pida ejemplares a la Secretaría del Colegio

## NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LETRAS,  
ARTE, HISTORIA, FILOSOFIA Y  
CIENCIAS SOCIALES

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI  
ROBERTO F. GIUSTI

SARMIENTO, 1479  
BUENOS AIRES

## A T E N E A

REVISTA DE CIENCIA, LETRAS Y  
BELLAS ARTES

Publicada por la  
UNIVERSIDAD  
de  
CONCEPCION

SANTIAGO — CHILE

## REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA  
HISPANICA

Director:

J. GARCIA MONJE

APARTADO, 533

SAN JOSE — COSTA RICA  
CENTRO AMERICA

## E U R O P E

LA PREMIERE REVUE FRANCAISE  
DE CULTURE INTERNATIONALE

PARAISANT LE 15 DE  
CHAQUE MOIS

LES EDITION RIEDER

7, PLACE SAINT-SULPICE  
PARIS

## M O N D E

Directeur:

HENRI BARBUSSE

Grand journal hebdomadaire, internatio-  
nal, d'information littéraire, artistique,  
scientifique et sociale.

Prix d'abonnement:

Etranger, 1 an, 90 francs

Redaction et Administration:

50, Rue ETIENNE-MARCEL  
PARIS

Se reciben suscripciones en la revista  
NOSOTROS: Sarmiento, 1479, Bs. Aires

## CLARIDAD

REVISTA DE ARTE, CRITICA Y  
LETRAS

Tribuna del pensamiento  
izquierdista

Director:

ANTONIO ZAMORA

Administración:

SAN JOSE, 1641  
BUENOS AIRES

APARECE MENSUALMENTE  
Precio: 0.30 centavos

UIZ HERMANOS, Madrid - NICOLA ZANICHELLI, Bologna - FELIX ALCAN, Paris  
EMISCHE VERLAGSGELLSCHAFT m. b. H. Leipzig - DAVID NUTT, London  
G. E. STECHERT & Co., New York - F. MACHADO & Cia. Porto  
THE MARUZEN COMPANY, Tokyo.

**Año 28. REVISTA INTERNACIONAL DE SINTESIS CIENTIFICA**  
**IENTIA"** *Publicación mensual. — (Cada cuaderno de 100 a 120 páginas).*  
Directores: F. BOTTAZZI - G. BRUNI - F. ENRIQUES  
Secretario General: Dott. PAOLO BONETTI.

**UNICA REVISTA** que tiene verdaderamente colaboradores en todo el mundo. . .  
**UNICA REVISTA** de difusión mundial.

**UNICA REVISTA** de síntesis y de unificación de la ciencia que trata todas las  
nes fundamentales de todas las ciencias: matemáticas, astronomía, geología, física, química,  
a, psicología, etnología, lingüística; de historia de las ciencias; y de filosofía científica.

**UNICA REVISTA** que por medio de investigaciones entre los más eminentes sabios  
itores de todas las naciones (*Sobre los principios filosóficos de las diferentes ciencias; Sobre  
s importantes cuestiones astronómicas del día; Sobre la contribución de los diferentes países  
rrrollo de los ramos de la ciencia; Sobre las más grandes cuestiones biológicas, etc., etc.*)  
todos los problemas fundamentales que llamen la atención de los sabios y de los intelectuales  
o el mundo y al mismo tiempo constituye la primera tentativa de organización internacional  
vimiento filosófico y científico.

**UNICA REVISTA** que puede tener en calidad de colaboradores a todos los más  
sabios del mundo.

o se publican en la lengua natural de sus autores y en cada cuaderno está adjunto un  
ento llevando la traducción francesa de todos los estudios cuyo original no es francés.  
to la revista puede ser leída aún por los que conocen tan sólo el idioma francés. (*Pidanse  
nos gratuitos de ensayo al Secretario General de "Scientia" Milano, enviando - a título de  
lso de los gastos de correo y envío - 50 céntimos de sellos postales del país de origen.*)

PRECIO DE SUSCRIPCION: L. 150

Fuertes rebajas se conceden a los que suscriben a más de una anualidad

informes directamente a "SCIENTIA" Via A. De Togni, 12 - Milano 116 (Italia)

## THE JOURNAL OF PHILOSOPHY

This periodical is the organ  
of philosophical discussion  
in the United States. There is  
no similar journal in the field  
of scientific philosophy. It is  
published fortnightly and permits  
the quick publication of short  
contributions and prompt reviews  
of preliminary discussions.

7 116 St., New York City

\$.00 per annum. post free  
20 cents per copy.

## ERKENNTNIS

zugleich Annalen der Philosophie

Im Auftrag der Gesellschaft für empirische  
Philosophie, Berlin, und des Vereins Ernst  
Mach in Wien herausgegeben von

R. Carnap und H. Reichenbach

Jährlich 6 Hefte mit 30 Bogen zu RM 18.—

Diese Zeitschrift für wissenschaftliche Philo-  
sophie ist nicht festgelegt auf die Methode  
eines philosophischen Systems, sondern will  
Philosophie nach den Methoden der Einzel-  
wissenschaften treiben, allein aus der Frage-  
stellung konkreter Probleme heraus.

Die Beiträge sind vor allem aus den  
Grenzgebieten der Mathematik, Physik, Bio-  
logie, Soziologie usw. entnommen, in denen  
diese Wissenschaften in philosophische Fra-  
gen einmünden. Mitarbeiter der "Erkennt-  
nis" sind daher nicht nur Philosophen, son-  
dern auch Fachwissenschaftler, die an der  
Grundlagenforschung ihrer Disziplin Interes-  
sieren sind. Philosophie und Fachwissenschaft  
zu lebendiger und fruchtbringender Arbeit zu  
vereinigen, ist das Ziel der "Erkenntnis".

Probeheft versendet auf Anfordern

FELIX MEINER VERLAG IN LEIPZIG C 1

# LIBRERIA DE TOMAS PARDO

MAIPU 620 U. T. 31, Retiro 0496 BUENOS AIRES

Esta casa posee un gran surtido en obras científicas y literarias que renueva constantemente pues se reciben novedades por todos los correos y publica mensualmente una bibliografía que envía gratuitamente a quien la solicite.

TAMBIEN TIENE A LA VENTA NUMEROS SUELTOS Y RECIBE INSCRIPCIONES A

**CURSOS Y CONFERENCIAS**

(REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES)

## Colegio Internacional de Olivos

(Premiado con medalla de oro en la Exposición Universal de San Francisco de California)

DIRECTOR: FRANCISCO CHELIA

Alumnos Pupilos, Medio Pupilos y Externos. - Enseñanza Secundaria y Primaria - Incorporado al Colegio Nacional. Se preparan Alumnos durante las vacaciones

Este Colegio, considerado uno de los más perfectos internados de Sud América, está admirablemente ubicado sobre las barrancas de Olivos, en una extensión de cuatro manzanas, con vista al río. Amplios jardines, campo de FOOTBALL, cancha de pelota, etc. Dormitorios, comedores y clases construidas según las más modernas y mejores disposiciones al respecto. Gabinete de física, química e historia natural.

A DOS CUADRAS DE LAS ESTACIONES DE OLIVOS (F.C.C.A.) Y BORGES (F.C.C.B.A. y R.)

Número del teléfono: 90, OLIVOS



## Los "ismos" en la pintura contemporánea

Por FELIPE COSSIO DEL POMAR

### III

#### NEO-IMPRESIONISMO

Hasta el post-impresionismo existió cierta unidad en el proceso del arte. Los historiadores han podido seguir la coherente evolución de los estilos. Desde el neo-impresionismo el uso de la palabra escuela es arbitrario; para poder clasificar el nuevo arte tenemos que fundarnos en una vaga similitud de métodos de expresión y de teorías artísticas.

Comencemos por declarar que la palabra neo-impresionismo es una denominación falsa. Al profano le hace creer que se trata del desarrollo del impresionismo. Pero no es cierto. El neo-impresionismo representa, al contrario, un movimiento de reacción contra el impresionismo, de oposición, de purificación y búsqueda que era necesario. Mientras el impresionismo es un período de la pintura que empezó con Constable y terminó con Monet, sometiéndose sin razonamiento a las nociones de la forma, el post-impresionismo rechazó esa sujeción, trató de penetrar en la forma inherente del objeto y desechó la noción "a priori" de las cosas, heredada del Rena-

cimiento. No se funda en la visión personal para interpretar, sino busca la esencia del objeto mismo para realizar su estructura latente.

El aspecto del arte iniciado por el neo-impresionismo y las tendencias que le sucedieron, coincide con las actuales manifestaciones del mundo social; la misma falta de coherencia y unidad, la misma ausencia de autoridad y el mismo desprecio por la tradición. Con las teorías del post-impresionismo, el arte cede a la influencia científica y abandona su concepto sentimental para buscar una finalidad universal.

Como el movimiento neo-impresionista funda sus primeros pasos en una base científica "a priori", la mayor parte de sus cultivadores no se vieron preocupados ni disturbados en su creación por razonamientos filosóficos; de modo que sería anticiparnos si nos ocupáramos de la filosofía de la belleza, y de las doctrinas estéticas con que psicólogos y artistas comenzarían a convulsionar más tarde el ritmo del arte.

Para clasificar el carácter elemental del neo-impresionismo, convendría señalar su iniciación basada en el dualismo, objetivo y subjetivo, de sus teorías. Al través del proceso histórico del arte hemos asistido al predominio del ideal abstracto en la época clásica, al predominio subjetivo durante el romanticismo y, por último, vemos al impresionismo agotar todos sus recursos en la expresión material del mundo externo.

Con el neo-impresionismo se restablece la relación del objeto a sujeto y se completan las tres etapas de la experiencia estética: primero, la percepción o captación del objeto; segundo, la reacción del sistema afectivo ante la forma del objeto captado, tercero, la reacción de la mente del espectador ante la esencia del objeto, su contenido; quiere decir, ante la obra artística.

El neo-impresionismo viene a coincidir con el interesante concepto que sobre la belleza tenía Schelling. Según este filósofo, el arte es el resultado de una concepción de las cosas, en la cual el sujeto se somete al objeto o al revés. La belleza es la percepción de lo infinito en lo finito. El arte es la unión de lo subjetivo y de lo objetivo. De la naturaleza y de la razón, de lo conciente y de lo inconciente. Y la belleza es también la contemplación de las cosas sencillas, tal como

existen en sus prototipos. Ni la ciencia ni la destreza del artista producen la belleza, sino la idea de la belleza que está en él.

Es en los agudos trabajos de Bergson, científicos en su base a la vez que filosóficos en su fines, donde podemos encontrar una explicación al proceso de la expresión artística que puede aplicarse tanto al arte del pasado como al arte presente.

En unos párrafos interesantes de su libro "La Risa" nos explica que de tiempo en tiempo, en un momento de inconciencia, la naturaleza se revela a las almas que no tienen interés intelectual ni práctico en la vida. No ese desinterés intencional, lógico, sistemático, que resulta de la reflexión y de la filosofía, sino con aquel desinterés natural, que se manifiesta de un momento a otro por una virginal manera de ver, oír y pensar.

Un hombre se dedica a los colores y a la forma, y porque le gusta el color por el color y la forma por la forma, aunque su percepción se distraiga con el interés que presta al objeto, se le revelará la vida interna de las cosas en su forma y color. Luego al participarnos a su vez el descubrimiento, nos sorprenderá de pronto la novedad, pero al menos por algunos minutos nos habrá distraído de los prejuicios de forma y color a que estamos acostumbrados. "Así el descubridor realiza la más alta ambición del arte, que consiste en revelarnos nuevos aspectos de la naturaleza".

Estas palabras resumen la revolución en las ideas que acompañan y sancionan la revolución en el arte contemporáneo. Prueban que el advenimiento de la pintura cezariana no proviene del empobrecimiento de la fuente de inspiración artística, sino de una nueva forma mental, psicológica, de plasmar nuestras sensaciones.

Con estos preliminares, entremos en el análisis de los artistas representativos del Neo-impresionismo: Cezanne, Renoir, Van Gogh, Matisse (1) y Echevarría.

\* \* \*

---

(1) Aunque la pintura de Matisse muestra varias tendencias, por sus caracteres generales, puede clasificarse entre los neo-impresionistas.

La obra de Cezanne exterioriza ante todo una gran prueba de voluntad, un poder sobrehumano ejercitándose en buscar un nuevo orden intelectual. Sólo así nos explicamos la profunda modificación que produjo en el arte de la pintura y el ascendiente que tuvo en todos los artistas de Europa. Cuando la impresión fugitiva, el hecho sin comentarios constituían el motivo o argumento de la pintura y la literatura, apareció el empirismo de Cezanne como un refugio, grosero si se quiere, pero sólidamente edificado, donde se podían encontrar elementos para nuevas generalizaciones. En realidad la obra del maestro de Aix, que terminaba con el impresionismo, aprovechó su contingente de materiales como un legado.

La pintura de Pablo Cezanne ha sido por mucho tiempo confundida con la de los maestros del impresionismo. Y esto se explica. Comenzó a pintar al lado de ellos. Ocupó en el seno del grupo un puesto modesto, un poco en el segundo plano, condescendieron a que expusiera y trabajara al lado de los maestros, y le ayudaron a sacudirse del pesado fardo de la tradición; dejó de lado a Daumier, a Delacroix, a Corot, a los flamencos e italianos, que lo llevaban maniatado con su despótica seducción. Los consideró en adelante sólo como testigos que uno tiene el derecho de invocar. Al buen Pissarro le debió todo esto. Sus consejos le ayudaron, como otrora a Manet, a Gauguín y tantos otros, a pintar al aire libre y a limpiar de su paleta los medios tonos terrosos.

Zola, su compañero de niñez, lo presentó a Manet. Al contacto del grupo naturalista, vibró su refinada sensibilidad. A pesar de tener un carácter huraño, tímido y reflexivo, llegó a entusiasmarse con las preocupaciones de sus amigos; los siguió en sus excursiones por provincias y con ellos aprendió a ver la vibración de la atmósfera, los mil reflejos de la luz en el agua, en las nubes y en la tierra.

Inició una nueva forma de "representar la naturaleza", como él decía. Aquí hay una equivocación en la frase de Cezanne: la palabra "naturaleza". El artista pensaba en la apariencia externa de las cosas visibles al ojo, cuando su deseo era "representar" las cosas por ellas mismas, en relación con su sensibilidad, y escapar así a la reproducción mecánica. Cezanne nos trajo, sin ser filósofo, una concepción metafísica de

la pintura. La noción de que existe, fuera de la tradición y de la historia, una visión "real" e independiente del mundo externo. Algo nuevo, intocado. La materia prima en plena sustancialidad, incontaminada por el intelecto o por la emoción.

\* \* \*

Importa decir donde nació Cezanne, porque fué en la misma ciudad provinciana de Aix en Provenza donde realizó su obra y conoció a Zola. Al lado del ilustre fundador del realismo pasó una niñez estudiosa y salvaje y vivió las virgiliañas emociones del amor a la belleza del campo. Cuando después de cuarenta años de ausencia, pasados en París, regresó a su provincia, encontró los mismos campos, los mismos bosques donde se refugiaba al atardecer, los mismos riachuelos donde desnudo, con la cara al sol, daba gritos chapoteando el agua cristalina. Pero estaba solo, sin amigos, muertas en su corazón las ilusiones paganas. Para vivir la monótona aventura provinciana tenía un amigo: su arte. El arma rutilante prestada por los impresionistas aun la manejaba torpemente. Pero era bastante para desdeñar con ella la meladigencia, la estupidez, los prejuicios y la incomprensión que le rodeaban. La conciencia de su superioridad lo hacía vivir indiferente entre aquellas pobres gentes. Huía de la sociedad por un sentimiento sin parentesco con la vanidad que aislaba a Jean Jacques Rousseau o el rencor agresivo que empujara a Gauguin fuera de la civilización.

La caja de pinturas y el cabellete eran el pretexto para huir de las visitas, hacerse sordo al escarnio y la maledicencia campesina.

"Ese burgués salvaje y mal vestido que se dedica a pintar, está indudablemente loco", repetían los aldeanos al ver pasar al extraordinario personaje, con el chaquet siempre manchado de pintura, la nariz colorada, el cráneo ovoide, las pupilas lacrimosas, la pequeña barbilla mal peinada; tal como se representa en varios auto-retratos que ha dejado. Sólo los pobres lo querían.

Como tenía una renta que le permitía vivir holgadamente, tenía que defenderse de los explotadores que veían en él

una fácil presa. En suma, nadie en la pintoresca ciudad de Aix y sus alrededores lo tomaba en serio. Su amor al terruño le hacía resistir estoicamente los contratiempos. Podía vivir en París, encontrarse de nuevo rodeado de amigos y admiradores, pero reclamado por su arte y conciente sobre todo de su fuerza, prefirió quedarse y vivir con la intensa labor de sus experiencias artísticas en el vasto laboratorio de los campos de Provenza.

Ahí encontró el escenario apropiado para su pintura, en la masa rígida de los villorios, casas amontonadas, geométricas agrupaciones de muros grises, patinados por siglos de soles y lluvias. Ningún ambiente mejor para interpretar la forma despojada de ornamentos, el paisaje sin follajes barrocos, la perspectiva sin accidentes.

Su intención era confrontar su visión interior con la naturaleza sensible, para luego expresar un aspecto sólido, simple, categórico de las cosas. Las colinas, las montañas, los volúmenes de verdura, en la pintura de Cezanne comenzaron a revestirse de un lirismo macizo, un ritmo monótono pero severo y sonoro, una expresión de masas y líneas donde se reflejan sus cualidades de gran colorista.

El aspecto inconcluso de las telas de Cezanne dan, al que no esté iniciado en su idea, una impresión de descuido, de temas que han sido ejecutados de mala gana, de naturaleza trunca por falta de aplicación. Parece que el artista se hubiera limitado a dar toques aquí y allá, a tomar notas esenciales, reproduciendo instintivamente diversos objetos sin darse el trabajo de seleccionarlos.

Y Dios sabe, sin embargo, el cuidado con que yuxtaponía sus tonos sobre la tela. Renoir decía que nunca le vió colocar una pincelada al lado de otra sin que armonizaran.

En realidad, cada trazo, cada tono de color, representa un trabajo enorme, una espiritualización progresiva del objeto, la extracción, a costa de grandes esfuerzos, de los elementos sensuales que constituyen su origen.

Tenía la costumbre de decir que todas las formas de la naturaleza se podían reducir al cono, al cilindro y a la esfera. Esto lo tomaron algunos artistas al pie de la letra y los indujo a errores. Cuando Cezanne decía esto, era en un sentido figurado. Se refería a la apariencia de las formas en un universo

abstracto. Pero hacia ese universo se cuidó bien de incursionar. No era hombre capaz de jugar con la fantasía ni traspasar de los límites de lo concreto. No ha existido un artista de su categoría tan desprovisto de imaginación. Su tarea era empírica; tenía la profunda perseverancia del sabio sin nada de la imaginación del artista. Fué incapaz de inventar o combinar figuras, de buscar un motivo en los hechos cotidianos, un tema lírico, la realización de un sueño, un mito, una anécdota como pretexto de creación, ni poner en relación dos seres que se juntan en el dolor o la alegría de la vida; nada donde interviniera la fantasía. Grandes paisajes desnudos, aldeanos, niños, bebedores alrededor de una mesa, bañistas a la margen de un río, los caminos bordeando la aldea, planos de montañas y casas, los famosos bodegones, manzanas, cebollas; olor a cocina y olor a vino en las mesas rústicas.

Algunos críticos creen que detestaba el "motivo noble". Como sostenía que su objeto era "rehacer frente a la naturaleza lo que hacía Nicolás Poussin", han acusado al maestro de Aix de ser un realista limitado a copiar, desprovisto de fuerza creadora. Se olvidan que no constituye una copia la necesidad de tener ante los ojos el tema para escribir sus variaciones.

Se proponía pintar lo que veía. Mantenía intacta esa inocencia de los primeros años, contraria a los hartazgos del hombre vivido, cansado de pensar y repleto de desengaños por haber gozado o por haber sufrido demasiado. Dominando como dominaba el oficio, Cezanne no quiso o no pretendió ser lírico. ¿Por austeridad? No; no hay pintores más austeros que los españoles. Sin embargo, Velázquez, Carreño, Rivera, el Greco, todos fueron poetas en el sentido creador que le daban los griegos. Por eso, la única explicación que puede darse al caso de Cezanne, es su ineptitud imaginativa.

Esta impotencia imaginativa tomaba singulares apariencias; si no conociéramos el valor plástico de su obra, comparable con las mejores, dudaríamos de su fuerza creativa.

Tenía la costumbre de buscar en las revistas ilustradas y hasta en los periódicos de modas, siluetas que ampliaba y coloreaba con el candor de un niño. Era incapaz de inventar un movimiento que se combinara armoniosamente con las actitudes y los gestos de alrededor.

Su obra está desnuda de sentimentalismo o moralidad. De ella no se desprende ninguna lección más que la del arte plástico puro. Hasta cuando trata de componer esos curiosos grupos de personajes desnudos en medio de árboles, bajo los grandes cielos, su intento de producir una melodía sensual se ve frustrado, pues no logra expresar ninguna intención psicológica o literaria.

Sólo frente al "motivo" se revelaba su genio de pintor, según algunos, el mayor de todos los tiempos. Abstraía y simplificaba hasta el límite de la abstracción y de la simplificación.

Para Cezanne el universo es sólo un tema interesante para encerrar en una arquitectura reducida a su más sobria y al mismo tiempo más sólida expresión. Para pintar cualquier cosa tomaba dos puntos de partida: los matices suntuosos y la obscuridad transparente, cuidándose de no perder las grandes líneas sumarias entre las cuales apercibía un determinado aspecto de la vida. Así llegaba, poco a poco, a fuerza de colorido, a dar a su forma un tan poderoso volumen, que quedaba como dando vueltas en el espacio. Entonces expresaba en figuras geométricas su satisfacción: "Cuando se alcanza la riqueza del color se llega a la plenitud de la forma". Realmente el tono le parecía una secreción de la forma. Con el color la buscaba, la definía lentamente, haciéndola ganar en opulencia, en pesada madurez, en armonía sombría.

Para este artista lo más importante en la naturaleza es el plano. No le interesa que el objeto sea rodeado exactamente en todo su contorno y se termine en todos sus detalles. Lo principal es que esté en su lugar de profundidad con respecto a los otros objetos, que la degradación de sus bordes le den al mismo tiempo una existencia propia, y que el mundo con relación al objeto y el objeto con relación al mundo se compenetren y solidaricen.

A los "Ismos" continuadores les deja la tarea de pulir la frase.

Cezanne les da la estructura, la gramática, para que escriban bellos párrafos con las invenciones del espíritu. Ha enseñado a la posteridad el lugar de las superficies planas y curvas. Sus paisajes vistos de lejos tienen la apariencia de retazos de un planeta, desprovistos de vida local, reducidos a las



masas esenciales que definen su construcción. Son menos importantes sus personajes sin elegancia, siempre en actitud de "posar", pero hay tal nitidez en el contorno, su forma se define con tal fuerza, que se pueden considerar saturados de color; llegan a la forma plena.

Nos dan una sensación inmediata y material. Tres manzanas en un plato; un motivo que visto al natural no nos interesaría para nada, asume en los cuadros de Cezanne una importancia eminente. Bajo el esplendor de las cortezas verdes o granates de las manzanas percibimos la materia; frutas, manteles ajados, botellas, instrumentos, todo transparenta el esfuerzo requerido para lograr una sabia comprensión de las cosas. "Seguiré siendo, escribía en las postrimerías de su carrera, seguiré siendo el primitivo de la ruta que he descubierto" (1). Al emplear la palabra primitivo no se refería a los pacientes imagineros del trecento; la palabra primitivo para él tenía el significado de arcaico que le dió su ilustre contemporáneo Gauguin. "El arte primitivo procede del espíritu y amplía la naturaleza. El arte que se hace llamar refinado procede de la sensualidad y sirve a la naturaleza. La naturaleza es la servidora del primero y el amo del segundo. Convirtiéndolo en su servidor, haciéndose adorar por el artista, lo envilece. Así es como hemos caído en el abominable error del naturalismo que comenzó con los griegos de Pericles" (2).

Cezanne representa la reacción contra el naturalismo; el primitivo que coincide con la simplicidad del espíritu heleno.

Otra de las características de Cezanne, que se advierte en muchos pintores geniales, es la necesidad absoluta de pintar sin descanso.

No podía sustraerse a la tarea desde la mañana hasta la noche. En medio de los reproches de su mujer, pasaba con su paleta y sus telas de un cuarto al otro de la casa, o exploraba los rincones del campo, obedeciendo al imperativo mandato. Tenía que pintar, sin importarle que sus cuadros gustasen o no. Una vez terminado un cuadro, no le interesaba más: comenzaba otro sin cuidarse siquiera de firmarlo. Quedaban en la casa llenando los armarios, detrás de los muebles,

---

(1) Pierre Courthion "Cezanne". Edit. "Les Documentaires", Paris.

(2) Pablo Gauguin. *Notes éparses*.

en el granero. Servían muchas veces de entretenimiento a su hijo, que recortaba siluetas de las frutas; otras veces la señora les daba mejor utilidad empleando el revés, "la parte limpia" como decía, para frotar los pisos.

Felizmente hubieron gentes, quizás una decena, que vigilaban sus pasos y que veían crecer ese monumento metafísico construido con la paciencia del gran pintor. Ellos salvaron de la destrucción sus primeras obras, las mismas que a Cezanne, años después, le parecían insufribles.

Ellos enteraron al mundo el día en que un mal repentino le dejó muerto en el campo ante una tela inconclusa. Se anunció entonces que uno de los más grandes pintores, en el sentido estricto de la palabra pintor, había desaparecido. Si se le ignoró hasta entonces, es porque el mismo Cezanne nunca quiso ser perturbado en su vida solitaria, plena de savia creadora. Fué su propia voluntad la que lo mantuvo ajeno a las alabanzas, con el orgullo de su valer, que conocía. Cuando se tiene la fe en si mismo que tenía Cezanne, hasta el punto de proclamarse el mayor pintor de Europa, se puede hacer lo que él hizo: vivir y morir solo.

Vendrá el día en que se denunciarán las debilidades técnicas del artista, se denigrará su pintura, se le encontrará un dibujo demasiado sumario, un empaste exagerado sin motivo, una torpeza en la ejecución y sabe Dios qué otros faltas. Ese día el verdadero Cezanne habrá triunfado. No aquel que se imita por todas partes multiplicando las largas pinceladas cargadas de pintura, los platos y fruteros deformados, la línea ambigua de los frutos, sino el maestro de una actitud, el profundo creador del paisaje, el pintor de la esencia de las cosas, el artista emotivo por excelencia por haber hecho expresarse con tanta elocuencia al mundo inanimado.

\* \* \*

En el centro del movimiento neo-impresionista se desarrollan dos corrientes: una representada por Cezanne que tiende a arquitecturar el universo fuera de todo sentimentalismo y otra, representada por Renoir, que pugna por volver a la expresión del sentimiento, manteniéndolo ajeno a cualquier

fin moral, con el solo objeto de producir emociones bellas, de crear una armonía poética en los juegos de luces y de líneas reveladas por el propio objeto.

Mientras el impresionismo se obstinaba en rechazar la intervención del espíritu en la composición pictórica, Renoir con una imaginación casi tan rudimentaria como la de sus antiguos compañeros, los impresionistas, hacía intervenir su poderoso instinto de pintor, componiendo una armonía personal, sin por esto abandonar la misma preocupación de la forma que tenía Cezanne. Sin embargo hay una gran diferencia de aspecto entre las obras de uno y otro pintor. Mientras Cezanne, en un esfuerzo voluntario, obligaba a la naturaleza a moldearse en su propio sistema, Renoir encuentra, sin esfuerzos, formas que se compenetran y colores que se armonizan en un himno a la sensualidad. Mientras el uno eliminaba sin cesar, el otro añadía constantemente. Renoir, como Cezanne, salió de las filas del impresionismo, del que guardó toda su vida el pequeño toque de pincel.

La historia de Renoir es aún menos interesante que la de Cezanne.

Como todos los impresionistas sufrió el desprecio y la agresiva actitud del público. Esperó paciente, en una vida metódica, de obrero sin inquietudes, que le llegase el turno en la consagración. Y le llegó como a sus compañeros. Laureles y fortuna no modificaron en nada sus costumbres. Siguió en su laboriosidad realizando imperturbable su obra, sondeando infatigable el aspecto de la forma.

A Renoir se le vé y se le palpa en sus pinturas.

Partió de Monet para alcanzar a Rubens, atravesando un mundo, carnal hasta lo indecible. Claudio Monet partió de la forma inmediata, realizada por Courbet y Manet, escudriñando hasta los más mínimos reflejos de la luz sobre la corteza de los objetos; Renoir partió también de los reflejos de luz y sombra sobre esta corteza, pero giró alrededor de la forma, la construyó sólidamente sin perder la relación con su emoción lírica. Fué así como llegó al alma y a la relación coherente de los objetos.

No hace mucho el gobierno francés organizó una exposición de sus obras en París. Los muros de las salas del museo

de las Tullerías resplandecieron con los tonos vivaces de sus cuadros. Las formas y el color parecían extraídos de un pozo sensual inagotable. Renoir, con la molecular vibración de sus pequeños toques, hace rutilar sobre la forma sumaria y redonda la magia de su sabia coloración. El poema carnal se espiritualiza por la palpable contracción del artista. Al contrario de Cezanne, se detiene en detalles, pero sus composiciones llevan una ventaja sobre las del maestro de Aix: la unidad.

En las obras de Renoir no hay un gesto aislado que no esté en perfecta relación con su expresión interior. Muchas veces, para dar mayor fuerza a esta expresión en sus figuras, las deforma voluntariamente, alarga o acorta los torsos, redondea exageradamente el cuello y los brazos, infla los muslos y los glúteos que parecen querer estallar bajo la tensión vibrante de la piel.

En los cuadros de su última época una coloración carminada emerge de los tonos nacarados, plateados, esmeraldas y turquesas, enrojeciendo todo. Sangre en los claveles y en los senos desnudos, en los cielos, en los troncos de los árboles. La visión del artista, envejecido, parece exasperada; como si su sensualidad irritada se desquitara en el color lo que no podía traducir en pinceladas violentas, al verse enfermo, en lamentable contraste con la manifestación plétórica de la vida que amaba.

En las manos tullidas tenían que amarrarle el pincel para trabajar. Así continuaba entonando un himno optimista a la vida. Renoir es un Rubens que ha dejado el lluvioso ambiente de Flandes para extender sus flores, sus frutos y sus mujeres bajo el sol del mediodía.

No se complace en pintar la pujante musculatura del "hombre toro"; lo hubiera considerado un artificio para dar la sensación de solidez. Prefería al barroquismo de las musculaturas, las delicadas redondeces del modelo femenino. Son conocidos sus realistas amores y su preferencia por las aldeanas fornidas. Son sus criadas y sus modelos. El rojo de las manos sufridas se extiende, uniforme, hasta las caras redondas y chatas. Uno de sus motivos preferidos es la "mujer aseándose". Ningún parentesco entre estas mujeres que se lavan y las elegantes escenas de "toilettes" de Fragonard o Boucher.

Todo en Renoir es material, conciso, real. La historia de la vida animal y del espíritu que contiene. Desde los pequeños seres prendidos a los senos ubérrimos de las madres jóvenes, las niñas de pelo rojizo, la nariz aplastada y los ojos ávidos mirando al mundo, las actitudes familiares, el abandono, la alegría, el reposo, hasta la meditación de los viejos saboreando su cansancio en la paz asoleada de los estíos.

\* \* \*

Otro de los grandes pintores que aprovecharon de las enseñanzas de Cezanne y de los impresionistas fué Vicente Van Gogh, a quien puede considerarse, por su manera especial de construir con el color y por el gran espíritu que ponía en sus obras, entre los neo-impresionistas. Por más grande que haya sido su pintura resulta aún más interesante la aventura del hombre. Una explica la otra, y fué la vida heroica del artista la que atrajo la atención sobre su arte y le dió gran parte de su prestigio. A fines del siglo pasado casi todos los psiquiatras, patólogos y hasta criminalogistas, trataban del "caso Van Gogh" para plantear el problema irresuelto del genio y de la demencia.

El día que su arte disminuía en importancia, lo que no es improbable, quedará siempre en pie la leyenda de su vida como un poema doloroso. Conocemos su autorretrato: "El hombre de la oreja cortada", de un patetismo impresionante, en que la locura flota entre llamaradas de cromos, de rosas y de verdes. Es la historia de Van Gogh.

Los mercaderes en acecho explotaron la tragedia del hombre arrastrado por la locura desde Rotterdam hasta París, y de París a las aldeas luminosas del sur de Francia, hasta acabar en un manicomio con un tiro en el estómago. Fué el motivo para ensalzar la obra del artista, llevándola hasta alturas inmerecidas. Porque no fué ni tan genial como pretenden los interesados, ni tan mediocre como claman sus detractores: Van Gogh es simplemente un mártir en la vida y un maestro en la pintura contemporánea.

Debutó como buen pintor de la tradición neerlandesa. Ayudado por su hermano, llegó a París, donde comenzó por

copiar a Delacroix para caer luego bajo la influencia de las estampas japonesas y la coloración de los impresionistas. Poco a poco cambia de principios, varía sus armonías y sin crear una gama, adoptó algunos tonos de los que se servía con gran habilidad. Al contrario de algunos impresionistas, no empleó los complementarios sino colores similares. Gauguin, con quien compartió sus tareas en Arles, en la época más brillante de su pintura, nos relata en su libro "Avant et Apres" sus recuerdos de Van Gogh.

"Antes que nada, el desorden que existía en todas sus cosas me exasperaba. La caja de pinturas no podía cerrarse, tal era la cantidad de tubos de pintura a medio usar, siempre destapados. Me admiraba como, a pesar de todo este desorden, este revoltijo, los colores pudieran resplandecer de tal manera en la tela. En sus palabras también existía la misma incoherencia. Daudet, los Goncourt, la Biblia, quemaban juntos el cerebro del pobre holandés. Arles, los muelles, los puentes, los botes, todo el Mediodía se convertía en la Holanda para él. Hasta se olvidada de escribir en holandés. Como se ha podido ver por la publicación de las cinco cartas de su hermano, sólo escribía en francés y eso lo hacía admirablemente, a pesar del abuso de las conjunciones. Con todos mis esfuerzos para encontrar en ese cerebro desordenado una razón lógica, no he podido explicarme todo lo que había de contradictorio entre su pintura y sus opiniones. Así, por ejemplo, tenía una admiración sin límites por Meissonier y un odio profundo por Ingres. Degas lo desesperaba y Cezanne no era sino un farsante. Pensando en Monticelli lloraba".

Respecto a su procedimiento técnico también nos hace interesantes revelaciones: "Cuando llegué a Arles, dice Gauguin, Vicente se había metido de lleno en la escuela neo-impresionista y avanzaba penosamente, por lo que sufría mucho. No porque esta escuela, como todas las demás, fuese mala, sino porque no correspondía a su naturaleza, tan poco paciente y tan amante de independencia.

Poniendo amarillos sobre violetas, con ese trabajo de complementarios, trabajo desordenado por otra parte, no podía nunca llegar sino a dulces armonías, incompletas y monótonas; le faltaba el sonido del clarín.

Entonces me decidí a emprender la tarea de hacerle ver claro, lo que me fué fácil, pues encontré un terreno rico y fecundo. Como todas las naturalezas originales, marcadas por el sello de la personalidad, Vicente no temía a nadie ni en nada se obstinaba.

Desde ese día, Van Gogh hizo progresos sorprendentes. Le parecía entrever todo lo que se escondía en él mismo y de ahí salió esa serie luminosa de soles sobre soles en pleno sol.

¿Habéis visto el retrato del poeta? La cara y los cabellos amarillos de cromo 1. Los vestidos amarillos de cromo 2. La corbata amarilla de cromo 3, con un alfiler esmeralda sobre un fondo amarillo de cromo 4. Al verlo exclamaba un pintor italiano: "Todo es amarillo: Dío! ya no sé lo que quiere decir pintura".

Sería demás entrar en detalles sobre su técnica. Esto lo digo para confiarles que Van Gogh, sin perder una pulgada de originalidad, ha aprovechado conmigo una enseñanza fecunda. Y cada día me hacía presente su agradecimiento. Es lo que quiere significar cuando escribe a Albert Aurier diciéndole que debe mucho a Paul Gauguin."

\* \* \*

No se puede tomar tan al pie de la letra las afirmaciones de Gauguin. Lo cierto es que Van Gogh no perdió su personalidad y que antes de conocer a Gauguin poseía esa fuerza original de expresar la forma y usaba con igual habilidad la misma riqueza de colorido. Desgraciadamente por la atención que ponía el artista en el efecto inmediato de los colores sobre la tela, sin meditar en la futura reacción del tiempo sobre su química, estos no han conservado toda su brillantez; y sólo en raros casos muestran la frescura de sus primeros tiempos.

El amor propio que ponía Gauguin en sus juicios críticos, que muchas veces eran contradictorios, le lleva a afirmar que Van Gogh era romántico cuando en realidad era un naturalista, quien, como dice Morice, ve su romanticismo exaltado por el amor a la naturaleza. Este amor exaltado lo traduce en gritos de color libre. Su misticismo lo arrastra hasta el panteísmo. Adora los cielos, los árboles, los caminos, las flores,

los hombres. Los ve al través de su prisma y los pinta como los ve, sin por eso apartarse de la verdad. Siendo siempre justo, su arte es sobradamente expresivo.

\* \* \*

La gran lección comenzada por Cezanne se prolonga hasta el presente en varios artistas notables: Henry Matisse, en Francia; Juan Echevarría y Solana en España; Cassorati y Oppi en Italia.

Matisse, precedido por Seurat, Bonnard, de Segonzac y otros artistas, deja a un lado la expresión del volumen y, basándose puramente en los colores del impresionismo, los condensa en un decorativismo alegre.

Con Matisse entramos en un film fugaz del arte contemporáneo después de haber asistido al proceso reflexivo y paciente de la creación pictórica de Cezanne.

Jacques Emile Blanche (1) nos hace una interesante presentación de Matisse: "La primera vez, dice, que me hizo sus confidencias me reveló su método. Cuando viaja por el sur, después del desayuno sale con el caballete y las pinturas. Al mediodía o ha terminado un esbozo con firma y todo, o lo ha considerado malogrado y decide repetirlo al día siguiente. Hacer las cosas al "primer intento", fallar o acertar, es el propósito de Matisse que está al otro extremo de la calma de Cezanne."

A esta descripción Blanche podremos agregar unas palabras de Matisse con su propio juicio:

"La expresión para mí no debe encontrarse en la expresión que irradia de una cara, o se hace evidente en la violencia de un gesto. Hay que buscarla en toda la disposición de mi cuadro, en el lugar ocupado por las figuras, en el espacio vacío que las rodea, en las proporciones. Todo desempeña un papel. La composición es el arte de arreglar de una manera decorativa los varios elementos que el pintor usa para expresar un sentimiento. En un cuadro cada una de las partes debe ser visible y debe participar en esta composición, principal o secundariamente, como más convenga. Todo lo que no tenga utilidad en

(1) De *David* Degas. Edit. Emile Paul Freres. París 1931.



un cuadro es por ésto inútil de reproducirlo. Un trabajo de arte implica un armonía "del todo": cada detalle supérfluo distraerá la mente del espectador de otro detalle que es esencial" (1).

Un sentido extraordinario del ritmo y de la línea, aún más que del color, sostiene la obra de Matisse. Su dibujo traduce toda su sensibilidad: árboles frágiles proyectándose sobre el fondo gris de un muro, perezosas actitudes de mujeres, caras transparentes de jovencitas con sonrisas tímidas; todo lo que sugiere por su abandono una intensa poesía Matisse lo precisa. La forma se convierte en elemento poético. Es así como se revela su genio, en la manera de servirse del objeto, expresión de la "unidad visual" que analizaremos más tarde. La representación de sus temas preferidos: mujeres, interiores, tapices, flores, desnudos, carecen de emoción. representan, más que todo puntos centrales, que emergen como visiones por el contraste de los fondos.

El arte de Matisse es el que se acerca más a la nueva sensibilidad que florece en otros ismos.

\* \* \*

Juan Echevarría es un neo-impresionista severo, temperamental, a veces triste por la profundidad misma de su meditación sobre la forma y el color. Un sensitivo y un estudioso. Como el poeta busca una armonía en las palabras. Echevarría trabajaba pacientemente en el acorde medido donde se funden los verdes, los rojos y violetas, en una armonía ténue y nacarada. Tiene la misma voluntad paciente de Cezanne, haciendo y deshaciendo hasta lograr la vibración de la materia. Figuras, retratos, bodegones, se destacan marcados con la fuerte personalidad del artista. Lo que en Monet es un bordado sobre la hora o la estación, en Echevarría es un tejido sólido, hecho con firmeza. En este artista el color marca la forma, no como Cezanne por la densidad del volumen y la fuerza de

(1) Citado en "The meaning of Art", por Herbert Read.

los empastes, sino por un sistema nuevo donde todos los tonos se dan cita para acordarse o contrariarse.

Son pocos los críticos que en España hayan dado el valor que merece el arte de Juan Echevarría. Una muerte prematura dejó truncada su obra, que es bastante importante para que su autor merezca un puesto de honor en la pintura contemporánea.

# Las luchas sociales en la antigua Roma

Por JOSE TUNTAR

## III

1. *La unificación de Italia.* — 2. *Imperialismo antiguo e imperialismo moderno.* — 3. *Democracia e imperialismo.* — 4. *Las tres guerras púnicas.* — 4. *Destrucción de Cartago: conquista de Africa y España.* — 5. *Conquista de los Balcanes (Iliria, Macedonia y Grecia).* — 6. *El imperio está ya hecho.* — 7. *¿En beneficio de qué clase?*

Las leyes licinias-sextias, impuestas desde abajo a través de una lucha larga e intensa entre el patriciado y la multitud plebeya, tuvieron como efecto un cierto equilibrio económico y político relativamente estable que se prolongará por el espacio de más de dos siglos. Esa larga duración de una estabilización relativa no debe sorprender, si se considera que la extensión de los ciclos y períodos históricos no depende de la voluntad humana, sino principalmente de las condiciones objetivas de la economía, en aquellos tiempos infinitamente menos desarrollada y diferenciada que la de la era del capitalismo destructor, constructor y monopolizador. Por otra parte, no se debe creer que en aquel período haya reinado una paz idílica entre las varias clases y capas sociales romanas; al contra-

rio, ahora que la igualdad política aseguraba, al menos teóricamente, la participación de todos los ciudadanos en la dirección del Estado, la lucha continuó, aunque menos apasionadamente, asumiendo aspectos que se asemejan en mucho a los de las luchas que el proletariado condujo en los países con régimen más o menos democrático en el período de expansión capitalista desde el año 1848 hasta 1914. Es en el largo período — que se extiende desde la transformación democrática de la república hasta la conquista del Mediterráneo occidental y central— en que, va desarrollándose en Roma y en Italia el proceso de descomposición, composición y reagrupamiento de nuevas clases y fuerzas sociales, incubándose los factores de la gran lucha revolucionaria del último siglo de la república. Para comprender bien las causas y el alcance de esta formidable guerra social, hay que seguir paso a paso, aunque rápidamente, el proceso de unificación de Italia y la conquista, como etapa primera y principal hacia el Imperio, de África, España y los Balcanes.

Sería un grave error suponer que los romanos acometieron la unificación de Italia guiados por el ideal de la unidad nacional. El concepto de que los habitantes de una determinada región constituyen por su común origen racial, por sus tradiciones y costumbres iguales o semejantes, por sus lazos económicos una nación, era en general extraño a la mentalidad antigua. Y si esta idea de la comunidad nacional vislumbróse a la mentalidad helénica, asumiendo un contorno bastante definido en el genio de Pericles, no por esto pasó de ser una aspiración vaga y prácticamente estéril. También y particularmente los romanos consideraban los territorios conquistados sólo como una prolongación y ampliación de su ciudad-estado. No era Roma la que debía servir a Italia y al mundo, sino el mundo e Italia a Roma. Hasta con la concesión de la ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio no se desarraigó el concepto de que el mundo era un simple apéndice de Roma. El soberbio "Civis romanus sum" siguió siendo un privilegio de los romanos de Roma.

La fuerza motriz de las conquistas romanas fué la necesidad de proveer a las exigencias de la población en continuo aumento, la que no podía encontrar por mucho tiempo su sus-

tento en un territorio reducido de 25 millas cuadradas. A las comunas conquistadas se quitaba, como hemos visto, ordinariamente un tercio de su territorio, para repartirlo, en la forma ilustrada en la conferencia anterior, entre los romanos, pero reservando una parte, la menor, del mismo como propiedad del Estado ("ager publicus"). Sujetada así una comarca, las vecinas preparaban la defensa o la ofensiva, para no hacer el lamentable fin de la otra. Roma atacaba, se defendía o contraatacaba. Avasallada, una entera región, el juego trágico y sangriento continuaba con las otras, hasta que Roma pudo concebir la posibilidad de dominar de "facto" y "de jure" sobre toda Italia. Los pueblos itálicos sometidos en esta forma entraban en un vínculo de alianza con Roma (Confederados). Así hay que representarse la unificación de Italia bajo los romanos y no como realización de un plan preconcebido, inspirado en un ideal racial o nacional, el que es producto o reflejo de la sociedad feudal-burguesa y burguesa, que se funda sobre unidades económicas más vastas que sea posible.

Después de diez años de lucha encarnizada Roma conquista y destruye (396) la poderosa ciudad de Veji, el principal baluarte etrusco al norte, cerca del Tíber; la punición fué terrible: todo su territorio fué confiscado y sus habitantes reducidos a esclavitud: otra victoria cerca de Orvieto (391) asegura a Roma toda la Etruria (Toscana) meridional. Después de la invasión de los galos y la promulgación de las leyes licinias-sextias (367) empieza la ocupación del Lacio, la que se concluye en el año 338 con la derrota de latinos y campanos cerca de Sinuesa. Los latinos conservan el derecho, de que gozaran ya antes de la guerra, de comerciar y casarse con romanos y asimismo el de adquirir la ciudadanía romana estableciendo su domicilio en Roma. Esta era ya desde mucho tiempo una ciudad completamente latinizada y la lengua latina, al amparo de la potencia del Estado romano, pudo desplazar paulatinamente los dialectos itálicos y lenguas extrañas que se hablaban en la península.

Con la ocupación del Lacio y parte de la Campania (Capua y Cumas) los romanos entran en contacto con los samnitas, pueblo montaños y belicoso que habitaba el territorio de las actuales provincias de Caserta, Benevento y Avellino. El

primer período de la guerra (326-321) termina con la derrota de los romanos y las famosas "horcas caudinas"; la guerra estalla nuevamente en el año 316 y dura, sembrando ruinas y desolación en todo el país afectado, desde el Tirreno a los Apeninos, hasta 304, año en que los samnitas, no pudiendo ya sostenerse, piden la paz y concluyen una alianza con Roma. Con la victoria sobre los samnitas, Roma, cuya influencia era ya predominante también en Etruria y Umbría, entra en el número de las grandes potencias de entonces. Cartago, la dominadora de los mares, advierte el peligro que se le va acercando, y estipula (306) un pacto con Roma, por el cual ésta reconoce a Sicilia como esfera de influencia de Cartago y Cartago a su vez reconoce a Italia como esfera de influencia de Roma. Este pacto tendía a alejar por cierto tiempo el choque que habría de estallar entre las dos grandes potencias imperialistas por el dominio del Mediterráneo.

En cuanto atañe a la política interior durante la segunda guerra samnítica, es de notar que las clases acaudaladas tuvieron que consentir, para mantener vivo el entusiasmo bélico y llenar las enormes pérdidas en las filas de los combatientes, la abolición de la esclavitud por deudas y algunas reformas políticas radicales del censor *Apio Claudio* (310), el famoso constructor de la Vía Apia, con la cual se establecía una nueva conjunción entre Roma y los nuevos territorios conquistados en Italia meridional. Las dos reformas principales fueron: a) la equiparación de los bienes raíces y los réditos para la distribución de los ciudadanos en las varias categorías y tribus que componían las asambleas de las centurias y de las tribus respectivamente; b) la concesión del voto activo y pasivo no sólo a los proletarios, sino también a los hijos de los libertos. *Quinto Fabio Ruliano*, uno de los generales más ilustres de la guerra samnítica, nombrado luego censor, logró limitar el alcance de las reformas apianas, pero sin atreverse a proponer la supresión del fondo democrático de las mismas. Las reformas de Apio Claudio, una de las más grandes figuras de Roma antigua, vinculando estrechamente a las masas al Estado, no sólo prepararon la victoria sobre los samnitas, sino que pusieron los cimientos de la gran fuerza militar que más tarde debía acabar con el poderío de Cartago.

En 298 los samnitas se sublevan de nuevo y se unen a los etruscos y a los galos de la Emilia meridional, rompiendo el sistema de fortalezas construido por los romanos desde el valle del Liri al del Aterno; la coalición triunfa en Camerino en Umbría (295), pero pocos días después es derrotada en Santinum, muriendo heroicamente el cónsul Publio Decio Mus. La guerra termina en 290 con la completa victoria de los romanos, quienes, para prevenir una nueva irrupción de los galos senones, fundan en la costa del Adriático, al norte de Ancona, una colonia romana, Sena Gálica (Sinigaglia). Otra colonia, Hadria, es establecida, también en la costa del Adriático, en el país de los picanos (Abruzzi), mientras el Samnio es encerrado en un cerco de fortalezas. Mientras tanto los lucanos continuaban sus incursiones de rapiña contra las opulentas ciudades griegas de Italia meridional (Turü, Crotón, Locri, etc.), las que se dirigieron en demanda de ayuda a Roma. Esta aprovecha en seguida la buena oportunidad que se le ofrece y envía un ejército al mando del cónsul Cayo Fabricio el Tuerto, el cual derrota a los lucanos (282), ocupa las principales ciudades dejando en ellas guarniciones romanas y avanza hasta el estrecho de Mesina, donde empieza la esfera de influencia cartaginesa. Así toda Italia meridional está en poder de los romanos, con excepción de Tarento, la plaza comercial más floreciente y más poderosa entre todas las ciudades griegas de Italia. Mientras tanto, el partido popular obtenía en Roma un nuevo suceso político a consecuencia *de otra salida de la población pobre de la ciudad*, la que esta vez se estableció sobre el Yanículo, la colina que se levanta allende del Tíber. De entre las condiciones, bajo las cuales el pueblo accedió a volver a la ciudad, conocemos sólo una de carácter político, pero es indudable que hubo también concesiones de índole económica. *Las propuestas de los tribunos en las Asambleas de la plebe, cuya aprobación ("plebiscitum") tenía fuerza de ley para todas las clases sociales, fueron declaradas libres, es decir, no sujetas, como anteriormente, a la previa opinión del Senado (ley del tribuno Hortensio)*. Como se ve, el partido dominante sabía ceder muy fácilmente en épocas de graves guerras exteriores.

En la apremiante situación en que se encontraba, Taren-

to pidió la intervención de *Pirro*, rey de Epiro. Este había acariciado desde largo tiempo el plan de fundar un gran reino que abarcase la Grecia occidental, Italia meridional (Magna Grecia) y Sicilia; acogió, pues, de muy buena gana la invitación de Tarento, en cuyo puerto desembarcó poco después con un ejército bien armado, apareciendo, por primera vez en las guerras del occidente, también un buen número de elefantes. Los romanos fueron derrotados (280) cerca de Heraclaea y el año siguiente no lejos de Ausculum (Apulia), pero las pérdidas sufridas por el ejército de Pirro fueron tan considerables y la situación en Sicilia y en Epiro mismo tan inquietante que se vió precisado a abrir negociaciones con los romanos. Una embajada de Pirro se presentó al Senado romano, el cual se mostraba vacilante ante las proposiciones que se le hacían; entonces se levantó el anciano *Apio Claudio*, el famoso ex-censor, ciego, y empezó, indignado, su oración así: "Hasta este instante me llenaba de angustia la pérdida de mi vista, pero ahora deploro no ser también sordo, para no tener que escuchar cómo estáis sacrificando el honor de Roma con propuestas y deliberaciones ignominiosas. ¿Dónde está vuestra orgullosa palabra, difundida por todo el mundo, de que, si el gran Alejandro hubiera venido a Italia para combatir contra vuestros padres y contra vosotros mismos, a la sazón todavía jóvenes, ya no sería celebrado como invencible, sino que con su huida o muerte habría contribuído a la gloria de Roma". Y concluyó: "Abandone, ante todo, Pirro el suelo de Italia y después hablaremos de paz". El Senado aceptó el consejo de Apio, se organizó un fuerte ejército y en el año 275, en la batalla de Benevento (Maliessa), Pirro sufrió una derrota aplastante. El sueño de un reino epirota-italo-sículo se había desvanecido definitivamente y Pirro tuvo que regresar a Epiro, para terminar poco después sus días que no conocieron nunca un momento de descanso. Tarento tuvo que entregarse, siendo así terminada la unificación de Italia, desde el arroyo Macra (Spezia) y el Rubicón (Rimini) hasta el estrecho de Mesina. La Galia cisalpina (valle del Po), una vez sujeta a la dominación romana, será considerada, lo mismo que Sicilia, como "provincia", vale decir, como territorio "extranjero" sometido al gobierno de Roma.



Quedaban ahora una frente a otra *Roma* y *Cartago*, siendo inevitable el formidable duelo que durará casi 120 años y terminará con la destrucción de la gran metrópoli fenicia. Pero, antes de exponer los detalles principales de la lucha que debía determinar los destinos del mundo mediterráneo, son necesarias algunas consideraciones sobre el carácter especial del imperialismo antiguo. El imperialismo moderno arrebató territorios y se adjudica colonias, semi-colonias y esferas de influencia para sacar abundantes materias primas, monopolizar mercados para la producción de la metrópoli o la madre patria, como se dice con un término eufemístico, e invertir capitales, cuya función principal es asegurar utilidades a sus poseedores. La economía antigua descansaba casi exclusivamente sobre el "material humano", siendo casi insignificante el aporte del elemento técnico; en una exportación en masa de productos o mercaderías no había, pues, que pensar, y por consiguiente tampoco en grandes inversiones de capitales, las cuales se reducían a satisfacer las necesidades del comercio, incomparablemente menos intenso que ahora, a proveer en proporciones relativamente pequeñas los créditos de guerra y a costear, en licitación y por cuenta del Estado o los municipios, la construcción de obras públicas. La economía era eminentemente agraria y con la progresiva extensión del latifundio requería "material humano" barato. Además, había que asegurar un cierto bienestar colectivo a la población de la metrópoli y a esto tenían que concurrir los territorios extranjeros conquistados mediante contribuciones e impuestos. Material humano (esclavos) y expoliación de los países extranjeros: éstos eran los móviles reales del imperialismo antiguo. Naturalmente, como ocurre hoy, las verdaderas intenciones de las clases dominantes se ocultaban ante las multitudes, de cuyo seno salían los soldados, los verdaderos conquistadores, tras promesas y frases altisonantes: más tierras a los campesinos, defensa del suelo, los altares patrios y las tumbas de los antepasados, el prestigio y el honor de la patria, etc., etc. Parece que la humanidad no ha progresado en nada, tampoco a este respecto, contrariamente a lo que van repitiendo los sostenedores de un evolucionismo indefinido y rectilíneo.

Otro aspecto del imperialismo antiguo es *su concomitan-*

*cia con la democracia política, característica esta también de los grandes imperialismos modernos. ¿Los imperios coloniales de Inglaterra, Francia, Holanda, Bélgica y las aspiraciones yankis a la supremacía económica en el Pacífico y en todo el continente americano acaso no son realidades, planes y diseños salidos de las entrañas de las varias democracias políticas burguesas? Pero, dejemos la palabra al profesor Bloch: "La política imperialista era en la antigüedad, un fenómeno necesario y concomitante con la democracia. Esto nos lo enseña también la historia de la única gran potencia griega, Atenas. La moral y perspicacia política estaban entonces demasiado poco desarrolladas para que cada individuo no considerase su inmediata ventaja personal como centro de su actividad política. Como la dirección política del Estado estaba en manos de una minoría de ciudadanos y éstos podían alcanzar un tenor de vida cómodo a costa de la colectividad, respectivamente de una mayoría económica y políticamente impotente, no había para ellos ninguna necesidad de aspirar a las fuentes exteriores de riquezas. La política imperialista de las democracias era en todos sentidos política de explotación. Con plena conciencia de la dignidad que le confería la soberanía, el ciudadano antiguo no experimentaba alegría por las tribulaciones en el campo o en el oscuro taller; antes bien, quiere que otras manos trabajen por él, así como en las generaciones pasadas las familias nobles del país habían mantenido en sujeción económica a las otras clases sociales. Por el solo trabajo de los esclavos esa cómoda situación no era de muy fácil alcance. También los esclavos costaban dinero y sangre, y por otra parte la capacidad productiva del país iba de año en año acercándose a su límite. Si se quería satisfacer el empuje de la población que exigía un posible y amplio aumento del bienestar y ganancias bastantes y fáciles, era menester hacer tributario al exterior y buscar por doquier factores de producción que, encontrándose fuera del territorio urbano, llevasen a éste cierta parte de sus utilidades. De esta necesidad surgió por todas partes en la antigüedad la política imperialista, y en casi todas la encontramos en pleno desarrollo o en su iniciación, como fenómeno concomitante de la victoria democrática, la que en territorio griego asume ordinariamente la forma de monarquía.*

popular, la llamada "tiranía". En Roma esta primera victoria de la democracia se alcanzó manteniendo la forma republicana del Estado. Pero, en el curso de la evolución, se desprendió de ella una nueva aristocracia, que logró adueñarse de toda la dirección del Estado y, continuando vigorosamente la política democrático-imperialista, explotarla y hacerla servir para sus propios intereses especiales. La nueva aristocracia (patricio y plebeyos ricos) tuvo en su contra de nuevo una democracia y nuevamente triunfó esta última, pero esta vez bajo el signo de la monarquía, bajo cuya dirección se inició una evolución distinta, correspondiente a las mudadas bases sociales". Mi disconformidad con esta última opinión del prof. Bloch la expondré en la clase de clausura del curso.

Fijado así el carácter fundamental del imperialismo antiguo, vamos a relatar, en sus grandes líneas, el largo duelo mortal entre las dos grandes potencias del Mediterráneo, Roma y Cartago. Bien es cierto que ambas hubieran podido vivir y prosperar en paz, una al lado de la otra, pero la lógica del imperialismo, aunque consiente equilibrios y treguas transitorios, es la soprafacción, porque así lo imponen los intereses de clase a quienes sirve. La época moderna, especialmente desde la primera mitad del siglo pasado, representa la encarnación más brutal y sangrienta de esa lógica, ínsita en la naturaleza misma de las sociedades divididas en clases opresoras y oprimidas.

Cartago, en aquel entonces al lado de Alejandría el más grande emporio comercial del Mediterráneo, era una colonia fenicia (púnica, como la llamaban los romanos), que poco a poco se había independizado de la madre patria (Tiro), extendiendo su influencia comercial y económica sobre todo el África septentrional desde Cirene hasta Gibraltar, sobre las islas de Sicilia, Cerdeña y Córcega, por cierto tiempo sujetas también a su dominio político, sobre las Baleares y las tico sur hasta las regiones del ecuador, alcanzando, según alcostas de España. Sus navegantes y mercaderes se habían internado hasta los mares del Norte y el Báltico y en el Atlántico sur hasta las regiones del ecuador, alcanzando, según algunos investigadores, el mismo Cabo, la punta extrema austral de Africa. Su constitución era aristocrático-oligárquica.

pero esta riquísima aristocracia descansaba sobre el comercio y la industria de entonces, mientras que la aristocracia romana había salido de la agricultura. Los cartagineses eran los ingleses de la antigüedad y en todos los puntos principales de las rutas marítimas y comerciales establecían bases navales y factorías o agencias para el intercambio de productos con las poblaciones del interior. El punto más débil de su poderío eran las fuerzas militares (flota y ejército), bien armadas, abastecidas y guiadas, *pero compuestas casi exclusivamente de mercenarios, y hasta de esclavos, mientras que los soldados romanos eran rudos campesinos, políticamente libres*. La derrota de Cartago débese principalmente a esta inferioridad, orgánica y cualitativa, al mismo tiempo, de sus contingentes militares.

La guerra estalló en el año 264, habiendo aceptado los romanos el pedido de Hierón, tirano o rey de Siracusa, de ayudarle, contra los cartagineses, dueños de la mayor parte de Sicilia. Los cartagineses fueron derrotados por tierra, pero una victoria naval parecía imposible, careciendo los romanos de una flota y disponiendo los siracusanos sólo de un escaso número de barcos. Rápidamente Roma emprende la construcción de una flota, proveyendo a los navíos de puentes especiales de abordaje, innovación ignorada por los cartagineses. En las aguas de Mila (Milazzo) los romanos obtienen bajo la dirección de Cayo Duilio, su primer victoria naval (260), destruyendo casi completamente la flota cartaginesa. Otra victoria naval la obtiene el cónsul Cayo Lutacio Cátulo cerca de las islas Egates en 242, mientras en Sicilia las fuerzas cartaginesas son empujadas hacia la extremidad occidental de la isla. La paz se concluye en el año 241 y por esa Cartago renuncia, en favor de Roma, a Sicilia y a todas las islas entre ésta e Italia. Sicilia, con excepción del territorio de Siracusa, es convertida en primera provincia romana. Así termina la primera guerra púnica.

En 238 los romanos se posesionan de Cerdeña y Córcega, afirmando que lo hacían en virtud de los términos de la paz del 241; en realidad se trataba de una brutal violación de aquella paz, por cuanto Cerdeña y Córcega estaban fuera de la línea establecida (desde el Lilibeo a la Macra). La indignación suscitada por este hecho en Cartago fué enorme.

pero estaban todavía abiertas las heridas de la reciente guerra para contestar con las armas a la violación romana. En 222 Roma sujeta a toda la Galia cisalpina transformándola en provincia y en 219 a Iliria (Albania y parte de Dalmacia). Las conquistas se sucedían, dadas las condiciones y comunicaciones de entonces, puede decirse, a paso de carga.

Para compensarse de las pérdidas sufridas en el Jonio y el Tirreno, los cartagineses emprendieron la conquista del interior de España, apoyados en las colonias fenicias de la costa y la base naval de Cartago Nueva (Cartagena). Mas, el Senado romano, al cual incumbía la dirección de los negocios extranjeros, vigilaba atentamente todos los pasos de la temida rival. En un convenio con Asdrúbal, jefe de las fuerzas cartaginesas destacadas en España, se fijó el río Ebro como límite extremo de la penetración púnica en la península ibérica, pero al mismo tiempo Roma concluía un pacto de alianza con la ciudad de Sagunto, que se encontraba aquende la línea del Ebro, establecida en el convenio con Asdrúbal; tratábase, evidentemente, de una nueva violación de parte de Roma, por cuanto, si Sagunto era ocupada por los cartagineses, Roma hubiera tenido que intervenir en fuerza del pacto de alianza. En 219 *Aníbal*, sucesor de su cuñado Asdrúbal y uno de los más grandes generales de todos los tiempos, toma Sagunto después de ocho meses de sitio; Roma considera esto como "casus belli" y así empieza la segunda guerra púnica.

Aníbal, que, aún jovencito, había jurado en presencia de su padre, Amílcar, un odio a muerte a los romanos, concibe el plan fantástico de invadir a Italia traspasando los Alpes. Y ya en el otoño del año 218, por el paso del Cenisio, se presenta en el valle del Po, agregándose a él los galos padanos, recién sujetados por Roma. Los primeros encuentros con los romanos ocurren cerca del río Tecino y poco después cerca del Trebia, afluentes del Po; en ambos los romanos quedan derrotados. Una gran batalla se libra, en 217, cerca del lago Trasimeno (Perugia) y termina con la destrucción casi completa del ejército romano; cae el mismo cónsul, el popular *Flaminio*, vencedor de los galos y constructor de la famosa vía desde Roma a Rimini. Aníbal no cree llegado aún el momento de marchar sobre Roma y se dirige hacia la Italia central y

meridional para sublevar a los pueblos sometidos contra Roma; dicho plan tuvo éxito solamente en parte, por cuanto el núcleo central de los itálicos confederados siguió siendo fiel a la metrópoli. En 216 los dos ejércitos se enfrentan en *Cannas*, donde los romanos sufren la más grave derrota que registra su historia. El camino hacia Roma estaba ahora abierto, pero Aníbal, desconfiando de sus aliados itálicos y apreciando justamente la fuerza de que disponía aún Roma, concentra a sus tropas en Capua, que le abre sus puertas, y espera a los refuerzos pedidos a Cartago. Por otra parte, Aníbal no miraba a la destrucción de Roma, sino a reducirla a las modestas proporciones de un Estado limitado a la Italia central. El gobierno romano adopta, en este momento decisivo de su existencia, un plan audaz, pero peligroso: desguarnea casi completamente el Lacio, confiando en el valor desesperado de los ciudadanos en caso de un ataque a Roma, y organiza tres ejércitos, uno de los cuales es enviado a España para impedir la llegada de los refuerzos cartagineses por tierra, el otro a las espaldas de Aníbal en Italia meridional y el tercero a Sicilia, donde la misma Siracusa había abrazado la causa de Cartago. En 212, después de un largo sitio, Siracusa es expugnada por el cónsul *Claudio Marcelo*, encontrando en esta ocasión la muerte Arquímedes, el más grande físico de la antigüedad; toda la Sicilia vuelve en poder de los romanos. En 211, habiendo Aníbal debido abandonar momentáneamente Capua, el ejército romano emprende el sitio de la misma, mientras el general cartaginés aparece de improviso ante las murallas de Roma para atemorizar a los ciudadanos y obligar al gobierno a levantar el sitio de la ciudad campana. Mas, a pesar de la maniobra estratégica de Aníbal, Capua cae poco después y es destruída como punición por la traición antes cometida. Mientras tanto, en España los refuerzos cartagineses, conducidos por el hermano de Aníbal, Asdrúbal, logran, después de muchas luchas, romper el cerco del ejército romano y penetran en Italia, en 208, pero el año siguiente (207) son aniquilados cerca del Metauro por los cónsules Livio Salinator y Claudio Nerón. La guerra estaba ya decidida y así lo reconoció el gran Aníbal, obligado a retroceder hasta el Brútium (Calabria), donde esperó en vano otros refuerzos de parte de la oligarquía cartaginesa.

ginesa, la que no había perdonado nunca a su familia el intento de establecer un gobierno popular.

Mientras Aníbal vagaba, en ocio forzoso, por las Calabrias, Roma enviaba al Africa, con un fuerte ejército, a su mejor general, *Publio Cornelio Escipión*. Apenas ahora, la aristocracia mercantil de Cartago se acuerda del gran ciudadano abandonado a su suerte en Italia y lo invita a regresar para asumir la defensa de la patria amenazada. En el año 202, en los campos de *Zama*, Aníbal es derrotado por Escipión. El día de *Zama* es el fin de la potencia cartaginesa. La paz, suscrita en 201, impone a Cartago una fuerte contribución de guerra, *la cesión de toda la flota*, el reconocimiento de España como territorio sujeto al dominio de Roma, la prohibición de emprender guerras fuera de Africa y en Africa sólo con *el previo permiso de Roma*. Todo el occidente, excepto la Galla (Francia), está por esa paz... de Versalles bajo la dominación y la influencia de Roma.

Había que conquistar ahora el flanco oriental. En el año 181 los romanos ocupan la región de los vénetos e Istria y fundan Aquilea como base naval en el Alto Adriático y baluarte de defensa contra los pueblos del norte; Iliria estaba ya en parte bajo la dominación romana; faltaban todavía Macedonia y Grecia. En 168 Pérseo, rey de Macedonia, es derrotado en Pidna y hecho prisionero por el cónsul Lucio Emilio Paulo. Macedonia es dividida en cuatro repúblicas bajo el protectorado de Roma. Con el derrumbe de Macedonia están decididos el fin de la independencia de los estados griegos y la desaparición de Cartago, la que iba reconquistando poco a poco su antiguo esplendor comercial en detrimento de las ciudades itálicas y sículas. Por haber osado Cartago defenderse, *sin el permiso de Roma*, contra Masinisa, rey de Numidia, aliado de aquélla, el Senado declaró la guerra (150), *imponiendo a los cartagineses la salida de su ciudad para establecerse en un lugar distante 15 kilómetros del mar*. A esta pretensión monstruosa que significaba la muerte no sólo civil, sino también material, los cartagineses contestaron con una defensa heroica y desesperada que se prolongó por más de tres años; apenas en julio del año 146 el cónsul *Escipión Emiliano* logró expugnar la ciudad, la que fué completamente

arraada. Polibio narra que después de la destrucción el vencedor, Escipión, denominado después Africano el Menor, vertió lágrimas de cocodrilo sobre las ruinas de la gran ciudad. En septiembre del mismo año el cónsul Mumio destruía a Corinto, último baluarte de la libertad helénica. La conquista del Asia Menor, despedazada en muchos pequeños estados, vendrá más tarde y será una empresa relativamente fácil.

El Imperio está virtualmente hecho. El Africa septentrional (desde la Pequeña Sirte a Gibraltar), España, la Galia meridional (Galia narbonense), Italia, Iliria, los Balcanes, Grecia y las grandes islas del Mediterráneo obedecen a Roma. Los campesinos y proletarios romanos e itálicos han llevado a cabo una tarea realmente colosal. ¿En beneficio de qué clase?



## Sobre los caracteres generales de la filosofía actual (1)

Por FRANCISCO ROMERO

Lo seductor de la filosofía es que, más allá de toda parcial perspectiva, nos da la línea misma del horizonte. Todos los caminos conducen, como a su fin último y natural, a esta posición última, la única que se basta a sí misma. Todos los senderos, así los del conocimiento como los de la acción, desembocan por su extremo en ella. A la filosofía se llega desde la matemática y la física, como Mach, Weyl, Bertrand Russell y tantos otros de ahora y de antes; desde la biología, como Wundt y Drie ch; desde la filología, como Nietzsche; desde la historiografía, como Croce; desde la teología, como Schleiermacher y Brentano. Se desemboca en ella partiendo de los lugares más diversos y aún más inesperados: de la oficina del comerciante, como Mainländer; del claustro monacal, como Bruno; del taller del zapatero, como Jacobo Böhme; de la cubierta del navío, como Africano Spir; del Regimiento, como Eduardo de Har'mann, y hasta del club de ajedrez, como Las-ker.

---

(1) Aligeradas de ciertas repeticiones y digresiones, útiles para ayudar la comprensión del que escucha, pero ociosas para el lector, estas páginas reproducen el texto de una conferencia pronunciada en el Centro de Estudios Pedagógicos de la Escuela Antonio Devoto, el 12 de mayo de 1934.

Esta universalidad u omnipresencia de la filosofía demuestra su necesidad, o, dicho más claramente, su *fatalidad*. La filosofía se ha definido de las maneras más diferentes y hasta contradictorias. Es difícil encontrar para ella a lo largo de su dilatada historia una definición que satisfaga ampliamente. Pero si es arduo definirla, no lo es caracterizarla e identificar la fuente eterna de donde mana. El hombre es esencialmente unidad consciente, persona, yo. Es el ser que se posee — o que aspira a poseerse — a sí mismo, que manda en sí, que se domina y que se contiene. El proceso de la civilización y de la cultura acusa cada vez más esta tendencia a la unidad y al autodomínio, este poseerse, que es armoniosa y equilibrada disciplina interior en el hombre auténticamente culto y que, como todas las cosas buenas, tiene su caricatura, que es la frialdad y la afectada indiferencia del "hombre de mundo". Por esta tendencia hacia la unidad y el autodomínio, la civilización y la cultura se desarrollan a costa de la espontaneidad, de la dispersión natural, promoviendo la aparición de las funciones de control, de las inhibiciones. De esta esencia del hombre como persona, como algo estrictamente unitario, que se manifiesta como voluntad de autoposesión y autodomínio, derivan lo que podríamos llamar el *deber de conducta* y el *deber de conciencia*. El *deber de conducta*, anterior a cualquier postura ética determinada, nos impone obrar desde el núcleo mismo de nuestro ser, es decir, desde nuestro ser como persona unitaria, de manera que cada acto nuestro sea una afirmación total de nuestro yo, y nos exige al mismo tiempo que impidamos a nuestros impulsos periféricos manifestarse por su cuenta, sin ley ni norma. Es un imperativo de responsabilidad, y esta palabra, una de las más densas y graves del diccionario, alude al poseerse a sí mismo en la acción, es decir, en el hacer y en el reprimirse o contenerse. El *deber de conciencia* nos impone poseernos en esa manera especial que es el poseerse intelectualmente en el espejo de la reflexión, el saberse. "Conócete a tí mismo", dictaba en Grecia el Oráculo como el primer precepto de la sabiduría. Y conocerse íntegramente significa conocerse y conocer el mundo, *nuestro mundo*, en su múltiple carácter de contorno nuestro, de campo de nuestra acción y escenario de nuestra vida, de parcial creación de nuestro espí-

ritu en nuestro conocimiento de él, de substancia maleable para la voluntad humana. El *deber de conciencia* nos prohíbe ignorar y olvidar. Nos manda saber hasta el límite extremo y hasta la última profundidad. Y esta exigencia de saber último es la que procura satisfacer la filosofía, aunque en la práctica lo realice con todas las limitaciones y desfallecimientos propios de las cosas humanas, sin excluir el pasajero desconocimiento de la naturaleza misma de ese saber, como ha sucedido cada vez que las cuestiones verdaderamente finales se reemplazaban por las últimas generalidades de la experiencia científica. Sabido es que los antiguos dieron a la filosofía por símbolo el buho, compañero de Palas, porque, como dice Hegel, levanta su vuelo al crepúsculo. Buen símbolo también por esa manera del buho de girar la cabeza, que es como si quisiera abrazar con la mirada todo el horizonte.

Una manifestación muy enérgica y genuina de este ambicioso deseo del hombre de saber y de saberse —que, como hemos visto, es connatural con él y está en la esencia misma de su vida— aparece en la aspiración al conocimiento perfecto y necesario. El hombre no se contenta con saber que las cosas son así, de este o de aquel modo, sino que aspira además a establecer que son así necesariamente, que no pueden ser de otra manera. Su ansia de conocimiento va más allá de la mera aprehensión del dato; es afán de inteligibilidad, de racionalidad, y le lleva a ponerse constantemente, al lado de la cuestión de hecho, la cuestión de derecho; al lado del cómo, el porqué. Y para anclar firmemente este porqué, descubre o crea más allá del orden empírico y sensible, un orden suprasensible e inmutable, de consistencia perfecta y cuyo rigor satisface todas las exigencias de la razón. Desde cierto punto de vista, la historia de la filosofía es la historia de las tentativas para descubrir la trama de este orden estable y seguro, que se supone yacente bajo la transitoriedad del orden empírico o planeando sobre él. A grandes rasgos podemos enumerar y caracterizar algunas de las maneras capitales de concebir ese orden. Una de esas concepciones es el mundo de las Ideas de Platón, mundo trascendente a las cosas reales, constituido por las Ideas, que son como paradigmas o modelos perfectos de las cosas; mundo plenamente metafísico. Otra de estas concepciones, ya

no plenamente metafísica, sino entre metafísica y lógica, nos la ofrece el Racionalismo del siglo XVII en sus grandes sistemas, que ve como al través de la carne del mundo real una especie de esqueleto ideal, entre ontológico y matemático, de una absoluta perfección lógica. Kant nos proporciona otra interpretación del orden sobreempírico, poniéndolo no ya sobre las cosas, como Platón, ni en las cosas mismas, como el Racionalismo barroco, sino en el sujeto mismo; la realidad se somete a este orden, porque sólo llega a nosotros por la mediación de ciertas actividades nuestras que son este orden mismo. Y finalmente, la fenomenología, el movimiento filosófico más vasto y coherente de nuestro tiempo, trabaja ahora en edificar o descubrir un orden equivalente, si no igual a los mencionados, afirmando la existencia de ciertas estructuras —las esencias— inmutables y fijas. Como uno de los caracteres de la filosofía actual, podemos retener el intento de reconstruir, sobre las nuevas bases proporcionadas por el método fenomenológico hallado por Husserl, el orden ideal o inteligible, en forma afín, aunque distinta fundamentalmente, a la propuesta por Platón en sentido plenamente metafísico, por la ontología lógico-matemática del Racionalismo del siglo XVII y por el apriorismo kantiano.

Para comprender otras determinaciones importantes de la filosofía actual, tenemos que hacer un poco de historia, aun a riesgo de repetir lo que todo el mundo sabe. Sólo una ojeada retrospectiva puede darnos ocasión para destacar, por diferenciación y hasta por oposición respecto al pasado, ciertas notas distintivas del presente filosófico.

La filosofía occidental moderna, desde fines de la Edad Media hasta ahora, se suele dividir en unos cuantos períodos bien definidos. El primero —que los alemanes llaman a veces *Uebergangszeit*, período de transición— es el Renacimiento, la aurora de los tiempos nuevos, que se vuelve hacia la Antigüedad clásica recién descubierta como bajo el influjo de un orfiteo. Es la época de Paracelso, de Vives, de Giordano Bruno, de Bacon. Un panteísmo fantástico, poético y místico constituye el fondo de la visión del mundo de este período, aunque se exploren con ardor casi todas las vetas del pensa-

miento griego, mientras la ciencia propiamente dicha busca su rumbo, que sólo encontrará cuando gobierne su timón la firme mano de Galileo. La época siguiente es el Racionalismo, el período de los grandes sistemas de Descartes, Spinoza y Leibniz, que ocupa todo el siglo XVII; es la época en que se constituye la nueva ciencia de la naturaleza, cuya base ponen Galileo y Descartes. El descubrimiento de los métodos y principios de esta nueva ciencia natural es uno de los dos o tres sucesos de importancia capital en la historia del pensamiento de Occidente. Sobre la pauta admirable de la nueva concepción científica, que a los hombres de aquel tiempo aparecía como la revelación del último misterio de las cosas, el Racionalismo del siglo XVII pretende estructurar todo su sistema del mundo, toda su visión de la realidad. Así se elabora la concepción mecanicista del Universo, que se ilusiona con la creencia de poder encerrar en un haz de fórmulas matemáticas el pasado, el presente, el porvenir, y que es acaso el más formidable esfuerzo del hombre para reducir a unidad inteligible la diversidad infinita de la experiencia. El trabajo posterior del pensamiento —en filosofía, desde el Romanticismo; en la ciencia, desde la crítica del mecanicismo— ha corregido y sigue corrigiendo la desmesurada ambición de esta concepción de la realidad y la ha puesto en su sitio, como un punto de vista condicionado históricamente y ya traspuesto, y no como la palabra definitiva sobre la esencia misma de las cosas; como una perspectiva que va siendo reemplazada y cuya vigencia no es de ningún modo la omnímoda y absoluta que soñaron los grandes espíritus de los siglos XVII y XVIII, en una especie de sublime embriaguez matemática.

Tras el áureo período del Racionalismo del siglo XVII, en que dominan las figuras gigantescas de Descartes, Spinoza y Leibniz, el siglo XVIII intenta aplicar en gran escala, tanto en la ciencia como en la vida, los principios descubiertos por el Racionalismo. El siglo entero se entrega a una vasta empresa de racionalización. Es la llamada Epoca de las Luces, la Ilustración, cuya figura típica y representativa es Voltaire, y cuyo acontecimiento cumbre es la Revolución. El final de esta época coincide con los primeros esfuerzos del Romanticismo filosófico, contemporáneos de Kant, que luego se pronon-

garán dentro y a lo largo del Idealismo alemán postkantiano. El Romanticismo afirma los derechos de la realidad concreta —y ante todo de la realidad humana, íntegra, histórica— contra el señorío tiránico de la razón abstracta. La Ilustración concebía un ideal del Hombre, con mayúscula, único, con la razón como supremo resorte. Cuanto se apartaba del cartabón de la racionalidad era error, cuando no se llegaba a considerarlo algo peor. Tal punto de vista era el menos adecuado para la comprensión de la historia, que, en efecto, quedaba muy malparada en el pensamiento del siglo XVIII. Contra la Ilustración, el Romanticismo significó, entre otras cosas, la justificación del hombre histórico real, de los hombres, contra el hombre artificial, sin patria ni tiempo; el reconocimiento del propio valor y sentido de cada época, la comprensión profunda de la historia humana (1).

El Idealismo alemán recoge algunos de los motivos fundamentales del Romanticismo, pero no desarrolla todo lo que estaba en éste en anuncio o en potencia. El Idealismo alemán constituye una época cerrada y bien definida, que comienza con la aparición de Fichte y termina con la muerte de Hegel; este período, de intenso brillo, es bien breve, y cuesta trabajo imaginar que todo este tumulto de pensamiento, que se arquitectura en sistemas completos y rigurosos, sucede en un plazo que sólo estirándolo llega al medio siglo. De las varias raíces del Idealismo, Kant es sin duda la más considerable. Kant, a fines del siglo XVIII, había resuelto, como se sabe, la crisis sobrevenida en el Racionalismo, con su descubrimiento del sujeto trascendental, que determina toda la realidad al conocerla y en cuanto conocida, conformándola a su manera. Era una especie de absolutismo del sujeto, del yo, fuera del cual quedaba la cosa en sí, incognoscible, inalcanzable para nuestro saber. Este yo kantiano, este sujeto omnipotente y abandonado a sí mismo en una especie de soledad imperial, poseía, por los poderes acumulados en él y por su aislamiento, una tensión interna que había de producir, apenas se le abriera un camino, la profusión metafísica que se desbordó en el Idealismo alemán. Se ve, pues, cómo este movimiento, prosiguiendo a su

(1) Sobre la actitud de la Ilustración y del Romanticismo ante la historia, véase CROCE. *Teoria e Storia della Storiografia*, en los capítulos correspondientes.

modo el pensamiento kantiano, lo continuaba y al mismo tiempo se desquitaba de la abstención metafísica decretada por Kant en una especie de orgía especulativa. En el Idealismo reconocen además los críticos el influjo de la gran poesía del tiempo y de las íntimas aspiraciones del alma germánica, hasta el punto de que ese movimiento es inseparable del despertar de la conciencia nacional alemana a principios del siglo XIX.

Este bosquejo sumario ha de tenerse presente para entender los modos típicos y diferenciales del pensamiento actual, donde aparecen también los dos momentos que parecen obligatorios en toda secuencia histórica: el de la continuidad y el de la oposición respecto al pasado.

El Racionalismo, como se ha dicho, establecía el primado de la razón. Creía que la realidad es racional, es penetrable por la razón estricta. Contra esta concepción, la filosofía actual hace plaza a lo irracional, y no sólo lo acepta provisionalmente, sino que a veces ve en él una instancia más profunda que la racional. Ya el Romanticismo, a principios del siglo XIX, reivindicaba los derechos de lo irracional. Pero es en los comienzos de nuestro siglo cuando lo irracional hace irrupción violenta en el ámbito filosófico con la llamada "filosofía de la vida", la de Nietzsche, Dilthey, Simmel, Bergson. Cada uno de ellos adopta una posición distinta, pero todos coinciden en afirmar la radical irracionalidad de la realidad y de la vida. Para Nietzsche, por ejemplo, verdad y vida son inconciliables, y la razón debe someterse al interés vital: "Fiat vita, pereat veritas", sea la vida y que perezca la verdad, es su grito. El Pragmatismo seguirá sus huellas, convirtiendo al pensamiento en un mero utensilio. Dilthey contrapone al conocimiento racional de las ciencias naturales un "comprender" intuitivo e irracional, inevitable fundamento, según él, del conocimiento en las ciencias del espíritu; muchos investigadores actuales le siguen por estos caminos, hallando de este modo una de las más ciertas superaciones del Racionalismo naturalista. Y Bergson, como es bien sabido, atribuye a la razón una función utilitaria y secundaria frente a la intuición, que es capaz, en su opinión, de conducirnos al corazón mismo de la realidad.

En algunos de los pensadores de la llamada "filosofía de

la vida", esta reacción contra el Racionalismo, esta triunfante afirmación de lo irracional, se nos aparece ahora como etapa transitoria, como el disfrute tumultuoso de la primera victoria ganada contra la razón, que imperó en el pensamiento de Occidente desde los filósofos presocráticos, desde los griegos lejanos y maravillosos que plantaron en nuestros orígenes filosóficos, como dos hitos formidables y eternos, los conceptos de ser y devenir. El Racionalismo del siglo XVII europeo, en efecto, es la continuación del naturalismo racionalista griego y toda esta línea ilustre era la que venía a contradecir el Romanticismo del siglo XIX con sus aspiraciones tan profundas como informes, y la que luego, a principios del siglo XX, quería quebrar sin reparo la "filosofía de la vida". Pasó la fiebre de aquellos primeros años de nuestro siglo, y el trabajo filosófico continuó con más calma, con menor agresividad, pero con mayor eficacia. Y si el programa de la "filosofía de la vida" no se cumplió íntegramente, muchos de sus problemas quedan en pie esperando solución. Y el Racionalismo tal como lo entendió el siglo XVII, tal como lo difundió y popularizó el XVIII, es seguro que no volverá más.

Para poner ejemplos del conflicto actual entre lo racional y lo irracional, recordemos a Ortega y Gasset en España, a Meyerson en Francia, a Nicolai Hartmann en Alemania. Ortega y Gasset, en *El Tema de nuestro tiempo* y en más de un ensayo aparte, muestra agudamente el conflicto entre lo cultural y lo vital, y aspira a una conciliación que de ninguna manera podrá lograrse por los caminos ya andados: esta conciliación, sobre nuevos supuestos, parece ser el problema que más le importa y el eje de todo su trabajo filosófico actual. Meyerson, como es sabido, ha renovado en estos últimos años la filosofía de la ciencia, sobre todo con su libro capital *Identidad y Realidad*, ya clásico. Según Meyerson, la ciencia tiene por función racionalizar la realidad, irracional en sí. Esta irracionalidad de lo real se hace patente de vez en cuando, en la forma de una resistencia a entrar en los marcos del pensamiento científico: entonces la ciencia ensancha sus moldes para que quepa en ellos el hecho nuevo. Pero este ensanchamiento progresivo de sus cuadros, de sus categorías, no quiere decir que la ciencia capte verdaderamente la realidad, porque la



ciencia no es lo que queremos conscientemente que sea, sino un producto o un proceso cultural, histórico, que obedece a ciertas leyes propias y que tiende a satisfacer ciertas necesidades de nuestro espíritu. Y estas necesidades no son propiamente las del conocer, las del puro saber, sino la exigencia de racionalidad, que en última instancia se satisface afirmando la persistencia de la identidad bajo la continua mutación empírica, la permanencia de "algo" inmutable y substancial bajo el desfile interminable de los fenómenos.

Así como ha sido en los últimos tiempos el franco-polaco Meyerson el más ilustre crítico de la ciencia, es ahora Nicolai Hartmann en Alemania el más autorizado tratadista en teoría del conocimiento. Antes, cuando aun dominaba la preocupación antimetafísica que siguió al inmoderado abuso especulativo del Idealismo alemán, se hablaba del problema del conocimiento como si fuera una cuestión autónoma, entre psicológica y lógica, que podía desenvolverse en un plano casi empírico. Hartmann, en su ya famoso libro *Principios de una Metafísica del Conocimiento*, de 1921, desvanece este error y afirma el carácter y el sentido metafísico del problema gnoseológico. La relación entre el sujeto y el objeto, que es el enigma a desentrañar, presenta ya una serie de momentos irracionales insclubles. El objeto, además, muestra un fondo incognoscible cuya presencia establece el análisis del problema, pero cuya total aprehensión está vedada a nuestra capacidad y nuestras posibilidades de conocimiento. En Hartmann se advierte muy bien esta tendencia de la filosofía auténtica de todos los tiempos y de la nueva filosofía a determinar lo que sabemos, y a circunscribir y delimitar y determinar, aunque sea en términos negativos, lo que no sabemos aún y aun lo que nunca podremos saber. La posición contraria era la del Positivismo, que se volvía de espaldas a su ignorancia, que terminaba por ignorar su ignorancia misma, en una actitud que aparentemente era de una alta modestia científica, pero que en el fondo era de una real petulancia.

Puede resumirse que lo irracional, si no halla ya proclamaciones tan insolentes y acatamiento tan incondicional como halló en los primeros años de nuestro siglo, por parte de algunos pensadores representativos de aquel momento, en cam-

bio afirma su posición y cuenta cada vez más en casi todo el ámbito de la filosofía.

Con esta cuestión general de lo irracional guardan conexión estrecha dos problemas predilectos de la indagación filosófica de nuestra época; el problema de la historia y el de los valores. El problema de la historia no es nuevo; la consideración filosófica de lo histórico-social ha hecho correr ríos de tinta. Pero sí es nueva o casi nueva la manera cómo se lo encara en nuestro tiempo. El problema de los valores, en cambio, es todo él de una rigurosa novedad.

Mientras regía la concepción racionalista elaborada por los grandes filósofos del siglo XVII, el problema de la historia no podía hallar una solución adecuada. El Racionalismo engendra el naturalismo, es decir, la concepción de toda la realidad según el paradigma de la ciencia natural exacta: por este camino puede llegarse a una sociología de tipo naturalista, como se llegó en efecto en el siglo XIX, pero es difícil asignar a la historia su puesto debido en el sistema de las ciencias. Todo el movimiento de crítica y delimitación del Racionalismo ha traído, como uno de sus más importantes resultados, la relativización de la concepción naturalista de la realidad, que antes parecía la única posible o la única legítima, mostrando que no es sino una perspectiva especial, la perspectiva que se obtiene aceptando ciertos principios y aplicando ciertos métodos. La investigación filosófica descubre ahora que, al lado de aquellos, se pueden aceptar otros principios y aplicar otros métodos, que nos den la fundamentación del conocimiento de lo social-histórico, de lo humano, de modo que este saber ya no dependa del saber naturalista. Es este, como se ve, un problema de teoría de la ciencia, pero es también, más allá, un problema de concepción del mundo y de metafísica. El imperio incondicionado y único de la ciencia natural, la validez universal de sus principios y de sus métodos, reposa sobre la concepción naturalista de la realidad, y esta a su vez se apoya sobre la *visión* racionalista, previa a las sistematizaciones individuales del Racionalismo. Criticadas y relativizadas las tesis racionalistas, el naturalismo pasa a ser un mero punto de vista, y la ciencia natural cesa de ser el paradigma ideal de todo saber, haciendo lugar a conocimientos de otro tipo, como el conocimiento histórico.

No hay tiempo ahora para referir las tentativas valiosísimas realizadas en nuestro tiempo para fundamentar filosóficamente el saber de lo histórico-social. Los gérmenes de cuanto se ha hecho después están ya en el Romanticismo y sobre todo en lo que ahora se denomina en Alemania la "Escuela histórica", ampliando mucho el viejo sentido de esta expresión, que antes se aplicaba sólo a la tendencia iniciada por Savigny en el estudio del derecho, y actualmente designa todo el movimiento historicista que va de Herder a Dilthey. Entre los numerosos tratadistas del problema en nuestro tiempo, recordemos ante todo al mayor y más genial, Guillermo Dilthey; a Croce, a Rickert, a Simmel.

Rickert —valga como ejemplo— se plantea al mismo tiempo y casi como un mismo problema el de la historia y el de los valores. Sostiene que el método de la ciencia natural y el de la historia poseen igual validez científica, aunque son muy diferentes. El método de la ciencia natural busca leyes, es decir, es generalizador, mientras el método histórico determina conceptos únicos y es por lo tanto individualizador. Pero la aplicación de uno u otro de estos métodos exige una distinción previa, que es una distinción de valor. El método generalizador o de la ciencia natural se aplica a aquellos objetos que nos son indiferentes desde el punto de vista del valor, y el método individualizador, a los objetos que tienen conexión con valores. Como estos últimos objetos son, en la concepción de Rickert, los que integran el mundo de la cultura, las ciencias se dividen en ciencias de la naturaleza y ciencias de la cultura. El papel atribuido aquí al valor exige que se dilucide despacio lo que es el valor mismo, y esta es la tarea que emprende Rickert en su *Sistema de Filosofía*, que es en realidad una teoría y un sistema de los valores (1).

En lo particular, la doctrina de Rickert se presta a serias objeciones. Entre lo que parece inmovible en ella está la determinación de lo cultural en función de valor. Antes era habitual definir conceptos como el de cultura o el de progreso sin nombrar los valores. Pero lo que ocurría era que la noción de valor, en muchos casos, se introducía sin decirlo y aun sin conciencia de ello, porque es imposible, por ejemplo, conce-

(1) Ver el libro de RICKERT. *Ciencia cultural y Ciencia natural*.

bir un progreso efectivo sin incremento de valor (1). La aparición del problema del valor, la consideración estricta del valor en sí, sólo eran posibles después de la crítica y de la superación del Racionalismo, porque el valor es plenamente una instancia irracional. Desde Brentano (2), que es quien ve por primera vez con claridad en la cuestión del valor, se comprende que el valor no se aprehende por vía intelectual, sino por vía emocional. Y el tratadista por excelencia de este problema, el grande y malogrado Max Scheler, admite resueltamente la naturaleza irracional del valor y emprende la tarea de construir lo que podríamos llamar la teoría del orden emocional; dicho en pocas palabras, sostiene que mediante la vida afectiva superior llegamos a captar entidades objetivas, *a priori*, aunque irracionales, exactamente como mediante la inteligencia captamos las objetividades y lo *a priori* del orden racional o intelible.

El Idealismo alemán, de Fichte a Hegel, se caracteriza por la construcción de grandes sistemas en los que entra la realidad en todos sus aspectos y maneras. Ya se ha dicho que la poesía del tiempo —saturada a su vez de intención filosófica— influye en este espléndido movimiento, contribuyendo sin duda al atrevimiento de estas arquitecturas de pensamiento a las que llamó alguna vez Lange "poesía de ideas".

La reacción contra la proliferación poético-especulativa del Idealismo no se hizo esperar, y, como, toda reacción, pasó sus justos límites, porque en lugar de censurar una determinada filosofía, extendió su repudio a toda filosofía. Sólo a principios de nuestro siglo se volvió a filosofar con seguridad y confianza, y se volvió a conceder crédito y a atribuir prestigio al pensamiento filosófico que se vigila a sí mismo y se contiene, que se mantiene en su fuero y que se resiste a entregarse a ese delirio especulativo y fantástico en que cae nuestra mente cuando se abandona deliciosamente a su propio movimiento.

Una de las lecciones que nos ha dejado aquella época es

(1) M. GARCIA MORENTE. *Ensayos sobre el Progreso* (*Revista de Occidente*, números de enero, febrero y marzo de 1932).

(2) F. BRENTANO. *El Origen del Conocimiento moral* (*Biblioteca de la Revista de Occidente*). Una excelente introducción al problema del valor la proporciona J. ORTEGA Y GASSET. *¿Qué son los Valores*. (*Revista de Occidente*, octubre de 1923).

la desconfianza hacia los grandes sistemas. Así como lo mejor es enemigo de lo bueno, así hay cierto antagonismo, que puede llegar a ser incompatibilidad, entre el espíritu o la voluntad de verdad y el espíritu o la voluntad de sistema. La voluntad de verdad quiere que prestemos nuestra adhesión en cada caso a lo que suponemos ser la verdad, y sólo a eso. El espíritu de sistema predetermina y condiciona de antemano la solución de cada problema parcial de acuerdo al esquema general. El Idealismo alemán fué acaso la época de toda la historia de la filosofía en que más enérgicamente se impuso la voluntad de sistema, y también en que triunfó con mayor brillo. Nuestro tiempo, en cambio, prefiere la voluntad de verdad y siente la propensión sistemática sólo en segundo término. No quiere esto decir que renuncie al sistema, que es una perenne exigencia de la filosofía, sino que conoce el riesgo de las sistematizaciones antes de tiempo.

De aquí cierto carácter especial o monográfico en la indagación filosófica actual. Los más típicos pensadores de nuestro tiempo trabajan en profundidad más que en extensión. El gran sistema cerrado —aunque siga siendo la forma ideal de la visión filosófica— no parece ser de nuestra edad, de la etapa filosófica que ahora vivimos. Pensadores como Brentano, por ejemplo, sólo dejan tras sí escritos monográficos. Y un filósofo de la envergadura y la originalidad de Dilthey, no alcanza a terminar muchos de sus trabajos, porque su método no es el del que construye, sino el del que averigua e indaga. En general —y con todas las excepciones de que se prescinde cuando se generaliza—, el filósofo constructivo que crea, un poco al modo del artista, ha dejado su lugar al filósofo que investiga o busca, como el hombre de archivo o de laboratorio. Y esto explica ese carácter de obra incompleta o trunca que muchos reprochan a las realizaciones de la filosofía de ahora. Porque lo que construimos va adelante mientras el ímpetu creador no falla, pero lo que se busca se halla o no se halla, y es de hombres honrados no sustituir la invención al hallazgo (1).

(1) Otras consideraciones sobre el mismo asunto hallará el lector en mis trabajos *La Filosofía actual. Consideraciones preliminares* (Boletín de la Universidad Nacional de La Plata, tomo XVII, núm. 2, año 1933), y *Vieja y nueva Concepción de la Realidad* (CURSOS Y CONFERENCIAS, año II, núm. 1, julio de 1932), al que acompaña un itinerario bibliográfico para quien se interese por los temas indicados en el texto.



# La Enfermedad de Chagas <sup>(1)</sup>

Por SALVADOR MAZZA

La Enfermedad de Chagas o Tripanosomiasis Americana, es una afección parasitaria, netamente americana, hasta por su descubridor —el Prof. Carlos Chagas— actual Director del Instituto Oswaldo Cruz en el Brasil. Chagas investigando deyecciones de insectos hematófagos en el Estado de Minas Geraes, encontró que en la región existía uno —el *Triatoma mejista*— de talla grande (alrededor de 3 ctms.), muy abundante en los domicilios y que los naturales llamaban “barbeiros”, insecto semejante a nuestra vinchuca —*Triatoma infestans*—, aunque de tamaño mayor, que encerraba flagelados en gran cantidad dentro del tubo intestinal. La inoculación de estas deyecciones en monos callitrix, dió por resultado la observación en la sangre de los mismos, después de unos días que varía según los casos, pero que puede admitirse que es de unos 8 más o menos, la aparición de flagelados, que luego las tinciones especiales, demostraron ser tripanosomas especiales con un gran blefaroplasto casi terminal en el extremo superior. Más adelante Chagas examinando sangre de niños, y de

---

(1) El doctor Flavio L. Niño ha tenido la amabilidad de resumir en estas páginas el curso del doctor Salvador Mazza sobre la enfermedad de Chagas.

animales domésticos como el gato, habitantes de los domicilios donde se encontraban estas vinchucas con flagelados, encontró un tripanosoma igual al obtenido en la sangre de los monos inoculados con las deyecciones de las vinchucas. Los tripanosomas son así llamados por estar morfológicamente constituidos por un cuerpo protoplasmático fusiforme, un núcleo cromático voluminoso —el trofo-núcleo— situado más cerca de la extremidad anterior que de la posterior: un núcleo cromático más pequeño y compacto que el anterior, pero voluminoso si se le compara con el observado en otras especies —el quineto-núcleo o blefaroplasto— cuya situación en la extremidad posterior del parásito no es precisamente terminal; un flagelo que partiendo del blefaroplasto se dirige hacia la extremidad anterior y la sobrepasa en una longitud casi igual a la ya recorrida, flagelo que presta inserción a una membrana con pocas ondulaciones, —carácter diferencial de ésta especie de tripanosoma,— al cual se llamó *Schizotrypanum cruzi*, en virtud de ser el carácter más saliente de este parásito, el de reproducirse en el interior de los tejidos del hombre y de los animales natural o experimentalmente parasitados, en los cuales sufre un proceso particular de multiplicación, diferente al observado en las especies hasta entonces conocidas, que lo hacen por división longitudinal.

Fué también la escuela brasileña con Chagas a la cabeza la que estableció las formas clínicas de esta nueva enfermedad, demostrando que ella se presenta con un cuadro agudo casi siempre mortal, observado en las criaturas de corta edad, con sus formas cardíacas y meningo-encefalíticas, que además pueden atacar a otros órganos, los ganglios linfáticos que se presentan infartados, y en especial a los de secreción interna como la glándula tiroides produciendo una alteración especial llamada mixedema, en virtud de la cual los enfermos se presentan con la cara hinchada por un edema mucoide que no deja la impresión característica producida por el dedo en otros tipos de edemas. Cuando los enfermos han conseguido salvar con vida del ataque agudo de la enfermedad pasan al estado crónico con graves alteraciones nerviosas, psíquicas y cardíacas, constituyendo las llamadas formas nerviosas (diplejía, paraplejía, idiocia, etc.,) y formas cardíacas (disociaciones aurículo-ven-



triculares, miocarditis, muerte súbita, etc.) Las formas agudas se caracterizan por el hallazgo en cantidad más o menos abundante del tripanosoma en los exámenes de sangre hechos sobre preparados frescos o lo que es mejor en gotas gruesas, según el clásico procedimiento de Ross, es decir, previa hemólisis y coloración de las mismas por el Giemsa diluido. En cambio, en las formas crónicas, es de regla no encontrar los parásitos en la circulación, no porque éstos hayan desaparecido de ella, sino porque su número es tan escaso que el encontrarlos es toda una hazaña; para suplir este inconveniente y con fines de establecer un diagnóstico preciso se recurre a ciertos procedimientos que rinden útiles servicios, cuales son: la inoculación de una buena cantidad de sangre del enfermo sospechoso en animales sensibles (cobayo, lauchitas blancas, cachorros de perro, etc.), los cuales en los casos positivos, no tardan en contraer la infección y, en ellos ésta adquiere una marcha aguda con una buena cantidad de parásitos en la circulación, circunstancia que favorece el diagnóstico etiológico del caso observado;— la investigación de anticuerpos específicos en el suero de los pacientes mediante la reacción de Machado que es para el caso que nos ocupa como la Wassermann para la sífilis, es decir, una reacción de fijación del complemento, y, por lo tanto, de técnica delicada y que exige manos especializadas para su ejecución; por último, se puede también recurrir en procura de un diagnóstico, al cultivo de unas gotas de sangre en el medio de Noguchi o en el llamado de las NNN, en los cuales los tripanosomas se dividen y multiplican pasando por las formas leishmanias y critidias, y al llamado *xenodiagnóstico* por Brumpt y que consiste en hacer chupar sangre de los enfermos por vinchucas limpias, es decir, nacidas y criadas en el laboratorio y por lo tanto exentas de parasitismo, observando el ulterior desarrollo y evolución en el insecto del tripanosoma cruzi, cuando el resultado es positivo.

Tanto los investigadores brasileños como los de otros países, Brumpt, Rossebuch, Niño, etc., establecieron que el tripanosoma cruzi al ser absorbido por las vinchucas conjuntamente con la sangre de que se alimentan, sufre en el tráctus digestivo de estos insectos una serie de modificaciones que conducen a la multiplicación de los mismos pasando previamente

por los estadios leishmaniforme y critidiforme hasta transformarse en los llamados tripanosomas metacíclicos por Brumpt, es decir, formas afiladas y delgadas de movimientos muy vivaces, que se encuentran en gran cantidad en la última porción del tubo digestivo y que constituyen las formas infectantes por excelencia cuando son expulsados con las deyecciones de los insectos y éstas son depositadas sobre la piel o las mucosas de los vertebrados sensibles. Véase para más desarrollo, la tesis de Emmanuel Días. Chagas y otros autores brasileños, como también Niño entre nosotros, demostraron la posibilidad de que las vinchucas sean infectantes no sólo por sus deyecciones sino también por la picadura.

Completando esta serie de descubrimientos que venían a aclarar los ciclos evolutivos del parásito, en el insecto transmisor como en los vertebrados parasitados, se estableció también por Chagas y los autores brasileños, que en la Naturaleza existen animales silvestres, que se encuentran naturalmente infectados por el *Schizotrypanum cruzi* y que constituyen por esta circunstancia verdaderos reservorios del virus, como ejemplo, ciertas especies de armadillos como el "Tatú" (*Dassypus novencinctus*), con la particularidad del hallazgo en sus cuevas de un hematófago, *Panstrongylus geniculatus*, que también presentaba en su tráctus digestivo formas evolutivas del tripanosoma cruzi, análogas a las ya vistas en los triatomas que atacan comúnmente al hombre es decir, los *Triatoma mejista e infestans*, pudiendo a su vez concurrir a las viviendas humanas y alimentarse de la sangre de sus moradores.

Esto es a grandes rasgos, el resumen de la obra realizada por los autores brasileños en el descubrimiento y conocimiento exacto de esta nueva tripanosomiasis humana; veamos ahora, sucintamente, lo que a este respecto se ha hecho en nuestro país.

La existencia en una gran extensión de la República del *Triatoma infestans*, conocida con el nombre de vinchuca, y la comprobación por Maggio y Rossembuch, por Niño y por otros autores, de que suelen estar infectados por el *Schizotrypanum cruzi* en grandes cantidades, que alcanzan para algunas regiones al 100 % de los ejemplares examinados, hizo pensar lógicamente en la existencia de casos de Enfermedad

de Chagas, hipótesis sostenida por Mazza y luego calurosamente por Niño en su tesis, a pesar de las opiniones en contra de otros investigadores. El examen sistemático de sangre en las regiones palúdicas en busca de parásitos malarígenos, no tardó en revelar la presencia de individuos portadores del tripanosoma (casos de Mühlens, y colaboradores de Mazza, etc.), pero sin que se hubieran sospechado en ellos la afección que nos ocupa. Niño pudo comprobar el diagnóstico de forma crónica disendocrínica de la Enfermedad de Chagas por el hallazgo de nidos leishmaniformes en los órganos de una lauchita blanca inoculada con la sangre de la enferma sospechosa. Pero, es recién en los últimos años que el problema ha adquirido interés particular desde el momento que fueron hechos los primeros diagnósticos clínicos de Enfermedad de Chagas en sus formas agudas por Mazza y Romaña en el Chaco Santafecino, en una región insospechada hasta entonces de albergarla con comprobación parasitológica en la sangre, y, en uno de los casos que falleciera por un proceso distinto de su parasitosis, comprobación de las lesiones descriptas para esta enfermedad, con el hallazgo de lesiones características aunque sin parásitos en los diversos órganos, especialmente corazón, en el hígado y bazo entre los componentes del llamado sistema retículo-endotelial de Aschoff, que, como sabemos se encuentra distribuido en todos los órganos de la economía, tejidos en los cuales penetra el parásito para multiplicarse, siguiendo en los órganos un proceso semejante al observado en el tubo digestivo de los insectos transmisores y en los cultivos sobre medios apropiados como el llamado N. N. N. y el de Noguchi.

Mazza pudo confirmar, mediante la reacción de Machado, la existencia de formas crónicas cardíacas en un todo semejantes a las descriptas por los autores brasileños, que terminaron su vida por muerte súbita, estableciendo también que en dichas regiones el porcentaje de este tipo de muerte es elevado en comparación con las causas de fallecimiento; bien entendido, que, en estos casos se descartan las etiologías sifilíticas y reumáticas.

Mazza y Romaña, en la misma región del Chaco Santafecino, comprobaron la infección del "Tatú" (*Dassypus novencinctus*), en un 36 % por el tripanosoma cruzi y captu-

raron ejemplares de *Panstrorgylus geniculatus* en los alrededores de las viviendas; estableciendo también, que las comadrejas picaea (*Didelphis paraguayense*) y colorada (*Lutreolina crassicaudata paranaensis*) son en la región, depósitos naturales del virus. Examinando la sangre de los armadillos de Jujuy, Mazza había encontrado ya, en un escaso número de ellos, pertenecientes a la especie *Chactophractus vellerosus vellerosus*, la presencia de formas sanguícolas del *Schizotrypanum cruzi*. En la misma región, Mazza puso de manifiesto por primera vez en el país la infección natural del perro cachorro por el *Schizotrypanum cruzi*.

Por lo expuesto, se comprende toda la importancia que esta afección tiene para nosotros, cuyo verdadero alcance sólo se sospecha; requiriendo de los médicos que ejercen en las regiones con vinchucas parasitarias una mayor dedicación y mejor conocimiento de la Enfermedad de Chagas con el objeto de individualizar las formas clínicas de una afección cuyo pronóstico será siempre grave hasta tanto la ciencia encuentre una medicación específica y eficaz que permita luchar contra ella con ventaja. Por último, vemos por lo dicho, cuán grande puede ser la colaboración del público profano, remitiendo a los centros de estudio sea vinchucas, armadillos u otros animales capaces de albergar el *Schizotrypanum cruzi*, para contribuir de esta manera al mejor conocimiento de la afección en nuestro país.

# Crítica de la Reforma universitaria

Por HECTOR P. AGOSTI

## I

### EL SURGIMIENTO DE LA REFORMA

La Universidad argentina propiamente dicha nació en 1821, al fundarse la de Buenos Aires. Entonces vivía aún del recuerdo de Chuquisaca. En esa primera época fué su misión simple y restringida: movió modestas iniciativas de cultura, afinó un núcleo intelectual urbano, dió sentido civil a la monotonía y propagó la idea de la unidad nacional.

Más tarde, al desarrollarse, la Universidad entró en una segunda fase: desde ese momento convirtiéndose en el refugio de la aristocracia. Sanguinetti (1) dice que creó una nueva clase: la "clase" de los doctores. Era una institución el doctorado. El título, la cifra que franqueaba todas las entradas. Fué la edad de oro de la Universidad señorial. La Universidad preparaba las castas dirigentes. De allí salían los futuros ministros, los futuros diputados, los futuros gobernadores. Los mismos que luego serían promovidos —fulgor del patriciado vacuno y latifundista— desde las tertulias famosas del Jockey Club, en-

---

(1) FLORENTINO V. SANGUINETTI: *Por la divulgación de la reforma universitaria argentina*, 1926. Inserto en la compilación de Gabriel del Mazo: *La Reforma Universitaria*, Ediciones C. E. M., Buenos Aires, 1927. Tomo I, pág. 139.

tre el chisme político reciente y el comentario de la última carrera.

De allí surgió la generación del 80. Era la "oligarquía esclarecida". Afirmaba seguir las huellas de Sarmiento. Introdujo el positivismo, el culto enardecido de Comte.

La generación del 80 tomó en sus manos el porvenir argentino. Sus manos estaban enfundadas, naturalmente, en la bandera azul y blanca; pero debajo de esos colores celestiales tintineaban, con áureo y subyugante tintineo, las libras esterlinas.

Se construían los ferrocarriles, con capital inglés, deformando las directrices del necesario desenvolvimiento económico del país. Se desarrollaban los saladeros, germen de los frigoríficos actuales, también con capitales ingleses. Se transformaba la explotación del campo —subrayemos este hecho sustancial. Y este otro: se incorporaba al país una fuerte corriente inmigratoria, porque se pensaba, de acuerdo al andante apotegma de Alberdi, que "gobernar es poblar".

La generación del 80, la "oligarquía esclarecida", aquella "cuya cultura —al decir de Pinedo— superaba a la masa obscura", dominó esta hora de la historia argentina. Llevaba el orgullo de su patriciado. Era la aristocracia de la República, magüer el artículo 16 de la Constitución. Y esta generación surgía de la Universidad, era su representación más auténtica. Una de sus figuras relevantes predijo ya en 1899, quizás sin advertirlo, la muerte de esta Universidad: "Las instituciones son, al fin, formaciones del orden moral y tienen que adquirir —o languidecen y mueren— la consistencia y la morfología misma que quiere darles el medio que las nutre." (2)

Universidad aristocrática y feudal, la Universidad de entonces. Un conspicuo reaccionario —Gregorio Aráoz Alfaro— decía de ella, en una conferencia pronunciada en 1915 en la Universidad de Tucumán: "Las viejas Universidades europeas, y en grado menor las nuestras, fueron eminentemente aristocráticas. No se cuidaron, ni tenían por qué cuidarse entonces, de las necesidades sociales, que tan sólo en las últi-

(2) OSVALDO MAGNASCO: "Discurso pronunciado en la colación de grados del 8 de diciembre de 1899", *Anales de la Universidad Nacional de Córdoba*, por Fr. Zenón Bustos, Tomo I, pag. XIX. (Cit. por González).

mas décadas sentimos. Ocupábanse sólo de las clases sociales elevadas; trataban de prepararlas para las funciones directivas." (3)

\* \* \*

Pero estábae produciendo un cambio en la población argentina. Había un torrente inmigratorio potentísimo. La población crecía vertiginosamente. Variaba su composición étnica. Y esta inmigración se asentaba en la región de la Mesopotamia, preferentemente en las ciudades, produciéndose ese irregular aumento de la población urbana sobre la rural, traducido en el crecimiento monstruoso de la ciudad de Buenos Aires.

Los siguientes cuadros dan una aproximada idea del fenómeno:

*Relación de las poblaciones urbana y rural respecto al total de habitantes*

	1869	1895	1914
Población urbana . . . . .	35 %	43 %	58 %
Población rural . . . . .	65 %	57 %	42 %

*Crecimiento de la población*

<i>Año</i>	<i>Total de hab.</i>	<i>Hab. de Bs. Aires</i>
1853 . . . . .	1.100.000	100.000
1860 . . . . .	1.400.000	100.000
1869 . . . . .	1.800.000	200.000
1880 . . . . .	2.500.000	300.000
1890 . . . . .	3.400.000	500.000
1895 . . . . .	3.900.000	700.000
1900 . . . . .	4.600.000	800.000
1910 . . . . .	6.600.000	1.300.000
1914 . . . . .	7.900.000	1.600.000

(3) Citado por JULIO V. GONZALEZ: *La Reforma Universitaria*. Edición de "Sagitario". Buenos Aires. 1927. Tomo I. pág. 53

*Distribución de la población*

<i>Provincias agrícola-ganaderas:</i>	Buenos Aires	}	9,5 hab. p. km. <sup>2</sup>
	Santa Fe		
	Córdoba	}	6,5 hab. p. km. <sup>2</sup>
	Entre Ríos		

*Provincia azucarera:* Tucumán: 14,5 habitantes por kilómetro cuadrado.

*Otras regiones:* En las restantes zonas del país los porcentajes son menores, y en el vasto sur patagónico no se llega a un habitante por kilómetro cuadrado.

Ahora bien, según el censo del año 1914, el 10,5 por ciento de la población se dedicaba a tareas relativas a la agricultura y la ganadería, y el 16,7 por ciento a la industria y artes manuales. Formaban, en total, el 27,2 por ciento de la población dedicado a *tareas útiles*. En el resto deben incluirse los niños, las mujeres que no trabajan, y una gran masa de funcionarios, intermediarios, corredores imperialistas, gente sin profesión definida. (4) En ese resto debe incluirse también a los estudiantes.

Este proceso inmigratorio va a producir una variante en el carácter de la economía argentina. El trueque habiase ya insinuado en el ritmo general del desarrollo del país; pero el asentamiento de grandes masas en la Mesopotamia, servida por los ferrocarriles imperialistas, le dará sustancia y consistencia. Se pasa de una anticuada y rudimentaria economía pastoril a una economía agropecuaria. Es el momento que tan sugestivamente captó Florencio Sánchez en *La gringa*. La vieja economía pastoril —rodeo, pastoreo y carneada a pleno aire— es sustituida por el cultivo de la tierra y la mestización del ganado. Entra el alambre en el campo. Martín Fierro se transforma en una leyenda para aquietar las horas amargas del fogón. La "conquista del desierto" alarga el latifundio hasta el corazón de la pampa infinita. Los indios son despojados de sus campos, que acumularán las fortunas cuantiosas de los patricios terratenientes.

(4) *El movimiento revolucionario latinoamericano*, Buenos Aires, 1929. Pág. 144



Mas al lado de este acrecerse de las posesiones latifúndicas surgen en la campaña los elementos del capitalismo. Va apareciendo una nueva "clase", hasta entonces desconocida: la "clase" de los agricultores —los inmigrantes volcados a la faena agropecuaria.

Esta clase de los agricultores —y el comercio pequeño y mediano establecido en los centros urbanos— formará lo que ha dado en llamarse "clases medias". Hay que tenerlas en cuenta. Porque de allí provienen los núcleos estudiantiles propulsores del movimiento de "reforma universitaria".

\* \* \*

Debía operarse, desde luego, una transformación, un cambio en la base social constitutiva de la Universidad. El cambio —y las naturales consecuencias de toda modificación— se produjo. Los hijos de esos agricultores enriquecidos, de esos comerciantes enriquecidos, de esos funcionarios acomodados, incluso de esa aristocracia obrera que podía permitirse el lujo de "labrar el porvenir de sus hijos",—todos esos muchachos fueron a la Universidad. Querían un título profesional. Aspiraban a un puesto en la vida. En las listas de alumnos de las Universidades se quebró la uniformidad de los dobles apellidos. La descendencia napolitana se mezclaba con la de los próceres de Mayo.

Los estudiantes de las clases medias, al incorporarse a la Universidad, cambian de raíz la base social de la Casa de Estudios.

Esos estudiantes —estamos hablando de un país sometido a la finanza imperialista— comprenden, ilustrados por la crisis de 1913, que la opresión imperialista se hace sentir también sobre ellos económicamente, y que no todo será contemplar el mundo con los ojos alborozados por la esperanza.

Esos estudiantes de la clase media se vuelven contra un aparato universitario de esencia aristocrática, patricia, feudal; un régimen que los ahoga. Reclaman sus derechos. Se alzan contra la feudalidad y la gran burguesía, imperantes en las normas directivas y en los hombres dirigentes. Hacen la "revolu-

ción universitaria". *Introducen la lucha de clases en la Universidad.*

He aquí el rasgo que distingue y caracteriza a la Reforma. En tanto sus ideólogos la informan como una exaltación idealista de la juventud —de la juventud considerada en abstracto, por encima, o por debajo, de las clases sociales— el rastreo primario del problema la muestra como un *producto de la lucha de clases*. Ante la feudalidad patricia y la gran burguesía —la patria arrendada a los banqueros de Londres— irrumpen masas populares de estudiantes— pequeña burguesía, en su conjunto. Arrastran tras sí a importantes sectores de la población laboriosa. Se proponen derribar un sistema prohibitivo en nombre de la "democratización del claustro". Y no obstante su ideología, contradictoria y confusa, el movimiento de reforma universitaria comporta una actuación peleadora de vastas capas de la población argentina. Hay que subrayar este carácter *clasista* de la acción universitaria. (5).

No entenderlo así es caer en explicaciones idealistas que hurtan la visión total del problema (6).

\* \* \*

En los instantes de estallar la Reforma, la pequeña bur-

(5) Hurtado de Mendoza pretende una explicación materialista de la Reforma desechando el planteo ideal del problema, tal como lo ejecuta González. Para Hurtado "la Reforma es un movimiento esencialmente económico que tiende a la *proletarización* (el subrayado me pertenece, H. P. A.) del estudiante de la clase media". Echase de ver que no se trata de un proceso de "proletarización" en el auténtico sentido del vocablo. Hurtado insiste en su idea cuando afirma que "la Reforma es una consecuencia del fenómeno general de proletarización de la clase media". Se trata, por el contrario, de masas pequeño burguesas que, obturado el conducto de su acceso normal al Eldorado de la "profesión liberal", embisten contra un aparato que consideran causante de sus desazones económicas, a los efectos de capear el temporal cada vez más cercano. Eso está muy lejos de ser "proletarización", en cuanto a la significación revolucionaria que tal concepto encierra. Por otra parte, el error de Hurtado proviene de no considerar el carácter semicolonial de la Argentina. La Universidad ha vivido "cien años de dominación capitalista", escribe. De allí deduce una oposición entre la burguesía "rural y feudalista" (conservadores), imperante desde 1820 a 1880, y la burguesía "comercial e industrial" (radicales) que comienza a actuar desde 1880. Un tal análisis, desvinculado del carácter semifeudal y semicolonial de nuestro país, llevaría a inferir, falsamente, un sentido progresista y revolucionario del radicalismo. (MARIANO HURTADO DE MENDOZA: *Caracter económico y valor social de la Reforma Universitaria*, publicado en la revista *Nosotros*, octubre de 1925. Transcripto en la compilación de GABRIEL DEL MAZO, tomo I, pag. 129).

(6) Uno de los cronistas más autorizados de la Reforma —Julio V. González— presenta la acción de 1918 como el surgimiento de una nueva generación que "haciendo del dolor de su orfandad la fuente de su energía, se lanzó sola a conquistar su propio destino." Según González, la Reforma surgió para cumplir elevados ideales de redención humana. (JULIO V. GONZÁLEZ: *La Reforma Universitaria*, Tomo I, cap. II).

guesía —las “clases medias”— comenzaba a notar su importancia. Vislumbraba que alguna significación habría de tener en la política argentina. Acababa de establecerse, con la ley Sáenz Peña, el sufragio secreto. Y el establecimiento de la ley de voto secreto y de representación parlamentaria de las minorías, vino a coincidir con los primeros triunfos electorales del Partido Radical después de años de persistente abstención y aventura motinera.

El Partido Radical —agrupación demagógica, liberalista y popular— consigue arrastrar tras sí a grandes masas de la pequeña burguesía urbana y rural, los estudiantes entre ellas. En esas capas pequeño-burguesas —e incluso en una parte del proletariado— se apoya el radicalismo. Agita un programa impreciso, aunque pretende ser la oposición “progresista” a la arcaica oligarquía terrateniente. Desde entonces, la “causa” de la regeneración nacional ha de oponerse al “régimen” desquiciante, si bien el radicalismo, en lo fundamental de su lineamiento político-económico, debió seguir la ruta que le traza el carácter del país y la naturaleza de los intereses que debe necesariamente defender, dada la composición de sus cuerpos directores.

Empeñados en una lucha comicial y democrática, los estudiantes —capa idóneamente pequeño-burguesa— atisban su peso político. Y sus líderes, oteando el panorama momentáneo desde la cima de sus fórmulas “revolucionarias”, procurarán obtener resultados positivos de un descubrimiento tan alentador como insinuante.

La ascensión de Irigoyen al poder, en 1916, determina el desalojo de la pasada oligarquía de todas las posiciones de gobierno y su reemplazo por los flamantes “sans-culottes” del radicalismo. El “viejo régimen”, retirado de todas sus anteriores prerrogativas gubernamentales, se abroquela en la Universidad, esa aristocrática Universidad trocada en inexpugnable ciudadela reaccionaria. El radicalismo siente la urgencia premiosa de superar un tal estado. Y los ideólogos de la Nueva Generación claman la necesidad de derribar esa última Bastilla. Aprovecha tan favorable contingencia el Partido Radical. Es cuando surge *la revolución universitaria*. Estalla en Córdoba, donde era más visible la reacción. Pronto se extiende a todas

las universidades argentinas. Pronto gana el continente. Si no aplaude en público la "subversión", el presidente Irigoyen apoya el movimiento, lo facilita, lo recibe con cordialidad, procura utilizarlo para los fines particulares del grupo burgués-feudal que encabeza. E inversamente: los directores del movimiento alaban la "digna actitud" del radical presidente de la semana de enero (7). Es la lucha de clases. Y es la rivalidad interimperialista y los choques entre los bandos de la burguesía indígena.

De nuevo la contradicción: por un lado, masas populares que marchan hacia la destrucción de lo que consideran vetusto, anacrónico y perjudicial para el pueblo; por el otro, un aprovechamiento de esa insurgencia en favor de un bando opresor.

\* \* \*

Finalmente en esta discriminación de las causas materiales de la Reforma, debemos referirnos a un postrer elemento de influencia.

El crecimiento de la producción en el país —con las limitaciones que supone su orientación por el imperialismo—

(7) Véanse, al efecto, los siguientes extractos, que tomamos entre muchos:

"Pues bien: tuvimos en primer lugar vergüenza de tolerar la inmoralidad que trasuda el que quiere enseñar lo que no sabe. Por eso nos agitamos y merecimos que el excelentísimo señor presidente de la república considerara un deber patriótico atender a la necesidad de la reforma". (Memorial de la Federación universitaria al presidente de la república, julio 17 de 1918. Recogido en la compilación de GABRIEL DEL MAZO, tomo II, pag. 51).

"La única autoridad que a la fecha reconoce la colectividad estudiantil, es la de ese superior gobierno, a cuyo patriotismo deja librada una vez más su suerte y en cuyas altas miras confía". (Idem, tomo II, pag. 61).

"Las nuevas generaciones de Córdoba, reunidas en magno plebiscito, por iniciativa de la Asociación Córdoba Libre y de la Federación universitaria, acuerdan: 1º Ratificar su confianza en la palabra del excelentísimo Señor presidente de la República, de que reparará con espíritu justiciero las profundas subversiones en el régimen universitario del país y que han alcanzado su máximo desprestigio en la Casa de Trejo..." (Orden del día del mitin realizado en Córdoba el 25 de agosto de 1918. GABRIEL DEL MAZO: obra citada, tomo II, pag. 64).

En una carta referente al movimiento culminado con la creación de la Universidad del Litoral, escribe el líder reformista Alejandro Grüning Rosas: "El núcleo ponderado de hombres de ideas liberales y el apoyo decidido del gobierno del Dr. Menchaca, en Santa Fe, y el entusiasmo de destacados y prestigiosos universitarios de Buenos Aires con el apoyo, que en forma tan eficaz prestaron en su oportunidad hombres de gobierno como Irigoyen, Salinas, consiguió la sanción de la iniciativa, que fue de la calle al parlamento". (GABRIEL DEL MAZO, obra citada, tomo III, pag. 252).

Quien desee conocer los pormenores de esa maniobra irigoyenista que se llamó "creación de la Universidad Nacional del Litoral" puede leer con provecho el libro de ANGEL S. CABALLERO MARTIN, titulado *La Universidad en Santa Fe* (Imprenta de la Universidad, Santa Fe, 1931).

exigía nuevas condiciones técnicas. Era incapaz de proveerlas la vieja Universidad. La Universidad prerreformista, proponiéndose tan sólo la ilustración de clases dirigentes, acentuaba su carácter *cultural* en detrimento de su función *profesional*. No interesa ahora hacer la crítica del sentido cultural de la vieja Universidad. En términos generales, era análogo a su actual espíritu. Ese debate carece de valor. Lo importante es registrar que ante las nuevas exigencias técnicas desprendidas del acrecerse productivo, la misión de la Universidad debía consistir en alcanzar un tal grado de profesionalización que satisficiera cada nuevo imperativo de la industria.

Se reclama, entonces, por parte de prominentes voceros de la burguesía industrial y terrateniente, una reforma en tal sentido. La ciencia al servicio de la técnica, y la técnica a utilizarse para hacer más intensa la explotación de los trabajadores: así conciben la misión de la Universidad quienes exigen semejante reforma, poniendo al desnudo, en sus demandas, esta esencia pragmática de la cultura en el capitalismo.

Pero en oposición a los ideólogos de la pequeña burguesía intelectual, vestales intocables del valor social de la Reforma, que procuran extenderla, y hacerla trampolín para sus sueños de adueñarse de la suerte de América, estos reformistas tienen ideas claras. Se proclaman reformistas, aunque no adhieren a la bullanga izquierdizante de la doctrina oficial. Simplemente desean una reforma de carácter técnico-profesional, que haga a la Universidad apta para dar respuesta a los reclamos suscitados por el mayor desarrollo económico del país.

Es un factor determinante que debe considerarse al estudiar las causas objetivas del movimiento de reforma universitaria.

Y es un rasgo que explica la existencia contradictoria de ciertas manifestaciones reformistas. Ese reformismo del tipo de Ramón Loyarte, por ejemplo, o de Enrique Butty, incomprendible si no se recurre a este origen inmediato.

\* \* \*

El rápido estudio realizado permite ya declarar que las

causas esenciales —las premisas objetivas— de la Reforma universitaria pueden centrarse en la contradicción existente entre el crecimiento de los elementos burgueses y pequeño-burgueses y la existencia de una doble opresión —feudal e imperialista— que traba su libre y adecuado desenvolvimiento.

Tal contradicción medular se expresa en estos tres aspectos primordiales:

A) La variante de la composición social de la estudiantina. Las Universidades, monopolio de la aristocracia latifundista, fueron invadidas por los estudiantes de la pequeña burguesía, deseosos de procurarse una profesión. Pero la limitación que el imperialismo opone al desarrollo del país, así como las rémoras feudales, agregado al abundante empleo de técnicos extranjeros, impidió la utilización de esos profesionales dando nacimiento al "proletariado intelectual". Son los médicos, los abogados, los ingenieros, los profesores, que ambulan ofertando sus brazos. Despertados por la brusca realidad, los estudiantes pequeño-burgueses comprendieron que también para ellos, no obstante la presunta independencia de la profesión liberal, regía la ley del plusvalor.

B) Las nuevas necesidades técnicas de la producción, insatisfechas por la Universidad.

C) El hecho de que en tanto la burguesía y la pequeña burguesía comenzaron a desempeñar un importante papel político, el gobierno de las Universidades hallábase en manos de profesores vinculados a los partidos de las aristocracias terratenientes.

Estos tres hechos —ensamb'ados en una contradicción inicial— dan la clave para advertir el ulterior itinerario del pensamiento reformista. De ellos debe partirse si se anhela tener un cuadro material de la *revolución universitaria*. Allí se desvastan las facetas innúmeras del problema universitario: el valor, la dirección y la finalidad de la enseñanza, el autogobierno de los educandos, la libertad de cátedra, la primacía de la ciencia pura y su relación con la ciencia-técnica, la misión de la Universidad, la extensión universitaria, la democratización del claustro.

Cada uno de estos enunciados viene configurado —implícado—, consustanciado, en los hechos cardinales expuestos: es

la fórmula que expresa el fenómeno, la imagen ilustrando la idea recóndita. Y así como la fórmula física nada significaría sin el fenómeno que grafica, estos reclamos enumerados por la Reforma son expresión de un hecho material, la exigencia para variar en su base ese hecho material, —la trompa de Rolando que convocará para la batalla a las huestes reformistas.

Es el envión *material* de la "revolución universitaria" en la Argentina. En los países de América Central, la Reforma universitaria ha sido bandera de lucha sangrienta contra el imperialismo. He aquí como surge, invariable, la permanente contradicción: esta insalvable oposición entre el carácter popular de los núcleos propulsores del movimiento y el sentir confuso de la ideología que los anima. En esos países de América Central, absolutamente sometidos —económica y políticamente— al imperialismo, las masas populares (los obreros, los campesinos y vastas capas pequeño-burguesas agobiadas por la penetración financiera) insurgen contra los invasores. La ausencia de una organización política revolucionaria del proletariado —la inexistencia de partidos comunistas —hace que esas masas, ansiosas de lucha, atrapen como bandera la Reforma universitaria, encandiladas por las bengalas de su piroctenia oratoria. ¿Acaso ese hecho le acredita ya una filiación certeramente revolucionaria? Es evidente que no. Lo insurrecto, lo antiimperialista, lo combativo, lo eficaz, es el gesto camorrero de la masa; no la ideología. El pensamiento reformista —lo anotaremos en próximo capítulo—, por sus vacilaciones y sus vericuetos, debía llevar, y llevó, a la derrota. Se trata, otra vez, de la contradicción eternamente repetida a lo largo del historial reformista.

Una antinomia que conduce fatalmente a la muerte del pensamiento incapacitado para satisfacer el clamor que lo originó.

\* \* \*

A estas causas, que hemos dado en llamar *materiales*, de la Reforma vienen a agregarse algunos factores de orden exter-

no que, unidos a los locales, contribuyen a dar una visión total de la hora histórica de su advenimiento.

Concluía la Gran Guerra. Para los ojos asombrados de la juventud universitaria —embriagada hasta entonces por la causa del derecho (la de los aliados, naturalmente) que pregonaban sus maestros, Palacios, Almafuerte y muchos otros— para esa juventud universitaria que creía en el Alberdi de *El crimen de la guerra*, y veía en la guerra el desencadenado furor de potencias ajenas a la limpia voluntad de los hombres, para esa juventud pequeño-burguesa el final de la Gran Guerra era el comienzo de una obsedente tragedia espiritual: Occidente se derrumbaba. La secular civilización occidental —hinchida de clasicismo y Renacimiento— entraba en la fase postrera de su decadencia. En los campos humeantes de la Europa desangrada, hogueras inmensas enrojecían el cielo iluminando la muerte de la cultura occidental.

Pero las téticas hogueras de la muerte eran, también, las que arrimaban calor de cordialidad al alumbramiento del Mundo Nuevo. En medio del derrumbe estruendoso de una tradición de siglos, la Revolución Rusa señalaba a todos los oprimidos del mundo la ruta libertadora.

A cuanto ya hemos referido para explicar las condiciones históricas de la Reforma agréguese estos dos factores tan encontrados y sugestivos. Revívase el fervoroso entusiasmo despertado por la Revolución Rusa, anótese el diluvio pacifista —los “catorce puntos” de Mr. Woodrow Wilson— y entonces aparecerá la realidad argentina de 1918. Ese recuerdo permitirá, además, explicar la mescolanza ideológica que se nota en los documentos reformistas.

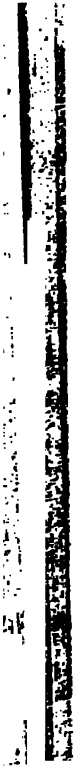
\* \* \*

Veremos enseguida, más de cerca —en mayor vecindad e intimidad— el pensamiento reformista: el miembro número dos de la oposición.

Ahora dejemos establecido el carácter del primero. Lo esbozamos repetidamente en la exposición. Helo aquí, más implícitamente declarado: *la Reforma universitaria fué un movi-*



*miento social, de grandes masas populares, dirigido contra un sistema retardatario de opresión feudal. La Reforma introdujo la lucha de clases en el hasta entonces apacible recinto universitario. Este rasgo distintivo, unido al carácter social y popular del movimiento, constituye la base de esta inicial semblanza de la revolución universitaria.*



# El Problema de las Reparaciones y los Pagos Internacionales

Por RENE BERGER

## I

Agradezco ante todo vuestra deferencia. Reconozco el admirable esfuerzo que realiza esta institución y me complazco en colaborar con ella. Pido seáis indulgentes, pues, se me ha pedido que hable en castellano: sólo tengo tres años de residencia en el país y la falta de práctica dificulta mi expresión. Pido también a ustedes quieran disculpar el tema que he elegido. Creo que hay pocos problemas cuya interpretación sea tan compleja como en de las Reparaciones y Deudas interaliadas. No intentaré hacer una cronología de todas las conferencias, acuerdos, arreglos, quitas, etc., que durante los últimos años realizaron los representantes de los países Aliados y de Alemania en todos los balnearios de Europa. He pensado que lo que más puede interesar a los Argentinos, es conocer los principios que dan a esta materia tan compleja una significación de valor general no sólo para la historia de las reparaciones entre Aliados y Alemanes después de la gran guerra, sino también para otros problemas económicos de actualidad.

La primera condición para un estudio de esta índole es la objetividad. Por esta razón no estudiaremos el punto de vista moral del problema, las causas de las reparaciones ni tampoco lo que se ha llamado el problema de la buena voluntad

de Alemania. Para muchas personas el problema de las Reparaciones giraba en torno de esa buena voluntad de Alemania y sostienen que si ésta hubiera querido pagar no se habría planteado tal problema. Pensando así era innecesario discutir sobre reparaciones con un método científico por la sencilla razón de que todo dependía de la buena voluntad del deudor. Me parece, señores, que esa objeción puede ser descartada por completo; la experiencia nos demuestra, a diario, que cuando un deudor no quiere pagar, el acreedor tiene a su alcance ciertos medios para hacerle cumplir sus obligaciones, siendo ésta la razón principal por la que se sigue cumpliendo con las deudas.

Ahora bien, creo que jamás en la historia del mundo un acreedor tuvo tanta fuerza como los Aliados después de la guerra. Tuvieron no sólo la fuerza, sino también la posibilidad de obrar la libertad completa de buscar los medios para obligar a los alemanes a pagar. En 1919, la preocupación primordial de los Aliados era la de resarcirse de los daños causados por la guerra para asegurar la reconstrucción y salvar sus finanzas. El problema de la buena voluntad de Alemania no era más que un problema de forma: ¿Cómo es posible, entonces, que con tanta fuerza, con tanta libertad de acción, con tanto interés en ser resarcidos, los Aliados no hayan podido obtener pagos en relación con las esperanzas forjadas en los últimos días de la guerra? . . .

Descartaré también el aspecto jurídico del problema. El tratado de Versailles, las Reparaciones y las Deudas interaliadas han originado una literatura muy compleja en el terreno jurídico. Hay una vasta jurisprudencia sobre cada uno de los artículos del Tratado de Versailles, existieron además tribunales y árbitros. Tampoco hablaré de las reparaciones debidas por los otros países por la sencilla razón de que al finalizar la guerra Alemania aparecía ser el único de los vencidos que tenía una solvencia suficiente como para exigirle la realización de pagos. Los demás países recibieron por eso un tratamiento especial que no vale la pena tratar aquí.

Antes de encarar directamente el asunto, permítanme una digresión en el terreno económico. Tal vez estas referencias les parezcan demasiado sencillas, inútil de ser discutidas; pero en la práctica todas las cuestiones económicas son sencillas, sen-

cillísimas y generalmente el olvido de esos principios primarios de la economía pesa en la solución de esos problemas.

El primer punto que deseo analizar es el siguiente: ¿Por qué razón anteriormente, en las guerras conocidas a través de la historia, no hubo nunca un problema de reparaciones?

Un jefe indio a quien se le hubiere preguntado después de una guerra acerca del problema de las reparaciones, no hubiera interpretado nuestra pregunta. Para él, las reparaciones las constituían el botín; tomaba prisioneros, mercaderías, todo lo que estaba a su alcance y la tribu vencedora descansaba luego exigiendo trabajo a los prisioneros y cuidando no ser sorprendida por las tribus enemigas.

¿Por qué actualmente, aunque en distinta escala, no puede hacerse lo mismo?

Sencillamente por la diferencia entre la sociedad primitiva y la sociedad en la cual vivimos: Entre la guerra primitiva y la actual hay una diferencia de naturaleza más que de grado. Antes, señores, y hasta una época no muy lejana, la guerra se hizo para satisfacer las necesidades más sencillas; terminada la lucha, el pueblo vencedor quedaba casi en la misma situación que el vencido. Actualmente las condiciones han cambiado por completo: a partir de la revolución industrial iniciada en Inglaterra hace 250 años, hubo en el mundo un aumento considerable de población; las necesidades humanas se tornaron más complejas y han surgido grandes centros industriales que no tienen semejanza alguna con las ciudades de la época medioeval, que parecían pueblos de campo, sin ninguna de las características del mundo moderno. Esas nuevas masas de habitantes viven del intercambio de productos industriales; su nivel de vida depende de ese intercambio, de manera que es imposible para un pueblo como también para una determinada élite gobernante, pretender aprovechar las victorias de una guerra para aumentar su nivel de vida. Aquel sistema primitivo del botín, por el cual el vencedor se apoderaba de los bienes del vencido no puede ser llevado a la práctica en el mundo moderno, ya que ello implicaría la supresión del intercambio de productos industriales sometiendo en consecuencia a los habitantes de los dos países a un nivel de vida inferior.

Este punto fué perfectamente encarado antes de la gue-

públicamente sus exigencias o de emprender una ocupación militar durante un período de tiempo indeterminado con el fin de imponer la aceptación de estos pedidos, o de percibir directamente la suma ya pedida.

- b) La posibilidad de ocasionar un daño económico a los Aliados. Alemania sólo puede pagar mediante el trabajo de su población, disminuyendo sus importaciones y aumentando sus exportaciones. Al reducir las importaciones, los Aliados perderían parte de un mercado, en tanto que con el aumento de las exportaciones se producirá una pesada competencia comercial con los Aliados. De ahí que, exigir de Alemania un máximum de rendimiento y de economía durante un extenso período de años, con el objeto de que pueda efectuar fuertes pagos anuales, puede ocasionar daños económicos que excederían los beneficios que pudieran obtener los Aliados de las Reparaciones.
- c) Es muy probable que obligando a un pueblo a que trabaje en contra de su voluntad, durante una generación, para librarse de una deuda pesada, se provoque un malestar que podría turbar nuevamente la paz mundial, con un movimiento tendiente a repudiar esa carga y encauzar, con el tiempo, la opinión pública mundial en contra de los Aliados".

Norman Dawis había previsto las dificultades del problema, pero nadie tuvo el coraje para reconocer la verdad. Falta valentía para reconocer que las ruinas superarían tal vez toda la capacidad mundial de pago. Cabe recordar que en 1919, el señor Tardieu, en su libro "La Paix", estimaba el total de los daños a reparar en 800.000 millones de marcos oro; que en marzo de 1919 la evaluación de la delegación francesa fué de 150.000 millones de dólares, es decir, 630.000 millones de marcos oro; que el señor Klotz, el 5 de setiembre de 1919, fijó la parte mínima de Francia en 200.000 millones de marcos oro y el total a exigir de los alemanes en 375.000 millones de marcos oro. Mr. Norman Dawis, menos optimista, estimaba

este total en 120.000 millones de marcos oro, cifra a que fué, más o menos, fijada más tarde la deuda alemana.

En la estimación de la situación económica futura de Alemania, había tal optimismo que se perdía de vista la magnitud del problema. Loncheur, que era un hombre de negocios, estimaba las futuras exportaciones alemanas en 10.000 millones de marcos al año durante los 5 primeros años; en 12.000 millones, después del sexto; en 15.000 millones después del 9º y en 25.000 millones después del duodécimo año de la firma del tratado. Briand, estimaba que las exportaciones de Alemania podían llegar a 30 o 35.000 millones de marcos oro al año. Sin embargo, el total real de las exportaciones de Alemania en los años más favorables no ha pasado de 13.000 millones y, en 1933, si siguen el ritmo de los 5 primeros meses, no alcanzarán ni a 5.000 millones.

Estas ilusiones reinantes en los primeros días de ser discutidas las Reparaciones, hicieron que se descartara desde un principio el sistema de un pago global y definitivo.

La primera intención había sido en efecto, pedir a Alemania una suma fija y arreglarse después entre los Aliados sobre el método de repartición. Pero para ello hubiera sido menester ponerse de acuerdo con Alemania respecto a una cifra determinada; el monto ofrecido por ella, comparado con las aspiraciones de los acreedores, fué considerado sumamente reducido.

En verdad, en julio de 1919 era imposible establecer el monto de los daños ya que era necesario calcular el número de muertos, casas destruidas, fábricas, minas deterioradas, animales muertos, etc.

También fué rehusada la reconstrucción directa por Alemania, de los países afectados. Esta actitud de los franceses fué muy criticada: pero tenía su razón de ser. ¿Cuál hubiera sido la reacción psicológica de los obreros franceses sin trabajo, viendo emprender a los obreros alemanes la reconstrucción del Norte de Francia?... Se planteaba así una situación grave; mientras los alemanes tendrían trabajo, los franceses caerían de él y se hallarían sin los medios indispensables de subsistencia para mantener su nivel de vida. Esta es la razón fundamental por la que siempre fueron rehusadas las repara-

ciones directas por Alemania, razón que proviene, según ya dije, de la diferente forma de vida en la sociedad actual y la primitiva. En esta última podía admitirse el sistema de las reparaciones directas, porque el nivel de vida era casi independiente del intercambio industrial y el hombre era feliz precisamente cuando no trabajaba.

No hay que perder de vista que el afán de efectuar las reparaciones directas era sustentado por muchos grandes industriales alemanes que esperaban realizar un gran negocio. Por su parte, los industriales franceses querían impedir que ese gran negocio se realizara, en beneficio exclusivo de los alemanes.

Mientras tanto se habían comenzado algunas entregas en concepto de reparaciones. Según el armisticio se exigía a los alemanes la entrega de 5.000 locomotoras, 150.000 wago-nes, 5.000 camiones y toda la flota comercial y se había organizado además la ocupación de territorios. Como es natural, esas entregas suscitaron la protesta de algunos acreedores, que temían la ruina del deudor común. Esta protesta se debía a que la situación en que se hallaban los acreedores no era la misma: unos tenían la posibilidad de ser pagados con mercaderías mientras que otros no, y es así como nace durante la discusión del tratado la divergencia fundamental entre los grandes acreedores: Francia e Inglaterra. Cuando Francia tuvo la posibilidad de utilizar de inmediato el material que recibía de Alemania, los ingleses se opusieron y, cuando más tarde, Francia estableció el sistema de las reparaciones en mercaderías, Inglaterra se opuso nuevamente porque deseaba mantener a Alemania en situación de poder pagar en dinero la suma que adeudaba.

La base jurídica en materia de reparaciones fueron los 14 puntos presentados por el presidente Wilson el 8 de enero de 1918, los cuales establecían que el tratado de paz daría a los aliados el derecho a las reparaciones íntegras de los daños ocasionados. El 2 de noviembre de 1918, es decir, antes de ser aceptado el armisticio por Alemania, una declaración aliada estableció que Alemania debería compensar todos los daños sufridos por la población civil de las naciones aliadas.

El primer problema planteado fué el de las jubilaciones.



punto sobre el cual discrepaban los intereses franceses e ingleses. Francia hubiera aceptado no exigir las jubilaciones de guerra, porque tenía enormes daños materiales, pero Inglaterra que no estaba en iguales condiciones, pedía la inclusión de las jubilaciones, lo que fué decidido finalmente en marzo de 1919, pero sin incluir en el tratado los gastos de guerra.

Así fué, señores, que se redactó en 1919 el tratado de Versailles, a guisa de transacción entre las dos tendencias aliadas: una tendiente al pago global y definitivo y la otra al pago total de las reparaciones y de los daños.

El artículo 231 se refiere al pago total y establece la responsabilidad por los daños, pero inmediatamente el artículo 222 decide que:

“Los gobiernos aliados y asociados reconocen que los recursos de Alemania son insuficientes para asegurar la reparación completa del total de daños y pérdidas, teniendo en cuenta la disminución constante de los mismos que resulta de otras disposiciones del tratado.

“No obstante, los gobiernos aliados y asociados exigen —y Alemania se compromete a efectuarlo— que sean reparados todos los daños causados durante la guerra a la población civil y a los bienes de cada una de las potencias aliadas y asociadas.

“En virtud de las obligaciones contraídas posteriormente por Alemania respecto a las restauraciones y restituciones íntegras debidas a Bélgica, Alemania se obliga, además de las compensaciones de daños y por haber violado el Tratado de 1839, a efectuar el reembolso de los préstamos concedidos a Bélgica por los gobiernos aliados y asociados hasta el 11 de noviembre de 1918, más los intereses del 5 por ciento anual de dichos préstamos. El importe de esos préstamos será determinado por la Comisión de Reparaciones y el gobierno alemán se compromete a realizar inmediatamente una emisión de bonos especiales al portador, pagaderos en marcos oro el 1º de Mayo de 1926, o a elección del gobierno alemán, el 1º de Mayo de cada uno de los años anteriores a 1926. Dichos bonos serán remitidos a la Comisión de Reparaciones, autorizada para recibirlos en nombre de Bélgica”.

El art. 233, establece la Comisión de Reparaciones, como

una especie de Tribunal encargado de fijar, antes del 1º de Mayo de 1921, el monto a exigir a Alemania.

El artículo 234, es otra concesión a la teoría del pago global: "La Comisión de Reparaciones deberá estudiar, de tiempo en tiempo, después del 1º de Mayo de 1921, la capacidad y recursos de Alemania y después de ser oídos los representantes de este país, tendrá plenos poderes para extender el período y modificar las modalidades de pago a proveer conforme al artículo 233; pero no podrá hacer quita alguna sin autorización especial de los gobiernos representados en la Comisión".

En la historia de las reparaciones se ha recurrido mucho a estos artículos con el fin de reducir las reparaciones de Alemania sin manifestarlo abiertamente.

El tratado de Versalles exigía además, la restitución de los objetos que habían sido sacados del territorio ocupado y establecía una prioridad en favor de los gastos del ejército de ocupación.

Los bienes e intereses obtenidos por los alemanes en los países aliados fueron secuestrados; se estableció un régimen de "clearing" entre los bienes secuestrados por los alemanes a los aliados, disponiendo que solamente el saldo de esa compensación pasaría a la masa de las reparaciones.

Por último, el tratado establece, a título de primer pago, la obligación de Alemania de entregar 100.000 millones de marcos oro en bonos. Esa idea de los bonos les parecerá a ustedes pueril e incomprensible: ¿para qué pedir bonos ya que el tratado estableció la obligación de pagar?

El motivo de la emisión de bonos fué una de las ilusiones que más arraigo tuvo durante toda esta historia: la ilusión de la comercialización. Los aliados desearon siempre vender estos bonos alemanes en el mercado mundial y por eso los veremos aparecer luego en cada arreglo celebrado con Alemania. Además de la entrega de esos bonos, el artículo 235 fijaba en 20.000 millones de marcos oro la suma a pagar en mercaderías y en toda forma posible. De acuerdo con los anexos del tratado Alemania debía entregar a Francia 7 millones de toneladas de carbón por año durante 10 años y además, la diferencia entre la producción anual de las minas de carbón del

Norte de este mismo país antes de la guerra y la producción durante el año básico; debía entregar además, a Bélgica, 8 millones de toneladas de carbón por año durante 10 años y a Italia una cantidad que aumenta progresivamente, en el término de 10 años, de 4.500.000 toneladas anuales a 8.500.000. Se establecía en fin, un régimen especial de entregas para el alquitrán, sulfato de amonio, anilinas, productos de farmacia, cables, postes telegráficos y otras mercaderías.

El 17 de junio de 1919 entró en vigor el tratado de Versailles. Las primeras desilusiones de los Aliados, en materia de reparaciones, aparecieron durante el período transcurrido entre esa fecha y el mes de mayo de 1921. Los alemanes debían pagar antes del 1 de mayo de 1921, es decir, en el período de 2 años, 20.000 millones de marcos oro; pero un año después ya estaban en atraso sobre la totalidad de los productos solicitados y sobre los pagos en dinero. Las entregas de carbón constituían para Francia, Italia y Bélgica una necesidad primordial y con el fin de mantenerlas decidieron en la Conferencia de Spa, pagar 5 marcos oro por tonelada de carbón para asegurarse que los obreros alemanes continuarían trabajando y tendrían alimentos.

Entretanto, los aliados trataban de "repartirse la piel del oso" y establecieron para ello los célebres "porcentajes de Spa", que sirvieron de base para la repartición y fueron los siguientes: Francia 52 o|o del total; Inglaterra 22 o|o; Italia 10 o|o; Bélgica 8 o|o; Japón 0.75 o|o; Portugal 0.75 o|o; y otros países 6.50 o|o.

A fines del año 1920 Alemania había entregado buques con un desplazamiento de 2.000.000 de toneladas, 18 millones de toneladas ca carbón, 360.000 animales, 11 millones de kilogramos de productos químicos, 57.000 kilogramos de productos farmacéuticos, 4.600 locomotoras y 130.000 wagones.

Alemania adeudaba aún 12.000 millones de marcos oro; y mientras los aliados discutían la repartición de las reparaciones, atravesaba la situación más difícil. La baja del marco, iniciada durante la guerra, se acrecentó durante el período de las entregas y pagos y el gobierno se hallaba en la imposibilidad de restablecer su valor. Muchos pensaban que la caída del marco obedecía al maquiavelismo de los alemanes. Pero este hecho

denotaría una clarividencia del gobierno alemán superior a la que en realidad ha tenido. No alcanzaron a comprender, en esa época, el significado de la baja de la moneda. Ustedes no ignoran, por ejemplo, que en 1922 Alemania solicitó de la Comisión de Reparaciones un prórroga de 6 meses para acreditar sumas pagadas en marcos papel en la seguridad de que el marco subiría; pero el marco continuó bajando y Alemania se vió obligada a pedir el retorno al sistema antiguo. El hecho es que en 1919, el dólar se cotizaba a razón de 46 marcos en Berlín y en 1920 a razón de 73.

Esta situación de Alemania acrecentó en los aliados el deseo de llegar a un acuerdo sobre un pago global. Durante esos años apareció un nuevo "leit motiv": el de la "restauración de Alemania" que se denominó más tarde "restauración europea" y que en el fondo no era más que la restauración del deudor común.

En las Conferencias de Boulogne y Spa en el año 1920, no se llegó a ningún resultado, respecto a un acuerdo con Alemania. Se propusieron anualidades de 2, 3, 5.000 millones de marcos oro y más, se estudiaron índices de producción, anualidades variables en relación con las exportaciones, etc., sin llegar a ningún acuerdo.

Entretanto, la Comisión de reparaciones proseguía su tarea fundamental: la evaluación de los daños. A principios del año 1921 la comisión de reparaciones recibía las cuentas de daños pertenecientes a 19 países que representaban sumas ingentes calculadas en monedas distintas y con diferentes métodos de valuación. La verificación de esas cuentas era imposible por las dificultades que presentaban los sistemas de cálculo empleados para establecerlas. Por ejemplo: Francia pedía 219.000 millones de francos valor de reconstitución; Inglaterra 2.500 millones de libras y 7.000 millones de francos franceses; Grecia 5.000 millones de francos oro; Brasil 600.000 fr. y 2 millones de libras; Japón 832 millones de yens; Perú 56.236 libras y 150.000 francos; Liberia 4 millones de dólares, etc. Correspondía a la Comisión la tarea difícilísima de controlar y de reducir esas cifras a una medida común; pero felizmente no tuvo tiempo suficiente para dar su dictamen pues los gobiernos se arreglaron entre sí y en lugar de verificar la exactitud de esas

cifras y de hallar el total exacto de los daños causados, se decidieron, sin manifestarlo, por el sistema de pago global. En efecto, a fines de abril de 1921, la Comisión de Reparaciones solemnemente reunida en Londres decidió: "Fijar por unanimidad en 132.000 millones de marcos oro el importe de los daños a reparar por Alemania".

"Al fijar esa suma la comisión ha efectuado, sobre el importe de los daños, las deducciones necesarias teniendo en cuenta las devoluciones (especies, animales, cosas, etc., tomadas o robadas durante la guerra) realizadas o a realizar en virtud del artículo 238 y por consiguiente, nada se deberá a Alemania dadas estas devoluciones".

"La Comisión no incluye, en la cifra arriba indicada, la suma correspondiente a la obligación que corresponde a Alemania en virtud del tercer párrafo del artículo 232, de efectuar el reembolso de todas las sumas e intereses del 5 o/o que Bélgica recibió en préstamo de los gobiernos aliados y asociados hasta el 11 de noviembre de 1918".

La Comisión fijó el total general de los daños causados a Alemania y sus aliados, sin fijar separadamente ni el importe de los daños sufridos por cada país, ni el importe de categorías especiales de daños. La mejor exposición del método empleado, tal vez pueda hallarse en las explicaciones que siguen, provistas por uno de los delegados cuando el procedimiento a seguir estaba aún en estudio:

"Personalmente, considero que existe un método solamente para que la Comisión pueda fijar ese total antes del 1º de Mayo de 1921. Sin duda se presentarán cuestiones en la interpretación del Tratado, sobre las cuales los delegados podrán emitir opiniones inconciliables; aparecerán diferencias considerables en las evaluaciones presentadas por los distintos delegados sobre ciertas categorías; pero es muy posible que cuando establezcan el total de las evaluaciones que habrán suministrado sobre las distintas categorías, habrá tan poca diferencia entre los resultados obtenidos que la Comisión podrá fijar perfectamente por unanimidad un monto definitivo. Este procedimiento es el que se adopta en el interior de un país, cuando un tribunal de 3 jueces está encargado de fijar los daños resultantes de una serie de ruptu-

“ras de contratos; si los tres están de acuerdo sobre el importe total, no es necesario estén de acuerdo acerca de la indemnización a acordar en cada caso particular”.

Es así como la Comisión cumplió la tarea impuesta por el tratado, de fijar el total de los daños. Una vez fijado en virtud del artículo 234, no podía hacerse remisión de ninguna suma sin autorización especial de los gobiernos representados en la Comisión; no obstante esta reserva, el mismo artículo, da a la Comisión pleno poder para extender el período y modificar las modalidades de pago prescriptas por el “estado de pagos”. En un texto publicado por la Comisión, hay indicaciones sobre las medidas tomadas por la misma en virtud de los poderes que le han sido así conferidos.

Este era, señores, un hábil sofisma destinado a disfrazar las dificultades con que habían tropezado en 1921 los gobiernos acreedores y la Comisión. La suma de 132.000 millones de marcos había sido convenida entre los gobiernos; la Comisión sólo tuvo en cuenta esa cifra y consideró que representaba el total de los daños.

El 5 de Mayo de 1921 fué fijado definitivamente el total de los pagos a efectuar por Alemania y se obtuvo de ésta la aceptación del “Estado de pagos del 5 de Mayo de 1921”.

Tal ha sido el primer período durante el cual estuvieron en vigencia las prescripciones sobre reparaciones del tratado de Versailles.

Hasta el 5 de Mayo de 1921 estuvo en vigor la cláusula del tratado de Versailles que disponía el pago de los 20.000 millones de marcos oro; pero a partir de esta fecha se inicia un nuevo período del “estado de pagos”. Primero se cambian los bonos: la Comisión tenía los 100.000 millones de que hablamos al referirnos al tratado de Versailles; de la 1ª serie de bonos de 20.000 millones se considera que Alemania sólo ha pagado 8 millones y con los 12.000 millones restantes se emite una nueva serie de bonos llamados bonos “A”. Le siguen los bonos “B” que representan 38.000 millones y por último los bonos “C” por 82.000 millones, formando así el total de 132.000 millones de marcos oro.

La obligación de pagar un interés del 5 o/o más 1 o/o de amortización rige solamente al principio sobre las dos primeras

series de bonos, es decir, sobre 50.000 millones de marcos oro. En lo que respecta a los bonos "C" se confía en algún acontecimiento inesperado (se piensa en las deudas interaliadas), que permita reducir su monto y entretanto no se pagan intereses ni amortizaciones sobre estos bonos. ¿De qué modo se efectuaría el pago de intereses y amortizaciones sobre los bonos "A" y "B"? . . . Mediante una anualidad fija de 2.000 millones de marcos oro más una anualidad variable a establecerse sobre un porcentaje del valor de las exportaciones.

Además de la posibilidad de pagar en monedas extranjeras, la Comisión estableció dos posibilidades de pago que se desprenden de lo establecido por el tratado: 1º, la reparación en mercaderías, 2º, el Reparation Recovery Act.

Aparte de las entregas de mercaderías establecidas por el Tratado, se convino la posibilidad de que Alemania pudiese pagar en otras mercaderías. Este problema era el más difícil dada la posición de los ingleses, pues cuando Francia se abastecía de carbón alemán el mercado se cerraba para el carbón inglés, hecho que provocaba la inquietud de los ingleses.

Lo cierto es que Francia, tomando mercaderías podía cobrarse con mayor rapidez que Inglaterra. Durante todo este período Francia hizo grandes esfuerzos para desarrollar el sistema de Reparaciones en mercaderías. La única facultad de los acreedores de Alemania consistía en poder disminuir la severidad de las disposiciones del tratado, pero en éste, el sistema de pagos en mercaderías era por demás burocrático. El comprador francés debía dirigirse a la Comisión, ésta pasaba una comunicación al gobierno alemán y éste a su vez la transmitía a los industriales alemanes. Estos trámites duraban tres meses o más, pasados los cuales los precios hacían muchas veces imposible la transacción. Dados estos inconvenientes, muy poco se utilizaron durante este período las reparaciones en material.

Los Ingleses hallaron a su vez un método para cobrarse de Alemania. Según la clave de Spa, los pagos en divisas extranjeras se repartían entre los Aliados; el 52 % correspondía a Francia y el 22 % a Inglaterra. Pero, ¿cómo obtenía Alemania dichas divisas? . . . Precisamente con el aumento de sus exportaciones, en su mayor parte hacia Inglaterra. Los Ingleses sostuvieron entonces que con la destrucción de su mercado inter-

no, Alemania pagaba a Francia las reparaciones, y establecieron "motu proprio", una ley interna — "Reparation Recovery Act" — por la cual el 25 % de todas las mercaderías alemanas introducidas en Inglaterra, debían ser entregadas por el introductor al gobierno inglés, como pago a cuenta de las reparaciones.

Alemania se comprometió en 1921 a hacer lo posible para permitir el funcionamiento de ese sistema, debiendo pagar el gobierno alemán esa diferencia a los exportadores. Nos hallamos aquí, por primera vez, frente a lo que actualmente llamamos la "compensación". Además, Inglaterra consiguió que esos pagos fueran considerados entre los aliados como pagos en mercaderías a semejanza de las reparaciones en mercaderías de los Franceses.

Tal fué el sistema establecido el 5 de mayo de 1921. En resumen, Alemania tenía que pagar anualmente los intereses y amortizaciones sobre 50.000 millones de marcos (pues sobre los 82.000 millones restantes, la deuda ascendía a 132.000 millones, nada se había establecido), que importaban 3.000 millones de marcos de los cuales 2.500 millones correspondían a intereses. Recuérdese que esa anualidad debía ser pagada por Alemania mediante una anualidad fija de 2.000 millones de marcos más una anualidad variable a establecerse teniendo en cuenta sus exportaciones. Si estas últimas no aumentaban se presentaba la posibilidad de que no pudieran pagarse ni siquiera los intereses aumentando en consecuencia la deuda en lugar de reducirse.

Me olvidaba decir que el estado de pagos tenía además otra cláusula que establecía el pago inmediato y dentro de 25 días, de 1.000 millones de marcos oro en divisas. El pago de esos 1.000 millones constituyó una de las tragedias de las reparaciones. Los alemanes careciendo de medios para hallar dentro del plazo fijado la suma referida, tuvieron que recurrir a la emisión de bonos del tesoro a 3 meses; en el Otoño de 1921, al aproximarse los vencimientos, se inició el fuerte movimiento de baja del marco. El gobierno alemán imprimía marcos para comprar las divisas. En Berlín, el valor del dólar de 75 a 181 marcos y de inmediato Alemania presentó a la Comisión de reparaciones el primer pedido de moratoria.



La Comisión se hubiera inclinado a favor de una reducción de los pagos de Alemania a 720 millones de marcos oro en divisas y 450 millones en mercaderías; pero bajo la influencia francesa, propuso el aumento de las garantías, lo que rehusó Inglaterra, hostil a toda intervención en Alemania. Inglaterra presentó en cambio estudios y solicitó la reunión de una comisión de peritos para estudiar las posibilidades de estabilización del marco y es así como aparece por primera vez el "leit motiv" del empréstito internacional que fué más tarde una de las panaceas de las reparaciones.

El 12 de Julio de 1922 Alemania solicitó una moratoria completa para ese año, susceptible de ser prorrogada por dos años más. El 22 de Agosto del mismo año, Poincaré expuso la tesis francesa de las "prendas productivas", por la que exigía que en el caso de concederse una moratoria, se debía otorgar a Francia una garantía que asegurara la reanudación de los pagos que aliviara la enorme carga que soportaba Francia en 1922 y 1923, para quien el problema de las reparaciones no constituía un problema financiero, sino un problema de reconstrucción material de la región Norte.

En el año 1922, durante las negociaciones y la célebre lucha sostenida entre Poincaré y Lord Curzon, la depreciación del marco pasó de 100 a 1000. A fines de ese mismo año, los Aliados se encontraron con una Alemania insolvente, que reclamaba una moratoria y frente al problema suscitado por la teoría alemana e inglesa, según la cual era de más valor para los Aliados la estabilización del marco que la exigencia de pagos, teoría que era resistida por los Franceses, pues les era imposible aceptar la suspensión de las reparaciones en momentos en que más necesitaban dinero y mercaderías.

Siendo imposible llegar a un acuerdo, en Diciembre de 1922 la Comisión declaró por mayoría, con el voto contrario del Delegado inglés, que Alemania no había cumplido con la entrega de postes telegráficos. Se apoyaron, diré, en la falta más evidente en ese momento, para dar libertad de acción a los Aliados. Y el 11 de Enero de 1923, Francia enviaba al Ruhr una "misión de ingenieros acompañada de la fuerza armada" para ocupar el distrito.

Hemos visto en la clase de hoy los principios de una his-

toria formada por muchas esperanzas y desilusiones; hemos visto el primer esfuerzo para obtener pagos directos en forma de mercaderías y las consecuencias de esa sencilla política de entrega sobre la economía alemana y Aliada. La ocupación del Ruhr es la acción postrera de este primer período; fué el medio más práctico de tomar directamente las reparaciones al vencido.

Veremos más adelante que con posterioridad a este primer período, terminado por un acto de fuerza de los Franceses, se llega a un acuerdo internacional, no sólo entre los Aliados, sino también con Alemania, que crea un sistema orgánico de pagos y da aparentemente grandes satisfacciones a los Aliados.

# Diario íntimo de una adolescente

Por ANIBAL PONCE

## VII

### ENSAYO DE CLASIFICACION

Las clases anteriores han ido acumulando los materiales que nos permitirán ahora, abordar algunos problemas de conjunto. El perfil de nuestra adolescente exige ser reconstruido después de haberlo fragmentado en el análisis, porque si faltara a este estudio de psicología concreta el capítulo final en que se enuncian las conclusiones y la síntesis, nos quedaríamos con esa impresión de malestar que provocaría en el espíritu de un clínico, la historia de un enfermo sin diagnóstico.

De pasada hemos ido viendo, y subrayando cuantas veces la ocasión se prestaba, los rasgos más salientes de la evolución de este espíritu juvenil: desde los comienzos oscuros de la pubertad hasta los momentos finales de la adolescencia. Como animado espejo de una edad de la vida —y ya veremos al final, dentro de qué límites y restricciones— el *Diario* de María Bashkirtseff es sin duda alguna un documento excepcional, y asombra un poco en verdad que no haya inspirado hasta hoy el estudio de psicología que merece. Algunas obras recientes de psicología juvenil, como el conocido libro de Mendousse (1), por ejemplo, transcriben de cuando en cuando, esa o aquella confesión del *Diario*; algunos tratados de psico-

---

(1) Mendousse, *L'Âme de l'adolescente. passim*, editor Alcan. Paris.

logía patológica, como el famoso de Alfredo Adler (2), aluden de pasada a María Bashkirtseff como un caso elocuente de afán de poderío; pero con excepción de estos dos autores, en que el conocimiento del *Diario* parece seguro, la mayoría de los otros que lo recuerdan dejan la impresión de que lo conocen apenas, de que lo citan de segunda mano, o de que sólo poseen inciertas referencias. Caso elocuente de esto último, es el doctor Achille Delmas que en una obra publicada en el curso de este año incluye a María Bashkirtseff nada menos que entre las deprimidas constitucionales... (3).

\* \* \*

Por la enorme autoridad de que gozó en su época, por el prestigio que todavía lo acompaña, quiero dedicar un sitio aparte a las tres páginas que Lombroso consagró a María Bashkirtseff en su obra memorable sobre *El hombre de genio* (4). Confrontar sus conclusiones con las que nosotros ya estamos en circunstancias de enunciar, no sólo facilitará nuestra tarea sino que nos mostrará además todo lo que hay de frágil en las interpretaciones de la psiquiatría y de la psicología, todo lo que hay de pasajero y de fugaz en tantas doctrinas científicas que, en el momento de su auge, los discípulos fanáticos se empeñan en convertir en dogmas definitivos.

Si la criminología no podrá agradecer bastante a Cesare Lombroso haber emprendido el estudio científico de los delinquentes —y poco importa que la mitad de sus teorías hayan sido desmentidas, porque sobra para su gloria el simple hecho de que la dirección que él señaló condujo en línea recta a las respuestas seguras—, no me atrevería a decir otro tanto de la psicología, en el capítulo relativo al análisis del genio. Conocen ustedes, sin duda, las grandes líneas de su interpretación: para Lombroso la genialidad sólo puede aparecer sobre el terreno de la degeneración mental. Desarrollando una sospecha emitida muchas veces por el vulgo, Lombroso aseguraba que el parentesco con la locura es tan evidente que la genialidad

(2) Adler, *Le temperament nerveux*, editor Payot, París, traducción Roussel.

(3) Delmas, *Psychopathologie du suicide*, editor Alcan, París.

(4) Lombroso, *L'uomo di genio in rapporto alla psichiatria, alla storia ed all'estetica*, p. 263-265, sexta edición, Torino, fratelli Bocca, 1894.

debe ser incluída entre las psicosis, junto a la epilepsia y la locura moral. Por epilepsia entendía, naturalmente, no las grandes crisis convulsivas que casi todos ustedes han visto alguna vez, sino esas otras formas más sutiles, llamadas *larvadas*, en que la enfermedad se reduce a vértigos, ausencias, impulsiones. Por locura moral, aludía a un viejo síndrome creado por los psiquiatras ingleses, y caracterizado por la ausencia de sentimientos morales, familiares y sociales.

Su voluminoso libro sobre *El Hombre de Genio* es una revista de cuanto hombre famoso existió en la humanidad; revista en que se esfuerza en despistar a través de las biografías, las memorias, las confidencias, aquellos datos de carácter patológico que le permitan apoyar su tesis bajo el doble aspecto de la locura moral y de la epilepsia. Pero como muchos hombres de talento, —voy a decir algo aparentemente absurdo— Lombroso no era inteligente: si por inteligencia se entiende la comprensión exacta de los problemas, el control cauteloso de las hipótesis, el tacto y la medida para afirmar o sugerir. Lombroso ignoraba todo eso en absoluto: las puerilidades, las torpezas, las ridiculeces hormiguan en su obra de manera tal, que fueron durante mucho tiempo el regocijo de las escuelas rivales. Afanoso por encontrar argumentos en defensa de su tesis, no vacilaba en considerar como genio a cuanto personaje presentara algún estigma degenerativo, aunque el dicho personaje fuera de décimo o vigésimo orden: y a su vez, el detalle más insignificante o la expresión más inocente le servía para construir sobre ella sus diagnósticos apresurados de locura moral y de epilepsia. Para una psiquiatra de hoy la lectura de *L'uomo di genio* deja por eso una impresión penosa, y su obsesión pueril de descubrir a toda costa la epilepsia —tan parecida a la obsesión de Freud de encontrar la sexualidad en todas partes— resulta a poco andar, fatigante y cargosa. Voy a leerles a ustedes algunos de los nombres de mujeres que asegura Lombroso fueron geniales, para que puedan darse una idea de aquella grotesca caravana: Ninón de Lanclos, Madame de Pompadour, la Dubarry, la Maintenon, Gyp y Carmen Silva... (5).

---

(5) Figuran en la tabla número cinco, con el rótulo de "Scrittura dei genii femminili".

¿En la compañía de semejantes "genios" cómo habría de faltar el nombre de María Bashkirtseff? No podía faltar, naturalmente, en el capítulo octavo consagrado al análisis de la genialidad en la mujer. A las habituales preocupaciones de Lombroso sobre la epilepsia y la locura moral, se sobreañaden en este caso las relativas a otros problemas concernientes a la mujer, que Lombroso había tratado en una obra anterior (6). Casi todo lo malo que se ha dicho de las mujeres, y algunas cosas más, pretende estar demostrado allí, con gran acopio de mediciones y de gráficos. Pero únicamente nos interesa a nosotros un aspecto de esa requisitoria: el relativo a los caracteres de la inteligencia femenina. Para no perdernos en detalles que nos llevarían mucho tiempo y nos alejarían de nuestro tema, podemos decir que para Lombroso era una verdad evidente la famosa *boutade* de Goncourt: "No hay mujeres de genio, porque cuando lo tienen ya no son mujeres, son hombres". Lombroso creía, pues, que en los casos excepcionales de genialidad femenina —y ya han visto ustedes qué valor tenía para él la palabra "excepcional"—, esa genialidad se asociaba siempre en la mujer con caracteres viriloides. Epilepsia, locura moral, y masculinismo: he ahí lo que Lombroso se propuso encontrar en María Bashkirtseff, como "mujer genial". Y además está decir que lo "encontró". Los datos en que fundamentó sus conclusiones son todos exactísimos, y si algunos no nos parecen así, es que, como todos los que desconocieron los *Cuadernos Intimos*, Lombroso sólo se enfrentó con la imagen mutilada que el primitivo *Diario* reflejaba. Pero reconocer que todos los datos de Lombroso son exactos no equivale de ninguna manera a corroborar sus conclusiones. Vamos a ver que se prestan a una interpretación distinta y que de paso nos ayudarán a la labor de síntesis que en esta clase nos proponemos.

Señalemos ante todo que Lombroso empieza asegurando que fué María Bashkirtseff una "pintora de genio superior y originalísima en arte" (7). Tenía que afirmarlo así, porque sino el ejemplo no se le serviría de nada. Pero a cualquiera que

(6) Lombroso e Ferrero. *La Donna Delinquente, la prostituta e la donna normale*, editor Roux, Turín, 1894.

(7) Lombroso. *L'uomo di genio*, p. 263.

no defienda ninguna tesis previa, salta a los ojos lo enorme de la exageración. Nadie podría decir, sin ponerse en ridículo, que fué María Bashkirtseff una mujer de genio. Que si hubiera vivido muchos años, su personalidad de pintora hubiera alcanzado un nivel evidentemente superior al que le conocemos, es posible y casi seguro. Pero no hay en ninguno de sus cuadros —innecesario repetirlo— la huella del genio. Discípula inteligente de un pintor ilustre, no había dejado de ser en el momento en que murió, nada más que eso: una discípula inteligente.

Aclarado ese punto previo —tarea indispensable en este como en casi todos los otros ejemplos de Lombroso—, pasemos a considerar los tres rasgos de carácter que le atribuía el psiquiatra de Turín. Se apoyaba Lombroso en los frecuentísimos accesos de cólera y en alguna presunta tentativa de suicidio, para sospechar en María Bashkirtseff la *impulsividad epileptoidea*; fundamentaba el diagnóstico de *locura moral* en la insensibilidad de la muchacha a los afectos familiares, en su impudor bien notorio, y en su incapacidad para el amor; y reconocía finalmente los rasgos del psiquismo *masculino*, en las repetidas ocasiones en que María Bashkirtseff manifestó su odio por la feminidad y su agudo deseo de ser hombre. Con excepción de lo que dice respecto a su incapacidad de amar —evidentemente falso—, todo lo demás es la expresión fiel de los hechos y merece su tesis, por lo mismo, ser examinada con cuidado.

Los accesos de cólera de María Bashkirtseff, frecuentísimos en su infancia (8) no desaparecieron ni en su relativa madurez. Sabemos, en efecto, que aun en el taller, se entregaba a las explosiones más violentas y groseras. Pero esas explosiones, no tenían nada de epilépticas. Lo característico de la impulsión epileptoidea es sobrevenir sin causa que la justifique y acompañarse de una momentánea obnubilación de la conciencia. Ejemplo evidente de ese tipo de impulsión es el crimen epiléptico : bajo la influencia de un arranque irresistible, un epiléptico se lanza de pronto sobre un individuo que nunca ha visto y lo asesina.

---

(8) *Journal*. I. 25.

Los accesos de cólera en María Bashkirtseff están a mil leguas de este impulso: tienen siempre un motivo y se acompañan invariablemente de conciencia. Cierto es que en esos momentos la muchacha se hunde las uñas en la frente, se tironea los cabellos, rompe algunos vidrios, tira al suelo lo que puede, balbucea palabras no corteses (9). Pero nunca se lastima seriamente, y conoce a la perfección el valor de lo que rompe. Escuchemos lo que nos dice ella misma con motivo de una invitación para un baile que por una torpeza de un mucamo no ha podido conseguir: "Abro por undécima vez la caja de las llaves, y acabo rompiendo cuatro sillas. Ha sido poco, sin duda, porque no me ha calmado. Mientras las otras ya están preparando sus trajes, estoy yo rompiendo muebles. Demasiado buena soy que me conformo con romper los ordinarios" (10). ¡Qué diferencia entre este ataque de cólera y el impulso ciego de los epilépticos! Qué diferencia también, entre el arranque irresistible que a veces lleva a éstos al suicidio, y las contadas ocasiones en que María Bashkirtseff ha hablado de matarse! Dejando a un lado todas las veces en que el suicidio no fué en esta más que una figura retórica para expresar con elocuencia su irritación o su fastidio, quizá sea mejor escucharla a ella misma en una de esas "tentativas" de suicidio a que aludió Lombroso. Acaba de pelearse con Larderel y está tirada en el lecho, gesticulando y gritando: "Qué te he hecho, Dios mío! Cerca de mi cama, mamá lloraba de rodillas. Como antes, he buscado un poco de apoyo en medio del naufragio de mis pensamientos y no he encontrado ninguno. . . Seria- mente, no tengo deseos de vivir, nada encuentro que me retenga o interese. En un momento, todo se ha derrumbado. "Voy a tirarme del quinto piso", he dicho de pronto. Mamá lanza un grito, y yo vuelvo a caer en mi desesperación muda y horrible" (11). Para apreciar sus impulsos "epileptoides", me parece que tenemos ya bastante: cuando monta en cólera, no ignora nunca el valor de lo que rompe, y cuando se va a arrojar de un quinto piso, lo anuncia pero no se arroja. . . ¿Mentiras, farsas, comedias? Algo de eso hay, pero no es todo. Es

(9) *Cahiers*, tomo I, 228.

(10) *Cahiers*, tomo III, 25.

(11) *Cahiers*, I, 229.



propio de los temperamentos hiperemotivos, la reacción desproporcionada al estímulo que la provoca. Pero en el caso especial de María Bashkirtseff se sobreañadía a la hiperemotividad la circunstancia agravante de que no fué nunca educada ni frenada por el influjo de su ambiente familiar. En su casa y fuera de ella, fué por eso fundamentalmente la misma tiranuela de los cinco años, y sería absurdo atribuir a la epilepsia lo que con tanta frecuencia descubrimos en la psicología de la hija única.

Por lo que respecta a la *locura moral* que Lombroso le atribuye, nos encontraremos con una confusión muy parecida. El escaso lugar que en efecto ocuparon en María Bashkirtseff los afectos familiares, sólo puede parecernos exageradamente patológico si lo miramos con los ojos del adulto. Pero hay una edad, la adolescencia, en que es casi normal esa reacción, a veces desesperada, contra el ambiente de la casa. A María Bashkirtseff le irritaba en su casa, la incultura, la vulgaridad y la incomprensión. Ni la madre ni la tía —“mis madres”, como decía ella a veces— eran mujeres inteligentes, y aunque las dos no vivían sino para complacerla, la mortificaban con su chatura, con sus torpezas, con sus faltas de tacto. El desorden era, por otra parte, la norma de su hogar: desorden en la conducta, en los gastos, en los muebles, en las cosas. Unos días se vivían en la opulencia, y algunos otros, en la estrechez: “Para mi tía —escribe María Bashkirtseff— todo le dá lo mismo: que la casa se venga abajo, que el jardín se seque. No quiere ni hablar de los detalles. Y pensar que para mí todos esos detalles descuidados me desesperan y me irritan. Cuando todo es bello, confortable y rico a mi alrededor, me siento buena, alegre y bien” (12). Si eso pensaba de la tía, no mejor se expresaba de la madre. Después de haber sido una mujer hermosa, y de haberse preocupado de la elegancia y del adorno, la madre de María Bashkirtseff había dado en llevar *toilettes* tan extrañas y desdichadas que la hija sufría horrores indecibles cada vez que debía acompañarla. El que no haya escuchado a una adolescente el relato de ese martirio que significa a cierta edad acompañar por las calles a una persona vestida

---

(12) *Journal* I. 77.

con mal gusto y cargada de paquetes, no comprenderá jamás el porqué de muchas cóleras aparentemente sin motivos.

El rencor de María Bashkirtseff contra su propio hogar no era, pues, en líneas generales, más que un derivativo de su impaciencia y de sus sueños. Creerse digna de ser reina y, hasta asistir en imaginación a los homenajes de las multitudes, no engendra, sin duda, un estado de ánimo propicio a alternar todas las horas con personas que sólo saben hablar de los mucamos, de la salud y de los perros (13). "Imaginen ustedes la lectura de un estudio sobre Cleopatra y Marco Antonio — escribe María Bashkirtseff a propósito de un viaje en que la acompañó su tío Esteban—, interrumpido a cada instante por frases como estas: ¿Quieres comer? ¿Tienes frío? Aquí está el pollo asado. ¿No prefieres una pera? ¿Será mejor cerrar la ventana? Cosas todas indudablemente buenas, pero irrecusablemente fastidiosas" (14). Y así, durante años. Se dirá, sin duda, que la muy pedante *posaba* demasiado a vivir sublimemente. Pero hay una edad, que era la suya, en la cual lo normal es desesperarse por vivir sublimemente...

Todo esto en cuanto a los choques con los suyos, a sus antipatías por las vulgaridades de su hogar. Pero si es verdad que se puede reconocer en ella como más o menos normal esa reacción que es común a tantos otros adolescentes y que los lleva muchas veces a la fuga o al suicidio, no es menos cierto que hay en María Bashkirtseff una frialdad de corazón que no deja de impresionar desde el principio. ¿Aceptaremos por eso el diagnóstico terrible de locura moral, es decir, la incapacidad total para los sentimientos tiernos, la anestesia absoluta para el cariño y los afectos? Sería una torpeza imperdonable. Lo que a Lombroso pareció locura moral no fué otra cosa que la disminución relativa de los afectos que provocan en todo individuo las grandes pasiones. Toda pasión auténtica— es decir, precoz, vigorosa, continua, obsesionante— rompe de tal modo el equilibrio de la personalidad que todo lo que ocurre en la vida y que no se refiere de algún modo a esa pasión, desaparece prácticamente de la conciencia. Dijérase que la pasión impone al individuo un ritmo tan intenso que no es po-

(13) *Journal*, I, 203, 231, 375.

(14) *Journal*, I, 258.

sible mantenerlo si no a condición de arrojar en sus calderas todo lo que en el alma existe como afectos, preocupaciones, inquietudes. El apasionado no sólo vive para su pasión; es, en cierto sentido, su pasión. En María Bashkirtseff apareció desde temprano, con ese carácter innato de las pasiones irresistibles, una avidez desesperada de trepar, de ascender, de imponerse y de triunfar. Para la ambición vivió; y por ella, sacrificó todo lo que pudo. Pero es muy distinto sacrificar y ahogar sentimientos que ya existen, a carecer en absoluto de ellos. En el loco moral no han existido jamás los sentimientos tiernos, ha nacido sin ellos, amputado de ellos: en el ambicioso, en cambio, la pasión los ha oprimido, encadenado, sofocado, pero nunca destruido en la raíz. Los *Cuadernos* y el *Diario* de María Bashkirtseff revelan en efecto, algunos sobresaltos de los cariños dormidos, algunos estremecimientos de los afectos desterrados: "Si mamá llegara a morir lejos de nosotros —escribe una vez— ¡qué castigo terrible para mis imbéciles rebeliones de hija! Pasaría toda mi vida llorando por no haberme hecho perdonar mis groserías. Sería, en verdad, como para volverse loca. Imaginen lo que sería sentirse culpable y no poder jamás, jamás redimir sus locuras. Y pensar que ella se moriría creyendo que yo no la quiero, que su muerte me ha sido indiferente, que me he consolado fácilmente, que tal vez estoy contenta" (15). Sería absurdo esperar en la "locura moral" ni el asomo de un remordimiento parecido; quejas de una ambiciosa que no vaciló en pisotear los afectos más íntimos, pero que al sentirlos, de cuando en cuando, latiendo en el fondo de su alma, vuelve los ojos hacia ellos con la ternura del arrepentimiento.

Directamente ligada a la ambición y a la hostilidad por el ambiente familiar, se nos presenta también su pretendido *masculinismo*. Muchas veces, cierto es, María Bashkirtseff se ha quejado de su condición de mujer. ¿Cuál es la muchacha adolescente que no lo haya dicho también en más de una ocasión? El deseo de ser hombre, ¿no significa en labios de las adolescentes una manera de expresar su rebeldía contra la inferioridad social en que la burguesía todavía las mantiene?

---

(15) *Journal*, II. 308.

¿No es una manera de protestar y levantarse contra la opresión y los prejuicios, contra la hipocresía y las mentiras con que aun las torturan y las cercan? En el caso especial de María Basbkirtseff, ¿cómo asombrarse al encontrar protestas cada vez más vigorosas a medida que las exigencias de la pintura, por ejemplo, le hacía sentir más agudamente que nunca la imposibilidad, por ejemplo, de viajar sola como un hombre, y de internarse en cualquier parte con su caballete y su caja de colores? "Lo que yo deseo por encima de todo —dice— es la libertad de pasear sola, de ir, de venir, de sentarse a su antojo sobre los bancos del Luxemburgo o de las Tullerías; de pararse en las vitrinas artísticas, de entrar a los museos, de recorrer de noche las viejas callejas; he ahí lo que envidio y he ahí la libertad sin la cual no se puede ser una verdadera artista. ¿Creen ustedes que es posible aprovechar lo que se examina cuando se debe soportar la compañía de alguien o cuando para ir al Louvre, por ejemplo, hay que esperar el coche, la familia o la institutriz?" (16). Nada pues de *virilidad* en el sentido patológico que Lombroso quiere darle; nada de hombruno en esta chica que se muere por los modelos de Laferrière y los "brocados de Rigaud"; nada de masculino en esta muchacha que si sueña con la gloria es porque la gloria le permitirá alcanzar el gran amor (17); un gran amor tan impregnado de un sentimiento de sumisión ante el hombre reputado superior que bastaría haber recogido esta sola confidencia para rechazar con una sonrisa la tesis caprichosa de su masculinismo: "la total aniquilación de la mujer frente a la superioridad del hombre amado debe ser el más agudo goce de amor propio que una mujer superior pueda experimentar". (18).

\*  
\*   \*  
\*

Y basta ya con Lombroso. Pero si al examinar la tesis del psiquiatra hemos aclarado de pasada algunos puntos algo oscuros, debemos enfrentar todavía, con igual intención, algunas

(16) *Journal*, II, 105. Igualmente, *Journal*, I, 231, y II, 88.

(17) *Journal*, I, 17.

(18) *Journal*, II, 97. En igual sentido, *Cahiers*, II, 126.

otras afirmaciones que nos llegan desde otro de los campos de la clínica. Casi no hay en efecto, un solo tratado importante sobre la tuberculosis que no aluda a María Bashkirtseff en el capítulo relativo a los síndromes mentales en los pulmonares (19). ¿Hasta qué punto influyó la tuberculosis en el carácter y en la obra de María Bashkirtseff? Para la mayoría de los clínicos, se descubren en ella los caracteres mentales que son comunes a la casi totalidad de los tuberculosos.

Antes de dar nuestra opinión, examinemos rápidamente una cuestión más general: ¿existe una psicología de los tuberculosos? Los trabajos clásicos de Letulle, Heinzelmann, Darenberg, conducirían a afirmar que sí. Son sin embargo tan desordenados y vagos, tienen tan poco en cuenta las diferencias individuales, —la persona del tuberculoso— que hay que tener suma prudencia en manejarlos.

Para ajustarla a cierto método se podría más o menos resumir en tres períodos, esa psicología de los tuberculosos. En el primero, anterior a los síntomas ruidosos, un rasgo elocuente dominaría la infancia de los llamados "predisuestos" o "impregnados": la precocidad intelectual. La observación empírica ha señalado desde antiguo la rapidez con que se despierta la inteligencia en esos niños delicados y frágiles sobre cuya escasa salud viven las madres en perpétua alarma. Generalmente perezosos y egoístas, manifiestan además desde temprano cierta afición por el erotismo y por el arte: la mentalidad a la vez depresiva y refinada que no es difícil reconocer en la infancia de los Chopin y los Samain, de los Schiller y Mauricio de Guerin.

Si la primera etapa se caracteriza por un fondo depresivo, la segunda —que sobreviene generalmente en la pubertad— tendría como rasgo distintivo una tonalidad hiperesténica, es decir, de actividad, de movimiento y de lucha. A medida que la enfermedad va avanzando, se acentúa el egoísmo, la movilidad del humor, la irritabilidad general y la tendencia al auto análisis.

En el tercer período finalmente, aparece un estado de

---

(19) Por ejemplo, Piéry, *La tuberculose pulmonaire*, p. 220, editor Doin, París, 1910. En español, para no citar también más que a uno solo, ver J. Valdés, *Lambea. Síndromes mentales de los tuberculosos*, p. 92, editor Morata, Madrid, 1929.

euforia, es decir, de alegría mórbida. Confiado en su porvenir, no obstante la gravedad de su estado, el enfermo no sólo no sufre, sino que se dice mejor; y sobre ese estado de confusión delirante, una muerte tranquila e imprevista sobreviene.

He aquí en abstracto la psicología del tuberculoso, tal como resulta de muchas monografías de valor muy desigual (21). Sería pueril naturalmente creer que se habrá de superponer exactamente al perfil mental de cada uno de los tuberculosos que conocemos; para no referirnos más que a un solo rasgo, es fácil comprobar que el optimismo del final es mucho menos constante de lo que esa psicología afirma y de lo que el vulgo asegura. En cuanto al caso particular que a nosotros nos preocupa, podemos con derecho preguntarnos: ¿en la psicología de María Bashkirtseff se descubren algunos de los caracteres esquematizados en el cuadro anterior? Es evidente que sí. Descendiente de una familia de tuberculosos —el bisabuelo paterno, dos tíos paternos, el padre y el hermano murieron tuberculosos— María Bashkirtseff era sin ninguna duda, una "impregnada", es decir, una tuberculosa por derecho de nacimiento, una tuberculosa por pecado original. Pertenecía además por su físico a una constitución que tiene una enorme afinidad por la tuberculosis: esa constitución que Landouzy, con gran discreción, clasificó de *veneciana*, porque los individuos que la poseen prefieren llamarse "rubios venecianos" antes que decirse, francamente, pelirrojos. Se trata de jovencitas de piel extraordinariamente blanca, transparente, surcada por venas muy azules, salpicadas de pecas muchas veces; de cabellera sedosa, de color rojo o rojizo (22); de iris gris o azul, de carnes blandas, de transpiraciones abundantes, de silueta más bien graciosa y fina (23). Si en cuanto al físico, la coincidencia con María Bashkirtseff es perfecta, ¿ocurre lo mismo respecto de la psicología? No puede haber ninguna discrepancia sobre

(21) Ver especialmente *Laignel Lavastine, Psychologie des tuberculeux*, en "Revue de médecine", pág. 237, año 1907. El autor cita a María Bashkirtseff y aunque se vé que conoce el *Journal*, se lo nota demasiado influenciado por el artículo de *France*. Le atribuye por ejemplo, un tedio y una fatiga de vivir que nunca existió en ella. Ver *Journal*, I, 203.

(22) Schiller también pertenecía a este tipo. Puede verse en *Marbach un mechón* de sus cabellos, en un cuadro de oro.

(23) *Landouzy, Predispositions tuberculeuses. Terrains acquis et innés propices à la tuberculose*, en "Revue de Médecine", p. 422-423, año 1899, París. Comparar esa descripción con el autorretrato de María Bashkirtseff en los *Cahiers*.

su precocidad intelectual y sexual, ni sobre el egoísmo y la irritabilidad. Pero un detalle fundamental existe en ella, que contraría un rasgo del esquema general: imposible comprobar en María Baskirtseff esas tristezas sin causa, esos vagos desfallecimientos del alma, esa "fatiga de vivir" de que hablaba Mauricio de Guerin (24). Por el contrario, hierve en ella la sed de vida, el ímpetu apasionado, la impaciencia por precipitarse sobre el mundo con dientes voraces. Sus desalientos, sus pesadumbres, sus fatigas, tienen siempre motivo reconocible: desilusiones, fracasos, contrariedades. No le vienen del organismo enfermo, sino de la realidad que le cierra el paso, de los obstáculos que la lastiman. Y si no se descubre en ella ese tono "depresivo" de los sentimientos que se dá por común a todos los tuberculosos, no se comprueba tampoco esa preocupación de la salud que hace a la mayoría de esos enfermos despreciar la salud ajena para atender mejor la propia. Demasiado hemos visto a este respecto, sus imprudencias, sus locuras, su desprecio de la enfermedad y del tratamiento.

Este doble desacuerdo entre su psicología y el esquema general nos permitirá sospechar que si bien es cierto que existen rasgos comunes a todos los tuberculosos —comunidad que descansa en la existencia de una misma constitución, en casi todos, delicada y grácil—, no es menos cierto que cada cual reacciona mentalmente a la enfermedad de acuerdo a su particular modo de encarar la vida y de construir el propio carácter. A unos, la tuberculosis inspiró quizá suaves estados de alma que sin la enfermedad hubieran ignorado y que la música o el verso han conservado; a esta muchacha, en cambio, le redobló su ardor de vivir, la empujó a forzar la carrera, la decidió a apurar sus proyectos ambiciosos. Lejos de mostrarse como una simple consecuencia de la enfermedad, lo mejor de María Baskirtseff comienza en el instante mismo en que resuelve despreciar su enfermedad, y en que a pesar de su miedo de pobre chica, y de sus desfallecimientos de enferma que se sabe condenada, ella seguía, valerosa y tenaz, en pos de su ambición y de sus sueños.

\* \*

(24) "Lo que caracteriza la psicología del tísico es la preponderancia depresiva de los sentimientos", afirma Laignel Lavastine, p. 274.

Y ahora, una observación final, antes de despedirnos y concluir. El análisis sostenido de este caso concreto no podría darse por medianamente realizado sino indicáramos además, dos direcciones en las cuales todavía podría proseguirse: una que deriva de la situación social de María Bashkirtseff; otra que denuncia el momento histórico en que vivió. Cada uno de nosotros, en efecto, construye su personalidad no sólo sobre la base que le dá el temperamento, sino sobre los aportes de una educación impuesta por el medio familiar, como un reflejo a su vez del ambiente social en que nos desenvolvemos. Pero este medio social no es homogéneo, ni la educación es idéntica para todos sus miembros. La sociedad por el contrario está dividida en clases, con intereses antagónicos e ideales irreconciliables; y en cada momento de la evolución histórica son las ideas de la clase dominante las que se erigen en las ideas llamadas de la época. Por nacimiento y por educación, María Bashkirtseff pertenecía a la nobleza, y a una de las noblezas más sanguinarias y bárbaras que la historia ha conocido. Aprendió de ella, naturalmente, el despotismo y la dureza, la ociosidad y el desprecio del trabajo. Pero en el momento de nacer María Bashkirtseff, hacía ya mucho tiempo que habían pasado los grandes días de la aristocracia rusa. La liberación de los siervos en 1861 anunció que en Rusia la nobleza ya empezaba a ser batida por la burguesía. Representante raquítica de una aristocracia en decadencia, no encontramos por eso en María Bashkirtseff algunos de los rasgos más típicos del noble: ni el orgullo del propio nombre, ni el culto de los antepasados que le vá unido. Descubrimos en cambio al final de su vida, y como un reflejo de la burguesía en ascenso, un extraño amor por esas mismas artes que la nobleza siempre ha fomentado pero que consideró también, deshonoroso, practicar. En vez del orgullo de la propia casa, apareció en ella este otro orgullo fundado en el trabajo personal que fué sin duda alguna, el rasgo más eminente de la burguesía en sus buenos tiempos. Pero individualista despiadada, sólo vió en el trabajo una manera de asegurarse una posición mejor y de salvar a toda costa el recuerdo de su nombre. Recuerdo que a buen seguro, sus cuadros de pintora no hubieran hecho perdurable, y que si no llegó a desvanecerse en poco tiempo es porque la monta-



ña de su *Diario íntimo* la transformó de súbito en un documento insustituible para comprender las inquietudes, los tormentos y las trivialidades de una joven en un complejo momento del siglo XIX.

No pasará mucho tiempo, estoy seguro de ello, en que las adolescentes de mañana sentirán como sentimientos absolutamente extraños buena parte de los que asoman, luchan y se desesperan en el *Diario*. Cuando ya nadie viva ni en el parasitismo ni el ocio; cuando una organización social más justa que la nuestra imponga a todos desde temprano la responsabilidad de la labor social; cuando la necesidad y el hábito de las empresas planeadas y realizadas en común excluyan definitivamente al individualismo egoísta con su cortejo de ambiciones mezquinas, —ha de parecer casi imposible a las adolescentes del futuro que en algún momento de la historia y en determinada clase social pudiera ser la adolescencia una edad sin otro contenido que los antojos, las trivialidades y los caprichos. Pero aún así, a una larga distancia de María Bashkirtseff — como lo están ya las mejores entre las contemporáneas—, no es imposible que esas muchachas del futuro guarden en el fondo de su corazón una simpatía melancólica por esta criatura desdichada que aunque descubrió muy tarde la seriedad de la vida, alcanzó a saborear, no obstante, los ásperos goces del esfuerzo y del trabajo. Pero es seguro además, que reconocerán en su *Diario*, como una queja eterna, ese trágico conflicto que en la adolescencia se descubre y se sufre: la desproporción dolorosa entre el deseo que es infinito, y la vida que es fugaz.



# Opiniones Inofensivas

Por ANIBAL PONCE

## CUERVOS Y PUAS

Un soldado anónimo de la gran guerra, casi un chiquillo cuando marchó al frente, recopiló sus notas un año después del fin de la guerra y las entregó recién al público argentino bajo el trágico título de "Cuervos y puas".

Cuando la orden de incorporación llegó para él, ya hacía años que la matanza había comenzado. Al entusiasmo delirante de los primeros días había sucedido el desaliento y el rencor. La guerra no era ya un desfile triunfal bajo las banderas desplegadas al viento, sino una hecatombe sucia y monstruosa en que los hombres se despedazaban en la obscuridad y a la distancia.

Triste partida, por eso, la del soldado Galgano al emprender desde Salerno la marcha hacia la zona de guerra: con una impresión de horror disimulada apenas y con una rebeldía sorda que se estrangula. "No podemos protestar porque no tenemos valor", dice. Y desde ese instante hasta el día mismo del armisticio vivió con el humilde soldado sus desesperaciones y sus miedos, sus dudas y sus dudas. La literatura llamada de "la guerra" no ha informado bien de todo eso. La vieja imagen de las batallas ha sido destruida por ella en mil pedazos. Ni marchas guerreras, ni asaltos espectaculares, ni entreveros engeguecedores. Por todas partes, en cambio, el hambre y el barro, el cuerpo deshecho y el muñón sangriento. En este sentido, el libro de Galgano no hace más que contar, como "breviario" del soldado italiano, las mismas miserias y los mismos horrores que nos son ya conocidos. Desde la trinchera francesa de Barbusse a la trinchera alemana de Remarque, o a la trinchera italiana de Galgano, una idéntica vida dolorosa se ha ido desarrollando hora por hora. Sobre frentes tan distintos coinciden todos en la descripción del mismo panorama, y la verdad terrible surge así más adusta a través del relato de aquellos desdichados.

En nombre de los que quedaron en los alambrados de púa; en nombre de los heridos arrastrados por los ríos; en nombre de los que yacen olvidados bajo una ténue capa de tierra dinamitada, el caporal Galgano se ha decidido a contarnos el pavoroso drama: el drama que vivieron a su modo los que pelearon en el frente y en la altiplanicie de Asiago. El cuadro que nos presenta

es de una grandeza innegable: contado en el idioma directo de nuestra vida diaria, sin adornos ni disimulos, "Cuervos y púas" hunde al lector en pleno frente, lo arrastra a la aventura de las patrullas, lo sumerge en el lodo de las trincheras, lo salpica con la sangre de los heridos.

Escrito primero en italiano, y traducido al español por el propio autor en 1924, guarda de su texto originario numerosos italianismos y más de una incorrección en la sintaxis. Con una ligera revisión, la prosa adquiriría un tono más firme y haría de este libro una de las obras más veraces que la guerra ha inspirado.

Veracidad de un "milite ignoto", religioso y humilde, para quien las guerras se podrían evitar con un poco más de comprensión entre los hombres. Ilusoria creencia y candorosa esperanza que si bien no da a "Cuervos y púas" el doloroso sarcasmo de "Sin novedad en el frente", ni la varonil rebeldía de "El fuego", de Barbusse, infunde al testimonio del autor la dolorosa amargura de las protestas sólo a medias acalladas.

Temibles protestas, a pesar de todo, si no se olvida que hace muy poco tiempo Hitler condenó a la hoguera a todos los libros de la guerra que la mostraban tal cual es: con las mandíbulas descarnadas y las órbitas huecas. No hay llamarada, sin embargo, lo suficientemente alta para destruir el recuerdo de la guerra en la memoria de los hombres.

## HISTORIA DEL SOCIALISMO ARGENTINO

El señor Jacinto Oddone, autor de libros tan meritorios como "La burguesía terrateniente argentina" y "¿Qué es la moneda?", ha emprendido una vasta obra sobre la historia del socialismo entre nosotros, cuyo primer volumen acaba de aparecer. Constará la historia de cuatro tomos: abarca el primero desde los antecedentes más remotos hasta la celebración del Congreso Constituyente del partido en 1896; comprenderán los tres restantes los hechos ocurridos desde esa fecha hasta la sanción de la ley Sáenz Peña; de ésta hasta la caída del gobierno radical en 1930, y finalmente, desde el gobierno "de facto" hasta los días actuales.

El proyecto, con no ser excesivamente ambicioso, ha adquirido, sin embargo, proporciones impresionantes. Por una rara fatalidad, el fenómeno es bastante común entre nosotros: cada vez que un autor argentino se da a estudiar algún asunto local, los tomos y los tomos se amontonan. Lo mismo en una historia de la literatura si es Ricardo Rojas el que la firma, que en una antología de poetas si es Calixto Oyuela el que la dirige. Claro está que en otros ambientes, con más larga vida que la nuestra.

las cosas suelen ocurrir de otra manera, y asombra no poco pensar que para escribir la historia del partido socialista argentino, el señor Oddone necesitará cuatro tomos de más de doscientas cincuenta páginas, cuando a Zinovieff, por ejemplo, le ha bastado un solo libro en formato menor para contar toda la historia del partido comunista en Rusia...

Tratándose de un escritor socialista no se puede, naturalmente, atribuir esa abundancia a una excesiva frondosidad en el estilo. Cualquiera sabe que leer a un socialista —de los menores, se entiende,— es como leer a todos: la misma prosa exacta, destañada y monótona. A pesar de que el teórico más genial del movimiento socialista gustaba expresarse en un estilo de magistral elegancia, a los discípulos de todo el mundo —con las contadas excepciones de Plejanoff y Jaurés— les dió por escribir en la más lenta y fría de las prosas: como si la aridez de las estadísticas y de los diagramas, cuando no son luminosamente comentados, les hubiera dejado para siempre una mezquindad irremediable. El mal es tan extenso y tan notorio que en el discurso inaugural del Instituto de Investigaciones Históricas de Rusia, un escritor tan eminente como Pokrosvski ponía en guardia, no hace mucho, a sus jóvenes colegas sobre el fetichismo de los datos económicos fundados en una estrecha interpretación de Marx.

Cierto es que al partido socialista argentino, como a todos sus similares en el mundo, sólo en parte les alcanza esa advertencia: hace ya muchos años, en efecto, que se alejaron de Marx para "revisarlo" y "superarlo". Pero algo, y no lo mejor por cierto, les ha quedado de sus viejos amores: el servilismo ante las cifras, los documentos y los gráficos.

En vez de usar a éstos instrumentos como a la manera más segura de conquistar hechos significativos, los escritores socialistas se complacen en mostrarlos tal cual son: como andamiajes de una obra a construir. De ahí el carácter fatigoso de tales obras "científicas", cuando la gracia del estilo o la sutil disposición del plan no viene a infundirles la cordialidad que les da vida.

Con excepción de una o dos páginas en que el señor Jacinto Oddone consiente en turbar con detalles animados (páginas 151 y 166) la invariable salmodia de su historia, todo el libro se reduce a un amontonamiento de documentos y de datos flojamente ordenados, y que requieren a veces no poco esfuerzo para situarlos en su ambiente y animarlos. Muchos "bandos", resoluciones y manifiestos que tendrían lugar adecuado en un apéndice, obstruyen con sus escombros el texto mismo de la historia: tan minuciosa ésta, por momentos, que no perdona al lector ni la nómina completa de los miembros que formaron el más opaco comité del más inofensivo de los centros...

El señor Oddone, con todo, ha realizado una labor previa de acumulación del material que no puede ser contemplada sin elo-

gio. Cuando los tres restantes volúmenes que nos promete hayan visto la luz, quizá llegue el momento de que alguien nos dé, aprovechando su esfuerzo, una animada historia del socialismo argentino en poco más de cien páginas...

### RECORDANDO EL PASADO

Las literaturas con más tradición de cultura que la nuestra poseen un buen número de producciones en que las anécdotas y las confidencias literarias o políticas constituyen de por sí casi todo el material. Desde el vigoroso Saint Simon hasta el intrigante Brousson, no pocos libros de un interés enorme se reducen a rápidas anotaciones tomadas en lo vivo, a certeras instantáneas de un personaje o de un suceso.

Sería ingenuo suponer, por cierto, que reside en tales detalles la explicación de los grandes acontecimientos. Pero ayudan a esclarecer, aunque desde el punto de vista de la nariz de Cleopatra, los entretelones de tal o cual maniobra, los ocultos resortes de tal o cual celebridad.

Entre nosotros hay en las obras de Lucio V. Mansilla, sobre todo en sus "Causeries" y en sus "Retratos", un acopio tan valioso de esas instantáneas que, a pesar de lo deshilvanado de la charla y lo cargoso de la forma, pueden ayudar no poco a la comprensión de más de uno de los problemas del pasado. En igual forma también, aunque reducido a un solo personaje, es bien sabido que el "Sarmiento anecdótico" de Augusto Belín es un repertorio tan riquísimo que nadie puede acercarse hasta el grande hombre sin haber releído muchas veces esas páginas. Con posteridad a esos dos autores, sólo recuerdo entre la producción contemporánea nacional el nutrido volumen en que el señor Alfredo Dubau quiso anticiparnos una mínima parte del enorme material de confidencias y de anécdotas que lleva recogidas y que algún día formarán, según se dice, casi una docena de volúmenes.

A ese mismo orden de literatura pertenece el libro del señor Alberto Blancas, titulado "Recordando el pasado". Figura bien conocida en el mundo diplomático, el señor Blancas ha frecuentado desde joven a casi todos los personajes más ilustres de nuestra historia política. Se hallaba en excelentes condiciones, pues, para transmitirnos algunos de los gestos que había descubierto, algunos de los secretos que le fueron confiados. Y si se sabe que entre esos personajes figuran desde Sarmiento y Alberdi hasta Guido Spano y Sáenz Peña, se comprenderá la vivaz curiosidad que el libro logra despertar.

Aunque "Recordando el pasado" no está exento del defecto común a casi todas esas obras —el escaso rigor en la selección de las anécdotas— es agradable reconocer que algunas no pueden

ser más felices ni más sabiamente escogidas. El señor Blancas, por desgracia, no es un escritor, y él mismo lo reconoce así. Perturba o malogra por eso, y muchas veces, con reflexiones inoportunas o moralejas fastidiosas, el movimiento directo de la narración. Está demasiado preocupado con lo "mucho que hay que aprender" en sus anécdotas, para entregarlas al lector con la desnudez de la verdad. Prefiere agregarle, por tal motivo, consideraciones que la empañan o comentarios que la atenúan. Tal, por ejemplo, la entrevista con Alberdi en París. Compárese el relato del señor Blancas con la fotografía extraordinaria que de la misma escena nos dejó Mansilla, para advertir en qué medida las moralejas patrióticas del primero vuelven inseguro su pincel de retratista.

Cuando el señor Blancas se olvida de su tenaz intención edificante, como en las páginas hermosas que consagra a don Bernardo de Irigoyen, el cuadro resulta de una atmósfera y de un colorido impresionantes. Creo que esas son, de todo el libro, las escenas mejor contadas, y aunque podrían recogerse en otros capítulos algunos toques muy certeros, las que dejan en el lector un recuerdo más profundo.

Incidentalmente el señor Blancas deja entrever su propósito de continuar narrando sus recuerdos. Nuestra historia ha sido escrita con tan acentuada tendencia hacia las litografías escolares, que no se puede esperar sino con alborozo esta otra "petite histoire" más chispeante y menos rígida. "Petite histoire" a la que el señor Blancas podría contribuir con algunas producciones de primer orden si, olvidándose un poco de sus propios comentarios, se entregara más sumisamente a la tarea de resucitar nada más que la verdad de sus recuerdos.

### MEMORIAS DE UN COMERCIANTE

Circulan en todos los idiomas un buen número de producciones en que los industriales y los financistas narran su vida y su obra. Las memorias de Ford, de Carnegie o de Siemens han tenido una repercusión tan vasta que se han incorporado, en cierto modo, a la literatura popular.

Sea por el escaso desarrollo industrial de nuestro país o por la pobreza cultural de nuestros hombres de negocio, lo cierto es que ni en la literatura argentina ni en la sudamericana conocemos una sola de ese género. Que la curiosidad del público por semejante tipo de producciones se mantiene alerta, lo prueba el éxito de las encuestas o de los reportajes en que los "triunfadores" del comercio o de la industria relatan los orígenes y las peripecias de su empresa.

No es, ni con mucho, la codicia el móvil más agudo de esa

curiosidad. Es posible que algunos ingénuos esperen ver revelado el enigma de la fortuna. Pero es más seguro que muchos otros sólo buscan en tales libros una nueva variedad de la literatura de aventuras.

"Memorias de un comerciante", del señor Martín Tow, es el primer libro de ese género que se ha publicado entre nosotros. Vastamente conocido en el mundo argentino de los negocios, su autor se alejó de ellos en plena madurez. Las memorias que narra no están enfocadas, por eso, desde la altura de una vida concluida. Tienen, en cambio, el buen humor y el optimismo de un hombre afortunado que, después de haber vivido muchos años entre la fiebre de los negocios, ha sabido retirarse de la procepción para verla pasar. Quizá resida en eso el secreto de la tolerancia y de la comprensión con que la juzga: mezcla sabrosa de humorismo a lo Dickens y de "vida intensa" a lo Roosevelt que deja siempre, como impresión final, una no muy duradera amargura en los fracasos y una no muy excesiva embriaguez en los aciertos.

Desde el adolescente que abandona un buen día el hogar de sus padres —con la cabeza llena de Búfalo Bill y sus hazañas,— hasta el hombre de negocios que culmina su carrera con la dirección de una vasta empresa, el lector asiste en "Memorias de un comerciante" al desarrollo de un film muy hábilmente dirigido en que se suceden ciudades y naciones, en que los bajos fondos forman contraste con la alta vida, y en que desde los suburbios de una ciudad tentacular se salta casi sin transición hasta el ambiente resquemante de la selva amazónica. Toda esa primera parte, a la que pone punto final el descalabro sufrido en el Brasil, viene a ser, en cierto modo, como el prólogo nervioso que nos acerca hasta la vida argentina del autor.

Si en los primeros capítulos se asiste con simpatía a las ambiciones de un muchacho extranjero que va realizando con suerte varia sus sueños cada vez más altos de viajante de comercio, en los capítulos finales interesa casi tanto como su vida el ambiente argentino en que se desarrolla. Las páginas felices que dedica en la primera parte a un salón de billar en el barrio neoyorquino de los "Five Points", hacían presumir ya la agilidad y el desenfado con que sabría tratar el ambiente argentino. Desde que el exportador derrotado en el Brasil descubre en una vidriera de la galería porteña el rico filón que se decide a explotar, el libro adquiere un interés argentino cada vez más agudo. Algunos retratos inolvidables de interesantes figuras del alto y bajo comercio, dan a esas páginas la animación de una novela y el acento de una sátira. Mientras el lector va asistiendo a los mil y un incidentes de la vasta empresa, con sus errores, desaciertos, rivalidades y triunfos, una serie curiosa de personajes argentinos —abogados, pleitistas, chantagistas, corredores, banqueros— van desfilando en



pintoresca multitud, con una prosa breve, moderna, suelta e incisiva.

Los méritos del libro se acentúan si se advierte que el autor no se limita a contar su vida ni algunos de los incidentes más significativos de su empresa. Espíritu agudo y reflexivo va anotando de pasada algunas penetrantes observaciones sobre los caracteres y el pulso de la situación mundial en los negocios. Sin abandonar ni por un momento la charla llana y amistosa, esboza, por ejemplo, un esquema de la crisis como consecuencia de la superproducción que vale la pena recoger como la visión de un comerciante que interpreta a su modo el dramático presente en que vivimos.

Libro amable, atrayente y burlón, que descubrirá a no pocos más de un aspecto insospechado de los negocios y de las finanzas, pero que mostrará a todos, con sabiduría sonriente, que no hay reglas precisas para atrapar la fortuna, y que en el mundo de los negocios como en el mundo de los navegantes sólo descubren continentes los que no saben geografía...

### EL VIAJERO INMOVIL

En una semblanza rápida y certera, como casi todas las suyas, Edmundo Guibourg ha dicho que Samuel Eichelbaum ocupa en nuestro teatro "un puesto de sacrificio: es el autor consagrado, respetado, pero que ni produce dinero a los empresarios ni se cuida de producirlo".

Cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre la obra teatral de Eichelbaum desde el punto de vista de la crítica literaria, nadie objetaría lo más mínimo a esas líneas precisas de Guibourg. En el pantano del teatro nacional, cada día más pestilente, no se podría expresar con más justicia la posición excepcional de este autor dignísimo.

Pero con ir incluido en "El viajero inmóvil" una obra teatral desarrollada en tres cuadros, no es del Eichelbaum autor teatral, sino del Eichelbaum cuentista de quien debemos ocuparnos hoy. Nueve narraciones forman "El viajero inmóvil", y si dejamos de lado la pieza de teatro a que ya aludimos —garabatos no muy felices que en gran parte comprometen el libro,— fuerza es reconocer que tenemos un material más que discreto para entrar en contacto con el arte del cuentista. El tono, por otra parte, de las nueve narraciones varía bastante de unas a otras, con lo cual se presta a mostrar si no la totalidad de su espíritu, por lo menos algunas de sus facetas más significativas.

Digamos desde ya que lo más saliente en los cuentos de Eichelbaum es su preocupación por hurgar, profundizar, descender. Los gallipavos de la filosofía a la moda asegurarían que se com-

place en la "psicología abismal"... Algunos de los tecnicismos que Eichelbaum gusta manejar —con la misma vanidad con que Bourget hablaba de psiquiatría,— justificaría en apariencia su más o menos confesada afiliación a esta o aquella doctrina psicológica. Pero como ocurre con todos los escritores de fuerte personalidad, los méritos y los defectos de Eichelbaum cuentista son independientes y hasta extraños a las propias teorías que quizá él mismo piensa defender.

Destaco entre todas sus narraciones la que lleva el título de "El acontecimiento". Por su finura de psicólogo, por su habilidad de narrador, Eichelbaum ha dado allí, en mi opinión, la nota más alta de su libro. Los cuentos que le preceden o los que le siguen, quedan un poco borrosos como "El viajero inmóvil" y "En tierra firme", o un tanto monótonos como "Un muchacho de porvenir" o demasiado apretados como "Un encuentro decisivo". La capacidad de asomarse a un espíritu y de explorarlo en todas direcciones, tan bien demostrada en "Laberinto" y "Una hija", alcanza en "El acontecimiento" su expresión más cabal, y aseguraría para Eichelbaum un puesto de primera fila si no incurriera a cada rato en los más imperdonables errores de prosista.

Demasiado sé —y el mismo Guibourg no se olvida de anotarlo a la pasada— que Eichelbaum pasa por ser de esos escritores que "torturan el idioma" con la esperanza de hacerlo servir mejor a sus designios. Pero vale aquí la pena de inquirirlo: las torturas en el idioma, como las torturas en la vida, ¿son un signo de fuerza o de debilidad? Sin que pretenda dar una respuesta que tenga para todos los casos una validez universal, me inclino a creer lo último en el caso especial de nuestro autor. Sobraban los ejemplos para probar que el Eichelbaum prosista es muy inferior al narrador. El idioma, en efecto, es arisco entre sus manos: lo tironea, lo desvía, lo fatiga. No me detengo en líneas como ésta: "Anticiparse a los raciocinios disolventes de sus destellos de voluntad" (página 74); ni como esta otra: "Entonces, una embriaguez dulce le humedecía los ojos y se enjugaba con el rostro de su hijo, por un imperativo de pudor, dentro del cual se escondía el fino gozo de acariciarse la cara con la crema de su propia carne" página 41). Bastaría únicamente con analizar la siguiente: "El uniforme reventaba en la contención del excedente del cuerpo" (página 128), para comprender todo lo que en Eichelbaum falta todavía para lograr ese señorío del idioma sin el cual, no es inútil repetirlo, no se engendrará jamás una obra que perdure.

### MEXICO DE FRENTE Y DE PERFIL

En el breve prefacio que lleva por título "Historia de este libro", el señor Tristán Marof nos cuenta las circunstancias acci-

dentales en que redactó su "México de frente y de perfil", y cómo también, después de cuatro años, lo entrega hoy al público argentino.

El interés por los problemas mejicanos, bastante agudo entre nosotros en la época llamada de la "revolución", y casi extinguido posteriormente, con igual exageración, no ha tenido nunca que yo sepa un libro claro y ordenado que lo satisfaga. El muy conocido de Araquistain está plagado de errores y carece de un criterio suficientemente objetivo como para situar al proceso mejicano dentro de la exacta perspectiva histórica que le corresponde.

Me cuidaré muy bien de asegurar que este volumen de Marof, a pesar de su título ambicioso, corresponde aproximadamente al libro que esperamos. Pero con todos sus defectos es de los estudios más sinceros y acertados que conozco.

A una obra compuesta en las condiciones en que ha sido elaborado "México de frente y de perfil" no se le puede exigir, por supuesto, ni ordenación en los capítulos ni equilibrio en el plan. Hay más de una página bastante embarullada; más de una transcripción excesiva. Le ha faltado al autor la calma necesaria no para sedimentar sus impresiones, pero sí para expresarlas de manera más feliz.

El tono, por ejemplo, de la primera parte de su libro no hace suponer la chabacanería con que han sido redactados los capítulos finales.

Abarrotado de estadísticas en los comienzos, se transforma a la postre en un panfleto del peor gusto. Cuando se escribe con pasión, y no hay otra manera de escribir cuando se siente a las propias convicciones como fuerzas actuantes que se entremezclan a las luchas de la plaza, bien sienta al escritor el tono iracundo o el sarcasmo despiadado. Pero el panfleto, que llegó a ser obra de arte en manos de Courier y que ha vuelto a serlo de manera extraordinaria en manos de Eremburg, no pasa de ser un desahogo subalterno cuando no se le sabe mantener en un plano de elevada dignidad.

Hemos padecido entre nosotros, durante algunos años, cierto tipo de literatura "proletaria" en que el "izquierdismo" consistía en salpicar las páginas más zurdas con los más torpes vocablos de albañal. Como si el vigor no tuviera otra expresión que la indecencia y la rebeldía otro lenguaje que el insulto. Una tercera parte del libro de Marof está inspirada directamente en esa escuela. Y causa tanta más pena recorrer esos capítulos poco afortunados cuando el propio autor nos dice que en cierta oportunidad supo burlarse de alguien "finamente" (página 124).

Hay en la obra, sin embargo, tanto acopio de datos y de reflexiones, que pueden disimularse sin mucho esfuerzo sus defectos detonantes. Marof promete para en breve un nuevo libro

que se titulará "América colonial". Volverá en él a ocuparse de México y estudiará al Perú, Cuba, Brasil, la Argentina y Bolivia. Ojalá encuentre para éste el sosiego que no tuvo para "México": obra tumultuosa y leal, pero a la que ha faltado ese consejo insoportable del buen crítico que todo escritor lleva consigo cuando no lo abandona, por ahí, para lanzarse al "humorismo" o al de-nuesto.

### TEATRO DE CAMARA

Entre el teatro de masas y el teatro de cámara el señor Marcos Victoria se ha inclinado por el último. Aunque expresada en términos de literatura, esa sola actitud suya equivale, en el momento actual, a la definición más clara y terminante.

Definición, de más está decirlo, que no habrá de sorprender a sus lectores. Los que conocían "Las voces" y "Miradas" podían pronosticar, a buen seguro, este teatro de ahora, "más perfilado que explícito", en que el señor Victoria ha descubierto "un delicioso dominio de la poesía". Desdeñando "los artilugios" formales del teatro corriente, se ha propuesto el autor "compensar la desnudez exterior con recursos interiores". De "forma castigada", más para oír que para ver, las cinco piezas reunidas en "Teatro de cámara" del señor Victoria han sido compuestas todas dentro del mismo linaje de sus versos. Y tan plenamente logradas —según opinión del mismo autor,— que no ha vacilado en escribir con ufanía las siguientes palabras fuera del orden común: "Mis piezas gustaron a quienes debían gustar, pues hay una fatalidad en los gustos, una fatalidad donde la cultura tiene mucha parte y también una cierta contextura espiritual, una innata aptitud de generosidad que distinguirán eternamente al ser bien nacido del que no lo es" (página 1).

Singulares palabras que dividen y califican de antemano a los lectores de su "Teatro": bien nacidos, los que aplauden; mal nacidos, los que silban o sonríen... Procedimiento peregrino que permite, sin embargo, diagnósticos seguros. Con más exactitud que esos "psicólogos" de las barracas, el mismo lector puede descubrir el perfil de su alma al llegar a la página final del "Teatro" del señor Victoria: mal nacido o bien nacido según la impresión global que le ha dejado.

Espectador yo también en este "Teatro de cámara" —por exigencias de la simpatía y del oficio,— me he encontrado al terminarse la función entre ese rebaño de mal nacidos, en quienes "una fatalidad de la cultura" y una "cierta contextura espiritual" los tenía predestinados a la vindicta eterna. ¿Qué es lo que yo he escuchado en el "Teatro de cámara" del señor Victoria? A pesar de mi "fatalidad" y mi "contextura" me cuesta no poco con-

fesarlo: ñoñerías como "La estufa"; cursilerías como "La viajera"; vulgaridades como "Filoctetes"...

En los medios literarios que el señor Victoria gusta frecuentar —y de los cuales quedan rastros visibles en el epígrafe de alguna de sus piezas,— no es imposible que su "Teatro" pase por ser el colmo del refinamiento y del buen gusto. Como que se necesita nada menos que el interludio del acto cuarto de "Peleas et Melisande" y el tercer movimiento de la "Sonata en sí mayor" de César Frank, para contribuir a formar en la sala a obscuras, la atmósfera propicia a no me acuerdo cuál de sus tragedias...

Nada tan difícil de apreciar, sin duda, como esas zonas imprecisas del "borderland" de la elegancia en que un paso de más o de menos nos lleva a nos aleja del ridículo. Conozco lectores — y sobre todo lectoras— para quienes son siempre admirables los diálogos compuestos de este modo: "Tu vida es dura como una moneda de oro." "A tu lado es blanda como una mejilla de niño" (página 20).

Como conozco también hombres sesudos y mujeres graves para quienes son un prodigio de travesura y picardía, las piezas en que los enamorados conversan de este modo: "El, en una butaca, desperezándose. —¿Qué te parece si nos fuéramos a dormir? Ella, se le acerca.—¿Ya? El, cómicamente amoroso.— Sí... ya... ramo de rosas... dulce de frutillas... 25 de mayo... Ella, en el mismo tono. ¿Qué hora es?... amado... "cubano dulce"... 9 de julio..."

Pero sé también de otros que apenas oyen hablar de esa manera se colocan el sombrero y abandonan su butaca. En el "Teatro de cámara" del señor Victoria no se admiten como espectadores nada más que a los primeros. Para ellos son los elogios de "personas sin prejuicio y capaces de entusiasmo". En cuanto a los demás, demasiado sabemos lo que el señor Victoria piensa. Elijan mis lectores la actitud que les parezca. De mí sólo puedo decirles que pocas veces he saboreado con más gusto eso que Voltaire llamaba "el honor de pertenecer a la canalla"...

1

# CURSOS y CONFERENCIAS

*Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores*  
Aparece el 30 de cada mes

La revista publicará las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dicten en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, revisadas y autorizadas por los profesores mismos.

En su sección de comentario a libros y revistas procurará reflejar, además, cuanto aparezca de significativo en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

*Suscripción anual, 12 \$ — Número suelto. 1\$50*  
*Exterior, anual, 1 libra esterlina o 5 dólares*

*Dirección y Administración: Belgrano 1732.*  
*Buenos Aires - Argentina*

---

## COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

La formación del COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, expresión de la iniciativa privada, responde al siguiente fin:

Contará con un conjunto de cátedras libres, de materias incluidas o no en los planes de estudios universitarios, donde se desarrollarán puntos especiales que no son profundizados en los cursos generales o que escapan al dominio de las Facultades.

Ofrecerá sus cátedras a profesores universitarios de reconocida autoridad, y a las personas que, fuera de la Universidad, se han destacado por su labor personal. También organizará conferencias aisladas y fomentará los trabajos monográficos y las investigaciones originales, como complemento de los cursos del Colegio.

NI Universidad profesional, ni tribuna de vulgarización, el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES aspira a tener la suficiente flexibilidad que le permita adaptarse a las nuevas necesidades y tendencias.

Germen modesto de un esfuerzo en favor de la cultura superior, espera la contribución material, intelectual y moral de todas las personas interesadas en que aquella sea un elemento de acción directa en el progreso social de la Argentina.

## APARECIERON

*Introducción a la Sociología*

por Raúl A. Orgaz

*Anatole France*

por Luis Reissig

*Educación y Plenitud  
Humana*

por Juan Mantovani

## EN PRENSA

*Ambición y Angustia de los  
Adolescentes*

por Anibal Ponce

**EDITORIAL C. L. E. S.**

BELGRANO 1732 U. T. 38-Mayo 2432

de 9 a 12 y de 16 a 20 horas



# CURSOS y CONFERENCIAS

## SUMARIO:

Héctor P. AGOSTI. — CRÍTICA DE LA REFORMA UNIVERSITARIA: *II. La ideología de la reforma.*

Felipe COSSIO del POMAR — LOS "ISMOS" EN LA PINTURA CONTEMPORÁNEA: *IV. Simbolismo y Sintetismo.*

Pedro HENRIQUEZ UREÑA — BERNARD SHAW: *¿ Vida y Obra.*

José TUNTAR — LAS LUCHAS SOCIALES EN LA ANTIGUA ROMA: *IV.*

Enrique V. ZAPPI — ENSAYO SOBRE LA EVOLUCIÓN DE LAS DOCTRINAS DE LA QUÍMICA ORGÁNICA: *I. Los orígenes.*

Vicente FATONE — MEISTER ECKART: *"Una sola cosa es necesaria".*

Eduardo KRAPP — TRASTORNOS CEREBRALES EN LOS HIPERTÓNICOS.

**AÑO III**  
**NUM. 6**

**Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores**

Secretaría: BELGRANO 1732

**BUENOS AIRES**

# ESPASA-CALPE S. A

HA PUBLICADO:

## **Años Decisivos**

Por OSWALD SPENGLER

El autor de "La Decadencia de Occidente" estudia en este interesantísimo volumen la situación actual de Alemania ante la evolución histórica universal.

Precio ..... \$ 4.40

## **Historia de la civilización antigua**

Por Th. ZIELINSKI

Profundo y bien coordinado estudio de la religión, la filosofía, el arte, la política y las costumbres del mundo antiguo, en especial de Grecia y Roma.

Precio ..... \$ 5.50

## **Vida de Martín Fierro**

Por JOSE MARIA SALAVERRIA

Glosa amena y aguda del inmortal poema gaucha de Hernández. El amor que por la Argentina siente Salaverría le ha llevado a escribir uno de sus más bellos libros.

Precio ..... \$ 2.75

### SEIS NOTABLES BIOGRAFIAS AMERICANAS:

El cura Merino, por Eduardo de Ontañón

José Artigas, por Alberto Lasplaces

Juárez, el Impasible, por Héctor Pérez Marañez

Morelos, caudillo de la independencia mexicana, por Alfonso Teja Zabre.

Bobes, el León de los Llanos, por Luis Bermúdez de Castro.

Fructuoso Rivera, por Telmo Manacorda.

Precio de cada tomo \$ 2.75

De venta en todas las buenas librerías o en

## **ESPASA-CALPE S.A.**

TACUARI 328

BUENOS AIRES



**Biblioteca del Colegio Libre  
de Estudios Superiores**

- Volumen I:**  
**PROBLEMAS DE PSICOLOGIA INFANTIL**  
por ANIBAL PONCE
- Volumen II:**  
**ENSAYOS DE FILOSOFIA BIOLOGICA**  
por NARCISO C. LACLAU
- Volumen III:**  
**LA CONSTITUCION DE LOS POLISACARIDOS**  
por VENANCIO DEULOFEU
- Volumen IV:**  
**ARQUEOLOGIA Y ESTETICA DE LA  
ARQUITECTURA CRIOLLA**  
por ANGEL GUIDO
- Volumen V:**  
**BIOLOGIA DE LA GUERRA**  
por JORGE F. NICOLAI
- Volumen VI:**  
**EL CONTINENTE ROJO**  
por AUGUSTO BUNGE
- Volumen VII**  
**LECCIONES SOBRE COOPERACION**  
por NICOLAS REPETTO
- Volumen VIII:**  
**INTRODUCCION A LA SOCIOLOGIA**  
por RAUL A. ORGAZ
- Volumen IX:**  
**EDUCACION Y PLENITUD HUMANA**  
por JUAN MANTOVANI
- Volumen X:**  
**ANATOLE FRANCE**  
por LUIS REISSIG

**EN VENTA:**

**BELGRANO 1732 — U. T. 38 - 2432**  
Pida ejemplares a la Secretaría del Colegio

# NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LETRAS,  
ARTE, HISTORIA, FILOSOFIA Y  
CIENCIAS SOCIALES

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI  
ROBERTO F. GIUSTI

SARMIENTO, 1479  
BUENOS AIRES

# A T E N E A

REVISTA DE CIENCIA, LETRAS Y  
BELLAS ARTES

Publicada por la  
UNIVERSIDAD  
de  
CONCEPCION

SANTIAGO — CHILE

# REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA  
HISPANICA

Director:

J. GARCIA MONJE

APARTADO, 533  
SAN JOSE — COSTA RICA  
CENTRO AMERICA

# E U R O P E

LA PREMIERE REVUE FRANCAISE  
DE CULTURE INTERNATIONALE

PARAISANT LE 15 DE  
CHAQUE MOIS

LES EDITION RIEDER

7, PLACE SAINT-SULPICE  
PARIS

# M O N D E

Directeur:

HENRI BARBUSSE

Grand journal hebdomadaire, internatio-  
nal, d'information littéraire, artistique,  
scientifique et sociale.

Prix d'abonnement:

Etranger, 1 an, 90 francs

Redaction et Administration:  
50, Rue ETIENNE-MARCEL  
PARIS

Se reciben suscripciones en la revista  
NOSOTROS: Sarmiento, 1479, Bs. Aires

# CLARIDAD

REVISTA DE ARTE, CRITICA Y  
LETRAS

Tribuna del pensamiento  
izquierdista

Director:

ANTONIO ZAMORA

Administración:

SAN JOSE, 1641  
BUENOS AIRES

APARECE MENSUALMENTE  
Precio: 0.30 centavos

Editores: RUIZ HERMANOS, Madrid - NICOLA ZANICHELLI, Bologna - FELIX ALCAN, París  
AKADEMISCHE VERLAGSGELLSCHAFT m. b. H. Leipzig - DAVID NUTT, London  
G. E. STECHERT & Co., New York - F. MACHADO & Cia. Porto  
THE MARUZEN COMPANY, Tokyo.

1934

Año 28. REVISTA INTERNACIONAL DE SINTESIS CIENTIFICA

**SCIENTIA**

Publicación mensual. — (Cada cuaderno de 100 a 120 páginas).

Directores: F. BOTTAZZI - G. BRUNI - F. ENRIQUES  
Secretario General: Dott. PAOLO BONETTI.

- S LA UNICA REVISTA** que tiene verdaderamente colaboradores en todo el mundo. . .
- S LA UNICA REVISTA** de difusión mundial.
- S LA UNICA REVISTA** de síntesis y de unificación de la ciencia que trata todas las cuestiones fundamentales de todas las ciencias: matemáticas, astronomía, geología, física, química, biología, psicología, etnología, lingüística; de historia de las ciencias; y de filosofía científica.
- S LA UNICA REVISTA** que por medio de investigaciones entre los más eminentes sabios y escritores de todas las naciones (*Sobre los principios filosóficos de las diferentes ciencias; Sobre las más importantes cuestiones astronómicas del día; Sobre la contribución de los diferentes países al desarrollo de los ramos de la ciencia; Sobre las más grandes cuestiones biológicas, etc.*) estudia todos los problemas fundamentales que llamen la atención de los sabios y de los intelectuales de todo el mundo y al mismo tiempo constituye la primera tentativa de organización internacional del movimiento filosófico y científico.
- S LA UNICA REVISTA** que puede tener en calidad de colaboradores a todos los más ilustres sabios del mundo.
- Se estudian se publican en la lengua natural de sus autores y en cada cuaderno está adjunto un Suplemento llevando la traducción francesa de todos los estudios cuyo original no es francés. Por esto la revista puede ser leída aún por los que conocen tan sólo el idioma francés. (*Pídanse cuadernos gratuitos de ensayo al Secretario General de "Scientia" Milano, enviando - a título de reembolso de los gastos de correo y envío - 50 céntimos de sellos postales del país de origen.*)

PRECIO DE SUSCRIPCION: L. 150

Fuertes rebajas se conceden a los que suscriben a más de una anualidad

Se pidan informes directamente a "SCIENTIA" Via A. De Togni, 12 - Milano 116 (Italia)

## THE JOURNAL OF PHILOSOPHY

This periodical is the organ of active philosophical discussion in the United States. There is no similar journal in the field of scientific philosophy. It is issued fortnightly and permits the quick publication of short contributions prompt reviews and timely discussions.

515 W 116 St., New York City

\$ 4,00 per annum. post free  
20 cents per copy.

## ERKENNTNIS

zugleich Annalen der Philosophie

Im Auftrage der Gesellschaft für empirische Philosophie, Berlin, und des Vereins Ernst Mach in Wien herausgegeben von

R. Carnap und H. Reichenbach

Jährlich 6 Hefte mit 30 Bogen zu RM 18.—

Diese Zeitschrift für wissenschaftliche Philosophie ist nicht festgelegt auf die Methode eines philosophischen Systems, sondern will Philosophie nach den Methoden der Einzelwissenschaften treiben, allein aus der Fragestellung konkreter Probleme heraus.

Die Beiträge sind vor allem aus den Grenzgebieten der Mathematik, Physik, Biologie, Soziologie usw. entnommen, in denen diese Wissenschaften in philosophische Fragen einmünden. Mitarbeiter der "Erkenntnis" sind daher nicht nur Philosophen, sondern auch Fachwissenschaftler, die an der Grundlagenforschung ihrer Disziplin interessiert sind. Philosophie und Fachwissenschaft zu lebendiger und fruchtbringender Arbeit zu vereinen, ist das Ziel der "Erkenntnis".

Probeheft versendet auf Anfordern

FELIX MEINER VERLAG IN LEIPZIG C 1

# LIBRERIA DE TOMAS PARDO

MAIPU 620 U. T. 31, Retiro 0496 BUENOS AIRES

Esta casa posee un gran surtido en obras científicas y literarias que renueva constantemente pues se reciben novedades por todos los correos y publica mensualmente una bibliografía que envía gratuitamente a quien la solicite.

TAMBIEN TIENE A LA VENTA NUMEROS SUELTOS Y  
RECIBE INSCRIPCIONES A

**CURSOS Y CONFERENCIAS**

(REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES)

# Colegio Internacional de Olivos

(Premiado con medalla de oro en la Exposición Universal  
de San Francisco de California)

DIRECTOR: FRANCISCO CHELIA

Alumnos Pupilos, Medio Pupilos y Externos. - Enseñanza  
Secundaria y Primaria - Incorporado al Colegio Nacional.  
Se preparan Alumnos durante las vacaciones

Este Colegio, considerado uno de los más perfectos internados de Sud América, está admirablemente ubicado sobre las barrancas de Olivos, en una extensión de cuatro manzanas, con vista al río. Amplios jardines, campo de FOOTBALL, cancha de pelota, etc. Dormitorios, comedores y clases construidas según las más modernas y mejores disposiciones al respecto. Gabinete de física, química e historia natural.

**A DOS CUADRAS DE LAS ESTACIONES DE  
OLIVOS (F.C.C.A.) Y BORGES (F.C.C.B.A. y R.)**

Número del teléfono: 90, OLIVOS

## Crítica de la Reforma universitaria

Por HECTOR P. AGOSTI

### II

#### LA IDEOLOGIA DE LA REFORMA

Causales dinámicos tuvo la Reforma. Síntesis de un proceso madurado en el hervidero de la pugna de clases, las ideas fundamentales de la Reforma irrumpen en el continente. Hay un clima propicio para su germinación. La guerra y la revolución han puesto su sello a la América inquieta. Para las ideas de la Reforma actúan a modo de un admirable caldo de cultivo. En América hay ansiedad de pelea. Quiérese terminar con un sistema de opresión, significativo de miseria y angustia para las masas. Entonces, la estridencia verbal de la Reforma — el klaxon de la Nueva Generación — pretenderá imponer con su ideología una salvadora posibilidad.

La Reforma, extendida, amplificada, desenvuelta, trae un pensar. O intenta contrabandearlo.

El pensar reformista es difícil determinarlo en una absoluta precisión. Ofrece insustancial vaguedad en numerosos mirajes. Presenta matices dispares, según sea el teórico que procure especificarlo. La Reforma no tiene un cuerpo de doctrina distintamente coherente y simultáneamente aplicado. En el repertorio de ideas que la informan no es azaroso hallar con-

tradiciones y titubeos. Sin embargo, en todas esas variadas expresiones no deja de advertirse un nexo que las entraba en una totalidad de pensamiento. Y digamos, también, que muchas de sus ideas no se hallan explícitamente enunciadas. La certificación de la doctrina reformista exige una paciente labor de búsqueda que está muy distante de haber agotado nuestro trabajo. Hay que hurgar en los *propósitos* de la Reforma, en sus finalidades, para desprender de ellos posturas ideológicas. Es menester escrutar lo que existe bajo el brillante barniz. No cabe duda que cuanto más se progresa en esta faena, tanto mayores serán las comprobaciones.

¿Cuáles son los objetivos de la Reforma universitaria? En ocasión de su décimo-quinto aniversario, algunos de sus más relevantes propugnadores han compuesto una suerte de balance, remozando y refrescando los impulsos iniciales.

Y ha escrito Palacios, luego de afirmar que la evolución argentina es un desarrollo gradual y progresivo de la Revolución de Mayo, lo siguiente:

“Así, también, la Reforma universitaria es, simplemente, una etapa, tal vez fundamental, del crecimiento universitario, en el sentido de encarnación concreta y objetiva de nuestros grandes principios democráticos”.

El “maestro” de la juventud señala de esta manera un rumbo a la Reforma. “Es una fuerza en marcha que traduce en la esfera de su acción el sentido de la argentinidad” —agrega. Para decir enseguida que “al extenderse ese movimiento por toda América fué forjando el sentimiento iberoamericanista” (1). En esquemático resumen, Palacios repite aquí toda su prédica. Vale decir: un nacionalismo democrático en el orden local, y en escala continental, un iberoamericanismo romántico —remedo de acción antiimperialista—, ensartado en los apólogos constitucionales de Lord Chattam.

Otro ideólogo universitario —Saúl Taborda— reduce la trascendencia del sentido reformista a la necesidad de modificar las bases de la educación que “como tal, abarca y comprende los problemas de la historicidad del hombre”. La Reforma es, sustancialmente, una expresión cultural. “De aquí cobra su

(1) ALFREDO L. PALACIOS: *La Reforma universitaria es una fuerza en marcha*. “Crítica”, Buenos Aires, año XX, núm. 6881, junio 16 de 1933.



sentido y su valor decisivo en orden a las posibilidades de una cultura argentina" — escribe. Partiendo de esta tesis, Taborda afirma la insurgencia de la Reforma contra el intelectualismo. La Reforma notó, a la luz de las ciencias biológicas, la existencia de entidades humanas llamadas niñez, adolescencia, juventud, fases del desarrollo vital que, aunque condicionadas, poseen propios y autónomos valores. La Reforma —cuyos conceptos de orden fenomenológico serían precisados por Husserl y Heidegger— reacciona contra un proceso educativo que se quiebra en ciclos desconectados entre sí. Su misión "es tarea de una recta comprensión de las líneas ecuménicas y totales del orden que se delinea en la cultura naciente" (2).

La opinión vertida por Taborda trasunta un espécimen en la ideología reformista. Los problemas de la cultura y de la jerarquía espiritual: he allí su módulo.

Frente a tales conceptos se levanta la palabra de Julio V. González, un autorizado historiador de la Reforma. "Sólo comprendiendo la ignorancia, la falta de visión y la mogigatería de los pretendidos "maestros" y "dirigentes" de entonces y de ahora —escribe— puede explicarse todo el aspaviento que hacían con la disciplina, el orden y la jerarquía escolares".

González, eludiendo el contenido exclusivamente cultural de la Reforma, coincide con las ya expuestas apreciaciones de Palacios: "... cuando con la implantación del sufragio universal, hecho efectivo por medio del voto secreto, adviene la clase media al gobierno (?) para hacer pasar a la democracia del estado potencial al estado dinámico, la Universidad es impulsada violentamente a sintonizar con la nueva dimensión de la onda social" (3).

Interesa consignar esta terminante réplica. En sus libros —especialmente en *La Reforma Universitaria*— González explica la revolución universitaria como resultado del surgimiento de una "nueva generación". Veremos en próximas páginas el sentido ideológico de ese postulado. Bástenos decir, por ahora, que consecuente con su voluntad de mostrar "la categoría

(2) SAUL TABORDA: *Significado, trascendencia y evolución del sentido reformista*. "Crítica", núm. 6880, junio 15 de 1933.

(3) JULIO V. GONZÁLEZ: *Categoría histórica de la Reforma*. "Crítica", núm. 6880, junio 15 de 1933.

histórica de la Reforma", reafirma en la encuesta —implicítamente— la idea de la nueva generación.

Finalmente, aflora el "revolucionarismo". Luego de realizar una síntesis del desarrollo y contenido histórico del concepto *Universidad*, escribe Deodoro Roca:

"Aparte del espectáculo grotesco que ofrece la Universidad, debido a su penuria y a su falsificación, hoy se sabe que no habrá Reforma "a fondo" mientras no se reforme profundamente la estructura del Estado. Esto en el 18 era un "sentimiento"; apenas un atisbo. En el 33 es un estado clarísimo de conciencia y una voluntad inequívoca" (4).

Jorge Orgaz repite palabras casi idénticas: "Si la reforma fundamental se refiere a la arquitectura total del régimen y del método de enseñanza superior no creo que pueda hacerse sin una previa reforma del Estado". Y añade: "... dentro del Estado actual, la Universidad puede alcanzar un máximo de eficacia, justificando su existencia, si logra la selección del profesorado, el mayor aprovechamiento de la enseñanza, la libre exposición y discusión de todas las doctrinas, la más efectiva tolerancia para todos los credos". (5).

He aquí una primera muestra del pensamiento reformista. Hay una coincidencia general en captar el clima democrático de la Reforma. Así, Palacios y González afirman rotundamente que la revolución universitaria es el advenir de la democracia "dinámica" a la historia argentina. Y partiendo de esta valoración categórica se propugnan las otras versiones: la de Taborda, que hace de la Reforma un motivo pedagógico, a resolverse por vía democrática; y la de Roca y Orgaz, campeones de la primera hora, que han venido a sentir, en estos instantes, la gran verdad: que la reforma de la Universidad, para ser valedera y efectiva, comporta un cambio en la estructura del Estado. Roca y Orgaz insinúan este rumbo, pero lo hacen a medias. El cambio en la "estructura del Estado" comporta una variación en la sociedad, en la base social, en las relaciones de producción y en las relaciones de clases; y semejante transformación sólo puede operarse por acción revolucio-

(4), DEODORO ROCA: *Estamos en lo mismo*, "Crítica", núm. 6881, junio 16 de 1933.

(5) JORGE ORGAZ: *Dos influencias trascendentales*, "Crítica", núm. 6880, junio 15 de 1933.

naría. La tesis de Roca y Orgaz significa así encauzar en rumbo democrático y pacífico —“todo es posible en la democracia” — una modificación tan sustancial que fuera vano empeño —y empeño de confusión, sobre todo— soñarla de esa manera. En tal sentido, repiten viejas plataformas. En su ensayo titulado *Significación social de la Reforma universitaria* (6), González se ha referido ya a este problema, sosteniendo que “no podrá separarse nunca la Reforma Universitaria de la Reforma Social”.

Esta síntesis de opiniones destacadas permite ya apuntar una primera filiación ideológica de la Reforma. En efecto, el pensamiento de la Reforma, admirado en su conjunto presente, no rebasa los límites de un liberalismo que en ocasiones postula su sorprendente “avancismo”. Liberalismo democrático y republicano, sus alardes no van más allá de las modificaciones que no ataquen la quintaesencia económica del actual organismo social.

\*  
\*   \*  
\*

La nutrición liberal de la Reforma, no obstante las parcializaciones y elementos revolucionarios que mencionaremos, aparece ya desde su nacimiento. El manifiesto de la Federación universitaria de Córdoba, lanzado el 15 de junio de 1918, se dirige “a los hombres libres de Sud América” (7). “Hombres de una república libre acabamos de romper la última cadena que, en pleno siglo XX, nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica . . . Los dolores que quedan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos; las resonancias del corazón nos lo advierten: *estamos pisando sobre una Revolución, estamos viviendo una hora americana*”. Así inscribe su pórtico la Reforma. Desde entonces esas expresiones serán un lugar común en la terminología reformista. Su emblema más auténtico: el *hombre libre*, ilusorio y utópico en una sociedad esclavizada al trabajo asalariado y la propiedad privada.

(6) JULIO V. GONZALEZ: Obra citada, tomo I, pág. 48.

(7) GABRIEL DEL MAZO: Obra citada, tomo I, pág. 11.

Finalidad y anhelo, la "herencia de Mayo" aprisiona el ardor de los reformistas primerizos. Es preciso "borrar para siempre el recuerdo de los contrarrevolucionarios de Mayo"—clama el manifiesto del 18. Y surge esta tarea ideal, como si Mayo dejase de ser una unidad dialéctica para transformarse en inmutable categoría metafísica, eternamente válida. En el pensamiento de la Reforma, el exacerbado jacobinismo de Moreno, la prédica de Monteagudo, la fantasía romántica del *Dogma Socialista* de Echeverría y el acervo constitucional de las *Bases* de Alberdi, son los jalones que demarcan la ruta definitiva.

Mas no se trata de un liberalismo argentino químicamente puro. Hay factores externos que conspiran contra ese afán de exclusividad nacional. La Revolución Rusa es un elemento de influencia ideológica que se ejercita sobre los estudiantes, aunque éstos no alcancen a percibir el fenómeno en su clara y total expresividad. Las palabras de Ingenieros son una alentadora incitación. Y al lenguaje liberal de los discursos reformistas, se umbilican enseguida sugerencias de los manifiestos maximalistas y sonoras tiradas de las declaraciones wilsonianas. El todo es una amalgama doctrinaria, por momentos extraña y a ratos confusa. Pero, aparte de este ruidoso desorden criptográfico, semejante actitud, con todas sus confusas vacilaciones, significaba un paso hacia adelante en la posición de la juventud estudiantil. Hay que consignarlo rotundamente, y rechazar todas las proposiciones tendientes a ignorar el significado del pensamiento reformista en la marcha evolutiva del estudiantado argentino.

Liberalismo pequeño-burgués, se ha dicho. No podía reclamarse de la Reforma un pensamiento revolucionario proletario, por la misma razón que ya expresó agudamente Lassalle: porque también en la vida social es imposible exigir peras al olmo (8). Ideología pequeño-burguesa, y en buena hora.

---

(8) En realidad esto no es absolutamente válido desde el punto de vista histórico. Es cierto en cuanto al estudiantado librado a sí mismo en el momento decisivo: pero la existencia de un movimiento proletario orientado en el marxismo hubiera podido ejercer su influjo, en forma actuante y por acción de presencia, y ello ya habría impuesto, desde el primer momento, mayor precisión en los fines ideológicos de la Reforma universitaria. Lo que acaeció en 1918 no podría repetirse fielmente en 1934, porque ahora existen en el país condiciones distintas, significadas en primer lugar por un movimiento obrero gremial y político más poderoso y más conciente de su misión histórica.

El movimiento reformista es, por su génesis, por sus actores y por su ejecución, un típico movimiento de pequeña burguesía. El pensamiento que hubo de caracterizarlo no podía distinguirse del ente originario. Debía ser, por el contrario, su consecuencia, su expresión, su grafía. Hay que marcarlo así, precisarlo así, y anotar luego en qué sentido podemos hablar de la Reforma como un avance en la ideología de los estudiantes.

La Reforma ha impulsado una movilización general de la estudiantina hacia la izquierda. Los grupos escolares, hasta ayer devotos de la trilogía Dios-Patria-Hogar, se manifiestan anticlericales, antipatrioteros y antitradicionalistas. Comienzan a interesarse por los problemas sociales. Se habla de la explotación de los trabajadores y empieza a comprenderse el fonde de clase de ese hecho. Independientemente de la ulterior evolución de la Reforma y de la voluntad subjetiva de sus líderes, esto es un vuelco positivo. ¿Podría ignorarse, por otra parte, que con la bandera de la Reforma se han realizado grandes luchas —a veces luchas armadas— contra la invasión imperialista? ¿Podría desestimarse ese valor antiimperialista innegable que asumió la Reforma en Centro América? ¿Podría olvidarse que en Perú el alumbramiento de la Reforma se produjo en medio de sangrientas batallas callejeras contra Leguía y sus amos imperialistas? Hemos anotado esta variante en el capítulo anterior, aludiendo a la contradicción manifiesta entre el movimiento popular y la ideología confusa que no le señala una ruta certera y definitiva. Ello no invalida, sin embargo, el juicio que vamos a emitir. La Reforma ha significado también desde el punto de vista doctrinario —la tomamos objetivamente, con prescindencia de sus formulaciones posteriores— un importante avance. Es más: la Reforma lleva en sí elementos no desarrollados de una ideología revolucionaria pequeño-burguesa, liberal, antifeudal y antiimperialista.

No es un coherente pensamiento revolucionario; lleva en sí elementos revolucionarios, y nada más. Como ideología pequeño-burguesa ha debido ser, necesariamente, vacilante y confusa. No podía ser de otra manera. Mas lo que fué *después* no debe impedirnos captar en su integridad lo que fué *al nacer*. Y de un movimiento de clases medias, aparecido como conse-

cuencia de una opresión feudal e imperialista que trababa el desenvolvimiento social de esas capas de la población, debía desprenderse, también, una doctrina que expresara esos anhelos. El ser determina siempre el pensar.

Señalemos, en la iniciación de la Reforma, conceptualmente considerada, su importancia como movilización ideológica del estudiantado hacia la izquierda. Añotemos en su pórtico la existencia de estos elementos revolucionarios que la caracterizan en el espacio y en el tiempo históricos. El carácter pequeño-burgués de esos elementos primitivos determina más tarde sus vacilaciones. Es exacto. Y es, sobre todo, históricamente ineludible. Pero, ¿acaso por esta variante ulterior vamos a cerrar los ojos a la realidad y negar manifestaciones evidentes? Por el contrario, sostenemos esta tesis parcial como una comprobación de la tesis general relativa a la incapacidad social directora de la pequeña burguesía. Más que a las argumentaciones teóricas hay que atender a los acontecimientos. De allí que la reafirmemos frente a las interpretaciones de los líderes de la Reforma, consignadas en las primeras notas del capítulo.

\*  
\*   \*  
\*

Ahora que destacamos esto que podríamos nominar el primer período ideológico de la Reforma universitaria, es preciso volcarse en los intentos valorativos del movimiento en su faz doctrinaria, que de allí puede obtenerse también una destacada filiación.

Filosóficamente la Reforma es una visión idealista del mundo. El avance social se opera por conceptos que determinan una constitución ideal de la sociedad: el ser es creado por el pensar. En esta ruta, la Reforma construye su arsenal intelectual, exteriorizado en brillantes y expresivas metáforas. Interpretación idealista del mundo y sus problemas, y en consecuencia, enfrentamiento idealista de las posiciones actuantes: he allí el resultado inmediato.

No puedo compartir, desde luego, el criterio sustentado

por Cossio, siempre preocupado por hallar a la Reforma la síntesis que le diese universalidad. En un ensayo de historia filosófica (9), Cossio señala la oposición radical entre la Vieja Universidad limitada al técnico (ya hemos visto que no es así) y la Nueva Universidad humanista postulada por los hombres del 18, y en función de este antagonismo marca cuatro etapas en el proceso de la conciencia teórica de la Reforma. La primera estaría constituida por la afirmación permanente de 1918: Hacer la Universidad más del estudiante y más social, que en ese momento se reducía a una transformación del orden jurídico universitario. En 1919-1920 las ideas del *Incipit Vita Nova* de Adolfo Korn Villafañe desarrollan en una segunda manifestación —ahora idealista y nacionalista— aquella primera postura filosófica: Con el nacionalismo y el idealismo haremos a la Universidad más del estudiante y más social, sostiene implícitamente el *Incipit*. Más tarde, ya en 1923, dirá el propio Cossio en su trabajo sobre *La Reforma Universitaria* (Ed. Rosso) que: La cultura integral es el idealismo y el nacionalismo que se puede hacer dentro de la Universidad para hacerla más del estudiante y más social. Finalmente, en su libro *La Reforma Universitaria o el Problema de la Nueva Generación* (España-Calpe, 1927), el mismo Cossio llega a la cuarta variante: La educación filosófica es la cultura integral que se debe hacer dentro de la Universidad para hacerla más del estudiante y más social en forma idealista y nacionalista.

Es menester reconocerle a Cossio — no cabe en ello discusión alguna— habilidad para asir una idea y tenderla en un desarrollo gradual y continuado. Pero se trata de un malabarismo conceptual muy semejante al *Incipit* de Adolfo Korn, que oculta los problemas esenciales bajo un declamatorio idealismo cultural. Cossio se ubica en la corriente de ideas de la Reforma, y desde este punto de vista provee de datos para una clasificación doctrinaria. Pero su esquema del crecimiento del concepto *función de la Universidad* es falso, porque ejecuta un planteo abstracto, desvinculado de la realidad circundante. Parte, en efecto, de un erróneo pensamiento: la idea

---

(9) CARLOS COSSIO: *La Reforma Universitaria*. Desarrollo histórico de su idea. "Nosotros", núm. 248, enero de 1930, pag. 70.

que la Universidad prerreformista era sustancialmente técnica, profesional; en realidad, las exigencias de una industria en formación que reclaman de la Universidad satisfacción más cabal de sus necesidades, se hacen más agudas precisamente en los albores de la "revolución universitaria", y son una de sus causas determinantes.

La solución del problema "Universidad" no puede plantearse al margen de la solución del problema "sociedad", y este simple enunciado —de tan llana y lógica simpleza— ya está demostrando que, aun en consideraciones de pura teoría, lo pedagógico y lo cultural está rebasado y fagocitado por lo político. Por otra parte, la postulación de una cultura integral en una línea de idealismo nacionalista ya muestra, por boca de uno de sus propugnadores más caracterizados, el rumbo reaccionario que se adjudica en su desarrollo el pensamiento reformista. Cossio acusa a González de haber elaborado, en una mezcla de "socialización" y "exclaustración" de la cultura, una explicación ecléctica del movimiento del 18; le reprocha un retraso de seis años sobre el programa que en 1923 sostuvo en la Facultad de derecho de Buenos Aires el grupo "Concordia", basado justamente en el libro primero de Cossio.

Pero a pesar del aparente "retardo", González ha producido el ensayo más serio y trascendente de explicación del movimiento reformista, de sus causas y de su gesta. La diferencia reside en que el autor de *La revolución universitaria* —aunque compartiendo idéntica plataforma idealista— ha enfocado el problema con criterio político, que es la única manera de encararlo. Si la Reforma es un fenómeno de alcances sociales, ¿podían tejerse a su alrededor filosofículas pseudopedagógicas, antes de aclarar definitivamente su contenido y sus proyecciones? Se trataba, pues, de una cuestión de política, y aunque entre nosotros sea ésta, para muchos, una mala palabra, con sentido político había que considerarla.

Julio V. González se acomoda en un esquema de Ortega y Gasset. Para el pensador español, el mundo avanza por la aparición cíclica de generaciones "polémicas" (revolucionarias) que destruyen lo mantenido por reaccionarias generaciones "cumulativas" (10). En su libro tantas veces citado, Gon-

(10) J. ORTEGA Y GASSET: *El tema de nuestro tiempo*. Ediciones de la "Revista de Occidente", Madrid.



zález aplica a la realidad argentina la filosofía histórica de Ortega. La Reforma señalaría, de esta manera, el nacimiento de una generación "polémica", continuadora directa de la generación de Mayo, que fué, en su época y a su turno, también "polémica". La tesis central del ensayo de González es el surgimiento de una *nueva generación*. El examen clasista y material de la evolución social, tal como lo hemos ejecutado al estudiar el nacimiento de la Reforma, se sustituye por una valoración ideal. Comunidad de intereses espirituales, de impulsos, de anhelos: eso caracteriza a las generaciones, con prescindencia de su colocación en la escala social.

Y aquí llega el instante de determinar el sentido de la evolución del pensamiento reformista. Los elementos revolucionarios agrupados en informe montón en las concepciones primeras, van tendiéndose en esta perspectiva de regresión. El postulado de González en su expresión máxima: idealización de la juventud, exaltación de las virtudes mesiánicas de la juventud intelectual. Y subsidiariamente, el germen para la fabricación de teorías políticas de contrarrevolución. Estas dos etapas directamente ideológicas (11) determinan un símbolo en el desarrollo del movimiento reformista, considerado como una demostrativa manifestación de la actividad pequeño-burguesa. Porque de esta filosofía "bélica" de la historia surgen luego las primeras formaciones políticas que en América disputarán al proletariado y a su partido la hegemonía en el proceso revolucionario. Ejemplo típico de vacilaciones, esos elementos revolucionarios diseminados en las actitudes de la hora primeriza, tienden a transformarse, en manos de sus ideólogos, en la concreción de una postura negativa, confusionista y contrarrevolucionaria. Es el drama eterno: la afirmación y su contraria devorándose simultánea y persistentemente.

La teoría de la Nueva Generación Americana es el eje de la filiación ideológica de la Reforma. A González debemos su introducción y su aplicación más consecuente. Mas no es el único en ubicar así el problema. La idea de la Nueva Generación se extiende por el continente. El antiimperialismo de la

---

(11) Por razones de método hemos separado las posturas ideológicas de las posiciones efectivas que las condicionan y las fundamentan. En la práctica tal divorcio no existe jamás. El procedimiento lo hemos utilizado por comodidad expresiva, dejando para el próximo capítulo el examen detallado de la actuación reformista.

Unión Latino-Americana se basa en ese concepto. El aprismo acusa semejante origen en sus propias declaraciones. Ya vemos, en esta enunciación, las consecuencias derivadas de un "descubrimiento" tan halagador. Y el mismo González, en su ya citado ensayo sobre la *Significación social de la Reforma universitaria*, se encarga de definir la posición particular, continental y colaboracionista de esta variante doctrinaria: el acercamiento de la juventud a los obreros, "porque ambos sufrían el dolor de su orfandad", para incitarlos "a realizar ideales americanos de renovación social". González —y todo el pensamiento oficial reformista— los entiende como una inofensiva colaboración de clases, realizada dentro de declaraciones de "bien entendido nacionalismo". La Nueva Generación Americana —portadora del fuego sagrado de la Reforma— no se propone un cambio radical en las condiciones económicas y sociales de América: sus deseos se detienen en un entendimiento fecundo entre el capital y el trabajo, realizado en los marcos apacibles e idílicos de una idílica y apacible república burguesa. Tal vez así se llegue a la desaparición de las clases, pero en última instancia, como se encarga de postularlo la Federación universitaria de Córdoba, todo se reducirá a indicar "soluciones conciliatorias", solicitando al congreso nacional "se aboque al estudio y sanción de las leyes obreras que demanda el estado cultural del país" (12).

La teoría de la Nueva Generación, desde el punto de vista de la filiación ideológica de la Reforma, significa la presencia de una ideación contrarrevolucionaria del progreso social de América. Al esquema marxista de las fuerzas motrices de la revolución democrática y de la hegemonía del proletariado y su partido, se opone ahora la idea salvadora de una Nueva Generación —la juventud intelectual y universitaria— que habrá de tomar en sus manos la dirección del movimiento emancipador de las masas laboriosas. La teoría de la Nueva Generación implica así desplazar el centro del movimiento revolucionario a la pequeña burguesía intelectual. No podía ocurrir de otra manera, evidentemente. Porque los primitivos elementos revolucionarios, incoherentes y vagos, que componían el

(12) GABRIEL DEL MAZO. Obra citada, tomo V, pág. 62.

pensar reformista, tenían ante sí dos posibilidades de persistencia: o su entrega conciente a la militancia del proletariado, o su deslizamiento cada vez más rápido hacia el lado enemigo de la barricada. No había otra plaza, fuera de esta disyuntiva.

En el cuadro de los sistemas pequeño-burgueses de América latina, esta teoría de la Nueva Generación —y del *carácter excepcional*, americano, exclusivo, de los problemas: “estamos pisando sobre una Revolución, estamos viviendo una hora americana” — es una de las más importantes manifestaciones. De allí nace la Unión Latino-Americana. De allí aparece el A. P. R. A. Tentativas y realizaciones contrarrevolucionarias: ahí están expuestas en los hechos de cada día. Más que las palabras vale su definitiva elocuencia.

\*

\* \* \*

La ideología de la Reforma universitaria presenta, en su iniciación, entremezcladas a su sustancia liberal, elementos de un pensamiento revolucionario pequeño-burgués. En la lucha contra el feudalismo y el imperialismo, estas formaciones pequeño-burguesas habrán de presentarse todavía y se han presentado consecutivamente en América. El carácter de nuestros países accede esa posibilidad. Pero estas ideologías pequeño-burguesas no han de conducir jamás a la liberación de las capas medias oprimidas por ese doble sojuzgamiento feudo-imperialista, y menos a la libertad total de las masas laboriosas.

La inconstancia de la pequeña burguesía como formación social pone allí su sello y su carácter. Y el movimiento de Reforma universitaria —y antes que el movimiento en sí, la ideología que lo animó— es la prueba más concluyente de esta afirmación. Movilización de grandes masas populares infiltrando en su gestación doctrinaria elementos de revolucionarismo. Conducción de grandes masas en nombre de una teoría mesiánica y salvadora, más sustancial y rotundamente contrarrevolucionaria. He allí las dos etapas esenciales y contradictorias, de una fecunda contradicción. Es evidente que nos venimos refiriendo al proceso general de la Reforma, enfocada en sus manifestaciones primordiales. La Reforma enfrentó

los problemas que diariamente colocaba ante ella la vida social, y cada una de esas cuestiones, examinadas en detalle, son una piedra de toque para valorar la directriz fundamental del pensamiento reformista. Las ideas generales de la Reforma tienen en cada cuestión manifestaciones particulares que se ensamblan en aquella totalidad vital. Allí hay que hurgar para indicar, en la práctica, el rumbo de la Reforma.

Pero señalemos que el valor capital del pensamiento reformista, tomado en sus expresiones iniciales, consiste en haber promovido una marcha del estudiantado hacia la izquierda, y en haberle servido de puente para su contacto con la ideología revolucionaria del proletariado. Históricamente debe reconocérsele ese valor a la Reforma. El valor de constituir una expresión antifeudal. El valor de haber llevado a grandes núcleos populares a la acción antiimperialista, por incierta y vaga que fuese esa conducción. El valor de haber creado un estado de pelea en la Universidad, de haber infiltrado en ella la lucha de clases, y de haber insinuado los elementos, incompletos, heterogéneos y vaporosos, de una ideología pequeño-burguesa.

# Los "ismos" en la pintura contemporánea

Por FELIPE COSSIO del POMAR

## IV

### SIMBOLISMO Y SINTETISMO

Después de quinientos años de esfuerzos los artistas europeos desecharon definitivamente el ideal clásico, cesaron de obedecer las leyes ópticas y se preguntaron, ¿qué ven en realidad mis ojos? Como el método empírico y el científico no les dió ninguna respuesta satisfactoria, buscaron fuera de ellos otros símbolos que significaran una reproducción del mundo externo, con mayor contenido real. La frase de Cezanne "No he tratado de reproducir la naturaleza sino de representarla" resume la nueva fórmula simbolista revelada por Gauguin.

Este artista, sentimental, sin prejuicios didácticos, sin gran capacidad técnica, dotó al arte de una función simbólica: representar mediante la forma un orden eterno y una nueva armonía en la naturaleza. Un nuevo tipo espiritual y un nuevo tipo de obra. Inició la categoría que faltaba, que muchos presintieron al través del arte oriental pero que nadie, hasta él precisó.

El simbolismo entra en la explicación de la belleza dada por Hartmann. "La belleza, dice, no reside en el mundo exterior, ni en "la cosa en sí", ni en el alma, sino en la apariencia producida por el artista. "La cosa en sí", no es bella, pero nos parece bella cuando el artista la transforma".

Después de esta explicación filosófica, Mallarmé nos da una explicación literaria del método simbolista: "Pienso que para expresar el arte sólo es necesario una alusión. Nombrar un objeto, es suprimir las tres cuartas partes del goce del poema, que consiste en adivinar, en sugerir el objeto con su significación ideal. El perfecto uso de este misterio constituye el símbolo: evocar poco a poco un objeto para patentizar un estado de alma o, por lo contrario, escoger un objeto para deducir de él, por una serie de adivinaciones, un estado de alma. En poesía debe haber siempre un enigma".

El poeta Albert Aurier que fué uno de los que mejor comprendieron el simbolismo dice:

"La obra de arte será idealista puesto que su único ideal es la experiencia de la idea; simbolista porque esta idea expresa por medio de formas; sintetista, puesto que escribirá estas formas, estos signos, según el modo de comprensión general; subjetiva porque la idea no será jamás considerada como objeto, sino como un signo de la idea percibida por el sujeto, y, finalmente, decorativa". Esta clasificación tiene el defecto de ser demasiado literaria.

Serusier nos da una idea más clara de lo que debe ser el simbolismo en pintura. Pero por ser puramente matemático y abstracto, se aleja del sintetismo tal como lo profesó Gauguin y sus amigos en la "escuela" de Pont-Aven: "La síntesis, dice Serusier, consiste en encerrar todas las formas en el menor número de formas que seamos capaces de pensar; líneas rectas, algunos ángulos, curvas, círculos y elipsis. Saliente de ahí nos perdemos en el océano de las variedades".

Puesto que el arte de Gauguin era ante todo plástico y lo que se proponía era mostrar su idea lo más profundamente posible, empleando el símbolo como el resultado de una máxima simplificación de la naturaleza, desechando toda ciencia y todo sistema preconcebido, a fin de hacer más humana su belleza, vemos que ninguna de estas dos explicaciones cuadra a la teoría de Gauguin. Morice establece una justa diferencia entre la simplificación y la sintetización: "Estas dos nociones no están necesariamente ligadas. La simplificación reduce la expresión de la vida y se confunde más con la noción del resumen, del compendio, que con la noción de síntesis." (1)

(1) CHARLES MORICE: "Paul Gauguin".

Existen otras diferencias. La síntesis científica es consciente y metódica, obedece a reglas establecidas; la síntesis artística no implica indudablemente simplificación sino en el sentido de suprimir detalles para hacer más esquemática la idea; es inconsciente, no obedece a un proceso determinado sino que es la resultante de la observación y ésta, a su vez, es la resultante de la emoción del artista.

El objeto de la síntesis es contribuir a un aumento o una renovación de vida. Una creación. Se opone al análisis que disocia los elementos de la vida para después renovarlos, reuniéndolos en un orden determinado. La síntesis va de causas a efectos. En química se constituye un cuerpo con los elementos divididos por los análisis; en cirugía se reúnen las partes separadas de un miembro. Esta acepción científica, que se halla tan próxima de la concepción artística del proceso operativo del artista, es la única que satisface al espíritu.

Al símbolo, resultado de una síntesis de impresiones, Gauguin lo convierte en elemento ideal y decorativo. Cada uno de sus cuadros representa una idea inspirada por la realidad formal. En ninguna obra de arte se exterioriza mejor la concordancia entre el paisaje y el estado de alma del artista.

En una de las cartas que dirige a Daniel de Montfried (1) desde Tahití, explica porque ha sido mal comprendida una obra ejecutada en uno de sus momentos desesperantes de miseria. La imaginación, exaltada por el dolor, ofuscó la idea, y el símbolo quedó incomprendido para los que no conocían su estado de alma.

"En cuanto a la ejecución —dice— esta gran tela es imperfecta: ha sido hecha en un mes; sin ninguna preparación ni estudio previo. Quería morir. En este estado de desesperación la pinté rápidamente. Apenas firmada tomé una fuerte dosis de arsénico. Fué probablemente demasiado. Sufrí atrocemente. Pero la muerte no vino. Desde entonces mi pobre cuerpo lacerado se resintió del choque y me hace sufrir. Lo que falta de ponderación en esta tela se encuentra compensado por algo inexplicable para el que no conoce el sufrimiento extremo, ni tampoco el estado de alma del autor."

"Fontainas, a pesar de haber sido siempre muy bien in-

---

(1) Paul Gauguin. *Cartas a Daniel de Montfried.*

tencionado a mi respecto, reprocha mi impotencia para hacer comprender mi idea.

Puvis explica su idea, sí, pero no la pinta. El es griego, en tanto que yo soy un salvaje, un lobo desencadenado en el bosque. Puvis titulará un cuadro Pureza y para explicarlo pintará una joven virgen con una flor de lis en la mano, símbolo conocido. Entonces se le comprende". Gauguin con el título de "Pureza" pintará un paisaje de aguas cristalinas, ninguna huella del hombre civilizado, quizás un personaje.

"Sin entrar en detalles, hay un mundo entre Puvis y yo —agregaba.— Puvis, como pintor, es un letrado y no un hombre letras, mientras que yo no soy un letrado, pero sí, quizás, un hombre de letras. . . " (1).

A esta gran tela que se refiere el artista, hoy se le ha hecho justicia, considerándola como una de las mejores obras del maestro y tiene por título "¿Dónde vamos? ¿Qué somos? ¿De dónde venimos?"

Oigamos la explicación que nos da Gauguin.

"¿Dónde vamos? Cerca de la muerte una vieja. Un pájaro raro concluye . . . ¿Qué somos? Existencia diaria. El hombre por instinto, se pregunta el significado de todo. ¿De dónde venimos? La fuente. El nido. La vida común.

El pájaro concluye el poema. Es el ser inferior frente al ser inteligente. Los dos encerrados en ese gran todo que es el problema que plantea el título.

Detrás de un árbol hay dos fuerzas siniestras envueltas en un ramaje de color triste. Juntas al árbol de la ciencia representan la nota de dolor causado por esta misma ciencia. En comparación se encuentra la vida de los seres simples, en una naturaleza que podía ser un paraíso de concepción humana, dejándose llevar por la felicidad de una vida natural."

Si hubiera puesto atributos explicativos —símbolos conocidos —la tela se destacaría por una triste realidad y el problema anunciado dejaría de ser un poema."

\*  
\*   \*  
\*

(1) Pablo Gauguin. "Racontars d'un Rapin".



Si se quiere buscar un precedente para el sintetismo contemporáneo, se encontrará en Puvis de Chavannes. Sin que esto signifique una semejanza entre la pintura de uno y otro artista. Chavannes, con menos genio, pero quizás con más paciencia y, sobre todo, con mayores facilidades materiales, fué el primero en tentar el milagro que el Giotto no logró realizar completamente. Le faltó la fuerza sensual del colorido que tenía Gauguin. Le faltó vida en las pálidas armonías de sus composiciones y acción al encerrar la forma en los grandiosos ritmos de líneas con que construyó sus paisajes sintéticos. Sus personajes, con tonalidades de piedra, apenas son perturbados por el ruido del mundo. En sus cuadros no se nota el abandono a la sensación del instante. Todo su arte es una evocación magistral de los aspectos espirituales del acontecimiento y del lugar. Gauguin lo admira y le tiene siempre presente. Se complace en hacer comparaciones entre su propia manera de interpretar el símbolo y la de Chavannes. Recuerda al "Pobre Pescador" implorando ayuda del mar muerto que le dá el sustento, la orilla escuálida, sembrada de flores anémicas, representación de esperanzas y recuerdos. Los símbolos de Puvis de Chavannes son voluntarios, buscados con perseverancia entre la significación de los signos heredados y empleados como una protesta contra la excesiva abstracción literaria y el sensualismo imperante.

El arte de Gauguin sigue otro proceso. De simplificación en simplificación se hace sintético llevándonos necesariamente al símbolo: a la liberación de la realidad objetiva. Por la observación directa de la naturaleza el artista no hace sino retener alusiones que ésta le sugiere, que le son más significativas porque están más intensamente de acuerdo con su idea. Al resumir después estas formas en una imagen libre de todo parecido, armónica, vital, artística, resulta el símbolo.

El desarrollo y explicación de estas teorías en medio de sus amigos y discípulos en Pont Aven, en Bretaña, dió origen a la iniciación del simbolismo y, ya que existía un maestro y sus discípulos y se establecían reglas para pintar, se puede decir, —a pesar de la repugnancia que tenía Gauguin por la palabra escuela,— que se inició la Escuela Simbolista.

"Escuela o no —escribe Maurice Denis— puesto que Gauguin no era profesor; pero de todas maneras era un maes-

tro y sería singularmente injusto negar el bello esfuerzo de arte de este grupo de Pont-Aven que ha tenido tanta influencia en las ideas y en los artistas, como la antigua escuela de Fontainebleau" (1).

Entre los artistas destacados del grupo y los continuadores de las teorías de Gauguin figuran Verdan, Armand Seguin, Serusier, Paco Durrio, Emile Bernard, Maurice Denis Schuffenecker y otros. Aunque algunos de ellos continuaron empleando los métodos impresionistas, todos fueron sintetistas por la composición y simbolistas por la concepción.

Serusier, pintor de cierto talento, con gran sentido lógico, claro y sistemático, dotado de gran capacidad para sentar las ideas abstractas, inspirándose en los principios sostenidos por el grupo de Pont Aven, clasificó el simbolismo gauguinesco fuera de los dogmas impresionistas y neo-impresionistas—aplicándoles el sistema que llamó "Simbolismo", debido a la influencia de los poetas simbolistas en auge: Verlaine, Mallarmé, Morice, Henry de Regnier y otros.

En su época bretona, gran parte de la obra de Gauguin se pierde en el puro ensueño. El artista pretende ser más poeta que pintor.

"El Cristo amarillo", "La visión después del sermón", (Lucha de Jacob y el ángel); "El calvario", "El jardín de los olivos", etc. son otros tantos poemas donde el pintor ha osado ser plenamente poeta, sin dejar de ser plenamente pintor. Todos sus amigos simbolistas, desde Verlaine, Moreas, Morice, queman incienso en loor de estas místicas escenas, impregnadas de la melancolía bretona.

El poeta Albert Aurier nos ha dejado estas admirables páginas sobre "La visión después del sermón":

"Lejos, muy lejos, sobre una fabulosa colina donde el sol aparece de un bermejo rutilante, se desarrolla la lucha bíblica de Jacob y el Angel. Entre estos dos gigantes de la leyenda, que la distancia convierte en pigmeos, se entabla el formidable combate. Algunas mujeres contemplan interesadas y simples, sin comprender gran cosa, lo que pasa en esa fabulosa colina ensangrentada. Son aldeanas. Los lazos blancos de sus tocás blancas se despliegan como alas de gaviotas. Por los tí-

(1) MAURICE DENIS: Teorías.

picos adornos de las chaquetas y por las formas de sus vestidos y de sus casacas se ve que son originarias de Bretaña. Tienen actitudes respetuosas y los rostros embobados de las criaturas sencillas que escuchan historias fantásticas y extraordinarias de alguna boca incontestable y venerada. Parecen estar en una iglesia; tal es su atento silencio y su devoto recogimiento. En un templo, envueltas en un vago olor de incienso, y de murmullos de rezos revoloteando por entre las alas blancas de sus tocas, mientras la voz respetable de un viejo monje vibra en el ambiente. Si, sin duda en alguna iglesia, en alguna pobre iglesia de una pobre aldea bretona. Si es así, ¿dónde están los pilares negruzcos y verdosos? ¿Dónde está la silla de pino? ¿Dónde el viejo cura que predica, cuya voz se escucha, puesto que se escucha la voz refunfuñante? ¿Dónde está todo eso? ¿Y por qué allá a lo lejos se ve siempre esa colina fantástica, donde el sol aparece de rutilante bermejo? ¡Ah, es que los húmedos pilares verdosos cubiertos de musgo y los muros lechosos y los pequeños patos cromolitográficos de la cruz y la silla de pino y el viejo cura que predica, han desaparecido desde hace algunos momentos, desvanecidos, y dejan de existir para los ojos y para las almas de estas simples aldeanas bretonas!

Todos los ambientes materializados se han disipado en vapores, han desaparecido; el mundo evocador se ha esfumado y ahora sólo es la voz lo que contemplan, con esa atención simple y devota, estas aldeanas de tocas blancas, y es la voz del viejo cura esta visión aldeanamente fantástica que surge allá lejos, muy lejos.

Fundándose en la influencia que las estampas japonesas tuvieron sobre los impresionistas y neo-impresionistas, se ha pretendido derivar el arte de Gauguin del arte asiático en general, estableciendo ciertas analogías en la manera especial de interpretar las escenas, paisajes y retratos sin usar perspectivas ni sombras y con un dibujo arbitrario. Tanto Gauguin como los asiáticos conocieron las leyes de la perspectiva y del claro oscuro. Es injusto atribuir su omisión a una falta de conocimiento y de técnica. Es imposible creer que una cultura artística que ha durado cinco mil años, una civilización que ha alcanzado el más alto grado de desarrollo en todas las esferas espirituales, sea tan obtusa como para ignorar la pers-

pectiva en el dibujo y la reproducción verosímil del mundo externo. Lo lógico es creer que la perspectiva y el claro oscuro se usaron en Oriente en alguna época remota y luego la desecharon porque su empleo no lo encontraron necesario. Gauguin no creo que descubrió en los asiáticos ningún método. Su intuición lo llevó a buscar, como ellos, el ritmo en la línea, la armonía en el color y la significación de la forma, y estas cualidades pueden encontrarse sin recurrir al claro oscuro y a la perspectiva.

Gauguin que negaba toda regla y no creía que hubiera una receta para "hacer belleza", se vió imputar mil extrañas influencias, y al artista que protestaba cuando le preguntaban si tenía una técnica se le hizo jefe de un sistema.

"Si tengo una técnica, decía, es muy vagabunda, muy elástica según el humor con que me levanto; técnica que aplico a mi voluntad para expresar mi idea, sin tener en cuenta la verdad aparente de la naturaleza externa".

Sólo aconsejaba el empleo de un método: atacar las más grandes abstracciones. Hacer todo lo que está prohibido, destruir y reconstruir sin miedo de exagerar, exagerando si es posible. Aprender todo el tiempo, y una vez una cosa aprendida, volverla a aprender. Vencer todas las dificultades así tenga que afrontarse el ridículo. Ante el caballete, el pintor no debe ser esclavo ni del pasado ni del presente.

"¿Dónde comienza la ejecución de un cuadro y dónde termina? se pregunta. En el momento en que los sentimientos extremos están en fusión en lo más profundo del ser, en el momento en que estallan, cuando el pensamiento sale impelido como lava de un volcán, ¿no está allí el nacimiento de una obra creada repentinamente, brutalmente si se quiere, pero de una apariencia grande y sobrehumana?

El frío cálculo de la razón no ha precedido esta aparición. ¿Pero quién sabe cuando, inconscientemente quizás, ha empezado a germinar la obra en el fondo del ser?

Cuando se vuelve a copiar un cuadro, hecho en un momento, en un segundo de inspiración, no se logra sino una copia inferior, sobre todo si se trata de corregir las proporciones y defectos que el razonamiento cree encontrar. A veces oigo decir: el brazo es demasiado largo, etc. . . . si y no. No, si se

tiene en cuenta que a medida que usted lo alarga sale de lo real para entrar en lo fabuloso, lo que no es reprochable. Claro que toda obra debe respirar el mismo estilo, la misma voluntad.

Si Bouguereau pintara un brazo demasiado largo, no le quedaría nada, porque su voluntad artística reside en la precisión estúpida a que nos condena la realidad material".

Gauguin escribió un pequeño cuaderno donde anotaba sus impresiones sobre sus teorías estéticas. Este cuaderno que tituló "Notas dispersas", lo dedicó a su hija Alina. En él encontramos sabios consejos sobre la manipulación y uso de los colores. En él completa su método sobre la interpretación simbólica de los diferentes tonos del color. He aquí un estudio de su bella tela "Mamao-Tupapau". (El espíritu de los muertos vela).

"Una joven canaca, acostada boca abajo, muestra una parte de su cara asustada. La cama donde reposa está adornada con un pareo azul y una sábana amarilla de cromo claro. En el fondo violeta purpúreo, sembrado de flores semejando chispas eléctricas, aparece una figura extraña velando al pie del lecho.

"Seducido por una forma, un movimiento, pinto con la sola preocupación de hacer un estudio de desnudo. Tal como lo represento es un estudio un poco indecente; sin embargo, quiero hacer un cuadro casto, dándole al espíritu canaca su carácter y su tradición.

El Pareo, siendo una prenda que está íntimamente ligada a la existencia de un canaca, me sirvo de él como sobrecama. La sábana, de una tela vegetal, debe ser amarilla porque este color sugiere al espectador algo imprevisto. La escena parece alumbrada por una lámpara, sin que tenga necesidad de pintar un efecto de lámpara. Un fondo un poco tenebroso es necesario. El violeta es el color indicado. He aquí enumerada la parte musical del cuadro.

"En esta posición un poco osada. ¿qué puede hacer una joven canaca desnuda sobre una cama? ¿Prepararse para el amor? Estaría bien en su carácter, pero es indecente y no es mi deseo expresarlo. ¿Dormir? Supondría el fin del acto amoroso, lo que sería también indecente. No veo otra razón sino el miedo. ¿Qué clase de miedo? Seguramente un miedo dife-

rente al de Susana sorprendida por los viejos. Esto no existe en Oceanía.

“El tupapao (espíritu de los muertos) es el indicado.

“Para los canacos es un motivo de terror constante. En las noches una lámpara vela siempre alumbrada. Nadie circula por los caminos. Cuando no hay luna llevan un farol para espantarlos y van siempre acompañados. “Una vez encontrado el motivo, hago de mi *tupapau* el centro de mi composición. El desnudo pasa al segundo lugar.

¿“Qué puede significar para una canaca un fantasma? Desconociendo el teatro y la lectura de novelas, cuando piensa en los muertos piensa necesariamente en alguien que ha visto. Mi fantasma puede estar representado por una mujer cualquiera estirando la mano como para agarrar una presa.

“El sentido decorativo me lleva a sembrar el fondo de flores. Estas flores son de tupapau fosforescentes, signo de que el espíritu se ocupa de uno. Creencia tahitiana.

El título “mamao tupapau” tiene dos sentidos: o ella piensa en la aparición o la aparición piensa en ella.

Recapitulemos. Parte musical: líneas horizontales ondulantes; acordes de naranja y azul unidos por sus derivados amarillos y violetas, iluminados por resplandores verdosos. Parte literaria: el espíritu de los vivos ligado al espíritu de los muertos. La Noche y el Día.

“Esta génesis está escrita para aquellos que quieren saber el cómo y el porqué de las cosas. Si no, es simplemente un estudio de desnudo. En realidad el cuadro no tiene necesidad de esta explicación. El misterio de lo sobrenatural se desprende de las luces extrañas y de la actitud de los personajes”.

Vemos, por esta descripción, que Gauguin cubre de misterio hasta las imágenes simbólicas que encarnan su idea. Al color y a la luz, magistralmente tratados, Gauguin añadía su profundo sentido personal de las analogías de signos que unían, en una significativa armonía, al animal, al vegetal, a la planta, a la flor, al cielo y a las aguas. Sus personajes están de acuerdo con todos los elementos que los rodean. A estos elementos les confía la misión de interpretar su idea. El violeta representa el misterio, las chispas eléctricas son los espíritus invisibles. Un pájaro blanco, el silencio. Es así que su sim-

bolismo se aparta del de Puvis de Chavannes, a quien se aproxima por la pureza y la nobleza de su composición, y cuyos símbolos son conocidos y aceptados. Los símbolos de Gauguin escapan a la comprensión común. Como las piedras preciosas, esperan al experto que vibre ante el misterio de la belleza inexplicable e infinita.

El poeta y crítico Augusto Strindberg negándose a escribir un prólogo para una exposición de Gauguin, le envió esta carta que es un monumento de historia literaria y artística.

"Vd. quiere tener, de todos modos, el prefacio de su catálogo escrito por mí, en recuerdo del invierno de 1894-1895 que pasamos aquí, detrás del Instituto, cerca del Panteón, sobre todo cerca del cementerio de Montparnasse.

"Yo le habría dado con el mayor gusto este recuerdo para que V. lo llevara a esa isla de la Oceanía, donde va en busca de espacio y de una decoración más en armonía con su enorme estatura. Pero me encuentro en una situación un tanto equívoca y comienzo por responder inmediatamente a su solicitud con un "no puedo" o, más brutalmente, con un "no quiero".

"Al mismo tiempo le debo una explicación sobre mi negativa, que no proviene de una falta de complacencia ni de pereza de pluma, aunque me hubiera sido fácil echar la culpa a la enfermedad ya célebre de mis manos, sobre cuyas palmas, sin embargo, no han crecido aún vellos. Bien. Yo no puedo comprender su arte y no puedo amarlo. Sé, con todo, que esta declaración no lo asustará ni lo herirá; me parece que Vd. está sobre todo fortificado por el odio de los demás; su personalidad se complace en las antipatías que suscita, quedando siempre intacto. Tal vez con razón, pues desde el instante en que Vd. sea admirado y consagrado, se le señalará un lugar, se le clasificará, dando a su arte un nombre, del que se servirán los jóvenes antes de cinco años, como de un apodo para designar algo anticuado, haciendo desde luego todo lo posible para envejecerlo.

"Yo mismo he realizado serios esfuerzos para clasificar a Vd., para introducirlo como un eslabón dentro de la cadena, para llegar al conocimiento de la historia de su desenvolvimiento, pero en vano

“... En medio de los últimos espasmos del naturalismo, un nombre era pronunciado por todos con admiración: el de Puvis de Chavannes. El único que quedaba como una contradicción, pintando con alma de creyente, sin tomar en cuenta el gusto de sus contemporáneos, ni tampoco la alusión. (No se poseía aún el término simbolista, pésimo sobre nombre para una cosa tan vieja como la alegoría).

Es hacia Puvis de Chavannes que iban ayer mis pensamientos, al son meridional de la mandolina y de la guitarra. Ví sobre las paredes del atelier de Vd. un pandemonium de cuadros llenos de sol que me han perseguido esta noche en mi sueño. He visto árboles que no encontrará ningún botánico, animales que Cuvier no sospechó jamás, y hombres que sólo Vd. ha podido crear.

Un mar que emerge como de un volcán, un cielo en el que no puede habitar ningún Dios. Señor, decía yo en mis sueños, Vd. ha creado una nueva tierra y un nuevo cielo, pero yo me encuentro bien en medio de su creación. Está demasiado llena de sol para mí que amo el claro oscuro. Y en su Paraíso habita una Eva que no es mi ideal, pues en verdad, yo también tengo un ideal, y hasta dos, de mujer.

No, me decía: Gauguin no está formado dentro de las fibras de Chavannes, tampoco en las de Manet ni en las de Bastien Lepage.

¿Quién es él, entonces? Es Gauguin, el salvaje que odia la civilización, algo así como un Titán que celoso del Creador, hiciera en sus momentos de ocio su pequeña creación, el niño que desarma sus juguetes para construirse otros, el que renegado y valiente prefiere ver rojo el cielo que la multitud ve azul.

Creo a mi vez que después de haberme inflamado escribiendo, comienzo a tener cierta comprensión del arte de Gauguin.

El pintor contestó a Strinberg diciéndole que su carta serviría de prólogo para el catálogo. “Tuve la idea de pedirselo, dice, porque lo ví la otra tarde en el taller tocar la guitarra y cantar: sus ojos claros del Norte, miraban atentamente los cuadros en los muros. Tuve el presentimiento de un choque entre su civilización y mi barbarie. Civilización de la que



Vd. sufre, barbarie que es un rejuvenecimiento para mí. Delante de la Eva de mi gusto, la que he pintado con formas y armonías de otros mundos, los recuerdos de selección de Vd. quizás han evocado un pasado doloroso. La Eva de su concepción civilizada nos hace casi siempre misóginos: la Eva antigua, que en mi taller le daba miedo, puede muy bien un día sonreírle menos amargamente. Este mundo que tal vez no encontraría un Cuvier, ni un botánico, será un paraíso que yo solamente he esbozado. Y el esbozo está muy lejos de la realización del sueño. ¿Qué importa? ¿Entrever la dicha no es acaso un gusto anticipado del Nirvana?

La Eva que he pintado (ella sola) lógicamente puede quedar desnuda ante sus ojos. La de Vd. en este simple estado, no podría caminar sin impudor y, demasiado bella (puede ser) sería la evocación de un mal o de un dolor.

Para hacerle comprender bien mi pensamiento compraré, no ya las dos mujeres directamente, sino la lengua que habla mi Eva, con la lengua que habla la mujer escogida por Vd.; lengua de flexión, lengua europea.

En las lenguas de Oceanía, constituídas por elementos esenciales, conservadas en su rudeza, aisladas o juntas, sin ningún cuidado de pulimiento, todo es desnudo, brillante, primordial.

Mientras que en la lengua de flexión las raíces por las cuales han comenzado, — como todas las lenguas — desaparecen en el comercio cotidiano que ha gastado sus relieves y sus contornos. Es un mosaico perfeccionado en el que no se ven ya las junturas de las piedras más o menos groseramente yuxtapuestas, si no se admira la bella pintura del lapidario. Sólo un ojo experimentado puede sorprender la procedencia de la construcción . . ."

\*

\* \*

Todas estas explicaciones nos familiarizan con la génesis del simbolismo gauguinesco en pintura y sus leyes fundamentales. Detengámonos ahora ante la figura de su fundador

Pablo Gauguin ya que la vida del hombre nos explicará mejor que nada la obra del artista. Ambas se completan y justifican. Ante Pablo Gauguin nos encontramos en presencia de uno de esos seres extraordinarios predestinados para una misión trascendental en la vida y que la cumplen a despecho de las circunstancias, a despecho de los hombres y de las cosas, a costa de su propia felicidad, impelidos por un inexorable destino.

Hasta los 42 años Gauguin era un metódico banquero atento a la felicidad de su hogar, al bienestar de su esposa y sus cuatro hijos. Su única distracción era pintar. De noche asistía a una academia de dibujo y los domingos se encerraba en un cuarto, entregándose a su distracción favorita. ¿Cómo comenzó a desarrollarse el instinto artístico en Gauguin? ¿Cómo se despertó en él esa tardía afición por la pintura? "Nadie, escribe más tarde la señora Gauguin, ha dado a Pablo la idea de pintar" (1).

Pintaba porque no podía ser de otra manera y cuando nos casamos ignoraba en absoluto que tuviera disposición para las artes".

¿Quién le dió la idea de pintar? ¿Podría, acaso, explicarse porqué se nace artista? Los artistas, como los sueños, no tienen una explicación definitiva. Obedecen a un conjunto de circunstancias fisiológicas y psicológicas que determinan su génesis. Se revelan por el "accidente feliz" de que habla Darwin en la transformación de las especies.

Entre los que frecuentaban la casa, invitados por la señora Gauguin — una danesa muy aficionada a la vida social — estaba Pissarro. Al ver los cuadros del pintor "domingero" los alabó con entusiasmo, dándole útiles consejos. Esto estimuló la contracción del banquero. Su afición en aumento se hizo inquietante para la pobre señora que veía en los ojos alucinados del marido aproximarse la "catástrofe". Hasta que un buen día Gauguin decidió abandonar todo: situación, hogar, mujer e hijos, para dedicarse solamente a la pintura.

Y comenzó a desarrollarse la fantástica aventura entre el hombre y el artista. Asistimos a la lucha del artista orgulloso y tirano, que descontento de la mediocridad de la vida del

(1) JEAN DORRENE: *La Vie sentimentale de Paul Gauguin*.

hombre, lo desaloja del propio hogar, lo priva de la comodidad y del bienestar de la familia, lo hace huir de la tranquila medianía en que vive, en nombre de la realeza de lo Absoluto, que es el imperativo de las grandes vidas.

Una fotografía de esa época, por el 1888, representa a Gauguin recostado perezosamente, apoyando el mentón sobre la palma de la mano. Parece reflexionar sobre su destino. Viste levita y pantalón a rayas. Sólo los bordados del chaleco nos muestran las fantasías que comienza a tejer su corazón. La frente despejada, los cabellos ligeramente ensortijados, echados negligentemente hacia atrás. Bajo los grandes párpados aparecen los ojos claros, salientes. La distancia entre la línea de los ojos y la boca es desproporcionadamente grande. La nariz larga y afilada, se encorva desde las cejas ralas. Bajo el bigote, ralo también, la boca grande, sensual, de comisuras mal dibujadas, da a su fisonomía una expresión de desdén que corrobora la altiva frialdad de la mirada.

Un año más tarde vemos al que fué opulento banquero con las ropas raídas, demasiado holgadas para su cuerpo enflaquecido, viviendo en una mísera buhardilla, ganando cuatro francos diarios por pegar carteles en la estación de Montparnasse, que le permiten sustentarse y, sobre todo, comprar los materiales indispensables para pintar. Pero está libre; lejos de los números y cerca de su arte. Lo vemos vagar de París a Bretaña, a Arles, La Martinica, Panamá, en una interminable peregrinación hasta terminar a los 55 años mísero y leproso en una de esas islas encantadas de la Polinesia, en el Océano Indico, después de haber desarrollado la obra magistral de su arte entre capítulos de aventura y tragedia, de entusiasmo y escepticismo, de opulencia y miseria.

Desde su nacimiento en París, como un mandamiento fatal, comenzó su peregrinación por el mundo, lo que sin duda influyó mucho en la formación de su temperamento. Hasta la edad de siete años vivió en Lima de donde era oriunda su madre. Luego como grumete recorrió gran parte de nuestro continente, hasta que la muerte de su protector le impuso el deber de sustentar a su madre.

Sus antecedentes familiares tienen gran importancia, pues

fueron españoles sus antepasados maternos. Fué la raza vigorosa de los conquistadores la que guarda el secreto de la génesis de su genio, de la fuerza de su temperamento, de su gran capacidad de obrar y de sufrir. Fué en América, en el Perú, donde germinó su gusto por el primitivismo, su cariño por la raza de bronce que más tarde inmortalizara en sus lienzos. Fueron los objetos de la cerámica quíchua, de los que poseía una vasta colección su tutor, los primeros que impresionaron su fantasía y cooperaron a desarrollar el "elemento exótico", como califican muchos de sus comentadores, al concepto decorativo y al ritmo simbólico que imprimió a la Naturaleza.

¿A qué tipo determinado de raza pertenecía Gauguin? Tomando en cuenta consideraciones etnográficas, unos lo clasifican entre los meridionales, otros entre las razas europeas de climas septentrionales; otros, como Rotonchamps (1) afirman que el corpulento nieto de Floza Tristán y de Chazal era un mestizo de cuerpo y espíritu.

El genio escapa a las leyes etnológicas y etnográficas. Sería tan arbitrario clasificar su tipo en determinada raza, como clasificar su pintura en determinada escuela. Gauguin, en cuerpo y en espíritu, es un caso aislado. La definición de Gauguin, entra en la que hizo Mallarme del poeta: "El hombre primitivo supremo".

He aquí Gauguin: un poeta rebelde a todas las normas establecidas y a todas las instituciones, a todas las leyes y a todas las apreciaciones. Dotado de una fuerza imaginativa, de una inteligencia extraordinaria y de una fe y un orgullo inquebrantables, pintor, escultor, escritor y músico, Gauguin es un predestinado si no para realizar una gran obra —para ello le faltaron los recursos y el tiempo— al menos para iniciarla y definirla.

Así se explica como pudo, sin pretenderlo, iniciar el simbolismo derivado del sintetismo y ser el primero entre los pintores contemporáneos en abrir de par en par las puertas a todas las complejidades desarrolladas por el arte moderno.

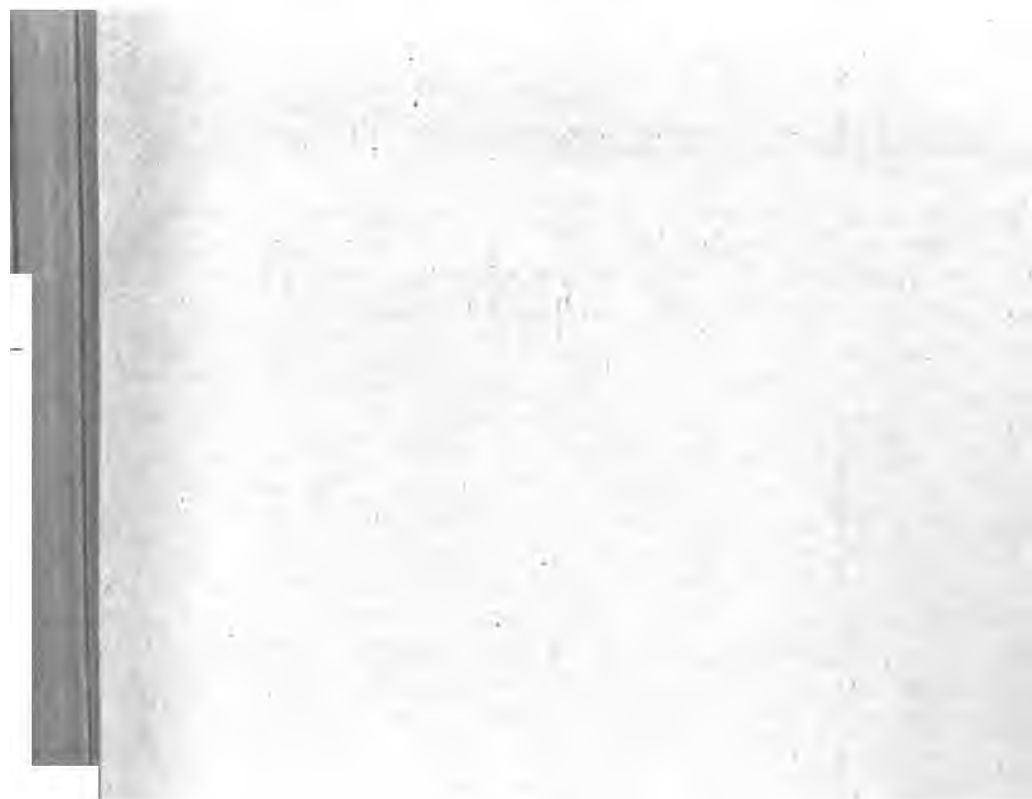
El simbolismo de Gauguin tiene dos épocas: la bretona y la tahitiana. Fué en Tahiti donde comenzó a desarrollar ese arte extraño y luminoso que hacía exclamar a Mallarme: "Nun-

(1) JEAN DE ROTONCHAMPS: "Paul Gauguin".

ca he visto tanto misterio con tanta luz". La serie de cuadros "Mamao Tapapau", "A dónde Vamos", "Oyana María", que se clasifican entre sus obras maestras y son el orgullo del museo de Copenhague, de la Pinacoteca de Munich, del Museo del Louvre, los concibió y realizó en esas islas encantadas de la Polinesia donde se refugió su alma harta de la civilización.

Los últimos once años de su vida los pasó en esa decoración apropiada a su fantasía. Habitaba una choza excepcional, de madera tallada por el mismo, rodeada de un jardín sembrado de flores europeas y de estatuas de dioses canacos y divinidades bárbaras. Fué en esa casa donde pintó su último autorretrato. La cabeza dolorosa, de ojos enrojecidos, se destaca sobre un fondo de tierras hambrientas. Al pie este epígrafe: "Cerca del Gólgota".

El arte que le había impuesto todos los sacrificios le exigió el último: el de su vida. Agobiado por la miseria y la enfermedad murió como Prometeo, encadenado a las islas misteriosas por haber osado divulgar a los hombres su belleza.



# BERNARD SHAW

Por PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Resúmenes hechos por E. Anderson Imbert

## I

### VIDA Y OBRA

Para conocer bien a Bernard Shaw es preciso leerlo en inglés, porque, desgraciadamente, las versiones de sus obras a lenguas románicas son en general imperfectas, cometen errores de interpretación y quitan a su dialéctica la elasticidad y concisión que la distinguen. La deficiencia de estas traducciones tiene su explicación en el carácter de Shaw, quien, por solidaridad con amigos socialistas, les concedió los derechos de traducción de sus obras al francés y al español, sin reparar en que no eran ellos los más indicados para la tarea, porque no son hombres de letras. El poseedor de los derechos a la traducción española es luxemburgués; ni el inglés ni el español es su idioma nativo, y no domina ninguno de los dos literariamente. A esta despreocupación de Shaw en la selección de sus traductores se debe que su obra sea imperfectamente conocida en el mundo latino. Por excepción, hombres de letras de la América española han hecho traducciones sueltas de obras de Shaw: así, *El héroe y sus hazañas* (*Arms and the man*), versión de Mariano de Vedia y Mitre, o *Vencidos*,

(*Overruled*), versión del escritor mexicano Antonio Castro Leal, rector que fué de la Universidad Nacional de México. También es en la América española donde primero se escribió, en castellano, sobre Bernard Shaw: hace treinta años, el pensador cubano Enrique José Varona, recientemente fallecido, publicó un admirable artículo sobre *Cándida*. En la Argentina se han escrito diversos trabajos sobre Bernard Shaw: uno de los más extensos es la conferencia de Augusto Rodríguez Larreta.

De todos modos, en los países románicos ha sido tardío y es incompleto el conocimiento de la obra de Shaw. Y es de lamentar, porque en sus comedias tiene importancia la referencia a la actualidad: reflejan la atmósfera del momento en que fueron escritas, y leerlas después de treinta o cuarenta años significa perder alusiones interesantes que, recogidas en su hora, hubieran servido para nuestra orientación. Así, en *The Philanderer* (vertida por Broutá con el título de *Fascinación*,) hay constantes alusiones a la influencia de Ibsen, que por entonces (1893) era novedad y extrañeza en Inglaterra. Lo útil hubiera sido ponernos en contacto con tales obras en su oportunidad. Y podemos afirmar que, por no haber incorporado a Shaw a nuestra cultura hace treinta años, perdimos la oportunidad de participar de modo pleno en movimientos intelectuales cuyo conocimiento nos habría resultado provechoso.

En realidad, la historia de la cultura literaria en los pueblos modernos podría hacerse señalando tanto las influencias recibidas como las que no se hicieron sentir. Para comprender una cultura interesa tanto saber lo que hay como lo que no hay en ella. Así, en la literatura inglesa de la era victoriana — los últimos sesenta años del siglo XIX — se echa de menos el influjo de escritores franceses del tipo de Renan. Entre los fermentos que le han faltado a la cultura literaria de los pueblos latinos está el de escritores ingleses como Shaw, que, sumado oportunamente al de Oscar Wilde, habría sido útil, con la ventaja de que la obra de Shaw es más sólida que la de Wilde. Oscar Wilde ha sido un artista brillante, ingenioso, pero la mayor parte de su obra es mero eco de creaciones ajenas. Shaw es mucho más original y agrega a su arte la sustancia vigorosa de los temas filosóficos y sociales.



Para tener idea precisa sobre la personalidad de Bernard Shaw, es necesario, ante todo, desechar las leyendas que lo rodean dándole fama de excéntrico, pero que empañan el verdadero sentido de su obra. Corren mil anécdotas sobre supuestas originalidades de Shaw; se le atribuyen frases que jamás pensó decir; las agencias de noticias transmiten telegramas desconcertantes sobre la última opinión política que a cualquier periodista se le ocurre adjudicarle. Y lo curioso es que muy raras veces se toma Shaw el trabajo de despejar tamañas consejas: le preocupan muy poco. Pero quien quiera conocer su verdadera personalidad y sus ideas tendrá que hacer caso omiso de las anécdotas y acudir directamente a su obra, que es clara y sin ambigüedades: leyéndole, es muy fácil discernir qué hay de falso y qué de verdadero en los dichos y hechos que se le atribuyen. De Shaw no hay que esperar que desmienta nada: cuando mucho, lo veremos quejarse de que los periódicos le atribuyan ideas que precisamente ataca en obras como la *Guía de la mujer inteligente para el conocimiento del capitalismo y el socialismo*. Si sabemos, por ejemplo, que no es cierto que haya hecho alardes contra el uso del frac (cuando en realidad le parece una prenda democrática que iguala a los hombres), no es por él sino por Frank Harris.

¿Qué motivos hay para que circule la leyenda de que Shaw es un hombre de opiniones y ocurrencias extravagantes?

El caso resulta asombroso, porque nada de lo que piensa y escribe Shaw es confuso ni oscuro. Lo maravilloso en él es su claridad y precisión. No cabe ninguna duda acerca de lo que piensa. Cuando —a nuestro juicio— se equivoca, su equivocación está expresada con toda claridad. No hay posibilidad de confusión. Y cuando —a nuestro juicio— acierta, su acierto está expresado con igual claridad.

Pero esta claridad y esta precisión mental sorprendentes se valen de una dialéctica que también sorprende. Bernard Shaw es un humorista. Y esto aclara un poco el por qué de la incomprensión que le acompañó desde el principio. Muchos de sus primeros lectores no supieron verdaderamente qué era lo que Shaw se proponía. No estaban habituados ni a las ideas que él exponía ni a que el razonamiento lógico adoptara formas humorísticas. Esta dialéctica humorística como vehículo

de ideas muy serias resultaba rara en la época en que él apareció. Con el tiempo, esta mala inteligencia ha desaparecido, sin embargo, y hoy todos los que han leído a Shaw están de acuerdo en que su sistema de ideas es claro y congruente. La obra de Shaw sólo puede parecer confusa, hoy, a quien no la conozca sino a través de las leyendas.

De su vida nada novelesco puede decirse. No hay acontecimientos personales extraordinarios. Los acontecimientos extraordinarios son sus propias obras. Lo que sí vale la pena observar es que entre su vida y su obra hay coherencia perfecta.

Shaw nace en Irlanda (1856), en una época en que nacen también muchos irlandeses que han de adquirir, como él, gran importancia en la literatura inglesa: Oscar Wilde; el gran novelista George Moore; el admirable poeta y dramaturgo William Butler Yeats, a quien, para desgracia nuestra, ni siquiera el Premio Nobel ha podido darle circulación universal; el no menos admirable poeta "A. E." (George Russell); Lady Gregory, la gran colaboradora de Yeats en el movimiento del teatro irlandés. Y ya que mencionamos al teatro irlandés, es oportuno advertir que Shaw no ha escrito para él sino una obra: *La otra isla de John Bull*.

Además de los grandes escritores nombrados, por entonces nacen en Irlanda también escritores de otro orden, como Frank Harris y Conan Doyle, y periodistas hábiles como T. P. O'Connor o de gran iniciativa como Lord Northcliffe.

Circunstancia importante en la vida de Shaw es la de haber nacido en la católica Irlanda, pero en una familia protestante. Es importante, porque nos avisa que Shaw no ha podido participar de las emociones comunes de los irlandeses católicos y que, por lo tanto, en la misma Irlanda, se vió desde la primera hora en una situación de relativo aislamiento. Y esta independencia la ha de conservar también cuando a los veinte años va a Londres. Aquí Shaw no se siente inglés sino irlandés. Está, pues, en una posición de íntima independencia tanto para Irlanda como para Inglaterra. Como protestante en país católico, Shaw tiene una visión clara de cómo es el país en que nace, de cuáles son sus rasgos característicos y sus limitaciones. Como irlandés en Inglaterra, Shaw será un crítico agudo, penetrante, de la vida inglesa. Y aún hay otra situación paradó-

jica en la vida de Shaw. Pertenecía —en Irlanda— a esa clase social que en Inglaterra se llama "the gentry": pertenece a la casta de los hidalgos, pero nace en familia empobrecida. Mucho orgullo, pero pocos recursos. Y atiéndase a la importancia que tiene el hecho de que Shaw no pertenezca estrictamente ni a las clases ricas ni a las pobres: él estará en la posición adecuada para ser buen juez de unas y de otras.

Hay otras circunstancias de su vida que lo van a convertir en un crítico agudo y en un razonador preciso: Shaw no tendrá la educación típica de los ingleses. ¡Y qué importante es esto!

Si a un inglés de las clases cultas le preguntamos qué cosa es la educación, nos responderá, seguramente, con este concepto: "Haber recibido una educación significa haber asistido a las *escuelas públicas* (que en realidad no lo son), es decir, las escuelas aristocráticas como Eton y Harrow, y haber pasado después por los colegios universitarios de Oxford o Cambridge". ¿Y qué es lo que se adquiere en Eton, Harrow o Westminster, y luego en Oxford o Cambridge? Una educación humanística, cuya base es el estudio de los clásicos en sus lenguas originarias. De las ciencias, sólo las matemáticas tenían allí cabida. Las ciencias abstractas fundamentales de formación moderna, — la física, la química, la biología, — apenas en este siglo han logrado irse abriendo camino. Todavía en este siglo, hombres eminentes como Bryce sostenían que estudiar química, por ejemplo, era cosa de especialistas. Y no la química de los investigadores, sino la química elemental que figura en los planes de estudios de los colegios secundarios de todos los pueblos latinos y de Alemania. El "gentleman" inglés no tenía por qué conocer el significado de  $H^2O$ , ni la ley de gravitación, ni las hipótesis sobre el origen de las especies: su equipaje intelectual debían constituirlo las lenguas antiguas, la literatura, la historia, las matemáticas clásicas (la geometría se estudió mucho tiempo en Euclides); en resumen, nada que no estuviera en los planes de estudios de la Edad Media. No en vano llamaba Newman al gentleman inglés "reliquia medieval". Este tipo de educación favorece la aparición de escritores de gran cultura humanística que son ornamento de la literatura inglesa; pero nada tienen que ver con ella los hombres de ciencia, como

Faraday, Lyell, Darwin. En el siglo XIX, eso sí, se fundaron en Inglaterra universidades como la de Londres y la de Mánchester, donde se ha hecho amplio campo a las ciencias; pero Oxford y Cambridge son siempre las universidades de la nobleza, los "hogares de las causas derrotadas".

Esta educación humanística no había de recibirla Shaw. Se educó en las escuelas comunes de Dublín y a los quince años terminó su instrucción escolar. Tuvo entonces que trabajar para ayudar a vivir a su familia y estudiar solo. Es autodidacto y no cabe duda que tal condición ha influido benéficamente sobre su obra, como hizo notar Gilbert Murray, el gran helenista de Oxford, en unas lecciones que le oí. Comentaba, en aquella ocasión, la afirmación del helenista norteamericano Paul Shorey, de que Shaw sabía mal el latín, porque había traducido la célebre frase "Delenda est Carthago" como si significase, en pretérito, "Carthage was destroyed". A mi juicio la intención de Shaw no fué traducir la frase sino comentarla, refiriéndose a que, efectivamente, como se anunció, Cartago fué destruída. Observaba Gilbert Murray que ni Shaw ni Wells son "hombres educados", en el sentido tradicional que se daba a esa expresión en Inglaterra, y que a eso debían, precisamente, buena parte de su éxito. "Nunca se les ha fatigado la mente enseñándoles cosas a la fuerza", agregó Murray. A su curiosidad siempre despierta, a su interés por estudiar las cosas sustanciales, a su sensibilidad para recoger los estímulos intelectuales de la época, deben ellos la vitalidad y frescura de sus obras. Recordó Murray que, siendo Shaw muy joven, paseaba con un amigo por las calles de Londres, y al ver una iglesia normanda del siglo XIII observó: "Mira, no se parece a ninguna de las otras construcciones". — "Claro. — le contestó su acompañante, — esa iglesia es del siglo XIII". — Pero Shaw no se refería a la diferencia que se debía a la vetustez del templo; le llamaba la atención que no estuviese construída como los demás edificios: hasta entonces no se había dado cuenta clara de las diferencias de estructura entre las iglesias y las casas. Pero el asunto le interesó, y por eso es hoy uno de los hombres que más saben, fuera de los profesionales, sobre la arquitectura de las iglesias de Inglaterra. Así, comentaba Murray, es como convendría poder aprender todas las cosas.

Entre las muchas cosas que Shaw estudió en su juventud, cuando no era general estudiarla en Inglaterra, figuraba la ciencia. Desde los quince años se interesó en ella. Leyó libros de física y de biología; leyó a Darwin, Huxley, Tyndall, autores cuyo conocimiento no estaba comprendido dentro de lo que las clases ricas inglesas llamaban "educación".

Además de adquirir esta instrucción científica, Shaw se formó al calor del arte. En el Museo de Bellas Artes de Dublín estudió con tanto empeño la colección de cuadros, que antes de salir de la adolescencia sabía reconocer el estilo de cualquier pintor allí representado. Y recibió también educación musical. Su madre conocía música y canto (más tarde habría de vivir dando lecciones) y él tuvo oportunidad, desde niño, de entrar en íntimo contacto con la música. A los quince años sabía de memoria óperas, oratorios y sinfonías; los cantaba o silbaba.

Durante cinco años, de los quince a los veinte, Shaw trabajó en Dublín. Es un período de angustiosas preocupaciones familiares. La situación se hace cada vez más difícil. El padre, hombre descuidado, gana poco. La madre decide trasladarse a Londres, donde da lecciones de canto. Allí se le une Shaw en 1876: durante nueve años, pocas veces halla trabajo remunerado; mientras su madre trabaja, él asiste a reuniones intelectuales y artísticas, discute, estudia y se hace hombre. En 1885 halla trabajo periodístico bien remunerado y desde entonces su vida es cómoda.

¿Cómo era Inglaterra en la época en que Shaw llega a Londres? En 1876, la era victoriana estaba en su apogeo. Florecía la literatura. Habían muerto ya los dos gigantes de la novela, Dickens y Thackeray, pero seguían dominando el paisaje con sus sombras. Aun vivía George Eliot (+1880). Otras figuras habían ascendido: Thomas Hardy y George Meredith. Stevenson apenas comenzaba. Era desconocido Samuel Butler, a quien Shaw impuso en el siglo XX. En la poesía, Tennyson, los Browning, Swinburne y los prerrafaelistas. Había desaparecido John Stuart Mill (+1873), en quien termina la economía clásica y se transforma en socialista, pero quedaban en pie muchos pensadores: de los *profetas*, Carlyle estaba en sus últimos años (+1881); Ruskin y William Morris

estaban en actividad. Ensayistas había muchos, y muy interesantes.

¿Y en el teatro? ¿Qué era el teatro en la Inglaterra de 1876?

Ante todo, no era un género literario: se consideraba que no pertenecía a la literatura. Fué preciso una larga lucha para reincorporarlo, y en esa lucha el combatiente principal va a ser Bernard Shaw. Las obras dramáticas ni siquiera se imprimían; su destino era perecer en el teatro. El teatro era diversión y no se admitía que se intentase convertirlo en expresión de cultura. Durante todo el siglo XIX, los poetas, como Byron, Shelley, Browning, Arnold, Swinburne, no lograban hacer representar sus obras dramáticas. Unica excepción: Tennyson, que halló intérprete en Sir Henry Irving. Lo que imperaba eran el melodrama y la comedia, mezcla de sentimentalismo y comicidad de sainete. En los *Ensayos y opiniones sobre el drama*, de Shaw, puede verse la descripción de uno de esos melodramas, en que la heroína queda encerrada dentro de una caldera de vapor: Shaw dió a su crónica el título de *Boiled heroine* (Heroína hervida), que se hizo célebre. Todavía a principios de este siglo se representaban estos melodramas en Nueva York (en realidad, sobreviven en el cinematógrafo): en uno de ellos, *The fatal wedding* (El matrimonio fatal), que alcancé a ver representar, había una escena en que la heroína se salvaba deslizándose por una cuerda tendida sobre un abismo, y al final un hombre despechado mata a tiros a una mujer en una iglesia, en el acto del matrimonio. Hace pocos años se tuvo la ingeniosa ocurrencia de resucitar en Broadway *El matrimonio fatal* y fué un sonoro éxito. Sólo que al revés: un éxito de risa. Los tiempos habían cambiado.

En la comedia las cosas iban mejor. Había, en ocasiones, escenas agradables, especialmente en las obras de Robertson. En general, los autores se creían obligados a efectos cómicos burdos, como el de la embriaguez. Hasta el mismo Shaw ha dejado deslizar en una de sus obras una escena de embriaguez, que no es sino un resto de viejas costumbres.

Antes de influir en el teatro inglés con sus producciones dramáticas, Shaw influye como crítico. Durante catorce años se consagra a la crítica literaria y artística. Hacia 1878 co-

menzó a colaborar en revistas y el primer resultado fué desastroso: su crítica musical pareció demasiado audaz a los empresarios; el colmo fué el elogio que hizo de Wagner cuando éste dirigió conciertos de sus obras en Londres. Los teatros suspendieron el envío de entradas gratuitas a la revista en que Shaw escribía (*The Hornet*). Pero desde 1885 ejerce con regularidad la función crítica. Los temas de sus campañas son principalmente tres, que en Londres escandalizaban a la mayoría: en pintura, el impresionismo; en música, Wagner; en teatro, Ibsen.

La crítica de Shaw es de calidad extraordinaria. Es digna de atención la que se refiere a los actores: por ejemplo, sus páginas sobre Sarah Bernhardt y Eleonora Duse. Pueden citarse descripciones sintéticas sorprendentes, como la que hace, en veinte líneas, de la Carmen de Emma Calvé. Como prueba de la agudeza de observación en la crítica teatral de Shaw, citaré una experiencia personal. Hubo en el teatro inglés una gran intérprete de las comedias de Shakespeare: Ada Rehan. La fama de esta actriz era universal. Pero cuando la vi, hace muchos años, sufrí una decepción: me pareció mecánica en su estilo, falta de fluidez, de vitalidad. ¿Sería la edad? La actriz estaba, ciertamente, en el período final de su carrera, pero no era la edad lo que endurecía sus gestos y quitaba flexibilidad a su arte. Leyendo después, cuando se reunieron en volumen, crónicas teatrales de Shaw, descubrí que muchos años antes de ver yo a Ada Rehan, cuando nadie tenía para ella más que elogios, Shaw percibía en ella comienzos de rigidez. "Es admirable, — decía, — pero en su arte hay algo mecánico que quizá dentro de diez o quince años se poseione y domine todo su juego escénico. Entonces, si este vicio mecánico se desarrolla, los que la vean se preguntarán: ¿Dónde está la gran artista de que hablaban antaño?"

En 1898, después de catorce años de crítica de libros, teatros, música y pintura, Shaw ya no pudo resistir más el esfuerzo: cayó enfermo. Abandonó, pues, la crítica, y se dedicó a publicar las obras dramáticas que había escrito. Era ya autor de novelas, novelas de juventud que contienen elementos interesantes pero que no fueron, al fin, sino ensayos para llegar al drama, donde encontró su expresión definitiva.

En 1884 Shaw había ingresado a la Fabian Society. Era socialista desde antes. Había leído mucho sobre cuestiones sociales. En 1883 oyó disertar, en Londres, al gran economista norteamericano Henry George, cuya doctrina del "impuesto único" le interesó mucho. Leyó después *Das Kapital* de Marx. La Sociedad Fabiana (su nombre se deriva de Fabius Maximus Cunctator, el Temporizador, el que venció a Aníbal con su táctica dilatoria) se proponía emplear métodos graduales, de evolución, para influir en la reforma de la organización económica del mundo moderno, y en particular de Inglaterra. Shaw desplegó una intensa actividad en el seno de la asociación, de cuya junta directiva fué miembro desde 1884. Como tal ha sido orador político, uno de los más brillantes de Inglaterra, y ha tomado parte en muchas campañas electorales, pero nunca ha aspirado a cargos parlamentarios. Ha sido probablemente el redactor principal de los estudios y manifiestos de la Sociedad Fabiana. Mucha parte de esta labor se conoce como obra suya (en los *Fabian Essays* y en los *Fabian Tracts*, por ejemplo), pero otra gran parte no; Shaw ha regalado, así, al partido político a que pertenece, gran parte de su trabajo como escritor y como orador. No ha alcanzado con eso ninguna ventaja personal, pero ha contribuído a que la Sociedad Fabiana se convierta, de un pequeño club de amigos que era en 1884, en uno de los elementos esenciales de la política inglesa, influyendo en muchas de las orientaciones nuevas desde hace más de treinta años.

Además de hombre de letras, Shaw es, como se ha visto, un economista. El dramaturgo y el apóstol de un nuevo orden social están en Shaw íntimamente fundidos. La base de sus obras dramáticas es el estudio de la estructura social y moral de la civilización moderna. Sus comedias son una crítica de la vida europea, y principalmente la inglesa, en el siglo XIX. Esta crítica no es casual ni ocasional, como la de la mayor parte de los autores cómicos: está basada en un sistema de teorías filosóficas, estéticas y sociales.



## GEORGE BERNARD SHAW

Nacimiento: Dublín, 26 de julio de 1856.

1876: traslado a Londres.

1884: entra en la Fabian Society; desde entonces redacta gran parte de sus folletos.

1892: primer estreno en teatro (*Widowers' houses*) (1).

1898: matrimonio con Charlotte Frances Payne-Townshend, traductora de Brieux al inglés. Sin hijos.

1904: primer éxito importante en el teatro (*John Bull's other island*).

## LABOR PERIODISTICA

Crítica de libros, en *The Pall Mall Gazette*, de William T. Stead, desde 1885.

Crítica de pintura, en el semanario *The World*, de Edmund Yates, en 1885-1888, y en la revista *Truth*, de Henry Labouchère.

Crítica de música, en el semanario *The Star*, de T. P. O'Connor, bajo la firma *Corno di Basseto*, 1888-1890.

Crítica de música, en *The World*, bajo la firma G. B. S., 1890-1894.

Crítica de teatro, en *The Saturday Review*, de Frank Harris, enero de 1895 a mayo de 1898.

## TRABAJOS SOBRE CUESTIONES SOCIALES

*Fabian Essays* (Ensayos Fabianos), de Bernard Shaw, Sidney

(1) Cuando no se indica lugar de estreno o de publicación, debe entenderse Londres.

Webb, William Clarke, Sydney Olivier, C. M. G., Annie Besant y Hubert Bland. 1889. Reimpresiones.

*Fabian Tracts* (Estudios Fabianos). Dos series.

Entre los trabajos escritos para la Sociedad Fabiana, formando parte o no de las colecciones mencionadas:

*The economic basis of socialism;*

*The transition to social democracy;*

*The Fabian Society: What has it done?* (La Sociedad Fabiana: ¿qué ha hecho?);

*The Fabian Society: its early history* (La Sociedad Fabiana: sus primeros años): 1892;

*The impossibilities of anarchism;*

*Fabianism and the Empire*, 1901;

*The common sense of socialism;*

*Fabianism and the fiscal question*, 1904;

*The common sense of municipal trading* (El sentido común y el comercio municipal), 1904.

*Socialism and superior brains* (El socialismo y las inteligencias superiores).

*The intelligent woman's guide to socialism and capitalism* (Guía de la mujer inteligente para el conocimiento del socialismo y el capitalismo), 1927.

*The political madhouse in America and nearer home* (El manicomio político en los Estados Unidos y aquí cerca), 1933.

### SOBRE LA GUERRA EUROPEA

*Common sense about the War* (El sentido común y la guerra), en el *New York Times*, y en folleto, 1915;

*The last spring of the old lion* (El último salto del viejo león);

*How to settle the Irish question* (Cómo resolver la cuestión irlandesa), 1917;

*Peace Conference hints* (Indicaciones sobre la Conferencia de la Paz), 1919.

(Todo esto, con otros escritos, formará parte del anunciado volumen *What I really wrote about the War*).

Hay gran número de ensayos sueltos, como *On going to*

*church* (Sobre el ir a la Iglesia) y *Socialism for millionaires* (1901), que circulan en folletos en los Estados Unidos. Entre los nuevos volúmenes anunciados figura uno sobre *Doctors' delusions* (Ilusiones de médicos).

### TRABAJOS FILOSOFICOS Y CRITICOS

- The quintessence of Ibsenism* (La quintaesencia del ibsenismo), 1891; ampliado en la tercera edición, 1922.  
*The sanity of art* (La sensatez del arte), publicado en *Liberty*, de Tucker, en Nueva York, 1895; reimpresso con prefacio en 1908.  
*The perfect Wagnerite* (El perfecto wagneriano), 1898.

### SELECCIONES DE LA LABOR PERIODISTICA

- Dramatic opinions and essays*, 2 vols.  
*Our theatres in the 'nineties* (Nuestros teatros en los noventa), 3 vols.  
 Anunciados:  
*Music in London* (La música en Londres), 3 vols.  
*Pen portraits and reviews* (Retratos a la pluma y crítica de libros).

### NOVELAS Y CUENTOS

- Inmaturity* (Inexperiencia). Escrita en 1879.  
*The irrational knot* (El nudo irracional). Escrita en 1880; publicada en la revista mensual *Our Corner*, de Annie Besant. Reimpresa con prefacio en 1905.  
*Love among the artists* (El amor entre los artistas). Escrita en 1881; corregida en 1882 y 1883. Publicada en *Our Corner*.  
*Cashel Byron's profession* (La profesión de Cashel Byron). Escrita en 1882. Publicada en la revista *To-Day*, de James Leigh Joynes y Belfort Bax, 1886.  
*An unsocial socialist* (Un socialista insociable). Escrita en 1883. Publicada en *To-Day*, 1887.  
 Reimpresas en los Estados Unidos. Recogidas después por

Shaw con el título de *Novels of my nonage* (Novelas de mi mocedad), 1901.

*The adventures of the black girl in her search for God* (Las aventuras de la muchacha negra en busca de Dios), 1932.

*Short stories and shavings* (Cuentos y virutas), 1934.

## TEATRO

1892: *Widowers' houses* (Casas de viudos). Traducida al español con el título de *Non olet*. Comenzada en 1885 con William Archer. Rehecha en 1892. Estrenada en 1892.

1893: *The philanderer* (El que juega al amor). Traducida con el título de *Fascinación*.

1893: *Mrs. Warren's profession* (La profesión de la señora Warren). Traducida con el título de *Trata de blancas*. Estrenada en 1902 (Stage Society).

(*Plays unpleasant* — Comedias desagradables — I, II y III, 1898).

1894: *Arms and the man* (Arma virumque). Traducciones españolas: *El héroe y sus hazañas*; *El héroe y el soldado*; *Héroes*; en la opereta de Oscar Strauss, *El soldado de chocolate*. Estrenada en 1894.

1895: *Cándida*. Estrenada en 1897, Aberdeen.

1895: *The man of destiny* (El hombre del destino). Traducción española: *Los despachos de Napoleón*. Estrenada en 1897, Croydon.

1896: *You never can tell* (Quién sabe). Traducción española: *Lucha de sexos*. Estrenada en 1899.

(*Plays pleasant* — Comedias agradables. — I, II, III y IV, 1898).

1896: *The devil's disciple* (El discípulo del diablo). Estrenado en 1897, en Nueva York (Richard Mansfield); 1899, Londres.

1898: *Caesar and Cleopatra*.

1898: *Captain Brassbound's conversion* (La conversión del capitán Brassbound).

(*Three plays for puritans* — Tres comedias para puritanos — I, II y III, 1900).

C. 1900: *The admirable Bashville*, arreglo teatral, en verso

- blanco, de la novela *Cashel Byron's profession*. Estrenado en 1903.
- 1901-1903: *Man and superman* (Hombre y superhombre). Publicada en 1903 con *The revolutionist's handbook* (El manual del revolucionario) y *Maxims for revolutionists*. Estrenada en 1905.
- 1903: *John Bull's other island* (La otra isla de John Bull). Estrenada en 1903, Camden; 1904, Londres.
- 1904: *How he lied to her husband* (Cómo le mintió él al marido). Traducción española: *Su esposo*. Estrenada en 1905.
- 1905: *Major Barbara* (La Comandanta Bárbara). Estrenada en 1905.
- 1905: *Passion, poison and petrification* (Pasión, veneno y petrificación) o *The fatal gazogene* (El gasógeno fatal).
- 1906: *The doctor's dilemma* (El dilema del médico). Estrenada en 1906.
- 1907: *The interlude at the playhouse* (El entreacto). Inédita.
- 1908: *Getting married* (Casarse). 1909.
- 1909: *The shewing-up of Blanco Posnet*. Traducción española: *El compromiso de Blanco Posnet*.
- 1909: *Press cuttings* (Recortes de prensa).
- 1910: *Misalliance* (Matrimonio desigual).
- 1910: *The dark lady of the sonnets* (La dama morena de los sonetos). Estrenada en 1910.
- 1911: *Fanny's first play* (La primera comedia de Fanny). Estrenada en 1911.
- 1912: *Androcles and the lion* (Androcles y el león).
- 1912: *Overruled* (Vencidos).
- 1912: *Pygmalion*.
- 1913: *Great Catherine* (La gran Catalina).
- 1914: *The music cure* (La curación por la música).
- 1917: *Heartbreak house* (La casa de las penas).
- Playlets of the War:*
- 1915: (A) *O'Flaherty's Victoria Cross* (La Cruz de la Victoria de O'Flaherty).
- 1916 (B): *The Inca of Perusalem*.
- 1917 (C): *Augustus does his bit* (Augusto hace su parte).

- 1917 (D): *Annajanska, the bolshev'k empress* (Annayanska, la Emperatriz bolchevique).
- 1920: *Back to Methuselah* (Volvamos a Matusalén).
- 1923: *Saint Joan*.
- 1929: *The apple cart* (El carro de manzanas). Publicada en 1930.
- 1931: *Too true to be good* (Demasiado verdadero para ser bueno). Publicada en 1933.
- 1933: *Village wooing* (Amor de aldea). Publicada en 1934.
- 1933: *On the rocks* (Encallados). Publicada en 1934.

Obras teatrales, incluidas en *Translations and tomfooleries* (Traducciones y mogigangas) junto con *The admirable Bashville, Press cuttings* y *The music cure*:

- Gitta's atonement*, traducción de *Frau Gittas Sühne*, de Siegfried Trebitsch (alemán).
- The glimpse or reality* (Vislumbre de realidad).
- The fascinating foundling* (El expósito encantador).

### BIOGRAFÍAS:

- Archibald Henderson: *George Bernard Shaw*, 1911.
- Frank Harris: *Bernard Shaw*, 1931.

### ESTUDIOS EN VOLUMEN:

- Holbrook Jackson: *Bernard Shaw*, 1907.
- Julius Bab: *Bernard Shaw*, en alemán, Berlín, 1910.
- Gilbert K. Chesterton: *George Bernard Shaw*, 1910.
- C. Cestre: *Bernard Shaw*, en francés, 1912.
- P. P. Howe: *Bernard Shaw*, 1915.
- Edward Shanks: *Bernard Shaw*, 1924.
- J. S. Collis: *Shaw*, 1925.

(10) *Dial cast.*, pág. 43. Schuchardt menciona la forma *Grabiel* como usual en latín popular. *Vokalismus*, III, 5; cf. *Leng bogot.*, pág. 449.

(11) [Suposición innecesaria: estas formas existen toda España].

(12) *Phon. Stud.*, VI, pág. 293.

# Las luchas sociales en la antigua Roma

Por JOSE TUNTAR

## IV.

1. — *El surgimiento y desarrollo de nuevas clases: grandes terratenientes, caballeros (capitalistas) y proletarios.* —
2. *Los esclavos.* —
3. *La reforma agraria de Tiberio Sempronio Graco.* —
4. *La reacción sangrienta de la clase dominante.* —
5. *Asesinato de Tiberio.*

La unificación de Italia y la conquista de Africa, España y los Balcanes habían requerido un período de guerras casi ininterrumpidas de más de 250 años. Es natural que acontecimientos de alcance tan vasto tenían que producir cambios radicales en el interior, especialmente en lo que se refiere a la composición y las relaciones de las varias clases y capas sociales. Los verdaderos unificadores de Italia y conquistadores del Imperio habían sido los rudos y fuertes campesinos romanos e itálicos, guiados por grandes generales y por un Senado, cuya prudencia, audacia y firmeza no tienen acaso comparación en la historia de las corporaciones públicas. Parcos de palabras, serios y decididos en la acción, los generales y gobernantes romanos no abrían ni inauguraban la "vía del Impe-

rio", antes de haberlo realmente conquistado, sino que levantaban el majestuoso edificio que debía perpetuar el nombre romano, colocando paciente y tenazmente piedra sobre piedra, cada una de las cuales era una placa de valor y sacrificio.

Empero, ¿en qué condición se encontraba ahora la agricultura, fuerza vital de Italia? "*El libre campesinado romano e itálico estaba arruinado. Ello débese atribuir —observa el profesor Bloch— en primer término a la gran contradicción interna entre el carácter agrícola de un pueblo y la política imperialista. El cultivo de la tierra requiere, más que cualquier otro trabajo, la dedicación personal del propietario, coarta a éste la mirada hacia el lejano horizonte y lo hace más bien conservador, mientras que la política conquistadora es, en cierto sentido, una idea progresista, que presupone un menor apego al país de origen y trae consigo una mayor movilidad en las relaciones económicas. La política de conquistas exige, además, prestaciones, que un pueblo agrícola no puede en ningún caso efectuar, si quiere permanecer fiel a su índole.*"

Mientras se trataba de sujetar a Italia, la cosa era soportable, pudiéndose fácilmente sustituir con otros a quienes habían terminado su servicio militar. Mas, después de la sujeción de Italia, siendo casi permanente el estado de guerra y cada vez más lejano el teatro de operaciones, el agricultor tenía que quedar muchos años bajo las armas, dejando su economía a la mujer y a los hijos menores de edad, debiendo los de más de 18 años entrar en el ejército. Naturalmente, las guerras ocasionaban graves pérdidas particularmente entre los campesinos, los que constituían la casi totalidad del ejército. La segunda guerra púnica había destruido casi la mitad de los ciudadanos romanos, en su gran mayoría pequeños agricultores. ¿Qué debían hacer las familias, cuyos padres e hijos estaban ausentes muchos años o habían muerto en guerra y no tenían otros hijos o, si los tenían, no estaban aún en condición de trabajar? *Alienar sus posesiones. La formación de los latifundios coincide con la época de las guerras imperialistas.* Los campesinos que lograban regresar de la guerra, encontraban su predio en manos ajenas o endeudado, siéndoles muy difícil resistir las ofertas de los grandes terratenientes. Había, además, ocurrido



un cambio fundamental en la índole y psicología del campesino. "Sentido de la propiedad —escribe el prof. Bloch—, apego tenaz y sólido a la posesión, íntima obligación moral de hacer para su predio todo lo que consentían sus fuerzas: estas calidades, tan fuertemente pronunciadas en la naturaleza del campesino romano, debían aflojar seriamente, desde que como guerrero, espada en mano, había saqueado en tantas partes los cortijos, destruído las sementeras, matado a campesinos y sus familias o arrastrado a todos ellos a la esclavitud. Los campesinos se habían trocado en soldados profesionales, los que, aun después del cumplimiento de sus años de servicio militar, preferían, si alguien lo requería, quedarse voluntariamente en el ejército y buscar botín, en lugar de arrancar con duro trabajo su sustento a la tierra. Si a la terminación de su carrera militar les era proporcionado, a título de pensión, un predio, éste era siempre más extenso que el de un pequeño agricultor itálico; pero ocurría que el recibidor se mostraba a menudo incapaz de conservar esa posesión con un trabajo metódico".

Con la desaparición de la vieja y libre clase campesina desaparece también la vieja trinidad de *campesino, ciudadano y soldado*; el ejército popular se transforma paulatinamente en ejército mercenario, mientras el poder del Estado cae en manos de una nueva aristocracia, constituida por los grandes terratenientes *patricios y plebeyos*, los que a raíz de la posición privilegiada de que gozan en la Asamblea popular de las centurias los ciudadanos de la primera clase de posesión, ocuparán todos los altos cargos públicos, desde la cuestura al consulado. *El bloque plebeyo que había luchado por la equiparación política contra la vieja nobleza, está roto definitivamente*, entablándose ahora la lucha entre los latifundistas (patricios y plebeyos) de una parte y los pequeños propietarios (campesinos) y proletarios de la otra. Para asegurar aún más firmemente la dominación del Estado para los grandes terratenientes, se confirió el nombramiento de los senadores a los censores, disponiéndose que debía tomarse en consideración ante todo a los que habían ocupado cargos superiores (ley "ovinia"). Así el Senado se convertía en una hechura de las centurias y en un instrumento de los pudientes. Esto era tanto

más importante cuanto que el Senado, no en virtud de leyes, sino por la práctica, se había transformado *de un simple cuerpo consultivo en una corporación gobernante*, al lado de la cual los magistrados eran una especie de ministros responsables. *Proletarización de vastas masas campesinas y constitución de inmensos latifundios; el Estado monopolio de una pequeña capa de grandes terratenientes*, a pesar de la equiparación política establecida por las leyes licinias —sextias: ¡esta la situación de Roma e Italia al regresar los campesinos de las guerras que habían dado a Roma el dominio del Mediterráneo! ¡Sólo en Roma y comarcas vecinas la cantidad de proletarios, es decir, de campesinos sin tierra y pan, alcanzará con el tiempo la cifra de 300 mil! Como la guerra imperialista de 1914-18 aceleró la polarización del poderío económico y político en el gran capital financiero y monopolista arruinando las clases medias y pequeño-burguesas y arrojando en la desocupación a masas enormes de trabajadores, así las guerras imperialistas de Roma tuvieron el mismo efecto respecto a la más alta capa pudiente de entonces y al campesinado.

La situación de éste resultó, además, agravada por otros dos factores, también consecuencias de las guerras de conquistas: *la explotación de las "provincias"* (territorios extranjeros sujetos a Roma) y *la esclavitud*. Especialmente la Sicilia se había convertido en granero del Estado, de manera que el abastecimiento del ejército y las ciudades mayores era cubierto casi exclusivamente con cereales procedentes de regiones situadas fuera de Italia. Para el campesino de Italia quedaba el mercado interno, en inmediata proximidad de su predio y vivienda, y tampoco aquí podía competir con la oferta del gran terrateniente, quien se había reservado ese mercado. La gran hacienda rural podía producir mucho más barato que la pequeña, especialmente por la introducción de la cultura extensiva, *la economía esclavista*.

La *esclavitud* era conocida en Roma ya desde los tiempos antiguos. Los esclavos eran recogidos entre los prisioneros itálicos de guerra, pero su número era muy reducido, no sintiéndose la necesidad de muchas fuerzas extrañas para sacar del suelo los productos necesarios para la población. El trato usado con esos esclavos no difería mucho del que se observaba hacia

los siervos libres. La fortuna de las armas romanas cambió radicalmente esta situación, siendo arrojados en el mercado grandes cantidades de prisioneros de guerra; además, el capital acumulado en pocas manos permitía la compra de "material humano" en los grandes mercados de esclavos del Oriente. De aquí la posibilidad para los grandes terratenientes de renunciar al viejo sistema de arriendo y cultivar todas sus posesiones por su propia cuenta mediante el empleo de montones de esclavos, comprados al Estado o en los mercados a precios muy reducidos. Empero, la cultura extensiva esclavista iba desplazando cada vez más a la libre población campesina, reduciendo por consiguiente el mercado interno, bastante restringido, como ya se ha visto, por las importaciones de las regiones extra-itálicas. El efecto fué el desplazamiento cada vez más sensible de la agricultura *por la ganadería*, notoriamente de costo menor y que requería de parte de los esclavos menor diligencia, y capacidad; y en algunas regiones itálicas *por la fruticultura*, particularmente la de la vid y el olivo. Así la agricultura iba perdiendo cada vez más su importancia hasta entonces preponderante. "Latifundia perdidere Italiam": los latifundios arruinaron a Italia (Plinio).

¿A dónde debían ir las masas campesinas arruinadas por las guerras o desplazadas por la cultura extensiva esclavista? Si no se decidían a seguir a algún general en busca de mercenarios, tenían que ir a Roma, la única ciudad que por su constante desarrollo y engrandecimiento ofrecía abundantes ocasiones de ocupación. Pero llegó el momento en que la gran metrópoli ya no pudo dar trabajo a toda la enorme multitud de campesinos sin tierra que seguían afluyendo, *surgiendo así un proletariado urbano desocupado*, que junto a los campesinos pobres hubiera podido constituir la principal fuerza de oposición a la nueva aristocracia de grandes terratenientes. "Esa multitud —nota el prof. Bloch— que iba afluyendo a Roma, no era solamente un proletariado carente de bienes y sin ocupación, un montón de seres hambrientos, helados y sin techo, sino al mismo tiempo el *órgano de la soberanía romana mundial*, el que con su voto decidía los destinos de los demás pueblos y asignaba los cargos y dignidades lucrativos, meta de los deseos de cada miembro de las capas privilegiadas; esa multi-

tud llega así a ser un factor, al que los potentados deben tomar prudentemente en cuenta mucho más que cuando ella, diseminada en la campaña, realizaba las cotidianas tareas rurales". La aristocracia comprendió en seguida la importancia y el peligro de este nuevo factor político y procuró captarse su apoyo recurriendo a *la antigua institución de la clientela*. El patrono (gran terrateniente o caballero) entregaba a su protegido o cliente (proletario) los medios de vida (alimentos, ropas, dinero), con la sola condición de que debía ejercer sus derechos políticos según la voluntad del patrono. Y esto, según la concepción romana de la moral, no constituía corrupción alguna, siendo la política nada más que la consecución del interés personal. Más tarde se intentó tomar medidas contra esa corrupción que había con el tiempo rebasado todos los límites, pero los resultados fueron casi nulos, por cuanto los que habían de aplicarlas, debían ellos mismos sus cargos a tales manejos. Tampoco la introducción de la votación *secreta* en las Asambleas populares pudo eliminar esa corrupción organizada —*la clientela*—, porque los clientes esperaban ventajas especiales del triunfo de sus patronos. Como ocurre actualmente —véase el apoyo dado a Hitler por una parte considerable de los desocupados alemanes—, también en Roma la clase dominante sabía servirse, para el logro de sus fines económicos y políticos, de la capa social más miserable y hambrienta. La desocupación puede ser y es un factor revolucionario en conjunción o coincidencia con otros factores generales, pero puede convertirse también y se convierte en reserva e instrumento de la reacción social, tanto en lo económico, como en lo político, tal como lo previera Marx. *Toda la gran lucha social del último siglo de la República tendrá por objeto la solución del problema que presentaba la enorme masa de campesinos desocupados*, los que conducían en Roma una vida indigna y triste o vagaban en condiciones miserables por las campiñas itálicas, mucho más desdichados que los esclavos, a quienes el dueño tenía que asegurar, en su propio interés, domicilio, víveres y ropa. La república caerá por no haber querido resolver el grave problema.

En el larguísimo período de las guerras itálicas e imperialistas había ido desarrollándose y creciendo en influencia

otra capa social, la de los *caballeros*, así denominados porque en cierta época, anterior a la agregación de la caballería itálica al ejército romano, los ciudadanos más ricos tenían la obligación de servir en aquella arma con su propio caballo, afrontando naturalmente los gastos correspondientes. De aquí la coincidencia de "caballero" y "capitalista", de "casta de los caballeros" y "casta de los capitalistas", la segunda capa dominante de la Roma republicana.

La administración de la Hacienda romana era muy parca en la creación de empleos, prefiriéndose entregar el cobro de las entradas, la ejecución de las obras públicas, la explotación de los bienes del Estado (minas, salinas, bosques, pastos, etc.), la parte del abastecimiento del ejército no cubierta por los botines a empresarios particulares. Los arrendatarios de las contribuciones e impuestos se llamaban *publicani*. Sólo el gran capital podía concurrir a esos negocios muy provechosos y a empresas tan vastas, como era, por ejemplo, la de cobrar las contribuciones e impuestos de provincias enteras, siendo muchas veces necesaria la formación de sociedades por acciones, no muy distintas de las de hoy. A los senadores estaba prohibido participar en los contratos y licitaciones del Estado, medida muy acertada, siendo esos negocios concluidos por empleados del Estado bajo el control del Senado, lo que sin embargo no impedía graves abusos por la presentación de testafierros o por favoritismos en provecho de parientes y miembros de la nueva aristocracia no pertenecientes al Senado. De aquí una lucha intensa y tenaz entre la capa aristocrática (grandes terratenientes) y la otra capa de gente rica, la caballería, la que, aun estando fuera de la nueva nobleza, se encontraba en condición de hacerle eficaz competencia en el terreno de los grandes negocios con el Estado.

La posición de los caballeros romanos en los tiempos de la república no difiere mucho de la que asumió el capital industrial y financiero en las primeras etapas del actual régimen burgués. Para destruir los últimos restos del feudalismo y hacer frente a los agrarios que se oponían con tesón a la reducción de sus rentas y al flujo de las masas campesinas hacia las ciudades y centros industriales, hubo a menudo coincidencias, también de acción revolucionaria, entre burguesía y pro-

letariado. Con el progresivo desarrollo del capital financiero, que actualmente monopoliza todas las ramas de producción, aquellas coincidencias ya no son posibles, estando la línea de lucha tendida entre la gran burguesía (alta banca, grandes industriales y terratenientes) por un lado y las clases trabajadoras por el otro. A su vez la pequeña y media burguesía vacila entre los dos bandos, para al fin arrojarse en brazos del "fascismo", del cual espera su salvación y que al cabo se revela como dictadura terrorista abierta del gran capital monopolista, pauperizando cada vez más y aplastando también a aquellas capas sociales de quienes se sirvió y se sirve para imponerse y asentarse en el poder. Los casos de Italia, Alemania y otros países son, a este respecto, sumamente instructivos.

En la Roma republicana el capital financiero no alcanzó nunca un nivel tan alto como para que pudiera imponerse definitivamente a la capa mucho más poderosa de los grandes terratenientes. De aquí la actitud política inestable de los caballeros, interesados en destruir el monopolio de las tierras, ejercido por una pequeña capa social y que constituía un gran obstáculo para la expansión y el fruto de sus capitales, pero que, por otra parte, no podían apoyar una revolución agraria demasiado radical y la toma del poder por los campesinos y los proletarios, quienes no se habrían detenido tampoco ante la explotación del capital financiero, tanto más cuanto que los grandes empresarios y arrendatarios del Estado y de los municipios empleaban también mucha mano de obra servil con gran perjuicio de la masa proletaria desocupada. Por eso, en las situaciones y momentos decisivos las dos capas privilegiadas, separadas por competencia de lucro e intereses diferentes, pero no antitéticos, se unían en un bloque cerrado contra las aspiraciones campesinas y proletarias. Se puede, pues, afirmar con toda razón que la línea fundamental, histórica, de las luchas sociales en la antigua Roma republicana es la que separaba a las dos clases principales y más autónomas en sus movimientos: la de los grandes terratenientes y la de los proletarios y campesinos pobres.

Este era el cuadro que ofrecían Roma e Italia a la terminación de las guerras imperialistas. Consolidación y enriquecimiento de los grandes terratenientes y caballeros de un lado,

ruina y proletarización del campesinado del otro: aquel campesinado que había sido el artífice principal y heroico del Imperio que iba ya delineándose, en toda su inmensidad y esplendor, como monopolio exclusivo de pequeñas capas privilegiadas. "Los animales feroces que viven en Italia, poseen cada uno su guarida, su lecho, su escondrijo; al contrario, los ciudadanos que vierten por ella su sangre, no poseen nada, con excepción de la luz y el aire, y se les ve vagando sin casa, ni hogar, con sus mujeres e hijos. Mienten nuestros generales cuando en el fragor de las batallas exhortan a los soldados a defender los templos y las tumbas contra el enemigo. De tantos y tantos romanos no hay ni siquiera uno que posea un altar paterno o un túmulo de sus antepasados. Estos así llamados dueños del mundo, que no son dueños ni de una mota de tierra, combaten y mueren sólo por la lujuria y la riqueza ajena".

Estas frases inflamadas fueron pronunciadas en el año 133 por *Tiberio Sempronio Graco* en el acto de presentar su ley agraria a la Asamblea popular, y expresaban la profunda impresión que suscitaba en su ánimo la visión de la triste situación romana e itálica. *Tiberio y Cayo Graco* habían salido de las filas de la más rancia aristocracia romana, siendo hijos de *Tiberio Sempronio Graco*, quien había ocupado las más altas magistraturas de la república, y de *Cornelia*, hija de Escipión el Africano, el vencedor de Aníbal en la batalla de Zama; la hermana de los Gracos estaba casada con Escipión Emiliano, el destructor de Cartago. Enviudada, *Cornelia* había rechazado la mano de un príncipe egipcio, más tarde rey, con estas palabras: "Tengo dos joyas que valen mucho más que la corona de Egipto, mis dos hijos". La noble matrona había hecho impartir a *Tiberio* y *Cayo* una esmerada educación, despertando en su ánimo sentimientos de conmiseración y apego hacia la multitud humilde y dolorida. Como *Tiberio* y *Cayo Graco*, también los demás grandes tribunos y conductores populares del último siglo de la república saldrán del seno de la clase dominante: son los llamados trásfugas, que, impulsados por un profundo sentimiento altruísta, por la observación aguda de la realidad social y por una ambición sana y fecunda, abandonan su propia clase para abrazar sinceramente la causa

de los oprimidos. También en nuestros tiempos, casi todos los dirigentes de las masas trabajadoras provinieron y provienen de las filas no proletarias. Fenómeno este fácilmente explicable, si se considera que toda la estructura social en un régimen de clase tiende a frustrar o a obstaculizar por todos los medios el desarrollo libre de las enormes reservas intelectuales que están latentes en el espíritu de los oprimidos.

Elegido tribuno en el año 134, *Tiberio* presentó en seguida su ley agraria. Por esta ley se exigía que ningún ciudadano romano o confederado itálico podía poseer más de 125 hectáreas de tierras del Estado (*ager publicus*), agregándose 62½ hectáreas para cada uno de los dos hijos mayores; además, debía acordarse a los antiguos ocupantes una indemnización por las mejoras aportadas a las tierras que debían restituir. Las extensiones de tierra que así volvían a ser propiedad del Estado, debían ser fraccionadas en lotes de 7½ hectáreas cada uno y estos entregados a ciudadanos necesitados no como propiedad, sino como posesión inalienable y libre de contribuciones e impuestos. Se trataba, como se ve, de una reforma bastante moderada, tendiente a quitar a los grandes propietarios sólo una parte de las tierras usurpadas al Estado para entregarla a campesinos arruinados o proletarizados. La violenta resistencia de los pudientes nos revela hasta qué extremo debían haber sido llevadas aquellas usurpaciones de terrenos fiscales. Al contrario, la proposición de *Tiberio* despertó la adhesión incondicional de la masa campesina y en grupos muy numerosos los pequeños agricultores ya en quiebra o al borde de la ruína entraban en Roma desde la campaña para dar su voto; hasta el proletariado urbano, sacudido por los ardientes discursos del generoso conductor, que le invitaba a abandonar su vida miserable y ociosa de cliente de la aristocracia, acogió con entusiasmo el proyecto de *Tiberio*.

Cuando se llegó a la votación en la Asamblea popular, uno de los colegas de *Tiberio*, *Marco Octavio*, perteneciente también a la nobleza, interpuso el veto ("intercessio"), repitiéndolo en una segunda Asamblea. Entonces *Tiberio* propuso y obtuvo de la Asamblea la destitución de su colega, procedimiento este ciertamente nuevo, pero no anticonstitucional. Eliminado así el veto, la ley agraria resultó aprobada por gran



mayoría, *suprimiéndose la disposición acerca de las indemnizaciones por las mejoras efectuadas en las tierras.*

Evidentemente los campesinos romanos eran más revolucionarios que ciertos "soñadores" de hoy. Se trataba ahora de proceder a la ejecución de la ley, cosa no fácil, por cuanto faltaban utensilios, semillas y otros medios para que los nuevos ocupantes pudieran vivir hasta la próxima cosecha. Vino en este apremio muy a propósito la donación de Atalo III, rey de Pérgamo (Asia Menor), por la cual dejaba heredero de su inmensa fortuna "al pueblo romano". En seguida Tiberio propuso a la Asamblea popular, emplear aquellas grandes sumas en la adquisición de todo lo necesario para las nuevas implantaciones rurales. A pesar de la oposición encarnizada e insidiosa de la nobleza, la Asamblea acogió con aplausos frenéticos la proposición de Tiberio. Para la fijación de las tierras que debían repartirse, Tiberio obtuvo de la Asamblea el nombramiento de una *Comisión de tres miembros*, la que resultó integrada por él mismo, su hermano Cayo, todavía muy joven, y su suegro Apio Claudio, descendiente del gran censor. El Senado trató con escarnio a esa Comisión, asignándole para sus funciones fuera de la ciudad honorarios que no rebasaban el sueldo de un jornalero. Huelga decir que no se trataba de un caso de nepotismo, sino de la firme resolución de entregar a manos enérgicas y desinteresadas la ejecución de la reforma. La Comisión se puso en seguida a la obra, pero Tiberio debía encontrar dentro de poco un fin rápido y violento.

Tiberio conocía perfectamente el odio inextinguible que los pudientes abrigan en contra de él y sabía que sólo la inviolabilidad tribunicia les detenía en el propósito de atentar contra su vida. Decidido, además, a controlar la ejecución de la ley también desde un alto cargo público como era el de tribuno, presentó nuevamente su candidatura para el año 132. Esto no era contrario ni a la letra, ni al espíritu de la ley en vigor, pero sí a la costumbre, siendo el de Tiberio el primer caso de reelección para un período inmediatamente sucesivo. La segunda candidatura de Tiberio chocaba, pues, por lo menos contra el derecho consuetudinario generalmente reconocido. La aristocracia explotó en seguida el arma que se le ofrecía, *acusando a Tiberio de acariciar veleidades monárquicas*. La cla-

se dominante romana renovará la misma acusación contra cualquiera que en adelante se atreva a poner en peligro o a reducir sus privilegios, abusos y usurpaciones. Hoy se acusa a los adversarios del orden social vigente de ser "enemigos de la patria, la familia y la religión." El odio que la nobleza romana conservaba contra todo lo que pudiera tener alguna relación, aunque remota, con la monarquía, demostraría —como ya hemos advertido en la segunda disertación— que el derrocamiento de la monarquía no había obedecido propiamente a la aspiración de gozar de mayores libertades públicas, sino que, como en Grecia, también en Roma el cambio se había efectuado con el propósito principal de servirse, sin freno y tropiezo formal alguno, del aparato estatal para enriquecerse a costa de las clases inferiores.

Para el día de la elección el Senado había movilizado sus partidarios y, reunido en un templo cercano a la plaza de votación, estaba en acecho para librarse del odiado tribuno. Cuando Tiberio en un momento se tocó la cabeza para indicar el peligro que corría su vida, este ademán fué interpretado por sus enemigos en el sentido de que exigía la diadema real. La estúpida invención bastó para que *Escipión Nasica*, jefe del partido aristocrático, reclamara en el Senado la muerte de Tiberio. Y no queriendo el cónsul Mucio Escévola que presidía, poner en votación la proposición, porque era violatoria de la inviolabilidad tribunicia, los senadores, encabezados por Nasica, salieron tumultuosamente del templo, armados de trozos de sillas, bastones y otras armas, y ayudados por las bandas mercenarias organizadas de antemano, arremetieron contra los partidarios de Tiberio. Estos, que ni siquiera habían imaginado el ataque, se dejaron masacrar como tímidas ovejas: además del propio Tiberio, 300 de sus partidarios cubrieron el campo. Esto ocurría en el año 133, el mismo año en que su hermano político, *Escipión Emiliano*, destruía la heroica Numancia, último baluarte de la libertad ibérica. Cuando se llevó a Cornelia la noticia del asesinato de su hijo, la venerada matrona permaneció algunos instantes muda por la atroz congoja que la embargaba, pronunciando después estas palabras de orgullo materno y sublime estoicismo: "Tengo otro hijo que será digno de su hermano".

La aristocracia había triunfado. Siguió sosteniendo la leyenda acerca de las aspiraciones monárquicas del asesinato y le trató, lo mismo que a sus adherentes, como culpable de alta traición. El cadáver de Tiberio no fué entregado a la familia para que recibiera honrada sepultura, sino arrojado en el Tíber; muchos de sus partidarios fueron procesados por "complot" contra la república y a montones estrangulados en la cárcel, mientras que el organizador de la carnicería, Násica, era premiado con la dignidad de Pontífice Máximo.

El Senado romano tenía a su disposición los medios "legales" para impedir o anular lo que reputaba contrario a la tradición o a la costumbre, es decir, la reelección de Tiberio. Mas, lo que importaba a la nobleza y a su órgano, el Senado, no era tanto la no reelección de Tiberio, cuanto la muerte del gran tribuno y, con ésta, la abrogación o desnaturalización de la reforma agraria. Tiberio hubiera podido cometer todas las arbitrariedades e infracciones posibles sin oposición alguna de parte del Senado, si hubiese elegido un camino distinto abrazando la causa de los pudientes. El error de Tiberio, explicable por la falta de antecedentes de esa índole en la historia de la república, fué el de no haber previsto que para efectuar reformas de algún alcance no bastaba el voto de la Asamblea popular, sino que se necesitaba también el apoyo de una fuerza armada en oposición a los medios legales y extralegales, de que disponía el Senado. El mismo error, y con consecuencias aún más trágicas, será cometido algunos años más tarde por el hermano de Tiberio, Cayo.

Tiberio Graco fué el primer mártir glorioso de la guerra social en la Roma republicana del último siglo y su recuerdo no se borró nunca de la mente y el corazón de las masas oprimidas. En la agonía de la República Julio César invocará también su nombre para concluir con el poderío del Senado y de la aristocracia romana.



# Ensayo sobre la evolución de las doctrinas de la Química Orgánica

Por ENRIQUE V. ZAPPI

## I

### LOS ORIGENES

Al ocupar esta prestigiosa tribuna no podría iniciar la grata tarea de dirigirles la palabra, sin antes elevar un recuerdo hacia aquel dilecto espíritu que fuera el Dr. Narciso C. Laclau y colocar bajo sus auspicios mi modesto aporte a este brillante centro de cultura que contribuyera a fundar con tanto entusiasmo y juvenil amor y en el que pusiera tantas esperanzas.

Cuando recibí la amable invitación que me formulara el señor Reissig, en nombre del *Colegio Libre de Estudios Superiores*, vacilé un tiempo antes de aceptarla, temeroso de no poder presentarme en una forma digna ante una asamblea tan selecta, pero decidido al fin a complacerlo resolví hablar ante ustedes sobre un tema de carácter histórico de la química, en especial sobre la evolución de las doctrinas de la química orgánica.

Para su mejor desarrollo dividiré el tema en varias conversaciones cuyo argumento central será el que responde al título que lleva cada una de ellas, pero reservándome la suficiente libertad para poder salirme de estos límites cuando sea necesario, a fin de tomar contacto con los demás argumentos, de manera que el todo resulte lo más armónico, homogéneo y claro que sea posible dentro de mis limitadas facultades.

*Tout est dit, et l'on vient trop tard  
depuis plus de sept mille ans qu'il y a des  
hommes et qui pensent.*  
LA BRUYERE.

Difícil resulta el situar dentro de un limitado espacio de tiempo, el estudio de un hecho químico o la historia de su interpretación, puesto que será preciso buscar la primera observación o la primera explicación del mismo en tiempos pretéritos y resignarse a esperar de los futuros la confirmación o el rechazo de las hipótesis trabajosamente elaboradas.

En efecto, el campo de los fenómenos estudiados por la química es tan vasto; sus hechos clásicos observados y discutidos por tantos hombres y desde tanto tiempo, que el germen de muchas de las teorías por las cuales nosotros, los modernos, queremos explicarnos, existió ya en la mente de los más antiguos filósofos de la humanidad.

Por eso la evolución de las doctrinas químicas, como la de todas las ciencias, se parece más bien a una repetición bajo formas nuevas de ideas ya viejas, ideas por así decir centrales y alrededor de las cuales gira, desde tiempos inmemoriales, el espíritu humano como si tuviera la intuición de que tras ellas se esconde la verdad que busca en vano.

El cerebro de pensadores privilegiados se adelantó en muchos años, a veces en muchos siglos, al de sus contemporáneos.

Por falta de comprensión o de demostración, las ideas de aquellos hombres fueron relegadas o cayeron en el olvido, hasta que llega un momento en el cual la observación acumula hechos cuyo estudio conduce a otros investigadores a establecer como nuevas, precisamente aquellas teorías intuídas por el genio de algún antepasado.

En una forma que podríamos llamar periódica, surgen hombres que ordenan y analizan los hechos acumulados por generaciones de estudiosos y les encuentran una explicación co-

mún y sencilla, los generalizan y se presentan así como reorganizadores, como reformadores de toda la Ciencia.

Tales hombres se llaman los Copérnico, los Newton, los Lavoisier; como antes fueron los Aristóteles, los Euclides o los Arquímedes; como son ahora los Curie, los Bohr o los Einstein, hombres que dictan sus leyes a la humanidad para muchos años.

El mundo ve surgir esas ideas sin hostilidad porque no obstante ser nuevas, las encuentra familiares, conocidas y porque llenan de esperanzas a todos los que asisten a ese resurgimiento, ansiosos de nueva luz y creyendo haber llegado finalmente a la verdad.

Mas las teorías sólo brillan un tiempo en el horizonte, o se elevan y alumbran desde el zénit un período mayor, luego su misma evolución las destruye acabando por declinar y perderse en el olvido durante centenares o millares de años, hasta reaparecer de nuevo para repetir implacablemente el ciclo de su existencia.

Sólo cuando se piensa en tales hechos, adquiere todo su valor y se aprecia en toda su extensión el significado del "*nihil sub sole novum*" del Eclesiastés, melancólico *leit-motiv* repetido en mil formas, diversas por toda la filosofía y que muchos han creído ver estilizado, en el símbolo de los alquimistas griegos el *ouro-borós*, la serpiente que se devora la cola.

Para nosotros es bien clara la intención de su significado, como lo fuera para aquellos espíritus atormentados por la certeza de su impotencia frente a nuestras mismas inquietudes: "Todo es Uno" ... la Materia devora la Materia; la Ciencia devora la Ciencia y en su eterno devenir el pensamiento humano recorre infinitas veces el mismo ciclo!

Expuesto así a modo de exordio, cual será el espíritu que animará estas conversaciones y esbozada la atmósfera de escepticismo a la vez que de tolerancia y comprensión, dentro de las cuales se desarrollarán, entremos en materia.

¿Qué es la Química Orgánica? Para un hombre moderno, es una parte de la química que estudia los compuestos formados por un determinado elemento, el Carbono.

¿Y qué es el carbono? lo ignoramos: el carbono atómico o de molécula simple, no nos es conocido todavía. Se nos pre-

senta en tres formas alotrópicas, estados diversos de condensación atómica y de complejidad elevada, que son:

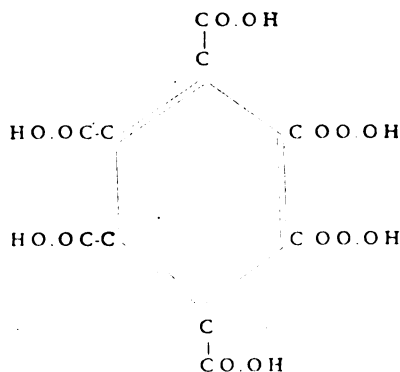
- 1 — El diamante o carbono cristalizado duro e incoloro.
- 2 — El grafito, carbono cristalizado, blando y opaco.
- 3 — El carbono amorfo.

Esta última variedad al estado puro o mezclada con sustancias carbonosas, forman todos los carbones conocidos y empleados como combustible: el carbón de piedra, la hulla, la antracita, el coque; el carbón vegetal; los carbones obtenidos por reacciones químicas, etc., etc.

La complejidad molecular de cada una de aquellas formas alotrópicas es muy grande. Las moléculas de carbono más sencillas existen probablemente en los carbones de origen vegetal o en los obtenidos por reacciones químicas a bajas temperaturas, por ejemplo reduciendo el tetrayoduro de carbono por el magnesio en polvo según esta ecuación:



Un tal carbono se presenta como una sustancia amorfa, de color parduzco y fácilmente oxidable por el permanganato de potasio alcalino, que es un agente de oxidación relativamente débil y que lo transforma en el ácido mellítico, un



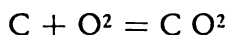
cuerpo que posee 12 átomos de carbono en su molécula, indicando así que el primitivo átomo de carbono liberado por la



reacción se ha polimerizado en un isómero que contiene por lo menos 12 átomos en su molécula.

Si esto sucede para un carbono amorfo, blando y oxidable, imaginémoslo lo que será para aquellas formas ya cristalizadas y duras como el diamante, en el cual los cálculos más moderados indican moléculas de 40 átomos, por lo menos.

El elemento carbono al estado monatómico debe poseer propiedades físicas y una reactividad química muy distintas de las que le conocemos en sus formas alotrópicas. Debe, por ejemplo, ser fácilmente oxidable en el aire, propiedad que se induce de la conducta del tetrayoduro de carbono, que se transforma fácilmente en anhídrido carbónico y yodo. Hay que admitir que en esa reacción el tetrayoduro se disocia en yodo y carbono monatómico, el cual inmediatamente fija una molécula de oxígeno para formar el anhídrido carbónico:



Frente a esta reacción que denota una afinidad extraordinaria, puesto que tiene lugar normalmente toda vez que el tetrayoduro de carbono se halle en presencia de aire, coloquemos la inercia química casi invencible que poseen el diamante, el grafito y aun los carbones, y comprenderemos cómo es posible hallar entre los centenares de miles de sustancias orgánicas conocidas, todos los grados de sensibilidad química y de reactividad más variado y contradictorio.

El carbono en cualquiera de las formas alotrópicas que conocemos, es insoluble en todos los disolventes con exclusión del hierro fundido y de algún otro metal; es infusible y fijo, salvo a las tremendas temperaturas del arco eléctrico... y sin embargo lo hallamos volatilizado y disperso en la atmósfera, formando esa solución coloidal que llamamos el humo.

Para hacerlo entrar en reacción debemos recurrir a los medios más enérgicos que posee la química: una alta temperatura para hacerlo arder en el oxígeno o en el azufre; el arco eléctrico para combinarlo con el hidrógeno. Sus derivados halogenados no pueden obtenerse por la acción directa del cloro

sobre el carbono y no obstante, atravesada esa barrera, franqueado el muro de la inercia química, obtenidos el anhídrido carbónico, los primeros hidrocarburos y sus derivados halogenados, nos encontramos de pronto en un jardín de una fertilidad extraordinaria, donde crece y se desarrolla la vegetación más sorprendente, las flores más maravillosas y las orquídeas de formas más raras e inesperadas.

Que no otra cosa son esos 300,000 compuestos del carbono que hoy conocemos, casi todos ellos preparados por síntesis: productos de aplicación industrial y doméstica; colorantes, tinturas y productos fotográficos; tanantes y resinas sintéticas; perfumes y esencias aromáticas; alcanfor; índigo, alcaloides; medicamentos contra enfermedades específicas, hipnóticos, anestésicos e infinidad de substancias empleadas en la fabricación de millares de artículos que tanto han contribuido a elevar el nivel de la vida humana, a mitigar sus dolores, a hacernos más llevadera la existencia.

Y en la Naturaleza, es siempre el anhídrido carbónico, quien con los elementos del agua se plasma en los hidratos de carbono, en los azúcares y en las grasas, primero; con el amoníaco, en los ácidos aminados, en los polipéptidos y en las albúminas luego, para llegar en el protoplasma a la materia que se anima bajo el soplo divino de la vida!

Todo esto abarca, señores, el estudio de la química orgánica.

Su existencia oficial data del año 1808, cuando *Berzelius* publicó la primera edición de su "*Lehrbuch der Chemie*" en el cual designa bajo el nombre de "Química Orgánica" a la química de las substancias vegetales y animales, en contraposición con la "Química Inorgánica" o mineral.

En su conjunto de hechos y de doctrinas es pues, una ciencia moderna aunque muchas de las substancias que estudia fueran conocidas desde una antigüedad tan remota como los orígenes de la civilización humana.

Así es como objetos y documentos llegados a nuestro poder al través de tantos años nos enseñan que, por ejemplo, el hombre antiguo sabía teñir los tejidos que fabricaba en sus telares rudimentarios utilizando con técnica adecuada los jugos y decocciones de diversas plantas que contienen los mismos colo-

rantes orgánicos de origen natural, que nosotros aún empleamos y que estudiamos en su constitución y síntesis.

La célebre *Púrpura de Tiro* era extraída por los fenicios, desde tiempo inmemorial, del jugo de los moluscos *Murex Brandaris* que contiene el 8-8'-dibromo-índigo.

*Plinio* cita detalladamente los procedimientos de tintura empleados por los egipcios describiendo el uso del índigo mediante el método a la cuba; la tintura del algodón en rojo, en pardo, en púrpura y en variados colores, con la *Rubia Tinctorea*, la *granza*, utilizando las propiedades de la alizarina contenida en ella, mediante el uso de mordientes apropiados, como ser alúmina; óxidos de hierro, de estaño, etc.

Nos hablan también de la fabricación de bebidas alcohólicas, *vinos*, *cervezas*, *hidromieles*, *aqua-vit*, por fermentación de líquidos azucarados del más diverso origen.

También el primer ácido conocido por los hombres fué, precisamente, un ácido orgánico: el ácido acético diluído, el *Vinagre* (*acetus*) y el nombre de esta substancia quedó en la química como expresión de la idea de acidez.

Las propiedades corrosivas del vinagre fueron conocidas desde muy antiguo. Así dice un proverbio de *Salomón*: "Y como echar vinagre sobre la creta así es cantar a un corazón afligido".

Y *Plinio* nos cuenta como *Cleopatra* preparaba sus costosas bebidas disolviendo perlas en vinagre.

La fuerza disolvente de esta substancia fué exagerada por los antiguos, como lo demuestran los conocidos relatos de *Liújo* y de *Plutarco*, según las cuales *Aníbal* disolvía los Alpes con vinagre, en tanto que *Vitruvio* aseguraba que ciertas rocas silíceas, que no son atacables ni por el fuego ni por el cincel, se disolvían humedecidas con vinagre después de haber sido calentadas.

Asimismo, parece que el primer reactivo químico que se halla citado, es también un cuerpo orgánico: la decocción de nuez de agallas que, según *Plinio*, empleaban los drogueros para asegurarse que un *verdete* o *cardenillo* (subacetato de cobre) no se hallaba falsificado con *vitriolo verde*, (sulfato ferroso).

Alrededor del año 800, conocieron los alquimistas la ma-

nera de preparar el *aguardiente* por la destilación de vinos y mostos fermentados. Ya cerca del 1500 se sabía concentrar y deshidratar los aguardientes y obtener así los *espíritus de vino*, que parecen haber sido llamado alcoholes, por *Paracelso*.

El alcohol fué tenido en alto aprecio, especialmente como remedio secreto y alcanzó gran difusión por obra de los italianos que lo emplearon en vasta escala durante la gran peste del año 1348.

*Raimundo Lulio* ensalzando la facultad del alcohol de rejuvenecer a los ancianos, lo denomina: "*Consolatio ultima corporis humani*" indicando que debería guardarse por tal motivo en vaso de oro.

El éter sulfúrico fué seguramente conocido por este último alquimista y *Basilio Valentín* lo describe como un "espíritu de sabor sutil, penetrante y delicioso y de agradable olor".

Aunque los conceptos teóricos eran en aquella época completamente abstractos, el deseo de averiguar la constitución de los cuerpos impulsó a los alquimistas a descomponerlos en sus constituyentes más sencillos o elementales operando la destilación a temperaturas elevadas de todas las sustancias que deseaban estudiar.

Los primeros ensayos de destilación fueron extendidos con fruto a los cuerpos orgánicos como ser resinas, bálsamos, gomas, etc., y se obtuvieron así la trementina, el alcanfor y sustancias más complejas.

El conocimiento de las grasas y de los aceites era familiar a los antiguos, así como la fabricación de los jabones y de otros derivados de los ácidos grasos, etc., etc.

Y aún la toxicología de las sustancias orgánicas era conocida en aquellos tiempos, como lo prueba el uso de la *cicuta* como veneno judicial por los griegos o el agua destilada de *laurel cerezo* con que los sacerdotes egipcios castigaban a quienes traicionaban sus secretos.

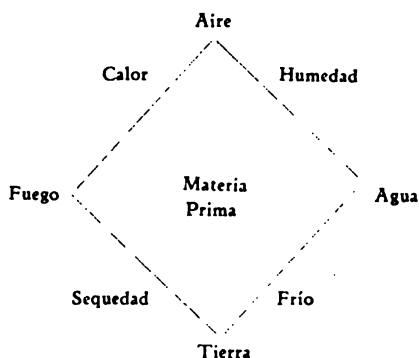
Vemos con este ligero e incompleto resumen que los méritos de la química son, posiblemente, los más antiguos de toda la Química.

No es posible seguir la evolución de la química orgánica desde aquellos tiempos, por la sencilla razón de que su estudio se confundía con la de todas las demás sustancias.

Hasta el advenimiento de la teoría del flogisto, puede decirse que no se hicieron distinciones entre la composición de los cuerpos de origen animal y vegetal, y los minerales.

Las ideas teóricas sobre la composición de las sustancias, se reducía a la antigua concepción griega de los cuatro elementos de Aristóteles y de Empédocles: Todas las cosas se hallaban formadas por el fuego, el aire, el agua y la tierra.

El conocido esquema:



explicaba todas las relaciones que existen entre los elementos y sus propiedades. Estas cuatro materias elementales se mezclaban entre sí según las más variadas proporciones y de igual manera como un artista obtiene con pocos colores infinidad de tonos y de matices, así la naturaleza formaba con aquellos elementos todos los cuerpos que existen en el Universo.

Las propiedades intrínsecas de cada elemento se reconocían por las sensaciones producidas al tacto: calor y frío; sequedad y humedad.

La existencia real de esos elementos se demostraba con experimentos sencillos tales como la observación de que el agua hirviendo largo rato se transformaba en vapor (*aire*) y hasta llegaba a desaparecer por completo abandonando un residuo seco, (*tierra*). O advirtiendo como el *fuego* era capaz de transformarse en *tierra*, recubriendo una llama con un objeto frío y notando como en él se depositaba negro de humo.

La argumentación y el razonamiento no podían ser más sencillos: si al agua, que es fría y húmeda se le quitan esas cua-

lidades por acción del fuego, se transforma en aire (húmedo y caliente) y en tierra (fría y seca).

Cuando al fuego, que es caliente y seco, se le absorbe el calor por un objeto frío, se transforma en tierra.

Para aquellos primitivos experimentadores que admitían que el aire no tenía peso, porque pesando una vejiga llena de aire y vacía después no se constataba diferencias en la balanza, tales demostraciones debían tener todos los caracteres de una evidencia.

La noción de substancia se confundía con la de sus estados o propiedades y con tales concepciones es fácil comprender como pudo llegar a pensarse que los metales vulgares fueran capaces de transmutarse en oro y plata.

Las siguientes palabras de *Bacon* (Siglo XII) concretan esas ideas: "Observando las cualidades del oro, hallamos que es amarillo, muy pesado y de un determinado peso específico, maleable y dúctil hasta un cierto punto. . ." Aquel que conozca las fórmulas y procedimientos necesarios para lograr a voluntad el color amarillo, el fuerte peso específico, la ductilidad, etc., aquel que sepa además producir esas cualidades en grado diverso, podrá tomar las medidas necesarias para reunir esas cualidades en un tal cuerpo o metal que de esa manera se transformará en oro".

Bajo el influjo de tales opiniones, la alquimia orientó a la naciente química hacia el estudio de las sustancias minerales retardando la investigación en el dominio de los cuerpos derivados de los reinos animal y vegetal. Ese desarrollo unilateral promovió el establecimiento de la *metalurgia* y la formación de la escuela *Iatroquímica* (del griego *Iatros* = Medicina; medicina química) cuyos fundadores fueron *Agricola* y *Paracelso* respectivamente.

*Jorge Agricola* (1514-1555) no obstante su profesión de médico se dedicó al estudio de los minerales y expuso en su obra "*De re metallica*" el estado de los conocimientos químicos en su tiempo así como de las muchas experiencias que realizó para mejorar los procedimientos empleados en la elaboración y beneficio de los metales.

Rechazando las expresiones oscuras y exageradas, sus obras se hallan escritas con mucha claridad; fueron muy estu-

diadas y puede decirse que muchos de los procedimientos empíricos que aun hoy se emplean en metalurgia, fueron documentados, sino descubiertos, por *Agrícola*.

El fuego era el gran purificador de los metales y toda substancia obtenida por el fuego o que resistía su acción tenía el carácter de un metal noble. El *índigo* debido a su fractura brillante y aspecto cobrizo y a su volatilidad por el calor, fué considerado por los alquimistas como un metal y hasta el *alcanfor*, substancia preciosa en la antigüedad y en la Edad Media, era considerado por *Agrícola*, como de carácter metálico "por cuanto se obtenía por la acción del fuego (sublimación) y solamente los productos nobles del reino mineral eran capaces de ser así extraídos".

Completamente distinto en los caracteres de su personalidad fué el fundador de la *Iatroquímica* o *Espagírica*.

Hombre genial y contradictorio, *Teofrasto Bombasto von Hohenheim* (1481-1541) se apellidó a sí mismo *Paracelso*, y llevó la vida agitada y asarosa de los grandes reformadores.

Endiosado por sus partidarios y envilecido por sus enemigos que fueron muchos y poderosos, hay que reconocerlo como una de los promotores de la gran revolución científica del Siglo XVI.

Tuvo el valor de romper con los moldes de la medicina clásica introduciendo en la terapéutica los medicamentos de origen mineral, el mercurio y el antimonio principalmente y con su aplicación, así como la del opio y otras preparaciones hasta entonces desconocidos, había logrado curas maravillosas que le atrajeron la consideración de unos y la envidia de otros.

Definió la química diciendo que no era la ciencia que debía dedicarse a fabricar oro y plata, sino a la preparación de substancias medicinales.

Reconoce que la alquimia, es decir la química, debe ocupar el primer puesto entre los conocimientos médicos: "La Naturaleza es misteriosa en sus operaciones y hay que saber arrancarle sus secretos. El alquimista extrae de cada cosa su quintaescencia y de la naturaleza todo aquello que puede ser útil al hombre. Atrás pues, todos aquellos falsos discípulos que pretenden que esta ciencia divina no tiene más fin que el de hacer oro y plata; la alquimia, que deshonran y prostitu-

yen, no tiene más que un fin: el de extraer la quintaescencia de las cosas y de preparar los arcanos, las tinturas y los elixires que pueden devolver al hombre su salud perdida."

Para él, el hombre era un *microcosmo*, un pequeño universo, imagen reducida del *macrocosmo*. Todo lo que se encuentra en el universo se halla reproducido en él. Por eso había que llegar al conocimiento del hombre estudiando el mundo exterior.

Sometido como el universo a las leyes del peso y de la atracción, el organismo humano era el soporte de un número infinito de reacciones provocadas por las fuerzas naturales. Las principales funciones animales se hallaban regidas por un *Arqueo*, especie de espíritu equivalente al principio o fuerza vital.

"El hombre es un compuesto químico; las enfermedades son originadas por una alteración cualquiera de ese compuesto; se necesitan pues medicamentos químicos para combatir las enfermedades".

Se ve, pues, como desnudando las teorías de *Paracelso* de todo ropaje místico quedan los fundamentos de la química, de la biología y de la medicina moderna: el organismo, como concepto de unidad individual, regido por la fuerza vital y por las fuerzas físico-químicas que presiden el desarrollo de las reacciones que en él se efectúan. Tenemos así reunidos el vitalismo y la quimiatria como explicación de los organismos vivos. La química como ciencia que debe analizar las sustancias animales, vegetales y minerales y extraer sus principios.

*Paracelso* concretó las ideas de su época sobre la constitución de la materia admitiendo tres elementos más, constituyentes esenciales de los metales: el "*mercurio*" que les daba su peso y su brillo; el "*azufre*" que les confería su color y la propiedad de ser atacados por el fuego y la "*sal*", su capacidad de formar sales con los ácidos. Estos tres elementos se hallaban a su vez formados por los cuatro elementos de *Aristóteles* y venían a tener con ellos una relación algo así como la que nosotros consideramos existente entre el Carbono y los carbones.

El importantísimo papel del aire en los fenómenos químicos y vitales fué bien comprendido por *Paracelso*, quien dice al respecto:



“Si no hubiera aire todos los seres morirían asfixiados”

“Si la leña quema es el aire la causa”.

“El hombre muere, como el fuego, cuando se halla privado de aire”.

“Si el estaño aumenta de peso durante la calcinación, es porque una cantidad de aire se ha fijado en él”.

Desgraciadamente había rodeado sus grandes descubrimientos con el fárrago de concepciones astrológicas que volvían sus escritos en parte absurdos e ininteligibles.

Todo lo que existía tenía vida. Los mismos elementos de *Aristóteles* y los metales eran animados: “Los metales se hallan compuestos por el *espíritu*, *el alma* y *el cuerpo*, o sea el *mercurio*, *el azufre* y *la sal*” . . . igual que el cuerpo humano.

Todo moría: “La herrumbre es la muerte del metal”.

“La vida es un espíritu que devora al cuerpo”.

y la “*corrupción*” y la “*fermentación*” eran los procesos mediante los cuales los cuerpos se resolvían en sus elementos y se restituían a la naturaleza.

“El hombre es un vapor condensado y como vapor retornará al lugar de donde ha salido”.

“La putrefacción es una transmutación que consume los cuerpos y los cambia en sustancias nuevas, produce nuevos frutos: todo lo que vive, muere, y todo lo que muere, renace”.

Hay que reconocer en estos principios tan justos y razonables el origen de muchas de las ideas que en diversas formas han sido reeditadas e incorporadas a la ciencia moderna, en otros términos, pero con una intención equivalente.

Mas, por una inexplicable contradicción de su personalidad, resulta que al mismo tiempo en que por una parte combatía los errores del pasado y enseñaba los métodos para destruirlos, compendia todos aquellos errores, los exaltaba y les infundía nueva vida, en tal forma que todas las monstruosas fantasías de la cábala, de la magia y de la astrología, parecieron llegar con él al paroxismo, que señala la crisis final de toda una época de ignorancia y de superstición.

De tal manera: el aire se hallaba poblado de *silfos*, el agua de *ninfas*, la tierra de *pigmeos* y el fuego de *salamandras* y todas las creaciones de la mitología pagana, del cristianismo y de las religiones orientales, adquirían realidad.

A los sueños clásicos de los alquimistas, la *pedra filosofal* y el *elixir de larga vida*, se añadieron nuevas quimeras: el *alkaest* o disolvente universal y finalmente cuando la egolatria de *Paracelso* ya no reconoció límites, cuando creyó que su saber todo lo podía, forjó el *homúnculo*.

Con un lenguaje que por momentos parece el de un inspirado profeta y en otros el de un taumaturgo frenético, nos da procedimientos para la fabricación del homúnculo, y nos demuestra cómo los pigmeos y los faunos, los sátiros y las ninfas no son sino entes obtenidos por obra del arte químico.

La noche de Walpurgis es un pálido reflejo de la fantasía palingenésica de *Paracelso* y quien sabe si en la mente de *Goethe* no fueron una misma persona *Paracelso* y el atormentado *doctor Fausto*.

Porque como hombre *Paracelso* fué noble y bueno, su vida no tuvo otro propósito según declara en su testamento, que "la curación de los enfermos, de esa pobre gente misera y necesitada" y se había formado el propósito de conducir a la humanidad por el camino de la ciencia, a través de una vida llena de amor, hacia el reino de Dios. Bien merece la denominación de "hombre raro y original" que le aplica *Sebastián Franck*.

La decadencia del sistema paracelsiano se inició cuando la pretensión de las teorías iatroquímicas llegó al límite del absurdo, al demostrarse que no podía realizar ninguna de sus fantasías.

Unos cien años después de *Paracelso* se les unieron a los elementos espagíricos, dos elementos "pasivos": el *agua* y la *tierra*, que se separaron de los elementos "imponderables", el "fuego" y el "aire". Pero todos esos conceptos eran aplicados indiferentemente a todos los cuerpos sin diferenciación de origen.

La primera alusión a su intervención en las substancias orgánicas, pertenece a *Libavius*, el cual en su "*Tratado*" (1600) dice: "Principia sunt sal, sulphur, mercurius, ex quibus fiunt spiritus, liquoresque, olea, aquae essentiales".

Durante el período iatroquímico pocos fueron los hallazgos interesantes para la química orgánica; sólo podemos recordar dos ácidos nuevos, el benzoico, obtenido de la sublima-

ción del *benjuí* y el succínico por la destilación del *ámbar*. La glucosa fué descubierta por *Gläuber* en la miel y en los jugos de fruta, y *Bartoletti* (1619) descubrió el azúcar de leche que denominó *Maná* o *Nitrum Seri Lactis*.

Algunas observaciones fueron hechas en aquellos tiempos que pudieron confirmarse en épocas modernas, como ser, la existencia de un ácido, escondido en las materias grasas, en los aceites, vislumbrada por *Tachenius* y establecida a principios del siglo XIX por *Chevreul*.

Mas luego, pasado el frenesí ocasionado por la alquimia y por la iatroquímica, se volvió la atención hacia las sustancias extraídas de los vegetales y de los animales, conociéndose hacia el siglo XVIII, un centenar de especies químicas puras de tal proveniencia. En sus "*Elementa Chemiae*" (1732) *Bocrhave* enseña a preparar 127 sustancias extraíbles de animales y de vegetales.

Todas las sustancias conocidas por aquel entonces, se describían clasificándolas empíricamente según las propiedades externas o las analogías que presentaban, o bien por su origen, recordando en muchos casos las ideas de *Paracelso*.

Así, los cuerpos que poseían un aspecto oleoso como ser ciertas grasas, los aceites de oliva y de otros vegetales; el *aceite de vitriolo*, (ácido sulfúrico) y el *aceite de tártaro* (carbonato de potasio fundido, por delicuescencia) formaban el grupo de los "*Aceites*".

La parte más ligera de un cuerpo, es su alma o espíritu: así todo lo que se obtenía por destilación encerraba la parte esencial, el espíritu de aquel cuerpo. Los "*Espíritus*" eran las sustancias obtenidas por destilación, como ser el *espíritu de vino* (alcohol) el *espíritu de nitro* (ácido nítrico) el *espíritu de cuerno de ciervo* (amoníaco), el *espíritu fumante de Libavius* (cloruro estánico), etc.

Se denominaban "*Sales*" a todas las sustancias sólidas capaces de cristalizar, solubles en agua y dotadas de un sabor particular; así se clasificaban juntos el azúcar y la sal de cocina, etc.

Cuando se quemaba un cuerpo su *mercurio* y su *azufre* desaparecían. Los residuos de la calcinación eran las "*tierras*"

(nuestros óxidos) que, según fueran o no capaces de formar sales se llamaban "salificables" o no.

Una de las primeras tentativas de clasificación racional de las sustancias químicas se halla en el "*Cours de Chymie*" de *Nicolas Lémery*, publicado en el año 1675. En esa célebre obra *Lémery*, define la química como: "un arte que enseña a separar las diferentes sustancias que se encuentran en un mixto".

Y define: "entiendo por mixtos todas aquellas cosas que crecen naturalmente, a saber: los minerales, los vegetales y los animales".

Es tarea del analista: "Descomponer los cuerpos en la mezcla de los cinco principios fundamentales: tres activos, *espíritu (mercurio) aceite (azufre) y sal*; y dos pasivos el *agua y la tierra*."

Distribuía todos los cuerpos naturales en productos minerales, vegetales y animales. En el primer grupo colocaba las piedras, tierras minerales y metales. En el segundo, las plantas, resinas, gomas, hongos, frutos, flores, ácidos, jugos, mohos, maná y mieles. En la tercera describía la forma y órganos de los animales.

"Es posible revelar los cinco principios en los animales y en los vegetales, pero no se los halla en igual medida en los minerales".

"En ciertos casos puede suceder que dichos principios se hallen tan confundidos unos con otros que no es posible separarlos más que rompiendo sus figuras". (Entran en consideración factores estereoquímicos?).

Hacia el declinar del siglo XVII se iniciaba en Europa un movimiento tendiente a librar la ciencia de la dominación de los escolásticos y de los espagíricos. La filosofía experimental se puso de moda y ya no fueron aceptadas teorías e hipótesis que no se hallaran sustentadas por los hechos.

Las ideas que expresaran hombres geniales como *Leonardo da Vinci*, *Bernardo Palissy* y el mismo *Paracelso*, sobre la importancia y el valor de la experimentación, fueron revividas por *Francisco Bacon* (1561-1626): "El hombre no puede descubrir la verdad por otro camino que no sea la inducción y la observación de la naturaleza y por la imitación de

los fenómenos que ella produce. Los hechos deben reunirse y no crearlos por la especulación”.

El desarrollo de la física gracias a la introducción del razonamiento matemático y de los procedimientos experimentales, tuvo una influencia decisiva para el estudio de los fenómenos químicos.

Pronto se hizo sentir la crítica en contra de las doctrinas químicas heredadas de los alquimistas: En 1661, *Roberto Boyle* “*el químico escéptico*”, sostuvo que los aceites o azufres, las aguas o flegmas, los principios ardientes o mercuriales y las tierras que se producían durante la destilación de los cuerpos orgánicos no podían ser los verdaderos constituyentes de los mismos, haciendo notar que tales productos obtenidos partiendo del mismo cuerpo, podían ser muy diferentes según las condiciones en que se trabajara y sobre todo por la presencia o ausencia de aire durante la operación.

Con *Roberto Boyle* no fueron ya toleradas en la ciencia el misticismo y la obscuridad de los alquimistas cuyas teorías, así como las de los peripatéticos, puso en duda resueltamente.

Volvió hacia los atomistas griegos y, acompañado por *Newton*, admitió que todos los cuerpos se hallaban formados por la misma materia fundamental dividida y subdividida en partículas pequeñísimas, los átomos, cuya diversidad de formas de tamaño y de movimiento producían las diferencias que notamos en las distintas substancias que nos rodean.

Los “*Elementos*” eran para *Boyle* ciertas uniones características de átomos que ya no podemos descomponer por la aplicación de las fuerzas del calor, del fuego y de los procedimientos químicos.

Para que un cuerpo pueda ser considerado como elemento, es necesario que tenga una existencia real, que sea posible separarlo de sus combinaciones y que pueda ser nuevamente transformado en ellas: El mercurio o el oro, son para *Boyle*, dos prototipos de lo que debe ser en realidad un elemento.

Introdujo el término “*Análisis*” en la química. El análisis químico tiene un límite, más allá del cual no podemos pasar y ese límite son los elementos; conceptos que fueron perfectamente exactos hasta principios de nuestro siglo y que aún hoy forman la base de las operaciones comunes de la química.

Admitió que los átomos elementales perdían su simplicidad y sus propiedades fundamentales al unirse con otros átomos, dando lugar a cuerpos compuestos y estableció así la diferencia que existe entre una mezcla y una combinación química.

Y, finalmente con su observación sobre la influencia del aire en la descomposición de las sustancias animales y vegetales por el calor, abrió la época del estudio de la combustión, que debía terminar con Lavoisier en la fundación de la química moderna.

# MEISTER ECKART (1)

Por VICENTE FATONE

*"Una sola cosa es necesaria"*

La mística de Eckart no es sistema, sino método. Eckart quiso establecer cómo se alcanzaba la unión del alma con la "cosa necesaria". Ese método es la abstracción (*abgeschiedenheit*), el desprendimiento. Método último para obtener la cosa necesaria que otros buscaron en las virtudes del amor y la humildad.

Lo mejor del amor es que nos impone amar a la cosa necesaria que llamamos Dios; pero mucho más importante es que nosotros obliguemos a esa cosa necesaria a entrar en el alma, pues a la infinita potencia divina ha de resultarle fácil el esfuerzo que en nosotros sería superior a nuestra finitud. Este apartamiento, esta renuncia, no puede ser amor, entonces. Ni tampoco humildad. La humildad se refiere siempre a la criatura y va hacia la criatura, que no es la cosa necesaria; pero el apartamiento permanece en sí mismo; la abstracción perfecta descansa en sí misma, "no quiere para nadie ser objeto de amor o de dolor". Esta abstracción es la soledad autárquica: es el

---

(1) Conferencia pronunciada en la Sociedad Kantiana de Buenos Aires el 27 de noviembre de 1933.

desierto del alma, semejante al desierto de Dios. Desierto que Jacob contempló despavorido al despertar de su sueño: "¡Cuán terrible es este lugar! ¡No hay aquí otra cosa sino casa de Dios y puerta del cielo!" (Gén. XXVIII, 17).

¿A qué ha de renunciar, a qué ha de abstraerse el alma, y cómo, para alcanzar ese desierto, esa pura ingenuidad del ser que es la cosa necesaria? A todo lo que sea criatura, a todo lo que sea perecedero, a todo lo que sea accidente e implique un porqué ajeno; a todo lo que *no sea* necesario e interponga entre el alma y lo necesario la mediación de una imagen. El amor y la humildad dejan subsistir el obstáculo de la imagen, porque son tendencias, formas de actividad. Y toda actividad exige un esfuerzo que contiene su propia oposición y su propio impedimento. La cosa necesaria es eterna, inmutable, sin contingencias, sin accidentes. La cosa necesaria es eterna quietud y eterno silencio; la eterna quietud y el eterno silencio no toleran nada extraño a ellos mismos. Por eso, buscar la cosa necesaria significó siempre haberla encontrado.

Eckart se esfuerza por determinar precisamente el sentido de esa renuncia definitiva en que recibiremos la cosa necesaria. Para ello ha de utilizar la misma vía negativa que le sirvió para la determinación de Dios. La abstracción, la renuncia, es un decir "no" a toda imagen; es la imperturbabilidad que está más allá del bien y del mal; es el alejamiento de toda multiplicidad espacial y temporal. Es la acción por la cual el alma recoge sus facultades dispersas y las devuelve a su fuente originaria; es un "estar vacío de toda cosa creada"; es regresar al estado de pureza que fué nuestro cuando aun no éramos, cuando aun Dios no había creado ni el cielo ni la tierra.

Dios está siempre en esa inmóvil abstracción; por ello podrá entregárenos, si renunciamos a todo lazo; será la libertad dándose a la libertad, la unidad dándose a la unidad. Pero nuestra abstracción, nuestra pobreza de espíritu ha de ser tal que ni siquiera nos turbe el pensamiento o el deseo del mismo Dios; pensamiento y deseo, por muy alto que se eleven, se hallan siempre ante un *esto* o un *aquello*, que no son la cosa necesaria. *Esto* y *aquello* son cosas múltiples. Dios es uno: en su profundidad no puede manifestar nada de sí mismo; y en esta impotencia reside su potencia máxima.



En esa pobreza de la abstracción, en esa desnudez, el hombre volverá al eterno ser que fué, que es ahora y que subsistirá en la eternidad. Y entonces ha de descubrir, en la maravilla de su soledad, que la cosa necesaria es él mismo.

En palabras de apariencia contradictoria: para alcanzar la cosa necesaria, el hombre ha de renunciar a ella. "Yo sostengo—dice Meister Eckart—que, para ser perfecta, al alma le es más indispensable perder a Dios que a las criaturas". Sí; para que la abstracción sea completa, hemos de renunciar al último lazo, al más rebelde: el del mismo Dios. La abstracción no admite regateos. Todo debe perderse, y el alma consistir en "una pura nada", despojándose hasta de su semejanza con Dios, porque la semejanza indica siempre diferenciación y número. Y Eckart formula ahora la más audaz de las plegarias: *Roguemos a Dios que nos libre de él mismo.*

Parecería que hubiésemos llegado al límite de la renuncia. Pero la renuncia no admite siquiera ese límite. La cosa necesaria está siempre más acá de todo momento y de toda determinación. ¿Aquella última plegaria turba aún nuestra alma? La suprimiremos. Ahogaremos ese último grito, nos despojaremos de esa última envoltura. Y estaremos desnudos. Y vendrá el silencio.

El hombre que se hubiese despojado de todo, de las criaturas, de sí mismo y aun de Dios, alcanzaría la nada purísima en que renunciamos a la vida eterna y a cuanto de Dios podíamos esperar.

La "cosa necesaria" ha dejado de ser tal. *El más grande honor que el hombre puede concederle a Dios es ése: dejarlo tranquilo y quedar libre de él.* Llámesele amor, si se quiere; pero adviértase que no es aspiración, sino renuncia: "amor fuerte como la muerte, que rompe el corazón" para aquietarle la angustia, de manera tal que la esperanza de poseer al amado no le lleve ya el más ligero disturbio.

La abstracción es el vacío, la nada. Esta nada del alma es la nueva forma que hace posible el conocimiento sin mediación. De acuerdo con la fórmula tomística que Eckart adopta ("lo que puede ser recibido es siempre recibido según la manera del que recibe, del mismo modo que lo cognoscible es expresado y entendido según la facultad de quien lo conoce y no como es en

si''), para conocer a Dios es preciso una forma capaz de recibirlo. El conocimiento fiel ha de darse en la adecuación de forma y contenido; esa forma es la nada, porque Dios es la nada (tan es la nada que, al desear crearnos a su imagen, nos sacó de la nada).

En esa pura nada sin plegaria, en esa desnudez total, somos como cuando no éramos; como cuando no existíamos en el tiempo; como cuando con Dios creábamos (acháquese a nuestro mezquino lenguaje el uso del plural), como cuando con Dios creábamos el todo en la eternidad. *Reine nichts*: pobreza de espíritu en que volveremos a dejarle todo a Dios; cumplimiento de los tiempos y zozobra del alma en la eternidad.

Esa nada a que la abstracción conduce, es un *nihil privativum*. En verdad, frente a ella son nada las criaturas. El aniquilamiento es un exaltarse, como en la promesa evangélica, porque la nada trastrueca la naturaleza misma de las cosas. Si fuésemos capaces de mantener una copa vacía, totalmente vacía, la copa perdería su naturaleza para elevarse hasta los cielos. La pura nada del alma eleva así a la criatura hasta los cielos; y esa misma pura nada es la que obliga a la divinidad a descender hasta el alma. (La rueda voltea, había dicho otro gran místico, gracias a la nada inmóvil de su centro).

No en vano los discípulos llamaron a Eckart el maestro de la nada. Siguiendo la vía negativa de Dionisio, su determinación de Dios concluye también en la nada. Dios no es *esto* ni *aquello*; Dios no es nada de lo que pueda pensarse ni decirse. Las facultades del alma—razón, memoria, voluntad—no pueden darnos su conocimiento, porque todo conocimiento es referencia a *algo*. "Un Dios que pudiese ser conocido, no sería Dios. ¿Sabes algo de él? Pues bien: él no es nada de eso; y tú, por el sólo hecho de saber algo de él, caes al nivel de las bestias. El conocimiento nace de los sentidos y es de naturaleza animal. Dios no puede entregarse al conocimiento, porque no se entrega a ningún querer extraño".

A cuanta determinación de Dios se intente formular, daremos la invariable y vieja respuesta que en Dionisio es letanía: *No, no es eso*. Porque Dios *no es*. Dios es la nada; la nada y, sin embargo, el puro ser. La nada y el ser se identifican, más allá de todas las contradicciones, en su absoluta impotencia.

En efecto: el ser, como la nada, carece de posibilidad. El ser carece de posibilidad, porque es eterno; para él no hay futuro, y la *posibilidad* se refiere a ese momento del tiempo. Si algo fuese posible para Dios—considerado como ser—, Dios se hallaría ante algo que no hubiese hecho. Y demostraría que su potencia no es infinita. Pero esa misma impotencia de Dios es su potencia. A Dios nada le es posible, porque ya lo ha hecho todo. La criatura, en cambio, puede hablar de lo posible, aunque éste luego no se realice y evidencie así su imposibilidad; Para los hombres, la realidad de un hecho prueba su posibilidad; para Dios, la posibilidad de un hecho prueba su realidad porque la determina inmediatamente.

Si quiere unirse a Dios, el hombre ha de llegar a la nada del ser que es el ser de la nada. ¿Cuál es el camino que conduce a esa suprema abstracción? El dolor. El amor ata al esto, al aquello; el dolor rehuye el esto y el aquello, y ejercita así nuestras facultades en el método de la renuncia, para que en el momento decisivo no suceda que el espíritu esté pronto y la carne enferma. Pero este dolor tampoco puede ser buscado. Lo suprimiremos, como suprimíamos el amor, la humildad, la plegaria, para ser inmutables, para ser la *forma* en que Dios se vuelque. Dios permaneció —permanece— imperturbable en todas sus acciones, hasta en la misma encarnación y en el martirio; tan imperturbable como si nunca se hubiera convertido en hombre.

¿Pero es posible la acción fuera del cambio y del tiempo? A nuestro entendimiento se le escapa esa realidad contradictoria; nosotros no podemos sino referir todas las acciones al tiempo, porque en el tiempo vivimos; pero Dios actúa en la eternidad, sin cambios, de manera tal que lo realizado hoy ha sido realizado siempre y siempre lo será. La solución de todas estas contradicciones entre el movimiento y la quietud, entre la acción y el reposo, podrían hallar imágenes, viejas imágenes, en la especulación matemática: el punto no pierde su íntima esencia al engendrar la línea, y la línea no es sino punto. Pero quedémonos con nuestros filósofos: la paloma kantiana, al remontar el vuelo, hubiera podido observar que su cuerpo proyectaba en la tierra una sombra quieta, tanto más quieta cuan-

to menos torpe era su esfuerzo y cuanto más precisa su dirección hacia la luz.

Dice Eckart: "Yo he leído en un opúsculo de alguien que investiga este asunto: Dios crea ahora el mundo de la misma y precisa manera en que lo creó el primer día". Hay, pues, un milagro eucarístico incesante con el que Dios se muestra en el acto puro de su eterna juventud, sin pasado y sin futuro. Ese milagro eucarístico es la acción fuera del tiempo en un ahora eterno (*in eine ewige nu*).

¿Pero en qué consiste ese milagro eucarístico realizado en la eternidad del ahora? ¿Qué crea Dios?

¿A qué tiende toda fuerza de la naturaleza cuando se explica en la generación? A producirse a sí misma. En su acción incesante, Dios se engendra a sí mismo, Dios nace. ¿Dónde se efectúa ese nacimiento? ¿Dónde se realiza esta génesis continua? En todo. Pero lo importante no es eso: lo importante es que se realice en mí. ¿De qué me sirve todo lo demás? Lo que me interesa es mi alma; soy yo.

El alma se sirve, para sus acciones, de medios; no actúa con su esencia sino con sus facultades: conoce con la razón, recuerda con la memoria, ama con la voluntad. Toda acción de la criatura está ligada a esos medios. ¿Qué puede llegar directamente a la nada de nuestra última renuncia? ¿Cuál es la única acción sin intermediarios? Allí, en el fondo del alma, donde brilla la *scintilla*, hay lugar para aquella generación de Dios. En ese silencio, puede Dios pronunciar su palabra. Por su naturaleza, la nada del alma no es accesible sino a la esencia divina. La nada es un más acá con respecto a las mismas criaturas. Las facultades no pueden llegar al fondo del alma; por ello, nada le es tan desconocido al alma cuanto su propio ser. De nada sabe tan poco el alma como de sí misma, dada la obstrucción de las imágenes, de las mediaciones, que también le son necesarias para obrar. Pero Dios no admite mediadores y es por ello el único que puede obrar en el fondo del alma, nacer allí, *sin símbolo*. El hombre no puede alcanzar ese conocimiento sino cuando se ve despojado de toda imagen, cuando está en su propia nada. Para que la acción de Dios se efectúe, es necesaria aquella abstracción, porque a Dios "le repugna obrar entre imágenes de cualquier especie".

¿Qué actúa Dios, sin imágenes, en la profunda esencia del alma? Aquí, el espíritu crítico aguarda una respuesta que le dé una determinación positiva del Dios que se engendra a sí mismo. Respuesta discursiva, susceptible de análisis. Pero Eckart contesta: "Yo no puedo saber eso. Mis facultades no llegan allí. Las facultades sólo ofrecen imágenes que proceden de lo exterior a esa esencia del alma". Tiene de ello simplemente un conocimiento sin conocimiento. Un conocimiento que llegó a él "en la noche, como un ladrón, a escondidas, para robarle todo al alma y dejarla sola".

El alma no sabe qué es ese su fondo misterioso ni cómo es, ni en qué consiste el milagro del nacimiento. Sólo sabe que en el silencio de la nada se pronuncia la palabra misteriosa. Palabra, porque quiere revelarnos algo; y misteriosa porque no nos dice qué. Esa palabra misteriosa es el hijo unigénito que acude para prestarle apoyo al alma desvanecida en su abstracción: hijo que no tiene hermanos ni admite vecindad de forasteros. Palabra misteriosa que habla de lo que el Hijo ha dicho: verbo del padre, verbo en que el padre se expresa a sí mismo y expresa su divinidad.

Mientras vivimos en el tiempo, esa palabra misteriosa es en nosotros una retención del hijo: gravidez que ha de traducirse en la gloria del parto o en el fracaso del aborto. Todo hombre puede decir, con Silesio: "Estoy encinta de Dios". Aunque a veces el alma conoce el destino trágico de la mujer que, según el relato de Sócrates en la obra de Apuleyo, sintió secársele el fruto que llevaba en las entrañas y fué dejada, por obra de una hechicera, en perpetua preñez.

\*

\* \* \*

En los demás seres, Dios *está*; sólo en el alma se engendra. ¿Qué propiedad tiene el alma para ello? La de ser imagen de Dios, mientras los seres sólo son huellas; y esa propiedad es idéntica en todos los hombres, persistiendo aun en el estado de alma que designamos con la palabra tradicional de infierno.

Dios se vuelca en el alma; pero su plenitud es tanta que

la rebalsa, inundando las facultades y contagiando al hombre exterior. Cada una de las actividades del alma se convierte entonces en imagen de una de las tres personas divinas, y la naturaleza del alma en imagen de la naturaleza de Dios. Sin embargo, el alma queda indivisa, a pesar de esas distinciones, como queda indiviso Dios en las personas. Hay en ella distinción sin multiplicidad, y la misma distinción sin multiplicidad existe entre el alma y Dios.

Pero aun abismándose en la unidad del ser divino, el alma no alcanza jamás su fondo: Dios le dejó un pequeño punto en que el alma se apoya para girar hacia atrás, sobre sí misma. En ese punto el alma vuelve a encontrarse y se reconoce como criatura. Esa esencia del alma no consigue penetrar en el fondo de su creador. En ese punto hay una última resistencia a la comunión total, y una última necesidad de proseguir la búsqueda para entender la palabra misteriosa. Pero esa palabra misteriosa no puede ser descifrada. El hombre sabe solamente lo que Dios no es, y por ello se empeña en resolver el enigma y provocar reiteradamente la expresión del verbo. Pero ¿esta búsqueda incesante no es turbación, no pone oscuridad y tumulto en la iluminada quietud? No, porque nos hemos abandonado a Dios. Es Dios quien opera en nosotros, convertidos en desierto. Ese desierto en donde clama la voz misteriosa que no hace vibrar el aire.

Y Eckart, humilde, dice: "Ahora no quiero hablar más del alma, porque allí, en la unidad del ser divino, ha perdido su propio nombre. Ya no se llama alma. Su nombre es: Ser incommensurable".

Esta introducción de Dios en el alma no puede ser tampoco motivo de amor ni de agradecimiento. Dios tiene que venir a nosotros, lo quiera o no; a ello le obliga su naturaleza. Tiene que amarnos, porque de lo contrario no sería Dios. Dios es Dios, *por la criatura*; el padre es padre, por el hijo. Sin el hijo, ¿de qué sería padre, el padre?; y Dios, ¿de qué sería Dios, sin la criatura? En ese sentido Eckart pudo decir que él era la causa del ser de Dios. Dios es hijo de su hijo. Así Dante también pudo cantarle a María: *figlia del tuo Figlio*. Sólo en la unión con el alma Dios es divino. Unión semejante a la del fuego que se quema a sí mismo en el leño. Unión en que no se

da el saber sino el ser (“saberse blanco es mucho más insignificante y exterior que el ser blanco”) Unión que no suprime distinciones aunque suprime la dualidad. “Si alguien pudiese comprender la distinción sin número ni multiplicidad, para él tanto daría 100 como 1. De esto se asombran los incrédulos —dice Eckart—y también muchos cristianos ignorantes; y más de un clérigo sabe de esto tanto como una piedra”.

Esta *distinción sin número* es posible porque se da fuera del tiempo y del espacio; tiempo y espacio son siempre compuestos e imperfectos. “Dios no ha pronunciado nunca su nombre en el tiempo. En el tiempo no hay sino naturaleza creada y pecado y muerte”. Si el tiempo tuviese algo de común con el alma, Dios no podría nacer en ella, porque el simple contacto del tiempo suprimiría la divinidad de Dios. El tiempo es hijo de la eternidad, como en una u otra forma venía repitiéndose desde Platón; pero, en este caso, el hijo sólo puede formular, dolorosamente, la pregunta de Cristo a María: ¿Qué hay de común entre tú y yo? Para que la unión sea posible, es necesario que el tiempo se anule o que el alma se refugie en el presente, en el vivo ahora de lo eterno; que se sustraiga, como lo quería San Agustín, a la asfixia de la memoria y también al vértigo de la voluntad. En ese presente se da el conocimiento pleno —conocimiento sin conocimiento—; se da el ser infinito; y se asiste, con Dios, a la génesis constante, en una comunidad más íntima que la de la gota de agua con el vino: agua y vino, pero ambos transmutados en uno solo, “de manera que ninguna criatura conseguiría jamás advertir la diferencia entre el uno y el otro”.

¿Pero no se dará, además de esa generación, algún conocimiento de ella? No nos ilusionemos, dice Eckart, creyendo que nuestra razón pueda elevarse al conocimiento de Dios. Dios trae consigo una nueva forma que no es la de la razón, ni la de la memoria, ni la de la voluntad. La razón se dirige a lo externo; divide, ordena, ubica. “Pero, aun cuando llega en su obra a la más alta perfección, tiene siempre algo, por encima de ella, en lo que no consigue penetrar”. Reconoce, sin embargo, que hay algo fuera de ella. “De lo cual da noticia a la voluntad, no en cuanto son facultades separadas, sino en la unidad de la naturaleza que les es común”. La voluntad recibe

de la razón un impulso que la transporta dentro de aquel orden superior. Esta es la superioridad de la razón, dice Eckart, sobre la voluntad. Y es también la superioridad de la voluntad sobre la razón. La voluntad lleva al alma hacia arriba, internándola en Dios.

¿Cómo sabremos, entonces, si el conocimiento de Dios es imposible, que se ha producido la expresión del Verbo?

Aquí habrá que recurrir también al precepto evangélico: "Por sus obras los conoceréis". En todo hombre hay dos hombres. El hombre es espejo de dos caras, compás de dos puntas, y puerta que gira sobre la quietud del gozne. Las fuerzas del alma pueden y deben volverse hacia el hombre exterior que odia y reza. Atenderán primero a ese hombre exterior, y en su sobreabundancia refluirán hacia el otro, para preparar el milagro eucarístico. Pero si quiere mirar a Dios, el hombre exterior recogerá todas sus fuerzas para lograr en forma perfecta la disposición que Dios reclama al hombre y que no reclama a la piedra. Esa es la abstracción: una abstracción total en que el hombre vive, sin vivir en él; y en que realiza todas las obras sin un porqué, sin la esperanza del reino de Dios, en la renuncia ascética de la nada.

Quando se ha realizado el milagro, el exceso de Dios se vuelca en el hombre exterior y le impone una nueva acción: por ella, en última instancia, sabremos que se ha efectuado el nacimiento, pues esa acción tiene por objeto únicamente a Dios. Aquí volverá a plantearse el problema de la superioridad o inferioridad de la vida contemplativa con respecto a la activa. Eckart podrá resolverlo a la manera tomista: la vida más perfecta es la que más se parece a la vida de Dios. Dios es reposo, quietud, imposibilidad. La vida contemplativa es superior, decía el "bos magnus"; aunque agregaba, después, que la vida activa es superior cuando, por el amor, se expande en las obras lo que se ha conquistado por la contemplación. Pero, por otra parte, la vida de Dios es acción incesante; y entonces se afirma la superioridad de la vida activa. Esto, si insistimos en introducir una consideración temporal en que la génesis sea anterior cronológicamente a la sobreabundancia de la acción. Pero no hay tal anterioridad: en el momento eterno, todo es contemporáneo. En definitiva, si bien el místico comienza exigiendo



abstracción y quietud, se limita a señalar un proceso que resulta temporal desde nuestro punto de vista humano, pero que es solamente lógico. Primero, la generación de Dios; después, las obras. Obras en que quien actúa es el supremo generante substituído a las facultades.

Acción y reposo, aunque distintos, son uno en la contemporaneidad de lo eterno. No podemos desentendernos de la acción externa, porque ella es también colaboración con Dios, empleando la palabra de Plotino, *conspiración*. Esta acción del hombre exterior, esta acción en la tierra, no es tampoco distinta de la acción en la nada. Dios ha nacido en la criatura, nace en la criatura como nació Jesús: "con El hemos mandado al cielo una gleba de tierra, y por eso desde ahora en adelante la tierra pertenece al cielo". De ahí que no pueda asombrarnos la interpretación que Meister Eckart hace del episodio de Marta y María.

Marta era la agitada, la hacendosa. María, absorta, "nadaba en el éxtasis". Y Marta dijo: "Señor, dile que me ayude", porque temía que la hermana permaneciese gustando el sabor de su quietud, incapaz de elevarse aún más allá. María, según la respuesta de Jesús, había elegido la mejor parte. El señor llamó dos veces a Marta, aludiendo en la primera a su perfección en las obras temporales y con la segunda al hecho de que no le faltase nada de cuanto es necesario para nuestra salvación. Con el segundo llamamiento quiso decirle: "Tú estás en el mundo y no dejas que el mundo penetre en ti". Pero esos dos nombres eran uno solo e indicaban la situación del espíritu "que tiene su puesto en el mundo y, sin embargo, también lo tiene bajo el dintel de la eternidad". Las palabras de Cristo significaban: "Tranquilízate, Marta. Ella eligió la mejor parte, que no podrá serle quitada. Su exuberancia se asentará: lo más alto que pueda corresponder a una criatura le será dado; y ella se convertirá en santa, lo mismo que tú". Marta estaba tan en lo cierto, tan en lo esencial, que su acción en el mundo no le impedía enderezar todo negocio y toda actividad hacia la salud eterna. También María tuvo que convertirse en una Marta. Estaba aún en el momento de los entusiasmos y de los raptos. Acababa de llegar a la escuela y empezaba a vivir. En cambio, Marta estaba tan afirmada en la

esencia, que podía decir: "Señor; que se levante"; como si dijese: "Señor, quiero que no continúe así, en éxtasis; quiero que aprenda a vivir, para que sea esencialmente dueña de la vida. Dile que se levante, para que sea perfecta".

\*

\*      \*

Cuando se ha vivido el nacimiento de Dios, lo temporal sólo interesa como acción y no como recuerdo. Dios es un Dios del presente, eternamente joven, que no necesita recordar nada. Al alma, en su comunión con Dios no le interesa el pasado, ni siquiera ese pasado que fué el Cristo histórico. Cristo no salvó a la especie humana, como pretenden, con el Evangelista, los maestros. Eckart no titubea en confesar: "Los maestros han dicho bien, pero yo no les hago mucho caso".

En efecto, ¿de qué nos sirve esa salvación? El Cristo histórico sólo puede interesar al hombre exterior. Al hombre interior sólo le interesa el Hijo Eterno que él mismo es. La historia —y aquí está el secreto del desprecio que a Schopenhauer le inspiraba— no se concibe sino en cuanto introducimos la noción de tiempo que hace posible la particularidad, la multitud, el número y el nombre. El Hijo no se llamaba Jesús, como el ángel no se llamaba Gabriel. Del uno y del otro puede decirse que se llamaban de esa manera "tanto como Conrado".

El Cristo histórico es "aquello" y por lo tanto una mediación, un obstáculo. ¿Cómo no habría de ser obstáculo, si el mismo Dios lo es? A Eckart no puede conmoverle el martirio del Hijo ni la tribulación de la Madre, salvo en cuanto ve en ello su propio martirio y su propia tribulación; en cuanto se sabe y es hijo; en cuanto se sabe y es generación de ese hijo.

Toda determinación es obstáculo. Pero entonces, si Dios es una determinación del ser, ¿de qué nos vale ese nacimiento de Dios en nuestra alma? ¿Qué es ese Dios que no nos permite llegar al fondo último de la esencia divina?

Dios se halla, acaso, con respecto a la divinidad, en la misma situación que nosotros. Tampoco él puede penetrar

íntegramente en la divinidad, en el único uno que está por encima de toda determinación. Eckart concluye desesperadamente: "Nada determinado puede mirar al único uno. Ni siquiera Dios".

Esta es la conclusión última que, a diferencia de las afirmaciones anteriores, Eckart no repite insistentemente. El distinguo entre Dios y divinidad remite el problema de la cosa necesaria a un más acá que huye obstinado ante nuestra búsqueda. La palabra misteriosa no es Dios; es la divinidad que ha dejado de ser palabra, que ha dejado de ser silencio, para ser la pura nada de la que Dios era determinación accidental. Accidental, porque la supresión de la criatura en cuanto criatura, implica la supresión de Dios.

\*

\* \*

¿Ha de extrañarnos ahora que Eckart no conociese la soberbia sectaria? Renovador de todas las herejías, no presidió, sin embargo, ninguna comunidad de hombres exteriores, si bien su nombre puede ser emparentado al de los Hermanos del Libre Espíritu. Quien persistía en la búsqueda de la nada, del único uno, no podía entregarse a la promiscuidad de los hombres exteriores que adoptan una actitud, que piensan no en lo que deben ser sino en lo que deben hacer. Se sabía una voz clamando en el desierto de su propia alma y no podía desear discípulos que pusiesen tumulto en su quietud y vecindad en su apartamento. En más de una ocasión, al terminar su prédica ante las mujeres de Estrasburgo, ante esas mujeres pobres de espíritu que eran precisamente por ello las más capaces de entenderlo, confesó: "Si no hubiese venido nadie a oirme, yo hubiera tenido que decirle todo esto a esa pared". ¿Por qué no callaba?, se dirá. Callaba cuando se veía ante el misterio de la encarnación del Verbo, pero no tenía por qué callar cuando exponía el método que habría de hacer posible esa encarnación y las consecuencias de ella. El hiato está sólo allí y ningún místico se atrevió a llenarlo con discursión conceptual, si bien para ese mismo silencio hay, además de la expresión

plena que es su propia realidad, la expresión poética. Eckart no callaba, salvo en ese instante de la Eucaristía, porque el Verbo retenido en todo hombre ya era en él vida y carne. Eckart no recurre jamás a argumentos para apoyar sus verdades. No demuestra nada; se limita a mostrar. Le basta que lo que dice sea cierto "en él y en Dios". Rehuía por ello el ocio de la disputa —otra actividad de los hombres exteriores— y protegía su verdad con el orgullo dogmático de quienes saben que su verdad es su propio ser dispuesto a seguir siendo el que es. "Si a alguien le parece que esto no es la verdad —decía con frecuencia, con mucha frecuencia—, lo lamento. Allá él". ¿Qué otro lenguaje hubiera podido imponérsele a quien se sabía viviendo la certeza, a quien no invocaba el testimonio de los maestros ni de los santos, sino el de la verdad; a quien no empeñaba su palabra temporal sino su propia alma eterna?

En realidad, sus sermones no fueron pronunciados para las hermanas atónitas ni para nadie. Los dijo "para quienes los considerasen tan suyos como su propia vida, o, por lo menos, los poseyesen como un ansia del corazón." Y esos no necesitaban sermones, porque eran, como Eckart, expresión y carne del Verbo contenido. Quienes no lo entendiesen, debían culpar a su ceguera, y no a Eckart ni a la divina verdad. El maestro de la nada los dejaría solos en su perpetua preñez. Y se limitaría a recordarles: "Lo que os he dicho es cierto... Habla la verdad. No sé ni puedo decir más".

Los historiadores de la filosofía desconfiaron con justo motivo de este espíritu dogmático que, aunque decía cosas enormes, manejaba conceptos anticuados. El mayor elogio que se le ha hecho ha sido el de considerarlo —y el elogio corresponde a Dilthey— la primera expresión filosófica de la conformación vital del espíritu germano. Otros vieron en él a un místico equívoco; otros, a un simple escolástico; otros, a un platiniano clarificado; otros le aplicaron la etiqueta fácil de idealista o el adjetivo turbio de panteísta. Para unos, todo Eckart está en Santo Tomás; para otros, a Eckart se lo descubre en Kant; para otros, florece en Spinoza y en Hegel. Shopenhauer fué el único filósofo que tuvo la valiente modestia de reconocer que en Meister Eckart estaba la última expresión de su pensamiento; Shopenhauer comprendió también que la mística esta-

ba fuera de toda contingencia histórica. A Meister Eckart, no se le encuentra en los filósofos que le precedieron o siguieron. Para el cotejo habrá que buscar nombres distantes, de heterogénea apariencia: San Juan de la Cruz, Shantideva, Omar-Kayyam, Suso, Ruisbroeck, Santa Teresa, Silesio, Towianski, Lao-Tseu, Tauler, buscadores todos ellos de la cosa necesaria, y constructores no de un sistema sino del método que a la cosa necesaria conduce.

Eckart reconoce que Dios no ha vinculado nuestra salvación a un método particular; la importancia de Eckart estará, desde el punto de vista simplemente especulativo, en la indicación de un método; y ese método es, si se quiere calificarlo, el de la inmanencia. Palabra, esta última, de tono polémico. Habrá que precisar su significado, y lo haremos con el concepto de Blondel: El método de la inmanencia "señala tan sólo el punto de partida de la reflexión, que no puede ser establecido de buenas a primeras en una trascendencia ruinosa para la filosofía y que debe, por el contrario, partir de la realidad dada. Y esta progresión de un pensamiento que quiere sencillamente usar de todo lo que lleva en él, está tan lejos de concluir en un inmanentismo, que engendra ineluctablemente una actitud contraria". El método de la inmanencia es la negación y el "antídoto" del inmanentismo.



# Trastornos cerebrales en los hipertónicos<sup>(1)</sup>

Por **EDUARDO KRAPP**

La clínica médica reconoce hoy, de una manera general, que la hipertensión arterial es una enfermedad especial. Se sabe empero cuán a menudo está asociada a alteraciones escleróticas de los vasos y cuánta dificultad puede haber en ciertas circunstancias para poder separar clínicamente los componentes hipertónicos de los escleróticos. Sin embargo, no hay nadie que aun trate como unidad inseparable la arterioesclerosis y la arteriohipertensión.

No obstante, es todavía usual en la literatura neuropsiquiátrica. Thiele que, en el año 1929, exponía ante la "Sociedad Alemana para Psiquiatría" su tesis sobre "Trastornos de circulación y psicosis", opina que "en principio quizás todos los trastornos que suelen atribuirse a la arterioesclerosis, pueden ser causados también por la hipertensión" y adhiere al concepto pesimista que sostiene que desde el punto de vista del clínico no se puede trazar aún un límite bien marcado entre ambas enfermedades. Más significativa todavía es quizás la opinión

---

(1) El doctor *Eduardo Krapp*, privatdozent (en uso de licencia) de Colonia (Alemania), nos ha prometido para en breve un curso en nuestro Colegio sobre los niños delincuentes. Mientras tanto, nos adelanta este ensayo en que resume un trabajo presentado a la "Sociedad Alemana para Investigaciones sobre el Aparato Circulatorio".

sostenida por Stern en el "Manual de Enfermedades Mentales", editado por Bumke, que llega hasta a afirmar que pueden atribuirse a la hipertonia "*relativamente pocas particularidades que interesen 'neurológica o psiquiátricamente'*".

No puedo adherirme a esa opinión: según mi parecer, la hipertonia *también en el cerebro* se manifiesta de una manera distinta de la arterioesclerosis.

Sabemos hoy en día, que los vasos cerebrales del hipertónico se comportan exactamente igual como sus demás arterias. vale decir, que en la región cerebral del aparato circulatorio existe también la sobre-excitabilidad característica para la hipertonia. Sabemos, también, que el vaso esclerótico en el cerebro no está hiper sino hipo-excitable, y que ha degenerado desde su función como órgano activo a la mera función de un "tubo de acceso" (Ricker). En el caso de hipertonia se producen a menudo angioespasmos; en el caso de esclerosis no se conocen. La hipertonia a menudo origina la característica "pérdida del sector" en el cuerno de Amón, mientras que en el caso de esclerosis es por lo menos mucho más raro (Neuburger).

**Resumiendo:** Aunque, como es natural, los efectos de ambas enfermedades demostrasen ciertas analogías morfológicas, el suceso de su acción sobre el cerebro es fundamentalmente distinto. Según mi parecer, tal contraste en lo *patofisiológico* tiene que ser percibido también *clínicamente*; y esta consideración no vale únicamente para los casos "netos" en el sentido estricto, sino también para aquellos de las enfermedades "combinadas", en las cuales uno de ambos componentes predomina claramente en el sentido fisiológico.

No solamente pueden aducirse consideraciones teóricas para la distinción entre la cerebropatía "arterioesclerótica" y la "hipertónica", sino también pruebas muy concretas. Para eso menciono los resultados de las *investigaciones modernas sobre las apoplexias*: logróse dar a la experiencia antigua, que la apoplejía generalmente toca a los enfermos de alta presión, un buen sentido fisiológico, mediante el ensayo de reducir las hemorragias a angioespasmos hipertónicos (K. Westphal). Además, aduzco las *investigaciones sobre los fugaces "insultos angioespásticos del cerebro"* que fueron efectuados en las escue-



las de Volhard y de von Bergmann, las que contribuyeron considerablemente a la formación de una nosología de una "cerebropatía hipertónica". Finalmente quiero llamar la atención sobre un resultado propio: la comprobación de que la verdadera *epilepsia tardía* es un "síntoma" de la hipertonia, una consecuencia de vasoconstricciones hipertónicas.

A pesar de que se hayan obtenido muchos progresos en la descripción de la sintomatología cerebral hipertónica, queda por hacer, sin embargo, la parte mayor. Ante todo, en un sentido, sabemos aun demasiado poco: los *síndromas psíquicos*, particulares en el caso de la hipertonia, permanecen hasta ahora casi desconocidos.

Sin pretender asignarle ninguna trascendencia, expondré en lo que sigue mi modesta contribución a la solución de los problemas hipertónicos psiquiátricos.

Es cierto que en el caso de la hipertonia, de acuerdo a la naturaleza exógena de la nocividad, podemos esperar de antemano cuadros "exógenos". Los *síndromas exógenos*, sin embargo, jamás constituyen una expresión "obligatoria" de una nocividad determinada, pues pueden ser puestos en acción por cualquiera noxis suficientemente fuerte. A esto se une el que las formas de reacción exógena son en parte "facultativas", vale decir, que la disposición para aquellas existe solamente en ciertos individuos. Finalmente pueden sustraerse por nocividades exógenas también rasgos "endógenos", los cuales, a veces, pueden entretorse con los exógenos para constituir un cuadro complicadísimo.

Por el momento debemos, pues, contentarnos, si en frente a todas estas dificultades básicas conseguimos formar un armazón que sirva de andamio para investigaciones futuras.

No es mucho esto, pero, sin embargo, es algo, pues, una vez conocida la dirección en la cual se debe buscar la sintomatología psiquiátrica de la hipertonia, es más probable que se obtengan otros progresos. Efectivamente, yo mismo he visto "psicosis hipertónicas" mucho más a menudo, desde que creo seguir una especie de "hilo conductor" en su reconocimiento.

No quiero entrar ahora en particularidades metódicas. Me contentaré con indicar que, cuando trataba de delimitar más

exactamente la sintomatología psiquiátrica de la hipertonia, de antemano no examinaba solamente los casos de alta presión sanguínea, sino todas las enfermedades psicóticas acontecidas por primera vez en personas de más de 45 años. Recién más adelante, cuando ya se habían afirmado ciertas impresiones, cuando se había comprobado que efectivamente se acumulaban algunos síndromas en enfermos de alta presión, mientras que en los escleróticos "netos" con igual claridad se notaba su ausencia, entré más en detalles. Me dejaba guiar entonces por el síndrome, empenándome en obtener en casos de esta naturaleza, datos exactos sobre el estado del aparato circulatorio, la constitución y la herencia de los enfermos, etc. Obrando así se veía cada vez más claro cuáles eran los trastornos que podían ser considerados en relación causal con la hipertonia.

Ante todo, un tipo de trastorno psíquico se produce con regularidad llamativa en los hipertónicos: un tipo que, para anticiparlo, se caracteriza menos por el parecido de los *retratos clínicos "instantáneos"* aislados, que por un parecido notable en el *desarrollo*. Es cierto que también los "cortes transversales" tienen muchos rasgos en común: generalmente predominan una *ansiedad* intensa y una profunda *turbación de conciencia*; a menudo se trata de "*états crépusculaires*" ilimitadamente agitados; y aunque esto no sucediera, casi siempre son imágenes del "tipo de reacción exógeno", p. ej., trastornos "*amentiales*" o *delirantes*, muy a menudo *catatónicos*.

Característicos, sin embargo, por así decir *patognomónicos*, para la hipertonia, no son esos cuadros clínicos. La característica principal es más bien *la forma de "ataque"*, bajo la cual se desarrollan las psicosis, sea cual fuera el cuadro que presenten en el caso individual.

La psicosis hipertónica estalla repentinamente, en general en individuos perfectamente sanos en apariencia. No obstante se oye de vez en cuando decir que preceden un par de días de un malestar difuso con dolores de cabeza más o menos fuertes o una especie de presentimiento de una futura desgracia. Pero muy a menudo falta también este estado prodromal poco característico; y, si existe, sorprende lo mismo el comienzo de la psicosis tanto al enfermo como a quienes lo rodean.

Tan pronto como aparece la psicosis, tan pronto desaparece en la mayoría de los casos. En muy pocos casos persiste durante más de ocho, a lo sumo quince días. Hasta puede notarse con bastante frecuencia que dure unas cuantas horas solamente, de modo tal, que en el momento de la presentación en la clínica ya puede haber desaparecido. Estoy convencido de que se puede formar una serie ininterrumpida de duraciones, que se extiende desde los mareos hipertónicos que se producen sólo por segundos hasta las confusiones graves, que se mantienen varios días.

El desenlace varía: en un porcentaje considerable de los casos la enfermedad conduce a la muerte, la que regularmente se debe a una falla súbita de la función circulatoria (que a veces sucede de una manera muy sorprendente). Del otro lado vemos los desarrollos favorables: la lucidez reaparece rápidamente, el enfermo se muestra más accesible y razonable y, después de un breve tránsito por un estado de inercia, bien comprensible, vuelve a la normalidad. Es notable que en los casos de hipertonia pura en apariencia sólo existen el mejor o el peor de los desenlaces.

Un desarrollo lento indica aparentemente, siempre que no se trate de la provocación de una psicosis endógena (la que ahora sigue desarrollándose según sus propias leyes, muy a menudo una asociación de la hipertonia con una esclerosis más fuerte de los vasos cerebrales. Estas y otras particularidades no pueden ser tratadas más detalladamente en esta nota; lo serán en una publicación explícita.

Resumiendo: si se quiere reducir a una fórmula lo que hay de rasgos comunes en el tipo descrito de la psicosis hipertónica, será necesario hacer resaltar especialmente la *uniformidad del desarrollo* (aparición repentina, duración corta, cura rápida, respectivamente, fallecimiento rápido).

Por lo visto, nuestro tipo se intercala sin dificultad en lo que acostumbramos ver por doquier en la hipertonia. Son los "ataques" los que caracterizan en todas partes a esta enfermedad. Hablábamos antes de las apoplexias, de los "insultos angiospásticos", de los ataques epilépticos. Para no abandonar los trastornos cerebrales podríamos agregar todavía muchos otros: el asma cerebral, la "jaqueca" hipertónica, el síndrome

transitorio de la presión endocraneana. Y, si nos apartamos del cerebro vemos también en la "periferia" ataques tras ataques: taquicardias paroxismales, ataques esternocárdicos, claudicación intermitente, hemorragias súbitas de los vasos de los riñones y de la retina, etc. El tipo de trastorno psíquico, arriba descrito, aparece pues, sólo como caso especial de la "sintomatología en ataques" de los hipertónicos.

Es importante esta constatación porque permite ciertas conclusiones sobre el proceso patofisiológico que sirve de base a las psicosis arriba descritas. Sabido es que los ataques de los hipertónicos siempre se basan sobre trastornos funcionales del aparato circulatorio, en la mayoría de los casos muy probablemente sobre angioespasmos. Por consiguiente podrá admitirse que también en el caso de los "ataques psíquicos", tratados aquí, existen fenómenos angiospásticos al nivel de los vasos cerebrales.

Esta conclusión es tanto más justificada en cuanto puede ser obtenida también desde otro punto de vista. Psicosis de naturaleza y desarrollo semejantes existen también en individuos que no tienen arteriohipertonia. Ante todo menciono el "état crépusculaire" de los epilépticos, la psicosis de los intoxicados por plomo, y la psicosis causada por la inhalación de óxido de carbono. La patofisiología de estos trastornos no se analizará en este lugar. Sin embargo, puede decirse sin temores: Tenemos motivos para suponer que las tres, en lo esencial, también resultan de espasmos vasculares. *La misma patofisiología se expresa pues en semejanza clínica* (1). Con otras palabras: también desde el punto de vista de la sindromología psiquiátrica, la suposición de angioespasmos como base somática de psicosis hipertónicas de nuestro tipo, obtiene un grado considerable de probabilidad.

No quisiera concluir sin agregar que, según mi parecer, el síndrome descrito no es el único en el cual la hipertonia es de importancia psiquiátrica. Creo, p. ej., que algunas enfermedades circulares de "ondas cortas", de la edad avanzada (p. ej., las "folies alternantes" de los franceses) son propias de los hipertónicos ante todo, y que en la producción de tales

(1) Se recordará el hecho característico de que la psicosis saturnina antes de denominó "epiléptica".

cuadros los trastornos funcionales del aparato circulatorio son de gran importancia. Además, tengo la impresión de que la arteriohipertonia causa a veces una especie de intolerancia con respecto al alcohol, tal que hasta pequeñas cantidades de cerveza o vino pueden provocar estados de embriaguez; también aquí habrá que considerar con cuánta facilidad se desencadenan espasmos vasculares en enfermos hipertónicos. Finalmente no debemos olvidar que la hipertonia en no pocos casos produce un permanente cambio del carácter, planteando así problemas aun no solucionados por las dificultades metódicas que presentan. Sin querer entrar en detalles, quisiera decir, sin embargo, que según mi parecer, hay que cuidarse de no confundir las características de la *constitución* (innata) con los indicios del *cambio* (adquirido). Si, p. ej., los hipertónicos son fácilmente excitables y vehementes, estas particularidades no deben ser atribuidas desde un principio a la enfermedad hipertónica; podrían ser igualmente expresión de la personalidad "premórbida", es decir, podría tratarse no de una *alteración* sino de una *acentuación* del originario modo de ser.

Problemas, no solucionados como estos, hay todavía más. Por el momento no puedo hacer más que plantear algunos de ellos. Es de esperar, sin embargo, que con el tiempo sea posible resolverlos, profundizando nuestros conocimientos. Yo, por lo pronto, estoy convencido que la "cerebropatía hipertónica" se considerará algún día como entidad nosológica independiente junto a la encefalopatía arterioesclerótica.



# Opiniones Inofensivas

Por ANIBAL PONCE

## EL "HUMORISMO" DE CLAUDIO FOJAS

En la página 15 de *Cómo se pide*, mi amigo Claudio Fojas asegura que "la crítica complaciente es la peor". Demasiado bien lo sé para invocar una nueva autoridad que así lo afirme. Pero me amparo en esa cita del propio autor que analizo para decir sin remordimientos algo de lo que pienso acerca de su libro. Y ya que Claudio Fojas ama los "latines", que venga aquí en mi auxilio la sentencia pertinente: "Amicus Plato, sed..."

Con excepción quizá de algunas páginas creo haber leído todos los "cuadernillos" que hasta ahora lleva escritos Claudio Fojas: los "agotados" y los que "se agotarán". Sin excepción, también, me dejaron todos una duda terrible: la de que este bravo Claudio Fojas, no recibió el humorismo como un don gratuito del Supremo Arquitecto.

La duda, en este caso, es particularmente difícil: el señor Claudio Fojas habla tan a menudo de "nosotros los humoristas", "somos los humoristas", etc., que cuesta no poco poner en tela de juicio la afirmación de un hombre sobre un asunto que le toca tan de cerca. Otra circunstancia, renovada también en su último cuaderno, contribuye no poco a inhibir nuestras dudas: Claudio Fojas nos cuenta que a pesar de "los tenaces suplicios de la engendración", le han divertido no poco los personajes que ha creado. Y esta segunda confesión no puede sino acentuar nuestro embarazo. ¿Cómo no acompañar, por lo menos, con una sonrisa cortés el relato de esas aventuras que al propio autor le regocijaron tanto? ¿No estamos, un poco, en la situación de esos oyentes que se creen obligados a celebrar un cuento sin ninguna gracia por el simple motivo de que el propio narrador lo interrumpía a cada rato con sus risas?

Verdad es que en esos casos, nunca falta alguno que alivie la conciencia de todos con un gesto de complicidad significativa. Tímido gesto que equivale más o menos a decir: "convengamos, francamente, en que no era para tanto"... Un convenio de ese tipo es el que propongo yo a los lectores de "Cómo se pide": "variaciones sobre la misma cuerda" en que no se agrega nada a lo que ya le conocíamos. Manojos de narraciones, croquis y

"acepciones", este nuevo "cuadernillo" de Claudio Fojas tiene como los otros un humorismo tan hermético que sospecho son muchos los que como yo, no han alcanzado a descubrirlo ni aun poniéndolo al trasluz.

El señor Claudio Fojas es un espíritu culto que ha sabido salvar su propio espíritu entre el torrente de los "vistos" y "considerando", gracias a la mediación oportuna de Quevedo y Larra, France y Bernard Shaw. Pero como tantos otros espíritus similares —capaces de gustar el humorismo pero no de crearlo— se ha sentido tentado a construir por su cuenta lo mismo que hasta entonces había saboreado golosamente en sus autores favoritos. Irresistible tentación a la que no se ha substraído quizá ningún lector apasionado de France o Bernard Shaw. ¿Parece tan fácil, tan sencillo, tan al alcance de la mano! Con invertir esta o aquella frase, con jugar a propósito de esta o aquella paradoja, con saltar a dos pies sobre lo convencional o lo admitido, ¿qué más se necesita para escribir "la Rôtisserie" o "Santa Juana"?

Algo más, sin duda. Algo más que no se alcanza con hablar de la "farmacia de la Oblea", del "escribiente Plumelli", del "viejo Quetal" o del pleito de A. B. C. contra C. B. A. de B. C...

### BIOBIBLIOGRAFÍAS

Tiene por norma el Instituto de Investigaciones Históricas de Buenos Aires publicar la biobibliografía de los historiadores argentinos "cuando la desaparición". Se trata, en primer término, de un homenaje a la memoria del extinto y en segundo lugar, de una valiosa contribución a los futuros historiadores de la historiografía argentina.

Como es fácil comprenderlo, cada una de esas biobibliografías exige una tarea en cierto modo mecánica, pero de paciencia y responsabilidad. No se trata únicamente de fichar cuanto haya escrito el supuesto personaje —aunque la ficha tenga en esto una importancia primordial;— se trata, además, de averiguar qué labor le corresponde en otros escritos que no llevan su nombre, en las publicaciones que dirigió, en las obras colectivas de que fué acaso un miembro destacado. Tareas estas últimas que exigen no poco ingenio, tacto y, en especial, aquel "olfato" de que hablaba Groussac.

Claro está que esa labor no sólo se justifica, sino que se impone cuando el historiador desaparecido deja una obra valiosa, extensa y variada. Se justifica mucho menos, hasta parecer quizá superflua, cuando el "historiador" en cuestión apenas si ha elevado su estatura por encima de la discreta medianía.

Que el curioso del futuro —y ni qué decirlo del presente— se



interese por todo lo escrito por Groussac no puede asombrar a nadie. Sin que esto implique enrolarse en las filas de sus admiradores incondicionales, es evidente que Groussac marcó una fecha en nuestra historiografía, y puesto que su figura se levanta dominante sobre la de sus contemporáneos casi no hay una sola página suya que nos pueda dejar indiferentes. Pero que esa misma curiosidad se suponga para todos los "historiadores" argentinos "cuando su desaparición", es quizá más fetichismo de "fichólogo" que pertinente tarea de investigador...

Le corresponde precisamente al señor Juan Canter —autor de una minuciosa y nutrida bibliografía de Groussac, esta otra bibliografía en memoria del señor José Juan Biedma. Basta leer la "información general" que el autor ha compuesto en honor de su homenajeado para comprender que no ha encontrado mucha tela para cortar. Lejos de nosotros la más mínima actitud peyorativa con respecto a la labor de un hombre por tantos aspectos estimable. Pero nos parece demasiado esfuerzo malgastado no perdonar en las casi doscientas páginas del libro ni el más mínimo artículo periodístico ni la más mínima composición "poética".

El señor Canter ha conocido de cerca al señor Biedma y lo ha tratado, según nos dice, como a una figura en cierto modo familiar. Se explica quizá por ello la cordial exageración de algún elogio. Tal, por ejemplo, el de la página 614 en que se refiere a sus "poesías". "De las poesías —dice— fluye un temperamento desbordante de amor, de cariño, de pasión; por eso sólo canta a la patria, a la que fué su esposa o a sus íntimos, como si su ternura toda se volcara en las estrofas". Lástima que, casi a las cien páginas de este elogio, la ficha 160 reproduzca los siguientes versos de la "poesía" titulada "El marino": "Todo es grande en la tierra, todo es grande: — desde la mariposa que aletea — en el jardín florido, — hasta el grosero nido — del cóndor que voletea — en las nevadas cumbres de los Andes" (página 702)...

Claro está que en la labor del señor Biedma la poesía no fué más que un aspecto sin importancia. Pero como la biobibliografía del señor Biedma está dedicada "al crítico de mañana, al estudioso de la historia de la historiografía nuestra", me parece que los "biobibliógrafos" de hoy se hacen extrañas ilusiones sobre la mentalidad y las curiosidades de los críticos y estudiosos del futuro...



# Noticias y Comentarios

## ESTADISTICA DEL AÑO 1933

Este año la concurrencia a los cursos fué de 768 alumnos; como algunos concurren a varios cursos, las fichas de inscripción alcanzaron al número de 933. Las entradas para asistir a una sola clase fueron 133, lo que dá un total de 1066 inscripciones.

Considerando su profesión, esos 768 alumnos se distribuyeron así:

Abogados . . . . .	22	Farmacéuticos . . . . .	5
Agrónomos . . . . .	12	Gráficos . . . . .	2
Arquitectos . . . . .	4	Hacendados . . . . .	1
Astrónomos . . . . .	1	Industriales . . . . .	2
Banqueros . . . . .	1	Ingenieros . . . . .	17
Bio-químicos . . . . .	15	Jornaleros . . . . .	4
Comerciantes . . . . .	21	Maestros . . . . .	76
Contadores . . . . .	26	Mecánicos . . . . .	1
Cond. de Automóvil . .	1	Médicos . . . . .	27
Dentistas . . . . .	2	Periodistas . . . . .	2
Doctores en C. Naturales	4	Pintores . . . . .	3
Electricistas . . . . .	1	Profesores . . . . .	93
Empleados . . . . .	195	Químicos . . . . .	15
Escribanos . . . . .	5	Rentistas . . . . .	3
Escritores . . . . .	3	Traductores . . . . .	2
Estudiantes . . . . .	169	No manifiestan profesión	33

Teniendo en cuenta las materias, los 1066 inscriptos se dividen como sigue:

Biología . . . . .	44	Físico-Química . . . . .	9
Bio-Química . . . . .	32	Historia . . . . .	102
Ciencias Naturales . . .	18	Literatura . . . . .	84
Economía Social . . . .	32	Matemáticas . . . . .	16
Filosofía . . . . .	324	Musicología . . . . .	56
Finanzas . . . . .	138	Química . . . . .	17
Física . . . . .	28	Psicología . . . . .	139
Física-Matemática . . . .	3	Sociología . . . . .	24



# Índice del Tomo Quinto

Julio - Diciembre de 1933

AGOSTI HECTOR. P. <b>Crítica de la Reforma Universitaria.</b>	
I. El surgimiento de la Reforma .....	501
II. La ideología de la Reforma .....	562
ALBERTI, M. P. <b>Carlos Marx y la acción del Proletariado</b>	133
BATTISTESSA, ANGEL J. <b>Del simbolismo a la "poesía pura".</b>	
II. Simbolistas y decadentes .....	405
BERGER, RENE. <b>El problema de las reparaciones y los pagos internacionales. I</b> .....	515
BOSCH VINELLI, JULIA B. <b>La comisión oriental de Entre Ríos.</b> .....	289
BUNGE, AUGUSTO. <b>El petróleo argentino y los trusts mundiales.</b>	
II. El imperialismo del petróleo en la Argentina .....	81
CABRERA, ANGEL. <b>Iniciación en zoología. II</b> .....	189
COSSIO DEL POMAR, FELIPE. <b>Los "ismos" en la pintura contemporánea</b>	
I. Génesis de la pintura contemporánea .....	305
II. Impresionismo .....	389
III. Neo-impresionismo .....	449
IV. Simbolismo y sintetismo .....	575
FATONE, VICENTE. <b>Meister Eckart</b> .....	641
GAVIOLA, ENRIQUE. <b>Espíritu y materia. Una contribución a la filosofía científica</b> .....	369
GONZALEZ GALE, JOSE. <b>Las Leyes de la mortalidad.</b>	
VII. La revolución industrial y el urbanismo .....	47
Apéndice .....	181
HENRIQUEZ UREÑA, PEDRO. <b>Bernard Shaw.</b>	
I. Vida y obra .....	593
HOROVITZ, S. <b>El mecanismo citológico de la herencia.</b>	
II. Herencia y determinación del sexo .....	337

MAZZA, SALVADOR. <b>La enfermedad de Chagas</b> .....	495
PONCE, ANIBAL. <b>Diario íntimo de una adolescente.</b>	
III. Narcisismo y coquetería .....	89
IV. El razonamiento femenino .....	199
V. La voluntad de trabajo .....	323
VI. La religión, la muerte y la gloria .....	435
VII. Ensayo de clasificación .....	533
RAVIGNANI, EMILIO. <b>Rosas y la Unión Federativa.</b>	
III. Rosas frente a los unitarios .....	225
REISSIG, LUIS. <b>Anatole France.</b>	
I. Vie de Jeanne d'Arc .....	67
II. Los carnets íntimos de Anatole France .....	161
ROMERO, FRANCISCO. <b>Sobre los caracteres generales de la filosofía actual</b> .....	481
TUNTAR, JOSE. <b>Las luchas sociales en la antigua Roma</b>	
I. La configuración geográfica del país .....	275
II. El derrocamiento de la monarquía y la implantación de la república aristocrática .....	421
III. La unificación de Italia .....	467
IV. El surgimiento y desarrollo de nuevas clases .....	609
VASSALLO, ANGEL. <b>Una introducción a la ética</b> .....	113
VEGA, CARLOS. <b>Escala con semitonos en la música de los antiguos peruanos.</b> .....	1
ZAPPI, ENRIQUE V. <b>Ensayo sobre la evolución de las doctrinas de la química orgánica.</b>	
I. Los orígenes .....	623

# **CURSOS y CONFERENCIAS**

*Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores*  
Aparece el 30 de cada mes

La revista publicará las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dicten en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, revisadas y autorizadas por los profesores mismos.

En su sección de comentario a libros y revistas procurará reflejar, además, cuanto aparezca de significativo en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

*Suscripción anual, 12 \$ — Número suelto, 1\$50*  
*Exterior, anual, 1 libra esterlina o 5 dólares*

*Dirección y Administración: Belgrano 1732.*  
*Buenos Aires - Argentina*

---

## **COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES**

La formación del COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, expresión de la iniciativa privada, responde al siguiente fin:

Contará con un conjunto de cátedras libres, de materias incluidas o no en los planes de estudios universitarios, donde se desarrollarán puntos especiales que no son profundizados en los cursos generales o que escapan al dominio de las Facultades.

Ofrecerá sus cátedras a profesores universitarios de reconocida autoridad, y a las personas que, fuera de la Universidad, se han destacado por su labor personal. También organizará conferencias aisladas y fomentará los trabajos monográficos y las investigaciones originales, como complemento de los cursos del Colegio.

Ni Universidad profesional, ni tribuna de vulgarización, el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES aspira a tener la suficiente flexibilidad que le permita adaptarse a las nuevas necesidades y tendencias.

Germen modesto de un esfuerzo en favor de la cultura superior, espera la contribución material, intelectual y moral de todas las personas interesadas en que aquella sea un elemento de acción directa en el progreso social de la Argentina.

## APARECIERON

*Introducción a la Sociología*

por Raúl A. Orgaz

*Anatole France*

por Luis Reissig

*Educación y Plenitud  
Humana*

por Juan Mantovani

## EN PRENSA

*Ambición y Angustia de los  
Adolescentes*

por Anibal Ponce

**EDITORIAL C. L. E. S.**

BELGRANO 1732 U. T. 38-Mayo 2432

de 9 a 12 y de 16 a 20 horas

BARRAL & HUGUET, impresores — Planes 701-13.







Stanford University Libraries



3 6105 014 836 444

**Stanford University Libr**  
**Stanford, California**

---

**Return this book on or before date**

---

--	--

